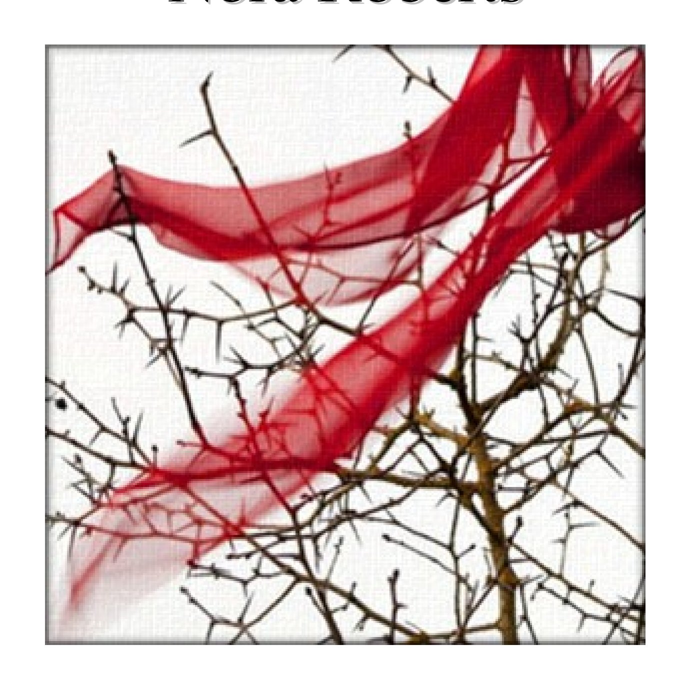
Nora Roberts



EMBOSCADA

Para Homer y Pancho,
y para todos los que endulzaron mi vida antes que ellos

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Con un buen adiestramiento, un hombre puede ser el mejor amigo del perro.

COREY FORD

Capítulo 1

Era una gélida mañana de febrero y la lluvia brumosa empañaba los cristales mientras Devin y Rosie Cauldwell hacían el amor lentamente, todavía medio dormidos. Era el tercer día de su semana de vacaciones, y llevaban dos meses intentando concebir su segundo hijo. Su primogénito, Hugh, que ya tenía tres años, fue concebido durante un largo fin de semana en las islas San Juan, concretamente en la isla de Orcas, y Rosie estaba convencida de que la lluviosa tarde y la botella de Pinot Noir tuvieron mucho que ver.

De modo que tras pensar que la exitosa experiencia podía repetirse, decidieron regresar a Orcas y se aplicaron con esmero al proyecto mientras su hijo dormía en la habitación contigua con su querido conejito *Bubbi*.

Aunque era demasiado pronto para beber vino, Rosie interpretó la llovizna como un buen presagio.

Sonrió mientras se abrazaban, satisfechos y relajados después del sexo.

—¿Quién ha tenido la mejor idea de todos los tiempos?

Devin le dio un pequeño pellizco en el trasero.

—Tú.

—Pues espera, se me está ocurriendo otra.

—Si me das unos minutillos para recuperarme...

El comentario le arrancó una carcajada mientras se apoyaba sobre su torso y lo miraba con una sonrisa.

—Deja de pensar en el sexo, insaciable.

—Para eso también me hacen falta unos minutos.

—Tortitas. Necesitamos tortitas. Una mañana lluviosa, una casita acogedora. Sí, definitivamente, faltan las tortitas.

Devin la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Quién va a hacerlas?

—Que lo decida el destino.

Se incorporó y, tal como mandaba la antigua tradición familiar de los Cauldwell, lo echaron a suertes jugando a piedra, papel o tijera. Tres turnos; quien ganara dos, se proclamaba campeón.

—Joder —murmuró Rosie al ver que su tijera era derrotada por una piedra.

—Gana el luchador más hábil.

—Y una mierda. Pero acepto el resultado, y además, tengo que ir a hacer pis. —Se inclinó para darle un beso sonoro y bajó de la cama de un salto—. Me encantan las vacaciones —dijo Rosie mientras corría hacia el cuarto de baño.

Sobre todo esas vacaciones en concreto, precisó para sus adentros, con sus dos apuestos hombres. Si no escampaba y por el contrario, la lluvia arreciaba, pasarían el día jugando en casa. En cambio, si dejaba de llover, darían un paseo en bicicleta con Hugh montado en el portabebés o disfrutarían de una buena caminata.

A Hugh le encantaba ese lugar con tantos pajaritos, con el lago y los ciervos que habían visto y, por supuesto, con los conejitos. Porque eran los hermanos de su fiel *Bubbi.*

A lo mejor él también tendría un hermanito para el otoño. Estaba ovulando.

Aunque no estaba obsesionada con el tema del nuevo embarazo, claro. Contar los días no era un síntoma de obsesión, pensó mientras se recogía el pelo, enredado por culpa del revolcón y porque todavía no se había peinado. Era una señal de que conocía bien su ciclo.

Cogió una sudadera y unos pantalones de chándal mientras miraba de reojo a Devin, que parecía haberse quedado transpuesto otra vez.

En el fondo estaba segura de que habían dado en la diana.

Encantada con la idea, se puso unos calcetines gruesos y le echó un vistazo al reloj que había dejado en el tocador.

—¡Por Dios, son más de las ocho! Anoche tuvimos que dejar a Hugh agotadito para que siga durmiendo a esta hora.

—Seguro que es por la lluvia —murmuró Devin.

—Sí, seguramente.

De todas formas, Rosie salió del dormitorio para echarle un vistazo tal como hacía todas las mañanas, ya estuvieran en casa o fuera. Enfiló el pasillo sin hacer ruido para no despertarlo, porque sería una bonificación extra poder tomarse la primera taza de café antes de oír el primer «mami» del día.

Se asomó al dormitorio de Hugh esperando verlo acurrucado con su conejito de peluche. Ver la cama vacía no la asustó. Podía haber ido a hacer pipí, igual que ella. Ya sabía hacerlo solo y no necesitaba pedirlo.

Tampoco se asustó al no encontrarlo en el cuarto de baño pequeño del fondo del pasillo. Como era muy madrugador, siempre lo animaban a jugar un ratito antes de que fuera a despertarlos. Normalmente lo escuchaba trastear con sus coches o hablar con los muñecos, pero la verdad era que había estado un poco distraída disfrutando del revolcón vacacional.

¡Por Dios! ¿Y si había mirado mientras lo estaban haciendo?, pensó al tiempo que bajaba la escalera. No, porque en ese caso habría entrado y les habría preguntado que a qué estaban jugando.

Contuvo una carcajada mientras entraba en la salita, esperando encontrarlo en el suelo y rodeado de juguetes.

No verlo le provocó el primer sobresalto.

Lo llamó, mientras caminaba más rápido aun a riesgo de resbalarse con los calcetines sobre el suelo de madera.

El pánico se le clavó en el estómago como si fuera un puñal.

La puerta de la cocina estaba abierta de par en par.

Poco después de las nueve Fiona Bristow aparcaba en la preciosa casita de alquiler situada en el corazón del Moran State Park. Caía una fina llovizna cuya insistencia prometía una búsqueda bastante embarrada. Le hizo una señal a su compañero para que se quedara en el vehículo y salió para acercarse a los agentes locales.

—Davey.

—Hola, Fi. Has llegado pronto.

—Estaba cerca. Los demás vienen de camino. ¿Vamos a usar la casa como campamento base o quieres que nos instalemos en otro lado?

—No, usaremos la casa. Supongo que querrás hablar con los padres, pero te resumo lo que sabemos hasta ahora. Hugh Cauldwell, tres años, rubio y ojos azules. La última vez que lo vieron llevaba un pijama de Spiderman.

Fiona notó el rictus tenso con que pronunció la última parte. Davey tenía un hijo de la misma edad que Hugh, y era muy probable que también tuviera un pijama de

Spiderman.

—La madre se percató de su desaparición sobre las ocho y cuarto —siguió Davey—. Encontró la puerta trasera abierta. No había señales de que hubiera sido forzada ni tampoco de que hubiera entrado un intruso. La madre alertó al padre. Nos llamaron de inmediato y salieron a buscarlo llamándolo a gritos por los alrededores.

Y de esa manera habían echado a perder el posible rastro del niño, pensó Fiona. Pero ¿quién podía culparlos?

—Hemos hecho una búsqueda en la casa y las inmediaciones para descartar que está jugando al escondite. —Davey se volvió hacia ella. El agua le chorreaba por el ala de la gorra—. No está en casa y su madre dice que se ha llevado su conejito de peluche. Duerme con él y tiene la costumbre de llevarlo a todos lados. Hemos avisado a los guardas forestales. McMahon y Matt también están buscando —añadió, refiriéndose al sheriff y a un agente muy joven—. McMahon me dio permiso para llamarte y me asignó a la base.

—Nos prepararemos enseguida. Me gustaría hablar con los padres ahora, si te parece bien.

Davey señaló la casa.

—Están asustados, como es natural, y quieren salir a buscarlo. Me vendría bien un poco de ayuda para quitarles esa idea de la cabeza.

—Veré lo que puedo hacer.

Regresó junto al coche mientras meditaba al respecto y abrió la portezuela para que saliera su compañero. *Peck* bajó de un salto y entró en la casa con ella y con Davey.

Después de que Davey le hiciera un gesto con la cabeza, Fiona se acercó a la pareja, que al verla se levantó del sofá. La mujer aferraba un pequeño camión de bomberos.

—Señores Cauldwell, soy Fiona Bristow y pertenezco a la Unidad Canina de Búsqueda y Salvamento. Este es *Peck* —añadió al tiempo que le acariciaba la cabeza al labrador color marrón chocolate—. Los demás vienen de camino. Vamos a sumarnos a la búsqueda de Hugh.

—Tienen que salir ya. Ahora mismo. Sólo tiene tres años.

—Sí, señora. Mi unidad al completo llegará en breve. Pero nos sería de gran ayuda contar con cierta información antes de salir.

—Ya se lo hemos dicho todo a la policía y a los agentes forestales —replicó Devin, cuya mirada se desvió hacia la ventana—. Necesito salir a buscarlo. Estamos perdiendo el tiempo.

—Señor Cauldwell, le aseguro que tanto la policía como los agentes forestales están haciendo todo lo posible para encontrar a Hugh. Nos han llamado porque la prioridad de todos es encontrarlo. Estamos entrenados para realizar este trabajo y su hijo es ahora nuestra principal preocupación. Coordinaremos la búsqueda con la policía y con los agentes forestales del parque. Pero necesito asegurarme de que cuento con toda la información posible para optimizar los recursos. Se dieron cuenta de la desaparición de Hugh a las ocho y cuarto, ¿correcto?

Los ojos de Rosie volvieron a llenarse de lágrimas.

—Debería haber ido a echarle un vistazo antes. Nunca duerme hasta más tarde de las siete. Debería...

—Señora Cauldwell... Rosie —se corrigió Fiona, empleando el nombre de pila para que su actitud fuera más reconfortante—, no se culpe. Los niños pequeños son curiosos por naturaleza, ¿verdad? ¿Hugh ha salido solo de casa alguna vez?

—Nunca, nunca. Pensaba que había bajado a jugar y después me di cuenta de que no estaba por ningún lado y fui a la cocina, y la puerta... la puerta estaba

abierta. De par en par. Y yo no lo encontraba.

—Si pudiera enseñármelo... —Fiona le hizo un gesto a *Peck* para que las siguiera—. ¿Llevaba el pijama?

—De Spiderman. Tendrá frío, y estará empapado y asustado. —Sus hombros comenzaron a agitarse de camino a la cocina—. No entiendo qué pueden hacer ustedes que la policía no sea capaz de hacer.

—Somos otro recurso. Y *Peck* está adiestrado para esto. Ha participado en muchísimas búsquedas.

Rosie se enjugó las lágrimas de las mejillas.

—A Hugh le gustan los perros. Le gustan los animales. Si el perro ladra y él lo escucha, es posible que vuelva.

En vez de hablar, Fiona abrió la puerta trasera y se acuclilló para ver la panorámica desde la misma altura que la vería un niño de tres años. Un niño al que le gustaban los animales.

—Apuesto a que se ven muchos animales por aquí. Ciervos, zorros, conejos...

—Sí. Sí. Es diferente a Seattle. Le encanta mirar por las ventanas y desde el porche. Además, hemos salido a pasear en bici y a caminar.

—¿Hugh es tímido?

—No, para nada. Es un niño curioso y sociable. Atrevido. ¡Dios mío!

De forma instintiva, Fiona le pasó un brazo por los hombros al ver que se echaba a llorar.

—Rosie, si le parece bien, voy a prepararme aquí en la cocina. Necesito que me ayude, que me traiga cinco prendas de ropa que Hugh haya llevado hace poco. Los calcetines de ayer, la ropa interior, una camiseta... ese tipo de cosas. Cinco prendas de ropa pequeñas. Intente no manipularlas demasiado. Guárdelas aquí. —Le ofreció unas cuantas bolsas de plástico que sacó de su mochila—. La unidad canina está formada por cinco adiestradores y cinco perros. Cada uno usaremos una prenda de Hugh para que los perros conozcan su olor.

—Van a... ¿van a seguir su rastro?

Era mejor asentir sin más en vez de pararse a hablarle de lo que era un perro de venteo, de las partículas de olor humano y del cono de olor. El niño ya llevaba desaparecido más de una hora.

—Exacto. ¿Le da algún premio en particular cuando ha sido bueno? Algo que le guste mucho.

—No sé... —Rosie se pasó una mano por el pelo mientras miraba a su alrededor con expresión perdida—. Le gustan los gusanos de gominola.

—Genial. ¿Tiene?

—No sé... sí.

—Si fuera tan amable de traerme la ropa y las chucherías, se lo agradecería mucho —dijo Fiona con una sonrisa—. Voy a prepararlo todo. Mi unidad acaba de llegar y tenemos que coordinarnos.

—Vale, vale. Por favor, por favor... sólo tiene tres años... —Y salió a la carrera de la cocina.

Fiona intercambió una mirada rápida con *Peck* y empezó a preparar la búsqueda.

Una vez que su equipo entró en la cocina, tanto el humano como el canino, lo puso en situación y empezó a asignar sectores de búsqueda mientras estudiaba los mapas. Conocía la zona como la palma de su mano.

Un paraíso para los que buscaban disfrutar de la tranquilidad y del paisaje, bien lejos de las calles atestadas de tráfico, de los edificios y de las multitudes, pensó. Un mundo lleno de peligros para un niño perdido. Arroyos, lagos y rocas. Casi cincuenta

kilómetros de pistas de tierra, más de dos mil hectáreas de bosque en las que buscar a un niño de tres años y su conejito de peluche.

—Puesto que la llovizna es constante, será mejor trazar una cuadrícula pequeña para cubrir esta zona. —Como jefa del operativo, Fiona fue la encargada de trazar la cuadrícula en el mapa mientras Davey anotaba los datos que conocían en una pizarra blanca—. Algunas partes solaparán las zonas de los demás equipos de búsqueda, pero en nuestro caso tendremos que estar bien comunicados para no solaparnos a nosotros mismos.

—A estas horas estará empapado y tendrá mucho frío. —MegGreene, madre de dos hijos y flamante abuela, miró a Chuck, su marido—. Angelito.

—Un niño de esa edad carece de sentido de la orientación. Estará en cualquier sitio —añadió James Hutton, que comprobaba su radio con el ceño fruncido.

—Puede echarse a dormir en cualquier sitio si se cansa y le da sueño. —Lori Dyson le hizo un gesto con la cabeza a su pastor alemán, *Pip*—. Así que no oirá a las patrullas de búsqueda que lo llaman a gritos, pero nuestros chicos lo olerán.

—Ése es el plan. ¿Todos tenéis las coordenadas? ¿Habéis comprobado las radios y las mochilas? Aseguraos de marcar vuestras posiciones con la brújula. Como Mai está en el quirófano por una urgencia, Davey se quedará en la base y asumirá el papel de jefe de operaciones, así que mantened el contacto con él a medida que cubráis el sector asignado. —Guardó silencio al ver que entraban los Cauldwell.

—Tengo... —A Rosie le temblaban los labios—. Tengo lo que me ha pedido.

—Genial. —Fiona se acercó a la aterrada madre y le colocó las manos en los hombros—. Sea fuerte. Todos los que están ahí afuera tienen un único objetivo en mente: encontrar a Hugh y traerlo de vuelta a casa. —Cogió las bolsas y se las pasó a los miembros de su equipo—. Muy bien, vamos a buscarlo.

Salió con los demás y se colocó su mochila. *Peck* se mantuvo a su lado, y el único indicio de que estaba ansioso por empezar fue un ligero temblor. Los cinco miembros de la unidad canina se separaron para comenzar la búsqueda en sus respectivos sectores y lo primero que hizo Fiona, al igual que sus compañeros, fue marcar su posición.

Acto seguido, abrió la bolsa que contenía un calcetín y se lo acercó a *Peck* para que lo olfateara.

—Éste es Hugh. Es Hugh. Hugh es un niño, *Peck*. Éste es Hugh.

Peck olfateó con entusiasmo, era un perro que sabía cuál era su trabajo. Después la miró, levantó el morro y olfateó el aire. Volvió a mirarla a los ojos y se estremeció como si estuviera diciendo: «Vale, lo tengo. ¡Vamos!».

—Busca a Hugh. —Le hizo la señal con la que le indicaba que se pusiera en marcha y *Peck* alzó de nuevo el morro—. ¡Vamos a buscar a Hugh!

Se mantuvo a la espera mientras *Peck* olfateaba en círculos y lo dejó que se moviera por los alrededores. La llovizna era un obstáculo, pero normalmente no suponía un problema para su perro.

Permaneció donde estaba, animándolo con su voz mientras *Peck* olfateaba y la lluvia caía sobre su impermeable, amarillo limón.

Al ver que *Peck* comenzaba a moverse hacia el este, lo siguió y se internó en la espesura.

A sus cinco años, *Peck* era un veterano. Un labrador de color chocolate y de treinta kilos de peso. Fuerte, listo e incansable. Sabía que buscaría durante horas sin importarle las condiciones climáticas ni el terreno, ni si la persona que buscaba estaba viva o muerta. Se limitaba a seguir las órdenes que ella le daba.

Se internaron juntos en la espesura y caminaron por un suelo blando y

apelmazado por culpa de las agujas de los pinos de Oregón y de los vetustos cedros. Había setas por doquier y troncos huecos cubiertos de musgo verde. Y zarzas llenas de espinas. Mientras buscaban, Fiona se mantenía alerta al lenguaje corporal de su compañero, comprobaba su posición y anotaba las marcas del terreno. *Peck* la miraba cada pocos minutos para hacerle saber que seguía con su objetivo.

—Busca a Hugh. Vamos a buscar a Hugh, *Peck*.

Peck ladró para avisarla al llegar a una zona concreta y comenzó a olfatear alrededor de un tronco hueco.

—Has captado algo, ¿verdad? Muy bien. Buen chico.

Fiona marcó el lugar con cinta adhesiva azul brillante y se colocó al lado de *Peck* mientras inspeccionaba la zona y llamaba al niño a gritos. Después cerró los ojos y aguzó el oído.

Lo único que oyó fue el débil sonido de la lluvia y el susurro del viento entre los árboles.

Peck le dio con el hocico y ella se sacó del bolsillo la bolsa con el calcetín, la abrió y se la colocó al perro en el morro para que volviera a olerlo.

—Busca a Hugh —repitió—. Vamos a buscar a Hugh.

Peck se puso en marcha de nuevo y ella, ayudada por las botas de montaña que llevaba, pasó por encima del tronco para seguirlo. Al ver que el perro giraba hacia el sur, comunicó su nueva posición a la base y comprobó el progreso de los miembros de su equipo.

El niño llevaba fuera al menos dos horas, pensó. Toda una vida para unos padres preocupados.

No obstante, los niños de tres años carecían del sentido del tiempo. A esa edad, los niños eran inquietos y no siempre entendían el concepto de «perderse». Vagaban atraídos por lo que veían y escuchaban, y además poseían una considerable resistencia, de modo que tal vez pasaran horas antes de que Hugh se cansara de vagar y comprendiera que quería volver con mamá.

En ese momento vio que un conejo se ocultaba detrás de unos matorrales. *Peck* tenía demasiada dignidad como para dedicarle algo más que una mirada de reojo.

Pero ¿qué haría un niño pequeño?, pensó. Un niño que quería mucho a su «Bubbi», un niño al que le encantaban los animales. Un niño que según su madre estaba fascinado por el bosque. ¿No intentaría coger al conejito con la esperanza de jugar con él? ¿No intentaría seguirlo? Un niño de ciudad, pensó, fascinado por el bosque, por la vida salvaje y por lo que le rodeaba.

¿Cómo iba a resistirse?

Fiona entendía que todo fuera mágico para el niño. Ella había sido una niña de ciudad, y se sintió hipnotizada y encantada por las luces y las sombras entre los árboles, por la inmensidad de los árboles, de las colinas y del mar.

Un niño podría perderse con suma facilidad en las hectáreas y hectáreas de bosque.

Tiene frío, pensó. Tiene hambre y está asustado. Quiere a su madre.

Siguieron a pesar de que comenzó a llover más fuerte. El perro, incansable; la mujer, ataviada con unos pantalones gruesos y unas botas más gruesas todavía. La coleta pelirroja le caía empapada por la espalda. Sus ojos, azules como el agua de un lago, escrutaban la penumbra. Al ver que *Peck* doblaba de nuevo y comenzaba a bajar una cuesta, trazó la ruta en su cabeza. Si seguían en esa dirección, a unos cuatrocientos metros se toparían con el arroyo que marcaba el límite sudeste de su zona. Chuck y su perro *Quirk* eran los encargados de rastrear la otra orilla. En esa

época del año el agua del arroyo que corría por la quebrada iría rápido y estaría helada, y además las orillas estarían resbaladizas por culpa del musgo y de la lluvia.

Ojalá el niño no se hubiera acercado a esa zona y no intentara cruzarlo, que era todavía peor.

En ese momento se percató de que el viento había cambiado. ¡Joder!, pensó.

En fin, tendrían que adaptarse. Volvería a enseñarle el calcetín a *Peck* y le daría un descanso para beber agua. Llevaban casi dos horas de rastreo, y aunque el perro había dado la alerta en tres lugares distintos, ella no había encontrado ningún rastro del niño. Ni un trozo de tela trabado en una zarza, ni una sola huella en la tierra húmeda. Había marcado los lugares que *Peck* había señalado en color azul, había trazado la ruta seguida con cinta naranja y sabía que habían pasado sobre su propio rastro un par de veces.

Decidió que comprobaría los progresos de Chuck. Si *Peck* había encontrado el rastro y el niño cruzaba el arroyo...

Nada de pensar que se había caído al agua. Todavía no.

Peck volvió a ladrar antes de que cogiera la radio. En esta ocasión incluso echó a correr después de lanzarle una rapidísima mirada para avisarla.

Una mirada que bastó para que ella captara el brillo en sus ojos.

—¡Hugh! —gritó para hacerse escuchar por encima del repiqueteo de la lluvia y del aullido del viento.

No escuchó al niño, pero *Peck* ladró tres veces.

Al igual que había hecho el perro, Fiona salió corriendo.

Se resbaló mientras doblaba hacia el sur en la pendiente.

Y cerca del crecido arroyo, demasiado cerca para su tranquilidad mental, vio a un niño empapado de agua y tendido en el suelo mientras abrazaba a *Peck*.

—¡Hola, Hugh! —Se acercó a la carrera y se acuclilló mientras se quitaba la mochila del hombro—. Soy Fiona y este es *Peck*.

—Perrito —dijo el niño mientras lloraba abrazado al perro—. Perrito.

—Es un buen perrito. Es el mejor perrito del mundo.

Mientras *Peck* meneaba la cola a modo de asentimiento, Fiona sacó una manta térmica de la mochila.

—Voy a taparte ya... a *Bubbi*. ¿Ese es *Bubbi*?

—*Bubbi* se ha caído.

—Ya lo veo. No pasa nada. Dentro de nada estaréis los dos calentitos, ¿vale? ¿Te has hecho daño? Oh, oh... —añadió con voz alegre mientras le colocaba la manta alrededor de los hombros, nada más ver el barro y la sangre que tenía en los pies—. Tienes pupa, ¿eh? Pero vamos a curarte ahora mismo.

Sin dejar de abrazar a *Peck*, Hugh volvió la cara y la miró con una expresión llorosa.

—Quiero a mamá —dijo mientras le temblaba el labio inferior.

—Claro que sí. *Peck* y yo vamos a llevarte con mamá. Mira lo que mamá nos ha dado para ti. —Sacó la bolsita que contenía los gusanos de gominola.

—He sido malo —dijo el niño todavía aferrado a *Peck*, aunque sus ojos se clavaron con interés en las chucherías.

—Mamá no está enfadada. Ni papá. Toma. —Le dio la bolsa y sacó la radio.

El niño le ofreció un gusano a *Peck*, y el perro miró a Fiona de reojo.

«¿Puedo, eh? ¿Puedo?»

—Muy bien, y da las gracias.

Peck cogió con mucho cuidado el gusano que el niño le ofrecía, se lo tragó sin masticar y se lo agradeció con un lametón que hizo las delicias de Hugh.

Fiona se puso en contacto con la base, conmovida por el sonido de esa risa.

—Lo tenemos. Sano y salvo. Dile a la madre que se está comiendo sus gusanos de gominola y que nos vamos de vuelta a casa. —Le guiñó un ojo al niño, que en ese momento le estaba dando un gusano a su empapado y sucísimo conejito de peluche, aunque acabó comiéndoselo él mismo—. Tiene unos cuantos arañazos y cortes sin importancia y está mojado, pero responde bien. Cambio.

—Recibido. Buen trabajo, Fi. ¿Necesitas ayuda? Cambio.

—Estamos bien. Nos ponemos en marcha. Te mantendré informado. Cambio y corto. Será mejor que bebamos un poco para bajar las chuches —sugirió al tiempo que le ofrecía la cantimplora a Hugh.

—¿Qué es?

—Agua.

—Me gusta el zumo.

—Pues en cuanto llegues a casa, te daremos uno. Bebe un poquito, ¿vale?

El niño la obedeció y después se sorbió la nariz.

—He hecho pis fuera, como me enseñó papá. No me he hecho pis en los pantalones.

Fiona le sonrió y recordó los lugares marcados por *Peck*.

—Muy bien hecho. ¿Te apetece volver a casa a caballito?

De la misma forma que había sucedido con las chucherías, sus ojos se iluminaron al escucharla.

—Vale.

Fiona lo envolvió mejor con la manta y después se volvió para que el niño pudiera subirse a su espalda.

—Puedes llamarme Fi. Si necesitas algo, sólo tienes que decirme: «Fi, quiero esto» o «Fi, necesito aquello».

—Perrito.

—Él también viene con nosotros. Irá delante. —Fiona acarició a *Peck* antes de levantarse y después le dio un buen abrazo—. Bien, *Peck*. ¡Muy bien! ¡Vámonos!

Con la mochila al hombro y el niño a la espalda, los tres emprendieron el camino de vuelta por el bosque.

—¿Abriste tú solo la puerta, Hugh?

—Fui malo —murmuró.

Pues sí, pensó ella. ¿Quién no lo había sido alguna vez?

—¿Qué viste por la ventana?

—Muchos Bubbis. *Bubbi* me dijo que quería ver más Bubbis.

—Ajá.

Era un chico listo. Le echaba la culpa al conejo.

A partir de ese momento Hugh comenzó a parlotear, tan rápido y con esa lengua de trapo propia de los niños que le impedía reconocer una palabra de cada tres. Pero más o menos captó el significado.

Mamá y papá estaban durmiendo, había conejitos al otro lado de la ventana. ¿Qué iba a hacer el pobre? Después, si no lo había entendido mal, la casa desapareció y no pudo encontrarla. Mamá no vino cuando la llamó. Había sido malo y tendría que pensar un rato. Y no le gustaba cuando mamá decía que tenía que pensar un rato.

Lo entendió perfectamente, porque el simple hecho de pronunciar «pensar un rato» hizo que hundiera la cara en su espalda y se echara a llorar.

—Bueno, pero si tienes que pensar un rato, también tendrá que pensar *Bubbi*. ¡Hala, mira, Hugh! ¡*Bambi* con su mami!

El niño levantó la cabeza entre sollozos. Pero las lágrimas quedaron olvidadas con un chillido en cuanto vio a la cierva y al cervatillo. Después suspiró y apoyó la

cabeza en su hombro cuando ella lo levantó un poco.

—Tengo hambre.

—Es normal. Te has ido de aventuras. —Se las arregló como pudo para sacar una barrita energética de la mochila.

Tardaron mucho menos en regresar que mientras rastreaban, pero para cuando los troncos de los árboles comenzaron a estar más separados, el niño le pesaba una tonelada.

Una vez descansado, reavivado y fascinado por todo lo que veía, Hugh hablaba hasta por los codos. Encantada, Fiona se lo permitió mientras soñaba con un tanque de café, con una hamburguesa gigantesca y con un balde de patatas fritas.

Al distinguir la casa entre los árboles, sacó fuerzas y apretó el paso. Apenas habían salido de la linde del bosque cuando vio que Rosie y Devin salían corriendo.

Fiona se acuclilló.

—Abajo, Hugh. Corre con mami. —Se quedó donde estaba y abrazó a *Peck*, que en ese momento meneaba todo el cuerpo por la alegría—. Sí —le dijo en voz baja mientras Devin superaba a su mujer con un par de zancadas y levantaba en brazos a su hijo. Al cabo de un instante los tres estaban abrazados y lloraban a lágrima viva—. Sí, ha sido un buen día. Eres un genio, *Peck*.

Rosie volvió a la casa con su hijo a salvo entre sus brazos. Devin se apartó de ellos y se acercó a Fiona trastabillando.

—Gracias. No sé cómo...

—De nada. Es un niño estupendo.

—Es... lo es todo. Muchísimas gracias. —Se le llenaron los ojos de lágrimas. La abrazó y, al igual que había hecho su hijo, le apoyó la cabeza en el hombro—. No sé cómo agradecérselo.

—Ya lo ha hecho. —Notó el escozor de las lágrimas en los ojos mientras le daba unas palmaditas en la espalda—. Fue *Peck* quien lo encontró. Es un perro genial. Y le alegraría mucho que le estrechara usted la pata.

—¡Vaya! —Devin se pasó una mano por la cara y respiró hondo unas cuantas veces para tranquilizarse—. Gracias, *Peck*. Gracias. —Se acuclilló y le tendió la mano.

Peck sonrió como sólo los perros podían hacerlo y le dio una pata.

—¿Puedo...? ¿Puedo abrazarlo?

—Le va a encantar.

Devin abrazó a *Peck* con un sentido y entrecortado suspiro, y hundió la cara en su pelo. El perro miró a Fiona por encima del hombro de Devin con expresión alegre.

«¿A que ha sido divertido? —parecía estar preguntándole—. ¿Podemos repetirlo?»

Capítulo 2

Después de informar de la misión, Fiona regresó a casa mientras *Peck* se echaba una siesta en el asiento trasero para recuperar fuerzas. Se la había ganado, pensó, de la misma manera que ella se había ganado la hamburguesa que se iba a preparar y devorar en cuanto pasara sus notas al ordenador.

Tenía que llamar a Sylvia, decirle a su madrastra que habían encontrado al niño y que después de todo no hacía falta que la sustituyera en las clases de la tarde.

Por supuesto, una vez hecho el trabajo duro, pensó, la lluvia había decidido dar una tregua. Ya se veían unos cuantos claros entre las nubes grises.

Café caliente, decidió, una ducha caliente, el almuerzo y el papeleo, y con un poco de suerte disfrutaría de buen tiempo durante la tarde.

Mientras se alejaba del parque atisbó el tenue brillo de un arco iris a través de las gotas de lluvia. Una buena señal, se dijo. Tal vez incluso fuera el anuncio de cosas maravillosas. Unos cuantos años antes su vida era como la lluvia, aburrida, gris y lúgubre. La isla había sido su claro entre las nubes, y la decisión de mudarse allí le había dado la opción de ver el arco iris de vez en cuando.

—Ahora tengo lo que necesito —murmuró—. Y si hay más... En fin, ya se verá.

Abandonó la serpenteante carretera para enfilar el camino de entrada a su propiedad, lleno de baches. Al reconocer el cambio en la marcha, *Peck* gimoteó y se incorporó. El perro comenzó a golpear el asiento con el rabo mientras cruzaban el estrecho puente que pasaba por encima del cristalino arroyo. Cuando la casa apareció ante ellos, empezó a mover el rabo con más ahínco y ladró un par de veces de felicidad.

Su casita de muñecas, forrada de cedro y con numerosas ventanas, destacaba en su trocito de bosque y campiña. El patio tenía una suave pendiente, y contenía lo que ella consideraba las zonas de adiestramiento. Toboganes, balancines, escaleras, plataformas, túneles y aros combinados con bancos, columpios construidos con ruedas y rampas que daban la impresión de ser un parque infantil en pleno bosque.

No era muy distinto, pensó. Sólo que era para niños de cuatro patas.

Los otros dos niños, de los tres que tenía, estaban en el porche delantero, meneando los rabos y dando saltos. En su opinión, una de las mejores cualidades de los perros era su alegría absoluta al ver regresar a su amo a casa, ya hubiera faltado cinco minutos o cinco días. Era un amor incondicional e infinito.

Aparcó y rodearon el coche presas de la emoción canina, mientras que en el interior *Peck* se moría de ganas por reunirse con sus amigos.

Salió del coche y fue recibida por un sinfín de caricias con los hocicos y mucho meneo de rabo.

—Hola, chicos. —Los acarició antes de abrir la puerta trasera.

Peck salió de un salto y el festival del amor dio comienzo.

Se olieron, se gruñeron juguetonamente, se chocaron los unos con los otros y después se persiguieron a toda velocidad. Mientras cogía la mochila, los tres perros se alejaron a la carrera, trazando círculos y zigzagueando, antes de regresar junto a ella.

Siempre listos para jugar, pensó mientras los tres pares de ojos la miraban con expresión esperanzada.

—Pronto —prometió—. Necesito darme una ducha, cambiarme de ropa y comer. Vamos adentro. ¿Qué decís? ¿Queréis entrar?

Como respuesta los tres perros salieron disparados hacia la puerta.

Newman, un labrador color amarillo que con sus seis años era el mayor de los tres, y el más digno, lideraba la manada. *Bogart*, el más pequeño, un labrador negro de tres años, tuvo que pararse un momento para recoger su cuerda.

Alguien quería jugar al tira y afloja.

Se arremolinaron tras ella, golpeando con las patas el suelo de madera. Tenía tiempo, pensó tras echarle una miradita al reloj. Pero no demasiado.

Soltó la mochila en el porche, ya que tenía que reemplazar la manta térmica antes de guardarla. Mientras los perros rodaban por el suelo, encendió el fuego que había apagado antes de marcharse y añadió otro leño. Se quitó la chaqueta mojada mientras lo veía prender.

Perros por el suelo y fuego en la chimenea hacían que la estancia fuera acogedora, se dijo. Sintió la tentación de enroscarse en el diván y disfrutar de una buena siesta.

No había tiempo, se recordó antes de decidir qué le apetecía más: ropa seca o comida. Tras el debate interno, decidió comportarse como una adulta y cambiarse de ropa en primer lugar. No había puesto un pie en la escalera cuando los tres perros ladraron para avisarla. Segundos después escuchó el traqueteo del puente.

—¿Quién será?

Se acercó a la ventana seguida de cerca por su manada.

No reconocía la camioneta azul, y en una isla del tamaño de Orcas no había muchos desconocidos. Su primer pensamiento fue que se trataba de un turista que se había perdido y necesitaba orientación.

Resignada, salió al porche y les ordenó a los perros que se quedaran allí.

Vio que un hombre bajaba del coche. Alto, abundante pelo oscuro, botas usadas, vaqueros desgastados, piernas muy largas... Guapo, se dijo, con facciones marcadas y una barba de por lo menos un día que indicaba que había estado demasiado ocupado como para afeitarse esa mañana, o que no había tenido ganas de hacerlo. Mostraba una expresión de frustración o enfado, tal vez una mezcla de ambas emociones, mientras se pasaba una mano por el pelo.

Manos grandes, se fijó, que remataban unos brazos largos.

Al igual que las botas, la chaqueta de cuero que llevaba tenía unos años. Pero la camioneta parecía nueva.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó desde el porche, momento en el que el hombre dejó de mirar el parque de adiestramiento con el ceño fruncido para girarse hacia ella.

—¿Fiona Bristow? —Su voz tenía un deje extraño, aunque no a enfado, sino más bien irritación lo que veía en su cara.

Detrás de ella *Bogart* gimió.

—Pues sí.

—¿Adiestradora de perros?

—La misma. —Bajó del porche cuando él echó a andar hacia ella, con la vista clavada en sus tres guardianes—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Ha adiestrado a esos tres?

—Sí.

Sus ojos verdosos, como un mar cálido y embravecido, se clavaron de nuevo en ella.

—Pues está contratada.

—¡Genial! ¿Para qué?

El desconocido señaló sus perros.

—Como adiestradora de perros. Pídame lo que quiera.

—Vale. Abramos la negociación en un millón de dólares.

—¿Aceptaría un pago a plazos?

La pregunta le arrancó una sonrisa.

—Podemos discutirlo... Vamos a empezar por el principio. Soy Fiona Bristow —dijo al tiempo que le tendía la mano.

—Lo siento. Simon Doyle.

Manos de trabajador, pensó cuando esa mano dura y encallecida tocó la suya. En ese momento se le encendió una bombilla.

—Claro, el artista de la madera.

—Suelo hacer muebles.

—Muebles geniales. Compré uno de tus cuencos hace unas cuantas semanas. Soy incapaz de resistirme a un buen cuenco. Mi madrastra vende tus productos en su tienda. Arte Isleño.

—Sylvia, sí. Es maravillosa. —Obvió el halago, la cháchara. Era un hombre con un objetivo—. Ella me ha recomendado que venga a verte. En fin, ¿qué porcentaje del millón necesitas a cuenta?

—¿Dónde está el perro?

—En la camioneta.

Miró más allá del recién llegado y ladeó la cabeza. Por fin veía al cachorro a través de la ventanilla. Le pareció una mezcla de labrador con golden retriever... y estaba muy ocupado en ese momento.

—Tu perro se está comiendo la camioneta.

—¿Qué? —Dio media vuelta—. ¡Mierda!

Mientras salía disparado hacia la camioneta, ella les hizo una señal a sus perros para que se quedaran donde estaban y después lo siguió. La mejor forma de averiguar qué clase de hombre era, qué tipo de perro tenía y qué relación había entre ellos era ver cómo manejaba la situación.

—Por el amor de Dios. —Abrió la puerta de un tirón—. ¡Joder! ¿Se puede saber qué te pasa?

El cachorro, que no tenía ni pizca de miedo ni parecía muy arrepentido, saltó a los brazos de su amo y empezó a comerle la cara a besos.

—Ya vale. ¡Para! —El hombre lo alejó de sí y el perro comenzó a menear el rabo, a agitarse y a ladrar encantado.

—Acabo de comprar la camioneta. Se ha comido el reposacabezas. ¿Cómo se ha podido comer el reposacabezas en menos de cinco minutos?

—Un cachorro tarda unos diez segundos en aburrirse. Los cachorros aburridos muerden cosas. Los cachorros felices muerden cosas. Los cachorros tristes muerden cosas.

—Qué me vas a contar —replicó Simon con rencor—. Le he comprado un montón de mordedores, pero se empeña en cebarse con los zapatos, los muebles, las puñeteras piedras y todo lo demás... incluidas ciertas partes de mi camioneta nueva. Toma. —Le pasó el cachorro a Fiona—. Haz algo.

Fiona acunó al cachorro, que de inmediato comenzó a darle besos como si fueran amantes que se reencontraban. Captó un ligero aroma a cuero en su cálido aliento.

—¡Qué cosa más bonita! ¡Qué perrito más guapo!

—Es un monstruo —masculló Simon—. Un escapista que no duerme. Si lo

pierdo de vista dos minutos, se come algo, rompe algo o hace sus necesidades en el lugar más inapropiado. No he tenido paz desde hace tres semanas.

—Ajá. —Abrazó al cachorro—. ¿Cómo se llama?

Simon le lanzó una mirada al cachorro no precisamente tierna.

—*Tiburón*.

—Muy apropiado. En fin, vamos a ver de qué pasta está hecho. —Se agachó con el cachorro en los brazos y les hizo una señal a sus perros para que se movieran. Mientras éstos se acercaban, dejó el cachorro en el suelo.

Algunos cachorros se acobardaban, otros se escondían y otros huían. Sin embargo, había otros, como *Tiburón*, que eran más duros. Se abalanzó sobre los tres perros, ladrando de alegría y meneando el rabo. Los olisqueó mientras ellos lo olían, se estremeció por la emoción y comenzó a mordisquearles las patas y los rabos.

—Un soldadito valiente —murmuró Fiona.

—Es intrépido. Haz que tenga miedo.

Fiona suspiró y meneó la cabeza.

—¿Por qué tienes perro?

—Porque me lo ha regalado mi madre. Ahora no puedo librarme de él. Me gustan los perros, de verdad. Te cambio mi cachorro por uno de los tuyos ahora mismo. El que tú quieras.

Fiona guardó silencio un momento mientras observaba esas facciones tan marcadas.

—No estás durmiendo mucho, ¿verdad? —le preguntó por fin.

—La única manera que tengo de dormir una hora seguida es meterlo en la cama conmigo. Ya ha destrozado todas las almohadas que tenía. Y ahora le ha dado por el colchón.

—Deberías intentar acostumbrarlo a un transportín.

—Le compré uno. Se lo comió. O se lo comió lo bastante como para escapar. Supongo que tendría que arrastrarse como una serpiente para salir. No puedo trabajar. No sé si tiene alguna malformación cerebral o si es directamente un psicópata.

—Sólo es un cachorrito que necesita muchas horas de juego, mucho cariño, mucha paciencia y mucha disciplina —señaló mientras *Tiburón* intentaba montar a *Newman* de nuevo, aferrándolo por una pata.

—¿Por qué hace eso? Intenta montar cualquier cosa. Si es un cachorrito, ¿por qué está pensando en tirarse a todo lo que se menea?

—Es el instinto... y su forma de mostrarse dominante. Quiere ser el perro que manda. ¡*Bogart*! ¡Trae la cuerda!

—¡Dios, no quiero colgarlo! No del todo —dijo Simon mientras el labrador negro corría al porche y atravesaba la puerta abierta.

El perro salió con la cuerda entre los dientes, se acercó a ella y se la dejó a los pies. Cuando se agachó para cogerla, *Bogart* se inclinó sobre las patas delanteras con el trasero en alto y empezó a menear el rabo.

Fiona cogió la cuerda y la agitó. *Bogart* dio un salto y agarró la cuerda, de la que empezó a tirar entre gruñidos, jugando con todas sus fuerzas al tira y afloja.

Tiburón se olvidó de *Newman* y cogió impulso para saltar en busca de la cuerda, pero falló y cayó de espaldas. Giró sobre sí mismo y saltó de nuevo, con el hocico bien abierto y meneando el rabo como un loco.

—¿Quieres la cuerda, *Tiburón*? ¿Quieres la cuerda? ¡Juega! —La bajó para que el cachorro pudiera alcanzarla y cuando éste la tuvo bien sujeta entre los dientes, la soltó.

Bogart dio un tirón que levantó al cachorro del suelo. *Tiburón* se sacudió con fuerza, pero se negó a soltar la cuerda, como un pez peludo que estuviera enganchado en un anzuelo.

Era decidido, se dijo Fiona, y le gustó ver que *Bogart* se agachaba para que el cachorro pudiera tocar el suelo antes de ajustar su fuerza a la de *Tiburón*, más pequeño.

—*Peck*, *Newman*, coged las pelotas. ¡Coged las pelotas!

Al igual que su compañero, *Peck* y *Newman* se alejaron a la carrera. Regresaron con sendas pelotas de tenis amarillas y se las dejaron a los pies.

—¡*Newman*, *Peck*, a correr! —Se apresuró a lanzar las dos pelotas para que los perros pudieran salir en su busca.

—Buen brazo. —Simon observó cómo los perros recogían las pelotas de tenis y regresaban a toda prisa.

A continuación, Fiona imitó el sonido de un beso, logrando que *Tiburón* ladeara la cabeza, aunque no soltó la cuerda. Lanzó las pelotas al aire en un par de ocasiones, atenta a lo que hacía el cachorro.

—¡A correr! —repitió.

Cuando los otros dos perros echaron a correr, el cachorro salió detrás de ellos.

—Tiene un instinto para el juego muy fuerte... y eso es bueno. Sólo tienes que dirigirlo. ¿Ya lo has llevado al veterinario? ¿Está vacunado?

—Tiene todas las vacunas al día. Dime que te lo vas a quedar. Te pagaré la estancia y la comida.

—La cosa no funciona así. —Mientras hablaba, Fiona recogió las pelotas de tenis que le habían devuelto y se las lanzó de nuevo—. Si lo acepto a él, te acepto a ti. Ahora sois un binomio. Si no vas a comprometerte con el perro, con su adiestramiento, con su salud y su bienestar, te ayudaré a encontrar un buen hogar para él.

—No soy de los que tiran la toalla. —Simon se metió las manos en los bolsillos mientras ella volvía a lanzar las pelotas—. Además, mi madre... No quiero ni pensarlo. Se le ha metido en la cabeza que como me he mudado aquí, necesito compañía. O una mujer o un perro. Como no puede regalarme una esposa, me ha… —Simon frunció el ceño al ver que el perro más claro dejaba que el cachorro cogiera la pelota. Con paso triunfal, *Tiburón* la llevó de vuelta.

—La ha cogido.

—Así es. Pídesela.

—¿Cómo dices?

—Que le pidas la pelota. Agáchate, extiende la mano y dile que te dé la pelota.

Simon se agachó y extendió la mano.

—Dame la...

Tiburón saltó a su regazo, casi tirándolo de espaldas en el proceso, y le estampó el hocico, en el que llevaba la pelota, en la cara.

—Dile «Abajo» —dijo Fiona, que tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír, porque la expresión de Simon Doyle dejaba bien claro que la situación no le hacía gracia—. Déjalo en el suelo, sentado. Sujétalo con firmeza pero sin hacerle daño y quítale la pelota del hocico. Cuando tengas la pelota en la mano, dile «Bien». Repítelo varias veces, con entusiasmo. Y sonríe.

Simon la obedeció, aunque era más fácil decirlo que hacerlo cuando el perro en cuestión se retorcía como un gusano.

—Ya ves, ha cogido una pelota y te la ha traído de vuelta. Tienes que usar trocitos de comida y muchos mimos, y las mismas órdenes una y otra vez. Ya le cogerá el tranquillo.

—Los trucos son estupendos, pero me interesa mucho más enseñarle a no destrozar la casa. —Le lanzó una mirada rencorosa al reposacabezas—. Ni la camioneta.

—Seguir cualquier orden es un asunto de disciplina. Aprenderá a hacer lo que le pides si le enseñas jugando. El cachorro quiere jugar... quiere jugar contigo. Recompénsalo, con juegos y con comida, con elogios y mimos, y aprenderá a respetar las normas de la casa. Quiere complacerte —añadió cuando el cachorro se puso panza arriba—. Te quiere.

—Pues lo lleva claro, porque de momento nuestra relación ha sido corta y tempestuosa.

—¿Quién es su veterinario?

—Funaki.

—Mai es la mejor. Me gustaría tener una copia del historial veterinario para mis archivos.

—Te la conseguiré.

—Lo mejor es que compres recompensas para cachorros... de las que se puede tragar de golpe en vez de tener que estar masticando mucho. Gratificación instantánea. También te hace falta un collar de cabeza y una correa, además del collar normal.

—Tenía una correa. Se la...

—Comió —terminó ella—. Es muy habitual.

—Estupendo. ¿Un collar de cabeza? ¿Como un bozal?

La expresión de Simon le resultó fácil de interpretar y comprendió que estaba pensando en un bozal. Sin embargo, se llevó una sorpresa al ver que Simon fruncía el ceño y rechazaba la idea.

—No. Es una especie de arnés, y es muy suave y efectivo. Tienes que usarlo en las sesiones de adiestramiento aquí y también en casa. En vez de presionar la garganta, presiona, muy levemente, en puntos relajantes. Ayuda a convencer al perro para que camine con normalidad, sin que vaya dando tirones, ayuda a que obedezca. Él tendrá más control y a ti te ayudará a entablar una relación con tu cachorro.

—Por mí perfecto siempre que funcione.

—Te aconsejo que sustituyas o arregles el transportín y que consigas un arsenal de mordedores y de huesos de cuero prensado. La cuerda siempre funciona, pero también te vendrán bien pelotas de tenis, los huesos que te he comentado antes y demás. Te daré una lista de recomendaciones básicas y de requisitos para el adiestramiento. Tengo que dar una clase en... —Miró el reloj—. ¡Joder! En media hora. Y no he llamado a Syl. —Cuando *Tiburón* quiso treparle por la pierna, se limitó a agacharse y a sentarlo—. Siéntate. —Y como no tenía una recompensa que darle, lo sujetó mientras lo acariciaba y le decía lo bien que lo había hecho—. Puedes quedarte si te viene bien. Lo apuntaré.

—No traigo conmigo el millón de dólares.

Fiona liberó al cachorro antes de cogerlo en brazos para acunarlo.

—¿Llevas treinta encima?

—Seguramente.

—Treinta dólares por una sesión grupal de treinta minutos. ¿Cuántos meses tiene, tres?

—Más o menos.

—Ya nos las apañaremos. Es un curso de veintiocho semanas. Ya llevas dos de retraso. Te haré algún hueco para darte clases individuales y poneros al día. ¿Te parece bien?

Simón se encogió de hombros.

—Es más barato que comprar una camioneta nueva.

—Muchísimo más, sí. Te prestaré una correa y un collar de cabeza mientras se lo compras todo. —Sin soltar al cachorro, Fiona echó a andar hacia la casa.

—¿Qué te parece si te pago cincuenta y trabajas con él en sesiones individuales?

Lo miró de reojo.

—No trabajo así. No es el único que necesita adiestramiento. —Lo condujo a la casa antes de entregarle el cachorro—. Acompáñame. Tengo correas y collares de sobra, y te hacen falta algunas recompensas. Pero antes tengo que hacer una llamada.

Fiona pasó de largo frente a la cocina y se dirigió a la estancia que usaba como almacén, donde los collares, las correas y los cepillos estaban ordenados según tipo y tamaño, y los juguetes y las recompensas se encontraban alineados en las estanterías.

A Simon le recordó a una tienda para animales.

Fiona miró de reojo a *Tiburón* cuando el cachorro se retorció en brazos de su dueño e intentó morderle la mano.

—Haz esto. —Se volvió hacia el cachorro y le cerró el hocico suavemente, con el índice y el pulgar—. No. —Y sin apartar la mirada de los ojos del perro, cogió de su espalda un hueso de cuero prensado—. Esto es tuyo. —Cuando el cachorro lo atrapó con los dientes, asintió con la cabeza—. ¡Muy bien! Venga, déjalo en el suelo. Cuando te muerda o muerda algo que no debe, haz lo que yo acabo de hacer. Regáñalo, dale una orden oral y sustituye lo que sea que esté mordiendo con algo suyo. Dale refuerzos positivos. A todas horas. Elige un collar y una correa que le valgan —dicho lo cual se fue a la cocina, cogió el teléfono y apretó el botón de marcación rápida que le tenía asignado a su madrastra—. ¡Mierda! —masculló cuando saltó el buzón de voz—. Syl, espero que no vengas ya de camino. Se me ha ido el santo al cielo y se me ha olvidado llamarte. Estoy en casa. Hemos encontrado al niño. Está bien. Se puso a perseguir un conejo y se perdió, pero sólo se ha llevado un susto. Al grano, si vienes de camino, nos veremos aquí. Si no, gracias por ofrecerte a sustituirme y ya te llamaré después. Adiós.

Colgó, y cuando se volvió vio a Simon en la puerta, con un collar de cabeza pequeño en la mano y una correa en la otra.

—¿Vale esto?

—Debería servir, sí.

—¿De qué niño hablabas?

—¿Cómo? Ah, sí, de Hugh Cauldwell... sus padres y él estaban en el parque natural, pasando unos días de vacaciones. Salió de la casita de alquiler y se adentró solo en el bosque esta mañana, mientras sus padres seguían dormidos. ¿No te has enterado?

—No. ¿Debería?

—Claro, estamos en Orcas. Da igual. El asunto es que está bien y que ha vuelto a casa sano y salvo.

—¿Trabajas con los agentes forestales?

—No. Soy una voluntaria de la Unidad Canina de Búsqueda y Salvamento.

Simon señaló los tres perros, que estaban tendidos en el suelo de la cocina como si estuvieran muertos.

—¿Y ellos también?

—Ajá. Están adiestrados y acreditados. Y te aseguro que *Tiburón* sería un buen candidato para recibir adiestramiento como perro de búsqueda.

Simon resopló, aunque podría haber sido una carcajada.

—Claro, claro.

—Juguetón, curioso, valiente, amistoso, con buena condición física... —Enarcó las cejas cuando el cachorro soltó su nuevo juguete para atacar los cordones de las botas de su dueño—. Enérgico. ¿Ya has olvidado tu adiestramiento, humano?

—¿Cómo?

—Regañar, sustituir y elogiar.

—¡Ah!

Simon se agachó y repitió la secuencia de movimientos que ella le había enseñado. *Tiburón* agarró el juguete antes de escupirlo y lanzarse de nuevo hacia los cordones.

—Insiste una y otra vez. Tengo que coger unas cosas. —Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo—. ¿Sabes cómo funciona esa cafetera?

Él miró el objeto en cuestión, que estaba en la encimera.

—Seguro que puedo averiguarlo.

—Hazlo, por favor. Café solo, con una de azúcar. Estoy que me caigo.

Simon observó ceñudo a Fiona mientras se alejaba.

Aunque ya llevaba unos meses en la isla, no acababa de acostumbrarse a que la gente dejara las puertas abiertas y fuera tan amable. Le decían a un completo desconocido que entrara en su casa, pensó, y ya que estaba allí que le hiciera un café mientras lo dejaba a solas.

Esa mujer sólo contaba con su palabra de que era quien decía ser, y además nadie sabía que estaba allí. ¿Qué habría pasado si fuera un psicópata? O un violador. De acuerdo que había tres perros, se dijo Simon mientras les echaba otro vistazo. Pero de momento los animales habían sido muy simpáticos, tan amables como su dueña.

Y en ese instante estaban roncando.

Se preguntó cómo podía convivir con tres perros cuando él a duras penas toleraba a uno. Bajó la vista y se percató de que el cachorro había dejado de morderle los cordones porque se había quedado dormido sobre la bota, con los cordones todavía entre los dientes.

Con el mismo sigilo que emplearía un hombre al alejarse de un oso pardo, Simon apartó la bota poco a poco, conteniendo el aliento, hasta que el cachorro se deslizó al suelo con suavidad.

Estaba fuera de combate.

Algún día encontraría el modo de vengarse de su madre, pensó mientras se acercaba a la cafetera. Algún día.

Examinó la cafetera, comprobó el depósito de café y el de agua. Cuando la puso en marcha, el estruendo del molinillo hizo que el cachorro se despertara y se pusiera a ladrar como un loco. Al otro lado de la estancia, los otros perros irguieron las orejas. Uno de ellos incluso bostezó.

El movimiento hizo que *Tiburón* se pusiera a dar saltos de alegría antes de salir disparado hacia la manada como una bala.

Mientras los perros rodaban por el suelo, se olisqueaban y se lamían, Simon se preguntó si podría llevarse prestado uno. Tal vez alquilarlo, se dijo. En calidad de niñera.

Como los armaritos de la cocina tenían las puertas de cristal, no le costó encontrar dos tazas de un brillante tono azul cobalto. Tuvo que abrir un par de cajones hasta dar con los cubiertos, pero así tuvo oportunidad de quedarse maravillado. Los cajones estaban ordenados y organizados.

¿Cómo lo conseguía esa mujer? Él llevaba en la casa unos pocos meses y

parecía que un tornado había pasado por los cajones de su cocina. Nadie debería ser tan organizado. No era normal.

Aunque era una mujer interesante, decidió mientras echaba un vistazo a su alrededor. No era ni pelirroja ni rubia, un tono intermedio, cobrizo. Eso sí, sus ojos eran innegablemente azules. Tenía la nariz un poco respingona, salpicada de pecas, y el hecho de que tuviera los dientes superiores un poco salidos hacía que el labio inferior pareciera más voluptuoso.

Cuello esbelto, pensó mientras servía el café, de cuerpo larguirucho sin muchas curvas.

No era guapa. Ni bonita ni mona. Pero... era interesante. Y las pocas veces que había sonreído... Casi fascinante. Casi.

Le echó una cucharadita de azúcar, que cogió de un cuenco blanco, a una de las tazas antes de apropiarse de la otra.

Bebió el primer sorbo con la vista clavada al otro lado de la ventana de la cocina, situada sobre el fregadero, pero se volvió al escuchar sus pasos. Se movía con energía, con una eficiencia que señalaba cierta actividad atlética. Atlética, mejor que larguirucha, pensó.

La vio bajar la mirada, siguió sus ojos y vio que *Tiburón* trazaba un par de círculos antes de agacharse.

Simon abrió la boca, pero antes de poder gritar «¡Oye!», que era su respuesta habitual, Fiona dejó en la encimera la carpeta que llevaba y dio dos palmadas.

El sonido hizo que *Tiburón* se enderezara.

Fiona se movió con rapidez, cogió al cachorro con una mano y la correa con la otra.

—Bien, *Tiburón*, muy bien. Vamos a salir. Es hora de salir.

Alacena, segundo estante, bote con galletas pequeñitas. Coge un puñado —le ordenó antes de enganchar la correa al collar mientras salía por la puerta trasera.

Los tres perros salieron tras ella en un torbellino de pelo y patas.

Simon descubrió que su diminuta alacena estaba tan organizada como los cajones. Sacó un puñado de galletitas para perros del tamaño de sus nudillos de un enorme bote de cristal y salió al exterior con las tazas de café en la otra mano.

Fiona aún llevaba al cachorro en brazos mientras atravesaba a grandes zancadas la distancia hasta la linde del bosque, que era el límite de su patio trasero. Cuando por fin dejó a *Tiburón* en el suelo, Simon ya la había alcanzado.

—¡No! —Evitó que el cachorro mordiera la correa y le acarició la cabeza—. ¡Mira a los perros grandes, *Tiburón*! ¿Qué están haciendo los perros grandes? —Lo obligó a volverse y caminó unos pasos.

Como era de esperar, al cachorro le interesaban mucho más los otros perros, que estaban olfateando y levantando la pata, que la correa. Salió corriendo tras ellos.

—Le estoy dando un poco de cuartelillo. Gracias. —Fiona aceptó la taza de café, bebió un buen sorbo y suspiró—. ¡Gracias a Dios! Vale, desde ya te digo que necesitas un lugar fijo como retrete. Supongo que no querrás tener tu propiedad sembrada como un campo de minas. De modo que tienes que llevarlo siempre al mismo sitio, al que tú quieras. Después irá él solito. Tú eres quien tiene que ser constante y repetitivo. Él sólo es un bebé, lo que quiere decir que tienes que sacarlo varias veces al día. En cuanto se despierte por la mañana y antes de que te acuestes por la noche, y también cada vez que coma.

Simon imaginó que su vida se convertía en un carrusel que giraba alrededor de las necesidades de evacuación del perro.

—Y cuando haga lo que se supone que tiene que hacer —continuó ella—,

emociónate. Refuerzo positivo... mimos. Quiere complacerte. Quiere recibir elogios y recompensas. Mira allí, los perros más grandes ya están manos a la obra y él no quiere ser menos.

Simon meneó la cabeza.

—Cuando lo saco, se pasa una hora olfateando, revolcándose y lanzándose sobre todo lo que ve, y cinco segundos antes de que lo meta de nuevo en la casa se vuelve loco.

—Enséñale cómo se hace. Eres un tío. Sácatela y mea.

—¿Ahora?

Fiona soltó una carcajada... y sí, pensó él, era casi fascinante.

—No, me refiero en la intimidad de tu casa. Toma. —Le pasó la correa—. Ponte a su nivel y llámalo. ¡Con muchísima alegría! Usa su nombre y cuando llegue a tu lado, vuélcate con él y dale una de las recompensas.

Se sintió un poco imbécil haciéndole carantoñas al perro porque hubiera defecado en el bosque, pero pensó en la de veces que había tenido que limpiar el suelo y siguió sus instrucciones.

—Bien hecho. Ahora voy a darte unas órdenes básicas antes de que lleguen los demás. *Tiburón*. —Lo tocó para que se concentrara en ella y lo acarició hasta que se hubo calmado. Cogió una de las recompensas que Simon tenía, se la colocó en la palma de la mano izquierda y levantó la mano derecha por encima de la cabeza del cachorro con el dedo índice extendido—. *Tiburón*, siéntate. Siéntate. —Mientras hablaba, movió el índice para que el perro levantara la vista, siguiendo el movimiento. Y su trasero tocó el suelo—. ¡Bien! ¡Muy bien! —Le dio la recompensa, lo acarició y lo elogió—. Hay que repetirlo. El cachorro mirará automáticamente hacia arriba, y en cuanto lo haga, su trasero tocará el suelo. En el momento en que se siente, tienes que elogiarlo y recompensarlo. Una vez que le pille el truco, intenta usar únicamente la orden. Si no te obedece, inténtalo de nuevo y repite. Cuando lo haga, lo elogias y le das una recompensa.

Fiona retrocedió.

Como el cachorro quería seguirla, comenzó a forcejear con Simon.

—Haz que se concentre en ti. Tú eres quien manda. Hoy por hoy, te tiene por tonto.

Irritado, Simon le lanzó una mirada gélida. Aunque tenía que admitir que cuando el trasero del cachorro había tocado el suelo, sintió una punzada de orgullo y de placer.

Fiona estaba de pie, con los brazos cruzados y las piernas separadas. Lo estaba juzgando, pensó Simon mientras repetía la rutina una y otra vez. Cuando los perros se acercaron a su dueña y se sentaron junto a ella, como esfinges, se sintió ridículo.

—Intenta hacerlo sin el movimiento completo de la mano. Señala y ordénaselo. Mantén el contacto visual. Señala y ordénaselo.

Como si eso fuera a funcionar, pensó él, pero señaló con el dedo.

—Siéntate. —Y se quedó boquiabierto cuando *Tiburón* plantó el trasero en el suelo—. Se ha sentado. Te has sentado. Bien hecho. Buen trabajo. —Mientras el cachorro devoraba la galletita que le había dado como recompensa, sonrió a Fiona—. ¿Lo has visto?

—Lo he visto. Es un perro muy bueno y muy listo. —Sus perros ladraron para avisarla—. Es hora de empezar. Tus compañeros de clase están a punto de llegar.

—¿Cómo lo sabes?

—Ellos lo saben. —Le colocó una mano en la cabeza al perro que tenía más cerca—. Ven, deja que *Newman* te huela.

—¿Cómo?

Fiona se limitó a hacerle un gesto antes de cogerle la mano y sujetarla frente a *Newman*.

—*Newman*, te presento a Simon. Éste es Simon. Ve con Simon. Tengo que preparar un par de cosas. *Newman* te acompañará mientras practicas con la correa. Coge un collar de cabeza antes de salir. *Newman* te ayudará con *Tiburón*.

Cuando Fiona se marchó con los otros perros, *Tiburón* dio un brinco para perseguirlos. *Newman* se limitó a bloquearlo con el cuerpo con suavidad.

—¿Quieres venirte a casa conmigo, muchacho? Me vendrías muy bien. A pasear, ¿no? ¡Vamos a pasear!

A duras penas y con la ayuda del labrador, Simon consiguió llevar, arrastrar y tirar del cachorro por el jardín.

Si la atlética y casi fascinante adiestradora de perros se ganaba el sueldo, pensó, podría acabar teniendo un perro tan magnífico como *Newman*.

Los milagros sucedían... de vez en cuando.

Una hora más tarde, exhausto ya, Simon estaba tirado en el sofá del salón de su casa. *Tiburón* intentaba subírsele por la pierna entre gimoteos.

—¡Dios! ¿Es que no te cansas nunca? Ni que estuviera en el ejército. —Cogió al cachorro, que se retorció, lo lamió y se acurrucó contra él—. Que sí, que sí. Que te has portado bien. Los dos nos hemos portado bien.

Le acarició las orejas.

En cuestión de minutos tanto el hombre como el perro estaban dormidos.

Capítulo 3

Puesto que tenía un día repleto de clases, Fiona necesitaba un buen aporte energético esa mañana. Sopesó sus opciones mientras saboreaba una taza de café solo bien endulzado. ¿Un tazón de cereales con sabor a fruta o un strudel relleno de mermelada?

Quizá un poco de cada, decidió, ya que el día anterior no pudo disfrutar de la súper hamburguesa ni de la montaña de patatas fritas por culpa de cierto hombre y de cierto perro.

Un hombre muy sexy y un perrito monísimo, pero ambos culpables de que hubiera acabado cenando una pizza congelada porque estaba demasiado cansada como para pensar en prepararse una cena casera.

De modo que como tenía por delante otra larga jornada, ¿qué había de malo en un aporte extra de azúcar?

Mientras debatía la cuestión, se bebió el café con la vista clavada en los perros, que estaban jugando fuera. Nunca se cansaba de observarlos. ¿Verdad que era afortunada por poder ganarse la vida de forma decente gracias a los perros al tiempo que hacía una labor importante?, se preguntó.

Recordó a un niño chiquitín, sano y salvo, y a un padre que lloraba aliviado mientras abrazada a un perro fantástico. En ese instante ese fantástico perro corría por el patio llevando un palo en la boca, tan orgulloso de su hallazgo (o casi) como lo estuvo de haber encontrado al niño.

Mientras los observaba, los tres perros ladraron para avisarla y corrieron hacia la parte delantera de la casa.

Un coche acababa de atravesar el puentecillo.

Mierda, pensó. Supuestamente su jornada laboral no empezaba hasta dentro de una hora. Necesitaba ese tiempo de relajación en soledad, y su desayuno con el aporte extra de azúcar, antes de relacionarse con otros seres humanos.

Sin embargo, cuando abrió la puerta principal y vio de quién se trataba, su humor mejoró de repente. Siempre estaba dispuesta a relacionarse con Sylvia.

Sylvia bajó con agilidad de su coqueto híbrido. Una mujer fuerte y llena de energía, de pelo castaño y ondulado. Llevaba botas altas de tacón bajo y fino, y una vaporosa falda a juego con un precioso jersey de color ciruela que, sin duda, había tejido ella misma. Sus enormes pendientes de plata con forma triangular se agitaron cuando se echó hacia atrás para dejar que saliera del coche su alegre boston terrier, llamado *Oreo*.

Los perros se sumieron de inmediato en una orgía de saludos: olfateos, lametones, carreras y revolcones por el suelo. Sylvia logró sortearlos con gran elegancia y miró a Fiona con una de sus deslumbrantes sonrisas.

—¡Buenos días, preciosa! Ya sé que venimos con una hora de antelación, pero quería cotillear un rato. ¿Tienes tiempo?

—Para ti, por supuesto. —Fiona se acuclilló al ver que *Oreo* corría hacia ella para saludarla brevemente, antes de volver con sus compañeros de juego—. Vayamos a la cocina. Si quieres, te preparo un té mientras yo desayuno.

El saludo de Sylvia incluía, como siempre, un largo y fuerte abrazo, tras el cual

entraron en la casa cogidas de la cintura.

—Toda la isla sabe que *Peck* y tú encontrasteis al niño. Lo hicisteis fenomenal.

—*Peck* estuvo genial. Y el hecho de que Hugh tuviera que hacer pipí dos veces nos ayudó bastante. Sin embargo, es sorprendente que un crío de tres años que sólo llevaba un pijama de Spiderman pudiera caminar tanto.

—Debió de estar asustadísimo.

—Más bien estaba empapado, helado y cansado. —Fiona puso la tetera al fuego, y señaló el armarito donde guardaba las infusiones que compraba pensando en Sylvia—. Siento mucho no haberte llamado de inmediato para darte las noticias.

—No te preocupes. —Le restó importancia al asunto con un gesto de la mano mientras se decantaba por un té con canela y melocotón—. De todas formas había salido en busca de algunas piezas de cerámica y, cómo no, me dejé el móvil en el coche. Tengo que abandonar esa dichosa costumbre. —Se volvió en ese momento y miró a Fiona con los ojos entrecerrados al verla sacar de otro armario la caja de cereales con sabor a fruta—. No pensarás desayunar toda esa cantidad de azúcar refinado.

—Tienen fruta. —Fiona agitó la caja y esbozó una sonrisa esperanzada—. O eso dice la caja.

—Siéntate —le ordenó Sylvia—.Voy a prepararte un desayuno como Dios manda.

—Syl, con los cereales es suficiente.

—No te digo que no. Hay que comerlos. De vez en cuando y si tuvieras diez años, claro está. Siéntate —repitió Sylvia, y abrió el frigorífico como si estuviera en su propia casa—. Ajá, sí... puedo hacer algo decente. Vas a comer una tortilla blanca y una tostada.

—¿Ah, sí?

—Y mientras tanto vas a desembuchar. Es una alegría para la vista, ¿verdad?

—Adorable, y con un poco de adiestramiento será un compañero maravilloso.

Sylvia le lanzó una mirada contrariada mientras sacaba un cuenco y un bol.

—Me refería a Simon.

—Es posible que yo también.

—¡Ja! Tiene un talento increíble y unos modales exquisitos, aunque es un poco misterioso.

—¿A cuál de los dos te refieres?

—Qué graciosa... —replicó Sylvia mientras separaba con gran habilidad las claras de las yemas, que dejó en el bol. Una vez que batió las claras, las mezcló con una cucharadita de hierbas provenzales y un poco de queso—. Vive en una casa preciosa en Eastsound, es muy meticuloso en su trabajo y tiene unos ojos para morirse, una espalda fuerte, un cachorro monísimo... y es soltero.

—Perfecto para ti. Ve a por él, Syl.

—Lo haría si no fuera veinte años más joven que yo. —Echó las claras batidas en la sartén que había puesto a calentar y después metió una rebanada de pan en el tostador mientras Fiona preparaba el té—. Ve tú a por él.

—¿Y qué quieres que haga con él cuando lo consiga? Además —añadió al escuchar un resoplido—, con los hombres pasa como con los perros, son para las duras y para las maduras. Se establece un compromiso a largo plazo.

—Pero antes tienes que divertirte un poco, para ver si el resto vale la pena. Podrías probar a soltarte un poco el pelo e intentar algo tan escandaloso como... ¡una cita!

—Sé lo que es, gracias. Prefiero relacionarme con la gente en general, pero de vez en cuando quedo con alguien. Y de vez en cuando practico ese tipo de

«diversión», por seguir con tu eufemismo. Y antes de que sigas insistiendo, ¿te suena el dicho aquel de la sartén y el cazo?

—Me casé con el amor de mi vida y estuvimos juntos diez años maravillosos. Todavía me pongo negra cuando pienso que no pudimos disfrutar de más tiempo.

—Lo sé. —Fiona se acercó y le frotó la espalda con una mano mientras ambas pensaban en el mismo hombre. En su padre—. Lo hiciste muy feliz.

—Nos hicimos muy felices. No puedo evitar desear lo mismo para ti. —Colocó la tortilla sobre la tostada, que ya estaba en el plato—. ¡A desayunar!

—Sí, señora. —Se sentaron la una frente a la otra a la mesita y Fiona probó el desayuno—. ¡Dios, está buenísimo!

—Y he tardado lo mismo que en echar todo ese azúcar coloreado en un bol.

—Aunque creo que estás siendo muy dura con mis cereales de fruta, la tortilla está tan buena que no pienso discutir.

—Me alegro, porque mientras disfrutas de un desayuno decente, voy a contarte lo que sé de Simon Doyle. —Se acomodó en su silla y bebió un sorbo de té al tiempo que cruzaba las piernas—. Ni se te ocurra decirme que no te interesa.

—Vale. No diré nada. Porque sí que me pica un poco la curiosidad.

—Tiene treinta y tres años, nació en Spokane, pero ha pasado unos cuantos años viviendo en Seattle.

—Spokane y Seattle. La noche y el día.

—Pues sí. Su padre y su hermano son constructores y dirigen la empresa familiar. Simon estudió Arte y Arquitectura en la Universidad de California del Sur, y después trabajó como ebanista antes de dedicarse al diseño y elaboración de muebles. Le iba bastante bien en Seattle, incluso ganó varios premios. Tuvo un tórrido romance con Nina Abbott...

—¿La cantante?

—Exacto. ¿Es una estrella del pop o del rock? No sé dónde encaja exactamente.

—La niña mala del pop —contestó Fiona con la boca llena—. Está un poco loca.

—Es posible, el caso es que el calentón les duró unos meses, después de que ella le encargara varios muebles para la casa que tiene en la isla de Bainbridge. Por lo visto es oriunda del estado de Washington y tiene una casa allí.

—Sí, lo sé. Leo la revista *People* y veo la tele de vez en cuando. Pero no... ¡Venga ya! ¿Simón es quien yo creo que es? Recuerdo haber leído algún cotilleo sobre Nina y un carpintero. La prensa lo llamaba así. Nina tiene un cuerpazo además de mucho talento, pero la verdad es que se le va un poco la cabeza.

—A algunos les encanta dar que hablar, supongo. El caso es que la relación acabó enfriándose. Aunque supongo que para su negocio sería un buen empujón. Y hace tres meses se mudó aquí, y te aseguro que en Arte Isleño estamos muy orgullosos, y su dueña se considera muy afortunada de ser su punto de venta exclusivo en las islas San Juan. —Hizo un brindis con su taza antes de tomar un sorbo de té.

—¿Conseguiste toda esa información para la web de Arte Isleño y los folletos publicitarios?

—En realidad, su biografía no contenía muchos datos, así que hice una búsqueda en Google.

—Sylvia...

La aludida se atusó la melena ondulada sin el menor remordimiento.

—A ver, cuando acepto añadir un artista nuevo al catálogo, tengo que saber con quién estoy tratando. Entre otras cosas, porque muchas veces debo viajar para

ver su trabajo, y no querrás que me meta en la guarida de un psicópata asesino, ¿verdad?

—Supongo que en Google no encontrarás información sobre la mayoría de los psicópatas asesinos. Salvo los que ya estén en la cárcel o enterrados.

—Nunca se sabe. En cualquier caso y dejando a un lado su trabajo, él me encanta. ¿Qué te pareció?

—Bueno, es que estaba un poquito cabreado porque *Tiburón* se comió el reposacabezas de su camioneta...

—¡Uf!

—Pues sí, y además estaba muy frustrado con su nueva relación dueño-carrocho, así que no sabría decirte. Así a primera vista, y pasando por alto sus atributos físicos...

—Que los tiene —la interrumpió Sylvia al tiempo que arqueaba las cejas.

—Sin duda. Yo diría que no está acostumbrado a tener que responsabilizarse de nadie más que de sí mismo, y que está hecho a la soledad. Un lobo solitario, vamos. Y tú has confirmado esa impresión con los datos que acabas de darme. Una residencia privada en una isla muy pequeña, el distanciamiento de su familia, la profesión que ha elegido...

—A veces un lobo es solitario porque no ha encontrado a su compañera ni a su manada.

—Eres una romántica incurable.

—No puedo negarlo —convino Sylvia—. Y a mucha honra.

—Bueno, la verdad es que el cachorro está loco por él. No demuestra temor. Ahora mismo el perro es el alfa, un detalle que me dice que el pobre hombre es un trozo de pan. A lo mejor es un trocito muy pequeño, pero ahí está. Y también deja claro que aunque está frustrado y molesto, no está dispuesto a deshacerse del perro. Además, si le das opciones lógicas, las acepta. Se ha matriculado en las clases para cachorros con *Tiburón*, y aunque no parece estar muy entusiasmado ni muy contento con la idea, se ve muy decidido. Así que mi conclusión es que cuando no le queda más remedio, acepta responsabilizarse de otros pese a su inexperiencia en el tema.

—Desde luego, deberías haberte dedicado a la psicología o hacerles los perfiles psicológicos a la policía.

—Todo lo que sé me lo han enseñado los perros. —Se levantó para llevar el plato al fregadero y después se acercó a Sylvia para abrazarla desde atrás—. Gracias por el desayuno.

—Cuando quieras, lo repito.

—Tómate otra taza de té. Voy a preparar la clase.

—Te ayudo.

—Con esas botas, ni hablar. El suelo está mojado de la lluvia de ayer. Cámbiate ese calzado tan sexy por mis Ugg antes de salir. Están en el cuarto de los zapatos.

—Fi... —protestó Sylvia antes de que Fiona saliera de la cocina.

—Ya.

—Han pasado casi ocho años. Para las dos.

—Lo sé.

—Caí en la cuenta esta mañana, de repente. A veces me pasa, cuando se acerca el aniversario de la muerte de tu padre. Así que sólo quería salir de casa y... y verte. Quería decirte lo contenta que estoy de que estés aquí, de poder venir a prepararte el desayuno o a pedirte prestadas tus Ugg. Me alegra muchísimo, Fi.

—A mí también.

—Estaría muy orgulloso de ti. Ya lo estaba, pero ahora...

—Lo sé, y me gusta saber que estaría muy orgulloso y muy contento de ver lo que he conseguido. Y lo que hago. —Soltó el aire muy despacio—. Greg también lo estaría. Creo. Hay muchos detalles de él que casi se han desvanecido, su voz, su olor, incluso su cara. Nunca pensé que tendría que mirar una foto para recordar su cara con claridad.

—Siete años es mucho tiempo. Eras muy joven, cariño. Sé que lo querías, pero eras muy joven. En realidad, no disfrutasteis de mucho tiempo juntos.

—Casi dos años, y me enseñó mucho. Si ahora tengo lo que tengo, es gracias a lo que Greg me enseñó, a lo que me demostró, a lo que me dio. Lo quise mucho, Syl, pero ya no me acuerdo de ese sentimiento. Aunque lo intento, ya no lo siento.

—Tu padre y yo también lo quisimos mucho. Era un hombre magnífico.

—El mejor.

—Fi, es posible que no sientas lo mismo que antes porque ha llegado el momento de intentarlo con otro hombre.

—No lo sé... A veces... En fin, a veces creo que nunca volveré a estar preparada para eso.

—Los sentimientos no siempre aparecen cuando estamos preparados.

—Es posible. Es posible que algún día me lleve alguna sorpresa. Pero de momento, tengo muchas cosas que me mantienen muy ocupada. No te olvides de cambiarte las botas.

Después de la clase de nivel avanzado, un grupo de seis en el que estaba incluido *Oreo*, Fiona se preparó para el grupo de principiantes en el curso de adiestramiento especial. Muchos de los inscritos no eran de la isla, y su fin era obtener un certificado que les permitiera participar en las Unidades Caninas de Búsqueda y Salvamento. Algunos lo conseguirían, otros no. Aunque estaba convencida de que tanto los dueños como los perros se beneficiarían de ese adiestramiento adicional y mucho más especializado.

Antes de comenzar la clase había un rato para relacionarse... tanto para humanos como para perros. Para ella no era una pérdida de tiempo, sino un momento esencial. Un perro que no se relacionara bien no pasaría el corte. Además, los diez minutos de esparcimiento le permitían juzgar cómo llevaban los deberes caseros tanto los perros como sus adiestradores. Los observó con las manos embutidas en los deformados bolsillos de su vieja chaqueta con capucha.

—Muy bien, vamos a empezar. Primero repasaremos lo básico.

Comenzaron repasando el paseo con los perros pegados a sus dueños. Primero con correa y luego sin ella. Los resultados fueron muy variados.

—*Snitch, Waldo* —dijo, dirigiéndose a los perros en vez de hablarles a los dueños—, vamos a tener que practicar un poco más en casa sin la correa. Os falta muy poquito, pero podéis hacerlo mejor. Vamos a pasar a la llamada. Adiestradores, apartaos. Quiero que esperéis a que vuestro perro esté distraído para que le deis la orden de que se acerquen. Sed firmes. No olvidéis la recompensa y el refuerzo positivo.

Acto seguido se dispuso a distraer de forma deliberada a algunos cachorros, acariciándolos y jugando con ellos. De todas formas, el porcentaje de éxito fue satisfactorio. Era normal que los cachorros no respondieran a la llamada de su dueño cuando tenían ganas de jugar. Apartó a los que peor lo habían hecho y les dijo a los demás que practicaran la orden de sentarse y quedarse quietos mientras ella trabajaba individualmente con los otros.

—Es necesario que el perro aprenda a dejar lo que esté haciendo para acudir cuando se le llama. Puede haber algún peligro que él no entienda. Además, esa respuesta instantánea demuestra una confianza total. Cuando le digáis a vuestro perro «¡Para!» o la palabra que elijáis para dicha orden, él tiene que obedeceros sin dudar. Vamos a trabajar este aspecto sin distanciamiento. Caminad con el perro al lado, sin la cadena, y después intentad que se eche al suelo. Callie, ¿puedo usar a *Snitch* para hacer una demostración?

En ese caso concreto no era el perro quien necesitaba práctica, sino la dueña. Callie titubeaba demasiado.

Al cabo de unos minutos y tras usar un tono de voz firme y seguro, Fiona logró que el cachorro caminara a su lado como un campeón y que se echara al suelo a la primera.

—No sé por qué no lo hace conmigo.

—Callie, es que sabe que contigo puede hacer lo que quiera. No te hace caso porque no eres firme, porque no considera que eres tú quien manda. No hace falta que le grites, ni que te enfades; lo que tienes que hacer es ser firme. Tu voz, tu expresión facial, tu lenguaje corporal... Convéncelo de que tú estás al mando.

—Lo intentaré.

Lo hicieron un poco mejor, pero Fiona lo achacó en parte al comportamiento residual de la ronda que ella misma había hecho con *Snitch*. A menos que Callie cambiara de actitud, el pequeño golden retriever se saldría siempre con la suya... dos veces.

—Muy bien, un descanso para jugar.

Era la señal que sus perros estaban esperando. Se unieron a los cinco minutos de caos. Hubo carreras, lanzamiento y recogidas de pelotas y cuerdas, y revolcones en grupo.

—No te lo tomes como una queja.

Fiona se armó nuevamente de paciencia al ver que Earl Gainer, un policía jubilado dueño de un pastor alemán muy espabilado, empezaba con sus quejas habituales.

—¿Qué pasa, Earl?

—Sé que uno de tus principios es el de aprovechar el instinto de juego que tienen los perros, pero me da la impresión de que desperdiciamos muchísimo tiempo dejando que todos estos perros tonteen.

Y el tiempo era dinero, que era realmente a lo que se refería.

—Sé que puede parecer frívolo, pero a esta edad, su capacidad de atención es muy limitada. Y se corre el riesgo de excederse en el tiempo dedicado al adiestramiento. Si el perro se siente frustrado, no podrá mantener el ritmo de las nuevas exigencias y expectativas, y abandonará, olvidará todo lo aprendido o se rebelará. Necesitan tiempo para quemar toda esa energía típica de los cachorros. Y para seguir relacionándose con otros perros y con humanos. Vamos a intentar un par de órdenes nuevas en la segunda media hora de la clase.

Earl se animó de inmediato.

—¿Cuáles?

—Vamos a darles antes unos cuantos minutos más. *Kojak* tiene un gran potencial. Y tú lo sabes. Es listo y dócil. Si sigues así un par de semanas más, pasaremos al entrenamiento olfativo. Pero antes de llegar a ese punto, debemos reforzar el vínculo entre vosotros, la interacción con los demás y la docilidad.

Earl hinchó las mejillas.

—He oído lo que tu perro y tú hicisteis ayer, lo del niño. Eso es lo que yo quiero hacer.

—Lo sé, y con tu entrenamiento y tu experiencia serás un miembro fundamental del equipo. Así que vamos a lograr que *Kojak* también quiera formar parte de él. Va por el buen camino, te lo prometo.

—Todos los que saben de esto dicen que eres una de las mejores adiestradoras del estado, sino de todo el noroeste. Por eso cogemos el ferry dos veces a la semana. En fin, qué demonios, de todas formas se lo está pasando en grande.

—Y está aprendiendo. —Le dio a Earl una palmadita en un brazo.

Después llamó a sus perros y les ordenó que se marcharan al porche, donde se tumbaron para seguir presenciando el espectáculo.

—Ordenad a vuestros perros que se coloquen a vuestro lado —gritó, y esperó a que se formara la línea—. Un perro de búsqueda puede trabajar en distintos tipos de terreno, y se le exigirá que lo haga. Terreno agreste, terreno helado, rocas, bosques, ciudades... y también en el agua. Hoy vamos a empezar con el agua. —Señaló una pequeña piscina que ya estaba llena de agua y cogió una pelota de goma—. Vais a quitarle la cadena a vuestro perro por turnos, uno a uno, y después vais a lanzar esta pelota a la piscina. Quiero que le ordenéis que la busque y que os la traiga. No os preocupéis. Tengo toallas. Earl, ¿te parece que *Kojak* y tú seáis los primeros?

Earl cogió la pelota y se colocó en posición. Tras quitarle la correa a su cachorro, le hizo unas cuantas caricias y le enseñó la pelota.

—¡Búscala, *Kojak*! —gritó mientras la lanzaba.

El perro salió pitando, saltó... y cayó al agua. Salió con la pelota en la boca y con una expresión que en opinión de Fiona era un claro: «¡La hostia!». Sin embargo, salió de la piscina de un salto y volvió al lado de su dueño cuando éste se lo ordenó chasqueando los dedos.

Cómo le gustaba fardar, pensó ella con una sonrisa que se ensanchó al ver que *Kojak* se sacudía con energía y ponía perdido de agua a su orgulloso y contento dueño.

—¿Has visto eso? —le preguntó Earl a Fiona mientras el agua le resbalaba por la barbilla—. Lo ha hecho a la primera.

—Lo ha hecho genial.

«Y tú también», añadió ella para sus adentros.

Fiona intentaba dejar siempre una hora libre entre clase y clase, a sabiendas de que gran parte de ese tiempo lo emplearía con los adiestradores que querrían hablar, pedirle consejo y comentar los acontecimientos del día.

Con lo poco que le quedaba, supuso que tal vez le daría tiempo a tomar un almuerzo rápido, a jugar con sus perros y a devolver las llamadas que hubiera recibido durante la clase.

Puesto que disponía de cuarenta minutos para sí misma cuándo el último coche cruzó el puente, se apresuró a jugar con las pelotas y las cuerdas con sus perros, y después corrió a la cocina y se comió unos cuantos puñados de galletitas de queso. Después añadió una manzana al almuerzo para no sentirse culpable.

Comió mientras comprobaba y contestaba el correo electrónico y las llamadas, e hizo unas cuantas anotaciones para actualizar su blog, que solía poner al día un par de veces por semana. Sabía que el blog llevaba a la gente hasta su página web, o viceversa. Y de ahí a sus clases.

Le quedaba tiempo de sobra para vaciar la piscina y repasar el plan del siguiente grupo. Estaba preparándolo todo cuando escuchó que el primer coche cruzaba el puente.

Adiós al tiempo de descanso, pensó mientras miraba en esa dirección, aunque

acabó frunciendo el ceño porque por segunda vez en dos días se trataba de un vehículo desconocido.

Levantó la mano para protegerse los ojos del sol y reconoció a Rosie y Devin Cauldwell. Cuando el coche giró, alcanzó a ver a Hugh en el asiento trasero.

—Muy bien, chicos. Sed buenos. Y saludad.

Mientras los Cauldwell aparcaban, sus tres perros se colocaron en fila a su lado y se sentaron.

Devin salió y fue el primero en saludar.

—¡Hola, *Peck*! Hola. —Al ver que *Peck* levantaba una pata, Devin sonrió y se inclinó para saludarlo—. Me alegro de volver a verte.

—*Newman* —dijo Fiona mientras Devin los saludaba en orden—. Y *Bogart*.

—Supongo que es usted fan de los clásicos del cine —replicó él al tiempo que le tendía una mano—. Espero que no le importe que hayamos venido.

—Claro que no. —Fiona se volvió hacia Hugh, que iba de la mano de su madre vestido con una sudadera roja con capucha y unos vaqueros, y que no parecía sufrir en absoluto ninguna secuela de su aventura—. ¡Hola, Hugh! ¿Quieres saludar a *Peck* y a sus amigos?

—¡Perritos! —Se acercó a ellos a trompicones y abrazó a *Peck*—. Perrito me encontró. Me perdí.

Fiona le presentó a los otros dos perros, a los que también abrazó.

—Ayer ni siquiera le di las gracias —dijo Rosie.

—Tenía otras cosas de las que preocuparse.

—¿No pasa nada porque haga eso...? —le preguntó la mujer al que ver que los perros se echaban al suelo y el niño se subía encima y empezaba a tirarles de las orejas.

—Están en la gloria. Les encantan los niños.

—Habíamos estado hablando sobre la posibilidad de tener un perro. Pensábamos dejarlo para dentro de un año o dos, pero ahora. .. —Rosie miró a su hijo con una sonrisa—. ¿Alguna recomendación sobre una raza concreta para convivir con un niño muy activo de tres años?

—Salta a la vista que tengo debilidad por los labradores. Son geniales con los niños y con las familias, pero necesitan mucha atención. Y mucho espacio.

—Tenemos un patio, y un parque cerca de casa. Tal y como me siento en estos instantes, si tuviera otro *Peck*, me lo llevaba ahora mismo —añadió con los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento. Todavía no me he repuesto del todo, señorita Bristow.

—Es mejor que nos dejemos de formalidades, llamadme Fiona.

—Fiona —dijo Rosie, que se acercó para cogerle las manos—, no hay palabras para agradecértelo. No las hay. No hay ninguna forma de pagarte, ningún gesto. No hay nada que podamos hacer para devolverte todo lo que has hecho por nosotros.

—Hugh está jugando con mis perros y pasándoselo en grande. Para mí es pago más que suficiente. Por eso hacemos lo que hacemos.

Devin le pasó un brazo a su mujer por los hombros.

—Le hemos escrito una carta a la Unidad Canina de Búsqueda y Salvamento, refiriéndonos a tu equipo, y vamos a enviarla hoy con una donación. Algo es algo.

—Es mucho. Y os lo agradezco.

—Cuando tengamos al cachorro, nos inscribiremos en tu clase —añadió Rosie.

—No me gustaría trabajar con otro adiestrador. El agente Englewood nos dijo que impartes clases de adiestramiento en obediencia y que también adiestras perros de búsqueda.

—Y seguro que te estamos entreteniendo. Pero antes de que nos vayamos…

Hugh, ¿no tienes nada que darle a la señorita Bristow y a *Peck*?

—En realidad, como nos dijeron que tenías tres perros hemos traído uno para cada uno —añadió Devin mientras Rosie llevaba al niño hasta el coche.

Hugh volvió cargado con tres enormes huesos de cuero prensado y los soltó delante de los perros.

—¿No quieren? —preguntó al ver que seguían sentados.

—No los cogerán hasta que tú les digas que los cojan. —Fiona hizo una demostración agitando los huesos delante de cada uno de ellos.

—¡Coge el hueso! ¡Coge el hueso! —gritó el niño.

Fiona les dio el visto bueno con la mano y los perros dieron un alegre salto antes de inclinar la cabeza a modo de elegante saludo que hizo las delicias de Hugh.

—Acaban de darte las gracias.

—Hugh los ha elegido —dijo Rosie al tiempo que le ofrecía un ramo de tulipanes rojos—. Porque parecen piruletas.

—La verdad es que sí. Son preciosos. Gracias.

—He hecho un dibujo —terció Hugh, que le quitó el dibujo a su madre—. Yo y *Peck* y tú.

—¡Vaya! —exclamó Fiona mientras contemplaba los coloridos garabatos—. Es precioso.

—ÉEste es *Peck*. Un perro grande. Y ésta es Fi. Y éste soy yo. A caballito con Fi. Y este es *Bubbi*. A caballito también. Mamá y yo escribimos los nombres.

—Está fenomenal.

—Puedes ponerlo en el *frigófico.*

—Lo haré. Gracias, Hugh. —Lo abrazó y aspiró su olor a inocencia, a dulzura y a libertad.

Una vez que los despidió agitando la mano, entró para colocar el dibujo en la puerta del frigorífico y para poner los tulipanes en un jarrón de color azul.

Y agradeció el hecho de poder contar con unos minutos para recobrar la compostura antes de que comenzaran a llegar los miembros del siguiente grupo.

Capítulo 4

El mejor amigo del hombre, ¡y una mierda!

Después de una furiosa persecución, seguida de una batalla encarnizada, Simon consiguió quitarle el martillo a *Tiburón*, que lo tenía aferrado con los dientes.

Con el martillo lleno de babas y mordisqueado en la mano, y al ver que el cachorro saltaba como un muelle peludo, se imaginó asestándole un buen martillazo en la cabeza. Nunca lo haría, por más tentador que fuera, claro, pero pensarlo no era un crimen.

Se imaginó unos pajarillos revoloteando alrededor de la cabeza de *Tiburón*, cuyos ojos eran un par de equis.

—Ojalá —masculló.

Dejó la herramienta fuera del alcance del cachorro, en el banco de trabajo, y echó un vistazo a su alrededor, otra vez, a los juguetes y los huesos desperdigados por el suelo del taller.

—¿Por qué no te gustan esos? ¿Por qué? —Cogió una cuerda del tamaño de *Tiburón* y se la ofreció—. Toma, destruye esto.

Segundos después, mientras Simon limpiaba el desventurado martillo, el perro soltó la cuerda sobre su bota y se sentó meneando el rabo, con la cabeza ladeada y los ojos brillantes por la emoción.

—¿No ves que estoy ocupado? —le preguntó—. No tengo tiempo para jugar cada cinco minutos, joder. Uno de los dos tiene que trabajar para ganarse el pan.

Simon se volvió hacia el armario botellero, una obra de arte, modestia aparte, de cerezo salvaje y ébano. Utilizó la cola para pegar los últimos adornos mientras el cachorro atacaba sus cordones. Esforzándose por concentrarse en el trabajo, Simon se sacudió al perro de encima y cogió un gato. Sacudida, cola, sacudida, gato.

Los gruñidos y felices ladridos de *Tiburón* se mezclaban con las canciones de U2, que era la música que había escogido esa mañana para trabajar.

Pasó los dedos por la lisa y suave madera y asintió con la cabeza.

Después fue a revisar las uniones de un par de mecedoras, arrastrando al cachorro consigo a través del serrín.

Supuso que *Tiburón* había acabado engañándolo para que jugara con él después de todo.

Trabajó durante casi dos horas, que amenizó arrastrando al cachorro y persiguiéndolo por momentos, obligándose a parar y a sacarlo a lo que había bautizado como Villa Mojón.

El respiro no fue tan malo, decidió. Le dio la oportunidad de despejarse, de disfrutar del aire fresco y del sol. No se cansaba de contemplar cómo la luz, ya fuera del sol o de la luna, jugueteaba sobre el brazo de mar que conformaba su estrecho vínculo con las dunas de la isla.

Le gustaba escuchar desde su colina la sutil y constante música del agua, o sentarse un rato en el porche de su taller para contemplar el espeso bosque que lo encerraba en la misma medida que el brazo de mar lo liberaba.

Después de todo, se había mudado a la isla por un buen motivo.

Por la soledad, la tranquilidad, el aire puro y las vistas.

Tal vez, y de un modo retorcido, su madre hubiera acertado al endosarle el perro. Lo obligaba a salir de la casa, que era uno de los principales motivos de la mudanza. Le daba la oportunidad de recrearse con los alrededores, de relajarse, de conectar con lo que sucedía a su alrededor. El aire, el agua, los árboles, las colinas, las piedras... eran fuentes de inspiración potenciales.

Los colores, las formas, las texturas, las curvas y los ángulos. Ese trocito de tierra, las arboledas y el agua, la ladera pedregosa, los trinos y los cantos de los pájaros en vez del ruido de los coches y de las personas, era justo lo que había estado buscando.

Decidió que se haría una mecedora robusta para colocarla en ese lugar, algo rústico y de madera. En teca, pensó, reciclada si podía encontrarla, con unos buenos reposabrazos lo bastante anchos como para poner una cerveza encima.

Se giró en dirección al taller para ir en busca de papel en el que plasmar las ideas, pero entonces se acordó del cachorro.

Lo llamó, molesto porque no estuviera olisqueando a su alrededor como solía hacer cada dos por tres, hasta tal punto que siempre acababa tropezándose y pisándolo.

Volvió a llamarlo. Y lo hizo una tercera vez. Soltó una retahíla de tacos, embargado por una mezcla incoherente de enfado, culpa y pánico que le formó un nudo en el estómago, y acabó saliendo en su busca.

Registró el taller por si el cachorro había vuelto para causar más destrozos; después miró alrededor, entre los arbustos y los matorrales, mientras lo llamaba por su nombre y silbaba. Comprobó la ladera que bajaba hasta el agua, así como el estrecho camino que conducía desde la casa hasta la carretera.

Miró debajo del porche antes de ir a la casa para mirar también debajo de los porches.

Ni rastro.

Era un perro, por el amor de Dios, se dijo. Ya volvería. Era un perro muy pequeño, ¿cuánto podría alejarse? Intentó tranquilizarse, regresó al taller donde había visto por última vez a ese diablillo y echó a andar en dirección al bosque.

En ese instante, interrumpido su remanso de paz, el juego de luces y de sombras, el silbido del viento y los matorrales agitándose parecían más bien siniestros.

¿Podría un halcón o un búho atrapar a un perro de ese tamaño?, se preguntó. Creía recordar haber visto un águila americana. Pero...

De acuerdo que el cachorro era pequeño, pero también era fuerte. Se detuvo e inspiró hondo mientras se decía que no estaba dejándose llevar por el pánico. Ni por asomo. Cabreado, así era como estaba. Cabreadísimo por tener que perder el tiempo y las fuerzas en perseguir al estúpido cachorro al que se había imaginado dándole un martillazo.

«¡Dios!»

Gritó el nombre del perro... y por fin escuchó unos ladridos agudos en respuesta. Unos ladridos, se percató Simon a medida que el nudo que tenía en el estómago empezaba a deshacerse, que no parecían de miedo ni de remordimiento, sino de emoción y alegría.

—¡La madre que lo parió! —masculló, pero como estaba decidido a pillarlo por sorpresa, optó por imitar su tono alegre—. Ven, *Tiburón*, ven, cabroncete. Aquí, chico, ven, engendro del demonio...

Apretó el paso en dirección al lugar del que procedían los alegres sonidos del perro, pero en ese momento escuchó que los arbustos se movían.

Y *Tiburón* salió a la luz, muy sucio y arrastrando con agilidad lo que parecía el

cadáver en descomposición de un pájaro muy grande.

¿Y él se había preocupado de que un pajarraco atrapara al perro? Menudo chiste.

—¡Por el amor de Dios, suelta eso! Y lo digo en serio.

Tiburón empezó a gruñir con ganas de juego y los ojos brillantes, y procedió a arrastrar su hallazgo hacia atrás.

—¡Ven aquí! ¡Ahora mismo! ¡Ven!

Tiburón respondió a las órdenes tirando del cadáver, sentándose y ofreciéndoselo.

—¿Qué demonios se supone que tengo que hacer con eso? —Aprovechó el momento para agarrar al cachorro y lanzar de una patada lo que quedaba del pájaro a los arbustos. *Tiburón* se retorció para soltarse—. No, esto no es un jue... no, no pienso decir la palabra mágica que empieza por jota. Pero voy a desahogarme con otra: ¡joder, joder, joder! —Se apartó el perro del cuerpo. El hedor era insoportable —. ¿Te has revolcado encima del pájaro? Por el amor de Dios, ¿por qué?

Sin más alternativa, se colocó el apestoso perro bajo el brazo y, respirando por la boca, regresó a la casa.

Por el camino consideró, y rechazó, la idea de darle un manguerazo. Era imposible que con un simple manguerazo eliminase el hedor, contando con que pudiera mantener al cachorro quieto el tiempo necesario. Consideró darle un baño y deseó tener un baño galvanizado... y con grilletes. La idea de bañarlo dentro de la casa hizo que pensara en una inundación.

Ya en el porche consiguió quitarse las botas mientras *Tiburón* le dejaba una lluvia de besos amorosos y con olor a muerte por toda la cara. De camino a la ducha, dejó la cartera en una mesa.

Una vez estuvieron ambos dentro de la ducha y con la mampara cerrada, se quedó en calzoncillos y se desentendió del perro mientras éste atacaba sus vaqueros y su camiseta. Entretanto, él abrió el grifo.

—Te aguantas —le dijo Simon cuando *Tiburón* comenzó a golpearse con la pared y con la mampara de cristal en sus intentos por huir.

Por su parte, él apretó los dientes y cogió el jabón.

Llegaban tarde. Fiona volvió a mirar el reloj, se encogió de hombros y siguió plantando pensamientos y flores del príncipe en una jardinera. Iba a tener que enseñarle a Simon a respetar sus horarios, pero de momento el lujo de poder recrearse con el jardín la complacía. Sus perros estaban dormidos cerca y ella escuchaba música rock en su iPod.

Si sus nuevos alumnos no aparecían, acabaría con la segunda jardinera y después tal vez llevara a sus chicos al bosque para jugar al escondite.

El día, soleado y cálido, con el cielo azul y la brisa fresca, era ideal para disfrutarlo.

Examinó su trabajo y acarició los pétalos antes de empezar con la segunda jardinera.

En ese momento vio la camioneta.

—Ahí viene Simon —dijo cuando los perros se pusieron en pie—. Simon y *Tiburón*. —Y se concentró de nuevo en los pensamientos.

Siguió plantando flores mientras el hombre y el perro salían de la camioneta, mientras sus propios perros los saludaban... y el hombre se abría camino entre los animales. Y se tomó su tiempo colocando los siguientes pensamientos, con suma precisión.

Cuando Simon le dio un golpecito en el hombro, se quitó los auriculares.

—Lo siento, ¿me has dicho algo?

—Seguramente hemos llegado tarde.

—Ajá. —Se sacudió la tierra.

—Ha habido un contratiempo.

—Suceden a todas horas.

—De hecho, ha habido un montón de contratiempos, pero el mayor de todos tenía que ver con un pájaro muerto.

—Mmm. —Fiona miró al cachorro, que estaba disputando una batalla feroz con *Bogart*—. ¿Ha cazado un pájaro?

—Algo lo cazó, hace días a juzgar por su aspecto... y por su hedor.

—¡Ah! —Asintió con la cabeza y, tras decidir apiadarse de él, se quitó los guantes—. ¿Te lo ha dado?

—Al final. Después de revolcarse con él un buen rato.

—¿Cómo se ha tomado el baño?

—Nos hemos dado una ducha.

—¿En serio? —Contuvo la carcajada porque no creía que Simon la encajara demasiado bien—. ¿Qué tal ha ido?

—Después de que dejara de intentar escaparse de la mampara y después de comerse el jabón, bien. La verdad es que le ha gustado. Creo que hemos encontrado un minúsculo e inestable punto en común.

—Algo es algo. ¿Qué has hecho con el cadáver?

—¿Con el pájaro? —Simon la miró, preguntándose qué narices le importaba a ella—. Lo mandé de una patada a los arbustos. Las manos las tenía ocupadas con el perro.

—Será mejor que vayas a recogerlo con una bolsa y lo quites de allí. De lo contrario, irá a buscarlo a la menor oportunidad.

—Genial. Estupendo.

—Los olores son la droga por excelencia de los perros. Sólo ha hecho lo que el instinto le ha exigido. —Y el humano, se dijo, también había hecho lo correcto... todo menos llamarla y decirle que iba a retrasarse—. Dadas las circunstancias, te daré la sesión completa. ¿Has hecho los deberes?

—Claro, claro... que sí —respondió más serio cuando Fiona enarcó una ceja—. Se sienta cuando se lo ordeno, casi siempre. Viene cuando se lo ordeno, pero sólo cuando le da la gana. Desde la última sesión ha intentado comerse, con más o menos éxito, el mando de la tele, un cojín, un rollo entero de papel higiénico, un par de peldaños de una escalera, una bolsa casi entera de patatas con sabor barbacoa, dos sillas y un martillo de madera. Y antes de que me lo preguntes sí, lo he regañado y he sustituido el objeto. Le importa una mierda.

—Pon la casa a prueba de cachorros —le aconsejó sin compasión—. ¡*Tiburón*! —Dio una palmada para llamar su atención y después extendió las manos con una sonrisa a modo de invitación—. Ven. ¡*Tiburón*, ven!

El cachorro se acercó y le colocó las patas en las rodillas.

—¡Muy bien! —Se sacó una recompensa del bolsillo—. ¡Muy bien!

—¡Ja!

—¡Una magnífica actitud positiva y un refuerzo más positivo todavía!

—Tú no vives con él —masculló Simon.

—Cierto. —Con toda deliberación, soltó la pala en los escalones—. Siéntate. —*Tiburón* obedeció y aceptó otra recompensa, más elogios y más caricias.

Los ojos del cachorro se desviaron hacia la pala.

Cuando se colocó las manos en las rodillas, el cachorro atacó, como un rayo, y

se alejó corriendo con la pala entre los dientes.

—No lo persigas. —Cogió a Simon de la mano cuando hizo ademán de salir en su busca—. Así conseguirás que siga corriendo, convirtiéndolo todo en un juego. *Bogart*, trae la cuerda. —Se quedó sentada donde estaba, con la cuerda en las manos, y llamó a *Tiburón*. El cachorro se acercó corriendo antes de alejarse nuevamente—. ¿Lo ves? Quiere invitarnos a jugar. Si respondemos, si corremos tras él, ha ganado el asalto.

—Pues yo creo que si se come tu herramienta, es él quien gana.

—Es vieja, pero el asunto es que no sabrá que ha ganado a menos que juguemos. No vamos a jugar. ¡*Tiburón*! ¡Ven! —Se sacó otra recompensa del bolsillo. Tras un breve debate interno, el cachorro volvió a su lado—. Esto no es tuyo. —Lo obligó a abrir la boca, le quitó la pala y meneó la cabeza—. No es tuyo. Esto es tuyo. —Y le dio la cuerda. Volvió a dejar la pala en el escalón y el cachorro se volvió a lanzar a por ella. En esa ocasión, Fiona plantó la mano encima de la herramienta y meneó la cabeza—. No es tuyo. Esto es tuyo. —Repitió el proceso con una paciencia inagotable, enseñando a Simon a la par—. Evita decir «no» muy a menudo. Deberías reservarlo para cuando necesites o quieras que se detenga de inmediato. Cuando es importante de verdad. Mira, ya ha perdido el interés por la pala. No vamos a jugar con ella. Pero vamos a jugar con la cuerda. Coge el otro extremo, juega con él al tira y afloja.

Simon se sentó a su lado, usó la cuerda para atraer al perro, la aflojó un poco y empezó a tirar de un lado a otro.

—A lo mejor no estoy hecho para tener perros.

Como ya se sentía de humor para ofrecerle un poco de compasión, Fiona le dio unas palmaditas en la rodilla.

—¿Eso lo dice un hombre que se ha duchado con su cachorro?

—No me ha quedado más remedio.

—Ha sido algo inteligente, efectivo e imaginativo. —Y los dos olían a jabón y a... serrín, se percató. Un olor muy agradable—. Ya aprenderá. Los dos aprenderéis. ¿Cómo va lo de hacer sus necesidades?

—La verdad es que en eso vamos bien.

—¿Ves? Ahí lo tienes. Los dos habéis aprendido lo que tenéis que hacer en esos casos y ahora se sienta cuando se lo ordenas.

—Y se mete en el bosque para revolcarse con un pajarraco muerto y se come mi mando a distancia.

—Simon, tienes que dejar de ver el mundo de color de rosa.

Simon la miró con los ojos entrecerrados, aunque sólo consiguió hacerla reír.

—Estáis progresando. Intenta que te obedezca cuando lo llames, cada vez que lo hagas. Es esencial. Vamos a trabajar con la correa y después refrescaremos la lección para que acuda a tu llamada. —Mientras se ponía en pie, vio el coche patrulla enfilando el camino de acceso a su propiedad—. Es el momento oportuno para enseñarle a no correr hacia los coches... y a no abalanzarse sobre las visitas. Contrólalo, háblale. —Saludó con la mano al recién llegado y esperó a que Davey aparcara el coche y se bajara—. Hola, Davey.

—Fi. Hola, chicos, ¿qué tal? —Se agachó para acariciar a los tres perros—. Lo siento, Fi, no sabía que estabas dando una clase.

—No pasa nada. Te presento a Simon Doyle y a *Tiburón*. Simon, éste es el agente Englewood.

—Lo recuerdo, compró la casa de los Daub hace unos meses. Encantado de verlo. —Lo saludó con un gesto de cabeza antes de agacharse para saludar al cachorro—. ¿Qué tal, chiquitín? No quería interrumpir —dijo mientras acariciaba a

un extasiado *Tiburón*—. Puedo esperar hasta que termines.

—No pasa nada. Simon, ¿por qué no coges la correa e intentas que ande junto a ti? Estoy con vosotros enseguida. ¿Ha ocurrido algo, Davey? —preguntó en voz baja cuando Simon se alejó en dirección a su camioneta.

—¿Por qué no damos un paseo?

—Vale, ahora me estás asustando. ¿Ha pasado algo? ¿Syl?

—Que yo sepa, Syl está bien. —Pero Davey le colocó una mano en el hombro y la instó a rodear la casa—. Hoy hemos recibido noticias y el sheriff ha creído conveniente que venga a comunicártelas.

—¿Qué noticias?

—A mediados de enero desapareció una mujer en California. En la zona de Sacramento. Salió a correr una mañana y no regresó. La encontraron una semana después en un parque natural, Eldorado National Forest, en una tumba poco profunda. Un soplo anónimo indicó la ubicación aproximada.

Fiona tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta, pero no dijo nada.

—Hace diez días, otra mujer salió a correr una mañana en Eureka, California.

—¿Dónde la encontraron?

—En el Trinity National Forest: La primera mujer tenía diecinueve años. La segunda, veinte. Universitarias. Extrovertidas, deportistas, solteras. Las dos tenían trabajos a media jornada. La primera trabajaba como camarera, la segunda en una librería. A las dos las asaltaron con una pistola eléctrica, las maniataron con cuerdas de nailon y las amordazaron con cinta adhesiva. Las dos fueron estranguladas con un pañuelo rojo que dejaron en el cadáver.

Ya no sentía nudo alguno porque el cuerpo entero se le había entumecido.

—Atado con un lazo.

—Sí, atado con un lazo.

Fiona se llevó una mano al pecho, sobre el corazón, que le latía desbocado.

—Perry está en la cárcel. Sigue en la cárcel.

—No va a salir en la vida, Fi. Está encerrado y han tirado la llave.

—Es un imitador.

—Es más que eso. —Davey extendió las manos para frotarle los hombros—. Es mucho más que eso, Fi. Hay detalles de la investigación anterior que nunca se hicieron públicos, como el hecho de que Perry se llevara un mechón de pelo de sus víctimas como recuerdo o que les escribiera un número en el dorso de la mano derecha.

El entumecimiento ya estaba desapareciendo. Deseaba que volviera, deseaba que reprimiera las náuseas que le contraían el estómago.

—Se lo contó a alguien. O uno de los detectives se lo contó a alguien... o alguien del laboratorio o del forense se fue de la lengua.

Davey siguió mirándola a los ojos sin apartar las manos de sus hombros.

—Es la única explicación. Están siguiendo esa pista ahora mismo.

—No me tomes por tonta, Davey. Decenas de personas han podido filtrar esa información. Han pasado casi ocho años desde que...

—Lo sé. Lo siento, Fi. Quiero que sepas que la policía está investigando. Queríamos decírtelo, porque es muy probable que la prensa no tarde en atar cabos. A lo mejor intentan sacarte información.

—Soy capaz de hacerle frente a la prensa. ¿Qué me dices de la familia de Greg?

—También se lo van a decir. Sé que es duro para ti, Fi, pero no quiero que te preocupes. Lo atraparán. Y aunque es malo de por sí, este cabrón está siguiendo el patrón de Perry. Jóvenes universitarias. Tú ya no tienes veinte años.

—Cierto. —Se esforzó para que no le temblara la voz—. Pero soy la única que sobrevivió.

Simon no necesitó escuchar la conversación para saber que algo iba mal. Malas noticias o problemas, tal vez ambas cosas. Supuso que a Fiona no le haría gracia tener a alguien cerca, sobre todo si ese alguien era prácticamente un desconocido.

Pensó en meter al perro en el coche y largarse. Sería muy grosero, pero a él le importaban muy poco los buenos modales.

Claro que también parecería muy frío, y eso sí que le molestaba.

Esperaría a que el agente se marchara, dejaría que Fiona se inventara la excusa que más le conviniera y luego escaparía. Nadie quedaría mal.

Además, ¡oh, milagro!, estaba consiguiendo que *Tiburón* caminara a su lado y se parara cuando se lo ordenaba el treinta por ciento de las veces. El hecho de que la cooperación del cachorro se debiera a que los otros perros caminaban a su lado y se detuvieran cuando se lo ordenaban no empañaba el éxito.

Así que podría marcharse a casa orgulloso, trabajar un poco más y después tomarse una cerveza. Si eliminaba la parte del pájaro muerto, había sido un día bastante bueno.

Cuando el coche patrulla desapareció por el camino, pensaba que Fiona se acercaría a él, le daría cualquier excusa y se iría a hacer lo que necesitara hacer.

Sin embargo, se quedó donde estaba varios minutos, con la vista clavada en el camino. Después regresó a los escalones del porche y se sentó. Y allí se quedó sentada.

En fin, la excusa tendría que ser suya, decidió. No le costaría trabajo. Acababa de recordar algo que tenía que hacer. El perro se estaba comportando y blablablá... Y ya se verían otro día.

Echó a andar hacia ella, complacido al comprobar que bastaron un par de tirones de la correa para que el cachorro lo siguiera dócilmente. Conforme se acercaba a ella, se dio cuenta de que estaba blanca como la pared y de que le temblaban las manos mientras se sujetaba las rodillas.

«Mierda.»

Dado que ya no podía irse sin más, cogió al cachorro en brazos antes de que saltara al regazo de Fiona.

—Malas noticias —dijo.

—¿Cómo?

—El agente te ha dado malas noticias. ¿Sylvia está bien?

—Sí. No tiene nada que ver con Sylvia.

Los perros, al percatarse del estado de ánimo de su dueña, la rodearon. El labrador amarillo le colocó el hocico sobre la rodilla.

—Mmm... creo que deberíamos...

Vio cómo Fiona intentaba recuperar el control y salir del pozo en el que había caído.

—Creo que deberíamos trabajar con las órdenes para que se siente y se quede quieto.

—Hoy no.

Ella lo miró de repente, pero Simon no supo interpretar la emoción que le empañaba los ojos. ¿Dolor? ¿Miedo? ¿Conmoción?

—No —convino ella—, hoy no. Lo siento.

—No pasa nada. Ya te veré en la siguiente clase.

—Simon. —Inspiró hondo cuando lo vio titubear—. ¿Te importaría...? ¿Puedes quedarte un rato?

Simon quería decir que no... ojalá pudiera decirle que no. Tal vez habría encontrado la fortaleza necesaria para hacerlo si no hubiera resultado tan evidente lo mucho que le había costado formularle esa pregunta.

—Vale.

—¿Por qué no lo dejas suelto para que corra un poco? Mis chicos lo vigilarán. A jugar —dijo cuando Simon soltó la correa—. Quedaos cerca. Cerca —repitió al tiempo que acariciaba a los perros—. Vigilad a *Tiburón*. Id a jugar.

Los perros gimotearon un poco y la miraron de nuevo mientras echaban a andar hacia el patio.

—Saben que no estoy bien. Les gustaría quedarse hasta que me haya repuesto. Y a ti te gustaría irte.

Simon se sentó junto a ella.

—Sí. No se me dan muy bien este tipo de situaciones.

—Que no se te den muy bien es mejor que nada.

—Vale. Supongo que quieres contarme las malas noticias.

—Supongo que sí. De todas maneras, será la comidilla de la isla dentro de poco. —Sin embargo y durante unos minutos, Fiona no dijo nada, hasta que reunió valor—Hace unos años hubo una serie de secuestros y asesinatos. Chicas jóvenes entre los dieciocho y los veintitrés años. Todas universitarias. Doce víctimas en tres años. California, Nevada, Oregón, Nuevo México y Washington fueron los puntos en los que las secuestró o las enterró. O ambas cosas a la vez.

Simon creyó recordar algo vagamente, pero no dijo nada.

—Todas tenían el mismo perfil. No se parecían físicamente, el asesino no se fijaba en la raza ni en el color del pelo, pero sí en el perfil psicológico. Todas las víctimas eran universitarias y deportistas, a todas les gustaban las actividades al aire libre y eran extrovertidas. Las vigilaba y seguía durante semanas en cuanto fijaba un objetivo. En ocasiones durante más tiempo. Era meticuloso y paciente, registraba sus rutinas, sus hábitos, su ropa, sus amigos, su familia y sus horarios. Utilizaba una grabadora y un bloc de notas. Todas las víctimas corrían, montaban en bicicleta o hacían senderismo con asiduidad. De forma habitual.

Fiona inspiró hondo de nuevo, y a Simon le recordó a una persona preparándose para sumergirse en aguas turbias.

—Prefería a mujeres que salían solas, por la mañana temprano o al anochecer. Se acercaba a ellas de frente, como si fuera otro corredor, otro senderista. Y cuando estaba lo bastante cerca, usaba una pistola eléctrica para aturdirlas. Mientras estaban incapacitadas, las llevaba a su coche. Tenía el maletero forrado de plástico para que las víctimas no dejaran rastros biológicos y para que no quedaran fibras en los cuerpos.

—Precavido —comentó Simon, pensando en voz alta.

—Sí. Mucho —replicó ella con voz seca, sin inflexiones, como alguien que diera un informe que se sabía de memoria—. Las maniataba con una cuerda de nailon, las amordazaba con cinta adhesiva y después les administraba un sedante suave para que no recobraran la consciencia, para que no forcejearan. Ponía rumbo a un parque forestal. Ya había escogido el lugar de antemano. Mientras buscaban a la desaparecida por la zona de su secuestro, él estaba a horas de distancia, obligando a una mujer aterrada y drogada a caminar por un sendero en mitad de la noche. —En ese punto se le quebró la voz, de modo que entrelazó los dedos sobre su regazo y clavó la vista al frente—. Primero cavaba la tumba... no demasiado profunda. Quería que las encontraran. Le gustaba que las mujeres lo vieran cavar,

por eso las ataba a un árbol. No podían suplicarle que no las matara, ni siquiera podían preguntarle por qué lo hacía, ya que estaban amordazadas en todo momento. No las violaba ni las torturaba físicamente. Ni las golpeaba o mutilaba. Se limitaba a sacar un pañuelo rojo y, mientras estaban atadas y amordazadas, incapaces de defenderse, las estrangulaba. Después les ataba el pañuelo con un lazo y las enterraba.

—El Asesino del Pañuelo Rojo. Así lo apodó la prensa —dijo Simon—. Ahora me acuerdo. Lo atraparon después de que disparara a un poli.

—Greg Norwood. El policía al que disparó se llamaba Greg Norwood. Y también disparó a su perro, *Kong*, de la unidad canina.

Las palabras palpitaron en el aire como una herida abierta.

—Lo conocías.

—Perry les preparó una emboscada. Greg tenía una cabaña, una casita preciosa para los fines de semana cerca del lago Sammamish. Le gustaba llevar a *Kong* para seguir con el adiestramiento. Una vez al mes, iban los dos solos. Decía que era un fin de semana sólo de chicos.

Fiona apoyó las manos en las rodillas con aparente tranquilidad, pero él se percató de que se clavaba los dedos.

—Disparó primero a Greg y tal vez ese fuera su error. Le disparó dos veces a *Kong*, pero el perro siguió atacándolo. Ésa fue la reconstrucción de la policía y eso es lo que Perry confesó después de llegar a un trato para evitar la pena de muerte cuando vio que iba a perder el juicio. *Kong* destrozó a Perry antes de morir. Perry era fuerte y consiguió regresar a su coche, incluso recorrió unos cuantos kilómetros antes de perder el conocimiento y tener un accidente. Pero lo atraparon. Greg también era fuerte. Vivió dos días más. Era septiembre. El doce de septiembre. Íbamos a casarnos en junio del siguiente año.

Las palabras no servirían de nada, pensó Simon, pero tenía que pronunciarlas.

—Lo siento.

—Sí, yo también. Había estado vigilando a Greg durante meses, tal vez más. Era muy meticuloso y paciente. Lo mató para vengarse de mí. Se suponía que yo debía ser la víctima número trece, pero me escapé. —Cerró los ojos un instante—. Me apetece beber algo. ¿Quieres beber algo?

—Claro.

Cuando Fiona se levantó y entró en la casa, pensó en seguirla de inmediato, pero decidió que tal vez necesitara un poco de tiempo para recobrar la compostura.

Recordaba retazos de la historia. Recordaba haber leído sobre una chica que escapó, una chica que le proporcionó al FBI una descripción de su secuestrador. Eso fue hace años, pensó en ese momento, e intentó recordar qué había estado haciendo él cuando la noticia ocupaba las primeras planas.

No le había prestado mucha atención, pensó. Por aquel entonces tendría unos veinticinco años. Acababa de mudarse a Seattle e intentaba forjarse un nombre, ganarse la vida. Y fue cuando su padre tuvo el susto con el cáncer. Eso había eclipsado todo lo demás.

Fiona salió con dos copas de vino blanco.

—Es un chardonnay australiano. Al parecer es lo único que tengo.

—Por mí está bien. —Aceptó la copa y estuvieron un rato sentados en silencio, con la vista clavada en la alfombra peluda que conformaban los perros, ya que habían decidido echarse una siesta—. ¿Quieres contarme cómo escapaste?

—Una mezcla de suerte y estupidez suprema. No debería haber salido a correr sola esa mañana por ese sitio en concreto. Sabía que no debía hacerlo. Mi tío es policía y ya estaba saliendo con Greg, y ambos me recalcaron más de una vez que

no saliera a correr sola. Pero no encontraba a nadie que pudiera seguirme el ritmo. Era una máquina —añadió con el asomo de una sonrisa.

—Tienes buenas piernas, sí.

—Para lo que me sirvieron... No les hice caso. Perry todavía no había actuado en Washington y hacía meses que no se producía ningún secuestro. Nunca piensas que te va a tocar a ti. Mucho menos a los veinte. Salí a correr. Me gustaba hacerlo temprano antes de tomarme un café. Hacía un día de perros, oscuro, lluvioso, pero me encantaba correr con lluvia. Estábamos a primeros de noviembre, el año anterior a que Greg muriera. Durante un segundo, o quizá fueran décimas de segundo, lo vi. Tan normal, tan agradable... pero se me encendió la bombilla. Llevaba un botón del pánico en el llavero, incluso intenté pulsarlo. Pero ya era demasiado tarde. Sentí una descarga muy dolorosa, y luego el cuerpo no me respondía. —Tuvo que detenerse un momento para tomar aire—. Nada respondía —repitió—. Dolor, sorpresa y luego el entumecimiento. Vomité cuando me desperté en el maletero. Era de noche y sentía que nos estábamos moviendo, escuchaba el sonido de los neumáticos sobre el asfalto. No podía gritar, no podía dar patadas, casi no podía moverme. —Se detuvo una vez más, soltó el aire muy despacio y bebió un sorbito de vino—. Estuve llorando un rato porque sabía que iba a matarme y no podía hacer nada para evitarlo. Iba a matarme porque quise salir a correr esa mañana sola. Pensé en mi familia, en Greg, en mis amigos y en mi vida. Dejé de llorar y me cabreé. No había hecho nada para merecer eso. —Se detuvo de nuevo para beber otro sorbito mientras la brisa agitaba las agujas de los pinos—. Y tenía que hacer pis. Me resultó humillante, y aunque suene estúpido, la idea de hacérmelo encima antes de que me matara fue lo que me espabiló. Así que estaba luchando contra eso, como si estuviera retorciéndome, cuando sentí el bulto en el bolsillo. Tenía un bolsillo oculto en los pantalones de correr, un bolsillo interior. Greg me había regalado una navaja suiza —Se metió la mano en un bolsillo de los vaqueros y la sacó—. Un minicuchillo, unas tijeritas monísimas, una lima en miniatura. Una navaja de chica. —La apretó en el puño—. Me salvó la vida. Me había quitado las llaves y la calderilla que llevaba en el bolsillo de la cazadora para el café, pero no miró en el bolsillo oculto en los pantalones. Supongo que no se le ocurrió que pudiera tener uno. Tenía las manos atadas a la espalda. Podía llegar al bolsillo. Creo que fue en ese momento cuando más miedo pasé, mientras sacaba la navaja, mientras empezaba a plantearme que tal vez pudiera salir con vida.

—¿Puedo verla? —Cuando Fiona se la dio, la abrió y observó la navaja a la brillante luz del sol. La hoja mediría la mitad de su pulgar, calculó—. ¿Cortaste una cuerda de nailon con esto?

—La corté, la rasgué y la agujereé. Me llevó una eternidad abrir la navaja, o eso me pareció, y otra eternidad cortar la cuerda. También tuve que cortar la que tenía alrededor de los tobillos porque fui incapaz de deshacer el nudo. Al principio me aterraba la idea de que parase el coche antes de que hubiera terminado, y después me aterraba la idea de que nunca parase el maldito coche. Pero lo hizo. Lo hizo y bajó silbando una canción. Jamás se me olvidará.

Simon se imaginó la situación: una chica atrapada, aterrada, seguramente sangrando allí donde la cuerda se le había clavado en la piel. Y armada con una navaja tan letal como una chincheta.

—Volví a taparme la boca con la cinta adhesiva.

Lo dijo con tanta tranquilidad, con tanta serenidad, que Simon volvió la cabeza para mirarla.

—Y también me coloqué la cuerda alrededor de los tobillos y las manos a la espalda. Cerré los ojos. Cuando abrió el maletero, siguió silbando. Se inclinó y me

dio unas palmaditas en la cara para despertarme. Y yo le clavé la navaja. Quería clavársela en un ojo, pero fallé y se la clavé en la cara. Fuera como fuese, se sorprendió tanto y le dolió tanto que me brindó una oportunidad. Le di un puñetazo en la cara y giré las piernas para pegarle una patada. No fue todo lo fuerte que me habría gustado porque se me enredó la cuerda, pero bastó para tirarlo de espaldas y para que yo pudiera escapar. La pala estaba justo donde la había dejado caer cuando le clavé la navaja. La cogí y se la estampé en la cabeza... un par de veces. Le quité las llaves. No tengo muy claro lo que sucedió a continuación, según me dijeron, por la conmoción y el chute de adrenalina, pero me metí en el coche y salí pitando.

—Lo dejaste inconsciente y te fuiste con su coche —murmuró, sorprendido y fascinado.

—No sabía dónde estaba ni adónde iba, y tuve mucha suerte de no sufrir un accidente, porque iba quemando rueda. Encontré una especie de cabaña, un hotel, porque vi las luces. Me había llevado al Olympic National Forest. Llamaron a los agentes forestales y estos a su vez alertaron al FBI, y la rueda empezó a girar. Se había escapado, pero les di una descripción. Tenían el coche, su nombre y su dirección. O la dirección que constaba en los papeles. De todas formas, los esquivó durante casi un año. Hasta que disparó a Greg y a *Kong*, y *Kong* lo detuvo. *Kong* entregó su vida para detenerlo.

Fiona recuperó la navaja y la devolvió a su bolsillo.

—Me pareces una mujer muy lista —comentó Simon al cabo de unos segundos —. Seguro que tienes claro que lo que hiciste salvó a otras mujeres. Ese cabrón está encerrado, ¿no?

—Varias cadenas perpetuas consecutivas. Llegaron a un acuerdo después de que yo testificara, después de que se diera cuenta de que lo condenarían por Greg, por mí, y de que se enfrentaría a la pena de muerte.

—¿Por qué llegaron a un acuerdo?

—Para que confesara el asesinato de Greg, mi secuestro y el asesinato de las otras doce víctimas, para que dijera dónde estaban sus blocs de notas y sus grabaciones, para que las familias de las mujeres asesinadas pudieran cerrar la herida. Para encontrar respuestas. Y porque tenían la certeza de que nunca saldría. —Asintió con la cabeza, como si respondiera a una pregunta que se hubiera hecho —. Siempre he pensado que fue lo correcto. Por raro que parezca, me alivió escuchar cómo repasaba sus crímenes, paso a paso, y saber que pagaría, por todo, durante mucho tiempo. Quería enterrarlo todo, cerrarle la puerta al pasado. Mi padre murió nueve semanas después. De repente, inesperadamente... y volví a tocar fondo. —Se pasó las manos por la cara—. Fue una época espantosa. Me fui de casa para pasar unas semanas con Syl, un par de meses, o eso creía, pero después me di cuenta de que no quería regresar. Necesitaba empezar de cero y quería empezar aquí. Así que lo hice, y la mayor parte del tiempo esa puerta permanece cerrada.

—¿Qué ha pasado hoy para que se abra?

—Davey ha venido para decirme que hay un asesino siguiendo el patrón de Perry, con detalles que jamás se hicieron públicos. De momento hay dos víctimas. En California. Ha empezado de nuevo.

Tenía un montón de preguntas rondándole por la cabeza, pero no se las hizo. Fiona había acabado, pensó. Había soltado lo que necesitaba soltar de momento.

—Tiene que ser muy duro para ti. Porque lo reaviva todo, lo desentierra y lo trae al presente.

Fiona volvió a cerrar los ojos y fue como si todo su cuerpo se relajara.

—Sí, sí. Eso es. Dios, a lo mejor es una tontería, pero no sabes cuánto me

ayuda que alguien diga eso. Que alguien lo entienda. Así que… gracias. —Le colocó una mano en la rodilla, un contacto brevísimo—. Tengo que entrar y hacer unas llamadas.

—Vale. —Le dio la copa—. Gracias por la invitación.

—Te la has ganado.

Simon se acercó a los perros para recoger al cachorro, que de inmediato comenzó a lamerle la cara como si llevaran separados una década.

Mientras se alejaba, echó un vistazo por el retrovisor para ver cómo Fiona entraba en la casa, seguida de cerca por sus perros.

Capítulo 5

Fiona se planteó cenar algo, pero acabó decantándose por otra copa de vino. Hablar con los padres de Greg había levantado la postilla y la herida volvía a sangrar. Sabía que lo más acertado sería cenar y quizá salir después a pasear con los perros. Salir de casa, salir del ensimismamiento.

En cambio, echó a los perros al patio para disfrutar a conciencia del bajón, tan profundo y desesperado que se puso de mal humor cuando oyó que alguien llegaba.

¿Por qué no la dejaban regodearse en su desesperación? El alegre coro de ladridos le indicó que el recién llegado era un amigo. No le sorprendió ver a James y a su *Koby* saludando a sus perros mientras se apoyaba en uno de los postes del porche con la copa de vino en la mano. A la luz de los reflectores que acababa de encender, el pelo de James parecía muy brillante. Como todo en él. Su tono de piel, que ella describía como un café con leche con pinceladas doradas, era el legado de la mezcla de razas existente en su árbol genealógico. Sus ojos, de un verde brillante, siempre tenían una expresión alegre cuando la miraban enmarcados por ese espeso bosque de pestañas.

En ese momento la miraron mientras esbozaba una sonrisa fugaz y agitaba una bolsa gigantesca de papel con la cena.

—He traído comida.

Fiona bebió un sorbo de vino.

—Davey ha hablado contigo.

—Es lo que suelen hacer los cuñados, sí. —Se acercó a ella llevando consigo el aroma de la comida y se limitó a echarle un brazo por los hombros para darle un apretón.

Fiona se tambaleó.

—Estoy bien, un poco ocupada compadeciéndome de mí misma, pero nada más.

—Quiero unirme al club. Como presidente.

—La presidenta soy yo. Pero como has traído comida, admito tu solicitud como miembro.

—¿Tendremos chapas identificativas? ¿Algún santo y seña para reconocernos? —Se inclinó hacia ella y la besó en la frente—. Vamos dentro y lo decidimos mientras nos comemos las hamburguesas.

—He hablado con la madre de Greg —le dijo mientras lo precedía al interior.

—Duro.

—Brutal. Por eso estaba sentada bebiendo vino en la oscuridad.

—Me parece normal, pero pido tiempo muerto. ¿Tienes Coca-Cola?

—Pepsi. Light.

—¡Puaj! Qué le vamos a hacer... dame una.

James sacó los platos como si estuviera en su casa, colocó una hamburguesa en cada uno de ellos y repartió la montaña de patatas fritas después de sacarlas de la caja de cartón. Mientras tanto, ella sirvió la Pepsi tras echar al fregadero lo que quedaba de vino en su copa.

—Deberíamos habernos acostado antes de ser amigos —comentó.

James sonrió y se sentó.

—Creo que teníamos once y doce años cuando empezaste a venir a la isla para ver a tu padre, así que éramos un poco pequeños para irnos a la cama antes de que lo nuestro se convirtiera en una amistad.

—El caso es que si lo hubiéramos hecho —dijo al tiempo que se dejaba caer en la silla—, ahora podríamos revivir la relación. Sería una buena distracción. Pero no podemos, porque ahora mismo me sentiría un poco tonta si me desnudara delante de ti.

—Es un problema, sí —reconoció James, tras lo cual le dio un bocado a su hamburguesa—. Pero podríamos hacerlo a oscuras y usar nombres inventados. Yo sería Nardo Duro y tú Jazmín Suave.

—¿Te imaginas a alguien gimiendo «Jazmín» en el momento culminante? Ni hablar, prefiero Susi Susurro. Me gusta la aliteración.

—Vale. Dime, Susi, ¿qué prefieres hacer primero, comer o un buen revolcón?

—Tanto romanticismo me empalaga, es mejor que comamos antes. —Mordisqueó una patata frita—. No quiero estar toda la noche machacando el mismo tema, pero es muy raro. El otro día le dije a Syl que apenas recordaba la cara de Greg. Como si sus facciones se hubieran diluido, no sé si me explico.

—Sí, te entiendo.

—Y en cuanto Davey me contó lo que había pasado, apareció de repente. Ahora veo perfectamente todos los detalles de su cara. Ha vuelto. Y... es horrible. —consiguió decir mientras las lágrimas le provocaban un nudo en la garganta—. Es horrible pensar que ojalá no hubiera vuelto, ¿a que sí? Una parte de mí quiere que se vaya, pero no me había dado cuenta de eso hasta que volvió.

—¿Y qué? ¿Vas a llevar luto y a leer poemas deprimentes durante el resto de tu vida? Fi, ya lo has llorado bastante. Te quedaste hecha polvo, lo lloraste y te has recuperado. Creaste la unidad canina por amor y por respeto a su trabajo. —Extendió una mano para darle un apretón en la muñeca—. Y es un homenaje extraordinario.

—Si vas a ser tan sensato y racional, no podrás formar parte del club de la autocompasión.

—No podemos tener una reunión del club mientras comemos hamburguesas. Ese tipo de reunión requiere vino peleón y patatas fritas rancias.

—Joder, James, contigo no hay manera de regodearse en la miseria. —Suspiró y se comió la hamburguesa.

Ni el consuelo de la amistad, ni la presencia de sus perros, ni la rutina nocturna la libraron de las pesadillas. Se despertó cada dos por tres, esforzándose por dejarlas atrás, pero regresaban en cuanto volvía a adormilarse.

Los perros, que estaban tan inquietos como ella, no pararon de moverse de un lado para otro. A las tres de la mañana *Bogart* se acercó a la cama con la cuerda en la boca como si la solución fuera un rato de juego.

A las cuatro Fiona se rindió. Dejó que los perros salieran y preparó la cafetera. Decidió que haría una buena sesión de ejercicio que la dejara cansada y sudorosa, y después se entretendría con un poco de papeleo.

Puso al día la contabilidad, y redactó un esbozo del boletín de novedades que tendría que enviar a los suscriptores de su página web y también a los de la página web de la Unidad Canina de Búsqueda y Salvamento. Actualizó su web y estuvo leyendo varios blogs, porque fue incapaz de encontrar el entusiasmo para escribir algo en el suyo.

Cuando llegó el momento de empezar la primera clase, llevaba despierta cuatro horas y necesitaba echarse un sueñecito.

Se recordó que le encantaban sus clases. Por el trabajo en sí, por los perros y por la interacción con los demás. Le encantaba pasar el día al aire libre.

Pero en ese momento desearía haber cancelado las otras dos clases posteriores. No para regodearse en la melancolía, se dijo, sino para estar un rato a solas, para recuperar el sueño perdido y tal vez para leer un poco.

En cambio, se preparó para el segundo asalto, contestó una llamada de Sylvia —las noticias volaban— y se las arregló para sobrevivir.

Al final de la jornada laboral, después de que tanto ella como los perros hubieran recogido los juguetes y las herramientas de adiestramiento, se dio cuenta de que no quería estar sola. La casa estaba demasiado silenciosa y el bosque, lleno de sombras. Iría un rato al pueblo, decidió. Compraría algo y se pasaría por la tienda de Sylvia. Y luego daría un paseo por la playa. Un poco de aire fresco, de ejercicio y un cambio de escenario. Se mantendría activa hasta que estuviera demasiado cansada para soñar, ya fueran pesadillas u otra cosa.

Decidió que se llevaría a *Newman* para que le hiciera compañía. Mientras el perro subía al coche, se volvió para hablarles a los otros dos.

—Ya sabéis cómo funciona la cosa. Salir conmigo va por turnos. Os traeremos un regalito, así que portaos bien. —Cuando se subió al coche, miró a *Newman* de reojo—. Ahórrate la sonrisilla —le ordenó.

El estrés se esfumó a medida que conducía, mientras el sol de la tarde se reflejaba en el agua. El cansancio remitió cuando bajó la ventanilla, dejando que el aire le alborotara el pelo, y puso la radio.

—¡Vamos a cantar!

Siempre dispuesto a complacer, *Newman* comenzó a aullar, acompañando a Beyoncé.

Su intención era la de conducir hasta Eastsound, comprar provisiones básicas y regalarse algo que no necesitara en absoluto. Sin embargo, mientras avanzaba entre las colinas y el agua, dejando atrás pastos y arboledas, se dejó llevar por un impulso y dobló al llegar al camino señalado con un buzón en el que rezaba «DOYLE».

A lo mejor necesitaba algo del pueblo. Podía comportarse como una buena vecina y ahorrarle el viaje. No tenía nada que ver con su deseo de ver dónde y cómo vivía. Ni con ninguna otra cosa.

Le gustaba que los árboles bloquearan la luz del sol en algunos tramos y que en otros los rayos se colaran para brillar sobre la hierba y las piedras. Y le gustó la casa nada más verla. El tejado a dos aguas, el diseño de la construcción que se adaptaba a la suave pendiente del terreno.

No le iría mal una mano de pintura, pensó. Un color alegre y brillante para los marcos de las ventanas. Y unas cuantas sillas en el porche, acompañadas por unas macetas coloridas que también alegrarían mucho el balcón del segundo piso. Quizá un banco bajo el cerezo llorón que se cuajaría de flores en primavera.

Aparcó junto a la camioneta de Simon, y se percató de que había reparado el reposacabezas con cinta adhesiva. En ese momento vio el cobertizo que se alzaba a unos metros de la casa, casi rodeado por los árboles.

Era alargado y de techo bajo, aunque parecía ocupar tanto terreno como la propia casa. Contaba con un amplio porche cubierto en la parte delantera. Descansando a su sombra vio un batiburrillo de mesas, sillas y lo que supuso que se trataba de partes de otro tipo de muebles.

Escuchó una sierra, o al menos pensó que era una sierra, luchando por

hacerse oír por encima de la música rock.

Salió del coche y le indicó con un gesto a *Newman* que la siguiera. El perro olfateó el aire (lugar nuevo, olores nuevos) y se colocó a su lado.

—Las vistas son preciosas, ¿verdad? —murmuró al tiempo que obviaba el ruido para contemplar la orilla del agua y los pequeños montículos verdes que sobresalían de esta—. Mira, tiene una playa y un pequeño embarcadero. Necesita un bote, pero así está genial. Agua, árboles, terreno despejado y lejos de la carretera. Una buena casa para un perro.

Le acarició las orejas a *Newman* y se acercó al cobertizo.

Lo vio por la ventana. Vaqueros, camiseta de manga corta, gafas protectoras y cinturón de herramientas. Y comprobó que había acertado en lo de la sierra. Una monstruosidad que ponía los pelos de punta. Su hoja dentada cortaba tablones con gran rapidez. Se le encogió un poco el estómago al pensar en lo que podía hacerle esa hoja a los dedos y, con ese temor en mente, se acercó a la puerta y se mantuvo oculta hasta que el zumbido de la sierra cesó.

En ese momento llamó y lo saludó a través del cristal. Al ver que Simon se limitaba a mirarla con el ceño fruncido, abrió la puerta. El cachorro estaba tumbado a su lado, con las patas levantadas como si lo hubieran electrocutado.

—¡Hola! —gritó para hacerse oír por encima de la música—. Iba de camino al pueblo y he pensado que... —Dejó la frase en el aire porque en ese momento lo vio quitarse unos tapones de los oídos—. Con razón está tan alta. Escucha... —Guardó silencio otra vez mientras Simon se sacaba un mando a distancia del cinturón de herramientas para apagar el equipo de música.

El silencio fue tan arrollador como un tsunami... y despertó al cachorro.

Tiburón bostezó, se desperezó y la vio. Sus ojos adquirieron una expresión eufórica mientras se levantaba de un salto, daba unos cuantos brincos y corría hacia ella. Fiona se acuclilló, alargó un brazo y colocó la palma de modo que el perro se la encontrara en el hocico.

—¡Hola, guapo! ¡Hola, yo también me alegro de verte! —Le acarició la cabeza y la barriga, y señaló el suelo con un dedo—. Siéntate —le ordenó, y *Tiburón* se lo pensó un poco, todavía emocionado por su visita, pero acabó sentándose—. Pero ¡qué listo eres! ¡Muy bien! —Lo agarró al ver que reparaba en *Newman*, que estaba sentado en el exterior—. ¿Puede salir? He traído a *Newman*, él lo vigilará.

Simon se limitó a encogerse de hombros.

—Muy bien. Ve a jugar.

Tiburón salió del cobertizo dando un salto y acabó tendido sobre la hierba, arrancándole una carcajada. Cuando miró hacia atrás, vio que Simon seguía junto a la sierra, observándola.

—Te he interrumpido.

—Sí.

Directo, pensó. En fin, no le molestaba que la gente fuera directa.

—Voy al pueblo y se me ha ocurrido que podía pasar para preguntarte si necesitas algo. Una especie de agradecimiento por desahogarme contigo ayer.

—No necesito nada.

—Vale, de acuerdo. Los dos sabemos que lo de pasarme para preguntarte si necesitas algo es sólo una excusa, así que mejor lo dejamos así. Voy a… ¡Madre del amor hermoso, qué bonito! —Fue directa hacia el armario botellero que descansaba en el otro extremo del cobertizo, sorteando bancos de trabajo y herramientas.

—¡No lo toques! —masculló Simon, frenándola en seco—. Está húmedo —añadió con un tono un poco más agradable—. El barniz.

Fiona se llevó las manos a la espalda en señal de obediencia. Se dio cuenta de

que el olor que había captado era el del barniz, mezclado con el del serrín y con el de la madera recién cortada. La mezcla conformaba un aroma fascinante.

—¿Esas son las puertas? El labrado es una maravilla, y los colores de la madera... Qué maravilla, de verdad. —Tan maravilloso como el olor que flotaba en el aire—. Lo quiero. Seguro que no puedo permitírmelo, pero lo quiero de todas formas. ¿Cuánto pides?

—No te pega ni tampoco le pega a tu casa. Es elegante, y también un poco ostentoso. Tú no lo eres.

—Puedo ser elegante y ostentosa.

Simon meneó la cabeza mientras caminaba hacia un pequeño y viejo frigorífico del que sacó dos Coca-Colas. Le lanzó una que ella cogió con una mano.

—No puedes. A ti te pega algo más sencillo, más básico, todo lo contrario, más extravagante. Algo que contraste un poco con las líneas rústicas hacia las que te inclinas.

—¿Soy rústica?

—He estado en tu casa —le recordó él.

Fiona pasó un dedo por el labrado de la parte superior de la puerta, una serie de corazones alargados.

—Esto podría suponer un contraste, ¿no?

—No.

Sorprendidísima, se volvió hacia él.

—¿De verdad no me lo vas a vender porque no soy elegante?

—Sí.

—¿Cómo vendes los muebles?

—Los hago por encargo o los vendo sin más. Diseño lo que le va bien al cliente. —La observó mientras bebía un buen trago o; Coca-Cola—. Mala noche.

Fiona se metió las manos en los bolsillos.

—Gracias por notarlo. Bueno, como interrumpo y no soy la clienta adecuada para el dichoso armario botellero, te dejaré a solas con tu sierra gigante.

—Me he tomado un descanso.

Fiona lo observó atentamente, igual que estaba haciendo él, mientras bebía un trago de Coca-Cola.

—En fin, teniendo en cuenta a lo que me dedico, que sepas que la mala educación no me afecta mucho.

—Si estás pensando en adiestrarme como a mi perro, te aviso que lo mío no tiene remedio.

En vez de replicar, Fiona se limitó a sonreír.

—Si lo de preguntarme si necesitaba algo era una excusa, ¿me estás tirando los tejos?

Fiona sonrió de nuevo y empezó a moverse por el taller. Vio un montón de gatos y cinceles, un serrucho y una especie de taladro fijo que parecía tan terrorífico como la sierra gigante. Vio herramientas cuyos nombres desconocía y botes de café soluble llenos de puntillas, de tornillos y de un sinfín de cosas extrañas.

Eso sí, la organización brillaba por su ausencia.

—¿Tirándote los tejos? De momento no. Y teniendo en cuenta tu defectuosa conducta, dudo que llegara a tirártelos.

—Me parece justo, y para que veas que yo también lo soy, que sepas que no eres mi tipo.

El comentario hizo que apartara la vista de una maravillosa mecedora que le encantaría llevarse a casa y le lanzara una mirada gélida.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Me van más las mujeres con vena artística y más femeninas. Si son voluptuosas, mejor que mejor.

—Como Sylvia.

—Exacto.

—O Nina Abbott. —No pudo contener una sonrisa satisfecha al ver la mirada irritada que Simon le lanzó.

—O Nina Abbott.

—Menos mal que lo hemos aclarado antes de dejar mi delicado y susceptible corazón en tus manos.

—Pura chiripa. Aunque... de vez en cuando no viene mal cambiar. Probar cosas nuevas y eso.

—Genial. Ya te avisaré el día que me apetezca que me prueben para cambiar. Mientras tanto, llevaré mi poco elegante, poco artística, poco femenina y poco voluptuosa persona lejos de tu vista.

—Algunas curvas tienes.

La risa se le escapó sin que se diera cuenta.

—Dios, qué capullo eres. Me voy mientras me quede algo de ego que recoger del suelo. —Salió por la puerta y llamó a *Newman*.

Tiburón corrió hacia ella, así que lo acarició y lo halagó un poco. Después lo obligó a entrar en el cobertizo, momento en el que cerró la puerta. Antes de alejarse en dirección al coche, miró de reojo a Simon por el cristal y se alejó con *Newman* al lado.

Simon la observó alejarse por la ventana. Sus movimientos eran ágiles y seguros. Con una elegancia natural. Cuando llegó, le pareció perdida. Titubeante, insegura. Cansada.

Ya no, pensó mientras Fiona entraba en su coche. En ese momento parecía enérgica, preocupada y un poco enfurruñada.

Mejor así. A lo mejor era un capullo, pero verla así lo dejaba más tranquilo.

Satisfecho, volvió a ponerse los tapones y las gafas protectoras, y encendió de nuevo el equipo de música. Después, siguió trabajando.

Sylvia se apoyó en el mostrador de su preciosa tiendecita con una mirada emocionada mientras Fiona se probaba unos cuantos pendientes.

—No me creo que haya dicho eso.

—Pues créetelo. —Fiona se colocó una perla con forma de lágrima en una oreja y unas coloridas bolitas de cristal en la otra—. No soy lo bastante elegante para su sobrevalorado armario botellero. Puedo ser elegante. —Se dio media vuelta —. ¿Lo ves? Llevo perlas.

—Muy bonitas. Pero te pegan más las bolitas esmaltadas.

—Sí, pero si quisiera, también podría ponerme las perlas. —Dejó los pendientes en el expositor y se acercó para echarle un vistazo a un jarrón de estilo raku.

Siempre había algo nuevo que ver en la tienda de Sylvia. Ya fuera un cuadro, una bufanda, una mesa o una joya valiosa. Se detuvo al pasar junto a un banco de brazos altos y curvados, y dejó que sus dedos acariciaran la madera.

—Es bonito.

—Lo ha hecho Simon.

Resistió el impulso de darle un golpecito con sus anteriormente devotos dedos.

—Mira por dónde... Y luego me soltó que no era su tipo. Como si se lo hubiera preguntado, vamos. Tú sí lo eres.

—¿Ah, sí?

—Incluso te puso de ejemplo. Tienes una vena artística, eres femenina y voluptuosa.

—¿De verdad?

—Sí. Adelante, presume todo lo que quieras.

Sylvia se atusó el pelo de forma exagerada, a conciencia.

—Es como para presumir, sí.

—Por mí, puedes lanzarte a por él —replicó Fiona al tiempo que hacía un gesto con la mano.

—Podría ser interesante, pero prefiero regodearme y punto. Estoy segura de que no pretendía insultarte.

—Sí, ya...

—Vamos a hacer una cosa, cierro dentro de diez minutos. Luego nos vamos a cenar juntas y a ponerlo verde. A poner verdes a los hombres en general.

—Parece divertido, pero tengo que volver a casa. Sólo he venido para desahogarme un poco. ¡Dios, Syl! Estos dos últimos días han sido espantosos.

Sylvia rodeó el mostrador para darle un fuerte abrazo.

—¿Y si voy a tu casa y te preparo un poco de pasta mientras tú te das un baño relajante?

—La verdad, creo que prefiero hacerme una sopa de sobre y meterme en la cama. Anoche no pegué ojo.

—Fi, me tienes preocupada —confesó mientras le daba un tironcito a su coleta —. ¿Por qué no te vienes a mi casa hasta que pillen a ese psicópata?

—Sabes que estoy bien. Tengo a mis chicos. Además, el psicópata no está interesado en mí.

—Pero... —Sylvia se interrumpió al ver que se abría la puerta.

—Hola, Sylvia. Hola, Fiona.

—Jackie, ¿cómo estás? —le preguntó Sylvia con una sonrisa a la recién llegada, una rubia muy guapa, dueña de un Bed & Breakfast.

—Muy bien. Tenía intención de venir antes. Sé que cierras dentro de nada.

—No te preocupes. ¿Cómo está Harry?

—En la cama con un catarro. Ése es uno de los motivos por los que he salido corriendo. Te juro que más que un catarro parece que tenga un gripazo. Me está volviendo loca. Estoy haciendo un poco de limpieza de primavera mientras lo atiendo y escucho sus quejas. He decidido que necesito renovar un poco la casa, redecorar un pelín. ¿Te importa si echo un vistazo para ver si me inspiro?

—Adelante.

—Será mejor que me vaya. Me alegro de haberte visto, Jackie

—Lo mismo digo, Fiona. Ah, por cierto, mi hijo y mi nuera tienen una perrita. Para practicar, según ellos, antes de hacerme abuela. —Puso los ojos en blanco.

—Qué tierno. ¿De qué raza?

—No lo sé. La han adoptado de un refugio. —Les sonrió—. Brad dice que querían salvar una vida antes de empezar a pensar en crear otra.

—Un pensamiento precioso.

—Se llama *Saba*, como la reina. Brad me dijo que si te veía te dijera que han pensado inscribirse en tus clases para cachorros

—Me encantará verlos. Tengo que irme.

—Mañana iré a echarte una mano con las clases —se ofreció Sylvia—. A *Oreo* le vendrá bien refrescar ciertos conceptos.

—Hasta mañana entonces. Adiós, Jackie.

Mientras salía por la puerta, escuchó que Jackie exclamaba

—¡Sylvia, qué maravilla de banco!

—¿Verdad? Lo ha hecho el artista nuevo del que te he hablado. Simon Doyle.

Fiona estuvo refunfuñando hasta llegar al coche.

George Allan Perry leía su Biblia en su celda de la penitenciaría del estado de Washington. Aunque sus crímenes exigían que estuviera en una celda de máxima seguridad durante el resto de su vida, lo consideraban un preso modélico.

No se había unido a ninguna banda, no se quejaba por nada. Realizaba el trabajo que le asignaban. Se comía la comida que le servían. Se mantenía siempre limpio y les hablaba con respeto a los guardias. Hacía ejercicio regularmente. No fumaba, ni usaba un lenguaje malsonante ni se drogaba, y pasaba leyendo gran parte de los interminables días. Incluso iba a misa todos los domingos.

Apenas recibía visitas. No tenía esposa, ni hijos, ni amigos íntimos en el exterior. Ni tampoco los tenía dentro de la cárcel.

Su padre lo había abandonado hacía mucho y su madre, que según los psiquiatras era la raíz de su patología mental, le tenía miedo.

Su hermana le escribía una vez al mes y una vez al año realizaba el largo viaje desde Emmett, en Idaho, para verlo porque lo consideraba su deber cristiano.

Ella fue quien le regaló la Biblia.

El primer año fue una tortura que soportó manteniendo la mirada gacha y un continuo silencio que no eran sino una fachada del espantoso miedo que lo atenazaba. El segundo año el miedo se transformó en una depresión, y el tercer año por fin aceptó que jamás volvería a ser libre.

Jamás volvería a ser libre para decidir qué comer, cuándo comerlo, cuándo levantarse o cuándo acostarse. Jamás volvería a caminar por un bosque, por una arboleda, ni a conducir un coche por una carretera oscura con un secreto en el maletero.

Jamás volvería a experimentar el poder y la paz que sentía al matar. Sin embargo, había otras formas de libertad, y se las había ganado a base de paciencia. De meticulosidad.

Había mostrado arrepentimiento por sus crímenes tanto a su abogado como al psiquiatra.

Había llorado, una humillación necesaria a su modo de ver las cosas.

Le había asegurado a su hermana que había renacido. Le habían permitido hablar en privado con un sacerdote.

Durante el cuarto año de encarcelamiento fue asignado a la biblioteca, donde trabajó con silenciosa eficiencia y expresó su agradecimiento por poder disfrutar del acceso a los libros.

Y donde comenzó su búsqueda de un discípulo.

Solicitó permiso para realizar cursos y se lo autorizaron. En ocasiones se impartían con instructores presenciales aunque también los hubo a distancia, mediante vídeos. De esa forma tuvo la oportunidad de relacionarse y de estudiar a sus compañeros de prisión en un ambiente distinto.

En su gran mayoría le resultaron muy brutos, muy crueles, muy lerdos. O simplemente eran demasiado viejos, demasiado jóvenes, demasiado conformistas con el sistema. Decidió seguir mejorando su educación, le resultaba interesante, y se aferró a la tenue esperanza de que el destino le ofreciera la libertad espiritual que necesitaba.

El destino le sonrió durante su quinto año de encarcelamiento. No en la forma de un compañero de encierro, sino de un instructor.

Lo supo de inmediato, de la misma forma que sabía a qué mujer tenía que matar nada más verla. Ése era su don.

Comenzó muy despacio a evaluarlo, a ponerlo a prueba, a indagar. Con grandes dosis de paciencia, como siempre, perfiló y desarrolló el método por el cual crearía a su representante, al hombre que saldría de la prisión en su lugar, al hombre que acecharía y mataría en su lugar.

Al hombre que, llegado el momento, a su debido tiempo, corregiría su único error. Un error que lo atormentaba todas las noches en la oscuridad de la celda donde la tranquilidad y la comodidad no existían.

Al hombre que, llegado el momento, mataría a Fiona Bristow.

Un momento para el que faltaba muy poco, pensó mientras leía el Apocalipsis.

Alzó la vista cuando el guardia se acercó a la celda.

—Tienes visita.

Perry parpadeó mientras marcaba la página antes de soltar la desgastada Biblia.

—¿Mi hermana? No la esperaba hasta dentro de seis semanas.

—No es tu hermana. Es el FBI.

—¡Vaya por Dios!

Perry, un hombre corpulento con una incipiente calvicie y pálido por la falta de sol, esperó con docilidad a que sonara el golpe metálico de la puerta al abrirse.

Dos guardias lo flanquearon y sabía que otros entrarían a registrar su celda mientras estaba fuera. No le importaba. En absoluto. No encontrarían nada, salvo sus libros, algunos panfletos religiosos y las piadosas y secas cartas de su hermana.

Mantuvo la cabeza gacha y contuvo la sonrisa que pugnaba por salir a la luz. El FBI le diría lo que él ya sabía. Su discípulo había pasado la siguiente prueba.

Sí, pensó, había muchos tipos de libertad. Y ante la idea de enfrentarse de nuevo al FBI, extendió las alas y echó a volar.

Capítulo 6

Fiona observaba a sus alumnos del curso avanzado de adiestramiento especial y daba gracias por la luminosa y fresca mañana y por ese trabajo que exigía su total concentración. Ese día era muy importante para los perros y sus adiestradores. Iban a llevar a cabo su primera búsqueda a ciegas.

—De acuerdo, la víctima está preparada. —Pensó en Sylvia, sentada tranquilamente a un kilómetro de allí bajo las ramas de un cedro con un libro, un termo lleno de alguna infusión y la radio—. Quiero que trabajéis como una unidad. Vamos a usar un sistema de cuadrícula. Ya veis que he montado el campamento base. —Señaló la mesa que había colocado en una tienda de campaña y el equipo que había encima—. Hoy yo me encargaré de la base y haré las veces de coordinadora, pero para la semana que viene quiero que elijáis vuestros puestos. —Señaló la pizarra que había en la tienda—. De acuerdo. Las autoridades locales han avisado al oficial al mando (a mí, en este caso) y han pedido ayuda para la búsqueda de una excursionista que lleva perdida unas veinticuatro horas. Como podéis ver en el gráfico de temperatura, anoche hubo seis grados. La excursionista sólo lleva una mochila para pasar el día y apenas tiene experiencia. La víctima se llama Sylvia Bristow.

El nombre arrancó unas cuantas sonrisas, ya que sus alumnos sabían que Sylvia ayudaba a Fiona de vez en cuando.

—De edad indeterminada (dato eliminado por mi propio bien), caucásica, de pelo y ojos castaños, metro sesenta y cinco de estatura y alrededor de sesenta kilos de peso. La última vez que se la vio llevaba una chaqueta roja, vaqueros y una gorra de béisbol azul. Bien, ¿qué tenéis que saber antes de que se os asignen los sectores?

Respondió a las preguntas de sus alumnos ofreciéndoles detalles del escenario que había recreado. La víctima gozaba de buena salud; llevaba consigo el móvil, pero se le olvidaba cargarlo con frecuencia; tenía previsto andar entre dos y cuatro horas; no era de la zona; y el excursionismo era una afición nueva.

Llevó a la unidad junto al mapa e indicó el registro que ya había iniciado. En cuanto asignó los sectores, les ordenó a todos que cargaran sus mochilas.

—Tengo algunas cosas que la víctima ha tocado recientemente. Coged una bolsa y haced que los perros capten el olor. No os olvidéis de usar el nombre de la víctima. Dejad que huela de nuevo el objeto cuando creáis que el perro está confuso o cuando pierda el interés o se distraiga. Recordad los límites del sector que tenéis asignado. Usad la brújula y manteneos en contacto por radio. Confiad en vuestros perros. Buena suerte.

Se percató de su emoción y también de su nerviosismo, así como de cierto espíritu competitivo. A la postre y si lograban formar una unidad, la competitividad se convertiría en cooperación y confianza.

—Cuando volváis, todos los perros que no hayan encontrado a la víctima necesitarán encontrar algo, lo que sea, para mantener la moral alta. Recordad que no sólo estamos poniendo a prueba a los perros. También estáis afinando vuestras habilidades.

Los vio abrirse en abanico, separarse, y asintió con la cabeza, satisfecha al ver cómo los adiestradores les daban a sus perros el objeto para olerlo y les ordenaban que buscasen.

Sus propios perros gimieron cuando los otros olfatearon el aire y dio comienzo la batida.

—Ya jugaremos después —les prometió—. Estos chicos tienen que hacerlo solos.

Se sentó y anotó la hora en el registro de la misión.

Formaban un buen grupo, pensó, y deberían convertirse en una unidad sólida. Había comenzado con ocho, pero a lo largo de las diez semanas de curso tres de ellos habían abandonado. No era un mal porcentaje, se dijo, y los que quedaban eran buenos, estaban comprometidos. Si conseguían terminar las cinco semanas que les quedaban, serían una magnífica adición al programa.

Cogió la radio, comprobó la frecuencia y llamó a Sylvia.

—Ya han salido. Cambio.

—En fin, espero que no me encuentren demasiado pronto. Me está gustando el libro. Cambio.

—No te olvides: tobillo torcido, deshidratada, medio conmocionada. Cambio.

—Tranquila. Pero mientras llegan voy a comerme una manzana y a seguir leyendo. Nos vemos cuando me lleven de vuelta. Cambio y corto.

Para mantener ocupados a sus perros y ofrecerles un poco de consuelo al no poder participar en el juego de búsqueda con los otros, Fiona los llevó a practicar la rutina de agilidad en el parque de adiestramiento.

A alguien que no estuviera en el mundillo tal vez le resultara gracioso ver cómo unos alegres labradores subían y bajaban por un tobogán o se deslizaban por él siguiendo una orden. Sin embargo, esos ejercicios potenciaban y reforzaban la habilidad de un perro de búsqueda para moverse en terreno irregular. El hecho de que les gustara, al igual que les gustaba hacer equilibrios en el balancín, atravesar las estrechas planchas y colarse por los bidones abiertos que había convertido en túneles, era una ventaja añadida.

Las exigencias del simulacro de búsqueda la obligaron a ordenarles que se detuvieran y se sentaran mientras ella recibía las llamadas por radio de la unidad, respondía a sus preguntas y anotaba las posiciones de cada uno.

Al cabo de una hora los perros estaban echados en el suelo con sus huesos de cuero prensado como recompensa y Fiona estaba sentada con su portátil. Siguió escribiendo con una mano para atender la llamada que recibió por radio.

—Base, aquí Tracie. Tengo a Sylvia. Está consciente y lúcida. Puede tener un esguince en el tobillo derecho, ya que le duele. Parece que está un poco deshidratada y alterada, pero se encuentra bien. Cambio.

—Muy bien, Tracie. ¿Dónde estás? ¿Quieres que vaya un equipo de apoyo para ayudarte a trasladar a Sylvia a la base? Cambio.

Aunque fuera un simulacro, Fiona anotó la localización, la hora y el estado de la víctima. Sonrió al escuchar de fondo cómo Sylvia exageraba su estado, pero creó un registro completo y muy profesional.

Dado que iba a recibir un informe por parte de todos como si la búsqueda hubiera sido real, era de la opinión de que esos momentos se merecían una recompensa. Dejó unas bandejas con brownies en su mesa de jardín, a las que añadió unos cuantos cuencos con fruta para los que prefirieran algo más saludable y jarras con té helado.

Tenía galletitas y juguetes para los perros... y para *Lola*, la inteligente hembra de pastor alemán de Tracie, una medalla dorada para su collar.

Estaba sacando los vasos cuando la camioneta de Simon cruzó el puente.

Le molestó sentirse molesta. Era una persona alegre, pensó. Una persona amigable. No tenía ningún problema con Simon y su perro le caía muy bien. Pero de todas formas se sintió irritada.

Tal vez se debiera en parte a que estaba para comérselo (tenía un aspecto un poco desaliñado pero elegante al mismo tiempo con los vaqueros desgastados y las gafas de sol de marca) y a que resultaba muy majo (un error de cálculo en su opinión) con su adorable cachorrito.

Simon soltó a *Tiburón* para que corriera hacia ella y la saludara, tras lo cual salió disparado como una flecha hacia los otros perros y luego volvió a su lado brevemente, ya que empezó a correr en círculos por el patio para invitar a sus perros a jugar.

—¿Una fiesta al aire libre? —preguntó Simon.

—Algo así. —Imitó el tono desenfadado que él había empleado—. Los alumnos de una de mis clases avanzadas vienen de regreso tras un simulacro de búsqueda. El primero con una persona. Así que vamos a celebrarlo.

—Con brownies.

—Me gustan los brownies.

—¿A quién no?

Tiburón dejó clara su opinión al respecto cuando intentó subirse al banco de la mesa para probarlos. Fiona se limitó a devolverle las patas delanteras al suelo.

—¡Abajo!

—Sí, buena suerte. El tío es un acróbata. Ayer consiguió subirse a un taburete y comerse mi sándwich (al parecer le gustan los pepinillos) en los cinco segundos que lo perdí de vista.

—Constancia. —Fiona repitió la orden «¡Abajo!» una segunda y una tercera vez, cada vez que *Tiburón* intentó subirse de nuevo al banco—. Y distracciones. —Retrocedió unos pasos y llamó al cachorro, que corrió hacia ella como si se reencontraran después de una guerra. Se sentó cuando ella se lo ordenó y después se emocionó con sus elogios y sus caricias—. Refuerzo positivo. —Se sacó una recompensa del bolsillo—. Bien. Está aprendiendo.

—Hace dos días se comió una memoria USB. Se la tragó como si fueran vitaminas.

—Oh, oh...

—Exacto. Lo llevé corriendo a la veterinaria... pero cuando le echó un vistazo, me dijo que era muy pequeña y que no hacía falta extraérsela quirúrgicamente. Se suponía que sólo tenía que... —Apretó los dientes y clavó la vista en el horizonte—. No quiero hablar de esa parte, así que vamos a dejarlo en que acabé recuperándola.

—Esta etapa también se le pasará.

—Vale, lo que tú digas. —Cogió un brownie—. La cosa es que todavía funciona. No sé si es alucinante o asqueroso. —Le dio un mordisco al brownie—. Está buenísimo.

—Gracias. Es lo único que sé preparar con cierto éxito. —Y como habían sido el resultado de los nervios que la asaltaron a las dos de la madrugada, se había comido dos para desayunar—. ¿A qué has venido, Simon?

Parte de la irritación que sentía debió de salir a la luz porque Simon la miró largo y tendido antes de contestar.

—Estoy intentando que el tonto de mi perro se relacione. Y todavía me debes parte de una clase. Dos por uno. Bueno, tres por uno si contamos los brownies.

—Al adiestrador de tu perro también le vendría bien relacionarse un poco.

Simon se tragó el brownie y se sirvió un vaso de té.

—Creo que ya no tengo edad para aprender.

—Pese a lo que dice el refrán, un perro viejo puede aprender trucos nuevos.

—Tal vez. —Después de beberse el té, miró a su alrededor—. Joder. ¿Dónde se ha metido?

—Ha entrado en el túnel.

—¿El qué?

Fiona señaló la hilera de bidones.

—Vamos a ver qué hace —dijo, y se dirigió hacia el extremo más alejado.

Ya estaban allí, pensó, y el humano estaba disfrutando de la comida que había preparado para celebrar la ocasión. Bien podría darle una clase.

—Si se limita a salir por donde ha entrado, déjalo estar. Pero si sale por el lado opuesto, elógialo y dale una recompensa. —Le dio una galletita a Simon.

—¿Por atravesar una fila de bidones?

—Sí —contestó con cierta brusquedad—. Hace falta curiosidad, valor y cierta agilidad para atravesarlo entero, de una punta a otra.

—¿Y qué pasa si no sale?

—Si te apetece, puedes dejarlo ahí, volver a casa y ponerte el canal de deportes.

Simon observó los bidones.

—Algunos te acusarían de sexista por suponer que sólo veo el canal de deportes. A lo mejor soy un fanático de los programas de cocina.

Fiona se rindió.

—Si no sale por su cuenta, lo llamas e intentas convencerlo para que salga. Si no lo consigues, vas a buscarlo.

—Genial. En fin, al menos ahí dentro no puede hacer ninguna trastada. Mmm, ¿has sacado la radio, el ordenador, los mapas y los gráficos por un simulacro de rescate?

—Algún día no será un simulacro. ¿Consigues que se siente y se quede quieto?

—Casi siempre. A menos que quiera hacer otra cosa. Constancia —se apresuró a decir antes de que ella pudiera hacerlo—. Ya me sé el mantra, jefa.

Tiburón soltó un ladrido agudo y salió corriendo del bidón.

—Oye, lo ha hecho. Has estado genial.

Simon se agachó y en opinión de Fiona sus caricias y elogios al cachorro no fueron mecánicos. Disfrutaba de verdad de los logros y de la emoción de su perro. Al escuchar su carcajada y al ver cómo acariciaba al cachorro con esos dedos tan largos y habilidosos, empezó a comprender por qué *Tiburón* lo encontraba tan fascinante.

—Es intrépido. —Se agachó para sumarse a los elogios y se percató de que ambos olían como el taller de carpintería—. Si un cliente está interesado en adiestrar a su perro en agilidad, suelo empezar con un bidón si el cachorro tiene la edad del tuyo para que pueda ver el final. *Tiburón* acaba de saltarse varias etapas.

—¿Lo has oído? Eres un tragón de memorias USB, de trocitos de madera y de sándwiches de pepinillos muy intrépido. —Y la miró con una sonrisa en los labios.

Fiona vio las fascinantes motitas doradas que salpicaban sus iris verdosos.

Mientras se miraban a los ojos durante un segundo, tal vez dos, Simon soltó un «mmm» pensativo.

—Ni se te ocurra. —Fiona se puso en pie—. Vamos a ver si responde a las órdenes para que se siente y se quede quieto. Mis alumnos no tardarán en llegar.

—Sigues emperrada con el armario botellero.

—¿Qué armario botellero? —preguntó ella con su sonrisa más dulce.

—Vale... Muy bien, que se siente y se quede quieto. *Tiburón*, estás a punto de perder tu título de alumno aventajado.

—Que sepas que el optimismo se transmite a las personas y a los perros. Claro que a ti seguro que te gusta anticiparte al fracaso.

—Yo me considero realista. —Cuando le ordenó al cachorro que se sentara, *Tiburón* plantó el trasero en el suelo como le pedía—. Eso lo hace casi siempre, pero ahora viene lo complicado. Quieto. —Sostuvo la mano en alto—. Quieto —repitió y comenzó a alejarse.

El cachorro se puso a menear el rabo, pero se quedó sentado.

—Lo está haciendo bien.

—Se está luciendo para la profe. En casa ya estaría persiguiéndose el rabo o intentando comerse mis botas conmigo dentro. —Llamó al perro y lo recompensó.

—Hazlo de nuevo. Aumenta la distancia.

Simon repitió el ejercicio, aumentando la distancia entre ellos mientras le ordenaba que se quedara quieto. Después, a instancias de Fiona, lo hizo una tercera vez, hasta que estuvieron a unos diez metros de distancia.

—No frunzas el ceño cuando el perro hace lo que se le ordena.

—No estoy frunciendo el ceño.

—Pues será tu cara habitual. Pero lo estás confundiendo. Llámalo.

Tiburón obedeció y recorrió el último metro arrastrándose sobre la barriga antes de ponerse boca arriba.

—Lo has hecho bien, lo has hecho muy bien. Te gusta fardar, ¿eh? —masculló Simon cuando se agachó para acariciarle la barriga.

—Ha adoptado una postura sumisa porque no sabía qué querías que hiciera. Le has ordenado algo y te ha obedecido, pero te has quedado mirándolo con el ceño fruncido. Él saca sobresaliente. —Se agachó para rascar al cachorro, que se volvió loco—. Tú sacas un aprobado por los pelos.

—¡Oye!

—Mis alumnos están aquí. Sujétalo. Ordénale que se quede quieto y mantenlo así unos segundos. Después puedes decirle que se mueva, que vaya a saludarlos.

—¿Cómo?

—Es lo mismo, ordénale que se siente y que se quede quieto. Tienes que retenerlo porque va a querer salir corriendo para ver quién viene. —Mientras hablaba, miró la hora para anotarla en el registro—. Después dile que puede moverse. Usa palabras sencillas, algo que dirías en circunstancias normales como «Vamos, ve a saludar» o algo por el estilo. Después, lo sueltas. —Fiona se puso en pie para recibir a los primeros alumnos que regresaban.

—Lo has hecho para hacerme quedar mal, ¿verdad? ¿Crees que no te tengo calado? —Simon mantuvo al cachorro quieto mientras lo acariciaba detrás de las orejas—. No eres tan tonto como pareces, ¿eh? Sólo querías impresionar a la chica guapa. Vale... ve a cotillear —dijo, y dejó que *Tiburón* saliera corriendo al encuentro de los alumnos para olerlos y dar brincos a su alrededor.

Cuando se acercó a ellos, Fiona estaba escuchando el relato de los adiestradores acerca del comportamiento de los perros, anotando las zonas que habían cubierto y la localización de las pistas que habían ido encontrando.

Simon se sacó la correa del bolsillo.

—¿Por qué no lo dejas suelto un ratito para que juegue con los demás? —sugirió Fiona. Levantó la vista del registro—. Te conviene que se acostumbre a estar con más gente, con más perros, sobre todo con desconocidos. Un poco de socialización tampoco te vendrá mal a ti. Cómete otro brownie. A lo mejor te subo un poco la nota al final del día.

—Me comeré otro brownie, pero... —Se interrumpió cuando vio salir a Sylvia de entre los árboles, apoyándose en una muleta improvisada, con una mujer a un lado y un hombre al otro mientras dos perros correteaban por delante de ellos.

—Está bien. —Fiona le colocó una mano en el brazo para que no fuera a ayudarlos—. Es un simulacro, ¿recuerdas? La supuesta víctima era una excursionista que se había perdido y que sufría heridas leves. Está actuando.

El resto de los alumnos prorrumpió en aplausos. Sylvia hizo una reverencia exagerada antes de señalar con una floritura a la mujer y al perro que tenía al lado.

—Son Tracie y *Lola*. Han encontrado a Syl en menos de setenta y cinco minutos. No está mal. No está nada mal. El que la ayuda es Mica, con su perro, *Ringo*. Estaban lo bastante cerca como para salirle al paso a Tracie y ayudarla a traer a Syl, con su falso esguince de tobillo, de vuelta a la base. Además, está coladito por ella.

—¿Por Syl? Es normal, como con los brownies.

—No me refiero a Syl. —Aunque meneó la cabeza, le hizo gracia sentir una punzada de orgullo al escuchar el comentario de Simon—. Está coladito por Tracie. Los dos son de la zona de Belligham, como el resto del grupo. Perdona un momento. —Fiona se acercó a Tracie para felicitarla con un apretón de manos y para abrazar y acariciar a los perros. Tanto ella como Sylvia se echaron a reír.

Simon reconoció que tenía cierto atractivo. Si a uno le gustaban las mujeres megaextrovertidas, a las que les gustaba tocar y abrazar a todo el mundo, y que estaban estupendas con vaqueros, con pantalón de deporte, con sudadera o con jersey.

No recordaba que ninguna mujer que entrara en esa categoría le hubiera resultado atractiva en algún momento de su vida, al menos no sexualmente. El hecho de que ella sí lo hiciera resultaba un rompecabezas interesante.

Tal vez fueran sus ojos. Cristalinos y serenos. Sospechaba que en gran parte eran responsables de que los animales respondieran a sus órdenes. Esos ojos inspiraban confianza.

Vio cómo Fiona le echaba un brazo por los hombros a Tracie (evidenciando esa necesidad de tocar, de conectar con los demás) y la dirigía hacia la... ¿Cómo llamaría ella a ese lugar?, se preguntó. ¿Campamento base? ¿Cuartel general? Lo llamara como lo llamase, era una mesa debajo de una tienda de campaña.

Seguro que le estaba dando un informe, supuso, y estarían registrando todos los datos que había que registrar. Le pareció un poco exagerado para un simulacro. Pero después recordó que Fiona había encontrado a un niño perdido en el bosque, en medio de un aguacero.

Los detalles eran importantes. La disciplina y la eficiencia eran importantes. De cualquier modo, los brownies estaban buenísimos y el momento le daba la oportunidad de tontear con Sylvia.

—¿Qué tal vas después de la traumática experiencia? —le preguntó.

Sylvia soltó una carcajada y le dio un toquecito en el pecho.

—Me encanta tener que hacer de mujer perdida. Así hago un poco de ejercicio... Doy un par de vueltas por ahí y luego me planto en un sitio, o doy más vueltecitas. Depende del tipo de víctima que Fi quiera. Me alegro de que estés por aquí. Iba a llamarte cuando volviera a casa.

—¿En serio? ¿Ibas a invitarme a salir?

—Qué mono eres. Vendí dos de tus obras ayer. El banco de respaldo alto y la cómoda de cinco cajones. Cuando tengas más cosas, mándamelas.

—He terminado un par de muebles esta misma mañana. Un armario botellero y una mecedora.

—Ah, el famoso armario botellero.

Se encogió de hombros y miró a Fiona antes de replicar:

—No le pega, eso es todo.

Sylvia sonrió mientras mordisqueaba una fresa.

—A Fiona le pegan muchas cosas distintas. Deberías invitarla a cenar.

—¿Por qué?

—Simon, si pensara que me lo has preguntado en serio, me preocuparías mucho.

Sylvia se cogió de su brazo mientras Fiona les decía a sus alumnos:

—Todos habéis hecho un trabajo estupendo hoy, como individuos, como parejas con vuestros perros y como unidad. En la siguiente clase os enfrentaréis a otro tipo de terreno y a una víctima inconsciente. Quiero que hasta entonces trabajéis con vuestros perros durante un período de entre media hora y una hora, con ejercicios variados de diez minutos. Seguid trabajando con personas que conozcan. Después de la siguiente clase, podréis probar con alguien desconocido. Por favor, no os saltéis las clases de primeros auxilios y seguid practicando sólo con la brújula. Mantened al día vuestros registros. Si tenéis problemas o alguna pregunta antes de la siguiente clase, mandadme un mensaje de correo electrónico o llamadme por teléfono. Y, por favor, acabad con los brownies antes de que lo haga yo.

Sylvia besó a Simon en la mejilla.

—Debo irme. Tengo que ver cómo van la tienda y mi *Oreo*. Puedes traerme los muebles nuevos cuando quieras. E invita a mi chica a cenar.

Simon se quedó por curiosidad, y porque el cachorro estaba dormido debajo de la mesa, agotado por fin después del juego.

—Ha tenido un día completito —comentó Fiona cuando se quedaron solos y comenzó a recoger los platos.

—Una pregunta. —Simon recogió los vasos vacíos y la siguió hacia la casa—. Les das clases a esas personas.

—Evidentemente.

—Y has estado... ¿dos horas?

—Algo más. Estamos hablando de un nivel avanzado y de un simulacro de búsqueda y salvamento, de modo que hay que contar con la preparación, la búsqueda, los informes... y la palmadita en la espalda.

—Y entre medias tienen que trabajar con los perros regularmente, estudiar primeros auxilios...

—Sí. Uno de ellos es técnico de emergencias sanitarias, pero todos tienen que estar acreditados para realizar ejercicios de reanimación cardiorrespiratoria y primeros auxilios. Es imprescindible que sepan interpretar un mapa topográfico, y que posean conocimientos sobre la climatología, el viento, la vegetación y la fauna local. Tanto ellos como sus perros tienen que estar en buena forma física. —Fiona dejó los platos sobre la encimera de la cocina.

—Entonces, ¿cuándo tienen una vida normal?

—Tienen vidas normales, trabajos, familias —contestó ella al tiempo que se apoyaba en la encimera—. También tienen dedicación. Entrar a formar parte de una Unidad de Búsqueda y Salvamento requiere meses de duro entrenamiento. Implica sacrificio, pero es muy satisfactorio. Llevo trabajando con esta unidad varias semanas —añadió—. Tienen un porcentaje de éxito del noventa por ciento individualmente. Ahora estamos trabajando en grupo. Repetiremos este tipo de ejercicios una y otra vez, en todas las condiciones meteorológicas.

—¿Alguna vez le has dado la patada a alguien?

—Sí. Como último recurso siempre, pero sí. La mayoría de la gente que no está preparada para este trabajo abandona antes de que yo tenga que intervenir. ¿Te interesa?

—Creo que no.

—En fin, sería un impedimento para ver tus programas de cocina. De todas formas, no me importaría darle a *Tiburón* el adiestramiento esencial. Como mínimo lo ayudará a estar más centrado. En cuanto domine lo básico, caminar sin separarse de ti, sentarse y quedarse quieto si se lo ordenas, responder siempre a tu llamada y llevarte los objetos que le tires, podemos enseñarle más cosas.

—¿Más que a obedecer? —Simon la observó, indeciso—. ¿Cuánto costaría?

Fiona ladeó la cabeza.

—Aceptaría un trueque en este caso. Digamos que podría darle un curso de adiestramiento especial a cambio de... un armario botellero.

—No te pega.

Con los ojos entrecerrados, Fiona se apartó de la encimera.

—Que sepas que cada vez que dices eso sólo consigues que me encapriche más. Yo sé lo que me pega y lo que no.

—Estás siendo muy cabezota.

—¿En serio? —Lo señaló con los índices—. Tú eres quien está siendo cabezota. ¿Qué más te da quién compre el armario? ¿No los haces para venderlos?

—¿Qué más te da que un perro sea nulo en el adiestramiento? ¿No enseñas por dinero?

—No es lo mismo. Además, el nulo suele ser el adiestrador. Caso cerrado, don Aprobado por los pelos.

—No estaba frunciendo el ceño.

—Quieto. No te muevas, no cambies la cara. Voy a por un espejo.

La cogió del brazo, pero fue incapaz de contener la carcajada.

—No hace falta.

—Para la siguiente clase sacaré la cámara. Al fin y al cabo una imagen vale más que mil palabras. —Le dio un empujoncito.

Y Simon le dio otro, amistoso.

Y a su espalda un perro comenzó a gruñir en serio.

—¡No! —ordenó Fiona con sequedad, y el perro dejó de gruñir—. *Newman*, amigo. Amigo. Ha pensado que me estabas haciendo daño. No, no te apartes. Simon —dijo, dirigiéndose a los perros—. Estábamos jugando. Simon es un amigo. Abrázame.

—¿Qué?

—Por el amor de Dios, no seas tan quisquilloso. —Lo rodeó con los brazos, lo abrazó fuerte y apoyó la cabeza en su hombro—. Estoy jugando con Simon —les dijo a los perros antes de sonreír. Le hizo una señal a *Newman* para que se acercara a ellos, y el perro se frotó contra la pierna de Simon—. No te habría mordido.

—Me alegra saberlo.

—A menos que yo se lo ordenara. —Echó la cabeza hacia atrás y volvió a sonreír. Después le dio otro empujoncito a Simon—. Devuélvemelo. No pasa nada.

—Mejor que no pase. —Le devolvió el empujón y en esa ocasión el perro le dio con la cabeza.

—Es divertido. —Volvió a abrazarlo y lo acarició con la nariz—. Percibe mi estado de ánimo —le explicó—. Si estuviera asustada ahora mismo, se daría cuenta. Pero ve, escucha... siente que estoy bien, que estoy a gusto contigo. Eso es lo que intentaba hacerte entender acerca de *Tiburón* y de tus reacciones, de lo que le transmites. Tu estado de ánimo influye en su comportamiento, así que... —Dejó la

frase en el aire cuando lo miró a los ojos, que estaban muy cerca de los suyos y la miraban de forma penetrante.

—¿Qué estado de ánimo crees que estoy transmitiendo ahora?

—Te estás divirtiendo. Sólo ha sido un ejercicio... —le recordó ella.

—Vale. Pasemos al nivel avanzado.

Se apoderó de sus labios, con firmeza y cierta brusquedad. Tal como Fiona sospechaba que sería. Impaciente, directo, sin titubeos, sin coqueteos inocentes.

No se resistió. Sería una pérdida de tiempo y de energías, y también se perdería un beso apasionado y saludable. De modo que le subió las manos por la espalda y se dejó llevar, se permitió disfrutar del excitante contraste del momento. Labios dulces, manos ásperas, cuerpo fuerte... y un regusto a chocolate en esa lengua que se debatía con la suya.

En cuanto se dio cuenta de que se acercaban a un punto en el que no habría marcha atrás, en el que retroceder sería doloroso, introdujo una mano entre ambos y lo empujó.

Simon no se detuvo. Y a ella se le disparó el corazón. Indómito, pensó, aunque habría sido mejor que esa cualidad no le resultase tan excitante.

Volvió a empujarlo con más fuerza.

Simon se apartó un poco, lo justo para poder mirarse a los ojos.

—Ponle nota.

—Ha sido de matrícula de honor. Felicidades. Pero se acabó el juego. Tengo que preparar varias clases y... hacer cosas. Así que...

—Así que ya nos veremos.

—Sí. Bueno, pues... sigue trabajando con las órdenes básicas. Tírale palos. Muchos palos.

—Vale.

Cuando Simon se marchó, soltó el aire y miró a *Newman*.

—¡Dios!

Era culpa suya, pensó Simon mientras metía a *Tiburón* en la camioneta. O de ella, decidió. La verdad era que ella tenía la culpa. Abrazarlo, frotarse contra él, sonreírle. ¿Cómo iba a contenerse un hombre?

Lo sorprendente había sido su respuesta. Fiona se había dejado llevar, se había rendido lo justo para dejarlo atisbar la pasión que escondía bajo su sereno atractivo.

Después del beso ansiaba explorar esa pasión. Ansiaba explorarla a ella. Miró al cachorro, que estaba en el séptimo cielo con el hocico asomado por la ranura de cinco centímetros de la ventanilla.

—Debería haberle vendido el puñetero armario.

Puso la radio a todo volumen, pero la música no impidió que siguiera pensando en Fiona.

Decidió dedicarse a sus propios «ejercicios» y comenzó a diseñar un armario botellero que le pegara de verdad.

Quizá lo hiciera. O quizá no. Lo que sí tenía muy claro era que quería más muestras de pasión.

Capítulo 7

La visita al veterinario siempre era una tragicomedia y requería constancia, resistencia y un gran sentido del humor. Para simplificar las cosas, Fiona siempre programaba las revisiones para sus tres perros a última hora del día.

De esa forma tanto ella como la veterinaria, su amiga Mai Funaki, tenían la oportunidad de relajarse y recuperar fuerzas una vez concluida la triple hazaña.

Con su metro sesenta y cuatro, su pelo color azabache cortado a capas de forma que las puntas le rozaban los pómulos, y el aire tan coqueto que el flequillo le otorgaba a sus exóticos ojos negros, Mai parecía una delicada flor de loto, la romántica protagonista de un anime en carne y hueso. Su melodiosa voz calmaba tanto a los animales como a las personas que acudían a su consulta. Sus manos, delicadas y de dedos largos, relajaban y curaban. Y eran tan fuertes como las de un albañil.

Era capaz de tumbar bebiendo a un tío de noventa kilos y podía poner verde a cualquiera en cinco idiomas. Fiona la adoraba.

Una vez que estuvieron en la consulta, emplazada en su propio domicilio a las afueras de Eastsound, Mai ayudó a Fiona a levantar los treinta y cuatro temblorosos kilos de *Peck* hasta la mesa de exploración. El perro, que en una ocasión sorteó montones de goma ardiendo para localizar a las víctimas de un terremoto en Oregón, que se mostraba incansable en el rastreo de los desaparecidos, de los enterrados y de los muertos sin importar si llovía, nevaba o tronaba, no soportaba ver una aguja.

—Si alguien lo viera, pensaría que he intentado matarlo o algo. Vamos, *Peck*. —Mai lo acarició mientras le examinaba las articulaciones, la piel y el pelo—. No seas gallina.

Peck mantuvo la cabeza vuelta y se negó a mirarla. En cambio, clavó los ojos en Fiona con una expresión tan dolida que a ella le pareció que se le llenaban de lágrimas.

—Creo que en otra vida lo torturó la Inquisición.

Peck se echó a temblar cuando Mai empezó a examinarle las orejas.

—Al menos sufre en silencio —reconoció la veterinaria mientras lo obligaba a volver la cabeza. *Peck* no tardó en apartarla de nuevo—. Hay un chihuahua al que tengo que ponerle el bozal cada vez que viene a la consulta. Si no lo hago, sería capaz de destrozarme la cara a mordiscos. —Le cogió la cabeza con firmeza y lo obligó a mirarla para examinarle los ojos y los dientes—. Eres un perrito fuerte y sano —canturreó—. Y muy guapetón.

Peck clavó la mirada en algún punto situado sobre el hombro de Mai mientras temblaba.

—Muy bien —dijo Mai, dirigiéndose a Fiona—. Ya conoces la rutina.

Fiona le agarró la cabeza a *Peck*.

—Sólo será un segundo —le dijo mientras Mai se colocaba tras el animal a fin de que no la viera—. No podemos permitir que te pongas malito, ¿verdad? —Siguió hablándole, acariciándolo y sonriéndole para distraerlo hasta que la veterinaria le pusiera la vacuna.

En cuanto le clavó la aguja, *Peck* gimió como si estuviera a las puertas de la muerte.

—Hala. Ya está. —Mai se colocó frente al perro, le enseñó las manos para que viera que ya no tenía ningún instrumento de tortura y dejó una recompensa en la mesa.

Peck la rechazó.

—Podría estar envenenada —comentó Fiona con sorna—. Recela de cualquier cosa que proceda de esta sala. —Le hizo un gesto para que bajara de la mesa de exploración y *Peck* no perdió tiempo en saltar al suelo.

Una vez a salvo, el perro les dio la espalda.

—Es porque lo dejé sin pelotas. No me perdonará en la vida.

—No, en realidad creo que la culpa la tiene *Newman*. Él tiene miedo y se lo transmite a los demás. En cualquier caso, uno menos; nos quedan dos.

Se miraron un instante en silencio.

—Deberíamos haber empezado con él. El peor primero. Pero no me sentía preparada.

—He comprado una estupenda botella de Pinot.

—De acuerdo. Vamos a ello.

Dejaron a *Peck* en el patio para que intercambiara los horrores de la experiencia con *Bogart* y buscara la solidaridad de *Parche*, el bulldog tuerto de Mai, y de *Chauncy*, un cruce de beagle y alguna otra raza indeterminada, al que le faltaba una pata.

Fueron hasta el coche de Fiona. *Newman* estaba tumbado en el asiento trasero, con el morro escondido en un rincón y el cuerpo laxo como un espagueti demasiado cocido.

—¿Cabeza o rabo? —preguntó Fiona.

—Quédate tú con la cabeza. Que Dios nos ayude.

Newman se revolvió, intentó hacerse un ovillo, saltó sobre los asientos y regresó con un nuevo salto a la parte posterior. Como si fuera una serpiente, se arrastró por el suelo en un intento por esconderse debajo del asiento.

Sin embargo, al ver que no había escapatoria, volvió a dejar el cuerpo laxo, de modo que las obligó a llevar el peso muerto hasta la sala de exploración.

—¡Joder, Fi! ¿No podías criar pomeranias?

—Podría ser un chihuahua agresivo...

—Por favor, dime que ya lo has pesado en casa porque ni de broma vamos a ponerlo en la báscula.

—Treinta y siete.

Sufrieron media hora de sudores y forcejeos durante la cual *Newman* se resistió a cada segundo.

—En fin —comentó Fiona mientras usaba su propio cuerpo para inmovilizar a *Newman*—, este perro daría su vida por mí. Atravesaría el fuego caminando por una alfombra de cristales bajo una lluvia de meteoritos ardientes. Pero soy incapaz de lograr que se quede quieto durante un examen veterinario. Y él lo sabe. En cuanto los llamo para que entren en el coche, sabe a dónde vamos. ¿Cuántas veces se suben al coche para trabajar, para jugar o para lo que sea? Cientos. ¿Cómo es posible que sepa qué día venimos aquí? Al final me veo obligada a entrar a los otros dos antes, porque son más fáciles de engañar. Y a este tengo que meterlo a rastras. Es humillante —añadió, dirigiéndose al perro—. Para los dos.

—Menos mal que ya hemos acabado. —Mai ni siquiera le ofreció una recompensa al perro, porque posiblemente le escupiría la chuchería en la cara—. Déjalo y vamos a descorchar ese vino.

La preciosa casa de Mai estaba situada de espaldas al mar. En el pasado la propiedad era una granja que luego se convirtió en un Bed & Breakfast. El marido de Mai quería resucitar la granja cuando se mudaron a Orcas.

Mai trasladó su consulta a la isla desde Tacoma, encantada de trabajar en casa y muy contenta de poder disfrutar de la tranquilidad de su nuevo estilo de vida mientras su marido criaba gallinas y cabras, y plantaba bayas y hortalizas.

En menos de cuatro años el entusiasmo del caballero de campo se marchitó o más bien quedó deslustrado por el nuevo sueño del susodicho, al que se le ocurrió comprar un asador al aire libre en Jamaica.

—Tim se muda a Maine —dijo Mai en ese momento mientras sacaban el vino al patio—. Va a dedicarse a la cría de langostas.

—¿En serio?

—En serio. La verdad es que lo del asador le ha durado más de lo que esperaba. —Los perros se acercaron a ellas en busca de atención antes incluso de que se sentaran, moviendo los rabos y dando lametones a diestro y siniestro—. Claro, claro, ahora somos buenos colegas, ¿no? —añadió mientras les ofrecía las galletas que había sacado.

—Te adoran... y las recompensas no están envenenadas aquí. Sólo en la sala de exploración.

—Sí, pelillos a la mar. Siento mucho no haber podido encargarme de la base de operaciones durante la búsqueda del niño. Me surgió la operación de emergencia y no podía retrasarla.

—Tranquila. Por eso tenemos reemplazos. Es una familia muy agradable. El niño es un campeón.

—¿De verdad? —Mai suspiró—. No sé, a veces creo... o más bien estoy segura... que es mejor que Tim y yo decidiéramos no tener hijos. ¿Te lo imaginas? Pero mi reloj biológico está aceleradísimo. Sé que voy a acabar adoptando otro perro, un gato o algún otro mamífero para compensarlo.

—También podrías adoptar a un niño. Serías una madre fantástica.

—Lo sé, pero... todavía tengo la esperanza de poder formar una familia con un hombre y de que mis hijos cuenten con la presencia de un padre y de una madre. Lo que requiere citas y sexo. Y cuando pienso en los hombres, en las citas y en el sexo, recuerdo lo cachonda que estoy últimamente. Estoy pensando en bautizar a mi vibrador. Stanley.

—¿Stanley?

—Stanley, sí. Es legal, y tan generoso que sólo piensa en mí. Supongo que todavía voy ganando en lo de la sequía. Ya van catorce meses.

—Nueve por mi parte, aunque no creo que la última experiencia deba contar. Fue un desastre.

—El sexo desastroso sigue siendo sexo. Aunque sea un concurso deprimente, hay unas reglas que cumplir. Sé que Stanley siempre estará ahí cuando lo necesite, pero estoy considerando otras opciones.

—¿Mujeres? ¿Caza en clubes nocturnos? ¿Anuncios en prensa?

—Sopesadas y rechazadas. No te rías.

—Vale. Cuéntame.

—He estado mirando páginas de contactos en internet. Ya tengo preparados mi perfil y mi suscripción. Aunque no los he enviado. Todavía.

—No me río, que conste, pero no lo veo claro. Eres guapa, inteligente, simpática, interesante, una mujer con intereses muy diversos. Si de verdad estás pensando en quedar con hombres, sólo tienes que dejarte ver un poco más.

Mai asintió con la cabeza y bebió un sorbo de vino. Después se inclinó hacia

delante.

—Fi, no sé si lo habrás notado, pero vivimos en una isla muy pequeña en la costa del estado de Washington.

—He oído rumores, sí.

—La población de esta pequeña isla también es relativamente reducida. Y el porcentaje de hombres solteros es muchísimo más reducido. ¿Por qué si no iban a estar dos mujeres estupendas, listas y buenorras sentadas aquí una noche como ésta, bebiendo vino con un grupo de perros?

—¿Porque nos gusta?

—Pues sí, nos gusta. Pero también nos gustan los hombres. O creo recordar que nos gustaban, porque hace ya tanto tiempo que no sé... Creo que no me equivoco al decir que a las dos nos encanta el sexo seguro y saludable.

—Correcto. De ahí que tenga mis dudas sobre mi última experiencia.

—Agua pasada. —Mai lo descartó con un gesto de la mano—. He realizado un estudio exhaustivo, aunque poco científico, del porcentaje de población masculina y soltera de la isla. Por gustos personales, he eliminado a los menores de veintiuno y a los mayores de sesenta y cinco. Dichas edades son mi límite, ya que tengo treinta y cuatro. Pero ya se sabe que a caballo regalado no se le debe mirar el diente. La pesca escasea mucho, Fi. Muchísimo.

—No te lo discuto. Pero si añades a tu estudio los turistas y los residentes estacionales, la cosa se anima un poco.

—Tengo mis esperanzas puestas en el verano, pero ¿y hasta entonces? Le he echado el ojo a James.

—¿A James? ¿A nuestro James?

—Sí, a nuestro James. Tenemos intereses comunes y su edad es apropiada. Hay poca chispa, lo reconozco, pero menos da una piedra. El problema es que él le ha echado el ojo a Lori y me niego a meterme en huertas ajenas con las compañeras de la unidad. Además, hay una nueva posibilidad en la isla, una posibilidad muy intrigante. Soltero, edad apropiada, dueño de un perro, muy atractivo. Artista. Un poco taciturno para mi gusto, pero vuelvo a repetir que no se le puede mirar el diente a un caballo regalado.

—¡Ah! —exclamó Fiona al tiempo que bebía un poco de vino.

—Simon Doyle. Sylvia vende su trabajo. Es un ebanista, hace muebles.

—Ajá... —comentó en esa ocasión antes de beber otro sorbo.

Mai entrecerró los ojos.

—¿Le has echado el ojo? Joder, ese tío era lo único que se interponía entre mi persona y Heartline punto com.

—No le he echado el ojo. No exactamente. Es cliente mío. Estoy trabajando con su perro.

—Monísimo... el cachorro.

—Mucho. Y el dueño ni te cuento.

—Ya. Mira, si lo quieres para ti porque tú lo has visto antes, dilo ya. Así podré hacer planes. Necesito desesperadamente un revolcón.

—No pienso reclamar a ningún hombre, Mai, por Dios. En realidad, no es el tipo de tío que te suele gustar.

—Mierda —replicó la veterinaria mientras bebía un buen trago de vino—. Está vivo, es soltero, su edad está dentro de los límites y, por lo que sé, no es un asesino en serie.

—Me ha besado.

—No fastidies. Mierda. Dame unos minutos para odiarte, por favor. —Mai comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa—. Vale, ya está. ¿Fue un beso

erótico o amistoso?

—No fue amistoso. No es un tío amistoso, la verdad. Creo que no le agrada mucho la gente. Se pasó por mi casa para que trabajara un poco con *Tiburón* mientras hacía el simulacro de búsqueda con el grupo de Bellingham. Así que le dije que se quedara para relacionarse un poco y para que disfrutara de los brownies. Dudo mucho que intercambiara más de cinco palabras con alguien. Salvo con Syl. Ella le gusta.

—A lo mejor es tímido. La timidez puede ser muy tierna.

—No lo creo. Además, yo no usaría el adjetivo «tierno» para referirme a Simon. Eso sí, besa para morirse, así que por ese lado gana puntos.

—Eres una asquerosa, no me obligues a hacerte daño.

Fiona sonrió.

—No necesito una relación, pero sí exijo un mínimo de conversación si me acuesto con un tío.

—Mantuviste una conversación con la cita de una noche de hace nueve meses. Mira de lo que te sirvió.

—*Touchée.* —Fiona suspiró al recordar el episodio—. Pero que conste que no pienso reclamarlo. Si se te presenta la oportunidad, lánzate.

—No, ya es demasiado tarde. Lo he tachado de la lista. Me lanzo a bucear en internet.

—Necesitamos unas vacaciones.

—Sí, claro... —replicó Mai entre carcajadas.

—No, en serio. Tú, Syl y yo. Un viaje de chicas. A un spa —decidió, en un arranque de inspiración—. Un largo fin de semana para chicas en un spa.

—No juegues conmigo, Fiona. Soy una mujer al borde del precipicio.

—Por eso necesitas tomarte un descanso.

—¿Puedo hacer una pregunta? —Levantó un dedo—. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones, aunque sea un largo fin de semana?

—Hace unos dos años, creo. O más bien tres: Un detalle que refuerza mi argumento.

—Y teniendo en cuenta tu trabajo, el de Syl y el mío, además de la responsabilidad de nuestros respectivos animales, ¿cómo nos las apañaríamos?

—Ya nos las arreglaremos. Somos capaces de trazar planes, de organizar. —Una vez que se le había ocurrido la idea, deseaba ponerla en práctica con todas sus fuerzas—. Masajes, tratamientos faciales, baños de barro, servicio de habitaciones y cócteles de colores con mucho alcohol. Nada de trabajo, de responsabilidades ni de horarios.

—Puede ser mejor que el sexo.

—Es posible. Lo que haremos es comprobar nuestras agendas y buscar la mejor época para hacer un hueco. Tres días. Podemos despejar tres días. Todas tenemos amigos que pueden hacerse cargo de nuestros animales durante tres días. ¿Cuántas veces lo hemos hecho nosotras por ellos?

—Muchísimas. ¿Adónde nos vamos?

—No lo sé. Cerca, para que no perdamos mucho tiempo en el trayecto. Me pondré a buscar ya, y se lo comentaré a Syl. ¿Qué dices?

Mai levantó su copa.

—Me apunto.

Decidida a dejar zanjado el asunto, Fiona se pasó a ver a Sylvia antes de irse a casa.

Syl vivía cerca de la playa, en una acogedora casita en cuyo jardín abundaban los pensamientos. Fiona sabía que el invernadero estaba atestado de flores,

hortalizas y hierbas aromáticas que su madrastra mimaba como si fueran bebés, y que no tardaría en trasplantar al jardín.

Puesto que se sentía como si estuviera en casa, abrió la puerta sin llamar.

—¿Syl? —gritó.

—¡Estoy aquí! —contestó la aludida mientras *Oreo* aparecía a la carrera para saludar—. En el salón.

—Vengo de casa de Mai —anunció Fiona mientras atravesaba la casa donde su padre y Syl habían vivido durante su matrimonio. Al igual que su tienda, era una mezcla fascinante de estilos, obras de arte y colores.

Descubrió a Sylvia en el salón, sentada en su esterilla de yoga mientras imitaba la postura del instructor que aparecía en la pantalla del televisor.

—Estoy relajándome para aliviar el estrés del día —le dijo Sylvia—. Acabo dentro de nada. ¿Has traído a los chicos?

—Están en el coche. No puedo quedarme.

—¡Oh! ¿Por qué no? Estaba pensando en hacer cuscús.

—Tentador... —Ni de broma, pensó—. Pero tengo un proyecto en mente. Mai está cachonda y su reloj biológico no para de hacer tictac. Está planteándose la posibilidad de suscribirse a una página de contactos por internet.

—¿En serio? —Sylvia se enderezó y después giró el cuerpo en la otra dirección—. ¿A cuál?

—Creo que Heartline punto com.

—Supuestamente funciona muy bien.

—No sé... ¿alguna vez has entrado en ese tipo de páginas?

—Todavía no. A lo mejor no lo hago nunca. Pero he echado un vistazo. —Sylvia se sentó sobre los talones y se dobló por la cintura hasta rozar el suelo con la frente.

—Vaya, bueno... De cualquier forma, ¿qué te parece si nos vamos las tres a disfrutar de un largo fin de semana en un spa?

—¡Por Dios, tengo que pensármelo! —contestó mientras se enderezaba—. Dame cinco minutos para hacer la maleta.

—¿De verdad?

—Bueno, puedo hacerla en cuatro bajo presión. ¿Adónde nos vamos?

—Todavía no lo sé. Eso forma parte del proyecto. Necesito echarle un vistazo a mi agenda y sincronizarla con las vuestras. Después buscaré el sitio.

—Yo conozco uno. Uno de mis artistas suele ir a uno en concreto. Dice que es maravilloso. Está cerca de las cataratas de Snoqualmie.

—¿En serio?

—Ajá —contestó mientras se tendía de espaldas—. Spa y Balneario de la Tranquilidad. Yo me encargo, pero si quieres, échale un ojo antes a su web para ver si es lo que tienes en mente.

—¿Tienen masajes, servicio de habitaciones y una piscina?

—Estoy segurísima de que sí.

—Pues es perfecto. —Fiona hizo unos pasos de baile para celebrar el triunfo—. ¡Dios, va a ser genial!

—No me lo perdería por nada del mundo. ¿Cómo es que se te ha ocurrido?

—Ya te lo he dicho. Mai tiene un subidón hormonal.

—¿Y?

Fiona se acercó a la ventana para contemplar el agua.

—No he dormido muy bien desde que Davey me habló de los asesinatos. Es que... no se me va de la cabeza. Mientras estoy ocupada, me olvido un poco, pero cuando no lo estoy... aparece. Creo que un descanso me vendría fenomenal. Y si es un descanso con mis dos mujeres favoritas, ni te cuento. Además, tengo

sentimientos encontrados hacia Simon desde que me besó.

—¿Cómo? —Sylvia se sentó de repente y puso los ojos como platos—. ¿Y me lo sueltas como si tal cosa? ¿Cuándo te ha besado?

—El otro día, después de que todos os marcharais. Fue algo impulsivo, fruto del momento y de las circunstancias. Y sí, antes de que me lo preguntes, fue increíble.

—Ya lo sospechaba. ¿Qué pasó después?

—Se fue a casa.

—¿Por qué?

—Posiblemente porque le dije que se fuera.

—¡Fi! Me preocupas. Mucho. —Meneó la cabeza y se puso en pie mientras cogía la botella de agua.

—No estaba preparada para el beso, mucho menos para cualquier cosa que pudiera venir después.

Sylvia suspiró.

—¿Lo ves? Tengo motivos de sobra para preocuparme. Esa falta de preparación es precisamente lo que le da vidilla al asunto. O lo que debería dársela. Lo inesperado aumenta la pasión.

—No creo que en mi caso funcione así. Al menos, no ahora mismo. ¿Quién sabe? A lo mejor funciona después de unos días de descanso en un spa.

—En cuanto despejes tu agenda, nos vamos. Yo me adapto a la tuya y a la de Mai.

—Eres la mejor. —Fiona le dio un abrazo fugaz—. Voy a ver qué clases puedo posponer. Os mandaré un mensaje de correo electrónico.

—Espera. Llévate esta infusión. Es natural, y debería ayudar a que te relajes, a que duermas. Quiero que te des un baño bien largo, que te prepares la infusión y que escuches música tranquila. Y que les des una oportunidad a esos ejercicios de relajación que te enseñé —añadió mientras sacaba una lata de un armarito de la cocina.

—Vale. Te lo prometo. Me relajo sólo con pensar en el spa. —Se acercó a Sylvia para abrazarla otra vez—. Te quiero.

—Yo también.

Debería haberlo pensado antes, se dijo. Unos días de relax con un par de buenas amigas eran el remedio ideal para librarse de los nervios y del estrés. Claro que en realidad casi nunca necesitaba un descanso, porque la vida en la isla era para ella una especie de paraíso.

Disfrutaba de independencia, de una situación económica estable, de un hogar, de un trabajo que adoraba y de sus perros. ¿Qué más podía pedir?

Recordó el apasionado e inesperado beso en su cocina, y las manos, ásperas y posesivas, de Simon.

Sí, podía pedir algo así. Al menos de vez en cuando. Al fin y al cabo era una mujer saludable con necesidades y deseos normales.

Y admitía que había considerado la idea de darse un revolcón o dos con Simon... antes de que él se encargara de enterrarla en el fondo de su mente. Claro que después volvió a sacarla a la superficie. O más bien la había desenterrado de golpe.

Lo que ponía de manifiesto que cualquier tipo de relación con él prometía ser complicada, frustrante e incierta.

—Es mejor olvidarlo —dijo, dirigiéndose a los perros—. De verdad, ¿para qué complicarme la vida? Así estamos bien, ¿verdad? Estamos estupendamente. Vosotros y yo, chicos —añadió, de modo que los tres comenzaron a mover el rabo

con frenesí.

Dobló en el camino de acceso a su casa, y las luces del coche iluminaron su propiedad, recordándole que había vuelto a olvidarse de dejar la luz del porche encendida. Faltaban un par de semanas para que los días fueran más largos y la temperatura, más agradable. La época de los largos paseos al atardecer, de los ratos de juego en el patio y de los momentos de descanso sentada en el porche.

Los perros comenzaron a removerse y a agitar el rabo, contentos de llegar a casa. El trauma del examen veterinario quedó olvidado sin más.

Aparcó y salió del coche para abrir la portezuela trasera.

—Atended vuestras necesidades, chicos —les dijo, y se apresuró al interior para encender las luces antes de hacer las suyas.

Comprobó que los perros tuvieran agua y comida, y sonrió al ver sus nuevas plantas.

Mientras los perros hacían sus rondas en el exterior, vaciando vejigas y estirando las patas, ella abrió el congelador y cogió lo primero que encontró para cenar.

Con el zumbido del microondas de fondo, comprobó los mensajes del contestador. Decidió que encendería el portátil y que mientras comía le echaría un ojo a su agenda para hacer un hueco. Después buscaría la página web del spa que Sylvia le había recomendado.

—Que empiece la fiesta —murmuró.

Fue tomando notas mientras guardaba mensajes o los borraba directamente del buzón de voz.

—Señorita Bristow, soy Kati Starr. Una periodista del *U.S. Report.* Estoy escribiendo un artículo sobre el secuestro y asesinato de dos mujeres en California que guardan una gran similitud con los que cometió George Allen Perry. Puesto que usted es la única víctima de Perry que logró escapar, me gustaría entrevistarla. Puede ponerse en contacto conmigo en mi oficina, a través del móvil o por correo electrónico. Le dejo mis datos y...

Fiona borró el mensaje sin darle opción a terminar.

—Ni de coña.

Nada de periodistas ni de entrevistas ni de cámaras ni de alcachofas bajo la nariz. Otra vez no.

Ni siquiera se había repuesto cuando saltó el siguiente mensaje.

—Señorita Bristow, soy Kati Starr del *U.S. Report.* La he llamado antes. Me urge hablar con usted porque se acerca la fecha tope para entregar mi artículo, así que es importante que hablemos ant...

Fiona lo borró también.

—A la mierda contigo y con tu fecha tope.

Dejó entrar a los perros ya que su compañía la reconfortaba. La cena, así tal cual, no resultaba muy apetecible, pero se obligó a sentarse, a comérsela y a hacer exactamente lo que había planeado hacer esa noche antes de que la periodista le llenara la cabeza de recuerdos y preocupaciones.

Encendió el ordenador y picoteó la empanada de pollo. Para animarse un poco, lo primero que hizo fue entrar en la página web del spa... y al cabo de unos momentos estaba emocionadísima con lo que veía.

Masajes con piedras calientes, tratamientos de parafina, mascarillas de champán y caviar. Lo quería todo. En ese mismo momento.

Hizo el recorrido virtual por la web y suspiró extasiada al ver la piscina climatizada, los salones para la meditación después de los tratamientos, las tiendas, los jardines, las preciosas habitaciones. Algunas de las cuales estaban situadas en

«villas» de dos plantas y tres habitaciones.

Cerró un ojo y miró el precio. Hizo una mueca.

Pero dividido entre tres... seguía costando un riñón.

Pero la villa tenía jacuzzi y, ¡por Dios!, ¡chimenea en los cuartos de baño!

¡En los cuartos de baño!

Además, la vista de la cascada, de las colinas, de los jardines...

Imposible, se recordó. A lo mejor cuando le tocara la lotería.

—Es un sueño precioso —les dijo a los perros—. Ya sabemos dónde. Así que tendremos que trabajar en el cuándo.

Abrió su agenda de clases, calculó, intentó posponer algunas, recalculó, hizo cambios...

Una vez que tuvo dos opciones que no suponían demasiada complicación, les mandó un mensaje de correo electrónico a Sylvia y a Mai.

—Lo lograremos —se dijo al tiempo que abría la bandeja de entrada de su correo electrónico. Tenía uno de la periodista.

> Señorita Bristow:
>
> No he podido localizarla por teléfono. He encontrado esta dirección de correo electrónico en la página web de su escuela de adiestramiento canino. Como ya le he explicado, estoy escribiendo un artículo sobre los crímenes de California idénticos a los de Perry. Dado que su testimonio en el juicio contra Perry fue clave para que la fiscalía lograra la condena, valoraría mucho cualquier comentario por su parte.
>
> No puedo escribir nada relacionado con Perry que se considere preciso o impactante sin incluir su caso o los detalles del asesinato de Gregory Norwood, que fue, al fin y al cabo, lo que propició su detención. Preferiría hablar con usted antes de publicar el artículo.

Fiona borró el mensaje completo, sin mirar siquiera los datos de contacto.

Después apoyó la cabeza en la mesa.

Tenía derecho a decir que no. Tenía derecho a darle la espalda a la espantosa experiencia. Tenía derecho a no querer convertirse en pasto de otra historia de muerte y desgracia.

Revivir todo aquello no le devolvería la vida a Greg. No ayudaría ni a las mujeres asesinadas ni a sus pobres familias.

Había empezado una nueva vida y tenía derecho a mantener su intimidad.

Se puso de pie y apagó el portátil.

—Voy a darme ese baño largo y a beberme la absurda infusión. Y ¿sabéis qué? Vamos a reservar la puñetera villa. La vida es demasiado corta, joder.

Capítulo 8

Aunque las clases con los cachorros siempre le subían el ánimo, la tensión que sentía no se esfumó, como tampoco lo hicieron los recuerdos ni la reminiscencia de la pérdida.

Kati Starr, que era insistente a más no poder, la llamó poco después de las ocho de la mañana.

Tras echarle un vistazo al identificador de llamadas, Fiona dejó que saltara el contestador. Borró el mensaje sin escucharlo, pero la llamada se le colgó del cuello como una losa.

Se recordó que sus clientes se merecían toda su atención. Simon llegaba tarde. Cómo no. Aparcó el coche mientras el resto de la clase repasaba las órdenes básicas.

—Sigue por donde vamos nosotros —le dijo con frialdad—. Siempre que no interrumpamos tu ajetreada agenda.

Se alejó para trabajar individualmente con sus alumnos. Demostró cómo evitar que el eufórico cachorro de gran danés, que prometía ser gigantesco, saltara sobre las personas... y lo que debía hacer el dueño para que el juguetón schnauzer dejara de olisquear las entrepiernas.

Al comenzar los ejercicios sin correas, *Tiburón* salió corriendo detrás de una ardilla... y ella suspiró al ver la estampida generalizada que había provocado.

—¡No los persigáis! —Se pasó una mano por el pelo mientras *Tiburón* trataba de trepar por el árbol al que se había subido la ardilla—. Llamadlos. Ordenadles que vuelvan y después que se sienten. Quiero que todos los perros regresen con sus adiestradores y se sienten.

Lo que pedía requería tiempo y constancia... y alguna que otra ayudita.

Repasaron un rato las órdenes para sentarse y echarse, individualmente y en grupo, y se esforzó para usar un tono indiferente cada vez que se dirigía a Simon.

Con las correas, trabajó en las órdenes para que se detuvieran y soltaran los objetos.

Una clase que en circunstancias normales le hacía gracia y la animaba le estaba provocando un terrible dolor de cabeza, que se sumaba a la losa que llevaba al cuello.

—Seguid trabajando así. —Se obligó a sonreír—. Y recordad: refuerzo positivo, práctica y juegos.

Como de costumbre hubo comentarios, preguntas y un par de anécdotas que sus alumnos quisieron compartir con ella. Fiona lo escuchó todo, respondió como se esperaba de ella y acarició a los perros. Pero no experimentó el placer habitual.

Simon se quedó más tiempo y soltó a *Tiburón* para que jugara con sus perros, pero a ella no le importó. Se enfrentaría a él y eliminaría un minúsculo problema de su lista.

—Se ve que hoy te ha picado un bicho raro —comentó Simon antes de que ella pudiera abrir la boca.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Y estás hecha un desastre.

—Por favor, tantos halagos no.

—¿El tío ese de California se ha cargado a alguien más?

—No lo sé. ¿Por qué iba a saberlo? No tiene nada que ver conmigo. —Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Lo siento por esas mujeres y por sus familias, pero no tiene nada que ver conmigo.

—¿Quién te dice lo contrario? No has prestado atención cuando Larry te estaba contando que su maravilloso chucho sabe abrir puertas ni cuando Diane te ha enseñado la foto de su hijo pintando con los colores encima del bulldog. Yo diría que en ti eso es como tener un cabreo del quince. Venga, desembucha de una vez.

—Simon, el hecho de que te besara, más o menos...

—¿Más o menos?

Fiona apretó los dientes.

—No quiere decir que esté obligada a contarte mi vida ni a explicarte mis cambios de humor.

—Me he quedado pillado en lo de «más o menos», porque me estoy preguntando cómo sería si me besas de verdad.

—Pues sigue preguntándotelo. Somos vecinos y ahora mismo eres mi cliente. Eso es todo.

—Lo que yo decía, un cabreo del quince. En fin, tú misma. —Silbó para llamar a su perro, lo que por supuesto hizo que la manada entera apareciera.

Cuando Simon se agachó para acariciar al cachorro y elogiarlo, Fiona suspiró de nuevo.

—Obedece muy bien cuando lo llamas. Todavía no se queda quieto, pero está progresando con la mayoría de las órdenes.

—Lleva dos días sin comerse nada preocupante. —Le enganchó la correa—. Nos vemos.

Simon ya estaba a medio camino de la camioneta cuando Fiona lo llamó.

No había sido su intención, ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Sin embargo...

—¿Te apetece dar un paseo? Necesito dar un paseo.

—¿Dar un paseo? ¿Por dónde?

Señaló a su alrededor.

—Una de las ventajas de vivir al lado del bosque es que se puede pasear por él.

Lo vio encogerse de hombros y regresar junto a ella.

—Será mejor que lo lleves atado —le dijo—. Hasta que estés seguro de que te obedece siempre que le ordenas que se pare. Podría salir disparado detrás de un conejo o de un ciervo y perderse. Vamos, chicos, vamos a dar un paseo.

Sus perros echaron a andar alegremente y los adelantaron. *Tiburón* tiró de la correa.

—Esperad —les ordenó Fiona, que se compadeció del cachorro. Sus perros se detuvieron y caminaron a paso lento hasta que *Tiburón* los alcanzó—. Cree que es uno de los chicos mayores. Le viene bien salir de este modo, explorar nuevos territorios, respetar la correa y responder a tus órdenes.

—¿Estamos en otra clase?

—Sólo era un tema de conversación.

—¿Alguna vez hablas de algo que no tenga que ver con perros?

—Sí. —Molesta, encogió los hombros y guardó silencio un instante—. No se me ocurre nada más ahora mismo. Dios, ojalá llegara pronto la primavera. Mira, otro tema. Puedo quejarme del tiempo. Aunque con el día tan bueno que hace me cuesta mucho. De todas formas, tengo muchas ganas de que suba la temperatura y de que

haya sol hasta las diez de la noche. Quiero plantar el huerto y espantar a los ciervos y a los conejos para que no se lo coman.

—¿Por qué no te limitas a cercarlo?

—Porque entonces me perdería el valor añadido de espantar a los ciervos y a los conejos, ¿no crees? No les tienen miedo a los perros, pero es culpa mía porque adiestré a los perros para que no... ¡Ya estoy hablando de perros otra vez! Me encanta cómo huele aquí. —Inspiró hondo para disfrutar del olor de los pinos, aliviada al darse cuenta de que el dolor de cabeza había remitido un poco—. Me encanta este sitio... el juego de luces y sombras. En su momento supuse que sería fotógrafa porque me gustan las luces y las sombras, y las caras de la gente y su movimiento. Pero no hago fotos buenas, ni interesantes. Después pensé en ser escritora, pero me aburría tanto que supongo que tampoco valgo para eso. Salvo que sí escribo, aunque en un blog. Escribo en el boletín de noticias, y público artículos cortos sobre, ya sabes, sobre el tema del que no estoy hablando ahora. También pensé en ser entrenadora de atletismo o preparadora física, pero... supongo que no estaba centrada. No estoy segura de que sea obligatorio estar centrada con veinte años. ¿Por qué no dices nada?

—Más que nada porque no has cerrado la boca.

Soltó el aire.

—Cierto. Estoy hablando por los codos de tonterías porque no quiero pensar. Y me he dado cuenta de que te he pedido que me acompañes para no tener que pensar y para evitar ponerme de bajón. No estoy cabreada. Pero sí que estoy de bajón, que es algo totalmente distinto.

—Pues para mí que te comportas de la misma manera.

—Simon, eres un intransigente. Y eso no debería gustarme.

Llegaron a un claro cubierto por las altas copas de los árboles, unos gigantes enormes que suspiraban como las olas allí donde sus ramas rozaban el cielo.

—¿Por qué Orcas? —le preguntó Fiona—. Hay muchos otros sitios en los que vivir.

—Es un sitio tranquilo. Me gusta estar cerca del agua. Toma. —Simon le dio la correa y se acercó a un tocón enorme y retorcido, medio arrancado del suelo y cubierto por las agujas de los pinos.

Fiona lo observó rodear el tocón, agacharse y darle unos golpecitos.

—¿Está en tu propiedad?

—Sí. No nos hemos alejado mucho de la casa.

—Lo quiero. —Sus ojos, del color del oro bruñido a la luz del sol, la miraron un instante—. ¿Puedo quedármelo?

—¿Quieres ese... tocón?

—Sí. Te pagaré si eres avariciosa.

—¿Cuánto? Quiero irme de fin de semana a un spa. —Se acercó al tocón para averiguar qué había visto él.

—Vete a mear a otra parte. —Simon le dio un empujoncito al cachorro cuando este se agachó—. Diez pavos.

Fiona resopló.

—Está aquí tirado. Tú no lo quieres para nada y yo voy a tener que sacarlo de la tierra y llevármelo de aquí. Veinte, no pienso ofrecerte más.

—Planta otro. Planta un árbol en sustitución y estamos en paz.

—Trato hecho.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Algo.

Lo examinó, lo rodeó como Simon había hecho, pero seguía viendo los restos

retorcidos de un árbol que una tormenta había destrozado hacía mucho.

—Ojalá tuviera tu visión. Ojalá pudiera mirar un tocón y ver algo creativo.

Simon la miró una vez más.

—Tú miraste a mi perro y viste algo.

Sonrió al escucharlo.

—Creo que eso ha sido un halago. Ahora supongo que tendré que arrepentirme por haber sido cruel contigo.

—Tienes una vara de medir muy rara, Fiona. «Más o menos» me besaste cuando estábamos pegados como lapas. Y has sido cruel cuando me has dicho que meta las narices en mis propios asuntos.

—Te grité mentalmente.

—¡Ah! Eso me ha dolido.

—Puedo ser cruel. Dura y cruel, y no me arrepiento de serlo. Pero sólo cuando está justificado. Sólo me has preguntado qué me pasaba. Puedes venir a por el tocón cuando quieras.

—En un par de días. —Simon se enderezó y miró a su alrededor para orientarse. Después la miró de nuevo—. Venga, desembucha.

—Sigamos andando. —Sujetó la correa y *Tiburón* se puso a caminar a su lado, aunque le dejó cuerda para que curioseara. Cuando se internaron de nuevo en la arboleda, tiró de él y lo mantuvo pegado a su pie mientras vadeaban un arroyo—. Una periodista me está acosando —dijo—. Me llama, me manda mensajes de correo electrónico. No he hablado con ella, me limito a borrar todos los mensajes.

—¿Qué quiere?

—Hablar de Perry... en relación con las dos mujeres de California. Está escribiendo un artículo. Es su trabajo, lo entiendo. Pero no estoy obligada a hablar con ella, a echarle más leña al fuego. La única víctima que escapó... eso me ha dicho. No soy una víctima, y me cabrea que me llamen así. Ya aguanté lo mío cuando sucedió todo.

—Pues sigue borrando los mensajes.

—Parece sencillo, y seguiré haciéndolo, pero no es sencillo.

En ese momento se dio cuenta de que el dolor de cabeza había desaparecido, pero la rabia y la frustración que lo habían provocado seguían clavadas en ella como astillas.

Pequeñas, afiladas y desagradables.

—Cuando sucedió, la fiscalía y la policía me mantuvieron todo lo protegida de la prensa que les fue posible. No querían que concediera entrevistas... y te juro que yo tampoco quería hacerlo. Pero teniendo en cuenta lo que me había pasado, la historia tan morbosa que había vivido... Seguían llamando y hablando con gente que me conocía... con gente que conocía a otra gente que me conocía. Exprimiendo la noticia. —Se detuvo y lo miró de nuevo—. Supongo que sabes de qué estoy hablando, por tu relación con Nina Abbott.

—«Relación» es una manera de definirlo.

—Y ahora te gustan las islas tranquilas.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Y no soy yo quien está de bajón.

No era asunto suyo, se dijo Fiona. Y había dicho la verdad.

—De acuerdo. Después de lo de Greg, pasó lo mismo. Y luego llegó el juicio. No quiero formar parte del circo. Pero vuelvo a cabrearme, y eso hace que se me revuelva el estómago. Porque murieron doce mujeres antes de que me secuestrara y luego mató a Greg. Y yo seguí viva. Salí con unos rasguños, nada más, pero dicen que soy una víctima o una heroína. No soy ninguna de las dos cosas.

—Cierto, no eres ninguna de las dos cosas. Eres una superviviente, y eso es

más duro.

Fiona se detuvo y lo miró.

—¿Por qué lo entiendes? Ahí está el misterio.

—Lo llevas escrito. Está en tus ojos. Tan serenos y cristalinos. Tal vez porque ya han visto demasiado. Tienes heridas. Vives con ellas. Y eso no debería gustarme.

Podría haberse echado a reír después de que Simon le devolviera sus propias palabras, pero en cambio le dio un vuelco el estómago.

—¿Qué hay entre nosotros, Simon?

—Un poco de atracción, supongo.

—Supongo, sí. Hace diez meses que no practico el sexo.

—Vale, la atracción empeora por momentos.

Eso sí le arrancó una carcajada.

—Dios, contigo es imposible estar de bajón. Me refería a que como hace diez meses que no practico el sexo, me da lo mismo esperar un poco más. Los dos vivimos en la isla... y tenemos relación con Sylvia. Me gusta tu perro y ahora mismo formo parte de su equipo. Necesito averiguar si acostarme contigo sería un desahogo agradable o una complicación innecesaria.

—No sería agradable. «Agradable» es tomarse un vaso de leche con galletas.

—Te veo muy seguro de ti mismo. Me gusta. Como no voy a pegarme un revolcón contigo en el bosque, sobre todo porque nos quedan unos veinte minutos de sol, creo que estamos a salvo. Así que ¿y si me das un anticipo de lo que podría deparar el futuro?

Simon extendió un brazo y le agarró el pelo con la mano.

—¿Te gustan las emociones fuertes?

—La verdad es que no. Me gustan la estabilidad y el orden, así que esto es nuevo para mí.

Le dio un tironcito del pelo, lo justo para obligarla a levantar la cara, de modo que sus labios quedaron a escasos centímetros.

—Buscas algo agradable.

—La verdad es que no busco nada.

—Yo tampoco —replicó él, y cubrió la distancia que los separaba.

Ella se lo había buscado, y había creído que estaba preparada. Había esperado un ataque rápido, la explosión inmediata de pasión y deseo, la desesperación, que se apoderaba del cerebro y del cuerpo.

Sin embargo, Simon se acercó con cautela, desarmándola con un beso lento, ese tipo de beso que se adueñaba poco a poco del sistema hasta nublar la mente. Suspiró, se dejó llevar y lo abrazó cuando la tentó para que le ofreciera más.

Lo hizo, y él la arrastró aún más adentro, avivando la pasión que ambos reconocían con tanta cautela que se encontró sin defensas cuando decidió atacar de verdad. El mundo desapareció... el bosque, el cielo y las crecientes sombras. Sólo quedó el roce de sus bocas, de sus cuerpos, y el deseo que amenazaba con desbordarse en su interior.

Aunque Simon hizo ademán de apartarse, ella lo abrazó con más fuerza y se lanzó de nuevo a las profundidades. Fiona estaba haciendo trizas su autocontrol. Esa combinación de sumisión y dominación echó por tierra sus esfuerzos por controlar el cariz del beso. De alguna manera, esa mujer le llegaba al alma, abría puertas que él estaba decidido a mantener cerradas, hasta que ya no supo quién guiaba a quién.

Y cuando quiso retroceder, poner distancia entre ellos, Fiona lo arrastró de nuevo.

Labios suaves, cuerpo atlético y un aroma terrenal y dulce a la vez. Al igual que

su sabor, que no era ni una cosa ni otra, pero que resultaba totalmente irresistible.

Perdió más terreno del que ganó antes de que el cachorro comenzara a ladrar, loco de contento, y a subirse por su pierna para unirse a la fiesta.

En esa ocasión los dos se separaron.

Fiona le colocó una mano a *Tiburón* en la cabeza.

—Siéntate —le ordenó—. Bien, muy bien.

Ya no estaban tan serenos, pensó Simon al mirarla a los ojos. Ni tan cristalinos.

—No se me ocurre nada sensato que decir —le dijo ella. Les hizo una señal a sus perros antes de devolverle la correa de *Tiburón*—. Deberíamos regresar. Está mejorando con la correa. Se encuentra en un territorio nuevo y hay un montón de distracciones divertidas, pero está respondiendo muy bien.

De vuelta a su zona de seguridad, se dijo él, hablando de perros. Intrigado por ver qué haría Fiona a continuación, se limitó a caminar junto a ella en silencio.

—Me gustaría trabajar con él en otras habilidades y comportamientos. Una media hora extra a la semana en sesiones de diez o quince minutos. Las primeras dos semanas gratis. Si te gusta cómo va la cosa, podríamos hablar de dinero.

—¿Como anticipo de lo que podría deparar el futuro?

Le lanzó una miradita a Simon antes de apartar la vista de nuevo.

—Llámalo como quieras. Aprende deprisa y tiene buena disposición para... Y esto es una estupidez. Una cobardía. Quería besarte para averiguar si lo del otro día fue casualidad, que evidentemente no lo fue. Entre nosotros hay una fuerte atracción física, y hace mucho que no me siento atraída por nadie.

—¿Hace casi diez meses?

Simon vio cómo se ruborizaba antes de sonreír. Pero no por timidez, sino porque le hacía gracia la situación.

—La verdad es que más tiempo. Para evitarnos los vergonzosos detalles, ese incidente en concreto fue un desastre en varios aspectos. Pero sí me sirve como punto de partida y me ayuda a preguntarme si esos casi diez meses son culpables en cierto modo de la atracción. También me ayuda a ser precavida. No soy una estrecha, pero tampoco quiero repetir lo que acabó siendo un error.

—Prefieres la estabilidad y el orden.

Fiona se metió las manos en los bolsillos.

—Yo hablo demasiado y tú escuchas demasiado. Es una mezcla peligrosa.

—¿Para quién?

—Para quien habla. La cosa es que parece que no estás prestando atención, que no te interesa para nada. Pero sí que prestas atención. No interactúas mucho que digamos, pero te fijas en los detalles. Es una actitud muy ladina. Me gustas. O creo que me gustas. No sé mucho sobre tu vida porque no hablas de ella. Sé que tienes un perro porque tu madre te lo regaló, lo que me indica que quieres a tu madre o que te asusta que se enfade. Seguramente una mezcla de ambas cosas.

Caminaron en silencio treinta segundos.

—Confirma o desmiente —insistió ella—. No es un oscuro secreto.

—Quiero a mi madre y prefiero, siempre que sea posible, evitar que se enfade.

—¿Lo ves? No ha sido tan difícil. ¿Qué me dices de tu padre?

—Quiere a mi madre y prefiere, siempre que sea posible, evitar que se enfade.

—Supongo que sabes que cuanto menos digas, más curiosidad despiertas en la gente, ¿no?

—Me parece bien. Es bueno para el negocio.

—Eso quiere decir que es un negocio. Me refiero a tu trabajo.

—La gente te paga y el gobierno se lleva una tajada. Es un negocio.

Fiona creía haber conseguido cierta ventaja, aunque fuera muy frágil.

—Pero no antepones el negocio a lo demás o me habrías vendido el armario botellero.

Simon se detuvo. *Tiburón* había encontrado un palo y comenzó a pasearse de un lado para otro como si estuviera en un desfile.

—Y sigues erre que erre con ese dichoso tema.

—O es un arranque de temperamento artístico o es cabezonería pura y dura. Creo que en este caso se trata de lo primero, pero creo que de lo segundo también sabes mucho. Y que sepas que sigo queriendo comprarlo.

—No. Te vendría bien una mecedora nueva para el porche. La que tienes es fea.

—No es fea. Es práctica. Y necesita una mano de pintura.

—El brazo izquierdo está combado.

Abrió la boca para negarlo, pero se dio cuenta de que no estaba segura de si estaba combado o no.

—Es posible. Pero volviendo al tema que nos ocupa, don Misterioso, eso demuestra que te fijas en los detalles.

—Me fijo en un trabajo mal hecho y en la madera combada. Te haré una mecedora nueva a cambio de las clases, siempre y cuando quemes la que tienes ahora mismo.

—Tal vez tenga un valor sentimental.

—¿Lo tiene?

—No, la compré en un mercadillo hace unos años, por diez pavos.

—A la chimenea. Y tienes que enseñarle algo interesante al cachorro.

—Tenemos un trato. —Cuando salieron del bosque, miró el cielo—. Está refrescando. Me vendrá bien un poco de leña. Un buen fuego, una copa de vino... claro que no podré sacar la botella de un bonito armario botellero, pero sobreviviré. Y que sepas que tampoco te voy a invitar.

—¿Crees que si quisiera terminar lo que hemos comenzado en el bosque, esperaría una invitación?

—No —contestó al cabo de un segundo—. Ese comentario debería parecerme arrogante y nada atractivo. Pero resulta que no me lo parece. ¿Por qué no quieres terminar lo que hemos comenzado en el bosque?

Simon le sonrió.

—Vas a pasarte toda la noche dándole vueltas, ¿eh? Me gusta tu casa.

Desconcertada, Fiona se volvió para estudiar la casa como él estaba haciendo.

—¿Mi casa?

—Es pequeña, algo extravagante y perfecta para su enclave. Podrías añadirle un solarium a la fachada meridional. Le daría un poco de chispa al diseño arquitectónico, agrandaría la cocina y tendrías más luz. De cualquier modo y por tu bien, no compruebes el correo electrónico ni los mensajes. Volveré con el perro y la mecedora dentro de un par de días.

Ceñuda, Fiona lo observó mientras se alejaba con el cachorro hacia la camioneta. Simon soltó la correa y metió en el vehículo a *Tiburón*, que se sentó, sujetando orgulloso su palo.

Tenía muchas cosas que hacer con las que mantenerse ocupado: su trabajo, su perro, la posibilidad de plantar un jardín sólo para ver si era capaz... Cada dos días, dependiendo del tiempo, se llevaba a *Tiburón* a dar una vuelta en la camioneta por las serpenteantes carreteras de la isla.

La rutina, o más bien la ausencia de ésta, era justo lo que había estado

buscando, aunque no se hubiera dado cuenta.

Le encantaba que el taller estuviera a pocos metros de la casa, de modo que podía trabajar por la mañana o por la noche, según le apeteciera. Y aunque todavía se sorprendía al pensarlo, le gustaba contar con la compañía del perro, ya fuera para trabajar, para pasear o para conducir.

Disfrutó pintando de un azul intenso una mecedora de brazos anchos. Tal vez el pelo y la piel de Fiona fueran claros, pero su personalidad era brillante y atrevida. Estaría estupenda en la mecedora.

Estaba estupenda, punto.

Había pensado meter la mecedora, y el perro, en la camioneta para llevársela esa tarde. A menos que se liara con el trabajo.

Por suerte, pensó mientras se bebía el café matinal en el porche, tenía trabajo de sobra con el que liarse. Tenía que hacer una vitrina para un cliente de Tacoma y otro par de mecedoras. También estaba la cama que quería hacerse para su dormitorio y el armario que había empezado para Fiona.

Tal vez.

Tenía que sacar el tocón... y debería hacerlo ese mismo día. Había llamado a Gary, un compañero de las clases de obediencia y granjero local, para saber si seguía dispuesto a ayudarlo con la cadena y una mini excavadora.

Le silbó al perro, y se sintió orgullosísimo cuando *Tiburón* llegó corriendo, y entró en la casa. Se tomaría una segunda taza de café mientras ojeaba el *U.S. Report* online, como había hecho esos dos últimos días.

A esas alturas pensaba que la periodista había renunciado al artículo, descorazonada por la negativa de Fiona a cooperar.

Sin embargo, esa mañana se topó con un titular morboso:

ECOS DEL MIEDO

Un par de fotografías de las dos víctimas, prácticamente adolescentes, pensó, resaltaban al principio del artículo. Al parecer, la periodista se había esmerado buscando información sobre sus vidas, sobre las horas previas al secuestro, sobre la búsqueda en sí y sobre el hallazgo de sus cuerpos. La foto de Perry le resultó aterradora. Un hombre normal, como un vecino cualquiera. Un profesor de Historia o un vendedor de seguros, el tipo que cultivaba tomates en el patio. Cualquiera.

Aunque fue la fotografía de Fiona lo que lo dejó helado.

Su rostro sonriente, al igual que las otras doce, las que no habían escapado. Joven, inocente, guapa.

Contrastaba muchísimo con la foto de archivo que le sacaron cuando salía del tribunal y tenía que abrirse paso entre una marea de periodistas. Con la cabeza gacha, la mirada triste, la expresión desolada.

El artículo mencionaba detalles de su huida, del asesinato de su prometido, y la autora comentaba brevemente que no había podido contactar con Bristow.

—Eso no te ha frenado —murmuró.

Claro que la gente hacía lo que hacía, pensó. Los periodistas daban noticias. Lo único inteligente que Fiona podía hacer era obviarlo.

El impulso de llamarla lo irritó, tanto que le provocó un cosquilleo entre los omóplatos. Se ordenó dejar el tema, y a ella, en paz.

De modo que llamó a Gary por si podían quedar para sacar el tocón. Estuvo diez minutos practicando con *Tiburón* para que le llevara cosas (empezaban a cogerle el tranquillo) y después se puso a trabajar.

Se concentró en la vitrina. Le pareció conveniente no seguir trabajando en el

armario botellero, al menos hasta que consiguiera bloquear la imagen de Fiona, hasta que pudiera relegar a un segundo plano la espantosa mezcla de miedo y dolor reflejada en su cara.

Se tomó un respiro a primera hora de la tarde para dar un paseo por la playa, donde *Tiburón* consiguió encontrar un pez muerto.

Tras una ducha muy necesaria —a ver si se acordaba por fin de comprarle un baño al puñetero perro—, Simon decidió llevarle algunas de las piezas más pequeñas a Sylvia. Metió en una caja tablas de cortar, semilleros, jarrones y cuencos, y la dejó, junto con el perro, en la camioneta. Se encontraría con Gary, se encargarían del tocón y como llevaba la camioneta cargada, no tendría excusa para quedarse mucho tiempo con Fiona.

Se sorprendió, y *Tiburón* se quedó muy deprimido, cuando descubrió que no estaba en casa. Sus perros tampoco estaban. Supuso que habría salido en busca de un poco de soledad y distracción.

Tiburón se animó cuando Gary llegó poco después con su juguetón border collie, *Butch*.

Gary, un hombre canoso, de claros ojos verdes, con gorra y gafas de cristales gruesos, observó cómo los cachorros se saludaban.

—Qué dos patas para un banco —dijo.

—Y que lo digas. Fiona no está en casa, pero ya le comenté que me pasaría a por el tocón.

—Su unidad está realizando una práctica en el parque natural. Lo hacen una vez al mes. Para mantenerse en forma, ya sabes. Seguro que salió al amanecer. En fin, voy a bajar la excavadora del camión para sacar el tocón. ¿Para qué narices lo quieres?

—Nunca se sabe.

—Contigo seguro que no —convino Gary. Bajaron el portón y Gary sacó la mini excavadora marcha atrás. Con los dos perros en el vehículo, pusieron rumbo al bosque.

—Gracias por el favor, Gary.

—De nada, no es para tanto. Hace un día estupendo para dar una vuelta.

Es cierto, pensó Simon. La temperatura era agradable y el sol brillaba, pequeños indicios de que la primavera se acercaba. Los perros jadeaban con una alegría desenfrenada y Gary olía, aunque poco, a fertilizante.

Cuando llegaron al tocón, Gary se apeó, lo rodeó y se echó la gorra hacia atrás para rascarse la cabeza.

—¿Esto es lo que quieres?

—Sí.

—Pues vamos a sacarlo. Una vez conocí a un tío que hacía estatuas con madera de raíz y sierras. Esto no es más raro.

Sacaron la cadena y discutieron sobre la estrategia a seguir, sobre béisbol y sobre perros.

Simon ató a los cachorros a un árbol para que no pudieran hacerse daño mientras Gary maniobraba con la mini excavadora.

Les llevó una hora y muchísimo sudor, además de unos cuantos cambios en la posición de la cadena.

—¡Despacio! —gritó Simon con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya lo tienes. Empieza a soltarse.

—El cabrón se negaba a salir. —Gary dejó la excavadora al ralentí cuando el tocón salió de la tierra—. Acabas de conseguir un tocón.

Simon pasó una mano enguantada por el tronco y una de las fuertes raíces.

—Ya lo creo.

—No te había visto tan contento desde que nos conocemos. Vamos a meterlo en la pala.

Cuando salían del bosque, con el tocón en la pala de la excavadora, Gary lo miró de reojo.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Estoy pensando en un lavabo.

Gary resopló.

—¿Vas a hacer un lavabo con un tocón?

—Sólo el pie. Si la madera resulta como yo espero. Tengo un taco enorme de madera que podría servir para el lavabo en sí. Ponle grifería moderna de lujo y litros y litros de policarbonato. Sí, es posible.

—Eso se lleva la palma en cuanto a rarito en comparación con la sierra y la madera de raíz. ¿Cuánto pedirían por una cosa así?

—Depende, pero si sale como me lo estoy imaginado... lo podría vender por unos ocho.

—¿Ochocientos dólares por un lavabo hecho con un tocón?

—Ocho mil.

—Te estás quedando conmigo.

—¿En una galería de lujo de Seattle? Incluso podría sacar diez mil.

—Diez mil dólares por un lavado... Hay que fastidiarse.

Simon fue incapaz de contener la sonrisa.

—Sería único. Para algunos eso es arte.

—Algunos tienen mierda en vez de cerebro. Sin ánimo de ofender.

—Algunos tienen mierda en vez de cerebro... y no me he ofendido. Te avisaré cuando haya terminado, salga lo que salga. Así podrás echarle un vistazo.

—Pienso hacerlo. Ya verás cuando se lo diga a Sue —comentó Gary, refiriéndose a su mujer—. No se lo va a creer.

Capítulo 9

Cuando por fin llegó a casa y descargó el tocón con la ayuda de Gary, Simon sopesó la idea de saltarse la visita al pueblo a fin de dedicarle un rato a su nuevo juguete. Ya tenía unas cuantas ideas perfiladas en la cabeza.

Sin embargo, ya había empaquetado los objetos, que descansaban en la camioneta. Si no iba en ese momento, tendría que ir más tarde, de modo que decidió darle a *Tiburón* otro emocionante paseo con la ventanilla a medio bajar. El perro sacó el hocico, encantado de que el viento le agitara las orejas.

—¿Por qué haces eso? —se preguntó Simon. Al ver que *Tiburón* comenzaba a mover el rabo a modo de respuesta, él también sacó la cabeza por la ventanilla—. ¡Anda! Con razón te gusta. La próxima vez conduces tú y yo saco la cabeza para disfrutar del viento.

Mientras retocaba mentalmente los diseños que había barajado y descartaba otros nuevos que se le iban ocurriendo, siguió conduciendo y tamborileando con los dedos sobre el volante. El trabajo físico a la vista combinado con las posibilidades artísticas y la alegría sin adulterar del perro conformaban una mezcla casi perfecta que le arrancó una sonrisa durante el resto del trayecto hasta el pueblo. Dejaría sus creaciones en la tienda, volvería a casa, examinaría el tocón, lo mediría y daría un paseo por la playa para dejar que las ideas maduraran un poco. Después plasmaría algunos diseños en papel mientras disfrutaba de una cerveza, tal vez acompañada por una pizza. Un día redondo.

Y esa era, pensó, la respuesta a la pregunta de Fiona.

¿Por qué Orcas?

El agua lo atraía. La espuma de las playas, el ancho río, los alegres arroyos, las tranquilas calas. Ese deseo lo había trasladado de Spokane a Seattle. Además de la atracción que ejercía la ciudad en sí. Su estilo, su ambiente artístico. La vida nocturna, la actividad, lo atraía en aquel momento de su vida, supuso.

Como le sucedió con Nina, durante un tiempo.

La de Seattle había sido una buena época. Interesante, creativa, productiva. Pero...

Demasiada gente y demasiada actividad, y muy poco espacio.

Le gustaba la idea de vivir en una isla. Un lugar independiente, un tanto apartado y rodeado de agua. Las serpenteantes carreteras que la recorrían ofrecían incontables panorámicas de azul y verde, maravillosas estampas acuáticas con preciosas embarcaciones surcando las olas sobre las que parecían flotar las lenguas de tierra cubiertas de verde.

Si quería actividad, podía bajar al pueblo, comer en un restaurante y observar a los turistas. Si prefería un rato a solas, podía quedarse en casa: su isla dentro de la isla. Que era, admitió, su elección más habitual.

De ahí que su madre le hubiera endosado el perro, concluyó al tiempo que miraba de reojo a *Tiburón*.

Mientras observaba esas orejas al viento y el rabo inquieto comprendió que su madre había acertado. Como siempre.

Aparcó en la parte trasera de la tienda de Syl y subió las ventanillas, aunque no

del todo.

—Quédate aquí. No te comas nada. —En el último momento recordó que debía darle algo para que se distrajera, así que alargó el brazo y sacó un mordedor de la guantera—. Juega con esto —le ordenó a *Tiburón*.

Entró en el establecimiento llevando la primera caja y captó un delicioso olor a comida casera, bastante especiada. Al mirar vio una olla de cocción lenta en el mostrador de la trastienda. Se asomó a la tienda y vio que Sylvia, tan guapa y llamativa como siempre con una de sus coloridas faldas, charlaba con una clienta mientras la dependienta registraba la venta de una segunda clienta.

El negocio iba bien, pensó. Otro dato bueno que añadir al día.

Saludó con la mano y estaba a punto de retroceder cuando Sylvia lo llamó.

—¡Simon! Qué oportuno. Es Simon Doyle —le dijo a la clienta—. Simon, Susan ha venido desde la isla de Bainbridge. Está muy interesada en tu armario botellero. —Le regaló una sonrisa deslumbrante acompañada de un sutil y silencioso: «Ven aquí».

Ésa era la parte que más odiaba. Sin embargo, atrapado como estaba no le quedó más remedio que acercarse.

—Justo estaba diciéndole a Susan lo afortunados que podemos considerarnos de que te hayas mudado a Orcas y nos permitas exhibir tu trabajo. Susan ha venido con su hermana a pasar el día. Lo que también es una suerte para nosotros.

—Me alegro de conocerlo —dijo la tal Susan mientras le tendía una mano con una manicura francesa perfecta y adornada con un diamante amarillo—. El botellero es precioso.

—Gracias —replicó mientras se limpiaba la mano en los vaqueros antes de darle un apretón—. Lo siento. Estaba trabajando. Sólo he venido a dejar unas cuantas piezas más.

—¿Algo tan impresionante como esto?

—No, en realidad son piezas pequeñas.

La hermana se acercó con un par de pendientes diferentes para pedirle opinión a Susan.

—Susan, ¿cuál prefieres?

La aludida ladeó la cabeza primero a derecha y luego a izquierda.

—Los dos. Di, éste es el hombre que ha hecho el cuenco que he comprado para el cumpleaños de Cherry y este armario botellero del que no puedo separarme. Simon Doyle.

—Me encanta el cuenco —afirmó Di al tiempo que saludaba a Simon con un apretón de manos rápido y enérgico—. Pero ella lo vio primero. Sylvia dice que a lo mejor podemos convencerte para que hagas otro.

—Simon acaba de traer algunas piezas nuevas.

—¿De verdad? —La mirada de Di abandonó a Sylvia y se clavó en Simon de nuevo—. ¿Algún bol?

—Un par de ellos —respondió.

—¿Qué os parece si voy a desembalarlo todo para que podáis echar un vistazo? —sugirió Sylvia.

—Sería genial. Yo elijo primero —añadió Di mientras le daba unos golpecitos a su hermana con un dedo.

—Hay más cosas en la camioneta. Iré...

—Ni hablar. Yo me encargo —lo interrumpió Sylvia al tiempo que le daba unas palmaditas en el brazo seguidas por un apretón muy elocuente—. ¿Por qué no le hablas a Susan del armario botellero? Es la pieza que tenemos ahora mismo en exhibición —añadió antes de que Simon encontrara alguna excusa para

desaparecer.

Detestaba esa parte en concreto de su trabajo, la venta, la sensación de estar en perpetua exhibición de la misma forma en que lo estaba su trabajo.

—Me encantan los distintos tonos de la madera. —Susan acarició una de las vetas con la palma de una mano—. Y los detalles. Es elegante sin resultar recargado ni exagerado.

—Va con su estilo.

La expresión de la mujer se iluminó.

—Qué comentario más perspicaz.

—Si fuera al contrario, también se lo diría. Le gustan las cosas delicadas y únicas. No le importa que sean poco prácticas, pero prefiere que tengan cierta utilidad.

—¡Por Dios, lo ha clavado! Es un artista con poderes para leer la mente —comentó Di con una carcajada—. Será mejor que lo compres, Susan. Esto es cosa del destino.

—Tal vez lo sea. —Susan abrió de nuevo las puertas del armario botellero y los cajones inferiores—. Suave como la seda. Me encanta el trabajo bien hecho.

—A mí también. —Simon se percató de que Sylvia había colocado en su interior una preciosa cristalería y unas cuantas botellas de vino de excelente calidad.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando la madera?

—Según mi madre, desde que cumplí los dos años.

—Un tiempo bien aprovechado. Sylvia ha dicho que se ha mudado usted a la isla, ¿desde dónde?

La pregunta le provocó un hormigueo desagradable.

—Desde Seattle, aunque estuve viviendo una temporada en Spokane.

—Doyle... —murmuró Di—. Me suena haber leído algo sobre usted y su trabajo hace un tiempo, en la sección de arte.

—Es posible.

Susan ladeó la cabeza otra vez, tal como había hecho mientras sopesaba la elección de pendientes de su hermana.

—No le gusta autopromocionarse por lo que veo.

—Mi trabajo debería hablar por sí sólo.

—No puedo estar más de acuerdo con eso. Y en este caso es totalmente cierto. Lo compro.

—Señoras —dijo Sylvia desde el vano de la puerta—, ¿pueden venir a la trastienda? Di, creo que tenemos su cuenco. Simon, he sacado al cachorro. Espero que no te importe. Sé que te estoy reteniendo más de lo que esperabas, pero *Tiburón* se ha puesto muy contento al verme.

—Un cachorro.

—Cuidado —advirtió Di mientras su hermana corría hacia la trastienda—. Seguro que también querrá comprarlo. Le apasionan los perros.

Pasó otra media hora, durante la cual Sylvia saboteó cualquier intento de huida por su parte y *Tiburón* recibió caricias y halagos que le provocaron el delirio. Mientras cargaba las bolsas y las cajas en el coche de las mujeres, decidió que la experiencia había sido más agotadora que arrancar el tocón del suelo.

Sylvia lo arrastró de vuelta a la trastienda y sin soltarlo de las manos comenzó a girar con él para expresar su alegría mientras *Tiburón* saltaba y ladraba a su alrededor.

—¡Simon, esas dos mujeres no sólo nos han alegrado el día, sino la semana completa! Y volverán, desde luego que volverán. Cada vez que Susan mire su armario botellero, o el jarrón, o cada vez que Di use el bol, recordarán la tienda, y te

recordarán a ti. Y volverán.

—¡Buen trabajo!

—Simon, hemos vendido las piezas mientras las desembalábamos. ¿Y has visto lo del armario botellero? De verdad que creía que lo tendríamos en exposición hasta bien entrada la temporada turística. ¡Vas a tener que hacer otro! —Se dejó caer en el sofá pequeño donde les había servido un par de limonadas a sus clientas.

—En ese caso, será mejor que vuelva al trabajo.

—Emociónate un poquito, anda. Acabas de ganar una buena suma de dinero. ¿No oyes el tintineo de las monedas? Además, esas dos mujeres disfrutarán mucho con las piezas que hemos vendido. Muchísimo. Necesitaba algo que me alegrara el día y esto lo ha conseguido. —Se inclinó para acariciar a *Tiburón*—. Estoy preocupada por Fi. Han publicado un artículo sobre Perry y los recientes asesinatos en el *U.S. Report* esta mañana. Fui a verla, pero ya había salido. Tiene trabajo con su unidad.

—Me lo han dicho.

—He hablado con Laine, su madre. Hemos decidido no llamarla mientras está con las prácticas de grupo.

—¿Hablas con su madre?

—Laine y yo mantenemos una buena relación. Las dos queremos a Fi. Sé que a estas alturas se habrá enterado de lo del artículo, y sé que estará muy molesta. Si me hicieras un gran favor...

El desagradable hormigueo de antes se repitió.

—¿Qué favor?

—Le he preparado una menestra de verdura —Señaló la olla de cocción lenta —. Y un poco de pan de romero. Debería volver pronto a casa, si no ha llegado ya. ¿Te importaría llevárselo de camino?

—¿Por qué? Deberías llevárselo tú.

—Eso pensaba hacer, pero se me acaba de ocurrir que le vendría muy bien la compañía de otra persona, de alguien de su edad. Además de la compañía de este bichito... —añadió mientras acariciaba a *Tiburón* de nuevo—. Es difícil estar triste con él cerca.

Sylvia lo miró a la cara, y aunque sabía que estaba usando sus ojos adrede, Simon fue incapaz de luchar contra ellos.

—¿Te importaría hacerme ese favor? Me entristece muchísimo recordar todo lo que sufrió. Es posible que mi compañía empeore su estado. De verdad que me sentiría mucho más tranquila si sé que va a comer en condiciones, tal vez con otra persona.

¿Cómo era posible que algunas mujeres fueran capaces de convencer a los demás de hacer justo lo contrario de lo que querían?, se preguntó Simon.

Su madre poseía el mismo don que Sylvia. La había observado, escuchado, había intentado evadir sus tácticas, manipularla, ganarle la mano... y, sin embargo, siempre lograba empujarlo en la dirección contraria a la que quería llevar.

Sylvia estaba cortada por el mismo patrón. De modo que llevaba consigo una olla de cocción lenta, una hogaza de pan y un cometido. Y ese reflexivo paseo por la playa se había ido al traste antes siquiera de poner un pie en la arena.

¿Se suponía que tendría que hacer de paño de lágrimas de Fiona? Aborrecía ese papel. Porque nunca había sabido lo que decir ni lo que hacer.

Palmadita, palmadita. Un par de «Vale, vale» y... ¡Menuda mierda!

Además, si Fiona tenía un mínimo de sentido común —y estaba seguro de que

así era—, seguro que quería estar sola, no acompañada.

—Si dejáramos a los demás a sus anchas —le dijo a *Tiburón*—, nos iría mucho mejor. Al final todos somos culpables de que las vidas de los demás sean un desastre.

Le dejaría la comida y se iría, decidió. Eso sería lo mejor.

«Aquí tienes, que aproveche.»

Así podría dedicar parte de la tarde a evaluar y medir el tocón, y después podría diseñar un rato disfrutando de la pizza y la cerveza.

A lo mejor todavía no había vuelto. En ese caso, le dejaría la olla y el pan en el porche y asunto arreglado.

Tiburón se enderezó en cuanto dobló en el camino de entrada. El cachorro comenzó a bailotear en el asiento y plantó las patas en el salpicadero. Que fuera capaz de hacerlo sin caerse de bruces al suelo le indicó a Simon que había crecido de forma considerable en las dos últimas semanas.

Posiblemente necesitara un collar nuevo.

Alargó la mano y metió los dedos entre el collar y el pelo.

—Mierda. ¿Por qué no me dices estas cosas?

Mientras atravesaban el puente, el rabo de *Tiburón* era un alegre vaivén que golpeaba la puerta y el asiento una y otra vez sin variar el ritmo.

—Me alegro de que haya alguien contento —comentó Simon.

La camioneta de Fiona estaba aparcada en el camino. Y los perros corrían por el patio.

—No vamos a quedarnos —le advirtió a *Tiburón*—. Entramos y salimos.

Dejó que el perro saliera primero y llegó a la conclusión de que para *Tiburón* había sido la versión canina de un día en Disneyland por la aventura del tocón con Gary y Butch, que fue seguida por el viaje al pueblo, las muestras de adoración de las mujeres y el inesperado rato de juego que tenía por delante con sus colegas.

Sacó la olla y el pan, que estaba envuelto en plástico transparente.

Fiona lo miraba desde el vano de la puerta, apoyada con gesto indolente en la jamba. Fue una sorpresa verla sonreír.

—Hola, vecino.

—He tenido que ir a la tienda de Sylvia. Me ha pedido que te traiga esto.

Fiona se enderezó para levantar la tapa de la olla y oler el contenido.

—Mmm —murmuró—. Menestra. Me encanta. Déjala aquí. —Se apartó para cederle el paso y dejó la puerta abierta, como era habitual en ella.

El fuego crepitaba en la chimenea. El olor de la sopa saturó el aire y se mezcló con el olor a bosque de Fiona.

—Me han dicho que ya tienes tu tocón.

—Las noticias vuelan, por lo que veo.

—Aquí sí. De camino a casa me encontré con Gary y Sue. Iban a casa de su hijo para cenar. Déjala en la encimera, gracias. Iba a tomarme una cerveza, pero la menestra de Syl necesita un buen tinto. A menos que prefieras cerveza, claro.

El plan de entrar y salir quedó abandonado, más que nada por la curiosidad. Las noticias volaban, sí. Seguro que estaba al tanto de la publicación del artículo.

—El tinto me parece bien.

La observó mientras abría un botellero muy estrecho para elegir una botella. La verdad era que le iría bien un armario en condiciones.

—Un lavabo entonces, ¿no?

—¿Cómo?

—El tocón. —Abrió un cajón y cogió un sacacorchos sin necesidad de revolver el contenido—. Gary me ha dicho que vas a hacer un lavabo. Un lavabo de madera.

Va a ser la comidilla de la isla.

—Porque aquí nunca pasa nada. Te plantaré el árbol en un par de días.

—Por mí estupendo.

Simon observó su expresión mientras descorchaba la botella y no apreció signos de preocupación, de lágrimas, ni de ira. Tal vez las noticias no volaran tan rápido como ella decía.

Después de servir el vino, Fiona enchufó la olla para calentar la sopa.

—En unos minutos estará lista —dijo mientras acercaba su copa para un brindis—. Un solarium, ¿no?

—¿Cómo dices?

—Me dijiste que me planteara la opción de hacer un solarium en la parte sur. Para ampliar la cocina y abrirla al exterior. ¿Qué obras necesitaría?

—Mmm... pues esa pared —señaló con la copa—. Es un muro maestro, así que no puedes echarla abajo por completo. Necesitarías un par de columnas, o de vigas de madera, algo que mantenga el espacio abierto, pero que a la vez sirva como separación entre ambos ambientes. Quitar la pared poner las columnas o las vigas. Digamos que añadir unos cuatro metros. Y un tejado a dos aguas. Con claraboyas. Un ventanal bien amplio con vistas al bosque. Para el suelo, parquet de baldosas quizá. Podrías poner una mesa por si no siempre te apetece comer en la cocina.

—Tal como lo dices parece muy sencillo.

—Tiene su trabajo, la verdad.

—Es posible que empiece a ahorrar. —Le dio un trago al vino y luego dejó la copa para sacar un bote de aceitunas del frigorífico—. Sabes lo del artículo.

—Parece que tú también.

Fiona sirvió las aceitunas en un plato llano.

—James lo leyó antes de que nos reuniéramos esta mañana y corrió la voz. Estaban todos tan preocupados para no meter la pata y sacar el tema, que nadie era capaz de concentrarse. Así que al final me lo dijeron para que pudiéramos empezar a trabajar.

—¿Lo has leído?

—No. Por cierto, ésta es mi versión de un aperitivo —comentó al tiempo que le ofrecía el plato de aceitunas—. No, no lo he leído y no pienso hacerlo. No tiene sentido. No puedo hacer nada para cambiar lo que pasó antes y no puedo hacer nada para cambiar lo que está pasando ahora. Sabía que esto iba a suceder, y así ha sido. Mañana será agua pasada.

—Es una buena forma de enfocar el asunto.

—Syl me ha preparado mi sopa preferida. Porque ha pensado que me habría molestado.

—Supongo.

Fiona cogió su copa de nuevo y le hizo un gesto con la mano libre.

—Lo sabes muy bien, porque ella te lo habrá dicho. Y te ha manipulado para que vengas a hacerme compañía.

Los perros entraron en tromba, un alegre torbellino peludo.

—No se puede decir que estés sola precisamente.

—Cierto. —Acarició a los recién llegados—. En tu caso, también pensaste que me habría molestado... y seguro que fuiste incapaz de impedir que Syl se saliera con la suya.

—¿Alguien es capaz de hacerlo?

—La verdad es que no. Estoy molesta. Pero lo controlo. Este mes ya he tenido dos días de bajón, así que ya los he gastado.

De repente, se sintió fascinado muy a su pesar.

—¿Tienes un límite?

—Sí. Además, ahora tengo sopa para cenar y... —Levantó el plástico transparente—. Mmm, pan de romero. Esto es un lujo. Tengo una madrastra que me prepara comida casera, un vecino que me la trae aunque sea a regañadientes y mis perros. Los bajones emocionales ya no están permitidos. Así que cenaremos juntos y charlaremos un rato. Pero no pienso acostarme contigo después.

—Calientapollas.

El insulto hizo que Fiona estuviera en un tris de atragantarse con el vino.

—Dime que no has dicho lo que creo que has dicho.

—¿El qué?

Fiona echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Ves? Esto es mejor que un bajón. Vamos a cenar.

Sirvió la sopa en dos cuencos, colocó el pan en la bandeja y añadió un plato con una salsa para mojar.

—Las velas no son para crear un ambiente romántico —señaló mientras las encendía—. Es que la comida sabe mejor con ellas.

—Pensaba que era porque me favorecía su luz.

—Ya estás bastante favorecido así. —Sonrió y alzó una cucharada de sopa—. Por Syl.

—Vale. —Simon la probó—. Un momento. —Volvió a probarla—. Esta buenísima. Como si la hubieran hecho en la Toscana.

—Le encantará oír eso. La verdad es que de un tiempo a esta parte Sylvia está obsesionada con el tofu y el arroz integral, pero cuando hace menestra, se supera. Prueba el pan.

Simon partió un trocito y lo mojó en la salsa.

—Ha hablado con tu madre.

—¡Oh! —La mirada serena de esos ojos azules se tornó un tanto angustiada—. Debería haberlo previsto. Las llamaré luego para decirles que estoy bien.

—También tienes razón en lo del pan. Mi madre suele hacerlo mucho. Cocinar es una especie de pasatiempo para ella.

—Yo también sé cocinar y usar el horno. ¿Sabes que puedes comprar masa preparada para meterla directamente en él?

—Mi especialidad es la pizza congelada.

—Eres un hombre de muchos talentos.

Simon siguió con la sopa.

—Todos los divorciados que conozco suelen odiar a las nuevas parejas de sus ex. O al menos guardan las distancias.

—Mi padre era un buen hombre. Mi madre es una mujer estupenda. En algún momento dejaron de ser felices juntos. Sé que hubo discusiones y enfados, y que posiblemente se echaran a la cara quién tenía la culpa de qué, pero en su conjunto llevaron el tema lo mejor posible. De todas formas, fue un proceso dolorosísimo. Aunque pasó rápido, porque mi padre era un buen hombre y mi madre es una mujer estupenda, y volvieron a ser felices. Por extraño que parezca, acabaron haciendo las paces. Mi padre conoció a Syl y descubrieron que... bueno, que hacían una pareja de ensueño. Mi madre y ella hicieron el gran esfuerzo de conocerse, por mi bien sobre todo. Y descubrieron que entre ellas había muy buena conexión. Se cayeron bien desde el primer momento. Mi madre le manda un ramo de flores a Syl todos los años para el aniversario de la muerte de mi padre. Girasoles, las flores preferidas de mi padre. Bueno... —Se llevó las manos a los ojos un momento—. Ya vale. Voy a acabar llorando. Cuéntame qué has hecho hoy además de arrancar un tocón del

suelo.

Antes de que Simon pudiera hablar, los perros entraron de nuevo. *Tiburón* olisqueó el aire y salió disparado hacia la mesa, para ponerle las patas a Fiona en el muslo y gimotear.

—No, abajo —le dijo ella, que chasqueó los dedos y señaló el suelo.

Tiburón se sentó, pero siguió moviendo el rabo a toda velocidad con un brillo expectante en los ojos. Fiona miró a Simon.

—Le das comida mientras estás sentado a la mesa.

—Es posible. La cosa es que no me deja...

Dejó la frase en el aire al escuchar el resoplido de Fiona, que se levantó y se acercó al armarito que hacía las veces de despensa, de donde sacó unos cuantos huesos. Uno para *Tiburón* y uno para cada uno de sus perros, que parecían mirar al cachorro con lástima.

—Son vuestros —dijo ella al tiempo que los dejaba en el suelo—. A comer. Distraer —dijo, dirigiéndose a Simon—. Y reemplazar. Y mucha disciplina. Mientras sigas claudicando y le des comida cuando estés a la mesa (y te recuerdo que la comida humana no es una dieta apropiada), seguirá pidiéndote. Además, lo estás enseñando a molestar al recompensar un mal comportamiento.

—Sí, mami.

—Si sigues así, se convertirá en una aspiradora para la encimera. He tenido más de un perro en las clases que se ventiló el pavo del día de Acción de Gracias, las chuletas de la barbacoa o la pierna de cordero de la cena de Navidad porque no lo habían enseñado a comportarse correctamente. Hubo uno que le robó las costillas al vecino directamente de la barbacoa.

—¿Eso no sirve como entrenamiento para ordenarle que traiga las cosas? Porque podría ser una rutina estupenda para lograrlo.

Fiona meneó la cuchara en el aire mientras lo apuntaba con ella.

—Que conste que te lo he advertido. Volviendo al tema, ¿qué has hecho además de lo del tocón?

—No mucho. He trabajado un poco y he llevado algunas piezas a la tienda de Syl, de ahí que esté cenando sopa. —En realidad, cenar y charlar a la luz de las velas mientras los perros roían sus huesos no podía considerarse como un cometido obligatorio—. Está eufórica porque las dos clientas que estaba atendiendo cuando yo llegué salieron cargadas de la tienda. Va a enviarles el armario botellero porque era demasiado grande para que se lo llevaran en su coche.

—El armario botellero —repitió Fiona con la cuchara suspendida en el aire, de camino a sus labios—. Has vendido mi armario botellero.

—Ésa es tu interpretación.

Fiona torció el gesto un instante, pero acabó encogiéndose de hombros.

—Bueno, qué demonios. Felicidades.

—Le pegaba. —Se encogió también de hombros en respuesta a la mirada asesina de Fiona—. Se llama Susan y vive en la isla Bainbridge. Llevaba un diamante amarillo, una chaqueta de piel y unas botas muy chic. Susan de Bainbridge tiene una elegancia discreta y rezuma pasta.

—¿Y yo soy hortera y chabacana?

—Si fueras así, nos habríamos dado un revolcón primero y habríamos cenado después.

—No le veo la gracia. Bueno, un poco sí.

—¿Qué es lo que haces con tu unidad cuando salís a campo abierto como hoy? ¿No tenéis las cosas claras a estas alturas?

—Es importante que practiquemos, tanto individualmente como en grupo.

Trabajamos supuestos distintos en distintos terrenos al menos una vez al mes. Así analizamos los errores y los fallos e intentamos mejorar. Hoy hemos realizado la búsqueda de un cadáver.

Simon frunció el ceño y clavó la vista en la sopa.

—Qué bonito.

—Si no te gusta, cambio de tema.

—¿Dónde habéis conseguido el cadáver? ¿En la tienda de los horrores?

—Estaban agotados. Usamos partes de cadáveres, huesos, pelo, fluidos corporales, en un recipiente. Mai es la encargada de distribuirlos por la zona previamente, como jefa de operaciones. Después dividimos el terreno en sectores y los asignamos, tal como haríamos si la búsqueda fuera real.

Intentó recordar si alguna vez había mantenido una conversación tan inusual como esa mientras comía menestra. Definitivamente no.

—¿Cómo distingue el perro si la persona que va a buscar está viva o muerta?

—Buena pregunta. La orden de búsqueda es distinta. En mi caso, yo utilizo «Busca» para los vivos y «Encuentra» para los muertos.

—¿Y ya está?

—Es más complicado, pero hay que adiestrarlos para ambos supuestos, hacer un adiestramiento básico y después ir avanzando.

—A *Tiburón* podría dársele muy bien eso. Hoy ha encontrado un pez muerto. Se le da estupendamente.

—No vas muy desencaminado. Podríamos enseñarle a diferenciar el olor de un animal muerto, de un pájaro o de un pez, del olor de los restos humanos.

—¿Además de enseñarle a no revolcarse en ellos cuando los encuentra?

—Por supuesto.

—Sólo por eso merecería la pena. —Miró de reojo a *Tiburón*, que estaba arrastrándose para colarse debajo de la mesa.

Fiona se limitó a volverse y a señalar con el dedo, y *Tiburón* regresó junto con los demás.

—Responde bien, ¿lo ves? No sólo contigo, sino con otro instructor. Ésa es otra característica esencial.

—Creo que responde mejor contigo. Y no creo que eso sea muy útil.

Fiona apartó el cuenco.

—Puede que no, pero esto sí que lo ha sido. No me habría entrado el bajón porque va contra las normas, pero de haber estado sola, habría estado a un palmo.

Simon la observó a la cambiante luz de las velas.

—Esta noche no tienes tan mala cara.

—¡Ay, por Dios! —exclamó ella mientras pestañeaba y se llevaba una mano al corazón—. ¿Me estoy poniendo colorada?

—Pensaba que estarías hecha polvo —siguió él, imperturbable—. Un día de ejercicios de búsqueda o como se llame...

—Entrenamiento con la unidad.

—Eso, y la publicación del artículo. Pero estás estupenda.

—¡Vaya! Hemos pasado de no tener mala cara a estar estupenda. ¿Qué es lo siguiente?

—Una sonrisa por tu parte. Supongo que sabes que es tu mejor rasgo, el más favorecedor, el más sexy. Por eso lo usas tan a menudo.

—¿De verdad?

—¿Ves? Ahora mismo lo estás haciendo.

Todavía sonriente, Fiona apoyó el codo en la mesa y la barbilla, en el puño.

—De todas formas, no pienso acostarme contigo esta noche. Esto no era una

cita. A lo mejor me apetece quedar contigo en algún sitio antes de que nos demos un revolcón. No lo he decidido todavía.

—No lo has decidido todavía.

—Exacto. Este tipo de decisiones forma parte de los privilegios de la mujer. Que conste que yo no he hecho las reglas. No voy a acostarme contigo esta noche.

—A lo mejor no quiero acostarme contigo.

—Porque no soy tu tipo —añadió ella al tiempo que asentía con la cabeza—. Pero ya te he seducido con mi sonrisa y te he conquistado con la sopa de Sylvia. Te tengo en la palma de la mano.

—Eso es insultante. Y muy provocativo.

—Pero no haré nada porque me gustas.

—No mucho, por lo que parece.

El comentario de Simon le arrancó una carcajada.

—En serio que me gustas, y la verdad es que esta noche no estoy muy fina, así que las cosas no irían como deberían ir. Pero pienso darme un pequeño capricho.

Se levantó para rodear la mesa y se sentó en su regazo. Le acarició el labio inferior con los dientes y luego se lo lamió muy despacio antes de besarlo de lleno.

Consuelo y pasión, pensó mientras lo besaba. Promesa y amenaza. Ese cuerpo duro y ese pelo suave y abundante. La aspereza de la barba y la suavidad de sus labios.

Suspiró antes de alejarse de él y después lo miró a los ojos.

—Un poco más —murmuró antes de volver a besarlo.

En esa ocasión Simon le acarició los costados hasta llegar a sus pechos. Sus manos se apoderaron de ellos. Eran pequeños y firmes, y notaba los latidos del corazón bajo las palmas.

—Fiona...

Ella le puso fin al beso y acercó una mejilla a la suya.

—Podrías convencerme. Los dos lo sabemos. Pero no lo hagas. Sé que es injusto, pero no lo hagas, por favor.

Simon pensó que algunas mujeres tenían el poder de que un hombre hiciera lo contrario de lo que quería hacer. Parecía que el destino insistía en ponerlas en su camino. ¡Y, joder, por todas sentía algo!

—Tengo que irme.

—Ajá —Fiona se apartó de él y en esa ocasión le tomó la cara entre las manos —. Vete. Pero tengo que darte las gracias, porque cuando esta noche no pueda pegar ojo, no será por el puñetero artículo del periódico.

—Soy un buen samaritano.

Fiona se inclinó para apoyar brevemente la frente contra la suya.

—Te daré un recipiente hermético con sopa. Y un collar más grande para *Tiburón*. Ése ya le queda pequeño.

Simon no rechistó y aprovechó el momento que ella le daba para recobrar la compostura.

Sin embargo, se pasó todo el trayecto hasta su casa saboreando el regusto de sus labios y oliéndola, mientras el cachorro roncaba sentado a su lado.

Lo miró de reojo.

—Es culpa tuya —refunfuñó—. No estaría en esta situación de no ser por ti.

Mientras doblaba al llegar a su propiedad, se recordó que debía comprar un dichoso árbol y plantarlo.

Un trato era un trato.

Capítulo 10

Consiguió superarlo, dejarlo atrás. El trabajo y la rutina la ayudaban a soportar el paso de las horas. Canalizó el exceso de nervios con ejercicios físicos, librándose de la tensión a través del sudor, hasta que el artículo que rememoraba el infierno y la pérdida que sufrió dejó de importar.

Sus clases, su blog, el cuidado diario de sus perros y su compañía llenaban sus días. Y desde la cena tranquila de la menestra y el pan, barajaba la idea de entablar una relación con Simon, acabara donde acabase, para distraerse.

Disfrutaba con él, mucho. Tal vez, pensó, porque no era tan protector ni tan accesible como su círculo de amigos ni como las dos mujeres que conformaban su familia. Era un pelín duro, y muy directo, y muchísimo más complicado que la mayoría de sus conocidos.

Desde el asesinato de Greg, la isla se había convertido en muchos sentidos en su santuario, en ese lugar seguro donde nadie la miraba con lástima, ni con interés, en ese lugar donde había podido empezar de nuevo.

«Aunque no desde cero», pensó. En el fondo seguía siendo quien era. Pero al igual que la isla, se había separado del continente y se había permitido cambiar de dirección, se había permitido crecer e incluso reformarse.

Hasta hacía unos años se imaginaba formando una familia—planeaba tener tres hijos— en un bonito barrio residencial. Aprendería a preparar comidas sabrosas e interesantes y adoraría su trabajo a media jornada —todavía por elegir—. Habría perros en la casa y un balancín en el patio, habría clases de danza y partidos de fútbol.

Habría sido la esposa fiel y comprensiva de un policía, una madre devota y una mujer feliz.

Se le habría dado bien, pensó mientras se sentaba en el porche para disfrutar de la tranquilidad de la mañana. Tal vez fuera muy joven para planear casarse y tener una familia, pero todo le había salido rodado.

Hasta...

Hasta que no quedó nada de esa bonita imagen, salvo un cristal hecho añicos y un marco roto. Pero...

Pero ya se encontraba mejor. Se sentía feliz y realizada. Y era consciente de que estaba en ese sitio, de que tenía esa vida y esas habilidades, precisamente porque esos maravillosos planes se habían hecho añicos.

Tal vez en el fondo fuera la misma, pero todo a su alrededor había cambiado. Y ella era, por eso mismo o muy a su pesar, una mujer feliz y de éxito.

Bogart se acercó a ella y le golpeó el brazo con la cabeza. De forma automática cambió de postura para acariciarlo en el costado.

—No creo que todo suceda por un motivo. Ésa es nuestra manera de enfrentarnos a lo que nos sucede. Pero me alegro de estar aquí.

Y de no sentirse desleal, pensó, hacia Greg, hacia todos esos bonitos planes y hacia la muchacha que los había hecho.

—Es un nuevo día, *Bogart*. Me pregunto qué nos deparará.

Como si le respondiera, el perro ladró para avisarla. Y ella vio la camioneta de

Simon por el camino.

—A lo mejor es interesante —murmuró al tiempo que los otros perros corrían hacia ella y se sentaban, meneando los rabos.

Sonrió al ver la alegre cara de *Tiburón* por la luna delantera, sentado en el asiento del acompañante, y la cara indescifrable de Simon detrás del volante.

Se puso en pie y, cuando la camioneta se detuvo, les hizo un gesto a sus perros para que fueran a saludarlos.

—Es un poco temprano para dar una clase —le dijo a Simon cuando bajó del vehículo y *Tiburón* saltó al suelo para reunirse con sus compañeros.

—He traído tu puñetero árbol.

—Ah, la alegría de la huerta. —Se acercó a él mientras Simon se abría paso entre los perros.

—Dame el café. —No esperó a que ella le ofreciera, sino que le cogió la taza y apuró lo que le quedaba.

—No te cortes, adelante.

—Me he quedado sin café.

Como parecía malhumorado, no se había afeitado y estaba muy sexy, lo miró pestañeando de forma exagerada.

—Y aun así has venido a verme, alegre como unas castañuelas, para traerme un árbol.

—Estoy aquí, alegre como unas castañuelas y a estas horas, porque ese puto perro se zampó un saco de cinco kilos de pienso antes de que amaneciera y luego decidió vomitarlo todo, con saco incluido, sobre mi cama. Mientras yo estaba acostado.

—¡Pobrecito!

Simon frunció el ceño al darse cuenta de que la preocupación y la atención estaban dirigidas al perro.

—Oye, que la víctima soy yo.

Sin hacerle caso, Fiona acarició al cachorro, le miró los ojos, la nariz y la barriga.

—Pobrecito. Pero ahora estás bien. No ha pasado nada.

—He tenido que tirar las sábanas.

Fiona puso los ojos en blanco, pero no se movió.

—No hace falta. Limpias el vómito y después lavas las sábanas.

—Esas sábanas no. Ha vomitado como un universitario borracho.

—¿Y quién tiene la culpa?

—Yo no me he comido el puñetero pienso.

—No, pero no lo tenías guardado donde él no pudiera cogerlo. De hecho, tendrías que tenerlo en un contenedor con tapa. Además, seguramente no esté preparado para deambular por la casa a sus anchas. Deberías poner una barrera de seguridad para bebés.

Simon frunció el ceño todavía más.

—No pienso poner una barrera de seguridad para bebés en mi casa.

—Pues no te quejes cuando haga algo que no tiene que hacer mientras tú duermes o estás ocupado con otra cosa.

—Si vas a echarme un sermón, quiero más café.

—Hay en la cocina. —En cuanto Simon se alejó refunfuñando, soltó una carcajada—. Está enfadado contigo, ¿verdad? Cabreadísimo. Ya se le pasará. Además, la culpa es suya —dijo al tiempo que le daba un beso a *Tiburón* en la trufa. Se puso en pie y rodeó la camioneta para echarle un vistazo al árbol. Seguía allí de pie, sonriendo, cuando Simon salió con su propia taza de café—. Me has traído un

canelo.

—Me pareció adecuado cuando lo compré ayer. Pero eso fue antes de lo de esta mañana, cuando me recordaron que los canes pueden ser un coñazo.

—Primero, es un árbol precioso, así que gracias. Segundo, absolutamente todo lo que depende de nosotros es un coñazo. Ha vomitado en tu cama porque se encontraba mal, estaba asustado y quería estar contigo. Y tercero... buenos días —dijo al tiempo que le colocaba las manos en los hombros y le daba un beso en los labios.

—No lo son.

Fiona sonrió y volvió a besarlo.

—Va mejorando.

—En fin. Vamos a plantar el árbol y a ver si se te pasa el mal humor. Vamos a sembrarlo allí. No... —Cambió de dirección—. Allí.

—Creía que querías plantarlo en el bosque, en lugar del tocón.

—Sí, pero es precioso y allí arriba nadie lo verá salvo yo misma. Ah, allí, justo allí, a este lado del puente. A lo mejor debería comprar otro para el otro lado. Ya sabes, para que flanqueen el puente.

—A mí no me preguntes. —Pero se encogió de hombros y abrió la camioneta.

—Voy contigo para echarte una mano. —Y saltó al cajón de la camioneta para sentarse en el saco de turba.

Simon meneó la cabeza, pero le dio la vuelta al coche, condujo hasta el puente y volvió a aparcar. Cuando salió para bajar la portezuela del cajón, Fiona se echó el saco de turba al hombro.

—Ya lo cojo yo.

—Lo tengo —replicó ella antes de saltar. La vio llevar el saco hasta el punto deseado y soltarlo en el suelo. Cuando regresó a su lado, la cogió del brazo.

—Dóblalo —le ordenó.

Aunque le hizo gracia, Fiona obedeció, y lo vio poner los ojos como platos al palparle el bíceps.

—¿Qué haces, levantas a pulso a tus perros?

—Entre otras cosas. Además, tengo un protoplasma excelente.

—Y tanto. —Simon se subió a la camioneta para empujar el árbol hasta la portezuela—. Coge las herramientas, doña Musculitos. En la guantera encontrarás otro par de guantes.

Los perros se pusieron a olfatear la zona, pero pronto perdieron el interés. Simon no dijo nada cuando la vio cargar con el saco de tierra que había llevado para mezclar con la turba, ni cuando la vio volver a la casa con los perros a la zaga.

Pero sí dejó de cavar cuando la vio regresar con dos cubos de agua como una forzuda lechera.

—Mi manguera no llega hasta aquí —adujo Fiona... y Simon se alegró al darse cuenta de que al menos le faltaba un poco el aliento—. Si hace falta más agua, puedo sacarla del arroyo. —Dejó los cubos en el suelo y los perros se pusieron a beber de inmediato—. No sé por qué no se me había ocurrido antes plantar algo bonito aquí. Lo veré cada vez que vuelva a casa o cuando me vaya, cuando me siente en el porche o esté dando clases. Los veré —se corrigió—, siempre y cuando plante uno a cada lado del camino. ¿Quieres que cave yo un poco?

Seguramente fuera una estupidez tomárselo como un insulto a su virilidad, pero Simon no pudo evitarlo.

—Ya lo hago yo.

—En fin, avísame si cambias de idea. —Y se alejó para jugar con los perros.

Nunca le había visto un atractivo especial a la fuerza física, pero pese al cuerpo

esbelto, a su piel y a su pelo tan claros, pese a esa paciencia al parecer inagotable, esa mujer tenía músculos de acero. Las mujeres con las que se había liado no habrían sido capaces de levantar nada más pesado que una copa de Martini... y tal vez una mancuerna de dos kilos en un elegante gimnasio. Pero ¿Fiona? Se había echado un saco de tierra al hombro como un jornalero.

Y resultaba tan sexy... Hizo que se preguntara qué aspecto tendría ese cuerpo, qué sentiría al tocarlo, una vez que la tuviera desnuda. Tal vez debiera esforzarse un poco más para alcanzar ese objetivo, pensó, antes de ponerse a cavar con más ganas.

Fiona regresó cuando él estaba abriendo los sacos de tierra y de turba para mezclar el contenido en el agujero.

—Espera un segundo, ya lo hago yo. Pero antes quiero enseñarte algo. —Se colocó junto a él antes de hacerle un gesto a *Tiburón*... Sólo le dio la orden con la mano. El cachorro se acercó a ellos y, cuando se lo indicó con la mano, se sentó—. Bien. Muy bien. —Le dio una recompensa de la fuente inagotable que parecía llevar siempre encima—. Quieto. Vamos, ponte a su nivel —le dijo a Simon.

—¿Quieres plantar el árbol o no?

—Sólo será un segundo. Quieto —repitió con firmeza cuando *Tiburón* hizo ademán de saltar al ver que Simon se agachaba—. Quieto. Ya va captando la idea y tenemos que trabajar para que se siente y se quede quieto a distancia. Pero creo que esto te va a gustar. Extiende la mano y di: «Chócala».

Simon la miró con escepticismo.

—Ni de coña.

—Vamos, inténtalo.

—Vale. —Extendió la mano—. Chócala.

Tiburón levantó una pata y se la colocó encima de la palma.

—¡Qué cabrón! —Soltó una carcajada y el perro se dejó llevar por el orgullo y el placer hasta tal punto que se levantó sobre las patas traseras y comenzó a lamerle la cara—. Eso ha estado muy bien. Ha estado genial, tontorrón.

Fiona sonrió mientras hombre y perro se felicitaban.

—Hazlo de nuevo —ordenó Simon—. Siéntate. Vale, ahora chócala. ¡Bien! —Le acarició las orejas al cachorro y miró a Fiona—. ¿Cómo se lo has enseñado tan rápido?

¡Ay, Dios! Juntos eran adorables, se dijo Fiona. El hombre de ojos verdosos con barba de dos días y el cachorrillo que estaba haciéndose mayor.

—Quiere aprender, complacerte. Tiene iniciativa. —Le colocó unas recompensas en la mano libre—. Recompénsalo. Se contentaría con tu aprobación y tu cariño, pero la comida es un incentivo añadido. —Fiona cogió la pala y comenzó a echar una palada de tierra y otra de turba al agujero.

—Con eso basta. Primero hay que colocar el cepellón.

—No sé mucho de plantar árboles. —Se secó la frente con el dorso del guante—. De hecho, es el primero que planto. ¿Y tú?

—He plantado unos pocos.

—Creía que vivías en la ciudad antes de mudarte a Orcas.

—No crecí en la ciudad. Mi familia se dedica a la construcción.

—Vale, pero ¿eso no implica plantar edificios?

La pregunta estuvo a punto de arrancarle una carcajada.

—Más o menos. Pero mi padre tenía una norma según la cual había que plantar un árbol o un arbusto por cada casa construida. Así que he plantado unos cuantos.

—Es bonito. Me refiero a la norma de tu padre.

—Sí. Un bonito gesto, y bueno para los negocios.

Simon levantó el canelo y colocó el cepellón en el agujero.

—Creo que así va bien. —Se agachó y quitó el saco que cubría las raíces.

Juntos fueron rellenando el agujero con tierra y turba, mezclándolas.

—¿No deberíamos cubrirlo más? —preguntó Fiona cuando él se detuvo.

—No, sólo hasta aquí. —Cogió un cubo—. Hay que empapar la tierra, y tendrás que hacerlo una vez a la semana, a menos que llueva mucho.

Había sido divertido, pensó ella, eso de plantar un árbol durante una agradable mañana.

—Una vez a la semana, entendido.

—No he traído cortezas de pino. Creía que iba a plantarlo en el bosque, así que supuse que podría usar las agujas. Te convendría proteger las raíces con cortezas de pino.

—Vale. —Retrocedió un paso—. Tengo un canelo. Gracias, Simon.

—Era un trato.

—Pero podrías haber comprado un pino y plantarlo en el mismo agujero del tocón. Es precioso. —Se volvió para besarlo en un gesto amistoso, pero Simon lo convirtió en algo más.

—Todavía falta un rato para que empiecen las clases —dijo él.

—Mmm, cierto. —Fiona se miró el reloj—. No mucho. Tendríamos que darnos mucha prisa y estar muy motivados.

—Tú eres la corredora. Tú te encargas de la rapidez y yo de la motivación.

Simon olía a gel de ducha, mezclado con el sudor de haber estado cavando. Parecía rudo y muy motivado. El prolongado beso junto al árbol recién plantado la excitó hasta un punto doloroso.

¿Por qué esperar?, se preguntó. ¿Por qué fingir?

—Sería una buena manera de celebrar la plantación de un árbol. ¿Por qué no...? —Se interrumpió al escuchar unas ruedas sobre la gravilla del camino—. Parece que alguien más se ha levantado temprano —dijo, pero después vio el coche patrulla—. ¡Dios! —Extendió el brazo y cogió la mano de Simon.

Davey aparcó detrás de la camioneta y se bajó del coche.

—Bonito árbol —dijo el recién llegado antes de quitarse las gafas de sol y enganchar la patilla en el bolsillo de la camisa. Saludó a Simon con un gesto de la cabeza mientras se acercaba a ellos—. Simon.

—Agente.

Davey le pasó una mano a Fiona por el brazo.

—Fi, siento mucho tener que decírtelo, pero han encontrado a otra.

El aliento que había estado conteniendo se le escapó de golpe.

—¿Cuándo?

—Ayer. En el Klamath National Forest, cerca del límite con Oregón —contestó antes de que ella se lo preguntara—. Llevaba un par de días desaparecida. Universitaria, de Redding, California. Eso quiere decir que se ha desplazado hacia el oeste y un poco hacia el sur para secuestrarla, y que después recorrió cientos de kilómetros para... para enterrarla. Los detalles son iguales que en los anteriores casos.

—Dos días —murmuró ella.

—Han mandado a dos federales para presionar a Perry, para ver si pueden sonsacarle algo, en el caso de que haya algo que sonsacar.

—No espera tanto tiempo como Perry entre los asesinatos —comentó ella—. No es tan paciente. —Se estremeció—. Y se dirige hacia el norte.

—Busca el mismo tipo de víctima —le recordó Davey, que apretó los dientes—.

Pero, ¡joder, Fi!, después del artículo, no dejo de preocuparme.

—Sabe dónde encontrarme si quiere hacerlo. —El pánico le atenazó la garganta. Pero el pánico, se recordó, no solucionaba nada. Nada. Aun así, el nudo siguió ahogándola—. Si quiere terminar el trabajo de Perry, a modo de homenaje, puede encontrarme. No soy tonta, Davey. Lo pensé en cuanto me enteré de que iban a publicar un artículo.

—Podrías irte a vivir con Sylvia o con Mai una temporada. Diantre, Fi, podrías quedarte con Rachel y conmigo.

—Lo sé, pero el hecho es que aquí estoy tan a salvo como en cualquier otro lugar. Puede que más, gracias a los perros. —Su santuario. Tenía que creerlo o el pánico ganaría la partida—. Nadie puede acercarse a la casa sin que yo me entere.

Davey miró a Simon.

—Me sentiría mejor si contaras con algo más que los perros.

—Tengo una pistola y sabes que sé usarla. No puedo poner mi vida patas arriba por la posibilidad de que decida, o no, venir a buscarme dentro de una semana, de un mes o de seis meses... —Se pasó una mano por el pelo, y se ordenó mantener la calma—. No es tan paciente como Perry —repitió—, y está siguiendo el patrón de otra persona. Lo cogerán. Tengo que creer que van a cogerlo. Hasta que lo hagan, no estoy indefensa.

—Vamos a pasar por aquí todos los días. Cuidamos de los nuestros, aunque no estén indefensos.

—Me parece estupendo.

Simon se mantuvo en silencio hasta que se quedó a solas con Fiona.

—¿Por qué no te vas con tu madre una temporada?

—Porque tengo un trabajo. Y tengo que trabajar —añadió—. Tengo una hipoteca, las letras del coche y un montón de facturas. Tengo que hacer malabares para tomarme unos días de vacaciones, por el tiempo y por el dinero. —Cogió la pala y la colocó en el cajón de la camioneta—. Además, ¿qué pasa si no vuelve a atacar a otra en semanas? ¿Tengo que dejar en suspenso mi vida por un «quizá»? No voy a hacer ninguna tontería, no voy a cometer ninguna imprudencia. —Dado que la hacía sentirse fuerte y capaz, cogió el saco con el resto de la turba—. Pero no voy a dejar que esto me arruine la vida. Otra vez no. Y no me van a coger. Otra vez no. Nunca más.

—No cierras la puerta con llave. La mitad de las veces ni siquiera la cierras.

—Sí, es verdad. Y si algún desconocido hubiera intentado acercarse a menos de diez metros de la casa o de mí, los perros lo habrían detenido. Pero puedo asegurarte que cerraré por las noches a partir de ahora y que la nueve milímetros va a estar en la mesilla de noche.

Simon tardó un momento en reaccionar.

—¿Tienes una nueve milímetros?

—Ajá. —Colocó el saco de tierra junto con el de turba—. Greg me enseñó a disparar, a respetar las armas. Y después... después comencé a practicar en el campo de tiro hasta que mejoré la puntería. Seguramente esté un poco oxidada, pero se puede arreglar. Lo arreglaré. —Las palabras le salieron a toda prisa, demasiado deprisa, de modo que se esforzó por hablar más despacio—. Voy a cuidarme. Necesito mi vida. Necesito mi casa y mi trabajo, mi rutina. —Se llevó una mano a la frente—. Lo necesito.

—Vale. Vale. —Simon miró a los perros. Parecían unos animales felices, amigables y juguetones, de los que lamían la cara. Pero recordó el gruñido ronco de *Newman* cuando empujó en plan amistoso a Fiona en la cocina—. ¿Por qué no cancelas las clases de hoy?

—No, no. Algunos de mis clientes ya están en el ferry o van de camino a cogerlo. Además, es rutina. Me mantiene centrada.

—¿Ah, sí?

—Eso parece. El árbol sigue siendo precioso —dijo, tranquila otra vez—. Sigue siendo una mañana maravillosa y yo sigo teniendo trabajo. Me ayuda mucho.

—Pues entonces será mejor que mueva la camioneta. —Abrió la puerta—. Enséñale otra cosa. —Señaló a *Tiburón* con la barbilla—. Enséñale a traerme una cerveza del frigorífico, por ejemplo.

—No es un imposible. Pero será mejor que primero asentemos las órdenes básicas.

La rutina ayudaba, ciertamente, y parte de esa rutina consistía en tratar con personas y con sus perros. Escuchó, como de costumbre, a sus clientes mientras le contaban los progresos, o la falta de éstos. Escuchó los problemas y organizó la clase para tratarlos.

Lo primero que hizo fue emplear unos minutos para caminar junto al dueño y sentarse, de modo que tanto adiestradores como perros entraran en la dinámica adecuada.

—Algunos estáis teniendo problemas con los saltos, así que eso será lo primero que tratemos hoy. Los cachorros saltan porque es divertido y porque quieren llamar nuestra atención, y como son tan monos, los dejamos hacer, e incluso fomentamos la costumbre al recompensar sus malos hábitos... un comportamiento que no será tan mono cuando lo haga un perro adulto, mucho más grande. Annie, cuéntanos lo que te pasó el otro día.

Annie, de la isla de San Juan, miró a su collie con tristeza.

—Mi sobrina vino a verme con su hijo. El niño tiene tres años. *Casey* se alegró tanto de verlos que se acercó corriendo a ellos y saltó sobre Rory. Lo tiró al suelo y Rory se golpeó la cabeza. No se hizo daño, pero se lo podría haber hecho, y le dio un buen susto. *Casey* no quería hacerlo.

—Claro que no. *Casey* es una perra feliz y amigable. Enérgica. Supongo que todos hemos tenido algún problema similar. O al menos hemos sufrido los arañazos en las piernas, las manchas en los pantalones y las medias rotas.

—*Bruno* me rompe las medias cada dos por tres. —Jake, un hombre de unos cien kilos de peso, arrancó una carcajada con el comentario.

—Te ayudaremos a solucionarlo, Jake. Al igual que con todo lo demás, la constancia, la firmeza y la comprensión son indispensables. No hay que recompensar al perro cuando salta. Nada de atención ni de sonrisas ni de caricias. En mi experiencia la mejor orden es «Abajo», ya que es mejor reservar la orden de «Échate» para cuando queremos que se queden echados en un sitio. Voy a usar a *Casey* para hacer una demostración. Annie, déjala suelta.

Fiona llamó a la perra, que corrió hacia ella y, tal como esperaba, se levantó sobre las patas traseras para saltar. Para desequilibrarla, dio un paso hacia delante.

—¡Abajo! —Las patas de *Casey* tocaron el suelo—. Bien. Muy bien. —Le dio una recompensa y la acarició—. Evidentemente, tendremos que hacerlo más de una vez, pero acabará aprendiendo. El instinto nos lleva a retroceder cuando un perro salta, a fin de prepararnos para aguantar el peso. Sin embargo, cuando damos un paso hacia delante, el perro se desequilibra. Hay que dar el paso y la orden, con firmeza en ambos casos, y cuando el perro tenga las cuatro patas en el suelo, no antes, se le elogia y se le recompensa. —Hizo otra demostración—. La familia al completo tiene que involucrarse en el adiestramiento. La disciplina no puede

proceder sólo de una persona. No podéis dejar que vuestros hijos los recompensen por saltar sólo porque a ellos también les divierte. Llámala, Annie, y repite lo que yo acabo de hacer si salta. Primero el paso al frente, después «¡Abajo!» y por último la recompensa. —Asintió con la cabeza, satisfecha cuando el ejercicio salió bien—. Estupendo, vamos a separarnos un poco para que podáis trabajar. Lo siguiente será cómo evitar que vuestros perros salten sobre desconocidos.

Se movió de uno a otro, dando consejos y ánimos. La gente necesitaba elogios y recompensas al igual que los perros, de modo que se los daba.

Acabó la clase con otra ronda de prácticas para que se sentaran y se echaran.

—Buen trabajo a todos. Y aquí va un consejo de cara a la primavera que se acerca: algunos de vosotros estaréis pensando en plantar el jardín o ya tendréis uno. Acabo de dejar una entrada en mi blog sobre este asunto, así que podéis echarle un vistazo si necesitáis ayuda. No os hará ninguna gracia que vuestro perro os arranque las petunias o los tomates. Los perros escarban por muchos motivos. A veces es porque les gusta. Otras veces porque están aburridos. Los juegos, el ejercicio y la atención pueden evitar que escarben, pero no siempre. Y no siempre vais a estar cerca cuando les dé por hacerlo. De modo que... rellenad los agujeros. —Ese último comentario suscitó un gemido en varios clientes—. Lo sé, al principio es un círculo vicioso muy irritante. Pero muchos cachorros acaban cansándose de que sus agujeros acaben rellenos. ¿Qué sentido tiene entonces seguir haciéndolos? Es bueno que les deis alternativas. Jugad con ellos, salid a pasead o dadles un hueso para morder. Pero como algunos seguirán... en fin, seguirán escarbando, os aconsejo que le añadáis algo a la tierra con la que rellenéis el agujero. El chile es un buen elemento disuasorio, al igual que sus propias defecaciones. De verdad. Algunos perros escarban en busca de un lugar fresco. Si tenéis sitio de sobra, podéis dejar un lugar sombreado en el patio donde pueda escarbar y tumbarse cuando haga calor. Y por último, aquéllos que no queráis que vuestro perro críe pero que sigáis sin tomar las medidas necesarias para la castración o la esterilización, ha llegado la hora de hacerlo.

No añadió más sobre el tema. De momento. Mientras sus alumnos se iban marchando, se acercó a Simon.

—Te he visto la cara.

—Eso es porque la tengo justo aquí, en la cabeza.

—Me refiero a la cara que has puesto cuando he hablado de la castración. —Le clavó un dedo—. Seguirá siendo un chico. Las pelotas no hacen al hombre.

—Como tú no tienes...

—A ver, ¿qué vas a decir la primera vez que huela a una perra en celo y salga corriendo para montarla?

—Mmm... Así se hace.

Le clavó otra vez el dedo.

—Siguiendo ese instinto, podría atropellado un coche al cruzar la carretera o perderse. Además, ¿de verdad quieres añadir un perro callejero o indeseado a los que ya hay? ¿Quieres añadir varios perros a todos los que se sacrifican al año sólo porque quieres que el tuyo mantenga las pelotas y se desahogue?

—Le van más los peces muertos que el sexo.

—De momento. Castrarlo ayudará a mejorar su comportamiento. Hay muchas probabilidades de que se tranquilice.

—La mayoría de los eunucos son muy tranquilos.

—Me obligas a darte algo que leer. —Cogió la pelota que *Peck* le había dejado a los pies y se la lanzó de nuevo. Después vio al coche patrulla que enfilaba su camino—. Lo han coordinado.

—¿Quiénes?

—Supongo que Davey le ha contado a alguien lo sucedido. Son Meg y Chuck Greene, de mi unidad. La primera clase ha terminado y la siguiente es por la tarde. De modo que han venido por si necesito compañía.

Como Fiona parecía más conmovida que molesta, Simon supuso que debía marcharse.

—Tengo que irme.

—No seas tan antipático. Espera un par de minutos para que te los presente. ¡No habéis traído a *Quirk* ni a *Xena*! —gritó Fiona.

—Vamos a disfrutar de un día entre seres humanos —respondió Meg.

La pareja salió del coche y se reunió delante del capó, para cogerse de las manos antes de echar a andar hacia ellos. Aunque se detuvieron para saludar a los perros.

—¡Qué perro más bonito!

Simon vio que Meg, una mujer jovial que aparentaba unos cuarenta y tantos, daba un paso adelante para cortar el salto de *Tiburón*.

Tenía que admitir que el movimiento funcionaba. Iba a tener que practicar.

—Es *Tiburón*. Simon, te presento a Meg y a Chuck Greene. Chicos, éste es Simon Doyle, el humano de *Tiburón*.

—¡Simon! —Meg extendió el brazo antes de cogerle la mano con las suyas—. Compré uno de tus juegos de mesas apilables en la tienda de Sylvia. Me encanta. Estaba deseando conocerte.

—Meg y Chuck viven en Deer Harbor. Chuck es un policía retirado y Meg es una de nuestras abogadas. Simon estaba aquí cuando Davey llegó esta mañana —añadió—. Y estoy bien.

—Teníamos que echarle un vistazo a la cabaña —explicó Meg—. Va a estar ocupada este fin de semana.

—Ajá. —Fiona no se lo tragó—. Meg y Chuck tienen una preciosa cabaña en el Moran State Park que alquilan por temporadas.

—Como estábamos muy cerca, decidimos pasarnos para convencerte de que almorzaras con nosotros. Hemos pensado comer temprano en Rosario.

—Meg...

—Y tenemos todo el derecho del mundo a cuidarte.

—Gracias, pero prefiero quedarme en casa hoy. Ya podéis decírselo al siguiente turno.

—¿Dónde tienes el móvil? —le preguntó Chuck.

—Dentro.

—Quiero que lo lleves siempre encima. —El golpecito que le dio en la nariz delató afecto, y también autoridad—. No creo que tengas que preocuparte por nada, pero usa ese sentido común que Dios te ha dado. Lleva el móvil contigo a todas horas.

—De acuerdo.

—¿Vas a pasar las noches aquí? —le preguntó Chuck a Simon.

—¡Chuck!

—No estoy hablando contigo —le dijo el aludido a Fiona.

—Todavía no.

—No estaría de más. Haces trabajos personalizados, ¿no?

—¿Te refieres al sexo o a la carpintería?

Se produjo un breve silencio antes de que Chuck soltara una carcajada y le diera a Simon una palmada en la espalda.

—A lo mejor hablamos un día de sexo con una cerveza. Me refería a la

carpintería. Meg se muere por un aparador nuevo para la vajilla. No encuentra nada que le guste. Que si es muy grande, que si es muy pequeño, que si no es de la madera adecuada... Si fuera capaz de decirte qué narices quiere y tú se lo hicieras, me dejaría tranquilo.

—Podemos hablarlo. Tendría que ver el espacio.

—Si tienes tiempo esta tarde, puedes pasarte después de las tres. —Chuck se sacó la cartera y le ofreció una tarjeta—. La dirección de la casa está ahí.

—De acuerdo. Pero mejor que sea a las cuatro.

—Nos va bien. En fin, vamos, Meg, pongámonos en marcha. Y tú... —Señaló a Fiona antes de darle un beso en la mejilla—. Tú métete el móvil en el bolsillo.

—A sus órdenes, sargento Greene.

—Cuídate, Fi. Nos veremos esta tarde, Simon.

Regresaron al coche cogidos de la mano.

—Llevan casados más de treinta años y siguen cogiéndose de la mano —murmuró ella—. Chuck fue policía durante veinticinco años, en San Francisco. —Hizo un gesto de despedida con la mano—. Se mudaron aquí hace unos diez años, y desde entonces él tiene una tienda de aparejos de pesca. Le encanta pescar. Ella se dedica a temas inmobiliarios y al derecho matrimonial y familiar.

—¿Se casaron cuando ella tenía doce años?

—Ay, Dios, le va a encantar cuando se entere. Meg tiene cincuenta y tantos, y Chuck cumplió los sesenta y tres en enero. Y sí, parecen diez años más jóvenes. Creo que es el amor y la felicidad. O una genética fantástica. —Cogió la pelota que uno de los perros le había dejado a los pies, esperanzado, y la lanzó de nuevo—. Te lo estoy contando porque siempre quiero averiguar cosas de la gente, de modo que suelo hablar de su pasado, pero también porque te podría ayudar con el diseño. —Ladeó la cabeza—. Dado que eres tan estricto. Chuck está seguro de que todo el mundo puede encontrarlo todo en la isla, pero será mejor que te indique cómo llegar a su casa.

—La encontraré sin problemas.

—Muy bien. Yo tengo que limpiar la mía, hacer la colada y realizar otras emocionantes tareas domésticas antes de la clase de la tarde.

—Nos vemos luego entonces.

Simon llamó al cachorro y se volvió hacia la camioneta.

No se había despedido con un beso, pensó Fiona, y suspiró al recordar cómo los Greene se habían cogido de la mano.

Simon metió al perro en la camioneta, titubeó antes de cerrar la portezuela y acabó regresando a su lado. La cogió de los hombros, la pegó a él y le dio un beso brusco, breve y muy, pero que muy satisfactorio.

—Métete el móvil en el bolsillo.

Con una sonrisa en los labios, Fiona lo observó entrar en la camioneta y marcharse sin decir nada más.

SEGUNDA PARTE

Lo mejor de tener un perro es que a su lado puedes hacer el ridículo y, en vez de regañarte, él lo hace también.

SAMUEL BUTLER

Capítulo 11

Dos días después Fiona comenzó la mañana con una llamada que le informó de la desaparición de un hombre mayor que no había vuelto a casa de su hija en la isla de San Juan.

Avisó a su unidad, comprobó su mochila, añadió los mapas necesarios y tras elegir a *Newman*, se puso en marcha hasta Deer Harbor, donde la esperaba la embarcación de Chuck. Mientras este se hacía cargo del timón y se ponían en marcha, puso al día a los miembros del equipo.

—El sujeto se llama Walter Deets, y tiene ochenta y cuatro años. Padece Alzheimer, aunque está en la primera fase, y vive en casa de su hija en Trout Lake. No saben a qué hora salió de casa. La última vez que lo vieron fue anoche sobre la diez, antes de que se fuera a la cama.

—El lago está rodeado de una zona muy boscosa —señaló James.

—¿Sabemos lo que llevaba puesto? —Lori le estaba acariciando la cabeza a Pip—. Hace un frío de narices ahí fuera.

—Todavía no. Hablaré con la familia en cuanto llegue. Mai, hoy trabajarás con el sheriff Tyson.

—Ajá. Ya hemos trabajado juntos antes. ¿Es la primera vez que el hombre desaparece?

—Aún no lo sé. Nos pondremos al día allí. La búsqueda comenzó justo a las seis de la mañana. Notificaron la desaparición a las autoridades a eso de las seis y media. Así que llevan buscándolo más o menos hora y media.

Mai asintió con la cabeza.

—Tyson no pierde el tiempo. Lo sé por las veces que he trabajado con él.

—Nos recogerán unos voluntarios y nos llevarán al domicilio.

Cuando llegaron al lago, el sol había disipado la niebla. Tyson, un hombre enérgico y eficiente, los esperaba para saludarlos.

—Gracias por responder tan rápido. Doctora Funaki, ¿cierto? ¿Asumirá usted el papel de jefa de operaciones?

—Sí.

—Sal —dijo, llamando a uno de sus subordinados—, acompaña a la doctora Funaki para que pueda montar la base. El yerno y los nietos están participando en las labores de búsqueda. Tengo a la hija dentro. El desaparecido se vistió antes de salir. Pantalones marrones, camisa azul, chaqueta de algodón roja, deportivas Adidas azul marino, del número 43. Dice que en un par de ocasiones se ha alejado de casa, pero nunca demasiado. Se desorienta de vez en cuando.

—¿Está recibiendo tratamiento médico? —preguntó Fiona.

—Le diré a la hija que haga una lista de las medicinas que toma. En el aspecto físico, está en buena forma. Es un tipo agradable que era muy inteligente. Fue profesor de mi padre en el instituto. Historia. Mide casi uno ochenta y pesa setenta y cuatro kilos. Pelo blanco y abundante, ojos azules. —Acompañó a Fiona al interior de una espaciosa casa de una sola planta y distribución abierta, con unas vistas del lago que dejaban sin aliento—. Mary Ann, te presento a Fiona Bristow. Pertenece a la Unidad Canina de Búsqueda y Salvamento.

—Ben... el sheriff Tyson —se corrigió— me ha dicho que necesita usted algo de papá. Para que lo huelan los perros. Tengo un par de calcetines y el pijama de anoche.

—Muy bien. ¿Cómo estaba anoche cuando se acostó?

—Estaba bien, la verdad es que estaba estupendo. —Se llevó la mano al cuello y volvió a apartarla. Las lágrimas que trataba de controlar se le notaban en la voz—. Había tenido un buen día. No sé cuándo se marchó. A veces se le olvidan cosas y se desorienta. No sé cuánto tiempo lleva fuera. Le gusta andar. Dice que así se mantiene en forma. Mi madre y él andaban varios kilómetros todos los días, hasta que ella murió el año pasado.

—¿Adónde iban durante esos paseos?

—Rodeaban el lago y se internaban en el bosque. A veces iban a casa a vernos. Ésta era su casa, pero después de la muerte de mi madre y de que mi padre comenzara a tener problemas, nos mudamos aquí. Es más grande que la nuestra y él la adora. No queríamos que tuviera que salir de su casa.

—¿Dónde está la suya?

—A unos cinco kilómetros de aquí.

—¿Es posible que se haya desorientado? ¿Qué haya intentado llegar allí?

—No lo sé. —Se llevó los puños a los labios—. Hace casi un año que vivimos aquí.

—Hemos comprobado la casa de Mary Ann —les informó Tyson.

—Es posible que sus padres tuvieran un lugar o una ruta preferidos.

—Tenían muchos. Hace cinco años habría encontrado el camino de vuelta a casa por el bosque de noche y con los ojos vendados. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Le enseñó a Jarret, mi hijo, a acampar y a pescar, se lo llevaba en sus caminatas. Había declarado incluso un Día del Anzuelo y el Sedal para poder ir con Jarret a... ¡Ay, Dios, espere un momento! —Y salió corriendo.

—¿Cómo va de oído? —le preguntó Fiona a Tyson.

—Necesita una prótesis auditiva y no, no se la llevó. Las gafas sí, pero... —Dejó la frase sin concluir porque Mary Ann volvió con las mismas prisas con las que se había marchado.

—Sus aparejos de pescar. Se ha llevado sus aparejos de pescar, hasta su viejo sombrero. No se me había ocurrido... no sé por qué no se me había ocurrido antes.

Armada con toda la información posible, Fiona y su equipo trazaron la estrategia a seguir.

—Tenía tres lugares preferidos para pescar. —Los señaló en el mapa que Mai había preparado—. Aunque también lo intentaba en otros sitios distintos, según le apeteciera. Físicamente es un hombre muy activo y que se mantiene en forma. Así que aunque debido a su enfermedad se sienta desorientado y perdido, puede excederse. Toma un tratamiento médico para la hipertensión y, según su hija, se pone de mal humor cuando no puede recordar cosas. Está empezando a tener problemas de equilibrio. Necesita una prótesis auditiva y no la lleva puesta.

El problema, tal como lo veía Fiona mientras asignaba sectores, era que Walter tal vez no hubiera elegido los senderos menos agrestes, como solían hacer los niños y los ancianos. Mucho se temía que le iban más los retos y que prefería rutas escarpadas a otras más suaves.

Posiblemente tuviera un destino y un propósito en mente cuando salió de casa, pensó mientras le ofrecía a *Newman* la prenda para que captara el olor; sin embargo, era muy probable que a mitad de camino se hubiera desorientado.

¿Hasta qué punto era peor sentirse perdido, mirar alrededor sin que nada resultara familiar, en un lugar donde antes se conocía cada árbol, cada sendero y cada recodo?

Newman captó un rastro junto a una torrentera. El viento soplaría al llegar a la parte superior de la colina, y el efecto chimenea, junto con la elevación de las copas de los árboles, dispersaría el olor en varias direcciones. Al llegar a una zona de maleza, echó un vistazo en busca de algún rastro visible. Un jirón de tela en las zarzas o ramas rotas o torcidas.

Newman ladró para avisarla y eligió una ruta que desafiaba a los cuádriceps. Cuando llegaron a una parte llana, Fiona se detuvo para darle agua a su compañero y beber también un poco.

Comprobó el mapa y la brújula.

¿Y si Walter había dado media vuelta y había vuelto por el mismo camino o había rodeado su lugar preferido para pescar tras decidir que quería ir a la antigua casa de su hija? Tal vez con el propósito de ir en busca de su nieto. Para celebrar el Día del Anzuelo y el Sedal.

Con esa idea en mente, miró los árboles, las piedras, el cielo y los caminos de la misma forma que los miraría Walter.

Suponía que perderse en ese sitio para él sería como perderse en casa. Aterrador y frustrante.

Quizá se enfadara y se obligara a continuar o quizá se asustara, y eso lo desorientara hasta el punto de ponerse a caminar en unos círculos que no lo llevaban a ninguna parte.

Volvió a ofrecerle el olor a *Newman*.

—Este es Walt. Busca a Walt.

Siguió al perro y se encaramó a una zona rocosa. Se percató de que el giro los llevaba hacia el sector adjudicado a Chuck, de modo que comunicó su posición por radio.

Newman volvió a ladrar para avisarla cuando iban colina abajo. En esa ocasión de forma bastante clara justo antes de internarse en la maleza.

Fiona sacó la cinta para marcar el lugar.

—¿Qué has encontrado?

Sacó la linterna y la encendió para ver mejor entre la espesura verde.

Lo primero que vio fue la tierra levantada y los surcos, y se imaginó que Walter se había resbalado, se había caído y había intentado frenar la caída primero con las manos y luego con las rodillas.

Las zarzas lo habrían golpeado y le habrían desgarrado la ropa. Movió la linterna y vio unos jirones de tela roja en las espinas.

—Muy bien, *Newman*, muy bien. Base, aquí Fi. Estoy a unos cuarenta y cinco metros de mi límite occidental. Tengo unos jirones rojos en unos zarzales y lo que parecen señales de una caída. Cambio.

—Base, aquí Chuck. Hemos encontrado su sombrero. Fi, *Quirk* alerta en tu dirección. Nos movemos hacia el este. Ha captado algo. Voy a... ¡un momento! ¡Lo veo! Está en el suelo. Hay un desnivel en esta zona. Bajamos a por él. No se mueve. Cambio.

—Voy en tu dirección, Chuck. Te ayudaremos. Cambio. ¡*Newman*! Busca a Walt. ¡Busca!

Hizo oídos sordos a la conversación que el equipo mantenía por radio mientras caminaba hacia el oeste, hasta que Chuck volvió a ponerse en contacto.

—Lo tenemos. Está inconsciente. Tiene el pulso muy débil, una herida en la cabeza y muchos arañazos en la cara y en las manos. También tiene un corte en la

pierna. Necesitaremos ayuda para sacarlo de aquí. Cambio.

—Recibido —dijo Mai—. La ayuda está de camino.

Cansada pero revigorizada gracias al perrito caliente que se había comido al llegar a Deer Harbor, Fiona dobló en la carretera para enfilar el camino de entrada a su casa. Habían hecho su trabajo, pensó, lo habían hecho bien. Ya sólo quedaba esperar que la resistencia de Walter lo ayudara a recuperarse de las heridas.

—Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano, ¿verdad? —Alargó el brazo para darle una palmadita a *Newman*—. Es lo único que se puede hacer. Y ahora necesitas un baño después de todo ese...

Guardó silencio y detuvo el coche. Al otro lado del camino, enfrente del primer canelo se erguía otro precioso ejemplar. Alrededor de sus troncos, el suelo estaba cubierto con corteza de pino.

—Oh, oh... —dijo, emocionada—. Eso es un golpe directo.

Peck y *Bogart* corrieron hacia el coche encantados de verla y después volvieron a casa como si le dijeran: «¡Vamos! ¡Vamos a casa!».

En vez de entrar en casa decidió seguir un impulso, así que bajó del coche y abrió la portezuela trasera.

—Vamos a dar un paseo.

No hizo falta que lo repitiera. Mientras los perros se saludaban y los que se habían quedado en casa exploraban los interesantes olores que *Newman* llevaba consigo después de la búsqueda, puso en marcha el coche y dio media vuelta.

Simon estaba lijando una mesa en el porche de su taller. La buena temperatura y el aire tan fragante lo habían tentado para que saliera. Con el cuidado y la precisión de un cirujano, lijó las patas rectas hechas de madera de nogal. Había decidido dejar esa pieza con su color natural, para que las preciosas vetas quedaran resaltadas por el barniz. Los que buscaban muebles sin vetas ya podían irse a otra parte.

—Ni se te ocurra —le advirtió a *Tiburón*, que intentaba atrapar la esponja lijadora que usaba para las partes más grandes—. Ahora no —dijo cuando el perro le dio un golpe en el brazo con el hocico—. Luego.

Tiburón abandonó el porche en busca de un palo que eligió del montón de palos, pelotas, mordedores y piedras de todo tipo que había coleccionado a lo largo de la última hora y media.

Simon se detuvo lo justo para menear la cabeza.

—Cuando acabe.

El perro movió el rabo y lo invitó a jugar con el palo en la boca.

—Así no vas a conseguir nada.

Tiburón se sentó, levantó una pata y ladeó la cabeza.

—Tampoco —masculló Simon, aunque en el fondo se estaba ablandando.

Podría hacer un descanso y lanzarle el dichoso palo. El problema era que como lo hiciera una vez, *Tiburón* querría que lo repitiera miles de veces. De todas formas, le gustaba que el cachorro hubiera descubierto que si se lo llevaba y se lo dejaba en los pies, volvería a tirárselo.

—Vale, vale, pero sólo te doy diez minutos, después... ¡Oye! —gritó, molesto porque *Tiburón* se alejara a la carrera después de que hubiera decidido jugar.

Al cabo de unos segundos el coche de Fiona dobló la curva del camino de acceso a su casa.

Al ver que *Tiburón* se agachaba listo para saltar en cuanto ella bajó del coche, Simon soltó un taco entre dientes. ¿No llevaban dos puñeteros días practicando? Fiona lo evitó, le ordenó que se sentara y aceptó el palo que el cachorro le ofrecía para lanzárselo como si fuera una jabalina. El caos se produjo cuando abrió la portezuela trasera de su vehículo.

Simon siguió lijando. Como poco, Fiona mantendría a su perro alejado hasta que él acabara. Cuando logró llegar al porche, *Tiburón* ya le había quitado tres palos más a su montón.

—Menudo tesoro —comentó ella.

—Ha intentado engatusarme dejando aquí todo eso.

Fiona se inclinó, cogió una pelota de tenis de color amarillo y la lanzó bien lejos.

El caos perruno se intensificó.

—Me has plantado otro árbol.

—Como decidiste plantar el primero en ese sitio, hacía falta otro enfrente para guardar el equilibrio. No soporto el desequilibrio ni la desarmonía.

—Y has protegido las raíces con corteza de pino.

—No tiene sentido plantar algo si no se hace bien.

—Gracias, Simon—dijo ella, toda remilgada.

La miró de reojo y vio la expresión guasona de sus ojos.

—De nada, Fiona.

—Te habría ayudado de haber estado en casa.

—Saliste temprano. —No le preguntó nada, aunque ella guardó silencio en espera de la pregunta.

—Necesitaban la ayuda de la Unidad Canina de Búsqueda y Salvamento en San Juan.

La información hizo que se detuviera para dedicarle toda su atención.

—¿Cómo ha ido la búsqueda?

—Lo hemos encontrado. Era un anciano que está en la fase inicial del Alzheimer. Se alejó de casa con sus aparejos de pesca. Parece que se desorientó, tal vez recordó algún episodio del pasado y decidió ir a pescar a uno de sus lugares favoritos. En vez de recuperar la lucidez, la cosa empeoró y a juzgar por su rastro, dio media vuelta e intentó ir en busca de su nieto a la antigua casa de su hija. Ahora viven con él. Creemos que estuvo caminando en círculos durante kilómetros. Acabó extenuado, y sufrió una mala caída.

—¿Muy mala?

—Tiene heridas en la cabeza y en una pierna, una fisura en el tobillo izquierdo, un montón de moratones y laceraciones. Sufre de deshidratación y de shock postraumático.

—¿Se curará?

—Tiene una constitución fuerte, así que hay esperanzas, pero el pobre está hecho polvo. Así que aunque me alegro de que lo hayamos encontrado y me satisface que la unidad haya hecho su trabajo, me preocupa que a lo mejor sea demasiado tarde. —Cogió otro palo—. Parece que va a ser una mesa bonita. ¿Qué te parece si para agradecerte que hayas sembrado el árbol juego un rato con tu perro hasta que acabes?

Simon se pasó la lija de una mano a otra mientras la observaba.

—¿Has venido para jugar con mi perro?

—He venido para darte las gracias. Syl me sustituyó esta mañana durante las clases y como la última del día es a las cinco y media, he decidido agradecértelo viniendo en persona.

—¿Qué hora es?

Fiona enarcó las cejas y le echó un vistazo al reloj.

—Las tres y cuarto.

—Suficiente. —Soltó la lija, bajó del porche y la cogió del brazo para conducirla hacia la casa.

—¿Vamos a algún sitio?

—Como si no lo supieras.

—Algunos harían algún calentamiento previo antes de...

La detuvo de repente, la giró y se apoderó de sus labios al tiempo que le plantaba las manos en el trasero.

—Sí, con eso vale. Quiero dejar claro que normalmente no soy tan facilona, pero...

—Me da igual. —En esa ocasión, Simon introdujo las manos por debajo de su chaqueta y de su camisa para acariciarle la espalda desnuda.

—A mí también. Fuera.

—No pienso hacerlo fuera con todos los perros sueltos por aquí.

—No —replicó ella con una carcajada ahogada, intentando mantener el equilibrio mientras se magreaban—. Se lo decía a los perros.

—Buena idea. —La arrastró hasta el porche trasero y la metió en la casa.

Una vez dentro le quitó la chaqueta a tirones y la inmovilizó contra la pared. Fiona intentó quitarle la camisa, presa de la desesperación.

—Espera.

—No.

—No me refería a que pararas. Sé que estás contento de verme, pero me parece que lo que noto justo ahí es una herramienta de verdad... ¡Dios!

Simon se apartó y bajó la vista.

—Mierda. Lo siento —se disculpó mientras se quitaba el cinturón de herramientas y lo arrojaba al suelo.

—Déjame que... —Le quitó la camisa de trabajo que llevaba sin abrochar y después le levantó la camiseta de manga corta—. ¡Mmm! —murmuró mientras le acariciaba el torso—. Mucho tiempo —consiguió decir cuando Simon dejó de besarla en los labios para hacerlo en el cuello—. Tenemos que darnos prisa.

—Vale. —Y sin más le desabrochó la camisa de un tirón, haciendo que los botones saltaran.

Debería haberse sorprendido, tal vez incluso debería haberse enfadado (era una camisa bastante decente), pero el desgarrón de la tela seguido del áspero roce de sus manos en el pecho la dejó al borde del precipicio.

Se estremeció al tiempo que se frotaba contra él entre gemidos y tanteaba en busca de su cremallera. Él le bajó la suya con un movimiento rápido e impaciente y una de sus manos comenzó a explorarla a conciencia. Sin dejar de mirarla a la cara, sin dejar de mirar esos serenos ojos azules que resplandecían como el cristal, la acarició hasta que alcanzó el clímax. En ese momento volvió a apoderarse de sus labios y siguió dándole placer hasta que se le aflojaron las rodillas.

—Ni hablar —murmuró al ver que se deslizaba por la pared hacia el suelo.

La solución más sencilla era echársela al hombro y buscar la superficie horizontal más cercana. Se decidió por la mesa del comedor, después de tirar al suelo todo lo que había encima. Cualquier cosa que se hubiera hecho pedazos podría ser reemplazada sin problemas.

Le quitó las botas, porque la quería desnuda.

—El cinturón. Quítatelo.

—¿Cómo dices? ¡Ah! —Fiona clavó la vista en el techo como si estuviera un

poco desorientada mientras se quitaba el cinturón—. ¿Estoy encima de la mesa?

Simon le quitó los pantalones tirándole directamente de los bajos de las perneras.

—¿Estoy desnuda encima de la mesa?

—Todavía no te he desnudado del todo.

Pero le faltaba poco. Quería acariciar cada centímetro de ese cuerpo desnudo y también los centímetros que todavía no lo estaban. Después de quitarse las botas y los pantalones, se subió a la mesa y se colocó a horcajadas sobre ella.

—Muy cómodo —comentó al ver que su sujetador tenía el broche delante. Lo desabrochó y se limitó a inclinar la cabeza para devorarla.

—¡Dios! ¡Dios! —Fiona arqueó el torso y apretó los puños sobre la mesa, aunque no tardó en clavarle los dedos en la espalda—. ¡Por Dios, no pares! ¡No pares!

Simon usó los dientes y creyó volverse loca. Demasiado. Era demasiado. Esa marea de deseo y placer. Sin embargo, su cuerpo estaba tan consumido por la necesidad que anhelaba más.

Escuchó un segundo desgarrón y comprendió que Simon le había roto las bragas para quitárselas.

La estaba devorando en plan salvaje, comprendió mientras jadeaba. Y la sorpresa aumentó la excitación.

Intentó pronunciar su nombre para decirle que fuera un poco más despacio, lo justo para poder respirar, o para decirle que ella también quería participar. Sin embargo, Simon le levantó las piernas, instándola a doblarlas por las rodillas, y la penetró. Estaba tan duro como el acero y lo hizo con la rapidez del relámpago. De modo que sólo atinó a gritar y a dejarse llevar por la tormenta.

Fiona se tensó a su alrededor cuando volvió a correrse y su cuerpo lo aprisionó con fuerza. La sensación excitó a Simon todavía más. La deseaba casi desde el principio y la cosa había empeorado durante los últimos días. Pero en ese momento, al ver ese cuerpo atlético y duro temblando bajo él, al acariciar esos músculos tan sorprendentes y tan eróticos, el deseo se había convertido en un ente arrollador.

Siguió moviéndose hasta que la notó relajarse y siguió un poco más hasta que llegó al clímax y se derramó en su interior.

Fiona escuchó música. ¿Coros celestiales?, pensó, un poco mareada. Le parecía extraño que los coros celestiales cantaran para celebrar un revolcón encima de una mesa. Intentó tragar y se percató de que tenía la boca muy seca.

—Música —murmuró.

—Mi móvil. En los pantalones. Da igual.

—Vaya, no son coros celestiales.

—No. Def Leppard.

—Vale. —Logró hacer acopio de energía para levantar una mano con la que le acarició la espalda—. Tengo que darte las gracias otra vez, Simon.

—No hay de qué.

El comentario le arrancó una carcajada ronca.

—Me alegro, porque la verdad es que no he colaborado mucho que digamos.

—¿Me has oído quejarme?

Sonrió, cerró los ojos y siguió acariciándole la espalda.

—¿Dónde estamos, exactamente?

—En el comedor que también hace las veces de oficina. De momento.

—Así que nos hemos dado un revolcón en tu mesa de comedor también considerada escritorio.

—Ajá.

—¿La mesa... la has hecho tú?

—Ajá.

—Es muy suave. —Notó que estaba a punto de soltar una risilla tonta, pero fue incapaz de contenerla—. Y muy resistente.

—Siempre hago un buen trabajo. —En ese momento levantó la cabeza para mirarla. Y sonrió—. Es madera de cerezo con incrustaciones de abedul. Una sola pata central. Iba a venderla, pero ahora... quizá no.

—Si cambias de opinión, me gustaría ser la primera en hacerte una oferta.

—Es posible. Obviamente, te pega.

Fiona levantó una mano para acariciarle la mejilla.

—¿Me das un poco de agua? Tengo la boca tan seca como si hubiera cruzado el desierto.

—Claro.

Enarcó las cejas al ver que Simon bajaba de la mesa y salía, desnudo, del comedor. Ella no tenía ningún problema con su cuerpo, pero no se veía andando desnuda por su casa, la verdad.

Claro que Simon estaba estupendo de ese modo.

Se sentó, tomó una honda bocanada de aire y se desperezó con una sonrisa de oreja a oreja. Aunque se detuvo de repente, paralizada. Acababa de darse un revolcón salvaje en la mesa del comedor, delante de un ventanal sin cortinas. Veía a los perros corriendo de un lado para otro, el camino de acceso y su coche.

Cualquiera podría haber llegado con el coche, o aparecido por la playa o por el bosque.

Lo comentó en cuanto Simon volvió con un botellín de agua, abierta y medio llena.

—El ventanal.

—Ajá. La mesa, el ventanal, el techo, el suelo. Toma. —Le ofreció la botella—. La he empezado, termínatela tú.

—Pero el ventanal. De día. Sin cortinas.

—Ya es un poco tarde para la timidez, ¿no crees?

—No me he dado cuenta. —Bebió un buen trago de agua y después otro—. Mejor así, creo. Pero la próxima vez... si estás interesado en repetir la experiencia...

—Todavía no he acabado contigo.

—Una forma muy tuya de decirlo, sí. —Bebió de nuevo, pero más despacio—. La próxima vez podríamos hacerlo en un sitio más discreto.

—Tenías prisa.

—No te lo discuto.

Simon sonrió de nuevo.

—Eres un centro de mesa de primera. Estoy pensando en hacerte una foto ahí sentada en el centro de la mesa con el sol reflejándose en tu pelo, así alborotado, y esas piernas tan largas dobladas por delante de tus preciosos pechos. Podría sacar una buena tajada si vendo la mesa así.

—Ni de coña.

—Te daría el treinta por ciento.

El comentario le arrancó una carcajada, aunque no estaba segura de que Simon se lo tomara del todo a broma.

—La respuesta sigue siendo no. Me gustaría que no fuera así, pero tengo que vestirme e irme.

Simon le cogió una mano y se la giró para echarle un vistazo al reloj.

—Todavía nos queda una hora.

—Que usaré para llegar a casa y ducharme. Los perros tienen un olfato muy...

fino.

—Ya. Que huelen el sexo, vamos.

—Sí, hablando en plata. Así que necesito una ducha. Y una camisa. Me has roto la que traía.

—Tenías...

—Prisa —terminó ella entre carcajadas, y pese a la falta de cortinas del ventanal le entraron ganas de ponerse en pie encima de la mesa y bailar—. De todas formas, necesito que me prestes una camisa.

—Vale.

Meneó la cabeza al ver que volvía a salir desnudo del comedor. Mientras regresaba, se bajó de la mesa para ponerse los pantalones y el sujetador.

Simon volvió con la misma naturalidad con la que había salido y le arrojó la camisa que poco antes ella misma le había quitado.

—Gracias.

Mientras se ponía las botas, él se colocó los pantalones de trabajo. Aunque estaba bastante emocionada, decidió que era mejor comportarse con la misma naturalidad que él. Así que se acercó y le acarició otra vez la mejilla.

—La próxima vez, a lo mejor cenamos antes. —Le dio un beso fugaz—. Gracias por el árbol, y por haberme permitido usar la mesa.

Salió de la casa y después de llamar a sus perros, se despidió de *Tiburón* acariciándolo con fuerza. Le agradó ver que Simon la observaba alejarse desde el porche, sin camisa y con las manos en los bolsillos de los pantalones que todavía no se había abrochado.

Capítulo 12

Francis X. Eckle completó la última tanda de sus cien diarias. Cien flexiones, cien sentadillas y cien abdominales. Realizó las tres tandas, como era su costumbre, en la intimidad de su habitación del motel.

Se duchó, usando su propio gel sin perfume en vez de la minúscula pastilla de jabón del motel. Se afeitó, usando una máquina de afeitar de viaje que limpiaba meticulosamente todas las mañanas. Se lavó los dientes con uno de los cepillos de viaje que llevaba en el neceser, que después marcó con una equis para tirarlo. Jamás dejaba nada personal en las papeleras de los moteles. Se vistió con unos pantalones de deporte cortos, una camiseta blanca demasiado grande y unas deportivas discretas. Debajo de la camiseta llevaba un cinturón de seguridad con dinero en efectivo y la documentación que estaba usando en ese momento. Por si las moscas.

Se miró en el espejo.

La ropa y el grueso del cinturón disimulaban el cuerpo que había esculpido hasta lograr la perfección muscular y le otorgaban el aspecto de un hombre normal y corriente, con un poco de barriga, ocupado con su rutina matinal. Examinó su cara (ojos castaños, nariz larga y aguileña, labios delgados de expresión decidida, mejillas suaves) hasta que le satisfizo la expresión agradable, casi anodina, que vio en ella. Tenía el pelo castaño y lo llevaba muy corto. Quiso rapárselo por motivos prácticos e higiénicos, pero aunque los hombres con la cabeza afeitada se habían convertido en algo cotidiano, su mentor había insistido en que llamaría más la atención que con el pelo castaño.

Esa mañana, como todas durante las últimas semanas, sopesó la idea de obviar esa norma y hacer lo que más le convenía.

Esa mañana, como todas las mañanas, resistió el impulso. Sin embargo, el esfuerzo que requería era mayor a medida que sentía cómo iba creciendo su poder, a medida que asimilaba su nuevo ser, a medida que seguía el plan.

—De momento —murmuró—. Pero no durante mucho más.

En la cabeza se puso una gorra azul oscuro sin logotipo.

Su persona no tenía nada que llamara la atención, nada que hiciera que alguien se fijase en él.

Nunca se quedaba en el mismo hotel o motel más de tres noches, dos eran mejor que tres. Buscaba un establecimiento con gimnasio de cada dos en los que se hospedaba, pero por regla general, prefería ese tipo de lugares de mala muerte en los que el servicio, y la atención de los empleados, brillaba por su ausencia.

Había llevado una vida espartana desde que tenía uso de razón, ahorrando cada centavo. Antes de emprender ese viaje, había vendido todas sus posesiones de valor.

Podía permitirse un montón de habitaciones en moteles baratos antes de que el viaje llegara a su fin.

Se metió la tarjeta de la habitación en el bolsillo y cogió una de las botellas de agua que llevaba en la maleta. Antes de salir de la habitación activó la cámara oculta escondida en su despertador de viaje, que estaba en la mesilla de noche, y se

colocó los cascos de su iPod.

Lo primero le aseguraría que el servicio de limpieza no fisgoneaba en sus cosas; lo segundo evitaría que la gente quisiera entablar conversación.

Necesitaba un gimnasio, necesitaba las mancuernas y las máquinas, necesitaba el alivio físico y mental que el ejercicio le proporcionaba. Desde que se había convertido, los días que pasaba sin pisar un gimnasio lo dejaban muy tenso, frustrado y nervioso, le nublaban la mente. Habría preferido ejercitarse en soledad, pero el viaje requería ciertos ajustes.

De modo que salió de la habitación con expresión agradable y cruzó el pequeño vestíbulo que lo llevaría al diminuto gimnasio.

Un hombre caminaba con evidente desgana en una de las cintas de correr y una mujer de mediana edad pedaleaba en una bicicleta estática mientras leía una novela de brillante portada. Había programado la visita al gimnasio con sumo cuidado, de modo que no fuera ni el primero ni el único en las instalaciones.

Eligió la otra cinta, seleccionó un programa y apagó el iPod para ver las noticias en el televisor instalado en un soporte de pared en un rincón.

Seguro que había algo de interés, pensó.

No obstante, mientras los presentadores daban las noticias internacionales, comenzó a correr y dejó que su mente se concentrara en la última carta de su mentor. Había memorizado cada línea antes de destruirla, tal como hiciera con las anteriores.

> Querido amigo:
>
> Espero que estés bien. Me complacen tus progresos hasta la fecha, pero te aconsejo que no te precipites. Acuérdate de disfrutar de tus viajes y de tus logros, y ten por seguro que sigues teniendo mi apoyo y mi gratitud, ya que te estás preparando para corregir mi absurdo y decepcionante error.
>
> Ejercita tu cuerpo, tu mente y tu espíritu. Mantén la disciplina. Tú eres el poder, tú eres el control. Utiliza ambos con sabiduría y lograrás más fama, más miedo y más éxitos que cualquiera que te haya precedido.
>
> Espero ansioso noticias tuyas. Recuerda que estoy contigo, a cada paso de tu viaje.
>
> Tu mentor

El destino lo había llevado a esa cárcel, pensó Eckle, donde George Allen Perry había abierto la celda en la que llevaba encerrado toda la vida. Sus primeros pasos en libertad fueron titubeantes como los de un bebé, pero no tardó en caminar y después en correr. En ese momento ansiaba el abrumador sabor de esa libertad como si fuera el aire que respiraba. Lo ansiaba hasta tal punto que había comenzado a cuestionar las normas, el reglamento y las verdades absolutas que Perry le había impuesto.

Ya no era el chico desgarbado y blandengue desesperado por encajar y sometido al acoso de los más fuertes. Ya no era ese niño que iba de mano en mano por culpa de la zorra egoísta que tenía por madre.

Ya no era el adolescente gordo y con espinillas del que las chicas se reían o ignoraban.

Se había pasado toda la vida encerrado en la celda de la simulación. Guardar silencio, aguantar, obedecer las reglas, estudiar y aceptar las sobras de los más fuertes, de los más atractivos y de los más agresivos.

¿Cuántas veces le había hervido la sangre en las venas al ver que le daban su

merecido ascenso a otro, al ver que le negaban un premio, o una chica? ¿Cuántas veces había planeado e imaginado, solo y en la oscuridad, que se vengaba de compañeros de trabajo, estudiantes, vecinos e incluso de desconocidos con los que se cruzaba por la calle?

Había comenzado ese viaje, tal como Perry le había explicado, antes de que se conocieran... pero siempre con la celda a cuestas. Había trabajado para disciplinar su cuerpo, obviando el dolor, la frustración y la abstinencia. Había buscado hasta encontrar un rígido control interno y, sin embargo, falló en muchísimos aspectos. Porque siguió encerrado en esa celda. Incapaz de hacerlo con las mujeres cuando, por fin, alguna se dignaba acostarse con él. Se había visto obligado a humillarse con putas... como su madre.

Se acabó. Perry predicaba que el acto carnal disminuía el poder masculino, que le otorgaba poder a la mujer... que siempre, siempre, lo utilizaba contra el hombre. Podía obtener el desahogo, una especie de liberación, de otra manera mucho más poderosa. De una manera que muy pocos se atrevían a practicar. Con ese desahogo, tanto el poder como el placer aumentaban.

Una vez abierta la celda, descubrió la atracción que ejercía ese desahogo para el que poseía la aptitud adecuada, y el poder que obtenía gracias a él.

No obstante, el poder iba asociado a la responsabilidad... y eso, reconocía abiertamente, le costaba aceptarlo. Cuanto más conseguía, más deseaba. Perry tenía razón, por supuesto. Necesitaba mantener la disciplina, disfrutar del itinerario y no precipitarse.

Y sin embargo...

Mientras aumentaba la velocidad y la resistencia de la cinta, Francis se prometió a sí mismo, y también le prometió a su mentor ausente, que no buscaría a su siguiente compañera hasta que pasaran al menos dos semanas.

En vez de buscarla, viajaría un poco más... sin rumbo fijo. Dejaría que su poder se recargara, alimentaría su mente con libros.

No iría rumbo al norte, todavía no.

Y mientras recargaba su poder y alimentaba su mente, controlaría al decepcionante error de Perry a través de su blog y de su página web. Cuando llegara la hora, corregiría ese error... el único pago que Perry le había pedido, el precio por echar abajo su celda.

Ansiaba, como un niño que buscara el aplauso de su padre, la aprobación de Perry cuando secuestrara, estrangulara y enterrara a Fiona Bristow.

Imaginársela en su cabeza lo ayudó a correr dos kilómetros más con el cuerpo y la cara empapados de sudor. Su recompensa llegó cuando los presentadores informaron del hallazgo del cuerpo de una joven en el Klamath National Forest.

Por primera vez esa mañana, Eckle sonrió.

Mai fue a ver a Fiona acompañada de sus perros el domingo. La lluvia de la noche anterior había dejado un ambiente fresco y revigorizante, y una pátina brillante en los jóvenes canelos que flanqueaban el puente. En el campo la hierba relucía por la humedad, el arroyo borboteaba y los perros jugueteaban como niños en el patio de un colegio.

En una escala del uno al diez, Fiona le daba un diez en tranquilidad a esa mañana. Se relajó en el porche con Mai mientras disfrutaban de sendos capuchinos y de las magdalenas de frambuesas que la veterinaria había comprado en el pueblo.

—Es una especie de recompensa.

—¿Mmm? —Mai, que estaba repanchingada en la mecedora con los ojos

medio cerrados y protegidos por los cristales marrones de sus gafas de sol, le dio otro mordisco a su magdalena.

—Una mañana como ésta. Digo que son como una recompensa por el resto de la semana. Por todas esas mañanas en las que hay que levantarse temprano, arreglarse y hacer un montón de cosas. Es como la zanahoria colgada del palo, como la pegatina de los paquetes de patatas, como la sorpresa de las cajas de cereales.

—En mi próxima vida quiero ser un perro, porque... vamos a ver, en el gran esquema del universo... En fin, todas las mañanas son como las sorpresas de las cajas de cereales para un perro.

—Los perros no beben capuchinos en el porche.

—Cierto, pero en su opinión el agua del retrete estaría igual de buena.

Fiona clavó la mirada en el café mientras reflexionaba sobre esas palabras.

—¿Qué tipo de perro?

—Creo que un mastín de los Pirineos, por su tamaño y su majestuosidad. Creo que me lo merezco después de ser tan bajita en esta vida.

—Es una buena elección.

—En fin, lo he estado pensando mucho. —Mai bostezó y se desperezó—. El sheriff Tyson me llamó esta mañana para decirme que Walter se encontraba estable. Pasará varios días más en el hospital, pero si sigue así, le darán el alta en breve. Su hija y su familia están haciendo gestiones para tener una enfermera de día.

—Son buenas noticias. ¿Quieres que se lo diga a los demás?

—Se lo he comentado a Chuck, así que supongo que él se encargará del asunto. Como venía para acá, quise decírtelo en persona. Por cierto, me encantan tus árboles.

—¿A que son geniales? —Le bastaba mirarlos para sonreír—. No sé por qué no se me había ocurrido antes. Ahora creo que debería plantar algo llamativo en el otro extremo del camino. Como una especie de entrada. Algo que sirviera también de señal para los nuevos clientes. Así podría decirles que doblaran en el camino con... con lo que vaya a plantar.

Mai se bajó las gafas de sol por la nariz para mirar a Fiona por encima de los cristales.

—¿Ya has dejado de esconderte? Y yo preocupada porque pusieras una puerta...

Mientras bebía café, Fiona observó a los perros corretear por el patio inmersos en lo que ella llamaba el «Concurso de Meadas».

—¿Por culpa de Vickie Scala? —preguntó, haciendo alusión a la última víctima —. Una puerta no me serviría de mucho si... y es una probabilidad muy pequeña. —Sin embargo, y al igual que había hecho Mai con su próxima vida perruna, ya había pensado en esa posibilidad—. Se me revuelve el estómago al pensar en esas chicas y en sus familias. No puedo hacer nada, Mai. Nada de nada.

Mai extendió el brazo y le dio un apretón en la mano.

—No debería haber dicho nada.

—No, tranquila. No dejo de darle vueltas. ¿Cómo no voy a hacerlo? Y tengo miedo. Creo que eres la única persona a la que puedo decírselo sólo para desahogarme. —Se cogió de su mano un momento, tranquilizada por el contacto—. Me asusta esa probabilidad. Me asusta que no pueda hacer nada. Me asusta que tardaran años en atrapar a Perry y que no sepa cómo voy a soportarlo si el patrón se repite. Si se lo confesara a Syl o a mi madre, se morirían de la preocupación.

—Vale. —Mai se giró para mirarla y dijo con sequedad—: Creo que serías una imbécil si no tuvieras miedo, y ¿por qué coño ibas a ser imbécil? Creo que si no le

estuvieras dando vueltas al asunto, te estarías negando a aceptar la verdad, y ¿qué ganarías con eso? Nada. Además, si no se te revolviera el estómago al pensar en esas chicas, si no sintieras compasión, serías una desalmada, y en tu caso eso es imposible.

—¿Lo ves? —replicó Fiona, aliviada—. Por eso puedo contártelo.

—Por otra parte, también hay motivos de sobra para no alarmarse demasiado... para estar asustada, sí, para alarmarse, no. Tienes contigo a tus perros y también tienes a mucha gente que va a venir a ver cómo estás con tanta frecuencia que te entrarán ganas de mandarlos a la mierda. Ah, por cierto, ni se te ocurra mandarme a la mierda —añadió Mai—. Te sacudiría. Soy bajita, sí, pero peligrosa.

—Cierto, lo eres. También sé que estamos sentadas bebiendo capuchinos y contemplando a nuestros perros jugar porque has venido a ver cómo estaba. Y te lo agradezco.

—No hace falta. Quiero que plantes eso llamativo que quieres plantar en el otro extremo del camino, si eso te hace feliz, Fi. Pero también quiero que tengas cuidado.

—Una parte de mí se pregunta si alguna vez he dejado de tener cuidado desde que Perry me secuestró.

—¿A qué te refieres?

—Dejé de correr. Dios, Mai, y me encantaba correr. Ahora uso una cinta de correr, y no es lo mismo ni mucho menos. Pero me conformo porque me siento más segura. Hace años que no voy sola a ninguna parte.

—Eso no... —Mai guardó silencio un momento—. ¿En serio?

—En serio. Y el caso es que hasta que esto empezó no me había dado cuenta de que siempre que me desplazo, voy acompañada por uno de los perros... y en parte se debe a lo que me sucedió. Espero a que las películas salgan en DVD o las pongan por la tele en vez de ir al cine porque no quiero dejar al perro tanto tiempo en el coche... Además, sólo me llevo a los tres, dejando la casa desprotegida, cuando tenemos ejercicios de entrenamiento o cuando les haces la revisión.

—No hay nada malo en eso.

—No, y tampoco me preocupa... es sólo que no me había dado cuenta del verdadero motivo por el que lo hacía. O no lo había admitido. Dejo la puerta abierta muchas veces. Casi nunca la cierro con llave, hasta hace poco, porque los perros me proporcionan toda la sensación de seguridad que necesito. No he pensado en lo sucedido, al menos conscientemente, desde hace un par de años, pero me he protegido, o al menos me he sentido como tal, todo este tiempo.

—Lo que demuestra que tienes un subconsciente muy listo.

—Eso creo. Mi subconsciente también ha estado practicando el tiro al blanco. Tampoco había disparado desde hace dos años. De modo que... —Decidió abandonar el tema—. Estoy haciendo todo lo que puedo, y eso incluye no obsesionarme con el asunto. Vamos a hablar del spa.

«Ya basta», decidió Mai. No había ido a ver a Fiona para crearle más estrés, sino para ayudarla a relajarse.

—Podemos hacerlo, y lo haremos, pero antes voy a contarte que he quedado esta noche para tomar algo.

—¿Tienes una cita? —En esa ocasión fue Fiona quien se bajó las gafas de sol por la nariz—. ¿Con quién?

—Con Robert. Es psicólogo y tiene su propia consulta en Seattle. Cuarenta y un años, divorciado y padre de una niña de nueve años. Con custodia compartida. Tiene un perro de aguas portugués de tres años llamado *Cisco*. Le gusta el jazz, esquiar y viajar.

—Te has hecho un perfil en Heartline punto com.

—Lo he hecho, y voy a coger el ferry para tomarme una copa con Robert.

—No te gusta el jazz ni esquiar.

—No, pero me gustan los perros, me gusta viajar cuando tengo la oportunidad y me gustan los niños, me parece un buen equilibrio. —Mai estiró las piernas y se miró la punta de los pies—. Me gustan las cabañas de las estaciones de esquí, con un buen fuego y un café irlandés, así que eso también cuenta. Además, tengo una cita, lo que quiere decir que me voy a poner guapa, me voy a maquillar como se merece y voy a charlar con alguien nuevo. Y si no hay chispa, cogeré el ferry de vuelta, volveré a casa y lo intentaré en otra ocasión.

—Yo estaría nerviosa. ¿No estás nerviosa?

—Un poco, pero los nervios son buenos. Quiero tener una relación, Fi, de verdad que sí. No es por la sequía, en serio, porque tengo a Stanley. Quiero a alguien con quien me apetezca estar, alguien de quien enamorarme. Quiero una familia.

—Espero que sea maravilloso. Espero que Robert el psicólogo sea tan maravilloso que se salga del mapa. Espero que haya chispa, que tengáis cosas en común, que sintáis palpitaciones y que os riáis mucho. De verdad que sí.

—Gracias. Lo mejor de todo es que lo estoy haciendo por mí. Que voy a arriesgarme, cosa que no he hecho desde el divorcio. Aunque haya chispa, voy a tomarme las cosas con calma. Quiero tantear el terreno, ver cómo se desarrollan las cosas, antes de tirarme a la piscina.

Fiona guardó silencio un minuto, disfrutando de las buenas vibraciones que transmitían la emoción y el nerviosismo de Mai.

—Bueno, hablando de chispa... te informo de que has perdido la apuesta.

—La... ¿Te has dado un revolcón? —Mai se volvió en el sillón y se quitó las gafas de sol—. ¿Lo has hecho y no me lo has dicho?

—Fue hace un par de días.

—¿Te has dado un revolcón hace un par de días y no me llamaste de inmediato? ¿Con quién...? Joder, no sé ni para qué pregunto. Tiene que ser Simon Doyle.

—Podría haber sido con un nuevo cliente que me haya puesto cachonda.

—No, ha sido Simon... que en realidad es un nuevo cliente que te ha puesto cachonda. Detalles. Quiero detalles, con pelos y señales.

—Me regaló los árboles.

—¡Ay! —Mai suspiró y se volvió para mirarlos—. ¡Ay! —Y suspiró otra vez.

—Lo sé. El primero fue un trueque por el tocón que se llevó.

—El lavabo de tocón. Ya me he enterado de eso.

—Le comenté que a lo mejor compraba otro y él lo hizo por mí y lo plantó, mientras estábamos ocupados con la búsqueda. Cuando volví a casa, ahí estaba, plantado, cubierto con corteza de pino y regado. Recogí a los otros perros y fui a agradecérselo. Supongo que se lo agradecí dándome un revolcón con él en su mesa de comedor.

—Madre del amor hermoso. ¿En la mesa?

—Pasó sin más.

—¿Cómo se pasa de un par de árboles a hacerlo encima de una mesa?

—Estábamos hablando fuera y después me arrastró hacia la casa. Y luego empezamos a quitarnos la ropa a tirones mientras intentábamos cruzar la puerta.

—Ésa es la pega del sistema Stanley, la falta de tirones y de urgencia. ¿Y luego qué?

—Cuando entramos, me encontré pegada a la pared, diciéndole que se diera prisa. Así que me puso encima de la mesa, empezó a tirar cosas al suelo y ¡Dios!

¡Dios!

—Necesito un momento para recuperarme, por favor. —Mai se recostó y se abanicó la cara con una mano—. Salta a la vista que fue genial.

—No me gusta mucho admitirlo, porque podría darle más importancia de la que tiene, pero lo fue. Fue el mejor revolcón de toda mi vida. Y quería a Greg, pero... ¿esto? Esto fue sexo con mayúsculas.

—¿Vas a volver a repetir la experiencia?

—Desde luego. —Fiona se colocó una mano en el corazón y se dio unas palmaditas—. Además, por si fuera poco o precisamente por eso, me gusta. Me gusta cómo es, me gusta su aspecto, me gusta cómo trata a su perro. Además, me gusta no ser su tipo (según él), y que me desee de todas formas. Me hace sentir... supongo que poderosa.

—Te gusta tanto que la cosa podría ponerse seria.

—Podría. Supongo que, al igual que tú, lo estoy haciendo por mí, me voy a arriesgar.

—Vale. Por nosotras. —Mai levantó la taza, con lo poco que le quedaba dentro—. Por las mujeres aventureras.

—Sienta bien, ¿verdad?

—Como has sido tú quien lo ha hecho encima de una mesa de comedor, supongo que a ti te sienta mejor. Pero sí, sienta bien.

Las dos desviaron la vista cuando los perros ladraron para avisarlas.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí —murmuró Mai mientras Simon cruzaba el puente—. ¿No es tu limpiamesas?

—¡Cállate! —A Fiona se le escapó una carcajada—. Que sepas que mi primera clase empieza en veinte minutos —masculló.

—El tiempo justo para...

—Ya vale. —Vio que Simon bajaba del coche y que *Tiburón* saltaba al suelo detrás de él. El cachorro corrió hacia sus perros, pero se detuvo, olisqueó el aire y rodeó a los de Mai—. Ninguna señal de agresividad —comentó—, ni de timidez. Es un perro contentísimo.

Simon se acercó a ellas con un collar en la mano.

—El que me dejó prestado, doctora Funaki.

—Mai. Encantada de verte, Simon. Tienes el don de la oportunidad, porque tengo que irme. Pero antes... *Tiburón*, ven aquí. Ven, *Tiburón*.

El cachorro reaccionó con alegría y corrió hacia el porche. Mai extendió una mano, con la palma hacia el perro, cuando hizo ademán de saltar. *Tiburón* se estremeció, ya que era evidente que se moría por dar un saltito, pero se quedó quieto.

—Bien, muy bien. —Le acarició y le rascó mientras sonreía a Simon—. Reacciona bien a los grupos, es muy sociable y está aprendiendo buenos modales. Tienes un campeón.

—Me está robando los zapatos.

—La fase de morderlo todo es problemática.

—No, si ya no los muerde... Sólo me los roba y me los esconde. Esta mañana he encontrado una bota en la ducha.

—Ha descubierto otro juego. —Mai le acarició las orejas mientras los otros perros se acercaban y se daban los unos contra los otros para reclamar un poco de atención—. Tus zapatos huelen a ti. Se siente atraído y reconfortado por tu olor. Y está jugando contigo. Pero ¡qué listo eres! —Le dio un beso al cachorro en la trufa antes de ponerse en pie—. Creo que va siendo hora de que pienses en la castración.

—¿Formáis un equipo o algo?

—Lee la información que te pasé. Ya hablaremos —le dijo Mai a Fiona—. Por cierto, ¿escote o piernas?

—Piernas, reserva a las chicas para el segundo asalto.

—Sí, lo había pensado. Adiós, Simon. ¡Vamos, chicos! Vamos a dar una vuelta.

—Como no vas a preguntármelo —dijo Fiona mientras despedía con la mano a Mai y a sus perros—, te lo diré yo. Tiene una cita, la primera, y me estaba preguntando qué resaltar.

—Vale.

—Los hombres no tenéis que preocuparos por ese detalle del ritual.

—Claro que sí. Si lo que destaca es el escote, tenemos que seguir mirándoos a la cara y fingir que no nos damos cuenta.

—Ahí tienes razón. —Como Simon estaba de pie en los escalones, le colocó las manos en los hombros y se inclinó para darle un beso—. En fin, tengo una clase dentro de poco. ¿Has coordinado la visita para ver qué tal me iba?

—He devuelto el collar.

—Claro que sí. Si quieres, puedes quedarte para la clase. A *Tiburón* le vendría bien relacionarse con otros perros. Es un grupo pequeño y vamos a trabajar en rutinas básicas de búsqueda. Me gustaría ver qué tal se le da.

—No tenemos ningún plan. Enséñale algo.

—¿Ahora?

—Necesito una distracción. Sólo pienso en desnudarte desde que conseguí desnudarte por primera vez. Así que enséñale algo.

Levantó las manos para acariciarle las mejillas.

—Por extraño que parezca, eso es romántico.

—¿Romántico? La próxima vez que piense en desnudarte, cogeré un par de flores silvestres. Y que sepas que no me estás distrayendo, así que... ¿Dónde diablos está? —Simon echó un vistazo por el porche y se dio media vuelta—. Joder.

Fiona lo cogió del brazo cuando hizo ademán de salir corriendo.

—No, espera. No pasa nada. —Observó a *Tiburón* mientras subía la escalera del tobogán detrás de *Bogart*—. Quiere jugar con los perros mayores. Si corres hacia él o lo llamas, lo desconcentrarás y acabará perdiendo el equilibrio.

Tiburón llegó a lo alto de la escalera, meneando el rabo como si fuera un banderín, pero a diferencia de *Bogart*, que bajó con elegancia la corta pendiente, se cayó al llegar arriba y se deslizó sobre la barriga hasta darse de bruces en el suelo.

—No está mal —comentó ella, mientras Simon soltaba una carcajada—. Ve a buscar tus recompensas. —Se acercó al perro, elogiándolo con voz cantarina—. Vamos a intentarlo de nuevo. ¿Quieres volver a intentarlo? Sube —dijo, añadiendo un gesto—. Le va bien en la escalera —le dijo a Simon cuando regresó—, y suele ser la parte más difícil. No es ciega y es vertical. Es ágil y ha visto cómo lo hacían los otros perros. Sabe cómo subir. Así que... Vamos allá. ¡Bien! —Le cogió una recompensa a Simon y se la dio al cachorro cuando llegó arriba—. Sólo tienes que ayudarlo un poco para que aprenda a bajar, a mantener el equilibrio. Camina. Eso es. Buen equilibrio. Bien. ¡Muy bien! —Volvió a recompensarlo al llegar abajo—. Tienes que hacerlo con él para... ¿Qué pasa? —preguntó cuando levantó la vista y vio que Simon la estaba mirando.

—No eres guapa.

—Hoy estás de un romántico que te sales.

—No eres guapa, pero creas adicción. Todavía no sé por qué.

—Pues dímelo cuando lo sepas. Acompáñalo en la subida y en la bajada.

—¿Por qué estoy haciendo esto?

—Está aprendiendo a caminar por terreno inestable. Le da confianza y mejora su agilidad. Y le gusta.

Fiona retrocedió y los vio repetir el juego unas cuantas veces. No era guapa, pensó. El comentario, junto con el hecho de que Simon lo hubiera expresado, debería haber sido un golpe para su ego... aunque fuera la verdad. Así que ¿por qué le había hecho gracia? Al menos durante unos segundos antes de que pronunciara la siguiente frase.

«Creas adicción.» El comentario hizo que el corazón le diera un vuelco. Ese hombre le provocaba unas reacciones muy raras.

—Lo quiero —dijo cuando *Tiburón* bajó el tobogán con garbo.

—Te has equivocado de pronombre. Es a mí. Me quieres a mí.

—Me encanta tu ego, pero me refería a él.

—Pues no puedes quedártelo. Primero porque me estoy acostumbrando a él y segundo porque mi madre se cabrearía muchísimo si lo regalo.

—Quiero que entre en el programa. Quiero adiestrarlo para Búsqueda y Salvamento.

Simon meneó la cabeza.

—He leído tu página web y tu blog. Cuando dices que quieres adiestrarlo, te refieres a que nos quieres adiestrar. Otra vez te equivocas de pronombre.

—¿Has leído mi blog?

Se encogió de hombros antes de contestar:

—Le he echado un vistazo.

Fiona sonrió.

—Pero ¿no te interesan los grupos de Búsqueda y Salvamento?

—Tienes que dejarlo todo cuando te llaman, ¿no?

—Básicamente, sí.

—No quiero tener que dejarlo todo ni lo que sea que esté haciendo.

—Me parece bien. —Se sacó una goma del bolsillo y se recogió el pelo con dos rápidos movimiento—. Podría adiestrarlo como suplente. Sólo a él. Responde a mis órdenes, es evidente. Y cualquier perro adiestrado en Búsqueda y Salvamento debe responder a otros adiestradores. A veces algunos de nuestros perros no están disponibles, porque están enfermos o heridos.

—Tienes tres.

—Sí, claro, porque quiero tener tres, y sí, también porque si el perro de alguien falla, puedo llevar a uno de los míos como suplente. Llevo años haciendo esto, Simon, y tu perro sería bueno. Sería muy bueno. No voy a darte un sermón para que te unas a la unidad, sólo quiero adiestrar a tu perro. Por mi cuenta. Si al final no sale bien, acabarás con un perro con muchas habilidades y un adiestramiento inmejorable.

—¿Cuánto tiempo?

—En circunstancias ideales, me gustaría trabajar un rato cada día, al menos cinco días a la semana. Puedo hacerlo en tu casa, no te molestaría mientras estás trabajando. Sería recomendable que reforzaras algunas cosas que le enseñaré.

—A lo mejor. Ya veremos. —Simon desvió la vista hacia *Tiburón*, que estaba ocupado con uno de sus pasatiempos preferidos: perseguirse el rabo—. Se te ha acabado el tiempo.

—Cierto. Ya vienen mis alumnos —anunció—. Puedes quedarte aquí sentado durante esta clase, puedo trabajar con él yo sola.

—Ya que estoy aquí...

Fue interesante, decidió Simon, y medianamente entretenido. Fiona lo llamaba «El juego del fugitivo» y requería muchas carreras, de perros y humanos, en el terreno situado entre la carretera y el puente. La clase trabajaba por parejas o con Fiona como compañera, con un perro cada vez.

—No lo entiendo —le dijo cuando le tocó el turno a *Tiburón*—. Va a ver dónde me escondo. Tendría que ser imbécil para no encontrarme.

—Así aprende a encontrarte cuando se lo ordenan y a utilizar su nariz... por eso corremos contra el viento, para que los perros capten el olor. Además, tiene que encontrarme a mí. Tú tienes que conseguir que se emocione.

Simon miró a su perro, que cortaba el aire con el rabo como un cuchillo japonés.

—Basta que alguien lo mire para que se emocione.

—Una ventaja para él. Háblale, que se emocione. Dile que me mire mientras me alejo. ¡Mira a Fi! En cuanto me esconda detrás del arbusto, ordénale que me busque y suéltalo. Repítele que me busque. Si se confunde, dale tiempo para que capte mi olor. Si no funciona a la primera, lo llamaré para darle una pista auditiva. Tienes que sujetarlo, obligarlo a quedarse contigo mientras yo llamo su atención antes de echar a correr. ¿Preparado?

Simon se apartó el pelo alborotado de la cara.

—No es física cuántica.

Fiona acarició a *Tiburón*, dejó que le lamiera la mano y que la oliera bien antes de enderezarse.

—*Tiburón*. ¡Mira, *Tiburón*! —Dio una palmada—. Voy a correr. Mírame, *Tiburón*, mira cómo corro. Dile que me mire. Usa mi nombre. —Y salió disparada.

Fiona no había exagerado, se percató. Era rápida.

Y él se había equivocado. En movimiento era guapísima.

—Mira a Fi. ¿Adónde narices va? Mírala. Dios, es como un antílope. Mira a Fi. —La vio esconderse detrás de un arbusto—. ¡Búscala! ¡Busca a Fi!

El cachorro cruzó a la carrera el terreno, expresando su entusiasmo con un par de ladridos alegres. No tan rápido como la mujer, pensó, pero... En ese momento sintió una punzada de sorpresa y orgullo al ver que *Tiburón* la encontraba a la primera.

Un par de perros necesitaron que la persona escondida los llamara y otro incluso necesitó una pista visual, para lo cual la persona escondida agitó una mano por encima del arbusto.

Pero *Tiburón* no.

Desde la otra punta del prado escuchaba la risa y los elogios de Fiona mientras sus compañeros de clase aplaudían.

No estaba mal, pensó Simon. No estaba nada mal.

Fiona regresó corriendo, seguida de cerca por un perro muy contento.

—Vamos a repetirlo, ahora mismo. Elógialo, recompénsalo y luego lo repetimos.

—Ha estado genial —murmuró Simon cuando terminó la clase—. Tres veces seguidas con tres escondites distintos.

—Le ha cogido el tranquillo. Puedes trabajar en casa con objetos. Usa algo que le guste, algo que sepa cómo se llama... o enséñale a reconocer el objeto. Muéstraselo, ordénale que se siente y que se quede quieto, y luego escóndelo. Empieza por escondites sencillos. Regresa junto a él y ordénale que lo encuentre. Si no puede hacerlo, guíalo. Lo importante es que tengas éxito.

—A lo mejor tendría que ordenarle que me buscara las deportivas. No sé dónde narices las ha metido. —La miró, largo y tendido, de tal modo que Fiona enarcó las cejas—. Joder, eres más rápida que el viento.

—Deberías haberme visto corriendo los cuatrocientos obstáculos en la universidad. Era increíble.

—Seguramente porque las piernas te llegan a las orejas. ¿Llevabas una equipación de esas ajustadas? Ya sabes, las aerodinámicas.

—Sí. Sentaban de maravilla.

—Me lo creo. ¿Cuánto falta para la siguiente clase?

—Cuarenta y cinco minutos.

—Más que de sobra.

La instó a retroceder de espaldas hacia la casa.

Ella lo miró a los ojos en todo momento, de forma que se percató de la expresión risueña de sus ojos, del brillo en el sereno azul.

—¿Nada de «¿Te apetece?» o «Eres irresistible»?

—No. —La cogió de la cintura y la subió al porche.

—¿Y si dijera que no me apetece?

—Me llevaría un chasco... y tú estarías mintiendo.

—Tienes razón, estaría mintiendo. Así que... —Abrió la puerta y le dio un tirón para que entrara.

Sin embargo, cuando retrocedió hacia la escalera, Simon cambió de dirección.

—El sofá está más cerca.

También era más blandito que la mesa del comedor, al menos hasta que rodaron y cayeron al suelo. Y fue, pensó Fiona mientras yacía junto a él intentando recuperar el aliento y el funcionamiento de su cerebro, igual de excitante.

—Un día de estos llegaremos a una cama.

Simon le acarició el pecho con un dedo muy suavemente.

—Si cancelas la clase, podemos subir ahora mismo.

—Qué pena que sea una mujer responsable... que casi no tiene tiempo para ducharse.

—Ah, sí, la ducha obligatoria. Me vendría bien una.

—Ducharnos juntos implicaría volver a hacerlo en la ducha.

—Joder, sí.

—Sería muy divertido, pero no tengo tiempo. Además, *Tiburón* y tú no podéis participar en la siguiente clase. Sería forzar la máquina. Pero podéis... —Se interrumpió cuando los perros anunciaron la llegada de visitantes—. ¡Mierda! ¡Joder! —Se puso en pie de un salto, cogió la camisa, los pantalones, hizo un ovillo con ambas prendas y se lo colocó delante del cuerpo antes de asomarse por la ventana —. Es James y... ¡Dios!, también viene Lori. Son James y Lori. Y yo estoy desnuda en la sala de estar un domingo por la tarde. —Miró por encima del hombro—. Y tú estás desnudo en el suelo.

Así aturullada estaba muy sexy, pensó Simon, con esa expresión nerviosa y colorada como un tomate. «Para comérsela», añadió para sus adentros. Como si fuera un helado, a lametones.

—Estoy bien así.

—¡No! ¡No! ¡Arriba! —Fiona agitó las manos, tirando la camisa al suelo, que procedió a recoger—. Arriba, y ponte algo encima. Sal y diles... diles que estaré con ellos en cinco minutos.

—¿Porque vas a darte una ducha poscoital?

—Eres... ¡Ponte los pantalones! —Fiona corrió escaleras arriba, agachada.

Simon se puso los pantalones y la camiseta con una sonrisa, porque estaba

muchísimo mejor cuando corría desnuda, y salió al porche tras coger los calcetines y las botas.

James y Lori se detuvieron a saludar a los perros. James entrecerró los ojos. Lori se sonrojó.

—Ahora sale. —Simon se sentó para ponerse los calcetines y las botas. *Tiburón* se abalanzó de inmediato a por una bota, pero la apartó y le dijo al perro—: Ya vale.

—Bonito perro. ¿Cómo va el adiestramiento?

—Va. Acabamos de dar una clase.

James siguió mirándolo con los ojos entrecerrados.

—¿Es lo que acabáis de hacer?

Simon se ató las botas y esbozó una sonrisa fría.

—Entre otras cosas. ¿Algún problema con eso?

Lori le dio unas palmaditas nerviosas a James en el brazo.

—Hemos pasado para ver si Fiona quería cenar con nosotros después de sus clases. Puedes venir si quieres.

—Gracias, pero tengo que irme. Nos vemos.

Simon se dirigió a su camioneta. *Tiburón* se removió, claramente dividido entre quedarse o seguir a su dueño, pero acabó corriendo hacia la camioneta.

—Esto no acaba de gustarme... —masculló James.

—No es asunto nuestro... No del todo.

—Es plena tarde. Todavía es de día.

—Mojigato. —Lori le dio un codazo y se echó a reír.

—No soy un mojigato, pero...

—La gente hace el amor de día, James. Además, me alegra saber que va a estar por aquí, que va a pasar tiempo con ella. ¿No has sido tú el que ha dicho que deberíamos pasar para ver cómo está?

—Sí, pero somos sus amigos.

—Creo que Fi y Simon son muy amigos. Sólo es una suposición, claro. Siento mucho si estás celoso, pero...

—No lo estoy. —Sorprendido de verdad, James dejó de mirar a Simon con el ceño fruncido y se volvió hacia ella.

—Sé que Fi y tú estáis muy unidos —añadió Lori, que entornó los párpados.

—Pero... No. No en ese sentido.

Lori abrió los ojos de nuevo.

—¿En ningún sentido?

—En ninguno, vamos, nunca. Dios, ¿de verdad la gente cree que...?

—Bueno, no sé lo que los demás creen. A mí siempre me ha parecido que lo estabais, que lo habíais estado o que esperabais estarlo o algo. —Soltó una carcajada avergonzada—. Será mejor que me calle.

—Oye, Fi y yo somos... somos como de la familia. No pienso en ella de esa manera. Para nada. —Se detuvo hasta que Lori lo miró a los ojos—. No en Fi.

—¿Y piensas en otra persona de esa manera?

—A todas horas.

—¡Oh! —Soltó otra carcajada—. ¡Gracias a Dios!

James hizo ademán de tocarla y Lori de permitírselo. Y Fiona salió a toda prisa de la casa.

—¡Hola! ¿Qué tal? Es el día de las visitas. ¿Se ha marchado Simon?

James soltó un largo suspiro.

—Sí, ha dicho que tenía que irse.

—Lo siento —comentó Lori—. No hemos sido muy oportunos que digamos.

—Podría haber sido peor. O como poco, muchísimo más vergonzoso. Pero olvidémonos del tema. En fin... —Los miró con una sonrisa radiante—. ¿Qué os traéis entre manos vosotros dos?

Capítulo 13

—Leche ecológica —dijo Fiona mientras sacaba las cosas que le había comprado a Sylvia—. Huevos de corral, leche de cabra, lentejas, arroz integral y una lustrosa berenjena. ¡Mmm, qué rico!

—Tiemblo de pensar lo que llevas en el coche.

—¿Además de *Bogart*? Mejor no te lo digo.

—Grasa, sal, almidón y azúcar.

—Es posible. Pero también hay unas cuantas manzanas preciosas. Y mira lo que te he comprado —añadió, dirigiéndose a *Oreo*—, por ser tan guapo. —Sacó un juguete de goma y el sonido que emitió al apretarlo hizo las delicias del perro—. Sylvia —dijo cuando *Oreo* se marchó con el juguete entre los dientes—, tengo una aventura. —Soltó una carcajada mientras giraba con rapidez—. Estoy a punto de cumplir los treinta y nunca había dicho algo así. Tengo una aventura tórrida, apasionada y muy, muy sensual.

Sylvia, que tenía la lustrosa berenjena en la mano, sonrió.

—La verdad es que estás radiante de alegría y pareces muy relajada.

—¿Ah, sí? —Fiona se llevó las manos a las mejillas—. Bueno, estoy relajada y feliz. Sabes que lo de Greg nunca fue una aventura. Fue amistad, enamoramiento y una relación, así en ese orden. O quizá todo junto. Pero fuimos despacio. ¿Lo de ahora? Ha sido como... ¡pum! Explosivo. —Se apoyó en la encimera y sonrió—. Mucho sexo sin ataduras sentimentales. Y eso me parece fabuloso.

—¿Quieres que siga siendo así? —le preguntó Sylvia mientras le pasaba una mano por el pelo que ese día llevaba suelto—. Me refiero a la falta de ataduras sentimentales.

—Todavía no he llegado a la fase de planteármelo. —Se encogió de hombros para dejar claro que no le importaba—. Me gusta esta etapa de no pensar en eso.

—Es emocionante. Un poco peligroso. Impredecible.

—¡Sí! Y eso es tan raro en mí... No hay planes, no hay listas programadas.

—Y todo brilla.

—Si seguimos así, acabaré sufriendo una explosión nuclear. —Emocionada, cogió un pequeño racimo de relucientes uvas verdes del frutero que descansaba en la encimera y se las fue llevando a la boca de una en una—. Llevo unos días adiestrando a *Tiburón* a solas. Una semana, lo que significa que o bien voy a casa de Simon o bien él me lo trae a casa. Aunque no siempre... En fin, que no siempre tenemos tiempo, pero la chispa siempre está presente.

—¿No salís por ahí? Me refiero que si no te gustaría salir a cenar o ir al cine.

—No sé. Eso me parece muy... —Se pasó una mano por el pelo—. Muy lejano ahora mismo. A lo mejor lo hacemos algún día o a lo mejor se nos pasa el calentón. Ahora mismo estoy coladísima por él, emocionada y, aunque suene muy manido, me siento viva. Estoy todo el día a cien. ¿Te ha pasado alguna vez? ¿Has vivido una aventura así, erótica y apasionada?

—Pues sí. —Sylvia cerró el frigorífico en cuanto colocó los huevos en su interior—. Con tu padre.

Fiona se llevó una mano al cuello, asustada porque una uva se le había

quedado atascada en la garganta por la sorpresa.

—¿En serio?

—Creo que los dos decidimos que sólo era sexo. Una relación muy emocionante y muy acelerada. Durante esa fase en la que no se piensa en otra cosa.

—Espera un momento, porque quiero que me lo cuentes, pero no quiero imaginarme nada. Es un poco chocante. No sé, no sé. —Cerró los ojos con fuerza y asintió con la cabeza—. No pienso imaginaros a ti y a papá...

Sylvia se lamió un dedo y siseó.

—Ardiente. En aquella época era la dependienta de Arte Isleño. Guardo muchísimos recuerdos maravillosos de la trastienda...

—No sé qué decir... ¡Madre mía! Mi padre en la trastienda...

—Emocionante, un poco peligroso e impredecible.

—Normal en ti —murmuró Fiona—. Pero raro en mi padre, o al menos para la imagen que siempre he tenido de él.

—Éramos como adolescentes. —Suspiró y sonrió—. ¡Dios, me ponía a doscientos! Lógicamente, yo no pensaba en el matrimonio porque no era muy convencional, así que creí que la cosa seguiría así hasta que nos cansáramos. Pero luego, no sé, Fi. No sé cómo ni cuándo ni por qué, no sabría explicártelo, pero de repente no podía imaginarme la vida sin él. Menos mal que fue algo mutuo.

—Lo recuerdo muy nervioso el día que me llevó para que te conociera. Sé que era joven, pero supe que te quería precisamente por lo nervioso que estaba.

—Nos quería a las dos. Fuimos muy afortunadas. De todas formas, cuando me pidió matrimonio pensé: «¡Ni hablar!». El matrimonio sólo era un trozo de papel, un ritual sin contenido. Por dentro me negaba en redondo, pero le dije que sí, sorprendiéndome a mí misma. Mi corazón... —añadió en voz muy baja al tiempo que se llevaba una mano al pecho—. Mi corazón fue incapaz de decir que no.

Fiona rememoró esas palabras durante el trayecto a casa. «Mi corazón fue incapaz de decir que no.»

Le parecían preciosas, pero al mismo tiempo se alegraba de que su corazón no tuviera nada que decir de momento. Un corazón con voz y voto podía acabar hecho añicos, lo sabía muy bien. Mientras el suyo estuviera contento, se sentiría feliz y relajada.

La primavera comenzaba a hacerse notar en los campos, en las colinas y en el bosque con las flores amarillas de los ranúnculos entre la hierba verde, como si un rayo de sol hubiera goteado sobre el suelo. El manto blanco de la nieve que todavía quedaba sobre la cumbre del monte Constitution contrastaba enormemente con el cielo azul y resaltaba el color blanco de las tempranas flores de los erythronium, así como los trinos de los gorriones.

En ese momento se sentía como la isla, a punto de renacer, de florecer, rebosante de vida.

Sus días estaban muy ocupados con las clases y el mantenimiento de su blog, y el adiestramiento y el entrenamiento con su unidad la colmaban de satisfacción. Un vecino muy sexy la mantenía en un continuo estado de excitación, y además tenía un perro que creía poder convertir en un fantástico ejemplar de perro de Búsqueda y Salvamento.

Según la policía no había novedades, al menos eso aseguraban, sobre las tres mujeres asesinadas, pero... Tampoco se había denunciado ninguna desaparición desde hacía dos semanas.

Mientras giraba en una curva, atisbó el brillo tornasolado de un colibrí que revoloteaba sobre un grosellero de invierno florecido.

Mejor presagio, imposible, pensó.

—Nada de malas noticias, *Bogart*, sólo el... ¿cómo era esa canción? «Los pájaros, las abejas, las flores y los árboles...» Joder, ahora no se me va a ir de la cabeza.

Bogart comenzó a mover su lustroso rabo negro, estampándolo contra el asiento, así que volvió a cantar el estribillo.

—No me sé el resto. Es de mucho antes de mi época. En fin, ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer y estamos casi en casa. ¿Y sabes qué? A lo mejor llamo al papi de *Tiburón* y lo invito a cenar si quiere. Yo hago la cena. Cualquier cosa. Ya va siendo hora de que tengamos una cita... y de que se quede a dormir. ¿Qué te parece? ¿Quieres que *Tiburón* venga a jugar? Primero vamos a recoger el correo.

Dobló en el camino de entrada a su propiedad, aparcó frente a la casa y volvió a la carretera para recoger las cartas del buzón, situado en la cuneta. Después metió las cartas en una de las bolsas de la compra.

—Será mejor que guardemos todo esto para ver si tengo algo con lo que preparar una cena. El tipo de cena que se suele preparar cuando tienes invitados.

Mientras llevaba las bolsas a la cocina, deseó haberlo pensado antes. Porque de esa forma habría comprado algo con lo que cocinar un plato para adultos.

—Siempre puedo volver —murmuró mientras guardaba los platos precocinados congelados y las latas—. A por un par de filetes. ¿Sabéis qué? —Arrojó las cartas a la mesa y guardó las bolsas de tela que Sylvia le había dado para que se llevara siempre a la compra—. Llamaré al restaurante italiano y los engatusaré para que me traigan el pedido a casa. —Siguió sopesando opciones al tiempo que le echaba un vistazo a las cartas recibidas—. Factura, factura y ¡oh, qué sorpresa...! Otra factura. —Levantó el sobre acolchado—. Esto no es una factura. Mirad, chicos, a lo mejor son fotos de algunos de nuestros graduados.

De vez en cuando sus antiguos clientes le mandaban fotos y la ponían al día sobre sus progresos. Contenta por haber recibido algo que no fuera una factura, abrió el sobre.

Y el pañuelo de seda rojo cayó a la mesa.

Trastabilló hacia atrás mientras las náuseas y el pánico le atenazaban la garganta, produciéndole el mismo amargor que la bilis. Por un momento la habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor y su visión periférica se tornó borrosa, resaltando el tono rojo del pañuelo que pareció aumentar de tamaño. Sintió una dolorosa opresión en el pecho que le impidió respirar, de modo que comenzó a ver motitas blancas. Tanteó a su espalda y se aferró con fuerza a la encimera justo cuando las piernas empezaban a fallarle.

«No te desmayes, no te desmayes, no te desmayes», se repetía.

Haciendo un gran esfuerzo, logró inspirar y soltó el aire despacio mientras obligaba a sus temblorosas piernas a moverse. Estaba a punto de coger el teléfono cuando los perros, que la habían rodeado al instante, se pusieron a ladrar para avisarla.

—A mi lado. A mi lado —susurró mientras el pánico le provocaba una sucesión de pinchazos en las costillas. Tenía la impresión de que incluso escuchaba sus chasquidos al romperse.

Cogió el teléfono con una mano y un cuchillo grande con la otra.

—Joder, Fiona, otra vez te has dejado la puerta abierta. —Simon entró bastante irritado.

De repente, al ver a una mujer blanca como la pared y con un enorme cuchillo en la mano, rodeada por tres perros que le gruñían de forma amenazadora, se

detuvo en seco.

—¿Te importaría decirles que echaran el freno? —preguntó. Con tranquilidad, como si tal cosa.

—Tranquilos. Tranquilos, chicos. Amigo. Simon es un amigo. Saludad a Simon.

Tiburón entró trotando con una cuerda en la boca, listo para jugar. Simon se acercó a la puerta trasera y la abrió.

—Todos fuera.

—Salid. Salid a jugar.

Sin dejar de mirarla, Simon cerró la puerta una vez que los perros salieron.

—Suelta el cuchillo.

Fiona logró tomar otra bocanada de aire.

—No puedo. No puedo soltarlo.

—Mírame —le ordenó él—. Mírame. —Sin apartar los ojos de ella, la cogió por la muñeca y con la otra mano fue apartándole los dedos uno a uno del mango del cuchillo. En cuanto se lo quitó, lo devolvió a su sitio—. ¿Qué ha pasado?

Fiona levantó un brazo y señaló la mesa. Al ver que no decía nada, Simon se acercó a la mesa y reparó en el pañuelo y en el sobre acolchado abierto.

—Termina de llamar a la policía —le dijo, pero se volvió ante su silencio.

No hablaba ni se movía. Así que fue él quien cogió el teléfono.

—Marca el uno. Es la marcación rápida para la oficina del sheriff. Lo siento. Necesito... —Se fue deslizando hasta sentarse en el suelo y colocó la cabeza entre las rodillas.

La voz de Simon le llegaba desde la distancia como un zumbido, silenciada en parte por los ensordecedores latidos de su corazón. No se había desmayado, se recordó. Se había armado con un cuchillo. Se había preparado. Pero en ese momento, en ese instante, lo único que quería era echarse a llorar.

—Toma. Bebe. —Simon la cogió de la mano y le puso un vaso de agua en ella—. Fiona, bebe. —Se acuclilló frente a ella para llevarle el vaso a los labios sin dejar de mirarla.

—Tienes las manos muy calientes.

—No, es que las tuyas están frías. Bebe un poco de agua.

—No puedo tragar.

—Sí que puedes. Bébete el agua. —Le acercó otra vez el vaso y la obligó a beber, sorbo a sorbo—. Davey viene de camino.

—Vale.

—Cuéntamelo.

—Vi un colibrí. Vi un colibrí y me detuve para coger el correo. Estaba en el correo. Cogí las cartas, las metí en casa con las bolsas de la compra. Pensaba que eran fotos de alguno de mis perros, de mis antiguos alumnos. A veces me mandan algunas. Pero...

Simon se enderezó, cogió el sobre por un extremo usando la punta de los dedos y le dio la vuelta.

—El matasellos es de Lakeview, Oregón. No hay remitente.

—No miré. Sólo lo abrí. Justo antes de que llegaras. Justo antes.

—No te habría asustado entrando en la cocina de repente si hubieras cerrado la puerta.

—Lo sé. —El nudo de la garganta se negaba a desaparecer. El agua no la había ayudado, de modo que se concentró en la cara de Simon, en el color verdoso de sus ojos—. Ha sido un descuido. Porque estoy relajada y feliz. Una estupidez. —Se puso en pie y soltó el vaso en la encimera—. Pero los perros estaban conmigo. Tenía un arma. Si en vez de ser tú hubiera sido...

—Le habría costado lo suyo pasar por encima de los perros. Las probabilidades de que lo hubiera logrado son escasas. Pero si lo hubiera hecho, joder, Fiona, si lo hubiera logrado, te habría quitado ese cuchillo en dos segundos.

El comentario hizo que levantara la barbilla y se le encendieran las mejillas.

—¿Eso crees?

—Sé que eres fuerte y que eres muy rápida. Pero coger un arma que tienes que usar en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, y que además puede usarse en tu contra, en vez de salir corriendo no es muy inteligente.

Con movimientos bruscos y rápidos, Fiona abrió un cajón y sacó una espátula de cocina. El nudo había desaparecido y había sido reemplazado por la furia y la ofensa.

—Quítamela.

—¡No seas ridícula!

—Finge que es un cuchillo. Demuestra lo que acabas de decir, joder.

—Vale. —Simon se movió, atacó con la mano derecha e hizo ademán de agarrarle el brazo con la izquierda.

Ella cambió la postura de sus piernas, inmovilizó el brazo que intentaba cogerla y usó el impulso que Simon llevaba para arrastrarlo. De modo que se vio obligado a estampar la otra mano en la pared a fin de evitar un buen encontronazo con la misma.

—Y ahora te habría clavado el cuchillo en la espalda. O si no tuviera mucha sed de sangre, te habría dado una patada en las corvas y habrías acabado en el suelo. No soy una mujer desvalida. No soy una víctima.

Simon se volvió. Fiona lo miraba con expresión furiosa, cosa que era infinitamente mejor que el miedo que irradiaba antes.

—Buen movimiento.

—Pues sí —reconoció al tiempo que movía la cabeza con brusquedad—. Es cojonudo. ¿Quieres ver otro? Tengo otro en el que te pateo las pelotas hasta ponértelas de sombrero y después, mientras estás en el suelo retorciéndote de dolor, te sigo dando hasta dejarte en coma.

—Mejor nos lo saltamos.

—Estar asustada no me convierte en una inútil. Estar asustada significa que soy capaz de hacer lo que sea para defenderme. —Arrojó la espátula al fregadero—. ¿No puedes demostrarme un poco de compasión, un poco de comprensión, en vez de tirarte directamente a mi cuello?

—Ya no estás sentada en el suelo, temblando. Y a mí se me han quitado las ganas que tenía de atravesar la pared con un puño.

—¿Y éste es tu método?

—Es la primera vez que me veo en una de éstas, pero eso parece, sí. Éste es mi método. —Cogió la espátula del fregadero y volvió a guardarla en el cajón—. Pero si quieres, hago de macho fuerte que consuela a la damisela llorosa.

—¡Lloros...! ¡Dios, me estás poniendo negra! Aunque supongo que ése es tu objetivo —añadió después de respirar hondo—. Muy bien, has dado en el clavo.

—Me saca de quicio.

Fiona se pasó las manos por la cara y después por el pelo.

—¿El qué?

—Verte así. ¿Alguna vez te has visto cuando estás asustada de verdad o cuando estás muy triste? Te quedas blanca como la pared. Nunca había visto a una persona quedarse así de blanca sin estar muerta. Y me saca de quicio.

Fiona bajó las manos.

—Se te da muy bien contenerte, la verdad.

—Pues sí. Si quieres, te lo cuento otro día. Ni se te ocurra pensar que… —Dejó la frase en el aire mientras se metía las manos en los bolsillos—. Ni se te ocurra pensar que no me importas. Porque no es así. Es sólo que... ¿Lo ves? —exclamó, totalmente frustrado—. En cuanto dejo de cabrearte, te pones a llorar.

—No estoy llorando. —Parpadeó con desesperación para librarse de las lágrimas que le llenaban los ojos—. Además, ¿qué tiene de malo llorar? Tengo todo el derecho del mundo a hacerlo. Tengo todo el derecho del mundo a ponerme a llorar como una Magdalena, así que... ¡Que te den! Compórtate como un hombre, échale un par y aguántate.

—Mierda —replicó él al tiempo que tiraba de ella para abrazarla.

Fiona supo que estaba a punto de sollozar. Pero en ese momento Simon se apartó un poco, le cogió la cabeza con las manos y le dio un beso en la frente.

La ternura del gesto fue tan sorprendente que le secó los ojos de golpe y el sollozo fue sustituido por un suspiro largo y entrecortado mientras se apoyaba en él.

—No sé cómo hacerme cargo de las personas —lo oyó murmurar—. Apenas soy capaz de hacerme cargo de un dichoso perro.

«Qué equivocado estás —replicó ella para sus adentros—. ¡Qué equivocado estás!»

—Te las estás apañando bastante bien —dijo, en cambio—. Ya estoy mejor. —Sin embargo, dio un respingo cuando escuchó que los perros ladraban para avisarla—. Será Davey.

—Saldré a recibirlo. —Le acarició el pelo una vez, y otra más—. Siéntate o algo.

«Que me siente o algo», replicó en silencio mientras él salía de la cocina. Sin embargo, acabó haciendo caso de su consejo y se sentó a la mesa de la cocina.

Simon salió al porche.

—Está dentro, en la cocina.

—¿Qué...?

—Ella te lo contará. Necesito como unos veinte minutos si me aseguras que te vas a quedar con ella hasta que vuelva.

—Vale.

Caminó hasta su camioneta, le ordenó a *Tiburón* que se quedara y se marchó.

Fiona estaba mucho más tranquila, o eso pensaba ella, cuando Davey entró en la cocina.

—No lo he tocado desde que lo abrí —dijo—. Supongo que tampoco servirá de mucho. —Echó un vistazo hacia la puerta y frunció el ceño—. ¿Dónde está Simon?

—Me ha dicho que tenía que irse.

—¿Se ha...? ¡Oh! —La opresión del pecho volvió, aunque sólo fue un momento—. Vale. Estaba en el buzón. Tiene matasellos de Oregón.

Davey se sentó antes de hacer nada y la cogió de las manos. Se limitó a cogerla de las manos.

—¡Dios, Davey! Estoy muerta de miedo.

—Vamos a vigilar tu casa, Fi. Si quieres, habrá alguien apostado en la puerta las veinticuatro horas del día hasta que cojan a ese cabrón.

—No creo que esté preparada para eso. Todavía. Podría llegar a ese punto.

—¿Has recibido alguna llamada extraña, alguien te ha llamado y ha colgado sin hablar? ¿Algún comentario sospechoso en la página web o en el blog?

—No. Esto ha sido lo primero. Y sé que no tiene por qué habérmelo enviado él. Es poco probable que lo haya hecho. Podría ser algún colgado que ha leído ese dichoso artículo y ha conseguido mi dirección. Puede haber sido cualquiera.

—Es posible. —Davey le soltó las manos y cogió dos bolsas de plástico para

guardar las pruebas—. Voy a llevarme esto. Haremos todo lo que podamos. El caso está en manos de los federales, y supongo que tendremos que enviárselo. Fi, es posible que manden a alguien para hablar contigo.

—No me importa. —«No será la primera vez», añadió con amargura para sus adentros—. De verdad.

—Nos pondremos en contacto con la policía de Lakeview. Sé que esto es difícil para ti, pero puede que sea una pista. Gracias al sello podríamos obtener alguna huella dactilar o ADN. O tal vez la caligrafía nos aporte información. También podríamos rastrear el pañuelo.

Investigaciones, rutinas, procedimientos. ¿Cómo era posible que el proceso hubiera empezado otra vez?

—¿Y qué hay de Perry? Podría haberle pagado a alguien para que me lo enviara.

—Voy a ver qué podemos averiguar al respecto, pero estoy seguro de que ya han hablado con él. Supongo que tendrán controlados todos sus contactos con el exterior, sus visitas y su correo. Nosotros no estamos al tanto de la investigación, Fi, pero después de esto es posible que el sheriff presione para que nos mantengan informados. Tal vez sólo haya sido la ocurrencia de un gilipollas que quería hacerse el gracioso, pero nos lo vamos a tomar muy en serio. Si quieres, puedo acampar en tu sofá.

Y lo haría, pensó ella, todo el tiempo que hiciera falta.

—Tienes una familia y yo tengo a los perros.

Davey se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Tienes algo fresco para beber?

Fiona ladeó la cabeza.

—¿Lo preguntas porque tienes sed o porque no quieres dejarme sola?

—¿Le niegas una bebida fresca a un funcionario público tan abnegado como yo? —preguntó él a su vez con expresión ofendida.

Fiona se levantó y abrió el frigorífico.

—Tienes suerte de que acabe de volver de hacer la compra. Tengo Coca-Cola, zumo de naranja, agua mineral y bebidas de fruta y verduras. También tengo cerveza, pero como eres un funcionario público muy abnegado que está de servicio...

—Coca-Cola.

—¿Con limón y hielo?

—Fi, dame la lata y ya está. ¿Qué te parece si nos sentamos en el porche y disfrutamos del día tan bueno que hace?

Cogió otra lata para ella.

—Davey, estaré bien sola. Estoy asustada —añadió de camino a la puerta principal—, pero en mi casa me siento más segura y tranquila que en cualquier otro sitio. Llevo el móvil en el bolsillo. He estado practicando con mi pistola, y seguiré haciéndolo antes de que anochezca. Y te alegrará saber que cuando Simon entró mientras yo estaba en pleno ataque de pánico, los perros lo mantuvieron a raya hasta que les di la orden de que se tranquilizaran.

—Todo eso está muy bien, Fi. Pero me dejarías mucho más tranquilo si alguien se quedara contigo. ¿Por qué no llamas a James?

El hecho de que se planteara siquiera la idea de hacerlo le indicó que estaba más asustada de lo que creía.

—No sé. A lo mejor...

Los perros ladraron para avisarla justo cuando llegaban a la puerta. Davey la obligó a apartarse para abrir. Al ver que se trataba de Simon, asintió con la cabeza.

—Supongo que ya puedo irme.

Fiona comprendió que habían acordado no dejarla sola.

—¿Y qué hay de la bebida fresca y del buen tiempo?

—Me llevo la lata. —Después de darle un apretón reconfortante en el brazo, se marchó para despedirse de Simon.

Ella esperó donde estaba mientras los dos hombres mantenían una breve conversación. Una vez que Davey se metió en su coche, Simon sacó un macuto de su camioneta y se lo echó al hombro.

—Creía que te habías ido a casa.

—Eso he hecho. Tenía algo que hacer y además necesitaba coger unas cosas que voy a necesitar, porque pienso pasar la noche contigo.

—¿Vas a quedarte conmigo?

—Pues sí. —Le quitó la lata de Coca-Cola y bebió un poco—. Si no te gusta, lo siento, pero es lo que hay.

Se derritió por dentro igual que habría hecho otra mujer a la que acabaran de recitarle un soneto de amor.

—Digo yo que esperarás una cena y un revolcón, ¿no?

—Sí, pero el orden lo decides tú. —Le devolvió la Coca-Cola.

—Soy muy mala cocinera.

—Menos mal que eres buena en la cama... y demás sitios. —Se encogió de hombros—. ¿Tienes pizza congelada?

Comprendió que seguía asustada, pero ya no tenía ganas de llorar y se le habían pasado los temblores.

—Sí, pero también tengo el menú del restaurante italiano. Si les hago un pedido por teléfono, me lo traerán a casa.

—Genial.

Simon hizo ademán de pasar a su lado para entrar en la casa, pero ella se interpuso en su camino para abrazarlo con fuerza.

—Simon... —murmuró mientras se relajaba, rodeada por sus brazos—. No sé por qué, pero eres justo lo que me hace falta en este momento.

—Yo tampoco lo sé. —Arrojó el macuto al interior de la casa y comenzó a acariciarle la espalda—. En realidad, no eres mi tipo.

—Es que soy única —soltó con una carcajada al tiempo que se echaba hacia atrás.

Simon la miró en silencio un momento.

—Pues sí, lo eres.

—Vamos a dar un paseo antes de pedir la cena. A ver si así acabo de tranquilizarme del todo.

—En ese caso, quiero una cerveza.

—¿Sabes qué? Yo también. Marchando dos cervezas.

Mucho más tarde, se sentaron en el sofá para beberse una segunda cerveza mientras el fuego de la chimenea mantenía a raya el frío de la noche, con una pizza de pepperoni entre ellos. Fiona tenía los pies apoyados en la mesita y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

—No paro de repetirme que tengo que empezar a comer comida de adultos.

—Estamos comiendo comida de adultos. —Simon impidió que *Tiburón* se colara por debajo de sus piernas en busca de un trozo de pizza—. Fuera de aquí—le dijo—. Los niños comen cuando se les ordena y lo que se les ordena —siguió—. Nosotros comemos cuando queremos y lo que queremos. Porque somos adultos.

—Eso es cierto. Además, me encanta la pizza. —Le dio un mordisco a la porción—. No hay comida que la supere. Bueno, antes de... antes de que vinieras estaba pensando en invitarte a cenar.

—¿Y cómo es que al final he sido yo quien ha pagado la pizza?

—Si sacas la cartera, pagas. Iba a invitarte a cenar y pensaba cocinar algo.

—Eres una mala cocinera.

Le dio un codazo en el brazo al escucharlo.

—Iba a intentarlo. Además, sé usar la parrilla. Se me da de muerte. Un buen par de filetes, y un poco de verdura para equilibrar el menú. Soy la reina de la parrilla.

—Cocinas como un tío —comentó Simon mientras cogía otra porción—. Y te admiro por ello.

—Supongo que te debo un filete a la parrilla, ya que has pagado la pizza y te has quedado para hacerme compañía. Cuéntame qué haces para controlar la ira.

—No es un tema muy interesante. ¿Por qué no tienes un televisor aquí abajo?

—Porque nunca veo la tele aquí. Me gusta verla en la cama, bien estirada, o acurrucada. El salón es para hablar, para pasar un rato con los amigos.

—El dormitorio es para dormir y para el sexo.

—El sexo no era un factor presente en mi vida hasta hace bien poco, y ver la tele en la cama me ayuda a conciliar el sueño. —Se lamió la salsa que tenía en un dedo—. Sé que estás cambiando de tema, y no va a funcionar. Me interesa.

—Tengo un temperamento muy volátil. Y aprendí a controlarlo. Ya está.

—Define «volátil».

Simon le dio un trago a la cerveza.

—Vale. Cuando era pequeño y algo o alguien me cabreaba o intentaba mangonearme, estallaba. Mi respuesta siempre era pelear, cuanta más sangre hubiera, mejor.

—Te gustaban las broncas.

—No, me gustaba repartir leña —la corrigió—. Que es muy distinto. ¿Las broncas? No sé, una bronca tiene una connotación aceptable. Lo que yo hacía no lo era. No buscaba pelea, no avasallaba a los demás, no buscaba problemas a propósito. Pero siempre encontraba un motivo para dar un puñetazo, siempre me metía en problemas. Y estallaba. —Giró la cerveza entre las manos y clavó la mirada en la etiqueta, como si la estuviera leyendo—. La expresión esa de verlo todo rojo, en mi caso era literal. Perdía la cabeza, y cuando eso pasaba sólo pensaba en repartir, cuanto más, mejor.

Fiona se lo imaginaba perfectamente. Con su corpulencia, sus puños y esa mirada de tipo duro que había atisbado de vez en cuando no le resultaba difícil imaginárselo.

—¿Alguna vez heriste a alguien de gravedad?

—Podría haberlo hecho. Seguro que habría acabado haciéndolo. No sé cuántas veces me mandaron al despacho del director del colegio.

—Yo nunca me metí en nada de eso. En ninguna bronca —añadió al ver que él volvía la cabeza para mirarla—. En parte me gustaría no haber sido siempre tan buena.

—Eras una de ésas...

—Pues sí, qué triste. Sigue. Los chicos malos son mucho más interesantes que las niñas buenas.

—Depende de la niña y de lo que cueste sacar su lado malo. —Alargó un brazo y fue desabrochándole los botones de la camisa hasta dejar a la vista el sujetador—. Así está mejor. Eres facilona si te invitan a pizza. A lo que iba —siguió al escuchar

que ella soltaba una carcajada—, que me metí en algunos problemas, pero nunca empezaba la pelea. Y siempre había gente que me respaldaba. Mis padres intentaron distintos métodos para canalizar mi exceso de temperamento. Deportes, sermones, incluso me llevaron a un psicólogo. Pero mis notas siempre eran decentes y nunca les di problemas a los profesores.

—Y ¿qué pasó?

—Que llegó el instituto. Tenía una reputación a mis espaldas, y siempre hay alguien que necesita retar al chico malo. Llegó un tío nuevo, un chulito. Y empezó a darme la tabarra. Le di su merecido.

—¿Así sin más?

—No. Fue jodido, por las dos partes. Nos hicimos daño. Pero yo fui el vencedor. Un par de semanas después, me buscó con un par de amigos. Yo estaba con una chica, dándonos el lote en el parque. Sus amigos me inmovilizaron mientras él me daba. La chica les gritaba que pararan y pedía ayuda a gritos. Él no dejaba de reírse a carcajadas y de darme patadas y puñetazos, hasta que perdí el conocimiento en un momento dado.

—¡Dios mío, Simon!

—Cuando recobré la consciencia, retenían a la chica en el suelo, contra su voluntad. Estaba llorando y suplicándoles que la dejaran. No sé si habrían llegado a violarla. No sé si habrían llegado tan lejos, pero no les di opción. Me volví loco, y no recuerdo nada de lo que pasó después. No recuerdo levantarme del suelo y lanzarme a por ellos. Dejé inconscientes a dos a golpes. El tercero huyó. No recuerdo nada —repitió, como si todavía lo carcomiera—. Pero recuerdo el momento de salir del trance, de ese estado donde todo se vuelve de color rojo, y de escuchar a la chica, una chica de la que estaba medio enamorado, llorando, gritando y suplicándome que parara. Recuerdo la cara que puso cuando me acerqué a ella. La asusté tanto como la habían asustado los que me dieron la paliza y estuvieron a punto de violarla.

Según lo veía Fiona, esa chica era una pánfila. En vez de gritar y llorar, debería haber corrido en busca de ayuda.

—¿Sufriste heridas graves?

—Estuve dos días ingresado en el hospital. Dos de ellos estuvieron más que yo. Me desperté en el hospital, dolorido por todos lados. Vi a mis padres sentados juntos en el otro extremo de la habitación. Mi madre estaba llorando. Para que mi madre llorara había que llegar al extremo de cortarle un brazo con un hacha, pero en ese momento estaba llorando a lágrima viva.

Y eso, comprendió Fiona, le preocupaba más que el lapso de memoria. Ése había sido el detonante de su cambio. Las lágrimas de su madre.

—Así que pensé que hasta ahí había llegado. Que ya era suficiente. Y decidí controlar la ira.

—¿Así de fácil?

—No. No fue fácil. Pero lo conseguí con el tiempo. En cuanto ves que lo consigues una vez, o te das cuenta de que quien te está molestando es un imbécil, se hace más fácil.

De modo que ése era el episodio en el que se enraizaba su autocontrol.

—¿Qué pasó con la chica?

—Todavía no lo habíamos hecho. Y ella cortó conmigo —añadió al ver que Fiona no decía nada—. No puedo culparla.

—Yo sí. Debería haber buscado un palo bien gordo y ayudarte en vez de ponerse a llorar. Debería haber cogido unas cuantas piedras y liarse a pedradas con esos tíos. Debería haber besado el suelo que tú pisabas en agradecimiento por

haberla ayudado a librarse de una paliza y de una violación.

Simon sonrió.

—No era de ese tipo.

—Qué gusto más malo tienes para las mujeres.

—Es posible. Hasta ahora, claro.

El comentario le arrancó a Fiona una sonrisa mientras se inclinaba por encima de la caja de la pizza para besarlo. Él aprovechó para desabrocharle otro botón.

—Como soy la facilona de la pizza, propongo que nos llevemos lo que queda al dormitorio, para tenerla a mano si luego nos entra hambre.

—Me encanta la pizza fría.

—Nunca he comprendido por qué a la gente no le gusta. —Se puso en pie y le tendió una mano.

Capítulo 14

Simon se despertó con el sol en la cara. En casa dormía en una cueva, con las ventanas cerradas a cal y canto para poder despertarse, y levantarse, cuando le diera la real gana. Creía que ese privilegio, al igual que el de comer cuando quisiera y lo que quisiera, era una de las ventajas de ser adulto, que se veía reforzada por el hecho de trabajar por cuenta propia.

Por supuesto, el perro había cambiado ese hábito, ya que exigía que lo sacara a horas más que cuestionables saltando sobre la cama o lamiendo cualquier parte del cuerpo que encontrara a mano. O usando su método más reciente y aterrador: colocarse junto a la cama y mirar fijamente al humano.

Aun así, había establecido una rutina según la cual dejaba salir al perro, volvía a la cama a rastras y seguía durmiendo hasta que *Tiburón* quisiera volver a entrar.

¿Dónde narices estaba el perro?, se preguntó. Y lo más importante: ¿dónde narices estaba Fiona?

Tras decidir que tenían que estar juntos, cogió una almohada y se tapó la cara con ella para bloquear la luz del sol y poder dormir. No fue una buena idea, se dio cuenta en cuestión de segundos. La almohada olía a Fiona, y su olor lo volvía loco. Disfrutó de ese olor un momento, y lo aspiró mientras la imaginaba. La tez clara, los rasgos marcados, el cuerpo fuerte y esbelto... Las pecas sobre la nariz y esos ojos cristalinos y serenos.

Al principio creyó que si descubría el motivo por el que le resultaba tan adictiva, lo superaría o se adaptaría.

Sin embargo, una vez que lo había descubierto, al menos en parte, estaba más enganchado que antes. Su fuerza, tanto mental como física; su resistencia; su buen humor; lo que parecía una fuente casi inagotable de paciencia, combinada con una bondad innata y una confianza en sí misma serena y casi indiferente… La mezcla de todas esas cualidades le resultaba fascinante.

Tiró la almohada y se quedó parpadeando a la luz del sol.

El dormitorio de Fiona, pensó, demostraba un marcado e imaginativo uso del color. Las paredes relucían con un tono cobrizo a la luz del sol y proporcionaban un buen marco para algunas piezas de arte local, seguramente compradas en la tienda de Syl. Fiona se había dado un capricho con la enorme cama de hierro que tenía pinceladas en color bronce oscuro y cuatro postes altos rematados por otras tantas bolas.

Sin frivolidades, pensó. Los preceptivos botes y tarros femeninos que descansaban sobre la cómoda ponían de manifiesto su gusto por el orden, y las tres camas caninas situadas al otro lado de la estancia, su pasión y su profesión.

Lámparas bonitas, sencillas, un sillón bastante grande cubierto por una preciosa manta, posiblemente otra compra en la tienda de Syl. Una estantería baja llena de libros —que seguro que estaban ordenados por orden alfabético— y varias fotos y objetos decorativos.

No había ropa tirada por el suelo, ni zapatos desperdigados ni calderilla sobre la cómoda.

¿Cómo podía vivir alguien de ese modo?

En ese momento se dio cuenta de que la ropa que le había quitado y arrancado la noche anterior no estaba por ningún sitio, y de que las prendas que ella le había quitado y arrancado estaban pulcramente dobladas sobre el baúl situado bajo la ventana.

Y dado que estaba ahí analizando la decoración y organización de su dormitorio, estaba clarísimo que no iba a quedarse dormido.

Se duchó, y encontró la ducha de Fiona parca en presión de agua y temperatura. Su cuarto de baño, pensó, necesitaba una reforma integral. Debería cambiar la instalación antigua, el alicatado y la distribución, ya que no aprovechaba del todo el espacio.

Pese a lo que él consideraba un mal diseño, era un cuarto de baño muy organizado, pulcro y limpísimo.

Dejó la toalla en el suelo y regresó al dormitorio para vestirse. Sin embargo, volvió al cuarto de baño, recogió la toalla y la colgó de la barra de la cortina.

Se vistió pensando en café y salió del dormitorio. Pero regresó con un gruñido exasperado para recoger la almohada que había tirado al suelo. La devolvió a la cama de malas maneras. Refunfuñó un poco, pero metió su ropa pulcramente doblada en el macuto. Satisfecho, hizo ademán de salir una vez más.

—¡Joder!

Incapaz de pasar por alto la punzada de culpabilidad que sentía entre los omóplatos, retrocedió de nuevo, estiró las sábanas un poco y echó por encima el edredón azul cobalto... y decidió que la cama estaba hecha.

Ofendido, bajó la escalera y se dijo que por el bien de todos esperaba que el maldito café estuviera hecho.

Lo estaba esperando, caliente, aromático y tentador. Después de una mujer, pensó mientras se llenaba una taza, el café era lo mejor que podía disfrutar un hombre por la mañana.

Se bebió el café, rellenó la taza y salió en busca de la mujer y de su perro.

Los vio en la zona soleada del patio, jugueteando en lo que él consideraba el parque de recreo mientras los tres perros de Fiona descansaban tumbados en la hierba. Se apoyó en un poste del porche y siguió bebiendo café, con la vista clavada en la mujer.

La sudadera gris con capucha que Fiona llevaba puesta la protegía del frío matutino mientras acompañaba al cachorro por el balancín, que se inclinó hacia el otro lado en cuanto *Tiburón* cruzó el centro de gravedad. Sin embargo, y en vez de saltar al suelo como él había esperado que hiciera, el cachorro recorrió la tabla andando.

—¡Bien!

Tiburón recibió un premio y una palmadita antes de que Fiona lo condujera al túnel.

—Pasa el túnel.

Fiona lo recorrió por la parte exterior mientras el cachorro —probablemente, pensó Simon— hacía lo propio por el interior. *Tiburón* salió por el otro extremo.

Tras darle su premio, Fiona se volvió hacia una plataforma. Simon vio cómo el cachorro saltaba cuando ella se lo ordenaba, se enorgullecía al recibir los elogios de Fiona y después bajaba despacio por la rampa que había al otro lado, directo hacia la escalera del tobogán.

—¡Arriba!

Sin dudarlo un segundo, *Tiburón* subió y bajó caminando por el tobogán.

Alucinado, Simon echó a andar hacia Fiona al tiempo que esta conducía a *Tiburón* hacia una plataforma más baja. Fiona le dio una orden al perro, que saltó

esa plataforma y la siguiente, y acabó subiendo por unos troncos apilados.

—¡Llama al circo! —exclamó Simon.

Al escucharle, *Tiburón* rompió filas y salió disparado hacia él.

—Buenos días. —Fiona les hizo una señal a sus perros, indicándoles que podían moverse.

—Buenísimos —replicó al tiempo que reparaba en lo que se había hecho en el pelo. Una especie de trenzas en los lados que se unían en una sola en la parte posterior de la cabeza. ¿De dónde narices sacaría el tiempo para hacerse esas cosas?—. ¿Qué haces levantada tan temprano jugando?

—Tengo clases por la mañana, incluida una individual con un perro con problemas de comportamiento.

Fiona se acercó a él con esa forma tan suya, y lo besó con esa forma tan suya... tan suave y delicada. Le gustaba esa forma, cierto, pero... La abrazó para besarla con más fuerza.

—¡Abajo! —Fiona extendió una mano cuando *Tiburón* saltó y enredó la otra en el pelo de Simon—. Todavía lo tienes mojado. Eso quiere decir que has dado con la ducha y con el café.

—Sí. —Por su parte, concluyó que ella olía a primavera, con un toque pasional —. Habría preferido encontrarte en la cama, pero me he conformado con lo otro.

—Los perros necesitaban salir, y como ya estábamos despiertos, se me ha ocurrido trabajar un poco con *Tiburón*. Es la tercera vez que recorre el circuito de adiestramiento esta mañana. Cree que es genial, y ha desarrollado varias habilidades. Si quieres dejármelo, puede quedarse con mis chicos y yo puedo trabajar con él entre clase y clase.

—Es que...

—O si quieres llevártelo, puedes pasarte después y tendremos una sesión particular.

Era una tontería, pensó Simon, que se hubiera acostumbrado tanto al cachorro como para titubear cuando le ofrecían la posibilidad de pasar un día sin cargar con esa responsabilidad.

—Puedes quedártelo si quieres. ¿Vengo a buscarlo a una hora en concreto?

—Cuando te apetezca. Si llegas a tiempo, y como sé que vas a venir, a lo mejor te encuentras con un filete para cenar. Si ayer lo hubiera sabido... Por cierto, ¿por qué viniste?

—Por el sexo quizá.

—Misión cumplida.

Simon le sonrió al tiempo que acariciaba con un dedo una de esas trencitas.

—El sexo y la pizza fueron un extra. Tenía un motivo, pero se me olvidó con todo lo demás.

—Sí, hubo mucho de todo lo demás. Me alegro de que vinieras, por el motivo que fuese.

—Está en la camioneta. Iré a buscarlo. Toma. —Le dejó la taza vacía en la mano.

—¿Qué hay en la camioneta?

—El motivo. —*Tiburón* cogió un palo y lo siguió—. Todavía no nos vamos. —Para evitar que le clavara el palo, se lo cogió—. Ve a buscarlo —le dijo antes de lanzarlo.

La manada entera de perros salió en su busca.

Simon bajó la portezuela del cajón, subió y apartó la lona. Sacó la mecedora de la camioneta.

—¡Ay, Dios! ¿Es mía? ¿Es mi mecedora? —Fiona se acercó a toda prisa

mientras él la dejaba en el porche.

Su cara se había iluminado, pensó Simon, como si le hubiera regalado un diamante.

—Es mía. No pienso sentarme en esa porquería cuando esté aquí.

—Es preciosa. ¡Y qué color! ¿Cuál es? Es exótico. ¡Y muy alegre!

—Le pega a la casa, al diseño. —Aunque se encogió de hombros, la reacción de Fiona lo complació hasta un punto ridículo—. Y no te va mal del todo.

—¡Qué suave! —Pasó una mano por uno de los brazos. En cuanto Simon la dejó en el porche, se sentó—. ¡Y qué cómoda! —Empezó a mecerse entre carcajadas—. Se mece bien. Bueno, ¿me pega?

—Sí, te pega. —Cogió la mecedora vieja.

—¿Qué vas a hacer con...? ¡Simon!

Fiona dio un respingo cuando lo vio arrancar uno de los travesaños, un gesto que también lo complació hasta un punto ridículo.

—Podría servirle a alguien —añadió ella.

—Es una porquería.

—Sí, pero podría reciclarla para...

Le arrancó otro travesaño.

—Ya está, puedes reciclar esta porquería echándola a la chimenea. O convertirla en un juguete perruno —replicó él al tiempo que lanzaba el travesaño, haciendo que los perros salieran corriendo de nuevo. Tenía que irse, pensó. Ya que se había levantado tan temprano, debería trabajar un poco—. ¿A qué hora tienes la primera clase?

—Primero va la individual. Deberían llegar dentro de una media hora.

—Voy a por más café. ¿Tienes algo que se parezca a un desayuno?

—Simon, no hace falta que te quedes. De vez en cuando tendré que estar sola.

—¿Te he hecho una mecedora y no me puedes ofrecer ni un cuenco de cereales?

Fiona se levantó y le cogió la cara entre las manos.

—Tengo cereales con sabor a frutas.

—Eso no son cereales. Los Frosties son cereales.

—Se me han acabado. Pero tengo gofres.

—Eso ya es otra cosa.

Tardaron varios días, pero en mitad de su última clase de la tarde, Fiona vio un coche de marca nacional recorriendo su camino de entrada... y pensó en los federales.

—Seguid insistiendo hasta que los perros caminen a vuestro lado. Astrid, titubeas y estás muy tensa. Tienes que demostrarle a *Rufus* que eres la líder de la manada.

Se alejó de sus alumnos en dirección al coche. Su propia tensión se disolvió en parte al ver quién era el conductor.

El hombre llevaba un traje oscuro que disimulaba su constitución fuerte, y los mechones canosos de su pelo se habían multiplicado desde la última vez que lo vio.

—Agente especial Tawney. —Le tendió ambas manos—. Me alegro muchísimo de que sea usted.

—Siento que haya tenido que venir alguien, pero me alegro de verte. Ésta es mi compañera, la agente especial Erin Mantz.

La mujer también iba trajeada, un diseño ceñido que enfatizaba un cuerpo fuerte. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta, dejando bien a la vista su rostro

serio y de rasgos definidos.

—Señorita Bristow —la saludó.

—¿Pueden esperar un momento? Me queda un cuarto de hora de clase. Y sin ánimo de ofender, preferiría no anunciarles a mis clientes que el FBI ha venido a verme.

—Sin problemas —le dijo Tawney—. Nos sentaremos en el porche a ver el espectáculo.

—Acabaré lo antes posible.

Mantz se quedó donde estaba un momento.

—Parece que se ha alegrado mucho de verte. No es la bienvenida habitual.

—Estuve con ella cuando escapó de Perry. Como se sentía cómoda conmigo, la acompañé durante el juicio.

Mantz estudió el terreno, la casa y la zona en general a través de las gafas de sol oscuras.

—Y vuelves a la carga.

—Sí, y vuelvo a la carga. Perry está metido en el ajo, Erin, no tengo la menor duda. Y si hay una persona a quien no ha olvidado, es a Fiona Bristow.

Mantz observó con mirada distante a Fiona mientras supervisaba a dueños y a perros.

—¿Eso es lo que vas a decirle?

—Ojalá no tenga que hacerlo.

Tawney subió al porche y una vez allí, como el caballero que era, se sentó en el baúl de los juguetes y dejó que su compañera ocupara la mecedora.

—Vive bastante aislada —señaló Mantz, que se apartó de un salto con las manos extendidas cuando *Bogart* se acercó a ella para saludarla—. No te acerques. Vete.

Tawney se dio unas palmaditas en la rodilla, invitando a *Bogart* a acercarse a él.

—Ven, bonito. ¿Qué te pasa, Erin?

—No me gustan los perros.

Llevaban de compañeros pocos meses y todavía estaban descubriendo los estados de humor y las manías de cada uno.

—¿Qué es lo que no te gusta de ellos?

—El aliento perruno, los arañazos, los dientes afilados... —El rabo de *Bogart* le golpeaba las piernas mientras Tawney lo acariciaba. Así que se puso en pie y se alejó del perro.

En ese momento apareció *Peck*, que le echó un vistazo a Mantz y captó el mensaje. Golpeó la rodilla de Tawney con el hocico.

—Creo que son sus perros. Has leído su expediente, ¿verdad? —le preguntó a Mantz—. Son perros de Búsqueda y Salvamento. Tiene tres. También adiestra a otros. Ha fundado su propia unidad en la isla.

—Pareces un padre orgulloso.

Tawney levantó la vista y enarcó las cejas al escuchar el tono sarcástico.

—Creo que es una chica dura, digna de admiración, que nos ayudó a encerrar a un monstruo al declarar en el juicio, al aguantar la presión, incluso después de que su prometido fuera asesinado.

—Lo siento, lo siento. Es que los perros me ponen nerviosa, y los nervios sacan a la arpía que llevo dentro. También he leído el expediente de Greg Norwood. Era un buen policía. Parecía decente. Un poco mayor para ella, ¿no crees?

—Creo que eso era asunto suyo.

—Un papá orgulloso y protector.

—¿Ese comentario lo dice la arpía nerviosa que llevas dentro?

—Sólo es una observación. Dios, aquí viene otro. —Se alejó otro paso cuando *Newman* subió al porche.

Cuando por fin Fiona terminó la clase, sus tres perros estaban tumbados a los pies de Tawney y su compañera estaba muy tiesa en la otra punta del porche.

—Siento haberles hecho esperar. ¿Se han hecho amigos de mis chicos?

—Yo sí. Pero a la agente Mantz no le gustan los perros.

—Vaya, lo siento. De haberlo sabido no los habría dejado acercarse al porche. ¿Por qué no entramos? Los perros se quedarán fuera. Quedaos fuera —repitió antes de abrir la puerta.

—No tiene valla —señaló Mantz—. ¿No le preocupa que se escapen?

—Están adiestrados para no sobrepasar un punto sin que yo los acompañe. Por favor, siéntense. ¿Les apetece un poco de café? Estoy nerviosa —añadió antes de que Tawney pudiera responder—. Aunque sea usted, aunque estuviera esperando a alguien y me alegre de que sea usted. Prepararé café y así me tranquilizo.

—Me apetece un poco de café.

—¿Sigue tomándolo normal?

El agente sonrió.

—Sí.

—¿Agente Mantz?

—Yo lo tomo igual, gracias.

—No tardo nada.

—Bonito lugar —comentó Mantz cuando volvió a quedarse a solas con su compañero—. Ordenado. Tranquilo, siempre que te guste la tranquilidad. Yo me volvería loca.

—Deb y yo estamos pensando en comprar una casita en el campo cuando nos jubilemos.

Mantz lo miró. Aunque no llevaban mucho tiempo de compañeros, ya lo conocía bastante bien.

—Te volverías loco.

—Sí. Cree que deberíamos dedicarnos a los pájaros.

—¿Se refiere a observarlos o a dispararles?

—A observarlos. ¡Dios, Erin! ¿Para qué iba a dedicarme a dispararles a los pájaros?

—¿Y para qué ibas a observarlos?

Tawney meditó la respuesta un momento.

—Ni puñetera idea.

Fiona regresó con tres tazas en una bandeja.

—Tengo galletas. Las ha hecho Sylvia, lo que quiere decir que es comida sana disfrazada, así que no garantizo el resultado.

—¿Cómo está Sylvia? —preguntó Tawney.

—Está genial. La tienda va viento en popa y se mantiene ocupada. Me ayuda de vez en cuando, dando clases si me llaman para una búsqueda. Es una fanática de la agricultura ecológica, dirige un club de lectura que se reúne todos los meses y está empezando a hablar de clases de yoga... Pero de impartirlas, digo. Y no me callo. Sigo nerviosa.

—Tienes una casa muy bonita. ¿Eres feliz?

—Sí. Necesitaba cambiar de aires, mudarme, y resultó la mejor decisión que podría haber tomado. Me encanta mi trabajo y soy muy buena. Al principio sólo era una forma de escapar, de sumirme en algo de modo que tuviera un motivo para

levantarme por las mañanas. Después me di cuenta de que no era una escapatoria, de que había encontrado mi lugar, mi propósito en la vida.

—Aquí no estás tan a mano como habrías estado en Seattle, al menos en lo que a tu negocio se refiere.

—Cierto. Comencé con algo pequeño, tranquilo. Internet y el boca a boca me han ayudado a ampliar el negocio y a fundar la unidad, a labrarme una reputación. Sigue siendo un negocio pequeño, pero es lo que mejor me va. Y fue una forma estupenda de obligarme a reconocer que vivo en un sitio remoto y que paso mucho tiempo sola o en compañía de personas a las que apenas conozco... al menos al principio.

—¿Investiga a la gente antes de aceptar clientes? —preguntó Mantz.

—No. Gran parte de mis clientes acude a mí por referencias de terceros. De amigos, familiares o compañeros de trabajo que me recomiendan. Es cierto que doy clases individuales de comportamiento, pero son un porcentaje ínfimo del total. La mayoría de las clases consta de cinco a doce perros.

—¿Ha tenido a algún cliente que le haya dado problemas? Alguno que no estuviera satisfecho con los resultados o algo así.

—De vez en cuando. Suelo devolverles el dinero porque es lo mejor para el negocio. Un cliente cabreado puede ponerme de vuelta y media con los amigos, la familia y los compañeros de trabajo, y eso me costaría muchísimo más que devolverle la matrícula.

—¿Qué hace cuando un cliente le tira los tejos? Es una mujer joven y atractiva —continuó Mantz—. Seguro que ha pasado.

Detestaba esa situación, detestaba la intromisión en todos los aspectos de su intimidad. Todas esas preguntas que les hacían a víctimas y sospechosos. Ella no era ninguna de esas cosas, se recordó Fiona.

Era algo totalmente distinto.

—Si el cliente en cuestión es soltero y me interesa, me plantearía la posibilidad de verlo fuera de las clases. —Respondió con sequedad, casi con indiferencia—. No sucede a menudo. Si no está soltero o no me interesa, hay maneras de rechazarlos sin provocar conflictos. —Cogió una galleta, pero se limitó a darle vueltas entre los dedos—. La verdad es que no me imagino a nadie a quien haya rechazado, o que esté insatisfecho con mis clases, mandándome un pañuelo rojo. Es un gesto muy cruel.

—¿Alguien con quien haya cortado? —siguió Mantz—. Los ex cabreados pueden ser crueles.

—No tengo ex cabreados. Y no me tome por una ingenua. Después de perder a Greg y a mi padre, no me interesaban ni las citas ni las relaciones. Tardé dos años antes de salir a cenar con alguien que no fuera un amigo íntimo. No he mantenido una relación seria en mucho tiempo, hasta hace poco.

—¿Mantiene una relación con alguien ahora?

—Estoy saliendo con alguien, sí.

—¿Cuánto llevan?

El resentimiento le formó un nudo en el estómago.

—En total; un par de meses. Vive aquí, en la isla. Estoy trabajando con su perro. No tiene nada que ver con este asunto.

—Nos hace falta su nombre, Fiona, para poder descartarlo.

Fiona miró a Tawney y suspiró.

—Simon Doyle. Es ebanista. Me hizo la mecedora del porche.

—Bonita mecedora.

—El pañuelo lo enviaron desde Oregón. Simon no ha salido de la isla. Agente

Tawney, todos sabemos que sólo hay dos posibilidades. La primera es que alguien que esté siguiendo las noticias sobre los asesinatos haya leído el artículo que ha vuelto a mencionarme, y me haya enviado el pañuelo como una broma macabra o porque le guste el morbo. En ese caso, es muy difícil que lleguen a averiguar de quién se trata. La segunda opción es que quien esté siguiendo el patrón de Perry me lo haya enviado como advertencia, como burla. En ese caso, espero que lo encuentren y lo detengan, pronto. Porque si no lo hacen, tarde o temprano vendrá a por mí para corregir el error de Perry.

—Aguantaste todo lo que sucedió en el pasado sin derrumbarte. Ahora tendrás que volver a hacerlo. El pañuelo que te han enviado es el mismo que los usados en las tres víctimas. El mismo fabricante, el mismo modelo e incluso el mismo tinte.

—Vaya. —Se quedó fría, entumecida bajo una capa de hielo—. No creo que sea una coincidencia.

—Hemos investigado en las tiendas y sabemos que ese pañuelo en concreto, con ese tinte en particular, llegó a los comercios a finales de octubre del año pasado y fue distribuido en la zona de Walla Walla.

—Cerca de la cárcel —murmuró Fiona—. Cerca de Perry. ¿Por qué iba a comprarlos allí si no viviera cerca, trabajara en la zona o hiciera negocios cerca? Un funcionario de prisiones. —Intentó que no le temblara la voz—. Un preso liberado o un familiar. O...

—Fiona, ten por seguro que estamos siguiendo todas las pistas. La agente Mantz y yo hemos interrogado a Perry. Afirma no saber nada de estos asesinatos... porque es imposible que esté involucrado.

—Está mintiendo.

—Sí, está mintiendo, pero no hemos podido hacerlo hablar. De momento. Hemos registrado su celda, varias veces, y están vigilando toda su correspondencia. Hemos interrogado a los funcionarios de la cárcel y a los reclusos que tienen relación con él. Estamos vigilando a su hermana y estamos identificando, localizando y poniéndonos en contacto con cualquier persona (antiguos presos, funcionarios, trabajadores externos o instructores) con la que haya podido tener contacto desde que entró en prisión.

—Hace mucho tiempo. —Soltó la galleta. No podría comérsela a esas alturas —. ¿Cree que está orquestando todo esto? O que al menos prendió la mecha.

—Ahora mismo no tenemos pruebas de...

—No le estoy pidiendo pruebas. —Guardó silencio un momento para moderar el tono—. Le estoy preguntando por su opinión. Confío en su juicio.

—Si no lo está orquestando o no lo ha provocado, estaría furioso. Y aunque habría controlado la furia, yo me habría percatado de su existencia.

Fiona asintió con la cabeza. Sí, Tawney la habría visto. Los dos conocían a Perry. Lo conocían demasiado bien.

—Estamos hablando de su poder, de su logro —continuó Tawney—. Que otra persona recoja ese poder y reclame nuevos logros mientras qué él está encerrado es... insultante, humillante. Pero seleccionar o darle su aprobación a una persona que ocupe su lugar... se enorgullecería y lo complacería mucho. Y eso fue lo que vi cuando lo interrogamos, orgullo y placer. Bajo el autocontrol y la fingida ignorancia, estaba orgulloso.

—Sí. —Asintió de nuevo con la cabeza, se puso en pie y se acercó a la ventana para consolarse viendo a sus perros corretear por el patio delantero y el campo—. Yo pienso igual. También lo he estudiado. Tenía que hacerlo. Tenía que saber qué clase de hombre quería matarme, qué clase de hombre mató al hombre a quien yo amaba cuando no consiguió acabar conmigo. He leído los libros, he visto

los especiales en televisión, he diseccionado todos los artículos de prensa. Después lo deseché todo, lo aparté todo de mi cabeza porque necesitaba parar. Él nunca ha parado —añadió tras volverse hacia ellos—. Nunca lo ha hecho, ¿verdad? Sólo ha estado esperando su momento. Pero ¿por qué no ha enviado a su discípulo a por mí desde el primer momento, antes de que pudiera prepararme? —Meneó la cabeza y desechó la pregunta como si la respuesta fuera evidente—. Porque yo soy el premio gordo... Soy el plato principal, el motivo. Y hay que crear la tensión apropiada antes de llegar al punto álgido. ¿Las demás? Son los entremeses.

—Es una manera muy cruda de expresarlo —comentó Mantz.

—Es una manera cruda de pensar, pero eso es lo que él hace. Es una especie de revancha, ¿verdad? La última vez gané yo. Ahora quiere cambiar ese resultado. Tal vez desde la distancia y a través de un sustituto, pero así limpiará su historial. Y los entremeses le proporcionan una satisfacción enfermiza con el aliciente añadido de hacer que el premio gordo se eche a temblar. Quiere mi miedo. Es parte de su método y también gran parte de su recompensa.

—Podemos trasladarte a un lugar seguro, ofrecerte protección.

—Ya he pasado por eso —le recordó Fiona a Tawney— y él se limitó a esperar su oportunidad. Me ganó la partida y mató a Greg. No puedo volver a poner mi vida en suspenso, me niego a darle el gusto. Ya me ha quitado demasiado.

—Ahora tenemos más pistas —le dijo Mantz—. No es tan cuidadoso ni tan inteligente como Perry. Enviarte el pañuelo fue una estupidez. Quería burlarse de ti. Comprarlos todos a la vez en una misma zona fue otro error. Lo encontraremos.

—Estoy segura de que lo harán, y espero que sea pronto, antes de que alguien más muera. Pero no puedo esconderme mientras lo hacen. No es por ser valiente, sino realista. Yo llevo las de ganar en este terreno. Tendrá que venir aquí. Tendrá que venir a la isla.

—La policía local no puede controlar a todas las personas que se bajan del ferry.

—Cierto, pero si consigue llegar tan lejos, no va a enfrentarse a una chica de veinte años.

—Al menos debería tomar más precauciones —le aconsejó Mantz—. Debería instalar cerraduras mejores. Y tendría que pensar en poner un sistema de alarma.

—Tengo tres. Y no es un chiste —añadió—. Los perros me acompañan a todas partes, y varias personas vienen a ver cómo estoy varias veces al día, policías y amigos. Simon se queda conmigo por las noches. Y la semana que viene me voy un par de días fuera con una amiga y mi madrastra. Un amigo vendrá a quedarse aquí con su perro para cuidar de los míos y de la casa.

—Lo mencionaste en tu blog.

Sonrió a Tawney.

—Lee mi blog.

—Te sigo la pista, Fiona. Dijiste que te ibas un par de días con unas amigas para desconectar y recargar las pilas, y que tenías la intención de relajarte y de mimarte.

—Un spa —comentó Mantz.

—Eso es.

—No dijiste el lugar exacto al que ibas.

—No, porque cualquiera puede leer un blog. Hablaré de la experiencia después si me parece interesante. Pero casi todo lo que escribo en el blog está relacionado con los perros. No soy una inconsciente, agente Tawney.

—No, no lo eres. Aun así, me gustaría que me dieras la información, que me dijeras dónde vas a estar, la fecha exacta y el medio de transporte.

—Vale.

El móvil de Tawney sonó y él levantó un dedo.

—¿Te importa darle la información a la agente Mantz? —preguntó antes de salir al porche para contestar.

—Vamos a ir en coche a las cataratas de Snoqualmie el martes que viene —le dijo Fiona—. Vamos al Spa y Balneario de la Tranquilidad. Volveremos el viernes.

—Parece un buen plan.

—Y será estupendo. Es nuestra versión personal de un largo fin de semana, porque los fines de semana suelen ser los días más bulliciosos para nosotras. Voy con Sylvia y con una amiga, Mai Funaki, nuestra veterinaria.

Mantz anotó la información antes de mirar a Tawney, que entraba de nuevo.

—Tenemos que irnos.

Fiona se puso en pie al mismo tiempo que Mantz.

—Han encontrado a otra.

—No. Han denunciado la desaparición de una joven de veintiún años. Salió de su piso alquilado alrededor de las seis de la mañana, a pie, de camino al gimnasio de la universidad. No ha llegado a su destino.

—¿Dónde? —quiso saber Fiona—. ¿Dónde la han secuestrado?

—Medford, Oregón.

—Un poco más cerca —murmuró—. Ojalá sea fuerte. Ojalá encuentre una escapatoria.

—Seguiremos en contacto, Fiona. —Tawney se sacó una tarjeta—. Puedes llamarme a cualquier hora. Te he apuntado mi teléfono particular en el dorso.

—Gracias. —Los acompañó al porche y se quedó con los brazos cruzados por delante del pecho, contra su desbocado corazón, y con los perros sentados a sus pies, mirando cómo se alejaban—. Buena suerte —susurró.

Después entró en la casa para coger la pistola.

Capítulo 15

Simon estaba tallando las volutas que adornaban el frontal del aparador para la vajilla de Meg Greene mientras escuchaba a The Fray. Meg, una mujer que sabía perfectamente lo que quería —salvo cuando cambiaba de opinión—, le había pedido que modificara el diseño cuatro veces antes de dar con el definitivo.

Para asegurarse de que no volvía a cambiar de opinión, había aparcado todos los demás proyectos y había concentrado todos sus esfuerzos en el aparador. Un cabrón enorme y bonito, en su opinión, que sería el rey del comedor de Meg. En un par de días estaría listo y después, mientras le aplicaba el tinte y el barniz, podría ponerse en serio con el pie del lavabo. E intercalarlo con algunas piezas para Syl, de modo que estuvieran listas cuando volvieran de su estancia en el spa.

De esa forma, si las dejaba en la tienda durante su ausencia, no podría obligarlo a hablar con los clientes. Una motivación más que suficiente.

Si comenzaba la jornada temprano, lograba adelantar bastante el trabajo, un detalle que casi compensaba el hecho de tener que pararse en determinados momentos del día en vez de trabajar de tirón hasta caer rendido.

En su opinión, esas pausas eran contraproducentes aunque tuviera las cosas muy claras, pero saber que Fiona estaría sola si él no iba a verla lo desconcentraba por completo. Claro que ese arreglo tenía sus beneficios, y no sólo por el sexo.

Le gustaba escucharla hablar, escuchar las anécdotas que le habían sucedido a lo largo del día. No sabía por qué, pero lo relajaba. Casi siempre.

Además, estaba el perro. Todavía se perseguía su propio rabo como si estuviera enloquecido, le robaba los zapatos... y alguna que otra herramienta si se descuidaba. Pero parecía muy contento y era muchísimo más listo de lo que había pensado en un principio. A esas alturas se había acostumbrado a que *Tiburón* se echara una siesta enroscado debajo de su banco de trabajo o a que estuviera corriendo fuera del taller. Y el diablillo era capaz de perseguir una pelota como el mejor jugador de béisbol.

Se apartó un poco para inspeccionar su trabajo.

Sin saber muy bien cómo y sin que su opinión contara en absoluto, se había hecho con un perro y una mujer. Y ya no se imaginaba los días, ni las noches, sin ellos.

Había avanzado más de lo que esperaba. Le echó un vistazo al reloj que había colgado en la pared y comprobó con sorpresa que sólo habían pasado un par de horas, aunque le parecían muchas más desde que regresó después del descanso para comerse un sándwich y jugar a tirarle la pelota a *Tiburón*.

Frunció el ceño y se sacó el móvil del bolsillo. Al comprobar la hora en la pantalla, soltó un taco.

—¡Joder! ¿Por qué no me has recordado que le cambiara las pilas al trasto ese? —le preguntó a *Tiburón* cuando lo vio entrar por la puerta del taller.

El perro se limitó a mover el rabo y a soltar el palo que llevaba entre los dientes.

—No tengo tiempo para eso. Venga, en marcha.

Por regla general, intentaba llegar a casa de Fiona mucho después de que

hubiera acabado su última clase, a fin de evitar a los más rezagados. Si no lo hacía, ella empezaba a presentarle a todo el mundo y se veía obligado a hablar con ellos. Sin embargo, se programaba de forma que no estuviera sola más de quince o veinte minutos.

En su caso, era importante mantener el equilibrio. Pero llevaba dos horas de retraso.

¿Por qué no lo había llamado? ¿No era normal que las mujeres llamaran y dijeran: «¡Oye, llegas tarde! ¿Qué pasa?»? Claro que no podía decirse que entre ellos hubiera una relación formal. Siempre se despedía con un escueto «Nos vemos», se marchaba y luego volvía.

Directo y sencillo, nada de complicaciones.

—Se supone que las mujeres son las que llaman —le dijo a *Tiburón* mientras se subían a la camioneta—. Y te dan la tabarra todo el día. Así es como funciona el mundo. Pero Fiona no. Ella no pregunta si voy a llegar para la cena, ni si puedo hacerle el favor de comprar leche, ni si se me ha ocurrido sacar la basura. —Meneó la cabeza—. A lo mejor me está consintiendo para ver si así... acabo más colado por ella de lo que ya estoy. Pero no lo está haciendo, que es precisamente uno de los motivos por los que me tiene coladito, e incluso saco la basura por iniciativa propia porque es lo que hay que hacer.

Se percató de que el perro no lo estaba escuchando, porque tenía la cabeza asomada por la ventanilla. De modo que era mejor no malgastar saliva hablando solo.

No había razón para sentirse culpable sólo porque llegara dos horas más tarde de lo normal, se dijo. Él tenía su trabajo. Ella tenía el suyo. Además, añadió para sus adentros mientras enfilaba el camino de acceso a la propiedad de Fiona, si ella hubiera llamado, no llegaría tan tarde.

A lo mejor no había podido llamar. Se le contrajo el estómago. Si le había pasado algo...

Escuchó los disparos mientras atravesaba el puentecillo y pasaba entre los dos canelos, cuajados de flores blancas como la nieve.

La velocidad hizo que la parte trasera de la camioneta derrapara antes de detenerse, momento en el que vio que los perros de Fiona rodeaban la casa. Escuchó los disparos a pesar del zumbido atronador que el miedo le había provocado en los oídos y bajó de la camioneta de un salto. Dejó la puerta abierta mientras corría hacia ellos. Al ver que se detenían de repente, fue consciente de los ensordecedores latidos de su corazón. Respiró hondo para llamarla y la vio.

No estaba desangrándose en el suelo, sino de pie y colocando un cargador nuevo en la pistola que tenía en la mano.

—¡Dios! —La ira se apoderó de él, arrastrando el miedo a su paso. Antes de que Fiona se volviera hacia él, la agarró de un brazo y le dio un tirón para que lo mirara—. ¿Qué coño estás haciendo?

—Ten cuidado. Está cargada —le advirtió ella al tiempo que bajaba la pistola y apuntaba al suelo.

—Ya sé que está cargada. Te he oído disparar la maldita pistola como si fueras Annie Oakley. Me has dado un susto de muerte.

—Suéltame. Llevo tapones —le dijo—. No te oigo. —Se los quitó en cuanto él la soltó—. Sabes que tengo una pistola y sabes que he estado practicando. No sé por qué te cabreas.

—Me cabreo porque acabas de quitarme de golpe cinco años de vida. Y ya tenía planes hechos.

—Lo siento. No se me ocurrió mandarte una circular para informarte de que iba

a practicar un poco. —Sus ademanes eran tan rabiosos como su tono de voz mientras guardaba la pistola en la funda que llevaba en el cinturón y se alejaba para colocar de nuevo la hilera de latas y botellas de plástico que obviamente había matado antes de su llegada.

—Si quieres, podemos discutirlo, puesto que sabías que iba a venir y que podía asustarme al oír los disparos.

—Yo no sé si vas a venir o no. Hasta ahora apareces sin más.

—Si no te gusta, deberías habérmelo dicho.

—Me da igual. —Se pasó las manos por el pelo—. Me da igual —repitió—. Diles a los perros que entren, si quieres. Ya me queda poco.

—¿Qué bicho te ha picado? Creo que te conozco un poco, así que no me digas que no estás mosqueada porque tu cara dice todo lo contrario.

—No tiene nada que ver contigo. Deberías llevar dentro a *Tiburón*. Mis perros están acostumbrados a los disparos, él no.

—Pues así vemos qué hace.

—Vale.

Fiona sacó la pistola, adoptó la postura que había visto usar a los policías en la televisión y en las películas, y disparó. *Tiburón* se acercó y se pegó a él, pero observó con la cabeza ladeada (igual que él) cómo salían volando las latas y las botellas.

—Buena puntería, vaquera.

Sin sonreír siquiera, Fiona se alejó para colocar blancos nuevos. Tras ella, las enormes hojas de los arces, cuyas ramas estaban cuajadas de racimos de flores, resplandecían a la luz del sol.

Un extraño contraste, en su opinión, de violencia y paz.

—¿Quieres disparar?

—¿Por qué?

—¿Alguna vez lo has hecho?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Hay muchas razones. Para cazar, por deporte, por curiosidad o para defenderte.

—No cazo. Mi concepto del deporte va más en la línea del béisbol o del boxeo. Nunca he sentido curiosidad por las armas y prefiero usar los puños. Déjame verla.

Fiona le puso el seguro al arma, la descargó y se la dio.

—Pesa menos de lo que esperaba.

—Es una Beretta. Una semiautomática muy ligera y muy letal. Dispara quince balas.

—Vale, enséñame.

Fiona la cargó, volvió a descargarla y le enseñó cómo ponerle el seguro.

—Es de doble acción, así que está lista para disparar aunque no esté amartillada. No tiene mucho retroceso, pero debes tener cuidado. Ponte derecho, con los pies separados y el peso bien distribuido. Estira los dos brazos y coloca la mano izquierda debajo de la mano derecha, con los codos bien firmes, para lograr más estabilidad. Tienes que inclinar un poco el torso hacia el objetivo.

Lo dijo con el tono de un instructor, pero no era el tono que ella usaba durante sus clases. Fiona siempre hablaba con alegría, ternura y entusiasmo. En esa ocasión había usado un tono seco y monótono.

—¿Hay que recordar todo eso mientras las balas vuelan?

—Pues no, y es posible que dependiendo de la situación tengas que adoptar otra postura o quizá usar una sola mano, pero para las prácticas de tiro creo que ésta postura es la mejor. Y como en todo lo demás, con la práctica se vuelve

instintivo. Inclina la cabeza para mirar al blanco a través de la guía del cañón. Intenta darle a la botella de dos litros.

Simon disparó. Y falló.

—No te inclines tanto y pon los pies mirando hacia el blanco. Apunta a la parte baja de la botella.

En esa ocasión le dio de refilón.

—Vale. Acabo de herir a la botella de Pepsi Light. ¿No tengo recompensa?

Fiona sonrió, un poco, pero sin entusiasmo.

—Aprendes rápido y tengo cerveza. Inténtalo un par de veces más.

Simon era consciente de que le había cogido el tranquillo y acababa de confirmar que la actividad no lo emocionaba especialmente.

—Es muy ruidosa. —Le puso el seguro al arma y la descargó tal como ella le había enseñado—. Y ahora tienes un montón de envases reciclables muertos en el patio. Supongo que no es lo mismo disparar a unas cuantas latas y botellas que dispararle a algo de carne y hueso. ¿De verdad serías capaz de apuntar a una persona con esto y apretar el gatillo?

—Sí. A mí me dispararon con una pistola eléctrica, me drogaron, me ataron de pies y manos, me amordazaron y me metieron en el maletero de un coche. Lo hizo un hombre que quería matarme sólo por el placer de hacerlo. —Esos serenos ojos azules eran tan letales como la Beretta—. Si hubiera tenido una pistola, la habría usado. Si alguien intenta hacerme eso otra vez, la usaré sin pensármelo siquiera.

Una parte de él lamentó escuchar la respuesta que necesitaba escuchar. Le devolvió el arma.

—Ojalá nunca tengas que demostrar lo que acabas de decir.

Fiona enfundó el arma, cogió una bolsa y comenzó a recoger los casquillos.

—Preferiría no tener que hacerlo. Pero me siento mejor.

—Algo es algo.

—Siento mucho haberte asustado. Ni quiera pensé en que oirías los disparos cuando llegaras. —Se inclinó para acariciar con fuerza a *Tiburón*—. Qué bien lo has hecho, ¿eh? Los ruidos fuertes no te afectan. Los perros de Búsqueda y Salvamento tienen que tolerar los ruidos sin asustarse. Te doy la cerveza en cuanto recoja las botellas y las latas.

¡Qué raro!, pensó Simon, había aprendido a reconocer sus cambios de humor. Era raro y también un tanto incómodo.

—¿Tienes vino?

—Claro.

—Yo recojo los cadáveres. Tú sirve el vino y si te apetece, usa esa voz tan erótica y engatusa a los del restaurante italiano para que nos traigan la cena. Me apetecen unos espaguetis.

—Mi voz no es erótica.

—Sí que lo es. —Le quitó la bolsa de las manos y se alejó por el campo de tiro improvisado.

Cuando acabó, Fiona estaba sentada en el porche trasero y en la mesita descansaban dos copas de vino tinto.

—Tardarán unos tres cuartos de hora. Están un poco liados.

—No hay problema. —Se sentó y cogió su copa—. Aquí tampoco te vendrían mal unas sillas decentes.

—Lo siento. Necesito un minuto. —Abrazó al perro más cercano, hundió la cara en su pelo y se echó a llorar.

Simon se puso en pie, entró en casa y regresó con un trozo de papel de cocina.

—Mientras me mantenía ocupada, estaba bien —confesó sin dejar de abrazar

a *Peck*—. Debería haber seguido haciendo cosas.

—Dime dónde guardas la pistola y te la traigo para que sigas practicando con las latas.

Fiona negó con la cabeza que levantó mientras soltaba un suspiro muy sentido.

—No, creo que ya estoy bien. ¡Dios, qué poco me gusta ponerme así! Gracias —murmuró cuando él le colocó el papel de cocina en la mano.

—Ya somos dos. ¿Qué ha pasado para que te pongas así?

—He tenido visita del FBI. El agente especial Don Tawney, que llevó la investigación del caso de Perry. Me ayudó muchísimo durante aquella época, y eso ha hecho que repetir la experiencia fuera más fácil. Tiene una compañera nueva. Una mujer impresionante. La imagen televisiva del FBI, vamos. No le gustan los perros. —Se inclinó y le dio un beso a *Peck* entre las orejas—. Ella se lo pierde. A lo que iba... —Cogió la copa para beber un sorbo de vino—. Que la visita ha despertado a los fantasmas, aunque ya me lo esperaba. Han analizado el pañuelo, el que me han enviado. Es idéntico al modelo que ha usado el asesino con las tres víctimas. El mismo fabricante, el mismo tinte. Ha comprado una docena en una tienda cercana a la cárcel. Cerca de la cárcel donde Perry está encerrado. Así que adiós a la vana esperanza de que alguien me lo haya mandado para gastarme una broma macabra.

Simon notó que la ira le quemaba las entrañas.

—¿Qué están haciendo al respecto?

—Siguiendo pistas, descartando opciones, buscando nuevos enfoques. Lo de siempre. Tienen controlado a Perry, sus contactos, su correspondencia. Están casi seguros de que se conocen. Es posible que se pongan en contacto contigo porque les he dicho que pasas las noches aquí. —Colocó los pies en la silla y se abrazó las piernas—. De repente, he caído en la cuenta de que estar conmigo es una tarea complicada. Normalmente no es así, o eso creo. No necesito mucha atención porque sé cómo apañármelas sola y lo prefiero así. Pero ahora mismo... en fin, que si quieres que lo dejemos un tiempo, lo entiendo.

—Eso es mentira.

—No lo es —replicó Fiona, que volvió la cabeza para enfrentar su mirada.

Simon atisbó por fin el brillo en esos ojos azules.

—Pensaría que eres un cabrón egoísta y despreocupado, y un cobarde, pero lo entendería.

—Soy un cabrón egoísta y despreocupado, pero no soy un cobarde.

—No eres ninguna de esas cosas. Bueno, un poquito cabrón sí, pero forma parte de tu encanto. Simon, ha desaparecido otra mujer. Encaja con la descripción de las demás víctimas.

—¿Dónde?

—En la zona central de Oregón, justo al norte de la frontera con California. Sé lo que debe de estar pasando ahora mismo esa chica, lo asustada que está, lo confundida. Sé que parte de sí misma no puede creer, porque se niega a creerlo, que le esté pasando a ella. Y sé que como no encuentre la forma de escapar, como el destino no intervenga de alguna manera a su favor, encontrarán su cadáver en cuestión de días, enterrado a poca profundidad, con un pañuelo rojo en el cuello y un número escrito en una mano.

Necesitaba pensar en otra cosa, decidió Simon. El autocontrol requería canalizar cualquier tipo de emoción a través de la lógica.

—¿Por qué elegía Perry universitarias deportistas?

—¿Cómo?

—Digo yo que habrás pensado en eso. El FBI y los loqueros habrán escrito ríos

de tinta sobre eso.

—Sí. Su madre era así. Era una atleta, una corredora. Al parecer, estuvo a punto de ser seleccionada para participar en los Juegos Olímpicos durante su época universitaria. Pero se quedó embarazada y en vez de seguir con otros intereses o con su carrera, se convirtió en madre de dos hijos, una mujer amargada, insatisfecha y casada con un hombre extremadamente religioso. Los dejó. Un día abandonó a su marido y a los niños sin más.

—Desapareció.

—Es una forma de decirlo. Pero está viva y coleando. El FBI la localizó en cuanto identificaron a Perry como el asesino. Vive, o vivía, a las afueras de Chicago. Es profesora de Educación Física en un colegio privado femenino.

—¿Por qué el pañuelo rojo?

—Perry le regaló un pañuelo rojo a su madre cuando tenía siete años. Ella los abandonó unos meses después.

—Así que estaba matando a su madre.

—Estaba matando a la chica que era su madre antes de que se quedara embarazada, y antes de que se casara con el hombre que, según ella y todos los que los conocían, la maltrataba. Estaba matando a la chica de la que ella se pasaba el día hablando, a la alegre estudiante universitaria que tenía toda una vida por delante antes de cometer un error, antes de acabar cargando con un bebé. Eso es lo que dijo el psiquiatra.

—¿Y a ti qué te parece?

—Que es una excusa de mierda para causar dolor y miedo. De la misma manera que el asesino actual está usando a Perry como excusa.

—Piensas así por lo que te hizo. Pero la motivación es importante.

Fiona soltó la copa.

—¿De verdad crees...?

—Si me dejas terminar, te digo lo que creo. La motivación es importante —repitió—, porque la razón que te lleva a hacer una cosa influye en tu modo de hacerla, en la persona a quien se la haces o por quién lo haces. Y en lo que consigues al final, si te planteas las cosas hasta ese extremo.

—Me da exactamente igual por qué mató a esas mujeres y a Greg, y por qué trató de matarme a mí. Me da igual.

—Pues debería importarte. Porque sabes muy bien por qué lo hizo. —Señaló al perro—. Juegos, elogios y recompensas. Y ganas de complacer a quien te ofrece todo eso. Lo sabes, te atienes a ese esquema, los tratas de esa manera, y eso te hace tan buena en tu trabajo.

—No veo la relación entr...

—No he acabado. Perry era bueno en lo que hacía. Y estaba haciendo algo en lo que no era bueno cuando lo pillaron. De hecho, lo pillaron en cuanto se desvió del esquema que dominaba.

—Mató a Greg y a *Kong* a sangre fría. —Se levantó de la silla empujándola hacia atrás—. ¿Te parece eso un desvío?

Simon se encogió de hombros y le dio un sorbo al vino.

—No sé adónde quieres llegar.

—Porque prefieres seguir enfadada.

—Por supuesto que prefiero seguir enfadada. Soy humana. Tengo sentimientos. Lo amaba. ¿Alguna vez has querido a alguien?

—De esa manera, no.

—¿Ni a Nina Abbott?

—¡Por Dios, no!

Lo dijo con un deje asombrado y desdeñoso que no dejó lugar a dudas.

—No me ha parecido una pregunta tan fuera de lugar.

—A ver, es una mujer preciosa, con mucho talento, sexy y lista.

—Qué asco de tía...

Encantado con la respuesta, Simon soltó una carcajada.

—Tú has sacado el tema. Me gustaba, salvo cuando perdía la cabeza y se volvía loca. Cosa que si no recuerdo mal, le pasaba cada dos por tres. Al principio sólo había chispas y un buen calentón, luego melodrama. A ella le encantaba ser melodramática. Era la reina del melodrama. A mí no me gustaba. Punto.

—Supongo que pensé que había algo más que...

—No había nada más. Y de todas formas no estábamos hablando de mí.

—Así que esperas que sea lógica y objetiva con respecto a Greg, a Perry y a todo esto. Debería ser más analítica cuando...

—Puedes ser lo que te dé la gana, pero si no lo haces, si no enfocas esto de forma objetiva y ves el conjunto al completo, no te va a servir de nada practicar con la pistola por mucho que lo intentes. ¡Por Dios, Fiona! ¿Vas a llevarla encima las veinticuatro horas del día los siete días de la semana? ¿Vas a llevarla encima durante las clases o cuando vayas al pueblo a comprar leche? ¿Así es como vas a vivir?

—Si no me queda más remedio, sí. Estás cabreado —dijo—. Es difícil de saberlo porque sabes disimular muy bien. Llevas cabreado desde que llegaste, pero sólo lo has demostrado brevemente en un par de ocasiones.

—Mejor para los dos así.

—Sí, claro, porque si no te conviertes en Simon Reparteleña. Vienes todas las noches. Supongo que el cabreo se deberá en parte a eso. —Con actitud pensativa, cogió la copa y se acercó al poste, donde se apoyó mientras lo observaba y se llevaba el vino a los labios—. Tienes que dejar lo que estés haciendo, meter unas cuantas cosas en el macuto y conducir hasta aquí. No te dejas nada atrás cuando te vas, salvo que se te olvide algo. Porque eres desordenado. Y eso es otra cosa que haces obligado todos los días.

Al final Fiona había conseguido darle la vuelta a la tortilla y en ese momento era él el tema de conversación, comprendió. Tenía un don, sí.

—No hago nada obligado.

—Cierto. —Asintió y bebió otro sorbo—. Sí, es cierto. Consigues una cena y sexo, pero no lo haces por eso. No sólo por eso, quiero decir. Hasta cierto punto tiene que molestarte. Y la verdad es que hasta ahora no le he dado la importancia que merece.

—No lo hago para conseguir recompensas.

—No, el refuerzo positivo no es tu estilo. Esas cosas te dan igual. Haces lo que te apetece y si surge alguna obligación, un perro o una mujer, te las apañas para encajarlo todo y sigues haciendo lo que te apetece. Los problemas están ahí para solucionarlos. Medir, cortar y encajar las piezas hasta que todo funcione como tú quieres. —Levantó la copa a modo de brindis antes de beber otro sorbo—. ¿Te parece bien como análisis sobre la motivación?

—No está mal, pero no estábamos hablando de mí.

—En parte sí, en mi opinión. A ver, estaba muy bien cuando sólo era un rollo. Me refiero a lo nuestro. Nunca había tenido una aventura de este estilo, en serio, así que la novedad me tenía maravillada, porque todo era fácil y emocionante. Un tío buenísimo que me pone a cien. Con bastantes cosas en común y las diferencias justas para que resulte interesante. Me gusta su forma de ser, tal vez porque es muy distinto al tipo de hombre que suele gustarme. Creo que a él le pasa igual conmigo.

Pero eso cambia sin que me dé cuenta... o al menos sin que yo lo admita. Y el rollo se convierte en una relación —Volvió a llevarse la copa a los labios y después suspiró—. Eso es lo que hay entre nosotros, Simon. Una relación, lo queramos o no, y sin importar si estamos o no preparados. Y por más absurdo que sea, por inútil e injusto que sea, en parte siento que le estoy siendo infiel a Greg. Así que prefiero enfadarme. Prefiero no tener que admitir que lo nuestro no es una aventura, que no es un problema, que sólo es un rollo pasajero que puedo dejar atrás cuando quiera.

Los perros abandonaron el porche cual corredores después del pistoletazo de salida y corrieron a la parte delantera de la casa.

—Supongo que ahora tendrás que volver a medir y a encajar las piezas de otra forma. La cena ha llegado. Deberíamos comer dentro. Está refrescando. —Entró en la casa y lo dejó preguntándose cómo narices habían acabado hablando de él.

Ya en la cocina, Fiona recalentó la pasta en el microondas. Cuando Simon entró, vertió los espaguetis en un cuenco, colocó el pan de ajo en un plato y llevó el vino a la mesa. Estaba a punto de volverse con los platos en las manos, pero él se lo impidió aferrándola por los hombros.

—Tengo algo que decir sobre el tema.

—Vale. ¿El qué?

—Te lo diré cuando lo sepa.

Fiona esperó. Y esperó un poco más.

—¿Lo estás meditando ahora mismo?

—No.

—Pues entonces deberíamos comer antes de que se enfríe.

—No pienso competir con un fantasma.

—No. No, en serio, Simon, créeme. Sé que no es justo. Greg fue el primero para mí, en muchos aspectos. —Soltó los platos y volvió en busca de los cubiertos y las servilletas—. Y el modo en que lo perdí me dejó cicatrices. Desde entonces no ha habido nadie importante en mi vida como para tener que examinar esas cicatrices. No sabía que tendría que hacerlo cuando empecé a sentir algo por ti. Creo que me he enamorado. Pero no se parece en nada a lo que sentía por Greg, así que estoy hecha un lío, pero así están las cosas, al menos por mi parte. Y es un dilema para los dos. —Sirvió el vino en ambas copas—. Y te agradecería mucho que me dijeras lo que opinas al respecto cuando lo averigües.

—¿Y ya está? —replicó él—. ¡Hala, tenemos una relación y, por cierto, creo que estoy enamorada de ti! Dime lo que opinas...

Fiona se sentó y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Un buen resumen. El amor siempre ha sido una constante en mi vida. —Se sirvió los espaguetis—. Siempre aporta algo, resalta las cosas buenas y plantea un sinfín de posibilidades. Pero no soy tonta y sé que si tú no sientes lo mismo por mí, porque no quieres o porque no te sale, lo pasaré mal. Ése es el dilema. Porque sé que el amor ni se fuerza ni se exige. Y ya he pasado por lo peor que se puede pasar. Si no me quieres, por el motivo que sea, lo pasaré mal. Pero lo superaré. Además, a lo mejor me equivoco. —Probó los espaguetis—. Con Josh Clatterson me equivoqué.

—¿Quién es Josh Clatterson?

—Un velocista. —Enrolló unos cuantos espaguetis en el tenedor—. Me pasé dos años colada por él, en el instituto, y el verano intermedio. Pero al final resultó que no era amor. Sólo me gustaba cuando lo veía correr por la pista. Así que a lo mejor sólo me gusta tu físico y ese olor a serrín que tienes casi siempre.

—Todavía no me has visto correr.

—Cierto. A lo mejor babeo el día que lo haga. —Sonrió al ver que él por fin se sentaba—. Voy a intentar ser lógica y objetiva.

—Por lo que veo, se te da de muerte.

—¿Te refieres a lo nuestro? Supongo que es un mecanismo de defensa.

Simon frunció el ceño mientras comía.

—Si me dices que es un mecanismo de defensa, deja de serlo.

—Cierto. En fin, pues dicho queda. Me refería a ser lógica y objetiva sobre Perry y lo que está pasando. Tenías razón al respecto, tenías razón al decir que es importante comprender la motivación. No intentó matarme porque sí. Lo hizo porque yo representaba algo, al igual que las demás. Y como cometió un error conmigo, necesitaba... ¿imponer un castigo? ¿Esa sería la palabra correcta, «castigo»?

—Es una buena elección, sí.

—Tendría que ser algo mucho más cruel que lo que le había hecho a las demás. Porque la muerte en sí es algo definitivo. Aunque supongo que si no lo hubieran cogido, al final habría ido a por mí otra vez. Porque se vería obligado a hacerlo. A atar ese cabo suelto. ¿Cómo voy?

—Sigue.

—Perry sabía que era muy difícil seguir adelante cuando sabes que un ser querido ha muerto porque tú estás vivo. Lo sabía, lo comprendía y lo usó para hacerme sufrir por... por romper su racha de buena suerte, su récord. ¿Por algo más? —preguntó al ver que Simon negaba con la cabeza.

—Por abandonarlo —añadió él.

La respuesta hizo que apoyara la espalda en la silla.

—Por abandonarlo —repitió—. Me escapé. Huí. No me quedé donde él me dejó. Ni... acepté su regalo. El pañuelo. Vale, supongamos que eso es cierto, ¿qué debo sacar en claro?

—Que nunca te ha olvidado. Lo abandonaste y aunque logró hacerte daño, él es el único que ha sido castigado. No puede alcanzarte, no puede cerrar el círculo, no puede atar ese cabo. No con sus propias manos. Necesita que alguien lo haga por él. Un sustituto. Un representante. ¿Dónde lo encuentra?

—Algún conocido, otro preso.

—¿Por qué iba a usar a alguien que ya ha fallado?

Fiona tenía el corazón casi en la garganta.

—No, es cierto. Prefiere esperar. Es muy paciente. Así que espera hasta que encuentra a alguien que le parece lo bastante listo, lo bastante bueno. El asesinato de estas mujeres, me refiero a las víctimas del sustituto, es una especie de promoción. Sí, ahora lo veo. Una macabra forma de practicar.

—Y entre los dos se están riendo del mundo. «Me encerrasteis, pero no habéis podido frenarme.»

—Me estás asustando.

—Me alegro. —Esos ojos verdosos adquirieron un brillo feroz en ese momento—. Tienes que sentir miedo, y tienes que pensar. ¿Qué motiva al sustituto?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¡Fi, por Dios! No sé para qué lo preguntas con lo lista que eres. ¿Por qué sigue alguien el camino de otra persona?

—Por admiración.

—Ajá. Y decides entrenar a alguien para que te imite, para que siga tus pasos, cuando quieres ¿qué?

—Elogio y recompensa. Eso significa que mantienen contacto, pero han registrado la celda de Perry, controlan sus visitas... y la única que va a verlo es su

hermana.

—¿Sería la primera vez que alguien consigue meter algo en una cárcel de forma clandestina? O viceversa, claro. ¿Perry le envió algún pañuelo a alguna mujer antes de secuestrarla?

—No.

—De modo que este tipo se ha desviado del plan. A veces sigues el camino de otro porque quieres impresionarlo, o superar sus logros. Tiene que ser alguien con quien se ha visto más de una vez. Alguien que haya podido evaluar, en quien confíe y con quien hable en privado. Un abogado, un psiquiatra, un consejero o un funcionario de la prisión. Algún miembro del personal de mantenimiento o un administrativo. Alguien a quien Perry haya analizado, escuchado, observado, estudiado. Alguien en quien haya visto algo. Alguien que le recuerde a sí mismo.

—Vale. Alguien lo bastante joven como para ser manipulado y adiestrado, pero lo bastante maduro como para confiar en él. Lo bastante listo como para no limitarse a seguir instrucciones a ciegas y ser capaz de ajustarse a cada situación concreta. Alguien capaz de viajar sin suscitar preguntas sobre su paradero y sobre los motivos de sus desplazamientos. Por tanto, un hombre soltero y que vive sólo. Como Perry. El FBI tendrá un perfil a estas alturas.

—Un hombre con gran resistencia física y fuerza —añadió Simon—. Con un vehículo propio, posiblemente un modelo que no llame la atención en absoluto. Con ingresos suficientes para afrontar los gastos de comida, de combustible y de alojamiento.

—Y que conozca la zona donde las secuestra y adonde las lleva. Eso implica mapas y tiempo para explorar los alrededores. Pero por debajo de todo eso, ¿no tendría que haber mucho más? El verdadero motivo. ¿Crees que se trata de la admiración por Perry? Nadie lo haría por ese motivo a menos que sea exactamente igual que él. ¿Qué ha llevado a ese sustituto a ser como Perry?

—Una mujer. O varias mujeres. No está matando a la madre de Perry. Yo diría que en este caso, la madre de Perry sólo es una sustituta.

Tenía sentido, reconoció Fiona, aunque no sabía en qué la beneficiaba particularmente. Tal vez bastara el hecho de que tuviera sentido. Porque así tenía una teoría que explicaba a lo que se enfrentaba, o mejor, a quién se enfrentaba.

Supuso que también ayudaba que Simon la obligara a pensar. Que no le prometiera que no iba a pasarle nada, que él la protegería de todo mal. Porque en ningún momento se habría creído esas afirmaciones, reflexionó mientras intentaba librarse de la tensión con un baño caliente. Tal vez la hubieran consolado, pero no se las habría creído.

Simon no hacía promesas. Ni hablar. De hecho, se cuidaba mucho de hacerlas. En vez de despedirse con un «Luego vuelvo», prefería un vago «Nos vemos». Aunque, claro, un hombre que no hacía promesas no podía romperlas.

Greg había hecho promesas y las había cumplido en la medida de lo posible. De repente, cayó en la cuenta de que nunca se había preocupado por ese tipo de cosas con Greg, nunca lo había puesto en tela de juicio, nunca había dudado de él. Había sido su amor romántico antes de que la secuestraran, y su apoyo más firme después.

Pero ya no estaba. A lo mejor ya iba siendo hora de asumirlo de verdad.

Se envolvió en una toalla y entró en el dormitorio al mismo tiempo que Simon lo hacía desde el pasillo.

—Los perros querían salir —dijo mientras se acercaba. Le pasó los dedos por el pelo que se había recogido en la coronilla—. Un nuevo peinado.

—No quería que se me mojara el pelo. —Hizo ademán de quitarse las

horquillas, pero él se lo impidió retirándole la mano.

—Yo lo hago. ¿Ya se te ha pasado el bajón?

La pregunta le arrancó una sonrisilla.

—Ni siquiera era un bajón.

—Has tenido un día duro. —Le quitó una horquilla.

—Pero ya ha acabado.

—No del todo. —Le quitó otra horquilla—. El olor es el quid de la cuestión, ¿verdad? Así es como encuentras a alguien. Yo llevo el tuyo todo el día conmigo. Podría encontrarte lo quisiera o no. Lo quisieras tú o no.

—Que yo sepa, no me he perdido.

—Te encontraría de todas formas. —Le quitó la última horquilla y el recogido se deshizo—. ¿Por qué es tan excitante ver cómo cae una melena femenina? ¿Por qué lo eres tú?

Antes de que Fiona pudiera contestar, la silenció con sus labios, con suavidad, con dulzura y muy despacio. Ella se entregó al beso igual que se había metido en la bañera, suspirando de placer.

Durante un instante, un brevísimo instante, Simon se limitó a abrazarla mientras le acariciaba el pelo y la espalda. Esa actitud la desarmó... un consuelo que no le había pedido y una muestra de afecto que era un regalo inesperado.

Simon le quitó la toalla y la dejó caer al suelo. Y siguió abrazándola sin más.

—¿Por qué eres tan excitante, Fiona? —repitió—. ¿Cómo es posible que me excites y me reconfortes al mismo tiempo sólo con acariciarte? ¿Qué quieres de mí? Nunca me pides nada. A veces me pregunto si es una estrategia por tu parte. —Con los ojos clavados en los suyos, la instó a caminar de espaldas hacia la cama—. ¿Es un truco para cazarme? Pero no lo es. Porque tú no eres así.

—No quiero nada de ti si tengo que obtenerlo mediante artimañas.

—Cierto. —La cogió en brazos, la sostuvo un momento y después la dejó sobre la cama—. De todas formas, me has atrapado. Y ahora soy yo el que está perdido.

Fiona tomó su cara entre las manos.

—Yo te encontraré.

Simon no estaba acostumbrado a la ternura, a ese sentimiento que poco a poco se adueñaba de él. Ni a esa necesidad de darle todo lo que ella no le había pedido. Era más fácil dejarse llevar por el torbellino, dejarse arrastrar. Para los dos. Pero esa noche prefería la calma, esa noche intentaría aliviar los miedos que vislumbraba en el fondo de esos ojos azules.

«Relájate. Déjate llevar.» Fiona se entregó al beso como si escuchara sus pensamientos. Un beso que le ofreció serenidad y ternura. Un beso lento y dulce, una exploración exquisita que poco a poco dio paso a una chispeante pasión.

En ese momento comprendió que se había equivocado. Era ella la que estaba perdida. Era ella la que flotaba a la deriva en un lugar desconocido donde las sensaciones se iban superponiendo hasta nublar la mente y seducir el cuerpo.

Se rindió al momento, se rindió a Simon. Se rindió a esos labios que habían conquistado poco a poco los suyos mientras sus manos la recorrían con un sinfín de caricias que aliviaron su atribulada alma.

El dormitorio, tenuemente iluminado, se transformó. Se convirtió en una arboleda mágica teñida de verde y plata por la luz de la luna, perfumada con un aroma fragante y dulzón. No sabía qué camino había tomado, pero no le importaba vagar por ese lugar desconocido, demorarse en sus recovecos, dejarse guiar.

Simon la besó en el cuello y después sus labios se trasladaron a los hombros hasta que notó un cosquilleo por todo el cuerpo, sometido a su dulce asalto. Exploró sus pechos a placer y le arrancó un gemido mientras arqueaba el cuerpo a modo de

ofrenda.

Se dio un festín con ella, pero fue un festín exquisito.

Sus manos y sus labios la recorrieron, dejando a su paso dulces estelas que le arrancaron suspiros, que la estremecieron, que la condujeron por una suave pendiente en dirección a una cumbre dorada desde donde saltó para mecerse en la brisa.

Y Simon compartió la magia, hundido en ella, rodeado por el aura brillante del momento, sumergido en la lenta cadencia de sus movimientos. Se dejó seducir mientras la seducía, hechizado al escuchar que murmuraba su nombre, hechizado por sus caricias, por el sabor de su piel.

Fiona lo acogió en su húmedo y cálido interior, lo aceptó en su cuerpo, lo abrazó. El deseo era lento y tierno, dulce y esponjoso incluso mientras se avivaba.

Y cuando llegó al precipicio y se dejó caer, lo hizo a las profundidades de esos ojos azules.

Capítulo 16

Francis Eckle leía la carta de Perry en la destartalada cabaña que había alquilado, situada en la magnífica cordillera Cascade. Hacía muchos meses que habían decidido la ruta, la fecha, las ciudades, las universidades y los lugares de enterramiento.

O al menos lo había hecho Perry, se corrigió.

Haberlo preparado todo con antelación facilitaba la tarea de acceder a la correspondencia que Perry conseguía enviarle desde la cárcel. Su respuesta siempre seguía el mismo cauce, a través del confesor de Perry, que creía en su sincero arrepentimiento.

Al principio estaba eufórico con la correspondencia, con el intercambio de detalles y de ideas. La comprensión que encontraba en Perry, su guía y su aprobación significaban mucho para él.

Por fin había encontrado alguien que lo veía de verdad.

Alguien con quien no necesitaba máscara ni fingimientos, porque conocía las cadenas que ambas cosas implicaban. Alguien, por fin, que lo había ayudado a reunir el valor para romper dichas cadenas y liberar a quien era en realidad.

Un hombre, un amigo, un compañero que le ofrecía compartir el poder que se obtenía al librarse de los grilletes impuestos por las reglas y el buen comportamiento, y al abrazar al depredador.

El profesor se convirtió en un alumno aplicado, dispuesto a aprender, a explorar todo el conocimiento y la experiencia que tanto tiempo se había negado. Pero estaba convencido de que ya había llegado la hora de graduarse.

La hora de traspasar las barreras y los dogmas que tan meticulosamente le había enseñado.

Al fin y al cabo eran reglas, y las reglas ya no eran válidas.

Contempló los dos dedos de whisky del vaso. Perry había decretado que no podía probar las drogas, el alcohol ni el tabaco durante el itinerario. El cuerpo y la mente debían permanecer puros.

Pero Perry estaba en la cárcel, pensó, y bebió un sorbo, saboreando el placer de la rebelión. El itinerario ya no le pertenecía.

Había llegado el momento de dejar su huella. O la siguiente huella, porque ya se había desviado del plan al enviarle el regalito a esa zorra de Fiona Bristow.

Cómo le gustaría haberle visto la cara cuando abrió el sobre. Cómo le gustaría haber olido su miedo.

Pero ya llegaría ese momento, muy pronto.

También se había desviado al alquilar esa cabaña. Un gasto mayor que el que supondría una sucia habitación de motel, pero que prefería por la privacidad que otorgaba.

Necesitaba privacidad para realizar el siguiente desvío del cuidadoso plan trazado por su mentor.

Perry le había regalado una vida nueva, una libertad nueva, y lo honraría acabando lo que su mentor no había podido acabar: mataría a Fiona. Pero mientras tanto había muchas cosas que hacer, y había llegado el momento de ponerse a

prueba.

De celebrar lo que era.

Bebió otro sorbo de whisky. Dejaría lo que quedaba para después. Atravesó sigilosamente la estancia en dirección al cuarto de baño, donde se quitó la ropa para admirar su cuerpo. Se había depilado por completo la noche anterior y le encantaba el tacto suave y firme de los músculos que había tonificado con su continuo esfuerzo. Perry tenía razón en lo referente a la fuerza y a la disciplina.

Se acarició, satisfecho con la erección que le provocaba la anticipación. Después se puso un condón. La violación no entraba en sus planes. Pero los planes podían alterarse. En cualquier caso, la clave estaba en protegerse, pensó mientras se ponía unos guantes de piel.

Era hora de liberarse. De explorar ese terreno desconocido.

Volvió al dormitorio, encendió la luz de la lamparita y observó a la preciosa mujer que tenía atada a la cama. Deseó poder quitarle la cinta adhesiva de la boca para escuchar sus gritos, sus súplicas, sus gemidos de dolor. Pero alguien más podría escucharlos también, de modo que se contentó con imaginarlos.

En cualquier caso, contaba con la súplica de su mirada. Con los gritos de su mirada. Había esperado hasta que el efecto de la droga pasara porque la quería consciente para que se debatiera, para que su miedo perfumara el aire.

Sonrió encantado al comprobar que se había lastimado las muñecas y los tobillos en sus intentos por liberarse de las cuerdas. El plástico que cubría la cama crujía cada vez que retorcía el cuerpo.

—No me he presentado —dijo—. Me llamo Francis Xavier Eckle. He pasado años dando clases a muchas zorras inútiles como tú que me olvidaban a los cinco minutos de desaparecer de su vista. Nadie me veía porque siempre he estado escondido. Pero como puedes ver... —extendió los brazos y vio las lágrimas que le caían por las sienes—, ya no me escondo. ¿Me ves? Asiente con la cabeza como una niña buena.

Al ver que lo obedecía, se acercó a la cama.

—Voy a hacerte daño. —Sintió que el deseo se extendía por sus entrañas al verla forcejear, al escuchar sus salvajes súplicas contenidas por la cinta adhesiva—. ¿Quieres saber por qué? «¿Por qué yo?», estarás pensado. «¿Por qué no?», te respondo yo. ¿Qué te hace tan especial? Nada.

Se subió a la cama y se sentó a horcajadas sobre ella. Sopesó la idea de la violación de forma desapasionada mientras ella intentaba quitárselo de encima a patadas o volviendo el cuerpo. Y la rechazó, al menos de momento.

—Pero vas a ser especial. Voy a hacerte famosa. Saldrás en la tele, en los periódicos y en internet. No hace falta que me des las gracias.

Apretó los puños, cubiertos con los guantes de piel, y los empleó a fondo.

Fiona titubeó mientras lo repasaba todo. Tenía la maleta en el coche. Lo había dejado todo dispuesto. Había preparado listas, muy largas, admitió, detallándolo todo. Había dispuesto un plan B para ciertas cosas. E incluso algún que otro C.

Sin embargo, volvió a repasarlo todo en busca de algún cabo suelto que se le hubiese escapado, algo que hubiera pasado por alto, que necesitara disponer.

—Vete —le ordenó Simon.

—Todavía me quedan unos minutos. Creo que debería...

—Salir pitando ya. —Para ponerle fin al asunto, Simon la cogió por un brazo y la obligó a salir de casa.

—Si uno de los perros se pone enfermo o se hace daño...

—Tengo el nombre y el número del veterinario que sustituye a Mai. Tengo tu número de teléfono, el del hotel, el de Mai y el de Sylvia. James también los tiene todos. Lo tenemos todo. Por triplicado. Entre los dos creo que podremos solucionar cualquier cosa salvo un holocausto nuclear o una invasión extraterrestre.

—Lo sé, pero...

—Cállate. Vete. Si quiero llegar a casa antes de mediodía llevando a cuatro perros conmigo, tengo que ponerme en marcha ya.

—Te lo agradezco mucho, Simon. Sé que es demasiado trabajo. James recogerá a mis chicos...

—Después del trabajo. Está en la lista, anotado junto con la hora y sus números de teléfono. Fijo y móvil. Creo que lo único que te ha faltado ha sido describir la ropa que va a llevar. ¡Lárgate ya! Voy a disfrutar de tres días sin escucharte.

—Me echarás de menos.

—Ni lo sueñes.

Eso le arrancó una carcajada mientras se agachaba para acariciar a los perros y abrazarlos.

—Vais a echarme de menos, ¿a que sí, chicos? Pobrecitos, mira que tener que pasar el día con este cascarrabias... No pasa nada. James os rescatará luego. Sed buenos. Sed buenos, ¿eh? —Se enderezó—. Vale. Me voy.

—Gracias a Dios.

—Y gracias a ti por dejarlos jugar con *Tiburón* durante el día. —Le dio un beso fugaz en la mejilla y abrió la portezuela de su coche.

Simon la agarró por el brazo y la obligó a volverse con brusquedad.

—A lo mejor te echo un poquito de menos, si de repente me acuerdo de ti en algún momento, no sé. —Le colocó el pelo detrás de las orejas—. Pásatelo bien. —La cogió de la mano—. De verdad. Pásatelo muy bien.

—Lo haré. Lo haremos. —Se subió al coche y sacó la cabeza por la ventanilla —. Que no se te olvide...

Simon usó la palma de la mano para volver a meterle la cabeza en el interior.

—Vale, vale. Adiós.

La observó alejarse con los perros sentados a su lado.

—Muy bien. Empieza el día de los chicos. Ya podéis rascaros las pelotas si las tenéis.

Volvió a la casa para hacer un rápido recorrido y comprobar que todo estaba en orden.

—Aquí nunca huele a perro —murmuró—. ¿Cómo lo consigue?

Cerró con la llave y se dirigió a su camioneta.

—Todos arriba. Nos vamos de paseo.

Lo obedecieron casi a la vez y se acomodaron en el asiento del copiloto o en el estrecho asiento trasero, salvo *Newman*.

—Vamos, tenemos que irnos —le dijo mientras el perro lo observaba sentado en el suelo—. Volverá dentro de unos días. —Le dio unas palmaditas al asiento—. Arriba, *Newman*, vamos. ¿No confías en mí?

El perro pareció sopesar la pregunta y tras decidir que podía fiarse de él, subió de un salto.

Mientras trabajaba a lo largo de la mañana pensó en ella de pasada... varias veces. Almorzó sentado en el porche del taller, con las piernas colgando por el borde, y les lanzó a los perros unos cuantos trocitos de salami (Fiona no lo aprobaría) para ver cómo corrían en su busca. Dedicó otros veinte minutos a lanzarles palos y pelotas en la playa, y se partió de la risa cada vez que alguno

acababa en el agua, por la que pasaron todos.

Volvió al trabajo con la radio a todo volumen y cuatro perros mojados secándose al sol.

No los escuchó ladrar por culpa de los gritos de AC/DC, pero levantó la cabeza al ver la sombra que atravesaba el vano de la puerta.

Soltó las herramientas para coger el mando a distancia y detener el reproductor justo cuando Davey entraba.

—Tienes una manada de perros ahí afuera.

—Fiona se ha ido unos días.

—Sí, lo sé. Fin de semana de chicas con Syl y Mai. He pensado que pasaré un par de veces al día por su casa para echarle un ojo. Oye... ¿qué es eso?

Simon pasó la mano por el lateral del tocón. Le había quitado la corteza y había empezado a lijarlo en basto. Estaba boca abajo, con las raíces hacia arriba.

—Es el pie de un lavabo.

—A mí me parece un tocón pelado y con las raíces hacia arriba.

—Ahora mismo lo es.

—Simon, perdona que te diga pero que eso sea el pie de un lavabo suena raro de narices.

—Es posible.

Davey deambuló por el taller.

—Tienes muchas cosas empezadas —comentó mientras pasaba junto a las sillas, las mesas y el armazón de una vitrina, con las puertas y los cajones encolados y sujetos por unos cuantos gatos—. He visto las piezas a medida que les has hecho a los Munson. Son preciosas. Muy bonitas. Oye, esto es una maravilla.

Simon clavó la vista en el armario botellero de Fiona, igual que lo hacía Davey.

—No está acabado. Pero no creo que hayas venido para analizar mi trabajo.

—No. —Davey se metió las manos en los bolsillos con una expresión muy seria —. Mierda.

—La han encontrado. A la chica que desapareció la semana pasada.

—Sí. Esta mañana a primera hora. En el Crater Lake National Park. La ha retenido mucho más que a las otras, así que los federales pensaban que tal vez había logrado escapar o que tal vez no la había secuestrado el asesino. Que era otro. ¡Por Dios, Simon! Le dio una paliza brutal antes de matarla. Perry nunca les infligía ese tipo de tortura. A las tres primeras no les hizo nada. Pero el resto concuerda. El pañuelo, la colocación del cuerpo. Tenía el número cuatro escrito en la mano.

Simon se acercó hasta el frigorífico y lo abrió, porque ansiaba moler algo a puñetazos. Sacó dos Coca-Colas y le lanzó una a Davey.

—Está descubriendo su propio estilo. Es lo que todos hacemos. Aprendemos, imitamos y después desarrollamos nuestro estilo. Está experimentando.

—¡Por Dios, Simon! —Davey se pasó la fría lata por la cara antes de abrirla—. Ojalá no llevaras razón. Ojalá no estuviera de acuerdo contigo.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Quiero saber qué opinas. ¿Llamamos a Fi para decírselo?

—No. Necesita alejarse de todo esto unos días.

—En eso también estoy de acuerdo contigo, pero la noticia estará en todos los medios.

—Llama a Syl. Díselo a ella y... mierda. Dile que la obligue a hacer un pacto entre chicas. Nada de noticias, ni de televisión, ni periódicos, ni internet. Nada de... ya sabes, nada que perturbe la paz, el nirvana, el ambiente místico femenino o como narices quieran llamarlo. Syl sabrá cómo manejar la situación.

—Sí, es cierto. Buena idea. Simon, esa chica tenía veinte años recién cumplidos. Su padre murió en un accidente hace dos años. Era hija única. Su madre perdió a su marido y ahora ha perdido a su única hija. Se me revuelve el estómago al pensarlo. —Se libró de la sensación con la ayuda de la Coca-Cola—. Supongo que llamarás a Fi todas las noches.

No había planeado hacerlo. Le parecía muy... adolescente.

—Sí. Hablaré con ella. Allí estará bien.

Pero mientras volvía al trabajo reconoció que estaría en vilo hasta que regresara.

Fiona regresó a la villa en la gloria, casi flotando sobre sus recién masajeados pies. Al entrar la recibieron el perfume de las flores y unos relajantes acordes de música New Age. Atravesó la zona de estar con esos sofás que la invitaban a sentarse y sus lustrosos muebles, y salió a la floreada terraza donde Sylvia descansaba entre sol y sombra.

—Me he enamorado. —Fiona se dejó caer en una tumbona con un suspiro emocionado—. Me he enamorado de una mujer llamada Carol que me ha robado el corazón con sus manos mágicas.

—Pareces relajada.

—¿Relajada? Tengo las piernas y los brazos tan laxos como un espagueti cocido. Soy el espagueti cocido más feliz de toda la costa norte del Pacífico. ¿Y tú?

—Me han librado de las toxinas, frotado, masajeado y pulido. La decisión más importante de todo el día es qué cenar esta noche. Estoy pensando en quedarme a vivir aquí durante el resto de mi vida.

—¿Quieres una compañera de habitación? ¡Dios, Syl! ¿Por qué no se nos ha ocurrido hacerlo antes?

Sylvia, cuya abundante melena estaba recogida de forma desordenada sobre la coronilla, soltó la revista que estaba leyendo y la miró a través de las gafas de cristales rosados que le protegían los ojos.

—Hemos caído en la trampa de «soy una mujer muy ocupada sin tiempo para darme un capricho». Pero ya nos hemos liberado. Tengo un decreto que anunciar.

—Estoy a tus órdenes.

—Durante este merecido período de indulgencia, sólo leeremos novelas de ficción y/o revistas de moda para entretenernos. —Le dio unos toquecitos a la portada de la revista que había dejado sobre la mesa—. Sólo pondremos la tele para ver películas divertidas, ligeras y frívolas, si nos apetece ver películas. Desterraremos todo pensamiento sobre el trabajo y las únicas decisiones que tomaremos durante este paréntesis temporal serán si usamos el servicio de habitaciones o el restaurante, y el color del que queremos que nos pinten las uñas de los pies.

—Tienes mi apoyo incondicional y absoluto. ¿Todavía no ha vuelto Mai?

—Nos cruzamos en la sala de relajación, las dos en la gloria. Me dijo que iba a nadar un rato.

—Yo me hundiría como una piedra y me ahogaría si lo intentara. —Estaba a punto de desperezarse, pero decidió que el esfuerzo requeriría demasiada energía—. Carol ha equilibrado mi chi, o igual ha alineado mis chakras, no sé. El caso es que o bien el chi o bien los chakras me tienen en un estado de éxtasis absoluto.

Mai entró en ese momento ataviada con uno de los esponjosos albornoces del spa y se dejó caer en una silla.

—Señoras, ¿esto es un sueño? —les preguntó—. ¿Seguro que no es un

sueño?

—Es nuestra realidad durante tres maravillosos días. —Sylvia se levantó y entró en el salón.

—He elegido el tratamiento de renovación de mente, cuerpo y espíritu. Me siento renovada. —Mai echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Quiero renovarme todos los días durante el resto de mi vida.

—Syl y yo vamos a quedarnos a vivir aquí. Voy a casarme con Carol.

—Bien. Seré vuestra invitada permanente. ¿Quién es Carol?

—Carol ha usado su magia para arreglarme el chi o los chakras, o las dos cosas, y tengo que hacerla mía, sólo mía, para siempre.

—Richie me ha renovado. Podría casarme con Richie y así evitaría la humillación de seguir quedando a ciegas.

—Creía que te gustaba el dentista.

—Periodontista. Me gustaba lo bastante como para verlo una segunda vez, aunque durante la segunda cita se pasó una hora hablando de su ex. Una zorra que nunca se ha quitado de encima, que se gasta el dinero a espuertas, que lo dejó pelado después del divorcio, etcétera, etcétera. Sam, el periodontista, acabó en el cubo de la basura con Robert, el psicólogo; con Michael, el gerente de seguros; y con Cedric, el abogado y escritor inédito.

—Estarías mejor con Richie.

—Y que lo digas.

Ambas miraron hacia la puerta y Fiona abrió los ojos de par en par al ver que Sylvia salía con una bandeja de plata.

—¿Champán? ¿Eso es champán?

—Champán y fresas con cobertura de chocolate. He decidido que cuando tres mujeres tan ocupadas como nosotras, tres grandes amigas, deciden darse un capricho, hay que celebrarlo.

—¡Vamos a beber champán en la terraza de nuestra suite en el spa! —exclamó Fiona mientras aplaudía—. Es un sueño.

—¿Lo merecemos?

—Ya te digo. —Mai aplaudió cuando Sylvia descorchó la botella. Una vez que sirvió el champán, alzó su copa—. Por nosotras —dijo—, y por nadie más.

Fiona acercó su copa a la de Mai con una carcajada.

—Me parece genial. —Probó el champán—. ¡Desde luego que sí! Syl, ha sido una idea fantástica. Ésta es la guinda del pastel.

—Tenemos que hacer un pacto. Vamos a repetir esto todos los años en primavera. Tenemos que venir, renovarnos, equilibrarnos, beber champán y ser mujeres —propuso Mai, que volvió a alzar su copa.

—Cuenta conmigo. —Fiona brindó de nuevo y sonrió mientras Sylvia hacía lo propio—. Ni siquiera sé qué hora es. No recuerdo la última vez que pasé un día entero sin pensar en mi horario, sin que necesitara pensar en él. En realidad, había hecho uno para estos días. La hora de ir al gimnasio, de las clases a las que asistir, el tiempo que dedicar a nadar un poco o a relajarme en la sauna antes de los tratamientos... —Fingió arrancar la hoja de un cuaderno que arrojó al suelo—. Aquí no hay sitio para la Fi organizada. La Fi del spa hace lo que quiere cuando quiere.

—Me apuesto lo que quieras a que la Fi del spa se levantará antes de las siete y saldrá corriendo al gimnasio.

—Es posible —reconoció Fiona, dándole la razón a Mai—. Pero la Fi del spa no se guiará por un horario. Y todo gracias a la sorprendente Carol. Cinco minutos en la mesa de masajes y me olvidé de cómo estarían los perros con Simon, de cómo estaría Simon con los perros, de cómo se las apañarían los de la unidad si nos

llaman mientras yo estoy aquí... de qué estaría haciendo la policía para... No —se interrumpió—. Ni siquiera voy a mencionarlo. Todo desapareció difuminado por el éxtasis, el cual pienso perpetuar ahora mismo con más champán.

Todas repitieron.

—¿Cómo va lo de las citas, Mai? —preguntó Sylvia.

—Le estaba contando a Fi lo de la decepción que he sufrido con el periodontista. Está obsesionado con su ex —añadió.

—Eso nunca es bueno.

—El primer tío —siguió Mai, que procedió a llevar la cuenta también con los dedos— llevaba todos los comentarios ensayados, y cuando por fin logré sacarlo del guión, resultó ser un tostón y sufrir de tal estrechez de miras que dudo mucho que tenga espacio para considerar pensamientos nuevos. El segundo era un tío astuto que se lo tenía muy creído y que esperaba darse un revolcón. ¿El tercero? Una mezcla extraña y desagradable entre el primero y el segundo. Voy a intentarlo una vez más, pero creo que puedo dar el experimento por fallido.

—¡Qué pena! ¿No hay ni uno con el que puedas cenar de vez en cuando? —preguntó Sylvia.

—No. Te juro que las conversaciones más interesantes que he mantenido con el género masculino de la especie durante estas dos últimas semanas han sido con Tyson.

—¿Con el sheriff Tyson? —terció Fiona—. ¿El de la isla de San Juan?

—Ajá. Está pensando en adquirir un perro. Quiere un perro de Búsqueda y Salvamento. Me ha llamado para pedirme consejo y para que lo oriente un poco.

—¿En serio? —Fiona cogió una fresa y clavó la mirada en ella—. ¿Es que no hay veterinarios en la isla de San Juan?

—Supongo que los habrá, pero yo trabajo con perros de Búsqueda y Salvamento. —Mai se encogió de hombros—. Hablar con alguien que tiene experiencia en el tema es de gran ayuda.

—Has dicho «conversaciones» —señaló Sylvia—. En plural.

—Sí, hemos hablado unas cuantas veces. Está pensando en un labrador o en un mestizo de labrador porque le gustan los perros de Fi. Pero luego se le ocurrió que era mejor ir directamente al refugio para ver qué encontraba o tal vez echar un vistazo por internet para ver qué perros hay disponibles que necesiten un hogar. Es muy tierno —añadió—. Le está dedicando mucho tiempo y lo está meditando mucho.

—Además de comentarlo contigo —añadió Fiona, que intercambió una mirada con Sylvia.

—Pues sí. Cuando volvamos del Paraíso del Spa lo acompañaré al refugio a echar un vistazo.

—¿Te ha pedido que vayas con él al refugio de animales?

—Necesita un poco de apoyo moral y profesional —contestó, pero acabó mirando a Fiona con los ojos como platos—. ¡Venga ya! No es eso. Ni que me hubiera invitado a dar un paseo en barco a la luz de la luna. No es eso.

—Un hombre, un hombre soltero, te llama varias veces para hablar sobre uno de tus intereses y acaba invitándote a salir. ¿Y no es eso? —le preguntó Fiona, que le hizo un gesto a Sylvia—. Opinión, por favor.

—Es absoluta y completamente eso.

—Pero...

—Tienes el radar tocado —la interrumpió Sylvia—. Has estado tan concentrada en conocer a gente nueva, buscando esa chispa y algún interés en común, que no te has fijado en la atención que te demuestra un conocido.

—No, pero... ¡Dios, esperad un momento! —Cerró los ojos y levantó un dedo

mientras rememoraba las conversaciones que habían mantenido y los tonos de las mismas—. ¡Mierda! Tienes razón. ¡Y yo en Babia! Mmm.

—¿Cómo que «Mmm»? ¿Eso es bueno o malo? —quiso saber Fiona.

—Creo que... bueno. Es un tío interesante, divertido cuando deja de lado su papel de policía, íntegro y un poco tímido. Además de atractivo. Y un poco ladino por lo que se ve, cosa que me gusta. Me ha engatusado para que quedemos. Me siento... halagada —comprendió—. ¡Por Dios, estoy emocionada de verdad! Hoy me han renovado y tengo un tío que me interesa y al que yo le intereso. Un día excelente.

—En ese caso... —dijo Sylvia mientras rellenaba las tres copas—, menos mal que he metido otra botella de champán en el frigorífico.

—Qué lista eres —replicó Mai—. ¿A quién le apetece cenar aquí mismo más tarde, en pijama, bebiendo champán hasta que se nos suba a la cabeza, y rematar la velada con algún postre con una escandalosa cantidad de calorías?

Todas levantaron la mano.

—Estoy enamorada de Simon —confesó Fiona de buenas a primeras y después meneó la cabeza—. ¡Vaya por Dios! Acabo de estropear la celebración por lo del sheriff Tyson. Nada, corramos un tupido velo.

—Estás de coña, ¿verdad? —le preguntó Mai—. Tyson... ¿Por qué insisto en llamarlo por su apellido? Ben y las posibilidades de quedar con él pueden esperar. Explícate. ¿Enamorada en plan letras mayúsculas o en plan: me lo estoy pasando pipa, estoy muy contenta y él está que te mueres?

—En letras mayúsculas, con gran parte de lo segundo, motivo por el que lo confundí por completo al pensar que se trataba sólo de eso, pero no lo es. No en su totalidad. ¿Por qué no puedo tener un rollo como una persona normal? Estoy complicando las cosas.

—La vida es complicada, ¿qué sentido tendría si no lo fuera? —Sylvia esbozó una sonrisa deslumbrante a pesar de tener los ojos llenos de lágrimas—. Creo que esto es maravilloso.

—No sé si es maravilloso o no, pero es real. Aunque nunca me había imaginado que me enamoraría de un hombre como Simon.

—Hace mucho que dejaste de imaginar cosas al respecto —señaló Sylvia.

—Es posible, pero si lo hubiera hecho, mi hombre ideal no sería Simon Doyle. No para un amor en letras mayúsculas.

Mai apoyó un codo en la mesa y le hizo un gesto con la copa.

—¿Por qué te has enamorado de él? ¿Cuáles son sus aptitudes?

—No sé. Es solitario, y yo no. Se irrita con facilidad y yo no. Es desordenado y muy directo, le da exactamente igual parecer maleducado, y sólo suelta información sobre sí mismo cuando se la sacas con cuchara o cuando le apetece.

—Esto es música para mis oídos —murmuró Sylvia.

—¿Por qué, oh, venerable sabia? —le preguntó Mai.

—Porque no es una fantasía perfecta. Tiene defectos y Fiona los reconoce. Significa que se ha enamorado del hombre que es en realidad, no del hombre que ella quiere que sea.

—Me gusta como es. Y además de lo anterior, me hace reír, y es un buen hombre. El hecho de que no muestre mucho esa faceta hace que su bondad resulte mucho más impactante. Ni se molesta en decir algo que no piensa de verdad, porque es muy sincero.

—¿Te quiere?

Fiona respondió a la pregunta de Mai encogiéndose de hombros.

—No lo sé. Lo que sí tengo claro es que si alguna vez me lo dice, será porque

es cierto. De momento, me gusta lo que tenemos. Necesito tiempo para acostumbrarme a estos sentimientos, y para estar segura de que no está conmigo porque... de que sólo sigue conmigo porque... porque tengo problemas.

—Seguro que cuando os disteis el revolcón en la mesa del comedor no pensó: «¡Oye, esta tía tiene problemas!».

Fiona asintió con la cabeza.

—Ahí le has dado. Eso se merece otra copa de champán. Voy a por la segunda botella.

Mai esperó a que Fiona entrara para preguntarle a Sylvia:

—Hemos hecho lo correcto al no contarle lo del asesinato, ¿verdad?

—Sí. Necesita esto. Al parecer, las tres lo necesitamos, pero ella más que ninguna. Ya tendrá tiempo para enfrentarse a las noticias.

—Por cierto, creo que él la quiere.

Sylvia sonrió.

—¿Por qué?

—Porque le dijo a Davey que te llamara a ti en vez de que la llamara a ella y porque sugirió que no le dijéramos nada. Nosotras la queremos, por eso no se lo decimos. Y creo que habríamos hecho lo mismo aunque Davey no nos lo hubiera aconsejado. Simon ha demostrado el mismo instinto que tenemos nosotras. Un instinto fruto del amor, eso es lo que creo.

—Yo también.

—A lo mejor no es el amor con mayúsculas, pero...

—De momento es suficiente, y eso es lo que ella necesita. Sinceramente, Mai, creo que se necesitan el uno al otro, y que su relación los fortalecerá y los beneficiará. Al menos eso es lo que espero.

Mai echó un vistazo hacia la puerta y bajó la voz.

—Le he dicho al botones que no nos deje el periódico por las mañanas. Por precaución.

—Bien pensado.

Escucharon el sonido de la botella de champán al descorcharse seguido del grito de júbilo de Fiona.

—Sácatelo de la cabeza —murmuró Sylvia—, así evitaremos que ella piense en el tema.

Capítulo 17

Teniendo en cuenta a qué se dedicaba y los trabajos de jardinería que iba a llevar a cabo durante los próximos meses, Fiona sabía que hacerse la manicura era una pérdida de tiempo y de dinero.

Pero estaban en la Central de la Indulgencia.

Y también era su último día, se recordó. Le sacaría todo el provecho y volvería a casa con unas manos y unos pies estupendos, aunque se destrozara las uñas a las veinticuatro horas de haber vuelto a la realidad.

Además, era una sensación estupenda.

Admiró el discreto tono porcelana que le habían aplicado a sus uñas recién limadas mientras metía los pies en el agua caliente de la bañera para pies que el sillón de pedicura tenía en la parte baja. Un sillón, pensó, que era como estar en la gloría porque vibraba en la zona de la espalda.

Cindy, artífice de sus bonitas uñas, le llevó un vaso de agua con rodajitas de limón.

—¿Cómoda?

—Hace mucho que dejé atrás la comodidad y voy de camino a la gloria.

—Eso es lo que queremos escuchar. ¿Quiere el mismo esmalte para las uñas de los pies?

—Mmm, liémonos la manta a la cabeza con los pies. El Púrpura Pasión.

—¡Genial! —Cindy le cogió los pies, se los secó y se los embadurnó con arcilla verde caliente—. Vamos a dejar que la mascarilla se seque durante unos minutos, así que relájese. ¿Puedo traerle algo?

—Estoy servida.

Fiona se acomodó en el sillón, abrió el libro y se sumergió en la comedia romántica que era tan alegre como el esmalte de uñas que había elegido para los pies.

—¿Es bueno? —preguntó Cindy cuando regresó para quitarle la mascarilla.

—Lo es. Perfecto para mi estado de ánimo. Me siento contenta, relajada y guapa.

—Me encanta leer. Me gustan las novelas de terror y de asesinatos morbosos. No sé por qué me relajan, pero es la verdad.

—A lo mejor porque cuando estás leyendo un libro sabes que estás a salvo, así que es divertido asustarse.

—Pues sí. —Cindy comenzó a pasarle la piedra pómez por el talón—. Detesto escuchar las noticias porque... en fin, porque es real, y suelen ser espantosas. Accidentes, desastres naturales, crímenes...

—O política.

—Que es mucho peor. —Cindy soltó una carcajada—. Pero cuando se leen esas cosas horribles que pasan en los libros, te queda la esperanza de que los buenos ganen. Me gusta cuando ganan. Cuando salvan a la chica, o al chico, cuando salvan a la Humanidad. Cuando atrapan al asesino y hacen que pague. En la realidad, no siempre pasa. Me da miedo que no atrapen al loco que está matando a esas chicas. Ya van cuatro. ¡Oh! ¿Le he hecho daño?

—No. —Fiona se obligó a relajar el pie de nuevo—. No, no me has hecho daño. ¿Cuatro?

—Encontraron a la cuarta hace un par de días. En la cordillera Cascade, en Oregón. Sé que está a muchos kilómetros de distancia, pero estoy muy asustada. Si tengo que quedarme hasta tarde, mi marido viene a recogerme. Supongo que es una tontería porque no soy universitaria, pero me da miedo.

—No creo que sea una tontería. —Bebió un poco de agua para aliviar la sequedad que sentía en la garganta—. ¿A qué se dedica tu marido? —preguntó para cambiar de tema, de modo que Cindy se pusiera a parlotear y ella pudiera pensar.

Un par de días. El decreto de Sylvia: nada de periódicos ni de televisión.

Su madrastra ya estaba al tanto, lo que quería decir que Mai también lo sabía. Y la habían mantenido en la inopia. Para proporcionarle un poco de paz mental, supuso. Un poco de tranquilidad antes de que la realidad volviera a agarrarla del cuello.

De modo que les devolvería el favor, decidió. Fingiría que no sabía nada durante ese último día. Aunque la muerte la atormentara, de momento podría guardarse esos fantasmas.

No era propio de él, pensó Simon mientras miraba con el ceño fruncido las flores que había en la mesa de la cocina de Fiona. Él no compraba flores.

Salvo en el caso de su madre, a quien se las regalaba de vez en cuando. No era un patán. Pero no les compraba flores a las mujeres siguiendo un impulso o sin un motivo aparente.

Regresar a casa después de un par de días (de acuerdo, cuatro días) no era un buen motivo.

No tenía ni puñetera idea de por qué las había comprado ni de por qué narices la echaba tanto de menos. Había adelantado muchísimo el trabajo, ya que ella no estaba consumiendo su tiempo y su espacio, ¿verdad? Y había realizado más diseños porque había tenido más tiempo para sí mismo, para trabajar y vivir según su propio horario.

El suyo y el de los perros, claro.

Le gustaba la casa en silencio. Prefería una casa en silencio, una casa sin la irritante obligación de tener que acordarse a todas horas de recoger los calcetines, de colgar las toallas húmedas o de meter los platos en el lavavajillas a menos que le diera por ahí.

Lo que significaba que lo haría cuando no quedaran calcetines limpios, toallas o platos, como era habitual entre sus congéneres.

Claro que Fiona no le había pedido que recogiera los calcetines, que colgara las toallas húmedas o que metiera los platos en el lavavajillas. En eso estribaba su genialidad. Como no le había dicho nada, él se sentía obligado a hacerlo.

Comprendió que lo estaba adiestrando. No le cabía la menor duda. Lo estaba adiestrando con la misma sutilidad, constancia y facilidad con la que adiestraba a los perros.

Su intención era que la complaciera. Que no la decepcionara. Que desarrollara hábitos y costumbres.

Tenía que acabar.

Tiraría las absurdas flores antes de que ella volviera. ¿Cuándo iba a llegar?

Miró el reloj del horno una vez más y después salió al porche para no volver a mirarlo.

No llevaba reloj precisamente porque no quería que el tiempo dictara sus movimientos.

Debería haberse quedado en casa, trabajando, hasta que ella lo llamara... o no. Sin embargo, había dejado el trabajo, se había pasado por el pueblo para comprar comida (y las puñeteras flores), sin olvidarse de un par de botellas del vino tino preferido de Fiona, y se había plantado allí para ver cómo estaba la casa.

Para asegurarse, se obligó a admitir, de que James había recogido sus calcetines y demás. Algo que, por supuesto, era del todo innecesario.

James era tan sumamente organizado como Fiona o estaba muy bien adiestrado. Ojalá fuera eso último.

Para no obsesionarse con la hora, cogió un montón de pelotas de tenis y los perros se pusieron eufóricos cuando comenzó a tirárselas. Al ver que se le cansaba el brazo antes de que lo hicieran los perros, decidió que Fiona necesitaba uno de esos lanzadores que usaban en las clases de tenis.

Cambió de ejercicio, les ordenó a los perros que se quedaran quietos y deambuló por la propiedad para esconder las pelotas en distintos puntos. Cuando regresó, se sentó en los escalones del porche.

—¡Buscad las pelotas! —les ordenó.

Reconoció que la estampida y la búsqueda eran bastante entretenidas y lo ayudaron a matar el rato sin prestarle atención al paso del tiempo, algo que no estaba haciendo, por supuesto. Terminó con un montón de pelotas babeadas a los pies y luego repitió la rutina. Sin embargo, la segunda vez entró a por una cerveza.

El montón de pelotas lo aguardaba a la salida, pero vio que los perros esperaban en actitud de centinelas con la vista clavada en el puente.

¡Por fin!, pensó, y se apoyó en uno de los postes del porche. Sólo había salido para tomarse una cerveza con los perros, se dijo. No la estaba esperando, no estaba ansioso porque llegara.

Sin embargo, no fue su coche el que cruzó el puente.

Se apartó del poste mientras un hombre y una mujer se bajaban del vehículo y se acercaban a él.

—Somos los agentes especiales Tawney y Mantz. Hemos venido para hablar con la señorita Bristow.

Simon le echó un vistazo a las credenciales.

—No está aquí. —Se percató de que los perros estaban esperando sus instrucciones—. Tranquilos —les dijo.

—Nos dijo que volvía hoy. ¿Sabe a qué hora llegará?

Simon miró a Tawney.

—No.

—¿Y usted es...?

Desvió la mirada hacia la mujer.

—Simon Doyle.

—El novio.

—¿Es un término oficial del FBI? —No le sentó nada bien—. Estoy ayudando a cuidar de sus perros mientras está fuera.

—Creía que tenía tres.

—El que le está olisqueando los zapatos es mío.

—¿Le importaría mucho decirle que parara?

—*Tiburón*. Vale. Fiona me ha contado que fue el agente al mando en el caso de Perry —le dijo a Tawney—. Le diré que han venido.

—¿No quiere hacernos ninguna pregunta, señor Doyle? —replicó Mantz.

—No me responderían, así que de esta forma todos ahorramos tiempo.

Quieren hablar con Fiona. Se lo diré. Y si ella quiere hablar con ustedes, se pondrá en contacto.

—¿Hay algún motivo para que nos eche con tantas prisas?

—Yo no los estoy echando, pero sí quiero que se vayan. A menos que hayan venido para decirle a Fiona que han atrapado al cabrón que está siguiendo los pasos de Perry, no quiero que sean lo primero que vea cuando vuelva a casa.

—¿Y si entramos?—sugirió Mantz.

—¿Cree que la tengo retenida en contra de su voluntad? Dios, ¿ven su coche por aquí o algo? ¿No están viendo a sus perros? —Señaló con un dedo a *Tiburón*, que estaba saltando sobre un aburrido y paciente *Newman* mientras *Bogart* y *Peck* jugaban al tira y afloja con una de las cuerdas—. ¿No les enseñan técnicas básicas de observación en el FBI? Y no, no pienso dejarles entrar mientras ella no está.

—¿Está protegiéndola, señor Doyle?

—¿A usted qué le parece? —le soltó a Tawney.

—Me parece que no tiene antecedentes penales —replicó Tawney como si nada—, sé que nunca ha estado casado, que no tiene hijos y que tiene un buen trabajo que le da lo bastante como para comprarse una casa, adquirida hace unos seis meses. El FBI también enseña técnicas básicas de recogida de datos. Sé que Fiona confía en usted, y que sus perros también lo hacen. Pero si descubro que esa confianza no es merecida, le haré una demostración personal de lo que enseñan en el FBI.

—Me parece bien. —Titubeó un instante, pero después siguió su instinto—. No se ha enterado del último asesinato. Sus amigas la han mantenido apartada de los periódicos y de la televisión estos días. Necesitaba un respiro. No quiero que vuelva a casa y se dé de bruces con la noticia. Así que les pido que se vayan.

—Eso también me parece bien. Dígale que me llame. —Tawney regresó con su compañera hacia el coche—. Aún no hemos cogido a ese cabrón. Pero lo haremos.

—Dense prisa —masculló Simon mientras los agentes se marchaban.

Esperó casi una hora más, aliviado porque cada minuto que pasaba hacía menos probable que se cruzara con los agentes de camino a casa. Pensó en preparar algo de comer, pero se echó atrás al imaginarse que la recibía con una cena y flores.

Era demasiado.

Los ladridos de los perros hicieron que saliera de nuevo justo antes de que Fiona cruzara el puente. ¡Gracias a Dios!, pensó, porque por fin podría dejar de pensar tanto.

Bajó con paso indolente los escalones del porche, y en ese momento sucedió algo que lo dejó pasmado. Pero pasmado de verdad.

Cuando Fiona se bajó del coche, cuando la vio de pie a la luz del atardecer, con los tiernos capullos de los canelos a su espalda, le dio un vuelco el corazón.

Siempre había creído que eso era una tontería, una frase hecha usada en poesía y en novelas románticas. Pero lo sintió... sintió esa punzada de placer, de emoción y de reconocimiento en su pecho.

Le costó la misma vida no correr hacia ella, como sí hicieron los perros, golpeándose los unos a los otros en una alocada carrera para conseguir caricias y besos.

—Hola, chicos, ¡hola! Yo también os he echado de menos. A todos. ¿Os habéis portado bien? Seguro que sí. —Fiona aceptó lametones amorosos mientras acariciaba esos inquietos cuerpos peludos—. Mirad lo que tengo. —Sacó del coche cuatro enormes huesos de cuero—. Uno para cada uno. Sentaos. Eso es, todos sentaditos. Aquí tenéis. Todo el mundo tiene uno.

—¿Dónde está el mío? —preguntó Simon.

Fiona sonrió y la serena luz del sol se reflejó en sus gafas. Mientras caminaba hacia él, abrió los brazos y lo rodeó con ellos.

—Esperaba que estuvieras aquí. —Respiró hondo y expulsó el aire despacio—. Me has hecho otra mecedora —murmuró.

—Es para mí. Tú no eres la única a quien le gusta mecerse. No todo gira a tu alrededor.

Fiona soltó una carcajada y lo abrazó con más fuerza.

—Tal vez no, pero tú eres justo lo que necesito.

Simon se apartó hasta que sus bocas se encontraron... y él encontró justo lo que necesitaba.

—Me toca a mí —dijo mientras apartaba a los perros con la rodilla, y en ese momento lo vio. Fue apenas un segundo, durante el cual el ángulo le permitió ver a través de las gafas de sol y reparó en sus ojos. Le quitó las gafas—. Debería haber imaginado que las mujeres sois incapaces de mantener la boca cerrada.

—Te equivocas... y que sepas que ha sido un comentario muy sexista. Ellas no me dijeron nada y yo les devolví el favor al no decirles que me había enterado. —Sus ojos cambiaron de nuevo—. ¿Les pediste que no me dijeran nada y que se asegurasen de que no leía el periódico ni veía los noticiarios de televisión?

—¿Pasa algo si lo hice?

Fiona asintió con la cabeza, le cogió la cara entre las manos y le dio un beso fugaz.

—Nada, sólo quería darte las gracias.

—Típico de ti. No reaccionas como una persona normal cabreándote y diciéndome que no tenía derecho a inmiscuirme y decidir por ti. —Abrió el maletero del coche y sacó la maleta—. Así es como te ganas a la gente.

—¿En serio?

—Desde luego. ¿Qué es todo esto?

—He comprado unas cuantas cosas. Toma, yo...

—Ya lo llevo yo. —Sacó dos bolsas—. ¿Por qué las mujeres siempre volvéis con más cosas de las que os lleváis? Y si lo que se dice es verdad, no cuenta como comentario sexista.

—Porque abrimos los brazos a la vida y disfrutamos de ella. Sigue así y te quedas sin regalo —dijo, y echó a andar hacia la casa.

Simon la siguió y dejó las bolsas en los escalones.

—Ya las subiré después. ¿Cómo te enteraste?

Fiona se quitó los zapatos y se señaló las uñas de los pies.

—¿Tus uñas púrpuras te lo dijeron?

—La pedicura que me las pintó. Sólo estaba dándome conversación.

«¡Mierda!», exclamó Simon para sus adentros. No había pensado en los cotilleos cotidianos.

—¿De eso habla la gente durante esos rituales? ¿De asesinatos y cadáveres?

—Digamos que el tema entra en la categoría de sucesos de actualidad. Anda, vamos a la cocina para tomarnos una copa de vino. Me apetece muchísimo.

Fiona vio las flores nada más entrar en la cocina. Su forma de detenerse, boquiabierta, le indicó que se había sorprendido tanto como él cuando se las compró.

—Me has hecho otra mecedora y me has comprado flores.

—Ya te he dicho que la mecedora es para mí. Y lo de las flores... bueno, las vi y decidí comprarlas.

—Simon... —Se giró y lo abrazó.

Los sentimientos aletearon en su interior, entorpeciéndose los unos a los otros.

—No le des tanta importancia.

—Lo siento, pero vas a tener que aguantarte. Hace muchísimo tiempo que un hombre no me regalaba flores. Había olvidado lo que se siente. Vuelvo enseguida.

Los perros la siguieron al porche, seguramente temerosos de que volviera a marcharse. Él sacó una botella de vino y la descorchó. Fiona regresó con una cajita mientras le llenaba una copa.

—De parte de los perros y de la mía. Considéralo un regalo de agradecimiento por cuidarlos.

—Gracias. —Pesaba un poco para su tamaño de modo que la abrió, movido por la curiosidad. Descubrió un estilizado picaporte. El cobre adquiriría un tono verdoso con el tiempo, pensó, y eso le añadiría encanto. Tenía letras en relieve a lo largo, y el propio picaporte era un símbolo celta.

—Es gaélico. Supuse que como te llamas Doyle, tendrías algo de sangre irlandesa. *Fáilte* significa...

—Bienvenido. Doyle, ¿recuerdas?

—Claro. Pensé que si lo colgabas en tu puerta, a lo mejor podría ser verdad. Lo de bienvenido, me refiero.

Al mirarla, la vio sonreír.

—A lo mejor. Pase lo que pase, es muy bonito.

—Y podrías conseguir otro (seguro que Syl sabe de algún orfebre que te lo pueda hacer) para ponerlo cuando no tengas ganas de compañía. Podría poner «Largo» en gaélico.

—Es una idea estupenda. De hecho, sé cómo decir «A tomar viento» en gaélico, y eso sería muchísimo mejor.

—¡Simon, cómo te he echado de menos! —Soltó una carcajada mientras lo confesaba.

Estaba a punto de coger la copa de vino cuando él le colocó una mano en el brazo.

—Te he echado de menos, Fiona. ¡Joder!

—¡Gracias a Dios! —Volvió a abrazarlo y apoyó la cabeza en su hombro—. Eso equilibra la situación, como las mecedoras del porche, ¿no?

—Supongo que sí.

—Tengo que soltarlo, pero no lo hago para agobiarte ni mucho menos. Cuando dejé a Mai y a Sylvia en sus casas sólo podía pensar en esa pobre chica, en lo que había tenido que soportar durante sus últimas horas de vida. Y al llegar a casa y verte, sentí un alivio inmenso, pero inmenso de verdad, Simon, porque no tendría que pensar en todas esas cosas estando sola. Me ha alegrado muchísimo verte en el porche, esperándome.

Simon quiso decirle que no había estado esperándola. Una reacción instintiva, comprendió. Pero la había estado esperando, y era maravilloso saber que ella quería que lo hubiera estado haciendo.

—Has tardado más de lo que esperaba, así que... ¡Mierda!

—Compras de última hora y el tráfico...

—No, no es por eso. —Acababa de acordarse de la visita del FBI, y decidió que sería mejor quitárselo de encima—. Los federales han estado aquí... Tawney y su compañera. No creo que tuvieran nada nuevo, pero...

—Un seguimiento. —Se apartó y cogió la copa de vino—. Ya les dije que me iría unos días y que volvería hoy. No voy a hablar con él esta noche. Ya lo llamaré mañana.

—Bien.

—Pero antes tienes que decirme todo lo que sepas. No he podido averiguar los detalles y quiero saberlos.

—Vale, pero siéntate. Se me ha ocurrido preparar algo de comer. Te lo diré mientras cocino.

—Tengo algunas cosas congeladas.

Simon resopló.

—No pienso comer esos platos precocinados para mujeres. Y antes de que digas que es sexista, mírame a la cara y dime que los platos de Lean Cuisine no están pensados para mujeres con tan pocas calorías y demás.

—Tal vez... vale, casi todos, pero eso no quiere decir que no sean buenos o que a los hombres que se los comen les vayan a salir tetas.

—No pienso arriesgarme. Vas a comer lo que te ponga por delante.

Fiona se sentó con una sonrisa, justo lo que Simon pretendía con su comentario.

—¿Qué vas a ponerme por delante?

—Estoy en ello. —Abrió el frigorífico, echó un buen vistazo y ojeó el contenido de los compartimientos—. El agente Davey vino a informarme el día que te fuiste —dijo.

Mientras la ponía al día, colocó unas cuantas patatas paja congeladas en una bandeja para galletas y las metió en el horno. El beicon fue al microondas. Encontró un tomate que James debió de dejarse olvidado y lo cortó en rodajas.

—¿Le dio una paliza? Pero...

—Sí. Parece que está intentando encontrar su propio estilo.

—Es espantoso —murmuró Fiona—. Pero tiene sentido. ¿La... la golpeó, la ató y la estranguló? Lo peor de todo es pensar que la violara.

—No, no la violó. Al menos Davey no me comentó nada al respecto ni ha salido nada en las noticias. —Miró por encima del hombro y observó su cara—. ¿Estás segura de que quieres hablar de esto ahora?

—Sí. Necesito saber qué puede pasar.

Simon le dio la espalda y se ordenó mantener la calma mientras colocaba capas de queso, beicon y tomate entre dos rebanadas de pan.

—Se desvió del patrón con la paliza, y también la retuvo más tiempo, pero en todo lo demás fue fiel.

—¿Quién era? Lo sabes —dijo Fiona en voz baja—. Seguro que lo has buscado.

Cuando Simon colocó los sándwiches en la sartén caliente, la mantequilla con la que había untado el exterior de las rebanadas de pan comenzó a chisporrotear.

—Era una estudiante. Quería formarse en Educación Física y Nutrición. Impartía clases de yoga y trabajaba como entrenadora personal de vez en cuando. Tenía veinte años, era extrovertida y atlética, según las noticias. También era hija única. Y su madre es viuda.

—Dios. ¡Dios mío! —Se llevó las manos a la cara y después se la frotó antes de apartarlas—. Siempre es horrible, pero esto es espantoso.

—Encaja en el perfil físico. Alta, delgada, piernas largas, tonificada. —Le dio la vuelta a los sándwiches—. Si hay más detalles, la prensa no está enterada.

—¿La marcó?

—El cuatro en números romanos. Te estás preguntando con qué número planea marcarte. Fiona, quiero que me prestes mucha atención y que tengas muy claro que nunca digo nada a menos que lo diga en serio.

—Ya lo sé.

Esperó mientras Simon dejaba los sándwiches en un par de platos y repartía

las patatas entre los platos. Sacó un bote de pepinillos y colocó un par al lado de los sándwiches. Tras esto, consideró que había acabado.

Colocó un plato delante de Fiona.

—No te va a marcar. No podrá darte un número, de la misma manera que Perry no pudo hacerlo. Si la policía no lo detiene antes, nosotros lo haremos. Y punto.

Se quedó callada un momento, al cabo del cual se levantó para coger un cuchillo y la botella de vino. Rellenó las copas y cortó su sándwich en dos triángulos perfectos antes de ofrecerle el cuchillo a Simon.

—No, gracias.

Fiona cogió su copa, bebió un sorbo y la soltó.

—Muy bien —dijo, mirándolo a los ojos—. Muy bien. —Se llevó una mitad a la boca para darle un bocado. Y sonrió—. Está bueno.

—Es la especialidad de la casa.

Fiona dio otro bocado y le rozó la pierna por debajo de la mesa con esas uñas pintadas de púrpura tan eróticas.

—Me alegro de estar en casa. Que sepas que una de las cosas que llevo en las bolsas es la maravillosa crema exfoliante de almendra y miel que usan en el spa. Después de cenar y de jugar un poco con los perros, podríamos darnos una ducha. Te exfoliaré.

—¿Eso es un eufemismo?

Soltó una carcajada al escucharlo.

—Ya lo averiguarás.

—¿Sabes por qué no corto los sándwiches en triángulos?

—¿Por qué?

—Por la misma razón que no quiero oler a almendras y miel.

Lo miró con expresión maliciosa mientras se llevaba una patata a la boca.

—Ni comer cosas de Lean Cuisine. ¿Qué te apuestas a que te hago cambiar de idea sobre la crema? Vamos a hacer una cosa, te la pondré en la espalda, en esa espalda fuerte, ancha y masculina que tienes, y ya veremos qué pasa después. Que sepas que también tenían una tienda muy interesante donde vendían todo tipo de lencería. Compré una cosita. Una cosita muy especial y pequeña, que estaría dispuesta a ponerme para ti si tú dejas que te haga lo de la espalda.

—¿Cómo de pequeña?

—Minúscula.

—Sólo la espalda.

Fiona sonrió y mordisqueó una patata.

—Para empezar.

Jugó con los perros una hora, tirando pelotas sin parar, dejándose perseguir por el parque de adiestramiento y turnándose con todos para jugar al tira y afloja hasta que Simon se preguntó cómo era posible que no se le cayeran los brazos.

Él había dejado de jugar y estaba sentado en el porche observándola. Y comprendió que Fiona usaba los juegos, los perros y su relación con ellos para concentrarse. Para olvidarse de lo que habían hablado antes de cenar.

Lo superaría, pensó, porque eso era lo que ella hacía. De momento estaba canalizando su energía, y los nervios que la creaban, a través de los perros, y de alguna manera la estaba convirtiendo en felicidad.

—Necesito esa ducha. —Fiona se enjugó el sudor de la cara con el dorso de las manos.

—Los has agotado.

—Era parte del plan. —Le tendió una mano—. No te he preguntado qué habéis hecho mientras yo estaba fuera.

—Trabajar. Y después del trabajo, James y yo visitamos unos cuantos locales de striptease.

—Ajá...

—Nos llevamos a los perros —continuó Simon mientras subían las escaleras.

—Claro, claro.

—*Newman* no aguanta el alcohol.

—Menudo problemón. —Una vez en el dormitorio, Fiona sacó la cajita donde estaba la crema exfoliante y abrió el tarro.

—Si quieres saber mi impresión y un cotilleo, creo que no vamos a ser los únicos que se exfolien en la ducha.

—¿A qué te refieres?

—El otro día me pasé por casa de James para recoger a los perros porque necesitaba provisiones y así él se ahorraba el viaje. El coche de Lori estaba en el camino.

—¿En serio? Vaya, vaya. A lo mejor fue una visita rápida, como tú. Espero que no, pero...

—James salió cuando yo empecé a llamar a los perros. Se puso colorado.

—¡Ooooh! —exclamó antes de soltar una carcajada—. Qué tierno. —Tras soltar el tarro en la encimera del lavabo, se quitó la goma del pelo y sacudió la melena cobriza.

Simon tuvo una erección inmediata.

—Desnúdate —le ordenó Fiona—. A ver si puedo hacer que te pongas colorado.

—Yo no me pongo colorado, y tampoco soy tierno.

—Ya veremos. —Se quitó la camiseta, pero le apartó las manos cuando hizo ademán de tocarla—. Ni hablar. Un trato es un trato. Vamos a mojarnos.

Tal vez fuera otra manera de concentrarse, de canalizar la energía y de olvidarse de todo. Pero ¿quién era él para negarse? Una vez desnudo, se metió en la ducha.

—Hay que remodelar tu cuarto de baño de arriba abajo.

—Lo pensaré. —Trazó un círculo en el aire con un dedo, de modo que Simon se giró y quedó de espaldas a ella—. Es un poco áspero —le dijo mientras cogía un poco de crema y se la extendía en las palmas de las manos—. Pero de una manera agradable. —Comenzó a frotarle la espalda con la crema trazando círculos lentos y rítmicos—. La textura, el roce de la piel contra la piel, el olor... todo se suma a la experiencia. Tu piel se despierta y se siente más... Ni hablar —repitió cuando Simon echó las manos hacia atrás—. La única que toca aquí soy yo hasta que decida lo contrario. Las manos en la pared, Doyle.

—¿Te desnudaste en la ducha del spa para el tratamiento?

—No. Estoy adaptándolo a un uso doméstico. Ya hueles de maravilla y... mmm, qué suave... —Se inclinó hacia él, dejando que sus pechos lo acariciaran por la espalda y bajó las manos untadas de crema—. ¿Voy bien? —le preguntó mientras le masajeaba el trasero.

—Sí.

—¿Por qué no cierras los ojos y te relajas? Yo seguiré hasta que me digas que pare.

Sus manos le recorrieron las piernas y la áspera textura de la crema le provocó una especie de hormigueo en la piel antes de que el agua se la llevara, y antes de que dichas manos fueran sustituidas por sus labios y su lengua.

El deseo le corrió por las venas, haciendo que apretara los puños contra la pared. El fuerte aroma se mezcló con el vapor de agua, convirtiéndose en un

perfume erótico que aumentaba el deseo con cada respiración.

—Fiona...

—Un poquito más —murmuró ella—. Todavía no he empezado con la parte delantera. Si no lo hago te quedarás... desequilibrado. Date la vuelta, Simon. —Se arrodilló delante de él, con la piel reluciente por el agua y el pelo mojado echado hacia atrás—. Empezaré por aquí abajo e iré subiendo.

—Mira cómo me tienes. Es imposible que te desee todavía más.

—Luego seré toda tuya. Pero quiero comprobar si eres capaz de aguantar hasta que yo termine. Deja que termine y después podrás hacerme todo lo que quieras.

—¡Dios, Fiona! Me vuelves loco.

—Eso quiero. Eso es lo que quiero esta noche. Pero todavía no.

Simon buscó sus manos y soltó una carcajada estrangulada.

—Ni se te ocurra untarme eso en...

—No pensaba untarte precisamente la crema. —Se la lamió muy despacio hasta que lo escuchó soltar un gemido estrangulado—. ¿Puedes aguantar? —susurró, y siguió torturándolo con la boca mientras le acariciaba las piernas y el abdomen con las manos—. ¿Puedes aguantar hasta estar dentro de mí? Quiero sentirte duro y caliente. Cuando termine aquí. Quiero que me la metas hasta que no pueda más, y que después sigas. No te diré que pares. No te diré que pares hasta que hayas terminado. —Lo llevó al borde del abismo, y después trasladó los besos y las caricias a su abdomen, a su pecho. Sin dejar de trazar círculos con las manos—. El agua se está enfriando —murmuró al llegar a su boca—. Tendríamos que...

Simon la pegó contra la pared mojada.

—Vas a tener que aguantarte, porque ahora me toca a mí.

—De acuerdo, un trato es un trato. —Se quedó sin respiración y se estremeció cuando Simon le introdujo una mano entre las piernas.

—Sepáralas.

Fiona se aferró a sus hombros y se estremeció de nuevo mientras sus ojos se encontraban. Los de Simon tenían una expresión feroz. Y fue más feroz todavía mientras la penetraba. Se hundió en ella, sin miramientos, hasta que sus gritos de placer se mezclaron con el roce de sus cuerpos, con el sonido del agua fría al caer sobre ellos. Apoyó la cabeza en su hombro, pero él siguió moviéndose y acariciándola a placer sin mucha delicadeza.

El orgasmo lo atravesó como un rayo y lo dejó exhausto.

Consiguió cerrar el grifo y sacarla de la ducha. Al ver que Fiona se tambaleaba, la llevó hasta la cama casi a rastras. Cayeron sobre el colchón mojados y sin aliento.

—¿Qué te...? —Agotada, Fiona se interrumpió para soltar el aire y carraspeó antes de intentarlo de nuevo—. ¿Qué te parece la crema de miel y almendras?

—Voy a comprar una caja entera.

Su respuesta le arrancó una carcajada, justo antes de que abriera los ojos de par en par cuando Simon se sentó a horcajadas sobre ella. Sus ojos, que seguían teniendo esa expresión feroz, la miraron al tiempo que le acariciaba los pezones con los pulgares.

—Todavía no he terminado.

—Pero...

—No he terminado. —Se inclinó sobre ella, le cogió las manos, se las levantó y la obligó a aferrarse a los barrotes del cabecero—. No las muevas. Vas a necesitar algo a lo que agarrarte.

—Simon...

—Lo que quiera durante todo el tiempo que quiera —le recordó antes de

descender por su cuerpo y levantarle las caderas—. Hasta que termine.

Fiona soltó un suspiro trémulo, pero asintió con la cabeza.

—Sí.

Capítulo 18

Como concesión a la comida sana, Fiona le añadió unas cuantas bayas a los cereales con sabor a fruta. Se los comió apoyada en la encimera de la cocina y observando cómo Simon se bebía su café, apoyado en el trozo de encimera que tenía enfrente.

—Estás remoloneando —le dijo—. Estás alargando una segunda taza de café para seguir aquí hasta que empiecen a llegar los alumnos de mi primera clase.

Simon metió la mano en la caja de cereales que ella todavía no había guardado y cogió un puñado.

—¿Y qué?

—Te lo agradezco, Simon, casi tanto como agradezco que anoche me dejaras en estado comatoso a base de sexo. Pero no es necesario.

—Pienso apurar este café. —Experimentó echando el puñado de cereales en el café. Lo probó. No estaba mal del todo—. Me quedaré hasta que decida irme —siguió—. Si tienes que hacer algo, hazlo, pero no pienso dejarte sola. Acostúmbrate.

Fiona se llevó otra cucharada de cereales a la boca y los masticó mientras lo observaba.

—¿Sabes? Otra persona habría dicho algo como: «Fi, me preocupo por ti y no quiero que arriesgues tu seguridad de forma innecesaria, así que puedes contar conmigo».

Simon también se echó más cereales.

—Esa otra persona no está aquí.

—Muy cierto, y a lo mejor soy un poco retorcida y por eso me gusta tu método. —Por tierna que resultara la imagen de Simon echándole cereales de colores al café, no perdía el aspecto gruñón y malhumorado de siempre. ¡Dios!, ¿por qué le resultaba tan atractivo?—. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Yo voy a seguir con mi café.

—Siguiendo la metáfora del café... ¿vas a seguir bebiéndotelo hasta que atrapen al asesino de esas mujeres que posiblemente quiere añadirme a su lista de víctimas?

—Sí.

Fiona asintió con la cabeza y comió un poco más.

—Pues deja de venir todas las noches con ese macuto tan ridículo. Te dejaré espacio en el armario y desalojaré un cajón. Si vas a dormir aquí, lo lógico es que dejes algunas de tus cosas. Vete acostumbrando.

—No estoy viviendo aquí.

—Entendido. —Era capaz de alterar su vida por ella, pero se cuidaba mucho de traspasar la siguiente línea—. Sólo estás aquí bebiendo cereales remojados en café...

—Está bastante bueno.

—Lo añadiré al menú. Y estás durmiendo aquí después de hacerme el amor de forma salvaje en la ducha.

—Eso fue idea tuya.

Soltó una carcajada al escucharlo.

—Genial, por cierto. Ya sabemos dónde están los límites. Deja el dichoso cepillo de dientes en el cuarto de baño, pedazo de idiota. Deja tu ropa interior en un cajón y cuelga un par de camisas en el armario.

—Ya tengo una camisa en el armario. La lavaste porque la dejé tirada en el suelo.

—Cierto. Y si dejas la ropa tirada por el suelo, la lavaré y la guardaré, tanto si te gusta como si no. Si yo acepto que bebas café, tú puedes dejar de cargar con el macuto a todas partes como un chaleco antibalas.

Al verlo entrecerrar los ojos, ella lo imitó. Y sonrió.

—¿Qué pasa? ¿He dado en el clavo?

—¿Buscas pelea?

—Dejémoslo en que busco tu archiconocido equilibrio. Yo cedo, tú cedes. —Se tocó el pecho, lo señaló y gesticuló entre ambos—. Y todo se equilibra en el punto medio. Piénsalo. Tengo que prepararme para la primera clase —añadió antes de alejarse.

Veinte minutos después y mientras comenzaba la primera clase del día dejando que los perros se relacionaran entre sí, vio cómo Simon se dirigía a su camioneta. Llamó a *Tiburón*... y la miró a través de las gafas de sol.

Se marchó... sin el macuto.

Fiona lo consideró una pequeña victoria personal.

A mediodía, anotó las visitas de Meg y Chuck, y de Sylvia y Lori, que culminaron con la esperada aparición de Davey.

Al parecer nadie quería que estuviera sola. Aunque apreciaba su preocupación, a esas alturas entendía por qué había escogido ese lugar, alejado varios kilómetros del pueblo. Porque por mucho que le gustara tener compañía, necesitaba pequeñas dosis de soledad.

—Davey, acabo de hablar con el agente Tawney, que posiblemente vuelva a venir. Llevo el móvil en el bolsillo, como he prometido, y apenas paso media hora sola entre clase y clase. Mucho menos si uno de mis clientes es un isleño, porque entonces se queda hasta que aparece el siguiente de la lista de guardianes de Fi. No consigo ponerme al día con el papeleo.

—Pues ponte a ello.

—¿De verdad crees que ese tío va a venir en mitad del día para intentar secuestrarme entre la clase de obediencia básica y la de adiestramiento especial?

—Seguramente no. —Bebió de la Coca-Cola que le había dado—. Pero si lo hace, no te va a pillar sola.

Alzó la vista hacia las algodonosas nubes que salpicaban el cielo.

—A lo mejor tendría que empezar a servir refrescos.

—Unas galletas no vendrían mal. Las galletas son un éxito asegurado.

Fiona le dio un puñetazo suave en el hombro.

—Mira, ya vienen mis siguientes alumnos. Anda, vete a proteger y a servir a otra persona.

Davey esperó hasta que el coche estuvo lo bastante cerca como para cerciorarse de que se trataba de una conductora.

—Te veré mañana. No te olvides de las galletas. —Saludó a la recién llegada con un gesto de cabeza mientras se metía en el coche patrulla y ella aparcaba.

La mujer se bajó del coche. Era una morena alta y guapa, con una melena corta a la altura de la barbilla, y llevaba lo que Fiona calificaba como botas de ciudad. Elegantes y de tacón fino. Con unos pantalones grises.

—¿Fiona Bristow?

—Ajá.

—¡Vaya, qué perros más bonitos? ¿Puedo acariciarlos?

—Claro. —Fiona les hizo una señal para que se sentaran delante de la recién llegada.

—Son monísimos. —Se echó el enorme bolso a la espalda y se agachó—. Las fotos de su página web son buenas, pero no hacen justicia a la realidad.

¿Dónde estará su perro?, se preguntó Fiona. Aunque no sería la primera vez que un cliente potencial iba a examinarla a ella y a sus instalaciones antes de apuntarse a las clases.

—¿Ha venido para ver una clase? Dentro de diez minutos empieza una.

—Me encantaría. —La mujer levantó la cara, maquillada con mucha clase y con una sonrisa alegre—. Esperaba llegar entre clases para hablar unos minutos con usted. He comprobado su horario en la página web para llegar en el momento justo. Aunque ya sabe cómo son los ferris.

—Sí, lo sé. ¿Está interesada en apuntar a su perro?

—Me encantaría, pero todavía no tengo perro. Me gustaría tener un perro grande, como uno de los suyos, o un golden retriever, pero vivo en un apartamento. No me parece justo encerrar a un animal de esa manera. Pero en cuanto consiga una casita con jardín... —Se levantó, le tendió la mano y la miró con una sonrisa—. Soy Kati Starr. Trabajo para el...

—El *U.S. Report* —terminó Fiona por ella con voz gélida—. Ha perdido el tiempo viniendo hasta aquí.

—Sólo necesito unos minutos. Estoy haciendo un seguimiento. En realidad, es una serie de historias relacionadas con el Asesino del Pañuelo Rojo II, y...

—¿Así lo ha llamado? —Le revolvía el estómago—. ¿El Asesino del Pañuelo Rojo II, como la secuela de una película?

Starr dejó de sonreír y adoptó una expresión dura.

—Nos lo estamos tomando muy en serio. Ese hombre ya ha matado a cuatro mujeres en dos estados diferentes. Con brutalidad, señorita Bristow, y con la última víctima, Annette Kellworth, dicha brutalidad ha aumentado. Espero que se lo esté tomando usted en serio.

—Me importa un pimiento lo que espere o deje de esperar. Y mis sentimientos al respecto son privados.

—Debe entender que sus sentimientos son relevantes —replicó Starr—. Ese hombre está reproduciendo los asesinatos de Perry, y al ser usted la única mujer que escapó de las garras de Perry seguro que tiene unas ideas y unos sentimientos muy concretos sobre lo que está pasando ahora. Opiniones personales sobre las víctimas, sobre Perry y sobre el Asesino del Pañuelo Rojo II. ¿Confirma que el FBI la ha interrogado sobre los últimos asesinatos?

—No voy a decirle nada. Ya se lo he dejado bien claro.

—Fiona —insistió, recurriendo al uso de su nombre de pila—, entiendo que sintieras cierto rechazo inicialmente, pero seguro que ahora que hay cuatro chicas muertas, y que los secuestros y los asesinatos se producen cada vez más al norte, desde California a Oregón, querrás hacerte oír. Seguro que tienes algo que decir. A las familias de las víctimas, a la opinión pública... incluso al propio asesino. Mi intención es brindarte esa oportunidad.

—Su intención es obtener un titular sensacionalista.

—Los titulares llaman la atención. Y hace falta llamar la atención. Hay que informar de los hechos. Las víctimas necesitan una voz, y tú eres la única que puede hablar.

Podría haberla creído, al menos en parte. Sin embargo, la realidad dictaba que toda la atención estuviera centrada en el asesino del apodo llamativo.

—No tengo nada que decirle, sólo que está en una propiedad privada sin autorización.

—Fiona —Starr siguió insistiendo con voz razonable y tranquila—, somos mujeres. Ese hombre ataca a mujeres. Chicas atractivas con toda la vida por delante. Sabes lo que es ser un objetivo, lo que es ser víctima de esa violencia aleatoria. Sólo quiero sacar la historia a la luz, sacar la información a la luz, de modo que tal vez su siguiente víctima sea más precavida y siga teniendo toda la vida por delante en vez de acabar en una tumba. Tal vez digas algo, sepas algo, que la ayude a seguir viva.

—Es posible que hable en serio. Que sólo intente ayudar. Y también es posible que sólo quiera otro titular en portada con su nombre. O tal vez una mezcla de ambas cosas. —Ni lo sabía ni podía permitirse el lujo de que le importara—. Lo que tengo muy claro es que le está dando lo que quiere: atención. Ha publicado mi nombre, mi dirección y mi profesión. De esa forma está ayudando al hombre que imita a Perry. Quiero que se vaya de mi propiedad y que no vuelva a poner un pie en ella. No quiero verme obligada a llamar al agente que se acaba de marchar para asegurarme de que se va, pero lo haré si es necesario.

—¿Por qué estaba aquí ese agente? ¿Tienes protección policial? ¿Los investigadores del caso tienen algún motivo para creer que puedas ser un objetivo del asesino?

Nada de hechos y ni del derecho de la opinión pública a saber la verdad, pensó Fiona. Esa periodista, en el fondo, sólo quería la fama.

—Señorita Starr, le estoy diciendo que se vaya de mi propiedad, y eso es lo único que voy a decirle.

—Voy a escribir la historia con o sin tu cooperación. También hay interés en escribir un libro. Estoy dispuesta a compensarte por las entrevistas. Por entrevistas exclusivas.

—Eso me lo pone más fácil —replicó, y se sacó el móvil del bolsillo—. Tiene diez segundos para meterse en su coche y salir de mi propiedad. Presentaré cargos. Y lo digo muy en serio.

—Tú misma. —Starr abrió la puerta del coche. Ya no fingía ser una alegre amante de los perros—. El patrón dice que ya ha escogido a su siguiente víctima o que está a punto de hacerlo. Que está recorriendo la zona en busca de un objetivo. Pregúntate cómo vas a sentirte cuando mate a la quinta. Puedes ponerte en contacto conmigo a través del periódico cuando cambies de opinión.

Espera sentada, pensó Fiona. ¡Vas lista!

Lo desterró de su cabeza. Su trabajo y su vida eran muchísimo más importantes que las expectativas de una insistente periodista en conseguir el contrato de un libro utilizando una tragedia.

Tenía que cuidar de sus perros, que atender su jardín y que explorar una relación.

El cepillo de dientes de Simon empezó a residir en su cuarto de baño. Sus calcetines se mezclaban sin ton ni son en uno de sus cajones.

No estaban viviendo juntos, se recordó, pero era el primer hombre desde Greg que dormía todas las noches en su cama, que mezclaba sus cosas con las de ella bajo el mismo techo.

Era el único hombre que quería a su lado de noche, cuando los fantasmas

atormentaban su sueño.

Simon estaba a su lado, algo que agradecía enormemente, cuando Tawney y su compañera regresaron.

—Deberías irte a trabajar —le dijo cuando reconoció el coche—. Creo que estaré a salvo con los federales.

—Me quedaré un poco más.

—Vale. ¿Por qué no les dices que pasen mientras yo preparo el café?

—Haz tú los honores, yo me encargo del café.

Abrió la puerta y la mantuvo así, dejando entrar el aire matutino. El día prometía ser lluvioso, se percató. Eso le ahorraría tener que regar las macetas y los parterres. Además, añadía un plus de realidad a las clases de adiestramiento que tenía pensadas para la tarde.

Ni perros ni adiestradores podían escoger días soleados para las búsquedas.

—Buenos días —los saludó—. Han madrugado. Simon está preparando café.

—Me vendría bien una taza —le dijo Tawney—. ¿Por qué no nos sentamos en la cocina?

—Claro. —Al recordar la aversión de Mantz a los perros, les hizo un gesto para que salieran—. Id a jugar —les ordenó—. Siento no haber estado cuando se pasaron el otro día —añadió de camino a la cocina—. Teníamos pensado regresar antes, pero fuimos retrasando el momento. Si buscan un sitio para relajarse, es el lugar idóneo. Simon, creo que ya conoces a los agentes Tawney y Mantz.

—Sí.

—Siéntense. Serviré el café.

Simon la dejó servir al gusto de cada uno.

—¿Alguna novedad?

—Estamos siguiendo las pistas —contestó Mantz—. Todas.

—No hacía falta que vinieran hasta aquí para decir eso.

—Simon...

—¿Cómo estás, Fi? —le preguntó Tawney.

—Estoy bien. Todos los días me maravillo de la cantidad de isleños que conozco, porque no pasa un sólo día sin que alguien venga a verme (vamos, que vienen a ver cómo estoy), y se van turnando. Me da tranquilidad, aunque también me pone de los nervios.

—La oferta de alojarte en un lugar seguro sigue en pie. O, si lo prefieres, podemos mandarte a un agente para que se quede contigo.

—¿Sería usted?

Tawney esbozó una sonrisa torcida.

—Esta vez no.

Fiona clavó la vista al otro lado de la ventana un momento. Su bonito patio, pensó, con los tiernos brotes primaverales que empezaban a dotarlo de color y forma. Y la suave cuesta que llevaba a la linde del bosque y luego descendía, ofreciendo incontables senderos que transitar y preciosas estampas de lupinos silvestres y fantásticas cannas azules.

Siempre tan tranquilo y apacible a sus ojos, tan suyo año tras año.

La isla, pensó, era su lugar seguro. Ciertamente lo era en un plano emocional, pero también lo creía a efectos prácticos.

—De verdad creo que estoy protegida. La isla en sí hace que sea menos accesible; además, nunca estoy sola. Literalmente. —Mientras hablaba, vio que sus perros deambulaban por el patio. De patrulla, supuso—. Abandonó el patrón con

Annette Kellworth. Es posible que ya no esté interesado en mí, que ya no quiera imitar a Perry.

—Su violencia ha aumentado —le recordó Mantz—. Perry se repitió a sí mismo, imitando los detalles en cada asesinato de manera obsesiva. Nuestro sujeto desconocido no es tan controlado ni tan disciplinado. Quiere alardear de su poder. Por eso le ha mandado el pañuelo, ha aumentado el tiempo que retiene a las víctimas y ha añadido la violencia física en este último asesinato. Pero sigue usando el método de Perry, sigue eligiendo el mismo tipo de víctimas, sigue secuestrándolas, matándolas y deshaciéndose de los cuerpos de la misma manera.

—Está adaptando su trabajo, buscando su estilo personal. Lo siento —se disculpó Simon al darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—No, ha acertado. Kellworth puede ser una excepción —admitió Tawney—. Tal vez hiciera o dijera algo, o sucedió alguna cosa que lo llevó a emplear más violencia. O tal vez sólo esté buscando lo que cree que se merece.

—Yo no soy nada para él.

—Sigue siendo la única que escapó —señaló Mantz—. Y si habla con la prensa, seguirá en el ojo del huracán, convirtiéndose en un desafío aún mayor.

Molesta, Fiona se volvió hacia la cocina.

—No he hablado con la prensa.

Mantz sacó algo de su maletín.

—La edición matinal. —Dejó el periódico sobre la mesa—. Y varias páginas de internet y canales por cable se han hecho eco del artículo.

UN RASTRO DE PAÑUELOS ROJOS

—No puedo hacer nada para impedir esos titulares. Sólo puedo negarme a dar entrevistas, negarme a cooperar.

—La citan en el artículo. Y lleva una foto suya.

—Pero...

—«Rodeada por sus tres perros —comenzó a leer Mantz—, y en el exterior de su cabaña de madera en la remota y pintoresca islas de Orcas, adornada con macetas blancas cuajadas de pensamientos púrpuras y un par de mecedoras azules en el porche delantero, Fiona Bristow presenta un aspecto tranquilo y competente. Esta pelirroja alta y delgada, vestida con vaqueros y sudadera gris, parece enfrentarse a los asesinatos de la misma manera franca y directa que la han convertido, a ella y a su escuela de adiestramiento canino, en un referente de la isla.

»Tenía veinte años, la misma edad que Annette Kellworth, cuando fue secuestrada por Perry. Al igual que las otras doce víctimas de Perry, Bristow quedó inconsciente por una descarga eléctrica, fue drogada, atada, amordazada y encerrada en el maletero del coche de Perry. Allí fue retenida durante más de dieciocho horas. Sin embargo y a diferencia de las demás, Bristow consiguió escapar. Sumida en la oscuridad, mientras Perry recorría de noche las carreteras, Bristow consiguió cortar las cuerdas que la retenían con la navaja de bolsillo que su novio, el agente Gregory Norwood, le había regalado. Bristow se enfrentó a Perry, lo desarmó y utilizó el coche de su secuestrador para ponerse a salvo y alertar a las autoridades.

»Casi un año después, Perry, que seguía en libertad, disparó y mató a Norwood y a su compañero canino, *Kong*, aunque el perro vivió el tiempo suficiente para atacar y herir a Perry. Posteriormente, Perry fue arrestado cuando perdió el control de su coche intentando escapar. Pese a la tragedia sufrida y a la muerte de su novio, Bristow testificó contra Perry, y ese testimonio jugó un papel importantísimo

en su condena.

»En la actualidad, a sus veintinueve años, Bristow no tiene cicatrices visibles de su experiencia. Sigue soltera y vive sola en una cabaña aislada, donde dirige su escuela de adiestramiento canino, y dedica gran parte de su tiempo a la Unidad de Búsqueda y Salvamento que ha fundado en Orcas.

»Hace un día soleado y cálido. Un par de canelos en flor flanquean la entrada del estrecho puente que cruza el burbujeante arroyo que atraviesa su propiedad, y las flores de los grosellEros de invierno adornan la tranquila mañana con su alegre color rojo. En la profundidad de los bosques, allí donde los rayos de luz penetran entre las altas copas, cantan los pájaros. Sin embargo, un agente de paisano se aleja por su camino de entrada en su coche patrulla. No queda la menor duda de que Fiona Bristow recuerda la oscuridad y el miedo.

»Habría sido la número XIII.

»Habla del apodo que se le ha dado al imitador de George Allen Perry como si fuera una secuela, así como de los titulares que su brutalidad ha generado. Cree que el hombre conocido como el Asesino del Pañuelo Rojo II busca atención. Mientras que ella, la única superviviente del hombre que lo precedió, sólo quiere la paz y la intimidad de su nueva vida. Una vida que cambió para siempre.»

—No le concedí ninguna entrevista. —Fiona apartó el periódico—. No hablé con ella de todo eso.

—Pero sí habló con ella —insistió Mantz.

—Apareció de repente. —Presa de la rabia, le costó la misma vida no hacer jirones el periódico—. Supuse que venía a interesarse por las clases... y ella no me sacó del error en un primer momento. Empezó hablando de perros antes de presentarse. En cuanto lo hizo, le dije que se fuera. Sin comentarios, largo. Insistió. Le dije que el asesino quería atención. Estaba furiosa. Por el apodo, por ejemplo, el Asesino del Pañuelo Rojo II, como si fuera elegante, misterioso e importante. Le dije que busca atención y que ella se la estaba dando. No debería haberlo dicho. —Miró a Tawney—. Sé que no debería haber caído en la trampa.

—Te presionó y tú reaccionaste.

—Y obtuvo lo necesario para su artículo. Le ordené que se fuera de mi propiedad. Incluso la amenacé con llamar a Davey, el agente Englewood. Acababa de irse porque al verla llegar la tomamos por una alumna. Sólo estuvo cinco minutos. Cinco minutos, joder.

—¿Cuándo? —exigió saber Simon con un tono de voz que a Fiona le provocó un escalofrío.

—Hace un par de días. Me olvidé del tema. La eché de mi propiedad y de verdad que creía no haberle dado nada que pudiera usar. Por eso me olvidé del tema. —Soltó el aire—. Ha hecho que ese tío me vea aquí, con mis perros y mis árboles. La tranquila vida de una superviviente. Y ha hecho que yo me vea allí, en el maletero de aquel coche, atada en la oscuridad, como una víctima más que tuvo un golpe de suerte. Y cuando habla de la atención… Tal como ha redactado la frase hace que parezca que le estoy hablando a él, que le estoy restando importancia. Un detalle en el que reparará. Estoy segurísima. —Miró el periódico de nuevo, analizando la foto en la que salía en el porche de la casa, con la mano en la cabeza de *Newman* y con *Peck* y *Bogart* a su lado—. Seguro que la sacó desde el coche. Y parece que estoy posando.

—No tendrías problemas para conseguir una orden de alejamiento —le dijo Tawney.

Desanimada, Fiona se llevó las manos a la cara.

—Eso le encantaría. No me extrañaría que haya comentado esa información

personal, que haya hablado de mis pensamientos y mis mecedoras, o que incluso añadiera la puñetera foto, porque me negué a colaborar. Si la convierto en un problema, seguro que se empecina todavía más en seguir escribiendo. A lo mejor me equivoqué, tal vez debería haberle concedido una entrevista la primera vez que se puso en contacto conmigo. Algo insulso y comedido. Así habría perdido el interés en mí.

—No lo entiendes. —Simon meneó la cabeza. Tenía las manos en los bolsillos, pero Fiona se daba cuenta de que no había nada relajado en su postura—. Hables o no con ella, da lo mismo. Tú estás viva. Siempre formarás parte de este asunto. Sobreviviste, pero es mucho más que eso. No te rescataron, la caballería no fue a salvarte. Le plantaste cara, huiste de un hombre que había asesinado a doce mujeres y que llevaba eludiendo a la policía más de dos años. Mientras ese cabrón siga estrangulando a mujeres con un pañuelo rojo, serás noticia. —Miró a Mantz—. No la juzgue mal por esto. Hasta que atrapen a ese cabrón, la usarán para vender más, para subir las audiencias, para mantener la noticia al rojo entre asesinatos. ¡Lo saben perfectamente, maldita sea!

—A lo mejor cree usted que estamos tocándonos los hu... —replicó Mantz.

—Erin. —Tawney interrumpió a su compañera—. Tiene razón —le dijo a Simon—. Sobre la prensa. Aun así, Fi, es mejor que te ciñas a un «Sin comentarios». Y también tienes razón al creer que este tipo de artículos avivará su interés por ti. Debes seguir tomando todas las precauciones posibles. Te recomiendo que no aceptes clientes nuevos.

—¡Dios! No quiero llevar la contraria ni comportarme como una imbécil, pero tengo que ganarme la vida. Tengo que...

—¿Qué más? —la interrumpió Simon.

Fiona se volvió hacia él.

—Oye...

—Cierra la boca. ¿Qué más? —repitió él.

—De acuerdo... Quiero que me llames todos los días —añadió Tawney—. Quiero que anotes cualquier cosa fuera de lo normal. Cualquier llamada que recibas como si se hubieran equivocado de número o que te cuelguen cuando contestas. Quiero que me digas si te mandan mensajes de correo electrónico extraños o cartas raras. Quiero el nombre y los datos de contacto de cualquier persona que te pregunte por tus clases y por tu horario.

—Y mientras ella hace todo eso, ¿qué van a hacer ustedes?

Tawney miró la cara enrojecida y furiosa de Fiona antes de contestar la pregunta de Simon.

—Todo lo que podamos. Estamos interrogando de nuevo a los amigos, a la familia, a los compañeros de trabajo, a los vecinos, a los profesores y a los compañeros de clase de todas las víctimas. Pasó tiempo observándolas, y para hacerlo necesitó un medio de transporte. No es invisible. Alguien tuvo que verlo y vamos a encontrar a ese alguien. Estamos investigando los antecedentes e interrogando a cualquier persona relacionada con la cárcel que tuviera o pudiera haber tenido contacto con Perry en los últimos dieciocho meses. Tenemos un equipo que sigue las pistas recibidas por teléfono las veinticuatro horas del día. La unidad científica está analizando la tierra de todas las tumbas, en busca de cualquier prueba, de fibras, de pelo... lo que sea. —Hizo una pausa—. Hemos interrogado a Perry. Y volveremos a hacerlo. Porque está al tanto. Lo conozco, Fi, y sé que se enfadó cuando le conté que te habían enviado un pañuelo. No estaba en sus planes, no es su estilo. Y se enfadó todavía más cuando... digamos que dejé caer que le habían dado una paliza a Annette Kellworth y que fue principalmente su cara lo que

recibió más daño. Delatará a ese tío. Lo delatará porque haré que se sienta traicionado y humillado. Y eso, como bien sabes, no puede consentirlo.

—Le agradezco que me mantenga informada, que haya venido aquí para asegurarse de que entiendo la situación. —Controló su enfado con palabras bruscas y un tono más brusco aún—. Tengo una clase en breve y debo prepararme.

—Muy bien. —Tawney le cubrió las manos en un gesto tan paternal como oficial—. Quiero que me llames, Fi, todos los días.

—Sí. ¿Le importa dejarme el periódico? —le preguntó a Mantz cuando la agente hizo ademán de doblarlo—. Me ayudará a tener muy presente que no debo ceder ni un milímetro.

—Por supuesto. —Mantz se puso en pie—. Vendrán más ahora que ha salido en el periódico. Yo que usted empezaría a filtrar las llamadas. Y le aconsejo que empiece a colgar carteles de «Prohibido el paso» por toda la propiedad. Puede decirles a sus clientes que ha tenido problemas con excursionistas que atajan a través de su propiedad y que le preocupan sus perros —añadió antes de que Fiona pudiera replicar.

—Sí. Claro, es una buena idea. Me encargaré de hacerlo. —Los acompañó a la puerta y esperó a que Simon se reuniera con ella en el porche—. Estás deseando echarme una bronca por ocultarte la visita de la periodista. Me parece bien, pero vas a tener que ponerte a la cola. Porque yo voy primero.

—Ya te habrás echado la bronca tú solita.

—No. Me refiero a que tengo que decirte unas cuantas cositas y voy corta de tiempo. Estás cabreado conmigo, mucho, pero aun así me defendiste de la agente Mantz. Diría que no hacía falta, pero eso sería muy desconsiderado. Además, defender a otra persona no es siempre necesario... a veces es lo que se hace por alguien a quien quieres, otra veces se hace porque lo necesita. Así que te lo agradezco, y aprecio el gesto. Pero al mismo tiempo estoy enfadada contigo por haberte entrometido como lo has hecho. Por haberte desentendido de mi opinión y de mis deseos, dejando claro que te encargarías de que yo hiciera todo lo que se me ordenase.

—Yo lo tengo muy claro, así que supuse que los federales y tú también lo tendríais claro.

Fiona se volvió para mirarlo.

—Ni se te ocurra pensar que vas a...

—Déjalo ya, Fiona. —Sus ojos relampagueaban con un fuego dorado—. Ahora mismo. —Dio un paso hacia ella. *Peck*, que estaba cerca, gruñó en advertencia. Simon le lanzó una mirada desagradable al perro y le exigió silencio con un dedo. *Peck* se sentó de inmediato, pero siguió atento—. Si quieres cantarme las cuarenta, ponte a la cola. Puedes repetirme ese discursito tan habitual de que puedes cuidarte sola todo lo que quieras. Me importa una mierda, porque esta vez no vas a estar sola, así que vete acostumbrando. Acepto que me digas que soy imbécil por no dejar mi dichoso cepillo de dientes en tu cuarto de baño, porque ahí tienes razón. Pero tú también eres imbécil si crees que puedes poner todas las reglas. Esto no funciona así.

—Yo no he...

—Cierra la boca. Es una gilipollez decir que no me has contado lo de la periodista que te ha estado dando la tabarra porque se te ha olvidado. ¡Venga ya! Tú no te olvidas de las cosas, y mucho menos de algo así.

—No…

—¡No he terminado! Tú no llevas la maldita batuta. No sé cómo funcionaba el asunto con tu poli, pero esto es distinto. Ahora estás tratando conmigo. Será mejor

que empieces a pensarlo con seriedad, y si no eres capaz de aceptarlo, dímelo. Lo dejaremos en un revolcón ocasional cuando nos pique y santas pascuas.

Fiona sintió que se le tensaba la cara, que se quedaba blanca.

—Te has pasado tres pueblos, Simon.

—Ya te digo. Tú esperas clientes y yo tengo que trabajar. —Se alejó al ver que un par de coches cruzaban el puente.

Tiburón, que parecía haber percibido el estado de ánimo de su dueño, se subió de inmediato a la camioneta.

—No me ha dejado decir ni mu —masculló Fiona, que intentó respirar hondo para tranquilizarse antes de recibir a sus clientes.

Capítulo 19

Fiona había programado para la última clase una sesión individual de corrección de comportamiento. Por regla general catalogaba ese tipo de sesiones como «corrección de actitud» y no sólo se aplicaba al perro.

Chloe, una hembra de pomerania que parecía una bola de pelo y que sólo pesaba dos kilos, mandaba sobre sus dueños y acostumbraba a crear el caos en el vecindario con sus histéricos ladridos, sus gruñidos y sus ataques a los demás perros, a los gatos, a los pájaros, a los niños y a cualquier cosa que se cruzara en su camino. Si estaba de humor para ello, incluso intentaba arrancar un bocado de tamaño pomerania.

Sylvia estaba sentada en el porche con una jarra de limonada recién hecha y un plato de galletas de mantequilla esforzándose por hacer ganchillo, su pasatiempo más reciente, mientras Fiona escuchaba a su clienta repetirle lo que ya le había comentado por teléfono.

—Mi marido y yo hemos tenido que cancelar las vacaciones de invierno este año. —Lissy Childs acariciaba la bola peluda que tenía en brazos mientras dicha bola observaba a Fiona con recelo—. No hemos encontrado a nadie que quisiera quedarse con ella durante una semana o que fuera a casa todos los días para cuidarla. Es un encanto de animal, de verdad, es dulce y cariñosa, pero en fin… es incorregible. —Lissy comenzó a tirarle besos a la perra, el animal reaccionó echándose a temblar de la emoción y lamiéndole la cara.

Fiona se percató de que *Chloe* llevaba un collar de plata con circonitas de colores, o al menos esperaba que fueran sólo circonitas, y unas botitas rosas abiertas por delante para lucir las uñas pintadas también de rosa.

Tanto la perra como su humana olían a Princess, de Vera Wang.

—Tiene un año, ¿verdad?

—Sí, recién cumplidito. ¿Verdad, muñequita?

—¿Recuerda cuándo comenzó a demostrar un comportamiento antisocial?

—Bueno —contestó Lissy mientras acariciaba a la perra, y el movimiento hizo que el fabuloso diamante de talla cuadrada que llevaba en la mano reluciera; *Chloe* reaccionó a las caricias enseñándole a Fiona sus afilados dientes—, nunca le han gustado los demás perros, ni los gatos. Se cree un ser humano, porque es mi niña.

—Duerme con usted en la cama, ¿verdad?

—Bueno, pues sí. Tiene una camita monísima, pero prefiere usarla para guardar sus juguetes. Le encantan los juguetes de goma que suenan cuando los muerde.

—¿Cuántos tiene?

—¡Vaya, así a bote pronto...! —Lissy tuvo el acierto de ruborizarse mientras se apartaba la rubia melena de la cara—. Es que le compro muchos. No puedo resistirme. Y también le compro ropita. Le encanta que la vista. Sé que la estoy malcriando. Harry también lo hace. No podemos evitarlo. Y de verdad, de verdad de la buena, es una ricura de animal. Pero es celosilla y se alborota muy rápido.

—¿Por qué no la suelta?

—No le gusta que la deje en el suelo cuando estamos fuera. Sobre todo

cuando... —Echó un vistazo por encima de su hombro en dirección al lugar donde descansaban *Oreo* y sus perros—, cuando hay cerca otros p-e-r-r-o-s —añadió, deletreando la última palabra.

—Lissy, va a pagarme para conseguir que *Chloe* sea una perra más feliz y equilibrada. Lo que me está contando, y lo que yo veo, es que *Chloe* no sólo es la líder de su manada, sino además una dictadora de menos de dos kilos. Todo lo que me ha contado refleja claramente el Síndrome del Perro Pequeño.

—¡Ay, Dios mío! ¿Necesita medicación?

—Necesita que dejen de permitirle que lleve las riendas. Que dejen de pensar que por su reducido tamaño pueden permitirle un mal comportamiento que jamás le permitirían a un perro más grande.

—Bueno, es que es pequeña.

—El tamaño no influye en el comportamiento, ni tampoco en el motivo por el que un perro adopta un comportamiento concreto. —Los dueños solían ser, en opinión de Fiona, los peores obstáculos—. No puede sacarla a pasear sin pasar un mal rato, ni tampoco puede recibir visitas en casa. Me ha dicho que a Harry y a usted les encanta recibir amigos, pero que hace meses que no organizan una cena.

—Es que la última vez que lo intentamos fue todo muy estresante, y *Chloe* se puso tan nerviosa que tuvimos que encerrarla en el dormitorio.

—Donde destrozó su edredón de plumas nuevo entre otras cosas.

—Fue horrible.

—No pueden dejarla sola para salir a cenar sin que destroce algo, así que ya no van a cenar fuera, no asisten a ninguna fiesta y han dejado de ir al cine. Me comentó que mordió a su madre.

—Sí, sólo fue un mordisquito de nada. Resulta...

—Lissy, voy a preguntarle una cosa. Estoy segura de que ha estado usted en aviones, o en alguna tienda, o en un restaurante, donde haya coincidido con algún niño maleducado que no parara de correr, de molestar a los demás, de darle patadas a la silla o de discutir con sus padres, teniendo un berrinche, echándose a llorar y demás.

—¡Dios, sí! —Puso los ojos en blanco mientras hablaba—. Es muy molesto. No entiendo por qué... ¡Ah! —exclamó después de soltar el aire al comprender lo que le estaba diciendo Fiona—. No estoy siendo una madre responsable.

—Exacto. —No era del todo exacto, pero se aproximaba—. Déjela en el suelo.

En cuanto las patas traseras de *Chloe* tocaron el suelo, levantó las delanteras y comenzó a brincar, a ladrar y a arañarle los preciosos pantalones de lino a su dueña.

—Vamos, bebé, no...

—No —la interrumpió Fiona—. No la trate de esa forma cuando está demostrando un mal comportamiento. Necesita ser dominante. Demostrarle quién manda.

—Para ya, *Chloe*, o no habrás chuches de vuelta a casa.

—Así no. Primero deje de pensar que es pequeñita y preciosa. Deje de pensar en su tamaño y piense en ella como en un perro que no se está portando bien. Así. —Fiona cogió la correa—. Apártese —le dijo a Lissy, mientras se interponía entre ella y la perra. *Chloe* siguió ladrando y comenzó a gruñir, e incluso se lanzó para darle un mordisco—. ¡Mal! —exclamó, manteniendo el contacto visual con la perra y enseñándole un dedo.

Chloe siguió gruñendo, pero dejó de dar brincos.

—Está enfadada —dijo Lissy con indulgencia.

—Si fuera un labrador o un pastor alemán el que estuviera aquí sentado entre nosotras, ¿le parecía gracioso?

Lissy carraspeó.

—No. Tiene razón.

—Consentirla no le beneficia en absoluto, no la hace feliz. La está convirtiendo en una perra desequilibrada y agresiva, y los perros desequilibrados no son felices. —Intentó apartarla para pasear con ella, pero *Chloe* forcejó y trató de volver junto a su dueña. Fiona se limitó a acortar la correa para que la perra tuviera que alcanzarla —. En cuanto entienda que no hay recompensa, que no le demostrará cariño cuando se comporte mal, que usted es quien manda, parará. Y será más feliz.

—No quiero que se convierta en una perra desequilibrada y agresiva. De verdad que no, por eso he venido. Es que no se me da bien aplicar la disciplina.

—Pues tendrá que mejorar —replicó Fiona con sequedad—. *Chloe* depende de usted. Cuando vea que se excita y que está a punto de perder el control, háblele con firmeza, corríjala con rapidez, no la tranquilice con la voz que emplearía para hablarle a un bebé. De esa forma lo único que consigue es estresarla todavía más. Lo que ella quiere es que usted asuma el control, y así todos serán más felices.

Fiona trabajó con la perra durante los siguientes diez minutos, corrigiéndola y recompensándola cuando lo hacía bien.

—A usted le hace caso.

—Porque sabe que yo tengo el control y lo respeta. Sus problemas de comportamiento son el resultado del trato que ha recibido por parte de todos los que la rodean. Porque ahora cree que todos deben tratarla de cierto modo y lo exige de esa forma.

—La hemos malcriado.

—La culpa no la tienen los juguetes de goma, las chuches ni la ropita. ¿Por qué no van a recompensarla con todo eso si les hace felices? El problema es que están permitiendo, e incluso alentando, un comportamiento inadecuado y le han cedido el control a ella. Cuando ve un perro grande, ataca, ¿verdad?

—Siempre. Al principio era gracioso. No podías evitar reírte. Pero ahora tiemblo cada vez que la saco a dar un paseo.

—Lo hace porque usted le ha cedido el papel de líder de la manada. Y tiene que defender esa posición cada vez que entra en contacto con otro perro, con un humano o con otro animal. Eso la estresa.

—¿Por eso se pone a ladrar como una loca? ¿Porque está estresada?

—Por eso y porque le está diciendo lo que tiene que hacer. La gente cree que los pomeranias son muy ladradores, pero en realidad es que sus dueños les permiten convertirse en perros ladradores. —En ese momento no había ladridos, pensó mientras se detenía y *Chloe* se sentaba a su lado para mirarla con sus ojos almendrados—. Ahora está relajada. Quiero que usted haga lo mismo que he hecho yo. Asuma el control.

Le pasó la correa la Lissy y la perra comenzó a agitar las patas delanteras en el aire y a arañarle las piernas a su dueña.

—Lissy... —le advirtió Fiona con firmeza.

—Vale. *Chloe*, mal.

—¡Con autoridad!

—¡*Chloe*, mal!

Chloe se sentó y movió la cabeza de un lado a otro como si estuviera evaluando la situación.

—Ahora pasee con ella. No deje que se adelante. Es usted quien la pasea, no al revés. —Fiona se alejó para observarlas. Sabía que estaba adiestrando a la humana en la misma medida, o tal vez más, que a la perra. Los progresos y la satisfacción del cliente dependerían de su disposición a seguir el adiestramiento en

casa.

—¡Me obedece!

—Lo está haciendo genial. —«Las dos estáis relajadas», añadió Fiona para sus adentros—. Voy a acercarme. Si demuestra algún tipo de comportamiento inadecuado, quiero que la corrija. No tense el cuerpo. Está paseando con su preciosa perrita. Con una perrita monísima, educada y feliz.

Chloe empezó a ladrar y a tirar de la correa cuando ella se acercó. Sin embargo, no supo a quién le sorprendió más la reacción de la dueña, si a la perra o a la propia Lissy, cuando le dio un tirón a la correa mientras exclamaba un «¡Mal!» que no dejaba lugar a tonterías.

—Fantástico. Otra vez.

Repitió el acercamiento hasta que *Chloe* se limitó a seguir caminando junto a su dueña.

—Bien hecho. Syl, ¿te importa echarnos una mano? Syl va a intervenir ahora. Va a detenerse y a charlar, ¿vale?

—De acuerdo. —Sylvia se acercó a Lissy y se interpuso en su camino—. Encantada de verla.

—Vale. ¡Madre mía! —Lissy se detuvo y parpadeó al ver que su perrita hacía lo mismo sin ladridos ni gruñidos—. Mire lo que ha hecho.

—¿No es genial? ¡Qué cosa más bonita! —Sylvia se agachó para acariciar la peluda cabeza de *Chloe*—. ¡Qué perrita más bien educada! Muy bien, *Chloe*.

—Ahora vamos a añadir a *Newman* —anunció Fiona.

—¡Ay, Dios mío!

—Lissy, no se ponga nerviosa. Siga relajada. *Newman* no reaccionará a menos que yo se lo permita. Usted es quien controla. *Chloe* depende de usted. Corríjala con firmeza, con rapidez y cuando sea necesario.

Con *Newman* a su lado, Fiona se cruzó con *Chloe*... y a la perra le dio un ataque.

—Corríjala —le ordenó Fiona a la dueña—. Con firmeza, Lissy —añadió al ver que su clienta se atornillaba y titubeaba—. No, no la coja en brazos. Así. Míreme. —Se acercó para establecer contacto visual con la perra y exclamó—: ¡Mal, mal!

La perra se calmó, aunque siguió gruñendo.

—*Newman* no representa ninguna amenaza —señaló Fiona mientras señalaba a su labrador, plácidamente sentado—. Necesita seguir relajada y mantener el control. Y ser firme cuando *Chloe* demuestre un comportamiento poco sociable.

—Pero él es mucho más grande. Está asustada.

—Sí, está asustada y estresada. Como usted. Tiene que relajarse y permitir que ella también lo haga. Así verá que no hay nada de lo que asustarse. —Fiona hizo un gesto con la mano y *Newman* se tumbó en el suelo con un pequeño suspiro—. Me ha comentado que hay un parque cerca de su casa donde la gente pasea con sus perros.

—Sí. Dejé de llevar a *Chloe* porque se irritaba mucho.

—Sería estupendo que pudiera llevarla, porque así tendría compañeros de juego y haría amigos.

—Nadie la quiere —susurró Lissy—. Y eso hiere sus sentimientos.

—Lissy, nadie quiere a los que son agresivos. Pero la gente, sobre todo la gente que tiene perros, suele disfrutar con otros perros bien educados. Y una perrita tan guapa y tan lista como *Chloe* podría tener muchos amigos. ¿No le gustaría eso para ella?

—Pues sí.

—¿Cuándo fue la última vez que fue al parque?

—¡Uf, pues hace ya tres o cuatro meses! Hubo un pequeño incidente. Ni siquiera llegó a hacerle sangre, de verdad, bueno, sólo fue un arañazo, pero Harry y yo decidimos que era mejor no volver a llevarla.

—Creo que podría volver a intentarlo.

—¿En serio? Pero...

—Mire esto. —Fiona levantó un dedo antes de hacer nada—. No haga aspavientos. Siga relajada, mantenga la voz serena.

Lissy miró hacia abajo y se llevó la mano libre a la boca mientras observaba a *Chloe*, que estaba olisqueando a *Newman*.

—Lo está analizando —explicó Fiona—. Mire, está moviendo el rabo y tiene las orejas erguidas. No está asustada. Está interesada. Siga relajada —añadió, tras lo cual le hizo un gesto a *Newman* con la mano.

Cuando su perro se incorporó, la perra retrocedió y después se quedó petrificada en cuanto *Newman* se acercó para olisquearla. Al cabo de unos segundos *Chloe* siguió moviendo el rabo.

—¡Su perro le ha dado un beso!

—A *Newman* le gustan las chicas guapas.

—Está haciendo un amigo. —Lissy tenía los ojos llenos de lágrimas—. Es absurdo. Ya sé que es absurdo que me emocione así.

—No lo es. En absoluto. Usted la quiere.

—Nunca ha tenido un amigo. Por mi culpa.

En su mayor parte, reconoció Fiona para sus adentros, pero las cosas no eran tan simples.

—Lissy, la ha traído aquí porque la quiere y desea que sea feliz. Ahora tiene un amigo. ¿Qué le parece si la ayudamos a que tenga unos cuantos más?

—¿Está segura?

—Confíe en mí.

Lissy alargó un brazo, con un gesto un tanto melodramático, y le dio la mano a Fiona.

—Lo hago, de verdad que lo hago.

—Corríjala si es necesario. Si no lo es, relájese y déjela relacionarse.

Fiona fue llamando a los perros de uno en uno, que se acercaron desde el porche para darle a *Chloe* la oportunidad de que se acostumbrara poco a poco. Necesitó algunas correcciones, hubo unos cuantos pasos hacia atrás y otros tantos progresos, pero al cabo de un rato los perros estaban encantados, olisqueándose y meneando el rabo.

—Nunca la he visto así. No está asustada, ni está siendo mala ni está intentando subirse por mi pierna para que la coja.

—Vamos a darle una recompensa. Quítele la correa para que pueda correr con mis chicos y con *Oreo*.

Lissy se mordió el labio inferior, pero la obedeció.

—A jugar —ordenó Fiona.

Mientras los otros se alejaban corriendo y chocándose unos con otros, *Chloe* se quedó donde estaba y empezó a temblar.

—Está...

—Espere —la interrumpió Fiona—. Déle un poco de tiempo.

Bogart volvió corriendo junto a la perrita, le dio unos cuantos lametones y cuando volvió a alejarse hacia la manada, *Chloe* corrió tras él con sus botitas de marca.

—Está jugando —murmuró Lissy mientras su perra saltaba para atrapar el extremo deshilachado de la cuerda que *Bogart* llevaba entre los dientes—. Está

jugando con sus amigos.

Fiona le pasó a Lissy un brazo por los hombros.

—Vamos a sentarnos en el porche y a disfrutar de una limonada. Podrá observarla desde allí.

—Debería... debería haber traído la cámara. No se me ocurrió que...

—Vamos a hacer una cosa. Siéntese con Sylvia. Yo voy a por mi cámara y me encargo de las fotos. Se las mandaré por correo electrónico.

—Voy a llorar.

—Adelante. —Fiona le dio unas palmaditas en un hombro y la acompañó hasta el porche.

Un rato después Sylvia disfrutaba de un vaso de limonada mientras se mecía en la mecedora y observaba a Lissy y a *Chloe* alejarse en el coche.

—Debe de ser muy satisfactorio.

—Y un poco agotador.

—Bueno, les has dedicado dos horas completas.

—Ella... bueno, ellas lo necesitaban. Creo que les irá bien. Lissy tiene que esforzarse y conseguir que Harry también lo haga. Pero creo que lo logrará. Nuestros chicos también nos han ayudado mucho. —Levantó un pie para acariciar a *Peck*.

—Ahora que ya hemos solucionado el problema de *Chloe*, ¿qué hay del tuyo?

—Creo que para solucionarlo harán falta algo más que una mano firme y unas cuantas golosinas para perros.

—¿Está muy enfadado?

—Mucho.

—¿Y tú?

—No lo he decidido.

Una vez acabada la fiesta canina, un trío de brillantes colibríes zumbaba entre las flores del grosellero de invierno que Starr había mencionado en el dichoso artículo.

El torbellino de color debería haberla cautivado, pero sólo sirvió para recordarle el mal rato de la mañana.

—Intento permanecer tranquila y ser sensata, porque si no lo hago, creo que voy a salir corriendo entre alaridos y que no voy a pararme en la vida. Simon está enfadado porque no he salido corriendo entre alaridos. O por lo menos creo que ése es uno de los motivos. No sé si esperaba que le dijera: «¡Ay, Simon, eres tan grande y tan fuerte, por favor, protégeme!», o algo por el estilo.

Sylvia siguió meciéndose y disfrutando de la limonada sorbito a sorbito.

—Me extraña mucho, muchísimo, que una persona tan intuitiva y sensible como tú no sea capaz de entender lo doloroso y duro que es todo esto para nosotros.

—¡Syl, por supuesto que lo entiendo! De verdad. Ojalá...

—No, cariño, no lo entiendes. Tu solución es mantenernos alejados de los detalles y de tus miedos. Tomar tus decisiones sobre lo que vas a hacer y cómo vas a hacerlo sin contar con nadie. Y como tampoco es que desapruebe por completo tu actitud, me encuentro en un dilema.

La culpa se unió a la frustración, y como guinda del pastel apareció la irritación.

—No os mantengo alejados.

—No sueles hacerlo. Eres una mujer sensata, y tienes motivos de sobra para sentirte orgullosa de tu habilidad para cuidarte sola y solucionar tus problemas.

Estoy orgullosa de ti. Pero me preocupa que esa necesidad que tienes de demostrarlo se convierta en la firme creencia de que esa es tu única opción. Te resulta más fácil ayudar a los demás que pedir ayuda.

—Es posible. Lo reconozco. Pero sinceramente, Syl, no creo que fuera necesario contaros a Simon o a ti, o a cualquiera ya puestos, lo de mi encontronazo con esa periodista. Fue un episodio anecdótico. Que sucedió y con el que lidié. Contároslo no habría impedido que publicara el artículo.

—No, pero habríamos estado preparados.

—De acuerdo. —Fiona se llevó los dedos a los ojos. Estaba muy cansada, casi derrotada—. Vale.

—No quiero que te enfades. Nada más lejos de mi intención que darte motivos para que te estreses todavía más. Sólo quiero que reflexiones sobre... sobre el hecho de que ya va siendo hora de que te dejes ayudar por los que te queremos.

—Vale. Dime qué crees que debería hacer.

—Te diré lo que me gustaría que hicieras. Me encantaría que hicieras las maletas y que te fueras a Fiji hasta que atraparan a ese loco. Ya sé que no puedes hacerlo. No sólo porque va en contra de tu forma de ser, sino porque además tienes tu casa, tu negocio, tus facturas y tu vida.

—Cierto. Me pone de los nervios, Syl, porque me da la impresión de que la gente no lo entiende. Si me escondiera en algún agujero, podría perder mi negocio y mi casa, por no mencionar la confianza en mí misma. He trabajado mucho para conseguir todo eso.

—Cariño, en mi opinión la gente lo entiende perfectamente, pero a todos nos gustaría que corrieras a esconderte a ese agujero. Creo que lo haces lo mejor que puedes, que haces lo que debes, salvo pedir ayuda y permitir que te ayudemos de verdad. No sólo que James venga a echarle un vistazo a tu casa y que te cuide los perros mientras tú te vas unos días, o que Simon comparta tu cama por la noche. Me refiero a que te abras de verdad a alguien, Fiona. A que confíes en alguien de verdad.

—¡Dios! —exclamó Fiona después de soltar el aire—. No sé qué más puedo hacer, si casi me he arrojado a los pies de Simon...

Sylvia esbozó una ligera sonrisa.

—¿Ah, sí?

—Le he dicho que creo que me estoy enamorando de él. Y que conste que no logré un quid pro quo.

—¿Era lo que buscabas?

—No. —Irritada consigo misma y con el mundo en general, se puso en pie—. No. Pero Simon no es precisamente el tipo de persona que dice lo que se le pasa por la cabeza... a menos que esté furioso. Y ni siquiera en ese caso...

—No me refiero a él ni estoy hablando de él. Si así fuera, te darías cuenta. Estoy hablando de ti, Fiona. Estoy preocupada por ti, me preocupas. Quiero verte feliz. Quiero saber que estás a salvo.

—No voy a correr ningún riesgo. Te lo prometo. No volveré a cometer otro error como el que cometí con la periodista. —Se volvió y levantó una mano—. Te lo juro.

—Espero que te atengas a tu juramento. Y cambiando de tema, dime qué es lo que quieres de Simon. Lo que esperas de él.

—Si te digo la verdad, no lo sé.

—¿No lo sabes o no te has parado a pensarlo porque no quieres pensarlo?

—Las dos cosas. En circunstancias normales, si todo esto que está pasando no afectara a parte de mi vida, a lo mejor me paraba a pensarlo. O a lo mejor ni siquiera habría nada que pensar.

—¿Te refieres a que esto que está pasando es el motivo por el que Simon y tú estáis juntos?

—Influye mucho. El momento y la intensidad.

—Como veo que hoy es el día de darte mi opinión, aquí va otra —dijo Sylvia—. Creo que valoras demasiado la influencia que ejerce ese asesino y que no valoras lo suficiente tu relación con Simon. Fi, las cosas son como son, y Simon y tú tenéis una relación. Tienes que lidiar con eso.

Fiona enarcó las cejas cuando los perros se pusieron a ladrar para avisarla.

—Y hablando del rey de Roma... te apuesto lo que quieras a que es él quien acaba de cruzar el puente. Me voy para que puedas lidiar con él. —Sylvia se levantó y le dio un fuerte abrazo—. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho. No sé qué haría sin ti.

—Pues aplícate el cuento. Y reflexiona sobre esto: se fue enfadado, pero ha vuelto —murmuró. La besó en la mejilla y se agachó para coger su enorme cesto de mimbre. Llamó a *Oreo* y juntos caminaron hacia la camioneta de Simon.

Fiona no alcanzó a escuchar lo que hablaron, pero se percató de que él miraba hacia el porche mientras su madrastra le decía algo.

Y después lo vio encogerse de hombros. Típico.

Mientras Sylvia se marchaba en su coche, ella decidió no dar su brazo a torcer, aunque tampoco estaba segura de que la situación lo requiriera.

—Si has venido por obligación, ya puedes dar la vuelta. Le diré a James que se quede esta noche o me iré a casa de Mai.

—¿De qué obligación estás hablando?

—A que te sientas obligado a venir por la situación difícil en la que me encuentro, la cual reconozco abiertamente. Sé que estás enfadado, por eso te digo que no hace falta que vengas por obligación. No me quedaré sola.

Simon guardó silencio un momento.

—Quiero una cerveza. —Subió los escalones y entró en la casa.

—Bueno... —Fiona lo siguió—. ¿Así es como solucionas los problemas? ¿Éste es tu método?

—Depende del problema. Quiero una cerveza —repitió al tiempo que sacaba una del frigorífico y la abría—. Tengo una cerveza. Problema resuelto.

—No me refiero a la dichosa cerveza.

—Vale. —Pasó a su lado de camino al porche trasero.

Fiona sujetó la puerta mosquitera para evitar que se le cerrara en las narices, y la estampó con fuerza contra el marco una vez que estuvo fuera.

—¡No me dejes con la palabra en la boca!

—Si vas a ponerte a refunfuñar, mejor me siento y disfruto de la cerveza.

—No voy a... Esta mañana te fuiste cabreado después de ponerte en plan dictador. Después de interrumpirme cada cinco segundos. Y de decirme que me callara.

—Estoy a punto de volver a hacerlo.

—¿Te crees con derecho a decirme lo que tengo que hacer, lo que tengo que pensar y lo que tengo que decir?

—No, no tengo ningún derecho. —La señaló con la cerveza—. Y eso también va por ti, Fiona.

—Yo no te digo lo que tienes que hacer. Te estoy dando una alternativa, te estoy dejando claro que no voy a tolerar este comportamiento.

Simon le lanzó una mirada furiosa y gélida.

—No soy uno de tus perros. No vas a adiestrarme.

Sus palabras la sorprendieron tanto que la dejaron boquiabierta.

—No estoy intentando adiestrarte. ¡Lo que faltaba!

—Sí, lo estás haciendo. Supongo que es algo innato en ti. Una pena, porque estoy segurísimo de que tengo un montón de actitudes que te encantaría cambiar. Tú decides. Si prefieres que James se quede esta noche, llámalo. Me iré en cuanto llegue.

—No sé por qué estamos discutiendo. —Se pasó las manos por el pelo y se apoyó en la barandilla del porche—. No tengo ni idea. No sé por qué de repente se me considera una persona cerrada, aislada o demasiado testaruda o imbécil como para pedir ayuda. No lo soy. No soy ninguna de esas cosas.

Simon bebió un buen trago de cerveza mientras la observaba.

—Te las apañaste para salir del maletero.

—¿Cómo dices?

—Que te escapaste del maletero. Nadie te ayudó. No había nadie que pudiera ayudarte. Que vivieras o murieras dependía de ti. Debió de ser espantoso. No puedo ni imaginármelo. Lo he intentado. Pero no puedo. ¿Quieres seguir en el maletero?

Fiona notó el escozor de las lágrimas en los ojos y eso la enfureció.

—¿De qué estás hablando?

—Puedes seguir intentándolo tú sola. Yo apuesto por esa opción. O puedes dejar que alguien te eche una mano. A ver si se te mete en la cabeza que eso no te hace una persona inútil, ni mucho menos débil. Eres la mujer más fuerte que he conocido en la vida, y he conocido unas cuantas. Así que piénsalo, y cuando te decidas, me lo cuentas.

Fiona se dio media vuelta con la mano en el pecho, herida.

—Yo misma me metí en ese maletero.

—Eso es una gilipollez.

—¿Y tú qué sabes? No estabas allí. Fui una imbécil, fui una descuidada y permití que me secuestrara.

—¡Por el amor de Dios! Mató a doce mujeres antes de secuestrarte a ti. ¿Crees que todas eran imbéciles y descuidadas? ¿Que todas permitieron que las secuestrara?

—No... Sí. —Se volvió—. Es posible. No lo sé. Lo que sí sé es que ese día cometí un error. Un pequeño error, un par de segundos y todo cambió. Todo.

—Tú sigues viva y Greg Norwood murió.

—Sé que no fue culpa mía. He ido a terapia. Sé que el responsable es Perry. Lo sé.

—Saberlo no es lo mismo que creerlo.

—Lo creo. Casi siempre. Pero no es algo en lo que suela pensar. No me gusta llevar ese peso sobre los hombros.

—Pues yo sí te los veo un poco encorvados ahora mismo.

Saber que Simon tenía razón le resultaba detestable.

—Me he forjado una vida aquí y soy feliz. No habría llegado a… Todo esto no existiría si lo que se está repitiendo ahora no hubiera pasado la primera vez. ¿Cómo es posible que se repita? —se preguntó—. ¿Cómo es posible que se repita, joder? —Tomó una entrecortada bocanada de aire—. ¿Hace falta que te diga que estoy asustada? Porque ya te lo dije antes. Estoy asustada. Estoy aterrada. ¿Eso es lo que quieres oír?

—No, y si tengo la oportunidad, me encargaré de que ese tío lo pague por haberte obligado a decir eso, por hacerte sentir así.

Simon la observó mientras se limpiaba la solitaria lágrima que descendía por su mejilla. También pagaría por eso, pensó. Por esa muestra de tristeza.

Esa solitaria lágrima apagó los rescoldos del enfado que lo habían

acompañado a lo largo del día.

—No sé qué espero de lo nuestro, Fi. No lo sé exactamente. No acabo de entenderlo. Lo que sé es que quiero que confíes en mí. Necesito que confíes en que podré ayudarte a salir de ese maldito maletero. Eso de momento. Luego ya veremos.

—Ese «ya veremos» me asusta casi tanto como lo otro.

—Sí, ya lo veo. —Volvió a llevarse la cerveza a los labios y la observó por encima de ella—. Me parece que estás en un aprieto.

Sus palabras le arrancaron una trémula carcajada.

—Supongo. No he tenido una relación seria desde lo de Greg. Lo intenté en dos ocasiones, pero no duró mucho. Ahora mismo soy capaz de analizarlo y de reconocer que no fue justo para los implicados. No los engañé, y ellos tampoco buscaron ir más allá de lo que había en un principio. Pero eso no quita que fuera injusto. No pretendía tener una relación seria contigo. Buscaba sólo compañía, conversación y sexo. Me gustaba la idea de tener un rollo. Mírame, a mi edad... a lo mejor tampoco he sido justa contigo.

—A mí no me molesta.

Fiona sonrió.

—Tal vez no, Simon, pero es lo que hay. Salta a la vista que los dos buscamos un poco más de lo que queríamos en un principio. Tú quieres confianza. Supongo que lo que yo quiero es algo que implica un compromiso. Creo que nos estamos asustando mutuamente.

Simon se puso en pie.

—Me creo capaz de soportarlo. ¿Y tú?

—Quiero intentarlo.

—Veamos cómo se nos da —replicó él mientras alargaba un brazo y le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja. Fiona se acercó a él y lo abrazó con un suspiro.

—Vale. Esto está mejor.

—Vamos a intentar algo distinto. —Le pasó una mano por el pelo—. Vamos a salir a cenar.

—¿A un restaurante?

—Yo te invito a cenar. Tú te pones un vestido.

—Podría hacerlo.

—Tienes vestidos. Los he visto en tu armario.

Fiona echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

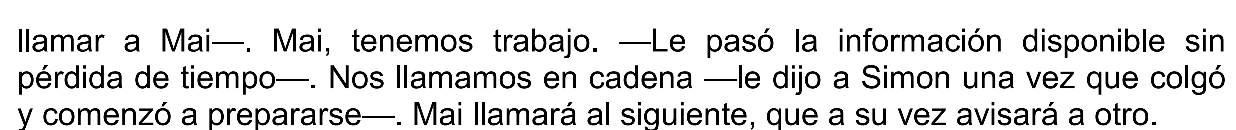
—Me encantaría ponerme un vestido y salir a cenar.

—Bien. No tardes toda la noche. Tengo hambre.

—Un cuarto de hora. —Se puso de puntillas para rozarle los labios—. Esto está mejor. —Acababa de poner un pie en el interior de la casa cuando sonó el teléfono —. Es el del trabajo. Tengo que cogerlo. Fiona Bristow. —Alargó el brazo para coger el bloc de notas y el bolígrafo—. Sí, sargento Kasper. ¿Hace cuánto tiempo? —Anotó algo con rapidez y asintió mientras contestaba preguntas que ni siquiera tuvo que hacer—. Me pondré en contacto con mi Unidad ahora mismo. Sí, cinco adiestradores, cinco perros. Mai Funaki será la coordinadora de la base de operaciones, como siempre. Nos veremos allí. ¿Sigue teniendo mi número de móvil? Sí, ese. Saldremos antes de una hora. No hay problema. —Colgó—. Lo siento. Hay dos excursionistas desaparecidos en el Olympic National Forest. Tengo que llamar a los demás. Tengo que irme.

—Vale. Te acompañaré.

—No tienes experiencia —protestó mientras usaba la marcación rápida para



llamar a Mai—. Mai, tenemos trabajo. —Le pasó la información disponible sin pérdida de tiempo—. Nos llamamos en cadena —le dijo a Simon una vez que colgó y comenzó a prepararse—. Mai llamará al siguiente, que a su vez avisará a otro.

—Voy contigo. En primer lugar porque no vas a ir sola. Una vez que comienza la búsqueda sólo estáis el perro y tú, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Y en segundo porque si vas a adiestrar a mi perro para hacer lo que estás a punto de hacer, quiero tener información de primera mano. Voy contigo.

—Será imposible que lleguemos antes de que oscurezca. Si para entonces no los han encontrado, tendremos que buscar en plena noche y seguramente deberemos pasarla en el campo en unas condiciones muy duras.

—¿Me crees una nenaza o qué?

—Pues no. —Abrió la boca para volver a decirle que no, y en ese momento fue consciente de lo que estaba haciendo—. Vale. Tengo una mochila de repuesto. Te daré una lista con todo lo que necesitas. Casi todas las cosas están ya preparadas. Coge la lista y asegúrate de llevarlo todo. Necesito que llames a Syl y que le digas que venga a echarles un ojo a los perros que no nos vamos a llevar. —Sacó la mochila de repuesto que tenía guardada y se la lanzó—. Cuando lleguemos, el papel de alfa es mío. Tendrás que hacerte a la idea.

—Tu trabajo, tus reglas. ¿Dónde está la lista?

Capítulo 20

Una unidad, eso eran, se percató Simon. Durante el trayecto, los seis miembros hablaron a través de gestos, acrónimos y el código que solían desarrollar los amigos íntimos y las personas que llevaban muchos años trabajando juntas.

Así que él hizo lo que mejor se le daba. Guardar silencio y observar.

El cambio en la relación entre James y Lori era tan reciente que intercambiaban miraditas en secreto, mientras que los demás los miraban con sorna. Escuchó que Chuck y Meg Greene discutían sus planes para el fin de semana —el trabajo de jardinería estaba en el primer puesto de la lista— con la facilidad de las personas que llevaban mucho tiempo casadas.

Fiona llamaba de forma regular al policía llamado Kasper para preguntarle por la situación, actualizaba el tiempo estimado de llegada y le comunicaba otros detalles importantes.

La sorpresa, o al menos a él se lo pareció así, fue que se sumara otro policía: el sheriff Tyson, de la isla de San Juan.

Había algo entre el sheriff y la atractiva veterinaria, decidió Simon. Algo más reciente que lo de James y Lori, algo que aún estaba por definir.

El aire nocturno soplaba a rachas húmedas mientras Chuck surcaba las agitadas aguas del estrecho en la barca. Los perros parecían disfrutarlo, pues estaban sentados o echados con los ojos brillantes. De no ser porque se habían perdido dos personas, que posiblemente estuvieran heridas, habría sido un viaje nocturno muy agradable.

Simon se comió uno de los sándwiches que Meg había hecho y dejó que su mente vagara.

Si no existiera el asesino, ¿estaría en ese preciso momento comiéndose un sándwich de jamón y queso con mostaza picante en un barco abarrotado que olía a agua y a perro?

No estaba seguro.

En ese instante miró a Fiona. Estaba sentada y su cuerpo se mecía con el envite de las olas mientras hablaba por teléfono. Garabateaba cosas en un bloc —no, anotaba con pulcritud, porque Fiona no garabateaba— que tenía en el regazo, y el viento azotaba la trenza que se había hecho a toda prisa. Miró ese cuerpo que parecía demasiado delgado enfundado en unos pantalones de trabajo, una chaqueta liviana y unas botas desgastadas.

Sí, estaría justo donde estaba. ¡Joder!

No era su tipo. Pero nada cambiaría por mucho que se lo repitiera. Se le había metido bajo la piel, se le había metido en la sangre. En algún sitio.

Fiona lo embrujaba y lo irritaba a partes iguales, una combinación rara y muy peligrosa. Seguía esperando a que se le pasara.

De momento no había tenido esa suerte.

Tal vez, en cuanto las cosas se tranquilizaran, se tomaría un respiro. Pasaría una semana con su familia. Sabía por experiencia que el roce hacía el cariño y que la distancia enfriaba las cosas. Aunque era cierto que la breve ausencia de Fiona no había enfriado nada, ese viaje podría ser distinto. Sería él quien se marcharía.

Mai se dejó caer a su lado.

—¿Estás preparado para esto?

—Supongo que pronto lo averiguaré.

—En mi primera búsqueda estaba muerta de miedo, y nerviosísima. Los entrenamientos, los simulacros y las maniobras son esenciales, pero una búsqueda de verdad es... En fin, es una búsqueda de verdad. La gente depende de ti. Gente de verdad, con sentimientos, familiares y miedos. Cuando Fi me habló de unirme a la Unidad, pensé que por qué no, que así podría hacer algo. No tenía ni idea de lo exigente que es. No sólo en cuanto a tiempo, sino física y emocionalmente.

—Sigues haciéndolo.

—En cuanto lo pruebas, no puedes dejarlo. No me imagino abandonándolo.

—Te encargas del campamento base.

—Exacto. Coordino el trabajo de perros y cuidadores, llevo los registros, mantengo el contacto, sirvo de enlace con los otros equipos de búsqueda y con los policías o los agentes forestales. No tengo un perro de Búsqueda y Salvamento porque siempre acabo adoptando alguno que necesita cuidados especiales, pero puedo manejar uno si es necesario. Fi cree que tu *Tiburón* ha nacido para este trabajo.

—Eso dice. —Le ofreció su bolsa de patatas para que cogiera—. Lo pilla todo a la primera... o eso me parece a mí. Aunque creo que sería capaz de volverse del revés como un calcetín con tal de hacer feliz a Fiona.

—Los perros reaccionan de esa manera con Fi. Tiene un don. —Cambió de postura de modo que juntó las piernas y quedó de espaldas a Fiona—. ¿Cómo está, Simon? Intento no sacar el tema a menudo. Sé lo mucho que le gusta mantener cada cosa en su compartimiento separado.

Era una descripción perfecta, pensó él. La había clavado.

—Está asustada. Y eso hace que se empecine todavía más en manejar la situación.

—Duermo mejor sabiendo que estás con ella.

Sylvia había dicho algo parecido, recordó. Pero con un deje bien distinto, que llevaba implícito un «No me defraudes».

En cuanto llegaron a tierra, un grupo de voluntarios los llevó en camionetas hasta el campamento base. Se movían deprisa, se percató, con una especie de eficacia bien demarcada. Una vez más, esos compartimientos separados. Cada persona tenía un objetivo, y cada persona sabía qué tenía que hacer.

Fiona se sentó entre un tal Bob y él, y siguió trabajando con su bloc de notas mientras volaban por la carretera o pasaban despacio por los baches.

—¿Qué haces?

—Una comprobación de la situación y la cuadrícula preliminar con los datos de los que dispongo ahora mismo. Era un trayecto largo y ha anochecido, pero contamos con la luz de la luna. Hay posibilidad de tormentas antes de que amanezca, pero ahora mismo está despejado, de modo que nos esforzaremos al máximo. ¿Cómo está tu hijo, Bob?

—Se va a la universidad en otoño. No entiendo cómo ha crecido tan rápido. Mi mujer y él están ayudando con la comida.

—Será un placer verlos. Bob y su familia regentan un hotel rural. Son habituales en las búsquedas. El sargento Kasper me ha dicho que los excursionistas desaparecidos se alojan en tu hotel.

—Exacto. —Bob, con su cara curtida por el viento y una mandíbula fuerte, aferraba con sus manazas el volante y conducía por las carreteras de montaña como un avezado conductor en una autovía—. Se alojan con otra pareja, viajan

juntos. Salieron a primera hora con el almuerzo. La otra pareja volvió justo antes de la cena. Dijeron que se habían separado por el camino, que tomaron rutas distintas. Pensaban que sus amigos volverían antes que ellos.

—No cogen sus móviles.

—No. A veces se pierde la cobertura, pero llevan intentándolo desde la cinco o las cinco y media.

—Tengo entendido que la búsqueda en sí empezó a las siete.

—Ajá.

—¿Están en buena forma?

—Al menos eso parece. Ambos rondan los treinta. La mujer llevaba botas nuevas y una mochila muy elegante. Son de Nueva York. Tenían pensado quedarse dos semanas, pescar, hacer senderismo, admirar las vistas y pasar por el spa.

—Mmm.

Simon vio el hotel rural, un edificio de dos plantas iluminado como un árbol de Navidad. Alguien había montado una tienda de campaña enorme como comedor improvisado, supuso, con una larga mesa repleta de comida, jarras de café y cajas de botellas de agua.

—Gracias por traernos, Bob. Estoy deseando beberme una taza de café de Jill. —Fiona se apeó después de que bajara Simon—. ¿Puedes echarnos una mano con los perros? Necesitan beber y yo tengo que coordinar la actuación con el sargento Kasper mientras Mai monta el campamento base.

—Ahora mismo.

Fiona se acercó a un policía de uniforme con una generosa barriga cervecera y una cara alargada y curtida. Se dieron la mano y cuando Mai se reunió con ellos, el policía también se la estrechó antes de hacer un gesto con la mano. Mai echó a andar con paso firme hacia el hotel.

Fiona se llenó una taza de café mientras hablaba con el sargento Kasper.

—Mai dice que es su primera vez. —Tyson le tendió la mano a Simon—. Soy Ben Tyson.

—Sí, supongo que no es su caso, sheriff.

—Llámame Ben. No, pero suelo ocupar más bien ese papel. —Señaló con la barbilla el lugar donde Fiona y Kasper se encontraban mientras ellos dos conducían a los perros hasta un enorme baño de acero galvanizado lleno de agua.

—Vale. ¿Qué están haciendo?

—Bueno, el sargento la está poniendo al día, dándole toda la información de la que dispone. Cuánta gente está buscando, qué zonas han peinado ya, a qué hora, dónde se los vio por última vez... Fi es muy buena con los mapas, pero el sargento también le dará un informe sobre la topografía. Caminos, colinas, arroyos, barreras, zonas de drenaje, marcas para senderistas... Todo eso la ayudará a planear la estrategia de búsqueda de la unidad. Mai dice que habían salido con unos amigos, de modo que Fi también hablará con ellos antes de informar a la unidad.

—Pasan mucho tiempo hablando.

—Puede dar esa impresión. Pero si se acelera el proceso, si no se recoge toda la información disponible, se corre el peligro de pasar algo por alto. Es mejor tomarse ese tiempo ahora. Además, de esa forma Fiona tiene la oportunidad de recuperar el equilibrio y de tomarle el pulso al aire.

—¿Al aire?

Ben sonrió.

—Así es como lo veo yo, la verdad. Bolsas de aire, conos de olor o como sea que lo llamen. He trabajado en varias búsquedas con Fi y su Unidad. Para mí que tiene el mismo olfato que sus perros. —Se agachó y le rascó a *Bogart* entre las

orejas.

Durante los siguientes veinte minutos, Simon deambuló entre los demás, bebió un café excepcional y vio cómo los voluntarios y los policías regresaban para avituallarse e informar de la búsqueda.

—Hemos acampado en el vestíbulo —le dijo James—. Te lo digo por si quieres estar presente mientras nos informan.

—Vale.

—¿Has hecho mucho senderismo?

—Un poco —respondió Simon mientras entraban.

—¿De noche?

—La verdad es que no.

James sonrió.

—Pues vas a sudar de lo lindo, y vas a aprender unas cuantas cosas.

Simon entró en el vestíbulo y lo catalogó como un lugar elegante y rústico a la vez. Muchos sillones de cuero, mesas macizas de roble con vetas oscuras, lámparas de hierro forjado y cerámica basta. Fiona estaba junto a la mesa en la que se encontraba un equipo de radio, un portátil y varios mapas. Detrás de ella había un enorme mapa topográfico de la zona. Mai estaba escribiendo algo en una pizarra.

—Buscamos a Ella y Kevin White, blancos, de veintiocho y treinta años respectivamente. Ella mide metro sesenta y cinco, pesa unos cincuenta y cinco kilos, y tiene el pelo y los ojos castaños. Lleva unos Levi's, una camisa roja encima de una camiseta blanca y una sudadera con capucha azul marino. Kevin mide metro ochenta, pesa unos setenta y cinco kilos. Lleva unos Levi's, camisa marrón sobre camiseta blanca y chaqueta marrón. Ambos llevan botas de montaña (los amigos creen que son unas Rockport), de las tallas 37 y 41 respectivamente.

Fiona pasó la hoja del bloc, aunque Simon sabía que no le hacía falta, ya que se lo sabía todo de memoria.

—Salieron de aquí poco después de las siete de la mañana con otra pareja, Rachel y Tod Chapel. Se dirigieron al sur, siguiendo el curso del río. —Se acercó al mapa y usó un puntero láser—. Siguieron las marcas del camino, se detuvieron varias veces y se tomaron un descanso de una hora alrededor de las once y media… Aquí, al menos es lo que recuerdan los testigos, y se comieron el almuerzo que el hotel les proporcionó. Ahí fue donde se separaron. Ella y Kevin decidieron seguir hacia el sur. La otra pareja se desvió hacia el este. Habían planeado encontrarse de nuevo en el hotel a eso de las cuatro o las cuatro y media para tomarse un aperitivo. Cuando dieron las cinco sin que aparecieran y al ver que no contestaban sus llamadas, empezaron a preocuparse. Continuaron llamándolos y rastrearon la zona más cercana hasta poco antes de las seis, cuando Bob llamó a las autoridades. La búsqueda formal comenzó a las siete menos cinco.

—Si siguieron rumbo al sur, iban hacia Bighorn Wilderness Area —señaló James.

—Sí.

—El terreno es muy abrupto en esa zona.

—Y Ella no tiene experiencia en senderismo.

Fiona siguió dándoles datos, señalando las zonas que ya habían cubierto, marcando los sectores para cada equipo y, por lo que Simon vio, usando las barreras naturales y los puntos destacados como límites entre sectores.

—Más datos. Los testigos aseguran que Kevin es muy competitivo. Le gusta superarse. Tanto Tod como él llevaban podómetros y habían hecho una apuesta: quien anduviera más, ganaba, y el perdedor pagaría las bebidas y la cena de esta noche. Le gusta ganar. Habrá forzado la máquina para hacerlo. Sé que es tarde,

pero tenemos el tiempo y la luna de nuestra parte. Es una búsqueda por sectores. Como oficial al mando, yo inspeccionaré el último lugar en el que fueron vistos. Creo que la información es buena, pero un mapa no es lo mismo que una inspección visual. —Miró el reloj—. Llevan fuera catorce horas y comieron por última vez hace nueve. Tienen agua, algunas barritas energéticas y frutos secos, pero llevaban agua para regresar antes de anochecer. Vamos a comprobar las frecuencias de radio antes de que os pase las bolsas con los rastros.

En cuanto salieron, Fiona se colgó la mochila.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —le preguntó a Simon.

Observó la densa y atávica oscuridad del bosque circundante antes de contestar:

—Estoy segurísimo de que no vas a ir sola.

—No me molesta la compañía, pero es un poco exagerado creer que un asesino esté al tanto de la desaparición de un par de excursionistas, de que han reclamado la presencia de mi unidad, y haya conseguido llegar hasta aquí y esté esperando al acecho.

—¿Quieres que nos pongamos a discutir o quieres encontrar a esta gente?

—No sé, soy capaz de ambas cosas a la vez. —Dejó que *Bogart* oliera el contenido de la bolsa—. Es Ella. Es Ella. Y Kevin. Aquí está Kevin. ¡A buscarlos! Vamos a buscar a Ella y a Kevin.

—¿Por qué has hecho eso? Creía que íbamos al último punto en el que los vieron.

—Muy bien... Y sí, allí vamos. *Bogart* necesita empezar con el juego ahora, emocionarse. Tal vez se perdieron o se equivocaron de camino cuando regresaban. O tal vez uno de ellos, o los dos, esté herido y no puede volver en la oscuridad.

—Y oler unos calcetines va a obrar el milagro.

Fiona sonrió y usó la linterna para iluminar mejor el camino.

—Te gustan los copos de maíz, ¿verdad?

—Sí.

—Pues espero que después de esto no te repelan. Dejamos trocitos de piel como copos de maíz. Células muertas que vamos dejando atrás constantemente y que incorporan el olor único de la persona de la que se desprenden. Estas células flotan en el aire y forman conos de olor gracias a las corrientes. El cono de olor es más estrecho y está concentrado en la fuente.

—La persona.

—Eso es. El ángulo se amplía con la distancia. Y *Bogart* puede encontrar ese olor, como de hecho va a hacer. El problema de dar con la fuente estriba en la fuerza del viento, la elevada humedad, los cambios de dirección del viento, la mezcla con otros olores, el efecto chimenea (vientos de varios componentes y rachas que dependen de las condiciones meteorológicas y de la orografía del terreno)... Ahí entro yo. Tengo que juzgar todos esos elementos, desarrollar el plan de búsqueda y ayudar a los perros a seguir el rastro.

—Es complicado. Y engañoso.

—Puede serlo. En un día caldeado, sin aire y muy concentrado, el rastro no se dispersará, de modo que el área a batir disminuye. Tendría que ajustar las batidas de búsqueda. Un arroyo o un desagüe pueden canalizar los olores, de modo que tanto el oficial al mando como los adiestradores tendrían que amoldarse a esa situación.

Así que era una ciencia, concluyó Simon, con grandes dosis de adiestramiento e instinto.

—¿Cómo sabes que el perro está siguiendo el olor y no dando un paseo?

Los reflectores que llevaba Fiona en la chaqueta, así como los que ella le había

pegado a la suya, brillaban con un resplandor verdoso a la luz de la luna. La luz de la linterna de Fiona alumbraba el camino, los arbustos y los macizos de flores silvestres.

—Sabe lo que tiene que hacer. Sabe de qué va el juego. ¿Ves? Se está moviendo deprisa, pero mira hacia atrás para comprobar que nos ve. Olfatea el aire y sigue. Es un buen perro. —Fiona extendió el brazo, le cogió la mano y le dio un apretón—. No ha sido exactamente una cena fuera de casa.

—Estamos fuera de casa. Y el sándwich estaba muy bueno. ¿Qué buscas?

—Rastros. —Continuó moviendo el haz de luz—. Pisadas, ramas rotas, envoltorios de caramelos, cualquier cosa. Como no tengo el olfato de *Bogart*, tengo que guiarme por los ojos.

—Como Gollum.

—Sí, mi tesoro... Pero creo que hay también mucho trabajo olfativo. Dios, esto es precioso, ¿a que sí? Uno de mis lugares preferidos. Y a esta hora, con la luz de la luna filtrándose entre las copas de los árboles, con ese juego de luces y de sombras, es increíble. —Barrió con la linterna setas y exóticas arisemas—. Un día de éstos voy a sacar tiempo para hacer un cursillo de botánica y así saber qué estoy mirando.

—Porque te sobra el tiempo, ¿no?

—Siempre se puede hacer un hueco para algo que te gusta de verdad. Sylvia está aprendiendo a hacer croché.

Simon se detuvo, incapaz de encontrar la relación entre ambas cosas.

—¿Me lo explicas?

—Me refiero a que siempre se puede buscar tiempo para hacer algo que te gusta. Tengo conocimientos básicos de flora y fauna, y sé lo que no tengo que tocar ni comer cuando participo en una búsqueda como ésta. Pero si no lo sé, directamente no lo toco ni lo como.

—Dime por qué llevamos esas barritas nutritivas tan asquerosas en la mochila.

—Cuando tengas hambre, no pensarás lo mismo.

Cada vez que *Bogart* ladraba para avisarla, Fiona se detenía y marcaba el lugar con cinta. La información disponible decía que los excursionistas perdidos habían pasado por allí horas atrás, pero el perro siguió el rastro.

Bogart sabía cuál era su trabajo, concluyó Simon, tal como Fiona le había asegurado.

—Hace unos años encontramos a un excursionista no muy lejos de aquí —le dijo Fiona—. En pleno verano, con un calor agobiante. Llevaba dando vueltas un par de días. Estaba deshidratado, tenía ampollas infectadas en los pies y sarpullidos provocados por la hiedra venenosa en lugares donde no apetece tener sarpullido precisamente.

Caminaron por el sendero, una eternidad en opinión de Simon, guiados por la luz de la luna y la de la linterna de Fiona. De vez en cuando, ella se detenía, llamaba a gritos a los desaparecidos y usaba la radio para hablar con su unidad. Después reemprendía la marcha detrás del perro. Incansable, pensó él. Los dos. Y no le cabía la menor duda de que tanto ella como su perro se tomaban muy en serio su trabajo y lo disfrutaban de lo lindo.

Fiona le iba señalando las cosas que conocía. El concurrido hábitat que proporcionaba un árbol caído o el extraño y fascinante diseño del liquen.

Cuando *Bogart* se detuvo para beber, le refrescó el olor mientras los búhos y otras aves nocturnas cantaban.

Bogart ladró y comenzó a olisquear el aire y el suelo.

—Aquí es donde se detuvieron a almorzar. Donde se separaron. Muchas pisadas. —Se agachó—. Respetaron el sitio, algo es algo. No hay basura.

El perro se alejó para levantar la pata y, tras decidir que era una buena idea, Simon se internó en el bosque para hacer lo propio mientras Fiona llamaba a gritos a la pareja.

—Hemos andado a buen ritmo —dijo ella cuando Simon regresó—. Aún falta un rato para la medianoche. Podemos descansar aquí y empezar de nuevo a primera hora de la mañana.

—¿Es lo que harías si yo no estuviera aquí?

—Probablemente seguiría un poco más.

—Pues pongámonos en marcha.

—Primero nos tomaremos un descanso. —Se sentó en el suelo, sacó una bolsa de frutos secos y otra con un poco de pienso de la mochila—. Es importante reponer fuerzas y mantenernos hidratados. De lo contrario, tendría que llamar a un equipo para que viniera a rescatarnos. —Fiona le dio la bolsa de frutos secos antes de darle de comer al perro.

—¿Alguna vez no has conseguido encontrar a la persona que buscabas?

—Sí. Es espantoso regresar con las manos vacías. Lo peor de todo. No encontrarlos es peor que encontrarlos demasiado tarde. —Metió la mano en la mochila—. Esta pareja es joven y fuerte. Supongo que calcularon mal su resistencia, al menos él, y se desorientaron. A lo mejor un poco de las dos cosas. Lo de los móviles me preocupa.

—Se les habrá agotado la batería. O no tienen cobertura. Se les han podido caer o se les han perdido.

—Cualquiera de esas opciones o todas a la vez —convino Fiona—. Además, hay fauna salvaje, aunque es improbable que se toparan con algo que no saliera huyendo. El asunto es que una torcedura puede dejarte imposibilitado, sobre todo si careces de experiencia.

En mitad de la noche, pensó Simon, probablemente desorientados, seguro que cansados y muy posiblemente heridos.

—¿Cuánto tardaron en llegar aquí, cuatro horas?

—Sí, pero estaban caminando con tranquilidad, se detenían, hacían fotos... Kevin quería aumentar el paso y ganar la apuesta cuando enfilaron hacia el sur. Seguramente sólo tenía pensado caminar otra hora, quizá dos, que es una burrada cuando lo único que haces es caminar por la Quinta Avenida. Pero después podrían atajar para volver, al menos seguro que eso fue lo que pensó, y regresar al hotel para la hora del aperitivo.

—¿Eso crees?

—Es lo que me ha parecido por lo que me han dicho sus amigos. Es un buen chico, un poco sabelotodo, pero simpático. Le gustan los desafíos y es incapaz de resistirse a una apuesta. A ella le gusta probar cosas nuevas, visitar sitios nuevos. Hace frío. —Fiona bebió un sorbo de agua mientras escudriñaba las sombras y la luz de la luna—. Pero llevaban chaquetas. Seguramente estarán agotados, asustados y cabreados. —Lo miró con una sonrisa—. ¿Crees que puedes aguantar otra hora?

—Kevin no es el único tío competitivo. —Se puso en pie y le tendió una mano.

—Me alegro de que hayas venido. —Se levantó y se pegó a él—. Pero todavía quiero salir a cenar cuando volvamos a casa.

Se pasaron de la hora y estuvieron noventa minutos zigzagueando por los caminos mientras el perro seguía el rastro. Nadie contestó a las llamadas de Fiona y las nubes cubrieron la luna.

—Está cambiando el viento. ¡Mierda! —Fiona alzó la cabeza con un gesto que a Simon le recordó al que hacía el perro para olfatear el aire—. Al final vamos a

tener tormenta. Será mejor que montemos la tienda.

—¿Así sin más?

—No podemos hacer nada más esta noche. *Bogart* está cansado. Nosotros estamos perdiendo la luz y el rastro. —Sacó la radio—. Así que vamos a descansar un par de horas y a mantenernos secos. —Lo miró en ese momento, con la radio en la mano—. No merece la pena regresar al campamento base, empaparnos y agotarnos para después tener que andar de nuevo el camino al amanecer. Una cama y una ducha caliente no son mejores que mantenernos secos, calentitos y descansados aquí fuera.

—Tú eres la líder de esta manada.

Fiona ladeó la cabeza.

—¿Lo dices porque estás de acuerdo conmigo?

—Ayuda que esté de acuerdo contigo, sí.

Comunicó al campamento base su situación y localización, y se coordinó con los otros buscadores o actualizó sus posiciones. Nada de cháchara, pensó Simon. Directos al grano.

Después de que Fiona se quitara la mochila y empezara a montar la tienda, Simon se vio de nuevo en la tesitura de tener que aceptar órdenes. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, y se vio obligado a admitirlo. La última vez que salió de acampada tendría unos doce años, y lo que ella decía que era una tienda súper ligera no se parecía en nada a la antigualla que él había usado.

—Estaremos apretados, pero secos. Tú primero —le indicó ella—. Vas a tener que doblarte un poco por tu altura. *Bogart* y yo nos achucharemos en cuanto tú estés dentro.

A lo mejor era ligera, pero lo de «apretados» se quedaba cortísimo. Cuando por fin tuvo al perro acurrucado a la espalda y a Fiona pegada como una lapa a su lado, no entraba ni un alfiler.

—Creo que tu perro me ha metido el hocico en el trasero.

—Menos mal que llevas pantalones. —Fiona se removió—. Puedes acercarte un poco más a mí.

Acercarte, pensó Simon, pero se dio cuenta de que estaba demasiado cansado como para salir con una réplica sarcástica. De modo que se acercó, masculló y consiguió meterle un brazo por debajo (que posiblemente tendría que amputarse a la mañana siguiente), ganando así un milímetro.

Los ensordecedores truenos comenzaron pocos segundos antes de que empezara a caer una tromba de agua. La lluvia sonaba como el monzón.

—Esto sería romántico si tuviéramos una tienda más grande, lo hiciéramos por diversión y hubiera una botella de vino de por medio —comentó Fiona.

—El perro está roncando.

—Cierto, y seguirá haciéndolo. Ha trabajado muy duro esta noche. —Sólo tuvo que girar un poco el cuello para besarlo—. Y tú también.

—Estás temblando. ¿Tienes frío?

—No. Estoy bien.

—Estás temblando —repitió.

—Sólo tengo que tranquilizarme. Tengo un problema con los lugares cerrados y estrechos.

—Que... —De pronto vio la luz y se puso verde por ser un idiota. La habían atado, amordazado y encerrado en el maletero de un coche mientras la llevaban hasta la muerte—. ¡Dios, Fiona!

—No, no. —Se aferró a él cuando hizo ademán de apartarse—. Quédate donde estás. Voy a cerrar los ojos y se me pasará enseguida.

En ese momento Simon sintió que el corazón de Fiona latía contra su pecho con tanta violencia como la lluvia.

—Deberíamos haber vuelto para pasar la noche.

—No, es una pérdida de tiempo y de energía. Además, estoy demasiado cansada para tener un ataque de pánico en toda regla.

¿Y qué eran entonces esos temblores y la taquicardia? La pegó más a él, rodeándola con el brazo libre mientras le acariciaba la espalda arriba y abajo.

—¿Mejor o estoy empeorando las cosas?

—Mejor. Es agradable. Me acostumbraré en cuestión de segundos.

Un relámpago cruzó el cielo e iluminó la tienda. Simon vio que tenía la cara blanca y los ojos cerrados.

—Dime, ¿Tyson se está tirando a la veterinaria?

—No creo que haya progresado tanto, don Romántico. Creo que están conociéndose poco a poco.

—Darse un buen revolcón es la mejor manera de conocerse a fondo.

—Estoy segura de que Mai me lo contará en cuanto los revolcones entren a formar parte de la relación.

—Porque tú le has contado que nosotros lo hacemos.

—Creo que llegó ella solita a esa conclusión, pero sí, claro que se lo conté. Y con pelos y señales. Me dijo que le habría encantado darse un revolcón contigo.

—¡Vaya! Una oportunidad perdida. —El corazón de Fiona latía más despacio, poco, pero era algo—. Puedo volver atrás y compensarla.

—Demasiado tarde. No se acostará contigo en la vida. Tenemos unas reglas muy firmes. Ya no estás en la carta para ninguna de mis parientes ni de mis amigas.

—No me parece justo teniendo en cuenta que eres amiga de todas las personas de la isla.

—Es posible, pero las reglas son las reglas. —Levantó la cabeza y le rozó los labios con los suyos—. Gracias por ayudarme a olvidar mi neurosis.

—No tienes neurosis, y que sepas que eso es irritante. Tienes manías, que compensan un poco la falta de neurosis. Pero sueles ser estable y normal hasta un punto irritante. Y sigues sin ser mi tipo.

—Pero de todas maneras vamos a seguir practicando el sexo.

—Siempre que se nos presente la oportunidad.

Fiona soltó una carcajada y se relajó contra él.

—Eres un bruto, un inútil social y un cínico. Pero que conste que me tendrás disponible siempre que se presente la oportunidad. No sé dónde nos deja eso, pero parece que funciona.

—Eres la mujer con quien quiero estar.

No supo por qué lo había dicho, tal vez fuera por la intimidad que imponía la tienda, por la lluvia que la golpeaba o por la preocupación que sentía por Fiona a pesar de que sus temblores estaban remitiendo. Fuera cual fuese la razón, pensó, era verdad.

—Es lo más bonito que me has dicho —murmuró ella—. Sobre todo dadas las circunstancias.

—Estamos calentitos y secos —señaló—. Y ellos no —añadió, expresando en voz alta lo que Fiona pensaba.

—No, ellos no. Van a pasar una noche espantosa.

En ese momento fue él quien volvió la cabeza para besarla en el pelo.

—Pues será mejor que los encontremos por la mañana.

TERCERA PARTE

Pues ¿que es tu siervo, este perro, para que haga tan grandes cosas?

LA BIBLIA

Capítulo 21

Se despertó en la más absoluta oscuridad, incapaz de moverse, de ver ni de hablar. Le dolía la cabeza como si se la hubieran abierto y tenía el estómago revuelto. Desorientada y aterrada, forcejeó, pero siguió con los brazos a la espalda. Sentía las piernas paralizadas.

Lo único que podía hacer era retorcerse en el sitio y forcejear para respirar.

Sus ojos estaban abiertos de par en par y todo parecía darle vueltas. Escuchó un zumbido, rítmico y fuerte, y pensó (con renovado pánico) que se encontraba en la guarida de un animal salvaje.

No, no. Un motor. Un coche. Estaba en un coche. En el maletero de un coche. El hombre. El hombre de la pista.

Tenía la escena muy fresca en la memoria. El resplandeciente sol matutino y el cielo azul como un lienzo sobre el que destacaban los intensos colores otoñales. La misma nota otoñal que flotaba en el aire y que casi se podía paladear.

Ya había calentado los músculos. Se sentía suelta, ágil. Poderosa. Le encantaba esa sensación, el subidón de sentirse sola en un mundo de colores y olores. Sólo ella, la mañana y la libertad para correr.

En ese momento recordó al hombre que corría hacia ella. Nada de lo que preocuparse. Se cruzarían, el hombre se alejaría y el mundo volvería a ser suyo. Sin embargo... ¿el hombre se tropezó, se cayó, ella se detuvo un segundo para ayudarlo? No lo recordaba del todo. Estaba borroso.

Aunque sí recordaba su cara. La sonrisa, los ojos... vio algo en esos ojos un segundo antes de que sintiera el dolor.

Dolor. Como si la hubiera atravesado un rayo.

Recordarlo la mareó aún más justo cuando el ritmo que sentía bajo ella variaba y el suelo vibraba. Un camino sin asfaltar, pensó en un rinconcito atontado de su cerebro.

Recordó las advertencias de su tío y de Greg: «No corras sola. Lleva siempre contigo el botón del pánico. Mantente alerta».

Las había obviado con suma facilidad. ¿Qué le iba a pasar? ¿Por qué iba a pasarle a ella?

No obstante, había pasado. Sí, había pasado. La habían secuestrado.

Todas esas chicas sobre las que había leído en los periódicos. Las estudiantes muertas que tanta lástima le habían dado... hasta que las había olvidado y había seguido con su vida.

¿Iba a convertirse en una de ellas? ¿Sería una de las estudiantes muertas de los periódicos, de los informativos de televisión?

Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Lloró, forcejeó y gritó. Pero los sonidos quedaron amortiguados por la cinta adhesiva que le cubría la boca y los movimientos sólo consiguieron que la cuerda se le clavara en la piel hasta que olió su propia sangre y su sudor.

Hasta que olió su propia muerte.

Se despertó en la oscuridad. Atrapada. El grito fue subiendo por su garganta, pero se lo tragó al sentir el peso del brazo de Simon sobre ella, al escuchar la

respiración acompasada, de Simon y del perro.

Sin embargo, el pánico era como un millar de arañas que le corrían por el pecho, debajo de la piel.

De modo que el grito se le quedó en la cabeza, y resultó ensordecedor.«¡Sal! ¡Sal! ¡Sal!»

Se abalanzó contra la entrada de la tienda, forcejó para abrir la cremallera y se arrastró hacia el exterior, donde el fresco y húmedo aire le golpeó la cara.

—Oye, tranquila. Tranquila. —Simon la agarró de los hombros y ella lo empujó.

—No. No. Sólo necesito un poco de aire. —Estaba hiperventilando, lo sabía, pero no podía remediarlo. Sentía un peso opresivo en el pecho y la cabeza comenzó a darle vueltas—. No puedo respirar.

—Claro que puedes. —La agarró con más fuerza, la puso de rodillas y le dio una fuerte sacudida para sacarla de su estado—. Respira. Mírame, Fiona. Mírame. ¡Respira! ¡Que respires!

Fiona consiguió tomar una entrecortada bocanada de aire.

—Y ahora suéltalo. Haz lo que te digo. Inspira y espira. Despacio. ¡Te he dicho que despacio, joder!

Lo miró con incredulidad. ¿Quién se creía que era? Le colocó las manos en el pecho y lo empujó, pero se encontró con una pared inamovible que la estaba sacudiendo de nuevo.

Y respiró.

—Sigue así. *Bogart*, ¡siéntate! Quédate sentado. Inspira y espira. Mírame. Inspira y espira. Mejor, mucho mejor, sigue así.

Simon la soltó y ella se concentró en inspirar y espirar mientras se sentaba sobre los talones al tiempo que *Bogart* le acariciaba el brazo con el hocico.

—No pasa nada. Estoy bien.

—Bebe. Despacio. —Simon le cubrió las manos para que aferrara el botellín de agua que le ofrecía—. Despacio.

—Lo sé. Ya está. Estoy bien. —Soltó un largo suspiro antes de beber con mucho cuidado—. Gracias, lo siento. Tú ya me entiendes... ¡Dios! —Bebió de nuevo—. Supongo que no estaba tan cansada como para no tener un ataque de pánico. Lo he recordado todo de nuevo. Hace... ¡Dios! Muchísimo tiempo desde el último, pero supongo que el terreno estaba abonado. —Con la respiración más normalizada, rodeó el cuello de *Bogart* con un brazo—. Has sido un poco bruto —le dijo a Simon—. Justo lo que necesitaba para espabilarme antes de que perdiera el conocimiento. Podrías dar clases.

—¡Me has asustado, joder!

Antes de que ella pudiera replicar, Simon levantó una mano para impedírselo y comenzó a pasearse de un lado para otro por el embarrado claro.

—¡Mierda! Estas cosas no se me dan bien.

—Yo no opino igual.

Simon se dio media vuelta.

—Me gustas más cuando te veo controlándolo todo.

—A mí también. Los ataques de pánico e hiperventilar hasta estar a punto de perder el conocimiento son situaciones humillantes.

—No bromees con esto, joder.

—No, es la realidad. Mi realidad. —Se pasó la mano por la cara sudorosa—. Por suerte ya no tengo que lidiar con esto tan a menudo.

—No —dijo Simon cuando hizo ademán de levantarse—. Estás más blanca que una pared. Si intentas levantarte sola, te caerás de bruces. —Se acercó a ella y la cogió de las manos para ayudarla a ponerse en pie—. Tú no eres una mujer pálida y frágil —le dijo en voz baja—. Eres alegre, valiente y fuerte. —La abrazó con

fuerza—. Y verte así hace que me entren ganas de matarlo.

—Posiblemente esté mal que lo diga, pero no sabes cómo me alegro de oírte. De todas formas, Perry está mucho peor que muerto.

—Cuestión de opiniones. Pero darle una paliza de muerte quizá fuera mucho más satisfactorio.

Fiona se percató de que el corazón de Simon latía más fuerte y rápido que el suyo. Y eso, se dio cuenta, era otro consuelo.

—En fin, si tienes ganas de violencia, que sepas que le rompí la nariz de una patada cuando abrió el maletero.

—Deja que me recree con esa imagen un momento. Es buena. Se queda un poco corta, pero no está mal.

Fiona se apartó un poco.

—¿Estamos bien?

Simon le acarició la mejilla mientras la miraba con expresión feroz.

—¿Lo estás tú?

—Sí. Pero me alegro de que esté a punto de amanecer, porque no pienso entrar de nuevo en esa tienda. Si me das mi mochila, tengo unos cubitos de caldo que podemos calentar.

—¿Caldo al amanecer?

—El desayuno de los campeones, sobre todo cuando lo acompañas de una barrita energética. —Estaba mejor, pensó al ver que era capaz de concentrarse más en lo que tenía que hacer que en lo que había pasado—. En cuanto desayunemos y desmontemos el campamento, llamaré a la base para actualizar el estado y que nos den un informe meteorológico.

—Vale. ¿Fiona? En el hipotético caso de que vuelva a hacer esto contigo, quiero una tienda más grande.

—Eso no tienes ni que decirlo.

El caldo estaba aguado, pero también caliente. En cuanto a las barritas energéticas, o como las llamara Fiona, Simon se juró que si volvía a hacerlo, se llevaría unas chocolatinas de verdad.

Fiona levantó el campamento con la misma actitud con la que hacía lo demás. De modo organizado y preciso. Todo tenía que volver al lugar exacto del que había salido.

—Vale, la previsión meteorológica es buena —anunció—. Despejado con una máxima de veinticinco grados, que no se alcanzarán hasta la tarde. Viento suave de componente sur. Vamos a internarnos en la zona septentrional del bosque. No es demasiado abrupta. Hay colinas suaves, laderas y tramos pedregosos. El monte bajo puede ser bastante espeso en según qué partes, sobre todo si nos salimos del camino. Supongo que después de la caminata que se han pegado, no elegirían la zona más montañosa ni habrían seguido en dirección sudeste, hacia las elevaciones más pronunciadas y el terreno más abrupto.

—No me entra en la cabeza cómo es posible que hayan llegado hasta aquí.

—Te repito que sólo son suposiciones, pero es un tío competitivo y está forzando la máquina. Y aunque se hubiera despistado un poco, seguramente no lo habría admitido al principio. Además, esta clase de hombres no toma el camino más fácil, no irá necesariamente cuesta abajo si puede ir cuesta arriba.

—Porque quiere demostrar algo.

—Más o menos. Le pregunté a la mujer con la que viajan si era de los que se paraban a preguntar por el camino... y se echó a reír. Una risa nerviosa, pero risa de todas formas. Antes muerto que preguntar por el camino. Así que supongo que cuando él (o los dos) se dio cuenta de que se había equivocado, ya era demasiado tarde.

—Hay un montón de terreno donde perderse.

¿Qué habría hecho él?, se preguntó Simon. ¿Habría ido cuesta arriba o cuesta abajo? ¿Habría pedido ayuda o habría seguido? No lo tenía claro, y ojalá no tuviera que averiguar nunca la respuesta.

—Y si no estás familiarizado con el entorno, los árboles son todos iguales. Sea como sea, estamos expandiendo la zona de búsqueda. —Levantó la vista—. ¿Quieres que te lo enseñe en el mapa?

—¿Tienes pensado dejarme tirado en el bosque?

—Sólo si me cabreas.

—Me arriesgaré.

—Pues nos vamos. —Se colgó la mochila al hombro, le ofreció el olor a *Bogart* y lo instó a jugar.

La luz del sol se reflejaba en las gotas de agua y en la bruma que flotaba en el aire, filtrándose entre las copas de los árboles, cuyas ramas derramaban la lluvia acumulada de la tormenta de la noche anterior. Simon no tenía ni idea de lo que *Bogart* olía, pero a él le olía a limpio, a humedad y a vegetación.

El terreno se hizo más abrupto a medida que ascendía, pero las flores silvestres crecían, como escaleras de color, en las grietas para disfrutar del calor y flanqueaban los arroyuelos como caminantes a punto de remojarse los pies.

Un tronco caído, con la parte superior desgastada por la acción de los elementos, de los colmillos y de las garras, llamó la atención de Simon y se acercó a verlo.

—¿Ves algo?

—Un banco —masculló—. Con el asiento curvado justo así. Con respaldo y brazos, todo del mismo tronco. Tal vez con una hilera de setas grabada en la base. —Cuando se levantó, vio que *Bogart* y ella lo estaban esperando—. Lo siento.

—Tranquilo, *Bogart* necesitaba beber. —Le ofreció una botella de agua—. Me vendría bien un banco.

—Ése no. Demasiado sólido, demasiado robusto para ti. No te...

—No me pegaría. Vale. —Meneó la cabeza y se puso en contacto con el campamento base.

Aunque el sol comenzaba a brillar con fuerza, Fiona siguió usando la linterna, pasando su halo de luz sobre los arbustos y el sendero mientras el perro continuaba su camino.

—Ha retomado el rastro. Le ha venido bien el descanso.

—¿El mundo no es una sinfonía de olores para los perros? ¿Por qué no se distrae? No sé, algo como «Mira, un conejo». O lo que sea. *Tiburón* es capaz de perseguir una hoja.

—Se debe al adiestramiento, a la práctica y a la repetición. Pero la explicación más sencilla es que eso no forma parte del juego. El juego consiste en encontrar la fuente del olor que le he dado.

—El juego lo está apartando del sendero —señaló Simon.

—Sí. —Siguió al perro, subiendo por la pronunciada pendiente y abriéndose paso entre los arbustos—. Aquí cometieron un error. Tal vez *Bogart* no se distraiga, pero las personas sí. Abandonaron el sendero marcado, tal vez vieron un ciervo o una marmota, o quisieron hacerse una foto. A lo mejor decidieron probar un atajo. Hay un motivo por el que los senderos están marcados, pero la gente los abandona de todas formas.

—Si el perro tiene razón, tú también. El afán competitivo de Kevin lo habría llevado cuesta arriba en vez de cuesta abajo.

Bogart aminoró la marcha para que los humanos pudieran seguirlo por la empinada cuesta.

—A lo mejor creyeron que tendrían una vista estupenda si venían por aquí. Pero... Un momento. ¡*Bogart*! ¡Quieto! —Iluminó una zarza con la linterna—. Se le enganchó la chaqueta —murmuró al tiempo que señalaba hacia un minúsculo triángulo de tela marrón—. Bien. Muy bien, *Bogart*. Señaliza el hallazgo, ¿quieres? —le pidió a Simon—. Voy a comunicárselo al campamento base.

Fiona le había enseñado cómo señalar los hallazgos de una búsqueda al principio, en cuanto empezaron a encontrarse huellas y otros indicios. Colocó el trozo de cinta adhesiva correspondiente, le dio de beber a *Bogart* e hizo lo propio mientras ella llamaba a gritos a Kevin y a Ella.

—Todavía nada. Pero el monte bajo bloquea el sonido. Empieza a hacer calor y el viento sigue siendo moderado, lo que nos beneficia. *Bogart* quiere continuar. Tiene un rastro fresco. Vamos a buscar a Kevin y a Ella. ¡A buscar!

—¿Cuál ha sido la búsqueda más larga en la que has participado?

—Una de cuatro días. Fue brutal. Un chico de diecinueve años cabreado con su familia se alejó de su tienda de campaña después de que sus padres se acostaran. Se perdió, anduvo en círculos un buen rato y se cayó. En pleno verano, con el calor, los insectos y la humedad. Meg y *Xena* lo encontraron. Estaba inconsciente y deshidratado, y tenía una conmoción. Tuvo suerte de salir con vida.

Bogart estaba caminando en zigzag, de este a oeste mientras seguía subiendo.

—Está desorientado.

—No —lo corrigió Fiona, atenta al lenguaje corporal de *Bogart*—. Ellos lo estaban.

Diez minutos más tarde Simon vio el móvil, o lo que quedaba de él, en un montón de piedras.

—Allí.

Apretó el paso para alcanzar a *Bogart*, que acababa de ladrar.

—Buen ojo —dijo Fiona—. Está rajado. —Se agachó para recogerlo—. Roto. Mira esto. Hay envoltorios de tiritas y esto parece sangre... la lluvia no eliminó todos los rastros.

—¿Eso quiere decir que uno se cayó? ¿Que se golpeó con las piedras y el teléfono se le cayó al suelo?

—Es posible. Sólo un par de tiritas, algo es algo. —Asintió con la cabeza cuando vio que Simon sacaba la cinta adhesiva sin que ella se lo pidiera. Una vez más, se llevó las manos a la boca y los llamó a gritos—.Joder. ¡Joder! ¿Cuánto han podido recorrer después de esto? Voy a comunicarlo al campamento base.

—Y come algo. —Rebuscó en la mochila de Fiona él mismo—. Oye, tienes Twix.

—Pues sí. Un chute de energía.

—Y hace un rato me has dado esa porquería de barrita energética. Siéntate cinco minutos. Come. Y bebe.

—Estamos cerca. Lo sé. *Bogart* lo sabe.

—Cinco minutos.

Fiona asintió con la cabeza, se sentó en una piedra y se comió la barrita de chocolate y caramelo mientras hablaba con Mai.

—Estamos reconfigurando la búsqueda. Nosotros hemos tenido dos hallazgos y Lori ha hecho otro que señala en esta dirección. La búsqueda aérea se dirigirá hacia aquí. Es un móvil rojo, así que supongo que es el de ella. Mai va a comprobarlo, pero no me imagino a Kevin con un teléfono rojo chillón.

—Así que la sangre posiblemente sea de ella.

—Sí. Según sus amigos, está colado por ella. Coladísimo. Si la vio herida, le entraría el pánico. A lo mejor se dejó llevar por él. Y cuando te dejas llevar por el pánico, suele ser para peor.

—Podría haber pedido ayuda desde aquí.

Fiona se sacó el móvil.

—No, no hay cobertura. Por eso se considera que esta parte del bosque es agreste. Lo más probable es que Kevin intentara encontrar un punto con cobertura y se perdiera todavía más al alejarse del sendero.

Volvieron a ponerse en marcha. *Bogart* estaba totalmente inmerso en el juego, pensó Simon mientras veía cómo el perro se adelantaba y les lanzaba miraditas, en su opinión impacientes, por encima del hombro, como si quisiera decirles: «¡A ver si os dais prisa!».

—Perdido —dijo Fiona como si hablara sola—. Asustado, ya no es una aventura. Uno de ellos está herido, aunque sea de levedad. Están cansados. Botas nuevas...

—¿Botas nuevas?

—Ella. Llevaba botas nuevas. Seguro que a estas alturas tenía ampollas. El instinto los impulsó a buscar el terreno más llano. Cuesta abajo o en llano. Y descansaron cada poco tiempo si ella estaba herida. Con la tormenta de anoche... Mojados y helados y con hambre. Seguro que... ¿Has oído eso?

—¿El qué?

Fiona levantó un dedo y aguzó el oído.

—El río. Se escucha el murmullo del río.

—Ahora que lo dices...

—Cuando uno está perdido y asustado, suele buscar una elevación, para ver más y para ser visto. Tal vez no sea posible si hay un herido. Otro instinto te lleva a buscar agua. Es una marca en el terreno, un camino, un consuelo.

—¿Qué pasa con lo de quedarse donde estés que ya te encontrará alguien?

—Nadie le hace caso a ese consejo.

—Eso parece. Ha captado algo —dijo Simon, que señaló al perro—. Mira. Hay un calcetín en esa rama.

—Repito: buen ojo. Es un poco tarde, pero más vale tarde que nunca. Ha comenzado a dejar un rastro. Bien hecho, *Bogart*. ¡Busca! ¡Vamos a buscar a Ella y a Kevin!

Cuando encontraron un segundo calcetín a medio kilómetro del primero, Fiona asintió con la cabeza.

—Definitivamente han ido hacia el río y Kevin vuelve a pensar con la cabeza. Aquí podría usar el móvil, ¿ves? —Le enseñó a Simon que tenía cobertura—. De modo que a su teléfono le pasa algo. Pero está intentando buscar un terreno más llano y se está moviendo hacia el río.

—Más sangre, más envoltorios —señaló Simon.

—Están secos. Así que son de después de la tormenta. Son de esta mañana.

Fiona alzó la voz para animar al perro y para llamarlos a gritos una vez más. En esa ocasión Simon escuchó una débil réplica.

Bogart soltó un ladrido alegre antes de salir a la carrera.

Simon lo sintió, experimentó una especie de euforia, una descarga de energía, mientras apretaba el paso para alcanzar a Fiona y al perro. En cuestión de segundos vio a un hombre empapado y cubierto de barro que los miraba con una sonrisa temblorosa.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! Mi mujer... está herida. Nos perdimos. Mi mujer está herida.

—No pasa nada. —Fiona iba corriendo hacia el hombre al tiempo que sacaba el botellín de agua—. Somos de la Unidad Canina de Búsqueda y Salvamento. Te hemos encontrado. Bebe un poco. Ya ha pasado todo.

—Mi mujer. Ella...

—No pasa nada. Bien hecho, *Bogart*. ¡Bien hecho! Busca a Ella. ¡Busca! *Bogart* la encontrará y se quedará con ella. ¿Estás herido, Kevin?

—No... no lo sé. —Le temblaban las manos mientras sujetaba la botella—. No. Ella se cayó. Se hizo un corte en la pierna y tiene la rodilla bastante mal. Le han salido unas ampollas espantosas y creo que tiene fiebre. Por favor.

—Vamos a ocuparnos de todo.

—Ya lo tengo. —Simon rodeó a Kevin con un brazo para soportar su peso—. Vete.

—Es culpa mía —dijo Kevin mientras Fiona salía en pos del perro—. Es...

—No pienses ahora en eso. ¿Está muy lejos?

—Está justo ahí, junto al arroyo. Quería llegar a una zona más despejada después de lo de anoche. Hubo tormenta.

—Sí.

—Intentamos mantenernos a cubierto. ¡Madre de Dios! ¿Dónde estamos? ¿Dónde diablos estamos?

Simon no lo tenía muy claro, pero en ese momento vio que Fiona y *Bogart* estaban sentados junto a una mujer.

—Te hemos encontrado, Kevin. Eso es lo único que importa.

Repartió las barritas de chocolate y caramelo, y calentó un poco de caldo mientras Fiona comprobaba la gravedad de la herida de Ella y la vendaba, colocándole la rodilla hinchada en una posición elevada, tras lo cual les curó las terribles ampollas que ambos tenían en los pies.

—Soy un imbécil —murmuró Kevin.

—Sí que lo eres. —Arropada con una manta, Ella consiguió esbozar una media sonrisa—. Siempre se le olvida recargar el móvil. Me distraje tanto haciendo fotos que al final nos alejamos del sendero. Y después Kevin dijo que fuéramos por un sitio, que seguro que salíamos de allí. Y, claro, como iba distraída mirándolo todo en vez de mirar al suelo, pues me caí. Somos un par de imbéciles. Y pienso quemar esas botas de montaña a la menor oportunidad.

—Toma. —Simon le colocó la taza de caldo en las manos—. No es tan agradable como la chocolatina, pero te vendrá bien.

—Está buenísima —dijo Ella tras darle un primer sorbito—. Creía que íbamos a morir anoche con esa tormenta. De verdad que sí. Al ver que seguíamos vivos esta mañana, supe que lo conseguiríamos. Supe que alguien nos encontraría. —Se volvió hacia *Bogart* y le colocó una mano encima con los ojos cuajados de lágrimas y una expresión aliviada—. Es el perro más bonito del mundo.

Bogart meneó el rabo dándole la razón y le colocó la cabeza en el muslo.

—Van a enviar un todoterreno. —Fiona se colgó la radio en el cinturón—. Así podremos sacarte de aquí. Vuestros amigos dicen que habéis ganado la apuesta sin discusión y que piensan añadir una botella de champán al aperitivo y a la cena.

Kevin apoyó la cabeza en el hombro de su mujer. *Bogart* le lamió la mano para consolarlo, mientras él lloraba en silencio.

—Ni siquiera está cabreada con él —comentó Simon mientras regresaban por el abrupto camino en otro todoterreno.

—El instinto de supervivencia es más fuerte que el cabreo. Han compartido una experiencia muy intensa y aterradora. Seguramente se hayan puesto verdes varias veces a lo largo de dicha experiencia. Pero esa fase ya está superada. Están vivos y con un subidón de euforia. ¿Qué me dices de ti?

—¿De mí? Ha sido genial. No es lo que me esperaba —añadió al cabo de un instante.

—¿En qué sentido?

—Supongo que pensaba que todo se reducía a salir al campo, dar un par de vueltas, seguir al perro, beber mucho café del malo y comer frutos secos.

—La realidad es así más o menos.

—Qué va. Tú tenías un objetivo, al igual que el perro. Buscar al desaparecido, y encontrarlo lo antes posible. Sigues al perro, vale, pero tú lo guías. Y también haces de detective, de psicóloga y de rastreadora.

—Mmm.

—Y lo haces en equipo... porque no sólo sois tú y tu perro, sino que está el resto de la Unidad, los otros buscadores, los policías y quienquiera que esté al mando. Y cuando encuentras a la persona que se ha perdido, eres enfermera, confesora, mejor amiga, madre y comandante.

—Todos representamos muchos papeles. ¿Quieres alguno?

Simon meneó la cabeza.

—Ya puedes contar con mi perro. Es capaz de hacer esto. Ahora lo entiendo. ¡Gracias a Dios! —añadió cuando vio el hotel entre los árboles—. Quiero una ducha caliente, una comida caliente y dos litros de café. ¿Entra en el paquete?

—Aquí sí.

Aunque lo primero fue el caos. El alivio, las lágrimas y los abrazos se sucedieron, incluso mientras los médicos de verdad se hacían cargo de la situación. Alguien le dio una palmada en la espalda y le puso una taza de café en las manos. Le supo a gloria bendita.

—Buen trabajo. —Chuck le lanzó un rosco tan bueno como el café—. Un trabajo excelente. Os hemos preparado una habitación por si queréis daros una ducha caliente.

—Tanto como respirar.

—Te entiendo. Una noche de perros, ¿no? Pero una mañana estupenda.

Simon miró, al igual que Chuck, hacia Ella y Kevin mientras los médicos metían la camilla donde estaba tendida la mujer en la parte trasera de la ambulancia.

—¿Cómo está?

—Tiene la rodilla bien fastidiada y necesitará puntos. Pero los dos han salido mejor parados de lo que podrían haber salido. La cuidarán bien. Te garantizo que no van a olvidarse de estas vacaciones.

—Ya somos dos.

—No hay nada como encontrar al desaparecido —dijo Chuck, y celebró el momento con un gesto—. Venga, ve a darte esa ducha. Jill ha hecho espaguetis con albóndigas. Y no has vivido de verdad hasta haber probado sus albóndigas. Presentaremos el informe mientras comemos.

Cuando entró en el hotel, una mujer de aspecto maternal lo abrazó antes de darle la llave de una habitación. Echó a andar hacia la escalera, se encontró con Lori y recibió otro abrazo. Antes de llegar al segundo piso, le estrecharon dos veces la mano y le dieron otra palmada en la espalda. Un poco aturdido, encontró la habitación y se encerró en ella.

Tranquilidad, pensó. Silencio... o casi, dado que el ruido procedente de la planta baja y de los pasillos quedaba amortiguado por la puerta.

Soledad.

Dejó la mochila en un sillón y sacó los calcetines, los calzoncillos, la camiseta de repuesto que Fiona le había dicho que llevara y el cepillo de dientes que ella le había dado.

De camino al cuarto de baño miró por la ventana. La gente seguía arremolinada junto al hotel. Los perros, emocionadísimos por el juego, trotaban detrás de los humanos o de los otros perros.

No vio a Fiona. La había perdido de vista pocos minutos después de llegar al campamento base.

Se desnudó y abrió el grifo del agua caliente al máximo. Y en cuanto el chorro le tocó la piel, todas las células de su cuerpo lloraron en agradecimiento.

Tal vez no fuera un urbanita, pensó con las manos pegadas a los azulejos y mientras dejaba que el agua caliente le cayera encima, pero, ¡madre del amor hermoso!, ¡cómo le gustaban los cuartos de baño con agua caliente!

Escuchó los golpecitos en la puerta y habría gruñido en respuesta si no hubiera escuchado al instante la voz de Fiona.

—Soy yo. ¿Quieres compañía o prefieres estar solo?

—¿La compañía estará desnuda?

Sonrió al escuchar la carcajada de Fiona.

Había soledades y soledades, pensó. Y cuando Fiona abrió la mampara de la ducha y la vio, tan alta, esbelta y desnuda, decidió que le gustaba más el concepto de soledad de Fiona.

—Entra. El agua está en su punto.

—¡Dios mío! —Tal como él había hecho, Fiona cerró los ojos y se dejó llevar—. No está en su punto, está perfecta.

—¿Dónde te has metido?

—Tenía que darle de comer y de beber a *Bogart*, hablar con el sargento y acordar cuándo presentaría el informe. Vamos a informar mientras disfrutamos de una comida maravillosa.

—Eso me han dicho. Y que no he vivido de verdad hasta probar las albóndigas.

—Una verdad como una catedral. —Echó la cabeza hacia atrás de modo que el agua le empapara el pelo. Y se quedó con los ojos cerrados y un gemido de placer en la garganta—. He llamado a Syl y le he dicho que recogeríamos a los chicos de camino a casa.

—Veo que has estado muy ocupada.

—Tenía cosas que hacer.

—Pues yo tengo otra. —La instó a girarse hacia él.

—Cada cual lo celebra a su manera. —Suspiró mientras aceptaba el beso—. Me gusta la tuya.

Capítulo 22

Simon no pudo discutir lo que le habían dicho de las albóndigas. Mientras comía, se dio cuenta de que el momento le recordaba a alguna de las cenas familiares en casa. Mucho ruido, muchas interrupciones, temas de conversación recurrentes y una asombrosa cantidad de comida.

Las familias, supuso, podían ser muy diversas en sus formas, sus tamaños y sus dinámicas.

En su caso, se temía que se estuvieran refiriendo a él como al «novio», término molesto aunque predecible, a quien todavía analizaban y calibraban por muy bien que lo hubieran acogido.

Tampoco podía ponerle pegas al ambiente festivo que se respiraba, mucho menos cuando se lo habían contagiado. Ver a Kevin cojear hacia ellos después de tantas horas de búsqueda, de tantos kilómetros, lo había emocionado de un modo impactante, hasta la médula.

Más que satisfacción, decidió, lo que sintió fue una especie de renovación. Como si se hubiera metido un chute de alguna sustancia revitalizante que le hubiese provocado un subidón de orgullo.

Tanto Mai como Fiona habían llevado un registro, y la conversación giró durante un buen rato sobre documentación, hallazgos varios e informes de la búsqueda.

Se dio cuenta de que Fiona omitió el ataque de pánico mientras rememoraba su recorrido.

—Simon, ¿algo que quieras añadir?

Le echó un vistazo a James y contestó:

—Creo que Fiona lo ha dicho todo. Yo he sido un simple acompañante.

—Es posible. Pero has hecho un gran esfuerzo y para ser un novato, no ha estado mal —replicó Fiona—. Tiene resistencia y un buen sentido de la orientación. Sabe interpretar un mapa y una brújula, y además tiene buen ojo. Con un poco de entrenamiento, tal vez esté listo al mismo tiempo que *Tiburón*.

—Si quieres, tienes un hueco —le dijo Chuck.

—Cobrarás el sueldo máximo.

Simon observó a Meg con sorna mientras enrollaba la pasta en el tenedor.

—Es decir, cero patatero, ¿no?

—Exacto.

—Tentador.

—Piénsalo —le dijo Mai—. Podrías traer a *Tiburón* a alguna de nuestras prácticas de grupo. Así ves cómo va.

La euforia se fue disipando durante el viaje de vuelta, que los perros aprovecharon para dormir. Lori y James también se echaron un sueñecito, con las cabezas muy juntas, mientras que Mai y Tyson prefirieron acurrucarse en la proa cogidos de la mano.

La Unidad se había transformado en parejas, pensó Simon al tiempo que miraba de reojo a Fiona, que estaba sentada a su lado, releyendo sus notas. Y al parecer él era miembro de una de esas parejas.

Cuando llegaron a Orcas se produjo una nueva oleada de abrazos. Nunca había visto a gente tan predispuesta como ellos a abrazarse.

Se sentó al volante para regresar a casa.

—Al final puede decirse que hemos cenado fuera... —comentó Fiona—. He comido tanta pasta que creo que voy a pasar unos cuantos días sin probar nada. Además, en cuanto a citas, ha sido única.

—Contigo no hay quien se aburra, Fiona.

—Vaya, gracias.

—Estás siempre ocupada, haciendo y pensando cosas, como para resultar aburrida.

Ella sonrió y cogió el móvil cuando este sonó.

—Fiona Bristow. Sí, Tod. Muy bien. Me alegro mucho de oírlo. Todos nos alegramos. No hace falta, nos sentiremos muy satisfechos cuando Kevin y Ella lleguen a casa sanos y salvos. Sí, desde luego. Cuídate. —Cortó la llamada—. Cinco puntos y una rodillera ortopédica para Ella. Los han hidratado y les han desinfectado las ampollas y los arañazos. En resumen, se recuperarán y dentro de nada los llevarán de vuelta al hotel. Querían darte las gracias.

—¿A mí?

—Formabas parte del equipo que los ha encontrado. ¿Qué se siente?

Simon guardó silencio un momento.

—Es una sensación fantástica.

—Sí, suele pasar.

—Me he dado cuenta de que el equipo al completo corre de tu bolsillo. Radios, tiendas, mantas, botiquín de primeros auxilios... todo. —Aunque no estaba pensando en unirse a la unidad, claro—. He visto que anotabas lo que habías usado. Para reemplazarlo.

—Forma parte del trabajo. La radio fue un regalo, y no te imaginas qué bien nos vino. Nos la regalaron los padres de un niño que encontramos. Algunos quieren pagarnos, aunque es un tema escabroso. Pero si están dispuestos a darnos mantas o provisiones, no nos negamos.

—Dame la lista. Yo me encargo de reemplazar lo que hemos usado. He formado parte del equipo, ¿no? —le recordó al ver que lo miraba con el ceño fruncido.

—Sí, pero no tienes por qué sentirte obligado a...

—No me ofrezco para hacer las cosas por obligación.

—Eso es cierto. Te daré la lista.

Hicieron una parada en casa de Sylvia para recoger a los perros, pero tardaron el doble de lo normal por la alegría que demostraron los animales. En el fondo reconoció que había echado de menos al idiota de su perro, y el hecho de volver a casa con Fiona al lado y todos los perros detrás era estupendo.

—¿Sabes lo que quiero? —le preguntó Fiona.

—¿Qué?

—Una buena copa de vino y una hora de descanso en mi flamante mecedora de diseño. ¿Te gustaría acompañarme?

Fiona le tendió la mano y él la aceptó, entrelazando sus dedos.

—Me siento genial. Cansada, contenta y estupendamente. ¿Y vosotros, chicos? —Se movió para mirar hacia atrás y acariciarles los hocicos y los lomos—. Nos sentimos muy bien. Cuando lleguemos, podréis jugar mientras Simon y yo bebemos vino hasta que oscurezca. Eso vamos a hacer. Seguiremos cansados, contentos y estupendamente hasta que...

—Fiona...

—¿Mmm? —murmuró ella al tiempo que miraba hacia delante. Al percatarse de

la expresión seria de Simon, la alegría se transformó en preocupación—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Giró el cuerpo de golpe en cuanto Simon dobló la curva para acceder al camino de entrada.

La caprichosa brisa agitaba el pañuelo rojo atado a su buzón.

Se le quedó la mente en blanco y por un momento volvió a sumirse en la asfixiante y estrecha oscuridad.

—¿Dónde tienes la pistola? ¡Fiona! —exclamó Simon con sequedad, devolviéndola a la realidad.

—En la mochila.

Simon tanteó en la parte trasera y cogió la mochila que le colocó en el regazo.

—Sácala. Échale el seguro a las puertas. Quédate en el coche y llama a la policía.

—No. ¿Qué? Espera. ¿Adónde vas?

—A inspeccionar la casa. No estará, pero mejor no correr riesgos.

—¿Y vas a salir así, desarmado y desprotegido? —Como Greg, añadió para sus adentros. Igual que Greg—. Si tú sales, yo salgo. La policía primero. Por favor. No podría soportarlo otra vez. No sería capaz. —Sacó el móvil y usó la marcación rápida para llamar a la oficina del sheriff—. Soy Fiona. Hay un pañuelo rojo atado a mi buzón. No, estoy con Simon, en el camino de acceso. No. No. Sí, de acuerdo. Vale. —Respiró hondo—. Vienen de camino. Quieren que nos quedemos donde estamos. Sé que no es lo que tú quieres hacer. Sé que va en contra de tu instinto, en contra de tus principios. —Abrió la mochila y sacó su pistola. Con manos firmes, comprobó que estuviera cargada y con el seguro puesto—. Pero si está ahí, si está esperando, es posible que él también lo sepa. Y es posible que por segunda vez me vea obligada a asistir al funeral del hombre que quiero. Tendría que matarme también a mí, Simon, porque no pienso pasar por eso otra vez.

—Me estás diciendo eso para dejarme atado de manos.

—Lo digo porque lo siento. Necesito que te quedes conmigo. Te estoy suplicando que te quedes conmigo. Por favor, no me dejes sola.

Las necesidades de Fiona eran más importantes que las suyas. Podría haber luchado si hubiera recurrido a las lágrimas, pero ese tono de voz tan directo y sincero lo desarmó.

—Dame los prismáticos.

Fiona abrió uno de los bolsillos de la mochila y se los pasó.

—No me voy a ningún sitio, pero voy a echarle un vistazo a la casa.

—Vale.

Salió del coche, pero no se alejó. Mientras escudriñaba el camino de acceso y la linde del bosque, escuchaba a Fiona tranquilizando a los perros. La primavera había cubierto las ramas de hojas y le obligaba a esforzarse más para intentar ver entre las sombras verdes. La brisa lo acompañó mientras se adelantaba un par de pasos intentando conseguir un mejor ángulo de visión más allá de la curva del camino.

La casita parecía tan tranquila como siempre, resguardada por las ramas de los árboles. Sobre su jardín revoloteaban las mariposas y ni la hierba ni los ranúnculos que crecían en el patio se movían por la brisa.

Regresó al coche y abrió la puerta del conductor.

—Todo parece tranquilo.

—Ha leído el artículo. Me quiere asustada.

—No te lo discuto. Un error absurdo lo de dejar el pañuelo si está todavía por la zona.

—Sí. Yo no creo que esté por aquí. Ha conseguido lo que quería. Estoy

asustada. La policía viene de camino. Todo vuelve a repetirse y ahora mismo estoy pensando en él. Todos estamos pensando en él. He llamado al agente Tawney.

—Bien. Aquí está la policía. —Cerró la puerta mientras observaba los coches patrulla que se acercaban. Escuchó que Fiona también salía del coche y tuvo que morderse la lengua para no ordenarle que volviera a entrar. No lo haría, pensó, y posiblemente no fuera necesario.

El sheriff salió del primer coche patrulla. Lo había visto por el pueblo unas cuantas veces, pero nunca había hablado con él. Tampoco le había hecho falta, la verdad. Patrick McMahon era un hombre barrigón y muy corpulento. Imaginó que había sido jugador de fútbol americano en su etapa universitaria, tal vez un defensa, y que todavía seguía empleándose a fondo jugando con sus amigos los domingos.

Llevaba los ojos ocultos por unas gafas de sol modelo aviador, pero la tensión de su mandíbula era evidente y caminaba con la mano en la culata de la pistola.

—Fi, quiero que vuelvas al coche. Simon Doyle, ¿verdad? —preguntó, tendiéndole la mano—. Quiero que se quede con Fi. Davey y yo iremos a echar un vistazo. Matt se quedará aquí. Va a hacer unas fotos y a guardar el pañuelo como prueba en una bolsa para que puedan analizarlo. ¿Dejaste las puertas cerradas cuando saliste?

—Sí.

—¿Y las ventanas?

—Sí... creo que sí.

—Están cerradas —le aseguró Simon—. Lo comprobé antes de irnos.

—Estupendo. Fi, ¿me das las llaves? En cuanto inspeccionemos la casa, avisaremos a Matt. ¿Te parece bien?

Fiona se acercó mientras Simon sacaba las llaves del contacto. Una vez que se las pasó, ella sacó la llave de la casa del llavero.

—Abre la puerta delantera y la trasera.

—Estupendo —repitió el sheriff—. Entrad en el coche y esperad tranquilos. —Volvió al coche patrulla y una vez que arrancó, rodeó el vehículo de Fiona y se alejó por el camino de entrada a su propiedad.

—Lo siento mucho, Fiona. —Matt, que apenas tendría edad legal para tomarse una cerveza, le dio unas palmaditas en el brazo—. Entra en el coche con el señor Doyle. —Miró de reojo la pistola que Fiona tenía al lado—. Y comprueba que tiene el seguro puesto.

—Matt es más joven que yo —comentó ella cuando estuvieron en el interior del vehículo—. No sé si podrá beber alcohol todavía. Adiestré al perro de sus padres, un jack russell. No está en mi casa —murmuró al tiempo que se frotaba el pecho con un puño una y otra vez—. No va a pasarles nada.

—¿Le has dicho a alguien que viniera a echarle un vistazo a la casa mientras estábamos fuera?

—No. Sólo era para una noche. Si hubiéramos tardado más en volver, Syl habría venido para regar las plantas y recoger el correo. ¡Dios, Dios! Si hubiéramos tardado más...

—No ha sido así —la interrumpió Simon—. No tiene sentido que lo pienses. Todos los habitantes de la isla, o casi todos, estarían ya al tanto esta mañana de que tu Unidad había salido a trabajar. Es imposible que haya tenido tiempo para planear esto. —A menos que ya estuviera en la isla, añadió para sus adentros.

—Creo que es fruto del artículo, me refiero al momento, porque me envió el primer pañuelo después de que publicaran el primer artículo. Supongo que quiere que sepa que puede acercarse. Que se ha acercado.

—Es arrogante. Y la arrogancia hará que acabe metiendo la pata.

—Espero que tengas razón. —Se obligó a pensar con la vista clavada en el

pañuelo. Sigue el rastro, se ordenó—. ¿Llovió anoche en la isla? ¿Pasó la tormenta por aquí, al menos de refilón? Las predicciones decían que sí. El pañuelo está seco, o lo bastante seco como para agitarse con la brisa. Pero claro, el día es soleado y la temperatura es buena. Le habría gustado hacerlo de noche, ¿verdad? De noche o lo bastante temprano como para no correr el riesgo de toparse con un coche por la carretera.

—Llevamos aquí veinte minutos y no he visto un solo coche.

—Cierto, pero sería un riesgo absurdo. No se trata sólo de una arrogante metedura de pata, sino de una insensatez. Si llegó anoche, tuvo que buscar algún lugar donde hospedarse o venir en su propia embarcación. Claro que si llegó en su propio bote, hasta aquí tuvo que venir en coche.

—En cualquier caso, ha estado aquí. Hay muchas probabilidades de que alguien lo haya visto.

En ese momento vieron que se acercaba un coche que avanzaba muy despacio.

—Turistas —comentó Fiona en voz baja—. Estamos casi en temporada alta. El ferry es la opción más sencilla para llegar y desaparecer. Pero quizá no haya venido y se haya marchado el mismo día. Quizá haya reservado una habitación en un hotel o esté alojado en un camping... —Se sobresaltó cuando Matt dio unos golpecitos en la ventanilla.

—Lo siento —se disculpó él una vez que Fiona bajó el cristal—. El sheriff dice que todo está despejado.

—Gracias. Gracias, Matt.

Mientras Simon conducía hacia la casa, ella se dispuso a observarlo todo. Todo lo que le era familiar. ¿Habría llegado andando hasta su propiedad? ¿Se habría atrevido a hacerlo con los perros? ¿Habría sido más fuerte la necesidad de hacerlo que el sentido común y la cautela? Tal vez hubiera corrido el riesgo y se hubiera acercado arrastrándose sobre la hierba con la intención de inspeccionar la casa desde un punto más cercano o tal vez con la esperanza de vigilarla mientras estaba sentada en el porche o atendiendo el jardín.

Mientras hacía cosas cotidianas, cosas comunes a todo el mundo. Recoger el correo del buzón, añadió, salir a hacer algún recado, impartir una clase, jugar con los perros. La rutina diaria.

La idea de que se hubiera acercado, de que hubiera estudiado su rutina, de que la hubiera vigilado y acosado, tal como hizo Perry, le provocó un terror enfermizo que era tan amargo como la bilis. McMahon abrió la puerta de su casa cuando Simon aparcó.

—No hay señales de que haya forzado la entrada. Dentro no hay nada revuelto, pero tú notarás si hay algo fuera de su sitio. Hemos dado una vuelta por los alrededores, y ahora mismo les diré a Davey y a Matt que vuelvan a hacerlo, ampliando el cerco un poco más, mientras nosotros hablamos aquí dentro. ¿De acuerdo?

—Sí. Sheriff, he llamado al agente Tawney. Me he sentido en la obligación de hacerlo. Espero no haber herido susceptibilidades...

—Fiona, ¿cuánto hace que nos conocemos?

El tono de voz amable la hizo suspirar, aliviada.

—Desde que venía a pasar los veranos con mi padre.

—Lo suficiente como para que sepas a estas alturas que las susceptibilidades no me importan. Quiero que entres y que eches un buen vistazo por toda la casa. Si ves algo extraño, dímelo. Aunque no estés segura del todo.

La ventaja de tener una casa pequeña, decidió en ese momento, era que no se tardaba mucho en hacer un recorrido exhaustivo (tal vez incluso un poco obsesivo)

que incluyera abrir algunos cajones.

—Todo está tal cual lo dejamos.

—Bien. ¿Te parece que nos sentemos y hablemos de esto?

—¿Te apetece beber algo? Si quieres...

—No, gracias. No te molestes. —Se sentó y siguió hablando con ese tono familiar tan efectivo para relajar nervios y tensiones, comprendió Simon—. He dejado que Davey llevara este asunto no porque quisiera quitármelo de encima, sino porque me dio la impresión de que te sentirías más cómoda con él. No quiero que pienses que le he dado largas.

—¿Cuánto hace que me conoces?

El sheriff sonrió al escucharla y el gesto le provocó unas cuantas arrugas en el rabillo de los ojos.

—*Touché.* ¿A qué hora os fuisteis ayer?

—Recibí la llamada a las siete y cuarto. No anoté la hora de salida, pero diría que tardamos menos de un cuarto de hora desde que colgué. Lo justo para llamar a Mai, comprobar que las mochilas estuvieran bien equipadas, cerrar la puerta y marcharnos. Dejamos a los perros, salvo a *Bogart*, con Syl y nos fuimos a casa de Chuck. La unidad estaba en marcha a las siete y cincuenta y cinco.

—Buen tiempo de reacción.

—Intentamos que sea así.

—Sé que lo trabajáis, sí. Y también sé que habéis encontrado a los excursionistas. Buen trabajo. ¿A qué hora habéis vuelto hoy?

—Llegamos a casa de Chuck sobre las tres y media, y fuimos a por los perros. Te llamé nada más ver el pañuelo. ¿Estaba mojado o húmedo? He estado pensando que...

—¿Me quieres quitar el trabajo? —la interrumpió al tiempo que meneaba un dedo, aunque su tono de voz siguió siendo el mismo—. Está seco. Anoche llovió. No tanto como en la zona donde estabais vosotros, pero fue una buena tormenta. Es posible que a esta hora ya se hubiera secado porque hemos tenido una mañana muy soleada. Pero no estaba cuando Davey hizo la ronda esta mañana a las nueve.

—¡Oh!

—Aunque no estés aquí, seguimos alerta. Mucha gente llega y se va en el ferry si hace un día bueno como el de hoy. Yo diría que llegó esta mañana, que tal vez recorrió la isla en coche y que en algún momento entre las nueve y las cuatro y cuarto, ató el pañuelo a tu buzón. Yo diría que llegó en coche porque tu casa está bastante lejos de la costa. No lo imagino caminando hasta aquí, ni tampoco haciendo dedo para que lo recogieran.

—No —convino ella—. Necesita un coche. —Un vehículo con maletero.

—Tengo a un par de personas de confianza muy atentos al ferry, comprobando a los pasajeros que se marchan. Si ven a un hombre conduciendo un coche, anotarán la matrícula. También vamos a ponernos en contacto con los hoteles, con los Bed & Breakfast y hasta con las casas de alquiler; incluso comprobaremos si se ha quedado en algún camping, pero eso nos llevará su tiempo. Investigaremos a cualquier hombre que haya llegado solo.

—Me dejas mucho más tranquila —murmuró.

—Me alegro. Pero, Fiona, no deseo que corras ningún riesgo. Y no te lo digo sólo en calidad de sheriff, sino como amigo de tu padre y de Sylvia. No quiero que estés aquí sola. Si insistes en seguir en tu casa, tendrás que decirle a alguien que se venga contigo. Quiero que tengas las puertas cerradas con llave, noche y día —añadió con una mirada de advertencia, que puso de manifiesto a ojos de Simon que la costumbre de Fiona de dejar las puertas abiertas era de dominio público.

—Lo haré. Palabra de honor.

—De acuerdo. Cuando uses el coche, quiero que lleves las ventanillas subidas y los seguros echados. No te separes del móvil. Quiero los nombres de cualquier alumno nuevo que aceptes. De cualquiera. Si se produce otra llamada alertando de algún excursionista desaparecido, quiero que te pongas en contacto conmigo o con la oficina. Quiero saber a dónde vas y cómo verificarlo.

—No se quedará aquí —terció Simon—. Se irá a mi casa. Hoy. Antes de que usted se vaya, meterá en una maleta lo que necesite.

—No puedo...

—Es una buena idea. —Pasó por alto la protesta de Fiona y asintió con la cabeza mirando a Simon—. Ha cambiado su modus operandi. No quiero que esté aquí sola.

—No lo estará.

—Perdón por interrumpir —replicó Fiona, que levantó las dos manos—. No pretendo ponerme difícil, y no voy a discutir sobre la necesidad de tomar precauciones, pero no puedo marcharme de mi casa así sin más, tengo que trabajar. Aquí es donde imparto las clases y...

—Ya veremos cómo lo solucionamos. Haz la maleta.

—¿Y mis...?

—¿Le importa dejarnos para que hablemos un momento a solas? —le preguntó Simon al sheriff.

—En absoluto. —Arrastró la silla hacia atrás mientras se levantaba—. Os espero fuera.

—¿Sabes cuánto me cabrea que me interrumpas constantemente? —protestó Fiona.

—Sí, más o menos lo mismo que me cabrea a mí que no uses el sentido común.

—Estoy usando el sentido común, pero hay que encontrar el equilibrio con la parte práctica del día a día. Tengo tres perros. Mi negocio está en mi casa. El material que necesito para dicho negocio también está aquí.

Excusas, ningún motivo de peso, pensó Simon. No estaba dispuesto a aguantar gilipolleces.

—¿Quieres una solución práctica? Yo te la voy a dar. Tengo una casa más grande que la tuya, con mucho más espacio para los perros. No estarás sola porque yo estaré allí. Trabajo allí. Si viene a por ti, no va a encontrarte en tu casa. Si necesitas material, nos llevaremos el puñetero material. O lo haremos nuevo. ¿No me crees capaz de hacer un maldito balancín?

—No es eso. O por lo menos no lo es todo. —Levantó las manos y luego se frotó la cara con ellas—. No me habéis dado ni cinco segundos para meditarlo. Ni siquiera me habéis preguntado.

—No te voy a preguntar. Te repito que metas lo que necesites en la maleta. Considéralo un cambio de líder en la manada.

—No me hace gracia.

—A mí tampoco. Hoy mismo conseguiremos el material que necesitas y las provisiones. Mañana nos encargaremos de lo demás. ¡Joder, Fiona! Ha estado a cuatrocientos metros de tu casa. Me has pedido que me quede contigo, que fuera en contra de mis instintos y en contra de lo que de verdad quería hacer y me quedara en el coche contigo. Ahora te toca a ti.

—Voy a tomarme esos cinco segundos para pensármelo. —Se volvió con los brazos en jarras y se acercó a la ventana.

Su casa, pensó Simon. ¿Ése era el motivo de que actuara así? Su casa, su hogar, el primer paso tangible de la nueva vida que había forjado. Y en vez de defender su espacio, su hogar, se veía obligada a abandonarlo.

¿Por qué era tan testaruda, tan tonta?

—El tiempo ha acabado.

—¡Cállate! —le soltó de mala manera—. Me estáis obligando a abandonar mi casa, así que dame un poco de tiempo para acostumbrarme, joder.

—Vale. Un minuto y nos vamos.

—Creo que estás un poco enfadado, o sientes que deberías estarlo —se corrigió mientras se daba media vuelta para mirarlo—, por tener que hacer esto. Una cosa es que te quedes a dormir conmigo y otra que me vaya a vivir a tu casa.

—Vale. ¿Y?

—No hay «y» que valga. Me limito a constatar un hecho. Tengo que hacer unas llamadas. No puedo hacer la maleta e irme sin más. Tengo que avisar a mis clientes, al menos a los que vienen mañana, y decirles que las clases han cambiado de lugar. De forma temporal —añadió, para que quedara claro—. Marca el cuatro en mi móvil para llamar a James. Nos ayudará a trasladar todo el material de exterior.

—Vale.

—Tendré que desviar las llamadas de mi fijo al tuyo. Algunos clientes lo usan y también lo hacen los servicios de emergencia para alertar a la unidad.

—No me importa.

—Sí te importa —lo contradijo con un deje fatigado en la voz—. Te agradezco mucho lo que estás haciendo, sobre todo porque no te hace ni pizca de gracia.

—Prefiero sentirme un poco agobiado en casa antes que permitir que te pase algo.

Su comentario le arrancó una carcajada.

—No tienes ni idea de lo tierno que has quedado, de verdad que no. Haré todo lo posible para no agobiarte demasiado. Ve a decirle al sheriff que has ganado. Voy a recoger mis cosas.

Simon no estaba muy seguro de haber ganado puesto que tendría que lidiar con una mujer y cuatro perros, pero salió a decírselo al sheriff. McMahon interrumpió la conversación que estaba manteniendo con los agentes y caminó hasta el porche mientras él bajaba los escalones.

—Está haciendo el equipaje.

—Me alegro. De todas formas, pasaremos unas cuantas veces al día para inspeccionar la casa. Cuando coja el coche para venir a lo de las clases y demás...

—No vendrá. Las impartirá en mi casa. Voy a llamar a James para que me ayude a desmontar y a trasladar todo eso.

El sheriff enarcó las cejas y miró el parque de adiestramiento.

—Mucho mejor. Es más, Matt está a punto de acabar su servicio. Es joven y tiene unas buenas espaldas. Os echará una mano. Así tardaréis menos. Esas mecedoras son tuyas, ¿verdad?

—Ahora son de Fiona.

—Ajá. Me pregunto si haces balancines para el porche. El mes que viene es mi aniversario de bodas. Tengo un pequeño taller, me gusta el bricolaje y hago mis pinitos. Así que se me ocurrió hacer un balancín. Le pedí que se casara conmigo sentados en uno. Pero he descubierto que mis habilidades no dan para tanto.

—Puedo hacerlo.

—Me gustaría que tuviera los brazos anchos como los de las mecedoras. Y a mi mujer le gusta el rojo.

—Vale.

—Muy bien. Luego comentamos los detalles. Ve a por las herramientas que necesites para desmontar todo eso. Le diré a Matt que empiece con lo que no necesita desmontarse. —Dio media vuelta, pero se detuvo—. ¿De verdad estás haciendo un pie de lavabo con un tocón?

—Pues sí.

—Me gustaría verlo. ¡Matt! Mete algunos de esos chismes de los perros en la camioneta de Simon.

Simon llamó a James de todas formas para contar con un tercer par de manos y con otra camioneta. Con James llegó Lori y con Lori llegó *Koby*.

La irritación inicial que sintió al verse rodeado de tanta gente y de tantos animales se disipó en cuanto comprobó que a veces la gente no molestaba, sino todo lo contrario, que a veces la gente ayudaba a que un proceso laborioso y aburrido fuera más ameno. Tratándose de Fiona no sólo eran dos maletas con ropa. Eran las maletas, las camas de los perros, la comida de los perros, los juguetes, las correas, las medicinas, los comederos y todos los utensilios para su higiene y cuidado. Además de las plataformas, el balancín, el tobogán y el túnel. Y sus archivadores —y tenía un montón de archivadores—, su portátil, sus mochilas, sus mapas y todos los alimentos perecederos del frigorífico.

—Las plantas del jardín y las del huerto se riegan por un sistema de goteo —dijo Fiona cuando Simon protestó por tener que llevarse también las macetas—, así que estarán bien. Pero éstas hay que regarlas cada dos o tres días. Además, quedarán preciosas en tu casa. Y además de ese además, tú te lo has buscado.

Cosa que no podía discutir.

—Vale, vale. Ponlas por ahí.

—¿Alguna preferencia al respecto?

Simon contempló el último porte de cosas y se preguntó cómo era posible que tuviera todo eso en su casa, que parecía la de los siete enanitos. ¿Cómo era posible que lo tuviera todo tan ordenado? Eso sin contar la cantidad de cosas que había dejado atrás.

—Donde quieras. Deja los archivadores y demás en uno de los dormitorios de invitados y no cambies mis cosas de sitio a menos que sea necesario. —Y se alejó para ayudar a James a montar de nuevo el parque de adiestramiento.

Lori, que estaba al lado de Fiona, puso los ojos en blanco mientras cogía una caja de archivadores.

—Tú delante —dijo.

—No estoy muy segura, pero creo que llevaremos esto arriba y ya veremos dónde lo dejamos.

Lori echó un vistazo a su alrededor mientras caminaban.

—Es bonita. Muy bonita. Espaciosa, con mucha luz y con unos muebles interesantes. Pocos, pero interesantes. Desordenada —añadió al llegar a la escalera—, pero muy bonita.

—Tres o cuatro veces más grande que la mía. —Fiona se asomó a una habitación y frunció el ceño al ver las máquinas de musculación y demás material para hacer ejercicio, además de los montones de ropa y de las cajas todavía sin abrir. Lo intentó en otra. Latas de pintura, brochas, rodillos, cuencos, herramientas y borriquetes.

—Vale, aquí mismo. Tendré que traerme el escritorio y el sillón. No había caído en eso. —Torció el gesto al percatarse de la capa de polvo que había en el suelo y en los cristales—. Esto es un desastre y sé lo que estás pensando —murmuró, dirigiéndose a Lori—. El desorden me pone nerviosa. —Soltó la caja con el material de oficina que llevaba y giró lentamente para echarle un vistazo a la habitación—. Tendré que vivir con él.

Con el desorden y con Simon, precisó para sus adentros. Por ahora.

▲

Capítulo 23

Fiona decidió organizar en primer lugar lo que sería su oficina. Y lo primero era limpiar el espacio en sí. Podía convivir con el desorden. No era su casa. Pero no podía convivir con el polvo y con el desorden a la vez, ya fuera un arreglo temporal con su amante o no.

Mientras Lori y James iban en busca de su escritorio y su sillón (y su lámpara y su reloj), ella bajó en busca de los utensilios de limpieza. Y, como Simon parecía subsistir sólo con lo imprescindible, llamó a Lori para pedirle que le llevara algunas de sus cosas.

¿Cómo podía vivir una persona, sobre todo una persona con perro, sin una aspiradora?

Armada con lo poco que había encontrado, limpió el polvo de varios meses de las ventanas, del suelo y de las puertas, y descubrió que lo que había tomado por un segundo armario era en realidad un cuarto de baño.

Un cuarto de baño, pensó mientras soltaba un enorme suspiro, que no había visto una bayeta desde que Simon se instaló en la casa. Por suerte, su uso principal hasta la fecha parecía ser la acumulación de polvo.

Estaba de rodillas restregando el suelo cuando él entró.

—¿Qué haces?

—Planeando mi próximo viaje a Roma. ¿Qué te parece que estoy haciendo? Estoy fregando el cuarto de baño.

—¿Por qué?

—Que tengas que preguntarlo explica muchas cosas —Se sentó en los talones —. Es posible que en algún momento dado necesite hacer pis. He descubierto que necesito hacerlo varias veces al día. Y puedes llamarme quisquillosa si quieres, pero prefiero hacerlo en un lugar que cumpla con unos requisitos higiénicos mínimos.

Simon se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en la jamba de la puerta.

—No he usado esta habitación ni este cuarto de baño, todavía.

—¿En serio? Si no me lo llegas a decir, no me lo creo.

Simon volvió la cabeza para echarle un vistazo a la habitación, a esas alturas libre de polvo y con las latas de pintura ordenadas pulcramente junto a los borriquetes, los rodillos, los cuencos, las brochas y las telas protectoras.

—¿Vas a instalarte aquí?

—¿Algún problema?

—Por mi parte ninguno. ¿Has fregado la habitación?

—Le he pasado una mopa húmeda. Permíteme comentarte, puesto que trabajas con madera, que deberías cuidar mejor el parquet. Como mínimo necesitas algún espray atrapapolvo.

—Tengo un bote. En algún lado. Creo. —Lo estaba poniendo nervioso—. He estado ocupado.

—Lo entiendo.

—No irás a limpiarlo todo, ¿verdad?

Fiona se pasó una mano por la frente.

—Te prometo que no pienso hacerlo. Pero voy a trabajar aquí. Necesito un lugar limpio y ordenado para trabajar. Si hiere tu sensibilidad, cerraré la puerta.

—Estás un poco sarcástica, ¿no?

Al reconocer el tono burlón de la pregunta, Fiona esbozó una sonrisa.

—Pues sí. Apártate y déjame terminar. Simon, te agradezco mucho lo que estás haciendo.

—Ya.

—Lo digo en serio. Y sé que estoy invadiendo tu espacio, tu rutina y tu intimidad.

—Cierra el pico.

—Sólo quería agradecerte...

—Que te calles —la interrumpió—. Me importas. Punto. Tengo cosas que hacer.

Fiona siguió sentada en los talones mientras se marchaba. «Que te calles. Me importas. Punto.»

Habiendo salido de los labios de Simon, la verdad era que le parecía un poema de Shelley.

Cuando por fin acabó de ordenar el que sería su despacho, con el escritorio junto a la ventana para disfrutar de la panorámica del bosque, habría matado por una copa de vino y un buen sillón. Sin embargo, su sentido del orden no le permitía dejar la ropa en las maletas.

Localizaría el dormitorio de Simon y después le preguntaría sobre cómo prefería que guardara su ropa.

Fue una sorpresa ver que la cama estaba hecha, más o menos. Había dejado las camas de los perros tiradas en un rincón, y las puertas que daban al porche estaban abiertas para ventilar.

Le echó un vistazo al armario y vio que Simon había hecho hueco para su ropa. Necesitaría un cajón, pensó. Si eran dos, mucho mejor. Se acercó a la cómoda y abrió uno a regañadientes. Lo había vaciado para que ella lo usara. Se percató de que Simon iba un paso por delante de ella. En ese momento captó un olor y ladeó la cabeza, extrañada.

¿Limón?

Caminó hacia el cuarto de baño con curiosidad y se apoyó en la jamba. Ése era un cuarto de baño que acababan de limpiar hacía escasos minutos. El olor a limón, el brillo de la porcelana y la reluciente grifería lo dejaban patente. Ver las toallas tan bien colgadas de los toalleros le derritió el corazón.

Seguro que había soltado un taco cada vez que pasara la bayeta por algún lado, pensó. Pero, bueno, en sus propias palabras, ella le importaba. Y punto.

Colocó su ropa, sus productos de higiene personal y bajó a buscarlo. Estaba en la cocina, contemplando el parque de adiestramiento desde el vano de la puerta.

—Deberías renovar algunas cosas —dijo sin volver la cabeza—. La plataforma es una porquería.

—Seguro que tienes razón. ¿Ya se han ido James y Lori?

—Sí. Lori ha guardado la comida en el frigorífico y en los armaritos. Me ha dicho que te diga que mañana te llama. Los he invitado a una cerveza —añadió casi a la defensiva—. Pero no han aceptado.

—Supongo que estarán cansados después de todo esto.

—Sí. Me apetece una cerveza y bajar a la playa.

—Qué bien suena eso. Vete. Yo termino un par de cosas que me quedan por hacer y luego voy.

Simon se acercó al frigorífico, lo abrió y sacó la cerveza.

—No limpies nada.

Ella levantó la mano.

—Te lo prometo.

—Vale. Te dejaré a *Newman* y me llevo a los demás.

Asintió con la cabeza. No podía estar sola. Ni siquiera en casa de Simon.

Esperó hasta que Simon desapareció de la vista, hasta que lo escuchó ordenarle a *Newman* que se quedara.

—Quédate con Fi —dijo.

Se sentó en un taburete, apoyó la cabeza en la encimera y esperó a que las lágrimas que le quemaban la garganta salieran.

Pero no lo hicieron. Comprendió que las había contenido demasiado tiempo. Después de tantas horas reprimiéndolas estaban bloqueadas en su interior, atascadas, y le hacían daño en la garganta y en la cabeza.

—Vale —musitó, y se puso de pie.

En vez de una cerveza cogió un botellín de agua. Mejor, pensó. Más purificador.

Salió y vio que el fiel *Newman* estaba esperándola.

—Vamos a dar un paseo.

El perro se acercó de inmediato y comenzó a frotarse contra sus piernas, meneando todo el cuerpo.

—Lo sé, un sitio nuevo. Es bonito, ¿verdad? Mucho espacio. Nos quedaremos aquí un tiempo. Ya nos acostumbraremos. —De inmediato se percató de los lugares que necesitaban flores, del emplazamiento perfecto para un huerto. Pero se recordó que ese sitio no era suyo como para ponerse a jugar en él—. Le vendría bien un poco más de colorido, de puertas para fuera. Me sorprende que no lo haya notado. Siendo un artista, me refiero —Se detuvo al llegar a la pendiente que bajaba hasta la playa—. Pero claro, luego está esto. Es maravilloso.

El encanto de los escalones torcidos que bajaban hasta la estrecha playa, hasta un paisaje de ensueño. Las estrellas titilaban en el cielo, otorgándole al lugar un halo sereno e íntimo. Simon estaba paseando acompañado de los tres perros, que no paraban de olisquear la arena, las rocas y la espuma.

Seguro que iba a echar de menos eso. Sus paseos en solitario durante el crepúsculo por la orilla del mar. Echaría de menos el rumor de las olas al anochecer, pero había renunciado a eso por ella.

Sin importar lo que pasara entre ellos, nunca olvidaría lo que estaba haciendo por ella.

Mientras lo observaba, Simon sacó unas cuantas pelotas de tenis que llevaba en una bolsa asegurada al cinturón y comenzó a lanzarlas. Una, dos y tres. Al agua. Y los perros las persiguieron y... saltaron.

Iban a apestar después del baño, pensó mientras los observaba nadar hacia las pelotas de tenis que flotaban en el agua.

Sin embargo, en ese momento escuchó la alegre risa de Simon por encima del suave rumor de las olas, en ese lugar tan sereno... y su sonido espantó todos los demonios.

Míralos, pensó. Mira qué maravilla, qué perfección. Son mis chicos.

Newman comenzó a temblar a su lado.

—¡Qué demonios! Un perro apestoso más tampoco se va a notar. ¡Ve! ¡Ve a jugar!

Newman bajó los escalones como una exhalación, dejando constancia de su alegría en la velocidad y en el ladrido que le dirigió a Simon. Al escucharlo, Simon tiró una cuarta pelota al aire, la cogió y la lanzó al agua. *Newman* se metió en el mar sin aminorar la velocidad siquiera.

Y ella bajó corriendo los escalones para unirse al juego.

En una habitación de un motel situado cerca del aeropuerto de Seattle, Francis

X. Eckle leía el último mensaje de Perry mientras disfrutaba lentamente del whisky con hielo que acostumbraba a beber todas las noches.

Definitivamente, no le gustaba el tono de la carta. No le gustaba ni un pelo. Palabras como «decepción», «control», «concentración» o «innecesario» parecían saltar del papel y chocar de frente con su orgullo. Con su ego.

Aburrido, concluyó mientras arrugaba la carta y hacía una bola con ella. Una regañina aburrida e irritante. Perry necesitaba recordar quién estaba en la cárcel y quién estaba libre.

Ése era el problema con los profesores. Y él lo sabía bien porque había sido profesor antes de evolucionar. Un profesor que soltaba regañinas aburridas e irritantes.

Pero ya no lo era.

Porque en esos momentos tenía en sus manos el poder de la vida y la muerte.

Levantó una y la contempló. Con una sonrisa.

Provocaba miedo a placer, infligía dolor, alentaba la esperanza y luego la aplastaba. Lo veía todo en sus ojos. El miedo, el dolor, la esperanza y, por último, la resignación.

Perry nunca había experimentado ese subidón de poder y conocimiento. En caso contrario, si de verdad lo hubiera experimentado, no predicaría tanto sobre la cautela y el control. Ni sobre «la muerte limpia», como a él le gustaba llamarla.

La de Annette había sido la muerte más satisfactoria hasta la fecha. ¿Y por qué? Por el sonido de sus puños cada vez que la golpeaban, cada vez que le partían un hueso. Porque había sentido cada golpe al tiempo que los sentía ella.

Por la sangre. Por su color y por su olor. Y porque había visto las consecuencias, había observado la formación de los moratones, la hinchazón de la piel antes de que se amoratara, y había disfrutado mucho con las distintas tonalidades que podía provocar. Dependiendo de si la golpeaba con el puño cerrado o con la palma de la mano.

Se habían conocido bien, sí. Se habían tomado su tiempo para conocerse, habían compartido el dolor, y eso hacía que la muerte fuera mucho más íntima. Mucho más real.

La reflexión lo llevó a comprender que el trabajo de Perry había sido clínico, sin derramar ni una gota de sangre, como si estuviera distanciado. Era imposible que esa falta de pasión reportara placer. La única vez que Perry se había apartado de su camino, que había provocado sangre con su violencia, se le había escapado de las manos.

Y por eso vivía en una celda.

Por eso su evolución, gradual y creativa, era superior a la de Perry.

Había llegado la hora, quizá había retrasado demasiado el momento, de cortar todo contacto con Perry. Ya no tenía nada más que aprender de esa fuente y tampoco tenía deseos de enseñarle lo que había aprendido por su cuenta.

Recordó en un momento dado que debía tener cuidado, de modo que recogió la carta arrugada y después de alisarla la guardó en la carpeta junto con las demás.

Ya había empezado a escribir unas memorias. Un libro que relataba su epifanía, su evolución, su trabajo. Había aceptado el hecho de que sería publicado de forma póstuma. Había aceptado ese inevitable final, de ahí que fuera tan importante disfrutar de cada momento.

Jamás iría a la cárcel. Nunca. Ya había vivido una vida encerrado en una cárcel autoimpuesta. Sólo cabía la gloria. Cuando llegara su inevitable final, alcanzaría la gloria.

De momento, se limitaría a ser una sombra entrando y saliendo de la luz. Sin nombre. Desconocida. O conocida sólo por aquéllas que eligiera, las que cruzaran

de la vida a la muerte con su imagen grabada en la retina.

Ya había elegido a la siguiente. Otro cambio, pensó. Un nuevo estadio en su evolución. Y mientras la vigilaba, mientras la acechaba como un lobo acechaba a un conejo, tenía tiempo para pensar qué relación existiría entre ellos.

La ironía era exquisita y sabía, lo sabía perfectamente, que eso le otorgaba más emoción.

Y después, no mucho después, le llegaría el turno a Fiona. Sacó el periódico, lo desdobló y pasó las manos por su cara. Cumpliría la obligación que tenía con Perry y así saldaría todas sus deudas con creces.

Ella sería la última que llevaría el pañuelo rojo. Era lo adecuado, pensó. Ella sería el punto álgido de ese estadio de su trabajo. Su crescendo, decidió, el homenaje final a Perry.

Estaba seguro de que con ella disfrutaría muchísimo más que con las demás. Ella experimentaría más dolor, más miedo que todas las demás antes de que acabara con su vida.

¡Correrían ríos de tinta cuando la secuestrara, cuando acabara con ella! No se hablaría de otra cosa. Hablarían y temblarían al pensar en el hombre que había matado a la superviviente de Perry. El Asesino del Pañuelo Rojo II.

Leyó el término con el que se referían a él y meneó la cabeza mientras chasqueaba la lengua. Se sentía orgulloso.

Una vez que Fiona yaciera en la tumba que se vería obligada a cavar con sus propias manos, el Asesino del Pañuelo Rojo II dejaría de existir. Se convertiría en otra persona, en otra cosa, encontraría otro nombre mientras se adentraba en el nuevo estadio de su trabajo.

En cierto modo, pensó mientras bebía otro sorbo de whisky, Fiona sería su final y su comienzo.

Mantz colgó el teléfono y le dio unos golpecitos a la mesa con el puño.

—Creo que tengo algo.

Tawney desvió la mirada del monitor.

—¿El qué?

—He estado verificando las direcciones y el puesto de trabajo de cada uno de los funcionarios de la prisión y del personal externo. Hay un tal Francis X. Eckle, profesor en el College Place. Da clases de Lengua y de Escritura Creativa. En los últimos dos años y medio ha impartido cuatro cursos en la cárcel, pero no volvió al College Place después de las vacaciones de Navidad. Envió la renuncia por correo y adujo que se trataba de un asunto familiar urgente.

—¿Lo has comprobado?

—En realidad, no tiene familia. Lo que entendemos por familia tradicional, vamos. Estuvo dando tumbos de una casa de acogida a otra desde los cuatro años. No ha dejado ningún tipo de información sobre su paradero en la universidad. Los números de teléfono que tienen, tanto el del fijo como el del móvil, han sido dados de baja.

—Necesitamos más información. Localiza a los asistentes sociales que llevaron su caso. Y busca algo sobre los hogares de acogida en los que estuvo. ¿Tiene antecedentes penales?

—Nada. No tiene hermanos, ni pareja sentimental, ni hijos. —Aunque Mantz mantuvo un tono de voz sereno, sus ojos tenían el brillo de un sabueso después de olfatear un buen rastro—. Perry asistió a los cuatro cursos que impartió en la cárcel. He rastreado las tarjetas de crédito a nombre de Eckle. Ningún movimiento desde enero. Ni un sólo cargo, aunque no las ha cancelado. Me huele mal.

—Sí, tiene cierto tufillo. Pero podría estar muerto.

—Tawney, mi instinto me dice que aquí hay algo. Sé que quieres ir a hablar con Bristow hoy o mañana, pero creo que antes deberíamos tirar de este hilo un poco, hablar con alguien que conozca a ese tío y hacerlo cara a cara.

—De acuerdo. Vamos a echarle un vistazo a sus cuentas bancarias e intenta conseguir algo más de su pasado. ¿Profesor de Lengua, has dicho?

—Interino, sí. Soltero, vive sólo, cuarenta y dos años. El administrativo con quien he hablado me ha dicho que Eckle se limitaba a hacer su trabajo sin relacionarse mucho con los demás. No recuerda que mantuviera una amistad en particular con alguien y eso que es un centro pequeño, Tawney.

Los ojos de Tawney adquirieron el mismo brillo que los de su compañera.

—Haz las llamadas. Voy a arreglar lo del viaje.

Simon cubrió el armario botellero, que ya estaba casi terminado, con la lona impermeable. Se sentía un poco estúpido, pero no quería que Fiona lo viera ni que le preguntara por él. Quizá porque no deseaba profundizar en los motivos por los que lo estaba haciendo más allá del hecho de que ella quería uno.

Bastante raro había sido despertarse con la idea de que ella estaba en su casa. No en la cama, añadió mientras le aplicaba una tercera capa de barniz de poliéster al pie de lavabo. Si el sol salía, Fiona también. Pero sí estaba en su casa, en su propiedad, en su hogar.

El cuarto de baño olía a ella, de la misma forma que la cocina olía al café que había preparado mientras él estaba acostado.

¿Lo más raro de todo? Que no le importaba. Ni siquiera le había importado, aunque sí le había desconcertado un instante, abrir un cajón en busca de una cuchara y encontrar los cubiertos perfectamente ordenados.

En ese momento echó un vistazo por la cocina y pensó que estaba muy recogida. Claro que como no recordaba el estado en el que la había dejado por la noche, tampoco estaba seguro de que fuera obra de Fiona.

Cuando por fin estuvo listo para ponerse a trabajar, ella ya les había dado de comer a los perros, les había impartido una rápida sesión de adiestramiento, se había duchado y vestido, y había regado las flores.

Escuchó la llegada de los coches de los alumnos que asistían a su primera clase y se colocó de forma deliberada en el porche para ver quiénes eran.

Había hecho el sacrificio de bajar el volumen de la música para poder escuchar a Fiona si lo llamaba. Sin embargo, no lo molestó en ningún momento durante la mañana, ya que estuvo ocupada con sus alumnos.

Hasta *Tiburón* lo abandonó.

Algo estupendo. Mejor que estupendo. Porque así no tenía que estar pendiente de los posibles pelos de perro que llevara el barniz ni tenía que darles la espalda a los palos y a las pelotas le llevaba, ni pasar por alto las miradas suplicantes para que saliera a jugar.

Cuando el reloj del taller marcaba las doce del mediodía, había sacado unos cuantos moldes, encolado algunas piezas que había asegurado con los gatos y estaba dándole otra capa de barniz al pie de lavabo para resaltar las profundas vetas de la madera y oscurecerlas aún más.

Captó un movimiento con el rabillo del ojo y se detuvo para observar a Fiona que se acercaba con uno de los perros.

—Déjalos fuera si no te importa. Esto está húmedo. Una sacudida y acabará lleno de pelos.

—Siéntate. Quieto. He pensado que a lo mejor te apetece un sándwich o... —

Dejó la frase en el aire y abrió los ojos de par en par. Simon tuvo la enorme satisfacción de verla abrir también la boca por la sorpresa—. ¡Madre mía! ¿Ése es el tocón? ¿Ése es mi tocón?

—Mi tocón —la corrigió.

—¡Es asombroso! —El instinto le hizo alargar el brazo para tocarlo, pero él se lo impidió con un manotazo—. ¡Ay! Vale, lo siento, está húmedo. Está del revés. Claro. Por supuesto. —Se metió las manos en los bolsillos traseros para no volver a cometer un error que le reportara otro manotazo mientras rodeaba el pie de lavabo—. Las raíces conforman la base donde va el... lavamanos, la palangana o como se llame. Parece algo sacado de un bosque mágico. ¿Quién iba a decir que las raíces de los árboles eran tan asombrosas? Sólo tú. ¿Y la palangana? ¿Cómo vas a hacerla?

—De una madera especial que encontré hace meses. Estaba esperando a dar con el pie adecuado.

—El color es precioso. Parece caramelo cristalizado. Simon, es una maravilla. Sabía que harías algo interesante, pero no me imaginé que también sería bonito.

Que elogiaran su trabajo siempre lo ponía nervioso. Sin embargo y por extraño que pareciera, el asombro que delataba la expresión maravillada de Fiona le provocó una gran satisfacción.

—No está acabado.

—¿Qué vas a hacer con él cuando lo acabes?

—No lo sé. —Se encogió de hombros porque descubrió que deseaba regalárselo a ella. Iba muchísimo con su estilo—. Puede que lo venda o puede que me lo quede.

—Lavarse las manos en él será como hacer algo mágico. Nunca volveré a mirar un tocón de la misma forma que antes. ¡Por Dios, verás cuando la gente lo vea! —Soltó una carcajada—. A lo que iba, que tengo un par de horas libres hasta la primera clase de la tarde. Si tienes hambre, puedo hacerte un sándwich.

Simon lo meditó mientras la miraba.

—Es que no quiero que estés pendiente de mí porque si lo haces, al final querré que estés pendiente de mí.

Fiona tardó unos segundos en reaccionar.

—Es raro, pero te entiendo. Vale, ¿qué te parece si hacemos un trueque?

—¿Qué tipo de trueque?

—Yo te hago un sándwich y tú me haces unas cuantas tablillas de madera. He anotado las medidas que necesito. —Sacó una lista y se la entregó.

Simon miró los números con el ceño fruncido.

—¿Para qué son?

—Para mí —contestó ella con una sonrisa.

—Vale. No has puesto el grueso.

—¡Ah! Pues no sé... ¿Así? —Le indicó con el índice y el pulgar.

—Unos seis milímetros. ¿De qué madera?

—De cualquiera. La que tengas a mano.

—¿Barniz?

—¡Por Dios! No sabía que hubiera que tomar tantas decisiones. Un barniz claro, nada ostentoso. Algo sencillo.

—Vale. Me pondré con ellas en cuanto acabe con esto.

—Perfecto.

El trueque fue una buena idea, concluyó Simon al cabo de un rato. Había conseguido un sándwich sin tener que hacérselo y se habían mantenido alejados el uno del otro durante la jornada laboral. Aunque se lo hubiera prometido, Fiona limpió la casa... de forma muy discreta. La vio barrer el porche y cuando se percató de que

se le había olvidado rellenar el frigorífico del taller y fue al de la cocina, el brillo que descubrió al abrirlo estuvo a punto de deslumbrarlo.

En ese momento se percató del sospechoso sonido de la lavadora a lo lejos.

En fin, tendrían que hacer otro trueque. En cuanto pudiera, le haría unas cuantas plataformas nuevas para reemplazar las que tenía.

Al salir de la casa la encontró en el patio trasero, con el móvil pegado a la oreja mientras caminaba de un lado para otro. Había pasado algo, pensó, de modo que se acercó a ella.

—Sí, claro. Me parece bien. Gracias por llamar. De verdad. Sí, adiós. —Cortó la llamada—. El agente Tawney. Tenía la intención de venir hoy, pero le ha surgido algo. Creo que tienen una pista. No me lo ha dicho claramente, pero me da en la nariz que han encontrado algo. Parecía demasiado tranquilo.

—¿Demasiado tranquilo?

—Sí, lo estaba haciendo a propósito. —Se frotó el pecho con la palma de la mano, un gesto que solía hacer cuando intentaba relajarse—. Como si no quisiera demostrar emoción o interés —añadió—. A lo mejor estoy imaginándomelo porque quiero que sea así, pero eso es lo que me ha parecido. Y no me ha dicho nada porque no quería que reaccionara como estoy reaccionando. —Cerró los ojos y respiró hondo—. Menos mal que tengo toda la tarde ocupada. Así no podré obsesionarme.

—Lo harás. Siempre lo haces. —Extendió un brazo para pasárselo por la espalda y le dio un tirón al extremo de su trenza al tiempo que cambiaba el tema de conversación para que se calmara—. ¿Estás lavándome la ropa, mamá?

—Estoy lavando la mía —respondió con voz remilgada—. Es posible que también haya un par de cosas tuyas, pero sólo lo he hecho para llenar el tambor.

Simon le dio unos golpecitos en un hombro con un dedo.

—Cuidado.

Mientras él se alejaba, Fiona puso los brazos en jarras.

—Ya he cruzado la línea. Que lo sepas. He cambiado las sábanas de la cama.

Simon siguió caminando y se limitó a menear la cabeza, arrancándole una carcajada.

Tawney y su compañera fueron en primer lugar a la última dirección conocida de Eckle, un apartamento situado en un edificio de tres plantas que se encontraba muy cerca del campus. Nadie abrió la puerta del 202 cuando llamaron. Pero sí abrió la vecina de enfrente.

—La chica no está en casa —dijo la mujer a través de la rendija.

—¿La chica?

—Lleva un par de semanas viviendo aquí. —Abrió la puerta un poco más—. Muy jovencita. Su primer apartamento. ¿Qué quieren?

Ambos agentes le enseñaron sus credenciales. Y la puerta se abrió del todo.

—¡El FBI! —exclamó como si acabara de encontrarse a Papá Noel.

Tawney calculó que la mujer rondaría los setenta años. Tenía unos ojos muy vivos y perspicaces tras las gafas de montura plateada.

—Me encantan las series del FBI. Las veo todas. Y las de policías también. ¿Ha hecho algo esa chiquilla? Yo no puedo confirmarles nada. Es muy simpática y educada. Muy limpia, aunque se vista como casi todas.

—En realidad, esperábamos poder hablar con Francis Eckle.

—¡Ah, se fue después de Navidad! Su madre se puso enferma. O eso fue lo que dijo. Me apuesto lo que sea a que está en un programa de protección de testigos. O a que es un asesino en serie. Tiene toda la pinta, la verdad.

Mantz enarcó las cejas.

—¿Señora...?

—Hawbaker. Stella Hawbaker.

—Señora Hawbaker, ¿podríamos entrar para hablar con usted?

—Sabía que no era trigo limpio —dijo, levantando el dedo índice—. Entren y siéntense —les dijo mientras ella iba a apagar el televisor—. No bebo café, pero tengo por si vienen mis hijos. Café y refrescos.

—No, muchas gracias —rehusó Tawney—. Ha dicho que el señor Eckle se marchó después de Navidad.

—Correcto. Lo vi sacando las maletas a mediodía, cuando no hay casi nadie en el edificio salvo yo. Así que le pregunté: «¿Se va de viaje?». Y él me sonrió sin mirarme a los ojos, porque nunca te miraba a los ojos, y me dijo que su madre lo necesitaba porque se había caído y se había roto la cadera. La primera vez que mencionaba a su madre en todos los años que ha estado viviendo aquí. Aunque tampoco hablaba mucho, la verdad. Era un hombre muy reservado —añadió con un gesto afirmativo de la cabeza—. Eso es lo que se dice de todos ésos que van por ahí matando a la gente con un hacha. Todos son callados y reservados.

—¿Mencionó la dirección de su madre?

—Me dijo que vivía en Columbus, Ohio, porque se lo pregunté directamente. Y yo me pregunto —añadió con el dedo nuevamente levantado—, si tiene una madre que vive en el este, ¿cómo es posible que nunca haya ido a verla y que ella no haya aparecido en la vida por aquí?—Se llevó el dedo a la nariz y se dio unos golpecitos —. Me dio un tufillo raro. Y todavía me olió peor al ver que no volvía. Dejó todos los muebles, o casi todos por lo que vi cuando el casero vino a limpiar el apartamento. Poco más. Y eso que tenía estanterías llenas de libros, que no se llevó. Seguro que los ha vendido en eBay o algo.

—Es usted muy observadora, señora Hawbaker.

La mujer correspondió el comentario de Tawney con una sonrisa ladina.

—Pues sí, y como casi nadie presta atención a las ancianas, le doy mucho al ojo. En los últimos meses antes de que se fuera lo vi salir con paquetes embalados y montones de sobres de esos que se usan para enviar cosas por correo, y volver con las manos vacías. Así que supongo que vendió los libros y todo lo demás. Para conseguir dinero en efectivo. Pero no pagó la mensualidad de enero. Y cuando hablé con el casero, me dijo que había dejado su empleo y que había sacado el dinero de sus cuentas. Hasta el último centavo. —Esos ojos tan vivaces adquirieron un brillo malicioso—. Pero ya están al tanto de eso, claro.

—¿Tenía amigos, recibía visitas? —preguntó Mantz—. ¿Alguna novia?

La señora Hawbaker soltó un resoplido desdeñoso.

—En la vida lo he visto con una mujer. Ni con un hombre, ya puestos. No es normal. Educado, eso sí. Muy bien hablado, también, aunque no decía ni mu si no lo saludabas antes. ¿Qué ha hecho?

—Sólo queremos hablar con él.

La respuesta hizo que asintiera con la cabeza.

—Es lo que llaman «una persona sospechosa», normalmente porque se sospecha que ha hecho algo malo. Tiene un coche pequeño con maletero. Que llevaba cargadito el día que se fue. Voy a decirles otra cosa, porque soy muy curiosa y estuve indagando. El casero y yo estuvimos hablando un rato. No había ni una sola fotografía en el apartamento, ni una carta ni una postal. No pensaba volver, está claro como el agua. Y lo de la madre y la cadera rota, un cuento chino. No me extrañaría que se hubiera cargado a la madre mientras dormía.

—Una mujer muy perspicaz —comentó Mantz una vez fuera, mientras abría la puerta del coche.

—No creo que Eckle matara a su madre mientras dormía, porque los informes dicen que la madre murió de una sobredosis cuando él tenía ocho años.

—La señora Hawbaker lo ha calado, Tawney. Si no es nuestro SUDES, nuestro Sujeto Desconocido, me hago stripper en Las Vegas.

—Tienes buenas piernas, Erin, pero no creo que haga falta llegar a esos extremos. Estoy contigo. Vamos a localizar al casero y a ver qué descubrimos en la universidad. Y supongo que luego tendremos que pasar otra vez por la cárcel.

Capítulo 24

Algún día, pensó Fiona, sentiría algo que no fuera pavor al ver el coche patrulla de Davey recorriendo su camino de entrada.

—Vaya, vaya, nos hemos metido en un lío —bromeó uno de sus clientes, y ella consiguió sonreír con tirantez.

—No te preocupes, tengo contactos. Jana, ¿ves a *Loto* dando vueltas? ¿Qué interpretas?

—¿Ha detectado el olor?

—Tal vez. A lo mejor intenta captarlo mejor, saber de dónde procede. A lo mejor ha captado olores contradictorios y está intentando averiguar cuál es la dirección correcta. Tú también tienes que trabajar. De hecho, tienes que trabajar con ella. Ayúdala a concentrarse. Presta atención a su rabo, a su lomo, escucha su respiración. Cada reacción tiene un significado y las suyas pueden diferir de las del perro de Mike, por ejemplo. Vuelvo enseguida. —Se apartó del grupo con el corazón martilleándole el pecho a cada paso que daba mientras Davey salía a su encuentro.

—Siento interrumpir tu clase... y no son malas noticias. ¿Cuánto te queda para terminar?

—Entre quince y veinte minutos. ¿Qué...?

—No son malas noticias —repitió Davey—. Pero no quiero hablar con gente delante. Puedo esperar. No he programado bien mi visita.

—No, ya deberíamos haber terminado, pero este grupo me ha pedido que dé una clase especial sobre búsqueda de cadáveres. Como sólo eran cuatro y yo tenía tiempo... —Se encogió de hombros.

—Entonces será mejor que vuelvas al trabajo. ¿Te parece bien que mire?

—Claro.

—¿Fi? —Jana le hizo un gesto antes de levantar las manos, frustrada—. No lo pilla y parece confundida y también, no sé... aburrida. En casa lo hacemos a la primera. Le encanta este ejercicio y lo bordamos.

Concéntrate, se ordenó Fiona.

—No estáis en casa. Recuerda que estás en un lugar distinto, en un entorno diferente con problemas distintos.

—Sí, sí, sé que ya me lo has dicho antes, pero si logramos el certificado, cada vez que salgamos en una búsqueda se encontrará con un lugar distinto.

—Totalmente cierto. Por eso cuanta más experiencia tenga, mejor. Así funciona el proceso de aprendizaje. Es inteligente y está dispuesta, pero hoy no le está saliendo bien. Además, también percibe tu frustración. Antes de nada, relájate. —A ver si me aplico el cuento, pensó antes de mirar hacia el lugar desde el que Davey las observaba—. Vuelve al punto donde comenzó a dar vueltas y a perder el interés. Renueva el olor, recompensa y anímala. Si hoy no consigue encontrar el rastro, llévala a la fuente, deja que la encuentre y recompénsala.

Formaban un buen equipo, pensó Fiona mientras se apartaba. Sin embargo, la adiestradora tendía a desear resultados rápidos. Aun así, le ponía dedicación y ganas, y tenía una estrecha relación con su perro.

Se volvió para observar cómo Mike y su mestizo de pastor australiano celebraban un hallazgo. El perro aceptó encantado la recompensa de comida y los elogios, tras lo cual Mike se puso los guantes de plástico y recogió el cilindro que

contenía fragmentos de huesos humanos.

Bien hecho, pensó. Y su tercer estudiante tenía tanto el hocico como el rabo en alto, lo que le indicaba que pronto encontraría la fuente.

Algún día, pensó, uno de ellos o todos saldrían en una búsqueda. Algún día rastrearían los bosques, las colinas, los campos o las calles y encontrarían restos humanos. Y al encontrarlos ayudarían a las familias a cerrar una herida, ayudarían a la policía a encontrar respuestas.

Cadáveres, pensó, como el de Annette Kellworth. Cruelmente enterrada bajo unas cuantas paladas de tierra, abandonada como un juguete roto mientras el hombre responsable iba en busca de otra chica.

¿Habría otra? ¿Más cerca todavía? ¿Solicitarían la ayuda de su unidad para buscarla? Se preguntó si sería capaz de hacerlo, si sería capaz de llevarse consigo a uno de sus maravillosos perros y buscar un cuerpo que podría haber sido el suyo.

Que sería el suyo si un hombre a quien ni siquiera conocía se salía con la suya.

—¡Lo tiene! —exclamó Jana, que se agachó para abrazar a *Loto*—. ¡Lo ha conseguido!

—Estupendo.

No eran malas noticias, se recordó mientras recogía los objetos que había usado en la clase. Sacó dos Coca-Colas del frigorífico.

—Vale, desembucha —le dijo.

—Los federales tienen una pista. Y creen que es buena.

—Una pista. —Por fin podía permitirse que le temblaran las rodillas. Apoyó una mano en un taburete para no caerse al suelo—. ¿Qué clase de pista?

—Están buscando a un individuo en concreto, que estuvo en contacto con Perry dentro de la cárcel. Un instructor externo. Un profesor de Lengua de la universidad College Place.

—¿Lo están buscando?

—Sí. Dimitió de su puesto, recogió varios objetos personales y se marchó entre Navidad y Año Nuevo. Vació su cuenta corriente, se dejó los muebles atrás y dejó de pagar el alquiler. Encaja en el perfil, o eso dicen. El problema es que no se ha puesto en contacto, al menos que puedan verificar, con Perry en un año. Es muchísimo tiempo.

—Es paciente. Me refiero a Perry. Es paciente.

—Los federales le están apretando las clavijas a Perry ahora mismo. Intentan sonsacarle toda la información que tenga. Y están investigando la vida de ese tipo. Nos han dicho que es un solitario. Ni amigos ni familia. Su madre era una drogadicta, de modo que el Estado se hizo cargo del niño mucho antes de que ella muriera de sobredosis cuando él tenía ocho años.

—Problemas con la madre —murmuró Fiona mientras la esperanza y el miedo se mezclaban en su interior, provocando una mezcla explosiva—. Igual que Perry.

—Es un punto en común. —Davey se sacó un fax del bolsillo y lo desdobló—. ¿Te suena de algo?

Miró con detenimiento la fotografía, una cara normal y corriente, barba recortada que le otorgaba un aspecto de intelectual, poco pelo.

—No, no me suena de nada. No sé quién es. ¿De verdad es él?

—Es el hombre al que están buscando. No dicen que sea un sospechoso. Se cuidan mucho de decirlo. Pero te aseguro que creen que es él, y que están buscándolo con todos los recursos de que disponen. —Le dio un apretón en el hombro—. Quiero que sepas que se están dejando la piel.

—¿Quién es?

—Francis Eckle. Francis Xavier Eckle. La edad, la altura, el peso y su color de piel y de pelo aparecen en el fax. Quiero que te quedes con esa foto, Fi. Es posible

que haya cambiado de aspecto. Que se haya afeitado la barba o que se haya teñido el pelo. Quiero que te la quedes y que si ves a alguien que se parezca mínimamente a él, no lo dudes ni un instante. Llama.

—No te preocupes, lo haré. —Aunque se le había quedado grabada la cara en la mente—. Has dicho que era profesor.

—Sí. No tiene antecedentes. Tuvo una infancia dura, pero no se metió en líos... al menos de los que haya constancia. Van a hablar con sus familias de acogida y sus asistentes sociales. Ya han empezado con las entrevistas, y también están hablando con sus compañeros de trabajo, sus supervisores y sus vecinos. De momento, no hay nada en sus antecedentes que levante sospechas, pero...

—Se puede adiestrar a la gente. Al igual que a los perros. Las personas pueden aprender buen comportamiento o malo. Todo depende de la motivación y de los métodos.

—Lo atraparán, Fi. —Davey le colocó las manos en los hombros y le dio otro apretón cuando sus miradas se encontraron—. Hazme caso.

Y porque necesitaba creerlo sin lugar a dudas, Fi corrió hacia el taller de Simon.

Lo vio delante del torno, con la música a todo volumen y blandiendo las herramientas mientras vaciaba y pulía la pálida madera que tenía entre las manos.

Un cuenco, se percató, uno de esos preciosos cuencos que hacía con el brillo y la textura de la seda, y con un grosor casi semejante al de una hoja de papel.

Lo observó trabajar la madera, moldearla, y se ordenó tranquilizarse mientras intentaba averiguar cómo lo hacía.

Simon paró el torno.

—Sé que estás ahí, invadiendo mi espacio.

—Lo siento. ¿Por qué no tienes un cuenco de ésos? Te hace falta uno que sea el doble de grande que ése para la encimera de la cocina, para poner la fruta.

Simon se quitó los cascos y las gafas y la miró sin moverse.

—¿Has venido para decirme eso? —Y bajó la vista para ver cómo *Tiburón* soltaba un trozo de madera a sus pies—. ¿Ves lo que has hecho?

—Me los llevaré para jugar un poco antes de que empiece mi siguiente clase. Simon... —Le ofreció el fax.

El lenguaje corporal de Simon cambió por completo. En alerta, pensó ella.

—¿Lo han cogido?

Meneó la cabeza antes de responder:

—Pero lo están buscando y creen, o eso me ha dicho Davey, creen que... Tengo que sentarme un momento.

—Vamos fuera, te vendrá bien un poco de aire.

—No me siento las piernas. —Con una carcajada seca, salió a trompicones y se sentó en el porche del taller.

En cuestión de segundos Simon salió con una botella de agua.

—Déjame verlo. —Le dio la botella y le quitó el fax—. ¿Quién es este hijo de puta?

—Nadie en particular. Un tío que parece normal y corriente, pero que no lo es. ¿Dónde está la cuerda? ¡Traed la cuerda! —Cuatro perros dejaron de empujarlos con los hocicos y salieron corriendo—. Eso los distraerá durante unos minutos. Davey ha venido a contarme lo que el FBI les ha dicho. Se llama Francis Xavier Eckle.

Simon siguió mirando la foto mientras la escuchaba. Cuando los perros regresaron (el ganador fue el astuto *Newman*), él cogió la cuerda.

—Id a jugar —les ordenó a los perros antes de lanzar la cuerda con mucha fuerza—. ¿No investigan a las personas antes de que puedan trabajar en la cárcel?

—Por supuesto. Supongo —añadió ella tras un momento—. El problema es que no tenía antecedentes. Al menos no los han encontrado. Pero mantuvo contacto con Perry y ha cambiado sus hábitos. Por completo. Seguro que a estas alturas saben mucho más. Más de lo que le han contado a la oficina del sheriff o más de lo que Davey podía decirme. Estoy viendo esta foto porque Tawney lo ha autorizado. Porque quiere que yo la vea.

—Daba clases en una universidad pequeña —dijo Simon—. Mirándoles las piernas a unas alumnas que seguramente no le daban ni la hora. Un salto abismal de persona normal a imitador de Perry.

—No tan abismal si la tendencia ya existía, si el impulso siempre estuvo presente pero no sabía cómo desarrollarlo. O no tenía las agallas necesarias para hacerlo. —Ella misma había adiestrado a perros así. Reconociendo o sacando a la luz el potencial escondido, sacándole partido a los impulsos reprimidos o canalizando los ya existentes, alterando de forma sistemática los comportamientos aprendidos con anterioridad—. Tú mismo señalaste lo importante que es la motivación —le recordó—. Y tenías razón. Tal vez Perry encontró la motivación adecuada, el... juego adecuado, la recompensa adecuada.

—Ha adiestrado a su reemplazo.

—Este tío impartió cuatro cursos en la cárcel —añadió—. Y Perry se apuntó a todos. Es un camaleón... Me refiero a Perry, sabe camuflarse. Se ha camuflado en la cárcel, está cumpliendo su condena sin dar problemas. Está cooperando. De modo que vuelve a ser, en cierta forma, normal y corriente.

—¿Para que dejen de prestarle tanta atención? —Simon se encogió de hombros—. Es posible.

—Es un artista de la observación. Así escogía a sus víctimas, y así logró pasar desapercibido tanto tiempo. Posiblemente acosara y descartara a decenas de mujeres antes de elegir a las que secuestró. Las observaba, analizaba su comportamiento y su personalidad.

—Pasaba a la siguiente si ésa no cumplía sus requisitos.

—Sí, y además calculaba los riesgos. A lo mejor una era demasiado pasiva y no suponía un desafío, pero la otra era demasiado caótica y sería difícil atraparla. —Se frotó el pecho con las manos, después hizo lo mismo con los muslos... era incapaz de quedarse quieta—. Sabe qué buscar en las personas. Por eso mató a tantas, por eso viajó y engañó a tanta gente con tanta facilidad. Para mí es fácil de entender. Normalmente soy capaz de ver si un perro captará el adiestramiento avanzado o si un perro y su adiestrador formarán un equipo. O si es mejor que sólo sea la mascota de la familia. Se puede ver el potencial si se sabe dónde y cómo buscar... y se puede moldear. Perry sabe dónde y cómo buscar.

Tal vez Fiona necesitara convencerse, pensó Simon, pero sus argumentos eran muy convincentes.

—¿Así que crees que Perry vio... digamos que cierto potencial en ese tío?

—Es posible. También es posible que fuera Eckle quien se acercó a Perry. A nadie le amarga que le doren la píldora cuando se trata de su trabajo. Y matar era el trabajo de Perry. Pero en el caso de que sucediera alguna de esas dos cosas, en el caso de que establecieran ese contacto, Perry sabría cómo empezar a moldearlo. Y, Simon, creo que (si sucedió así) el pago por dicho adiestramiento, por moldearlo, soy yo. —Miró de nuevo la foto—. Me matará para pagarle a Perry por haber reconocido y haber afinado su potencial.

El perro de Perry, concluyó Simon, que quería complacer a su adiestrador.

—Perry jamás va a cobrar esa deuda.

—Debería haber venido a por mí en primer lugar. Los dos cometieron un error al no hacerlo. Estaba relajada. Me sentía segura, habría sido un blanco fácil en ese

momento. Sin embargo, querían que viviera con miedo. Eso fue una estupidez.

En ese instante Simon vio el cambio en ella, vio cómo convertía el nerviosismo en una rabia contenida y una confianza férrea.

—Ya he vivido con miedo antes, ahora soy mayor, más lista y más fuerte que entonces. Saber que no soy invencible y que pueden suceder cosas terribles es una ventaja. Y te tengo a ti. Los tengo a ellos.

Fiona miró a los perros, que jugaban al tira y afloja con la deshilachada cuerda.

—Eres mayor, más inteligente y más fuerte... ¡bien por ti! Pero como intente ponerte una mano encima, me lo cargo. —Cuando Fiona lo miró con los ojos como platos, le guiñó un ojo—. Lo digo en serio.

—Lo sé, lo sé. Es un comportamiento reconfortante, aunque frustrante de vez en cuando. Y me ayuda mucho oírtelo decir y saber que lo dices en serio. Espero de todo corazón que no tengas que cumplirlo. Ahora ya saben cómo es y cómo se llama. Tengo que creer que no tardarán en atraparlo. —Soltó el aire y apoyó la cabeza en su hombro un instante—. Tengo que prepararme para mi siguiente cliente. Y creo que deberías dejar a *Tiburón* en el taller durante la próxima hora.

—¿Por qué?

—No es tan maduro ni tan tranquilo como mis perros y voy a dar una clase de corrección de comportamiento con un rottweiler con problemas de agresividad.

—¿Un rottweiler con problemas de agresividad? ¿Dónde está tu armadura?

—Ya hemos hecho muchos progresos. Hemos tenido un par de sesiones y va por el buen camino. En circunstancias normales me desplazaría hasta su casa para este tipo de situaciones, pero dado el caso le pedí al cliente que me trajera a *Hulk*.

—*Hulk*. Estupendo. ¿Llevas la pistola encima?

—Ya vale. Me dedico a esto —le recordó—. Entre otras cosas.

—Como te muerda, me voy a cabrear. Espera un momento. —Se levantó y entró en el taller.

Fiona se dijo que si seguían por el mismo camino que llevaban en ese momento, Simon acabaría por cabrearse tarde o temprano. Rara vez la mordían, pero sucedía de vez en cuando.

Simon salió con una caja.

—Las tablillas que querías.

—Ah, genial, gracias.

Terminó la sesión sana y salva, de modo que decidió encerrarse en la cocina durante la hora siguiente. Y dado que tenía bastante tiempo y que se encontraba, más o menos, confinada, pensó en distraerse usando lo que Simon llamaba el gimnasio casero en cuanto terminara con el proyecto de la cocina.

Los perros no eran los únicos que necesitan refrescar su adiestramiento. Complacida con su primer proyecto, vació uno de los cajones de la cocina, lo limpió, lo midió y cortó el forro que le había pedido a Sylvia. Siguiendo el patrón que había diseñado en su cabeza, colocó los separadores de madera... y los consideró perfectos.

Casi había terminado el tercer cajón cuando sonó el teléfono. Distraída con el cajón que estaba ordenando, contestó sin pensar.

—¿Diga?

—Oh, creo que me he equivocado de... quiero hablar con Simon.

Fiona dejó las espátulas, las espumaderas y los cubiertos de servir en sus compartimientos correspondientes.

—No se ha equivocado, pero está trabajando en el taller. Voy a llamarlo.

—No, no, no importa. Seguro que tiene la música a todo volumen y las

máquinas en funcionamiento. Con razón no contestaba al móvil. ¿Con quién hablo?

—Pues... con Fiona. ¿Y usted es...?

—Julie. Julie Doyle. Soy la madre de Simon.

—Señora Doyle. —Hizo una mueca y cerró el cajón—. Sé que Simon querrá hablar con usted. No tardaré ni un minuto en...

—Prefiero hablar contigo... si eres la Fiona de la que Simon me ha hablado.

—Simon le ha... ¿de verdad?

—No suele ser muy comunicativo, pero llevo años sonsacándole información. Eres adiestradora de perros.

—Sí.

—¿Y qué tal le va al cachorrito?

—*Tiburón* es genial. Espero que su experiencia en sacarle información le haya servido para saber que Simon está locamente enamorado de su perro. Forman un equipo estupendo.

—Tienes una Unidad de Búsqueda y Salvamento. Simon le mencionó a su hermano que estás adiestrando a su cachorro en ese campo.

—¿Se lo mencionó a su hermano?

—Bueno, nos escribimos muchísimo por correo electrónico. Pero necesito hablar por teléfono al menos una vez por semana. Es mejor para sonsacar información. Y además estoy intentando que venga a vernos.

—Debería hacerlo. —El sentimiento de culpa le formó un nudo en el estómago —. Sí.

—Y lo hará en cuanto todo vuelva a la normalidad. Sé que estás en un aprieto. ¿Cómo te va?

—Señora Doyle...

—Llámame Julie, por favor. En fin, no creo que te apetezca hablar de eso con una desconocida. Dime, ¿estás viviendo en casa de Simon?

—Sí. Es... es un hombre maravilloso. Generoso, comprensivo, considerado. Paciente.

—Creo que me he equivocado de número después de todo.

Fiona soltó una carcajada y se apoyó en la encimera.

—Habla de ti. Detalles que se le escapan de vez en cuando. También está locamente enamorado de ti.

—El «locamente» suele ser una palabra clave en esta familia.

Le resultó muy fácil charlar con ella. Relajada, Fiona abrió de nuevo el cajón y lo fue organizando mientras Julie Doyle y ella se ponían al día.

Cuando la puerta de la cocina se abrió, miró por encima del hombro.

—Acaba de llegar Simon, así que le paso el teléfono. Me ha encantado hablar contigo.

—Repetiremos pronto.

—Tu madre —susurró mientras le pasaba el teléfono.

—¡Hola! —Simon le echó un vistazo al cajón abierto y meneó la cabeza.

—Llevo un buen rato hablando con la simpática Fiona, así que no tengo mucho que decirte.

—Deberías haberme llamado al móvil. Algunos trabajamos para ganarnos la vida.

—Te he llamado al móvil.

—En fin, estaba trabajando para ganarme la vida. —Abrió el frigorífico y sacó una Coca-Cola—. ¿Va todo bien?

—Todo va estupendamente. Simon, estás viviendo con una mujer.

—No irás a mandar a un cura, ¿verdad?

Su comentario le arrancó una carcajada.

—Nada más lejos de mi intención. Que sepas que estoy encantada con este nuevo paso.

—Sabes muy bien por qué lo hacemos.

—Según ella eres maravilloso, generoso, comprensivo y paciente. —Su madre esperó un segundo—. Sí, yo también me he quedado sin habla. Simon, ¿sabes lo que huelo con mi súper olfato maternal?

—¿El qué?

—Que algunas aristas se están limando.

—Te la estás buscando, Julie Lynne.

—Si me la busco, ya me la encontraré. Eso se nos da bien, ¿verdad?

Simon sonrió mientras bebía un sorbo de Coca-Cola.

—Supongo que sí.

—Me gusta tu tono de voz cuando hablas de ella. Y es lo único que voy a decir al respecto. De momento.

—Bien.

—Ya te pillaré por banda la próxima vez que te vea. Hazme un favor, Simon.

—Depende.

—Ten cuidado. Eres mi segundo hijo y no tengo otro como tú. Cuida de Fiona, pero ten cuidado tú también.

—Lo haré. No te preocupes, mamá. Por favor.

—Menuda tontería pedirle eso a una madre. Te dejo. Tengo cosas más importantes que hacer que hablar contigo.

—Lo mismo digo.

—Siempre fuiste un niño difícil. Te quiero.

—Yo también te quiero. Y a papá. Adiós. —Colgó y bebió más Coca-Cola—. Estabas organizando los cajones de la cocina.

—Sí. Puedes desorganizarlos cuando te dé la gana. Pero hacer cosas me mantiene cuerda. Y me has hecho unos separadores estupendos.

—Ajá.

—Me ha encantado hablar con tu madre. Me gusta tu tono de voz cuando hablas con ella.

Ceñudo, Simon soltó la botella.

—¿Qué está pasando aquí?

—¿El qué?

—Nada. Da igual. Date la vuelta.

—¿Por qué?

—Porque quiero ver si el rottweiler te ha mordido en el trasero.

—No me ha mordido, ni en el trasero ni en ninguna otra parte.

—Ya lo comprobaré después. —Abrió un cajón al azar—. Joder, Fiona, has alineado los cubiertos.

—Lo siento muchísimo.

—Que yo recuerde, ninguno de los dos cocina, así que ¿para qué tener los cajones de la cocina divididos y organizados?

—Para poder encontrar las cosas, las usemos o no. Además, ¿para qué tener todas estas cosas si no cocinas?

—No tendría todas estas cosas si mi madre no... Eso también da igual.

—Puedo desorganizarlo todo si así te sientes mejor.

—Me lo estoy pensando.

Ella esbozó una sonrisilla ladina.

—También voy a organizar los armarios. Considéralo como mi pasatiempo.

—No creas que voy a dejar las cosas donde tú crees que deben ir.

—¿Ves lo bien que nos entendemos?

—Eres astuta, no creas que no me doy cuenta. Me crió una mujer muy astuta.

—Sí, eso me ha parecido.

—Y ése es el problema. Que no eres como ella, pero sí que lo eres.

—Para que veas que te entiendo bien, sé que no estás molesto porque haya organizado los cajones de la cocina sino por la posibilidad de que sea el preludio a organizarte la vida.

—Ajá.

—Y siguiendo el principio de no andarse por las ramas, te aviso de que no puedo prometerte que no vaya a intentarlo, al menos en ciertos aspectos. Me gusta creer que sé cuándo retroceder, cuándo tirar la toalla o cuándo adaptarme, pero eso no quiere decir que no vaya a molestarte con mi obsesivo sentido del orden. Sin embargo —siguió, y levantó un dedo para que no la interrumpiera—, creo que parte de tu creatividad se alimenta del desorden. No lo entiendo, pero lo he captado. Pero eso no quiere decir que tu aparentemente innato desorden no vaya a molestarme de vez en cuando.

Simon sintió que acababa de ponerlo, muy ordenadamente, en su lugar.

—¿Se supone que eso es lógico?

—Lo es. Y te voy a decir algo más. Irritarme de vez en cuando me viene bien para distraerme. Pero se me pasa pronto. Los enfados no me duran mucho en circunstancias normales. Pero en estas... Tengo cosas muchísimo más importantes de las que preocuparme que no tienen nada que ver con que guardes el sacacorchos en el cajón correcto o que dejes los calcetines sucios debajo de la cama.

—No te lo discuto.

—Bien. Voy a hacer un poco de ejercicio. ¿Te importa que use tus máquinas?

—No hace falta que me lo preguntes. —Frustrado, se metió las manos en los bolsillos—. No me preguntes esas cosas.

—Todavía no sé dónde están tus límites, Simon, así que o te pregunto o... —Cerró el cajón que él había dejado abierto—. O me los salto. —Se acercó a él y le cogió la cara entre las manos—. No me importa preguntar y sé aceptar un no por respuesta.

Cuando Fiona se marchó, él se quedó donde estaba, con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido.

Capítulo 25

Simon no sabía si había sido una discusión o no. Nada parecía ser blanco o negro con Fiona, y eso lo sacaba un poco de quicio. Porque le resultaba fascinante y frustrante al mismo tiempo.

Si supiera a ciencia cierta que estaba enfadada y que tenía ganas de pelea, podría ir preparado y lanzarse de cabeza o darle la espalda. No obstante, la incertidumbre lo desequilibraba.

—Eso es lo que pretende, ¿no? —se preguntó mientras salía con los perros—. Estoy reflexionando sobre el tema y pensando en ella, porque no me aclaro. Es un plan retorcido, joder.

Frunció el ceño con la vista clavada en la parte posterior de su casa. Sabía perfectamente cuáles eran las ventanas que Fiona había limpiado. Todavía no las había limpiado todas, pero acabaría haciéndolo. Estaba segurísimo. ¿De dónde sacaba el tiempo? ¿Se levantaba en plena noche con un puñetero bote de limpiacristales preparado?

Y claro, con la luz del sol reflejándose en los cristales limpios, era imposible pasar por alto que los marcos estaban descascarillados. ¿Y de dónde iba a sacar el tiempo para pintar los dichosos marcos de las ventanas... cosa que lo obligaría luego a pintar los de las puertas?

Y una vez que pintara los marcos, sabía perfectamente que tendría que pintar las barandillas de los porches o se verían asquerosas.

—Todo iba bien hasta que limpió las dichosas ventanas. Yo lo habría hecho a mi ritmo. Arriba.

Al escuchar la orden, *Tiburón* subió muy contento la escalera del tobogán y lo bajó en cuanto él le hizo una señal con la mano. Simon le dio una recompensa y después repitió el ejercicio unas cuantas veces antes de trasladarse al balancín.

Los otros perros se dedicaron a subir, bajar, pasar por el túnel y caminar sobre las plataformas por su cuenta, utilizando el parque de adiestramiento como los niños utilizaban un parque infantil.

Bogart ladró, atrayendo su mirada, y observó cómo el labrador atravesaba una plancha de madera tan estrecha como la barra de equilibrio de un gimnasta.

—Éste es un chulo. Tú también puedes hacerlo —le dijo a *Tiburón* al tiempo que le daba unas palmaditas en la cabeza—. Sube y haz lo mismo. ¿O eres un mariquita? —Se acercó a la plataforma con *Tiburón* y le echó un vistazo a la plancha—. No está muy alto. Seguro que eres capaz de subir. —Le dio unas palmaditas a la plancha—. ¡Arriba!

Tiburón hizo ademán de coger impulso pero acabó sentándose en el suelo. Miró a la plancha y a Simon como si le preguntara: «Estás de coña, ¿no?».

—No me dejes en ridículo delante de estos chicos. Yo te ayudo, ¿vale? ¡Arriba!

Tiburón ladeó la cabeza y levantó las orejas en cuanto vio que Simon dejaba una recompensa en la plancha.

—¿La quieres? Sube a por ella. ¡Arriba!

Tiburón saltó, intentó mantener el equilibrio y acabó cayendo por el otro lado.

—Lo ha hecho a propósito —dijo mirando con altivez a los otros perros, tras lo cual se agachó y le dijo a *Tiburón*—: Tú di que ha sido a propósito. Vamos a intentarlo otra vez.

Les costó unos cuantos intentos y una demostración por parte de Simon que agradeció que nadie hubiera visto, pero al final *Tiburón* logró mantenerse en la plancha.

—¡Así me gusta! Ahora tienes que andar. Vamos a andar. —Sacó otra recompensa y la sostuvo en la mano, fuera del alcance del perro mientras *Tiburón* caminaba hasta el otro extremo de la plancha—. ¡Sí, señor! Tenemos un perro de circo. —Encantado hasta un extremo ridículo, se agachó para acariciarle el lomo—. Vamos a repetirlo otra vez. Lo que acabas de hacer merece un ocho y medio. Tenemos que llegar a un diez.

Pasó los siguientes diez minutos repitiendo el ejercicio para que *Tiburón* perfeccionara la técnica y después disfrutó de un combate cuerpo a cuerpo, aunque lo superaban cuatro a uno.

—Ella no es la única que puede adiestrar. Lo hemos hecho bien, ¿verdad? Hemos... ¡Mierda!

Se puso en pie de un brinco nada más caer en la cuenta. Estaba jugando con perros, trabajando con perros. Llevaba galletas para perros en el bolsillo de la misma forma que llevaba calderilla y su navaja suiza. Estaba meditando sobre el color adecuado para pintar los marcos de las ventanas y las barandillas de los porches.

Había ayudado a Fiona a hacer organizadores para los cajones de la cocina.

—Esto es de locos —dijo, y le salió del alma.

Caminó hacia la casa. ¿Límites? ¿Que no sabía dónde estaban sus límites? Pues se iba a enterar en breve.

No pensaba dejarse manipular ni adiestrar para convertirse en algo que no era.

Las cosas eran blancas o negras, punto.

La escuchó respirar de forma acelerada mientras subía las escaleras.

Bien, pensó. A lo mejor la sesión de entrenamiento la había dejado agotada y así no tendría aliento para librarse de la bronca con sus palabritas.

Y en ese momento llegó al vano de la puerta y se quedó paralizado.

No se fijó en lo limpios que estaban el suelo y las ventanas, ni tampoco notó que la camiseta sudada que se había quitado el día anterior después de hacer unas cuantas series de levantamientos no estaba donde la tiró.

¿Cómo iba a reparar en eso? Sólo veía a Fiona.

Estaba haciendo algún tipo de arte marcial y parecía capaz de darle unas cuantas hostias a cualquiera. La lujuria se sumó al interés y a la admiración, y el enfado se esfumó.

Tenía la cara húmeda por el sudor, igual que el top ceñido que llevaba puesto. Esas piernas tan largas quedaban a la vista gracias a unos cortísimos pantalones negros y no paraban de dar patadas, de moverse y de girar mientras los músculos de sus brazos se contraían y se relajaban según el ejercicio.

Llegó a la conclusión de que acabaría babeando en cuestión de minutos cuando la vio guardar el equilibrio apoyada en una sola pierna, ya que con la otra acababa de asestar una patada. Todo ello ejecutado con una rapidez y una elegancia increíbles.

Debió de hacer algún ruido porque Fiona se dio media vuelta y adoptó una postura de ataque... con una mirada distante y feroz. Sin embargo, se relajó con la misma rapidez y soltó una carcajada.

—No te había visto. —Tomó una honda bocanada de aire—. Me has asustado.

A él no le había parecido asustada.

—¿Qué era eso? ¿Taekwondo?

La vio negar con la cabeza mientras bebía agua de la botella que había dejado en el banco de pesas.

—Tai chi, mayormente.

—He visto gente haciendo tai chi. Y parecía una mariconada a cámara lenta.

—Los movimientos se hacen despacio porque el fin es el control, la práctica y la ejecución. —Lo invitó a que se acercara meneando un dedo—. Es orgánico —añadió—, te ayuda a concentrar la energía.

—A mí me sigue pareciendo una mariconada, y eso no era lo que te he visto hacer.

—Hay un motivo por el que la mayoría de los movimientos tiene un nombre muy bonito de origen natural. Como por ejemplo «empujar las olas». —Se lo demostró moviéndose despacio. Levantó los brazos con elegancia y fue moviendo las manos hasta dejar las palmas frente a él, después los bajó y repitió el proceso, como si estuviera empujando algo—. Sin embargo, si utilizo el mismo movimiento con más intensidad para defenderme... —Lo empujó con fuerza, logrando que perdiera el equilibrio, y después lo aferró por la camisa y le dio un fuerte tirón, de forma que lo alejó de ella—. ¿Lo ves?

—No estaba preparado.

Fiona sonrió mientras separaba las piernas y las doblaba por las rodillas. Después lo retó con un gesto de la mano.

—Vale. Has visto *Matrix,* ¿no? —le dijo él, arrancándole una carcajada.

—Eres más fuerte que yo, más corpulento, más alto y tienes los brazos más largos. Puede que seas más rápido, aunque eso todavía está por verse. Si tuviera que defenderme, debería concentrar mi fuerza para usar la tuya. Antes practicaba todos los días, ya sabes, mis obsesiones y eso. Tai chi, yoga, boxeo...

—¿Boxeo? —le preguntó, más interesado si cabía.

—Ajá. —Levantó los puños—. ¿Te apetece un combate?

—A lo mejor luego.

—Practicaba kickboxing, hacía rutinas de cardio, horas y horas de pilates y cualquier otra cosa que se te ocurra. Todas las semanas. Así me sentía ágil y segura. Con iniciativa, supongo. Después me relajé, y ahora estoy un poco oxidada. Dejé de obligarme hasta que... Bueno, ya me entiendes.

—A mí no me pareces muy oxidada.

—Los músculos tienen memoria. Recuerdan los movimientos con facilidad. Además, está la famosísima motivación.

—Enséñame. No, espera. No he venido para esto. Has vuelto a hacerlo.

—¿El qué?

—Distraerme. Un cuerpo sudoroso y muy sexy. No te hace falta el tai chi para desequilibrar a un hombre.

—Vaya. —Hizo un gesto juguetón con los hombros—. Ahora me siento poderosa.

—He venido por eso. —Y señaló.

—¿Por la ventana?

—Por la ventana. ¿Por qué has limpiado la ventana?

—Porque me gusta que los cristales estén limpios. Me gusta mirar por las ventanas y es más agradable cuando no tengo que hacerlo a través de una capa de polvo.

—Eso por un lado.

—¿Y por el otro?

—Por el otro lo has hecho porque sabías que al darme cuenta de que no las has limpiado todas, me sentiría culpable. Y también porque así me daría cuenta de que hay que pintar los marcos.

Fiona cogió la botella de agua y la destapó.

—Demasiada motivación detrás de un simple trapo y un poco de limpiacristales.

—Y luego está esto. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de galletas para perro.

—No, gracias, estoy intentando dejarlo.

—Qué graciosa... Me meto estos chismes en el bolsillo todos los días. Lo hago sin pensar. Y acabo de pasar media hora, o más, ahí fuera, trabajando con los perros.

Fiona bebió otro sorbo de agua muy interesada en lo que le estaba diciendo.

—¿Porque he limpiado la ventana?

—No, pero es lo mismo. Lo mismo que el olor a limón de la casa, o lo mismo que la idea de comprarte flores la próxima vez que vaya al pueblo.

—¡Ay, Simon!

—Cállate. Y lo mismo da que tengamos otras cosas importantes de las que preocuparnos porque lo principal es lo principal. Así que... —Se acercó a la ventana y colocó la palma de una mano sobre el reluciente cristal—. Déjala —le ordenó mientras señalaba con un dedo la huella que había dejado.

—Vale. ¿Por qué?

—No sé por qué. No tengo por qué saberlo, pero cuando quiera quitarla, yo la limpiaré. Tú la dejas donde está.

Ya está, se dijo. Por fin habían dejado las cosas claras.

Fiona se echó a reír a carcajadas hasta que se le saltaron las lágrimas. Acabó doblada por la cintura y con las manos en los muslos.

—A ver, puede que te parezca tonto, pero...

Sin enderezarse siquiera, le hizo un gesto para que se callara.

—No del todo, pero un poco tonto sí. ¡Por Dios! He estado matándome aquí arriba para ponerme en forma y convencerme de que voy a poder enfrentarme a cualquier cosa en vez de esconderme debajo de la cama, y llegas tú y lo consigues en cinco minutos.

—¿De qué estás hablando?

—Haces que me sienta fuerte, autosuficiente e incluso ingeniosa porque tú me ves así. Simon, no hago las cosas para manipularte como si fueras una marioneta. Nada más lejos de mi intención. La verdad es que no me gustaría que las cosas fueran así. Pero al ver que eso es lo que piensas que estoy haciendo, que soy capaz de hacer algo así, me siento más segura de poder enfrentarme a lo que sea. A cualquier cosa. Me siento fuerte, sexy, autosuficiente e ingeniosa. —Flexionó el bíceps izquierdo—. Menudo subidón. Creo que se me ha subido a la cabeza y todo.

—Genial.

—¿Y sabes qué más? Que hayas hecho eso... ese gesto tan tonto para recalcar tu posición. —Señaló hacia la ventana—. ¿No te sientes ridículo haciendo eso, pero te sientes un poco tonto por haber pasado un rato jugando con los perros? Simon, eso me ha desarmado.

—¡Dios!

—Me has desarmado y me has emocionado. Así que aquí me tienes, desarmada, emocionada, fuerte, sexy y autosuficiente al mismo tiempo. Nadie me ha hecho sentir así en la vida. Nadie. Eso —dijo, señalando hacia la ventana al tiempo que soltaba una carcajada que sonaba tan desconcertada como él se sentía—. Justamente por eso, por ridículo e incomprensible que parezca, estoy enamorada de ti. Simon... —Se acercó a él y le echó los brazos al cuello—. ¿A que es muy fuerte? —Le plantó un beso sonoro en los labios—. La huella se queda. De hecho, creo que en cuanto pueda voy a hacerle un corazón alrededor. Mientras tanto puedo enseñarte unos cuantos movimientos básicos si quieres, antes de meterme de cabeza en la ducha y tomarme una copa de vino. A menos que quieras echarme una bronca o algo.

—Se acabó —murmuró él al tiempo que la agarraba del brazo y tiraba de ella para sacarla de la habitación.

—¿El qué se ha acabado? ¿Me estás echando de la casa?

—No me tientes... Te estoy llevando a la cama. A ver si así saco algo positivo de todo esto.

—¡Uf, no puedo con tanto romanticismo! Pero necesito ducharme, así que...

—Me gustas sudada. —Usó la inercia del movimiento para darle un tirón en el brazo y la lanzó directamente al colchón—. Yo sí que te voy a enseñar algunos movimientos.

—Creo que acabas de hacerlo. —Fiona se incorporó y ladeó la cabeza—. A lo mejor no estoy de humor para... —Se quedó sin aliento cuando él le pasó el top sudado por la cabeza y lo arrojó al suelo—, o a lo mejor sí...

—Recógelo luego. —Cubrió sus pechos con las manos y comenzó a acariciarle los pezones con sus encallecidos pulgares—. Has hecho la cama.

—Sí.

—Para lo que te ha servido... —Al notar que se estremecía, Simon la obligó a tenderse en la cama.

—¿Vas a demostrarme lo equivocada que estoy?

—Ya te digo. —Le quitó los pantalones cortos bajándoselos con los pulgares.

Fiona sonrió al tiempo que deslizaba un dedo desde la clavícula hasta el abdomen y viceversa.

—Pues aquí me tienes.

Simon se desnudó bajo su atenta mirada sin apartar los ojos de ella.

—Debería obligarte a ir siempre desnuda —dijo mientras se colocaba a horcajadas sobre Fiona—. Cuando estás desnuda, sé muy bien lo que hacer contigo.

—Me gusta lo que haces conmigo cuando estoy desnuda.

—Pues esto te va a encantar.

Aceptó la invitación de sus labios y los capturó con un beso que se tornó feroz a medida que la pasión lo arrastraba. Usó su cuerpo para inmovilizarla y se percató del enloquecido ritmo de su corazón. Usó las manos para recorrer ese cuerpo a placer, logrando que su piel húmeda y acalorada se estremeciera. Era una mujer fuerte y autosuficiente, hasta la médula de los huesos, pensó. Formaba parte de ese encanto que la hacía irresistible. Pero en ese momento, en ese preciso instante, la quería débil, la quería desvalida. La quería para él, sólo para él.

Usó la lengua y las yemas de los dedos para explorar su cuerpo lentamente, hasta que escuchó sus suspiros de placer y la notó relajarse.

Y sólo entonces usó los dientes, para excitarla todavía más.

Cuando regresó a sus labios, Fiona suspiró otra vez y le tomó la cara entre las manos, ese gesto que siempre lo desarmaba, y después le hundió los dedos en el pelo.

Recorrió la cara interna de un muslo con la yema de un dedo y notó cómo se le aceleraba la respiración contra sus labios. Retiró el dedo y volvió a acariciarla muy despacio hasta pasar por encima del lugar preciso. Un roce sutil.

Cuando la escuchó gemir su nombre y notó que elevaba las caderas, lo apartó.

Fiona era presa de un doloroso deseo. Su cuerpo se estremecía al borde del clímax, pero Simon se lo negaba una y otra vez. Ni siquiera se compadeció cuando volvió a llamarlo por su nombre. Se limitó a usar los dedos con la delicadeza de una pluma, logrando que se retorciera sobre el colchón. En ese momento capturó un pezón con los labios y comenzó a torturarla nuevamente.

El asedio continuó hasta llevarla al borde del éxtasis, y se suavizó, dejándola en ascuas.

—No puedo más. Simon, por favor.

Sin embargo, siguió torturándola hasta que de sus labios sólo salieron jadeos y gemidos, hasta que se aferró con fuerza al cobertor que tan pulcramente había colocado esa mañana.

La penetró de repente, con un certero movimiento que tomó por sorpresa a su excitado cuerpo. El orgasmo fue igual de repentino y pareció extenderse desde sus entrañas hasta la garganta. Fiona se escuchó gritar y notó que su voz disminuía hasta convertirse en un quedo gemido. Su cuerpo se estremeció, se retorció debajo de Simon mientras le clavaba las uñas en la espalda hasta que dejó las manos inertes sobre la cama. Simon se incorporó hasta ponerse de rodillas llevándola consigo, de modo que acabó con la cabeza apoyada sobre uno de sus hombros.

—Rodéame con las piernas.

—Yo...

—Quiero sentirte pegada a mí. —Le mordisqueó el cuello y los hombros—. No puedo pensar en otra cosa. Necesito sentirte así.

Fiona le dio lo que quería y capeó el temporal hasta alcanzar otro clímax, y otro más. Hasta que no pudo más.

Se dejó caer sobre la cama y podría haberse quedado allí tendida, derretida como un helado al sol, hasta el día siguiente. Sin embargo, Simon tiró de ella y se la colocó encima hasta que estuvo tendida sobre su cuerpo con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando los atronadores latidos de su corazón.

Se quedó dormida y cuando despertó, vio cuatro hocicos peludos pegados a la puerta del porche. La respiración de Simon era muy tranquila, notaba cómo su pecho subía y bajaba, pero estaba acariciándole el pelo, jugueteando con sus mechones, pasando los dedos entre ellos. El momento en sí le arrancó una sonrisa.

—Los perros quieren entrar —murmuró.

—Pues que esperen un minuto.

—Yo les abro. —Pero no se movió—. Me muero de hambre. Supongo que una sesión de entrenamiento más otra sesión de entrenamiento acaban por abrir el apetito. —Se acurrucó sobre Simon otra vez. Un minuto más, se dijo. Después se compadecería de la mirada lastimera de los perros y los dejaría entrar, se ducharía y decidirían qué preparar para la cena. Se estaba desperezando con languidez cuando reparó en el despertador de la mesilla de noche—. ¿Cómo? ¿Ese reloj va bien?

—No lo sé. ¿Qué más da?

—Pero... ¿me he quedado dormida? ¡Una hora! Eso es casi una siesta.

—Fi, eso es una siesta.

—Pero yo no duermo la siesta nunca.

—Bienvenida a mi mundo.

—Bueno, ¡madre mía! —Se incorporó con rapidez y se pasó las manos por el pelo. Como lo que tenía más a mano era la camiseta de Simon, la cogió y se la puso.

Justo le tapaba el trasero, se percató él. Una pena.

La vio acercarse a la puerta para abrirla, y el dormitorio se llenó de perros al instante.

—Lo siento, chicos. Id a hablar con Simon, yo tengo que ducharme. —Y corrió al cuarto de baño.

Los cuatro perros se alinearon al lado de la cama, meneando el rabo, mirándolo fijamente y olisqueando con curiosidad.

—Sí, vale. Vale. Nos hemos dado un revolcón. Muy largo. ¿A vosotros qué os importa? El único que tiene pelotas todavía es *Tiburón*, y no creo que las conserve mucho tiempo porque todo el mundo me está dando la tabarra. —Reconoció el brillo

en los ojos de su perro—. Ni se te ocurra saltar a la cama —le advirtió al tiempo que se protegía sus propias pelotas con una mano por si acaso—. ¿Por qué no me traéis una cerveza? Eso sí que sería una habilidad útil.

Como ninguno de los cuatro parecía estar por la labor, se levantó para cogerla él.

Sin embargo, una vez abajo decidió cambiar la cerveza por una copa de vino. Fiona había dicho que le apetecía, recordó. Así que vino para los dos. Sirvió dos copas y bebió un sorbo mientras abría el frigorífico para echarle un vistazo al contenido.

Acabarían muertos de hambre como uno de los dos no se pasara por el supermercado, pensó. Cerró el frigorífico y abrió el congelador, tras decidir que un plato precocinado de «chicas» era mejor que la muerte por inanición.

O casi.

Cogió la copa de vino de Fiona y, seguido por los perros otra vez, volvió a la escalera.

Newman ladró para avisarlo segundos antes de que la mujer llegara al porche delantero.

La desconocida lo miró a través de la puerta mosquitera y sonrió de oreja a oreja.

—Vaya, vaya, hola.

Simon pensó de pasada que podía considerarse afortunada porque se le había ocurrido ponerse los calzoncillos.

—¿Necesita algo?

—Pues sí. Me encantaría hablar unos minutos con usted. Soy Kati Starr, del *U.S. Report.* ¿No es ése el coche de Fiona Bristow? Y esos son sus perros, ¿verdad?

Tenía labia y sabía cómo usar su físico, pensó.

—Vamos a dejar una cosa clara porque sólo voy a decírselo una vez. Dé media vuelta, métase en su coche y márchese. Manténgase bien lejos.

—Señor Doyle, sólo estoy haciendo mi trabajo y trato de hacerlo de forma meticulosa y detallada. Me han informado de un nuevo giro en la investigación. Y como me han dicho que la señorita Bristow vive ahora con usted, esperaba poder contar con su opinión al respecto. Admiro mucho su trabajo —añadió—. Me encantaría hacer un artículo sobre usted algún día. ¿Cuánto hace que la señorita Bristow y usted están juntos?

Simon le cerró la puerta en las narices y echó la llave.

Pensó que le concedería tres minutos para que saliera de su propiedad antes de llamar al sheriff y tener la satisfacción de denunciarla por haber entrado en propiedad privada.

Sin embargo, cuando entró en el dormitorio, vio a Fiona sentada en el borde de la cama con el pelo húmedo y echado hacia atrás.

—La he visto por la ventana, así que no hace falta que te preguntes si me lo dices o no.

—Vale. —Le ofreció la copa de vino.

—Iba a decir que siento mucho que haya venido a darte la lata, pero no es culpa mía.

—Cierto, no lo es. Dice que tiene información sobre el giro que ha dado la investigación. No sé si estaba intentando sonsacarme algo o si en realidad tiene algún informante que le pasa detalles del caso.

Fiona soltó un taco entre dientes.

—Supongo que será mejor que hablemos con el agente Tawney, por si acaso. ¿Qué le has dicho?

—Que se vaya, y como no lo ha hecho, he cerrado la puerta.

—Has demostrado ser más listo que yo.

—En fin, pensé en decirle algo contundente, pero lo de «Vete a freír espárragos» no me pareció muy original. Y no se me ocurrió otra cosa. Que sepas que si te entra el bajón, me cabrearé mucho.

—No va a entrarme el bajón. Me va a entrar la vena soplona y voy a llamar al FBI y a la oficina del sheriff para ponerlos sobre aviso. Y voy a pedir una orden de alejamiento, porque me sale de las narices.

Simon alargó un brazo y le pasó la mano por el pelo.

—Me gusta más ese plan.

—A mí también. ¿Y si echamos a suerte quién hace la cena?

—Meter en el microondas una comidita de niñatas no merece echarlo a suertes.

—Estaba pensando en los filetes que tenemos en el frigorífico, en el cajón de la carne.

—¿Tenemos filetes? —El día iba mejorando por momentos—. ¿Tenemos un cajón para la carne?

Fiona sonrió y se puso en pie.

—Pues sí.

—Vale. El cajón de la carne vendría incorporado con el frigorífico. ¿Cuándo han llegado los filetes? ¿Tenemos una vaca mágica en algún sitio?

—No, tengo un hada madrina en forma de madrastra que me trae la compra. Le pedí a Syl que comprara unos filetes y unas cuantas cosas que me hacían falta. Lo ha traído todo hoy, incluyendo un buen montón de verdura y fruta porque cree que también nos hace falta. Por eso hay verdura y fruta en su cajón correspondiente del frigorífico. Y sí, también tenemos un cajón para la verdura y la fruta.

Simon decidió que no hacía falta decirle que le había echado un vistazo al frigorífico sin ver lo que ella comentaba. Seguro que era otra variante de lo que su madre llamaba: «Síndrome de ceguera masculina al abrir el frigorífico».

—Tú llamas. Yo preparo la parrilla.

—Perfecto. No sé si sabes que vas en calzoncillos.

—Me pondré los pantalones que has doblado y colocado sobre la cama, que ya has hecho, por cierto. Eso sí, si vamos a comer verdura, la preparas tú. Yo me quedo con los filetes.

—Me parece justo. Llamaré desde abajo.

Mientras Fiona bajaba, Simon se puso los pantalones de trabajo que ella había doblado primorosamente.

Antes de seguirla a la cocina, echó un vistazo a su gimnasio casero.

De acuerdo, sí, a lo mejor olía un poco a limón como el resto de la casa. Pero la huella de su mano seguía en la ventana.

Supuso que era una especie de compromiso.

Estaba a punto de bajar las escaleras cuando retrocedió con un taco. Fue al dormitorio y abrió un cajón del que sacó una camiseta limpia.

Filetes, camiseta limpia. Otra especie de trueque.

Capítulo 26

Tawney observó a Perry a través del monitor. Estaba sentado a la mesa, encadenado de pies y manos, con los ojos cerrados, y esbozaba una sonrisilla minúscula... como si estuviera escuchando música.

La expresión de su cara, pálida por la falta de sol y más redonda que hacía siete años, era serena y contemplativa. Tenía arrugas en las comisuras de los labios, y también en los ojos, pero su efecto resaltaba la imagen de hombre normal y corriente, de hombre inofensivo que aprovechaba los cupones de descuento de las tiendas.

El tío indulgente que querría cualquier sobrino, el vecino tranquilo de la puerta de al lado que cuidaba sus rosales y mantenía el césped inmaculado. Un hombre como cualquier otro de los que caminaban por la calle sin despertar interés ni curiosidad.

—Lo usaba de la misma manera que Ted Bundy usaba su físico agradable y su falso cabestrillo —murmuró.

—¿El qué? —preguntó Mantz.

—La máscara de abuelito agradable. Todavía la usa.

—Es posible. Pero va a hablar con nosotros sin sus abogados y eso me escama. —Mantz meneó la cabeza—. ¿Qué está tramando? ¿Qué está pensando? Nadie lo conoce tan bien como tú, Tawney.

—Nadie lo conoce. —Mantuvo los ojos clavados en Perry y pensó: «Sabe que lo estamos observando. Y le encanta»—. Se le da muy bien hacerte creer que lo conoces, decirte las cosas que quieres oír o que esperas oír. Capas y capas que añade para confundirte. Algunas las tiene, otras las va añadiendo según las circunstancias. Ya has leído los informes, Erin. Sabes que lo arrestamos sólo porque tuvo mala suerte y por la valentía de un perro policía.

—Veo que no valoras como debes tu trabajo ni el del equipo de investigación. Habrías acabado arrestándolo.

—Estuvo un año entero dándonos esquinazo. Teníamos su cara, teníamos su nombre. Fiona nos lo dio todo y, sin embargo, pasaron meses y tuvo que matar a un policía para que pudiéramos arrestarlo. —Y eso nunca llegaría a perdonárselo del todo—. Míralo —le dijo—. Un hombre barrigón, entrado en años, encadenado, encarcelado, y ha encontrado el modo de seguir matando. Ha encontrado a Eckle y ha prendido la mecha.

—Necesitas descansar más, no duermes lo suficiente.

—Te apuesto lo que quieras a que ese cabrón duerme como un angelito. Todas las noches, con esa asquerosa sonrisa en la cara. Tiene un plan. Siempre ha tenido un plan, todo lo que hace tiene un propósito. No necesita al abogado para hablar con nosotros porque sólo va a decirnos lo que ya ha decidido decirnos.

—No sabe que vamos tras la pista de Eckle.

—¿Tú crees?

—¿Cómo va a saberlo? Si le decimos lo que queremos decirle, obtendremos una reacción. Eckle ha fastidiado su plan, y eso seguro que lo cabrea.

—En fin, vamos a averiguarlo.

Tawney saludó con la cabeza al guardia apostado en la puerta cuando entró. Perry siguió inmóvil, con los ojos cerrados y la sonrisilla en los labios mientras él

grababa sus nombres, la hora y la fecha en la grabadora.

—¿Renuncias a tu derecho a contar con la presencia de un abogado durante este interrogatorio?

Perry abrió los ojos.

—Hola, agente Tawney. Sí, entre viejos amigos no hacen falta abogados. Agente Mantz, hoy la veo preciosa. Es agradable tener visitas que rompan un poco la monotonía. Últimamente hablamos mucho. Espero sus visitas con ilusión.

—¿Eso es lo que buscas? —le preguntó Tawney con sequedad—. ¿Atención, acabar con la monotonía?

—No niego que sea una ventaja añadida agradable. ¿Cómo va la persecución? Estoy ansioso por conocer las novedades. Los de arriba han restringido mi contacto con el exterior. Comprensible, por supuesto, pero triste.

—Sé muy bien que te llegan las «novedades». En ningún momento hemos dudado de tus habilidades.

Perry unió las manos y se inclinó hacia delante.

—Confieso que antes de que la situación cambiara, disfruté mucho leyendo el artículo de esa joven y brillante periodista. ¿Kati Starr? Sospecho que su nombre es un seudónimo, o un oportuno regalo del destino que casi la tildó de estrella desde su nacimiento. En cualquier caso, su punto de vista, por llamarlo de alguna manera, me resultó muy entretenido. Y me encantó ponerme un poquito al día sobre Fiona. Dígale de mi parte que pienso mucho en ella.

—Estoy seguro de que lo haces. Es difícil olvidar a una mujer cuando te da una buena hostia.

—En la cara, para ser más exactos.

—Lo mismo hará con tu discípulo —terció Mantz—. Si es tan tonto como para acercarse a ella.

—Creo que exageran mi influencia. —Las cadenas de Perry tintinearon al mover una mano para restarle importancia al asunto—. No estoy en situación de enseñarle a nadie, ni siquiera aunque me interesara hacerlo. Que no me interesa. Ya hemos tratado antes el tema, y tal como dije entonces, sólo tienen que echarle un vistazo a mi informe carcelario para comprobar que he aceptado el castigo que me asignaron los tribunales y la sociedad. Obedezco las reglas. Evito los problemas, no los busco. Mi vida en el exterior fue la que fue, de modo que no tengo muchas visitas. La santa de mi hermana, por supuesto. ¿Es posible que crean que ella ha seguido donde yo lo dejé?

Tawney abrió una carpeta y sacó una foto que arrojó a la mesa sin contestarle.

—¿Puedo? —Perry cogió la foto de Eckle y la observó con atención—. Vaya, me suena mucho. Necesito un minuto. Nunca olvido una cara. Sí, ya. Por supuesto. Ha impartido varios cursos aquí. Lengua y Escritura Creativa. Ya saben que los libros me interesan mucho. Por cierto, echo de menos mi trabajo en la biblioteca. Asistí a los cuatro cursos. Espero seguir formándome. La encarcelación no debería imposibilitar la educación. Me pareció un profesor corriente. Carecía de chispa. Pero a caballo regalado, mejor no mirarle el diente, ¿verdad?

—Estoy seguro de que él no opina lo mismo de ti —dijo Mantz.

—Le agradezco el cumplido. ¿Es su forma de insinuar que mi persona lo ha inspirado? Eso sería fascinante, pero no pueden responsabilizarme de los actos de otro.

—No hace falta que le des las gracias —replicó Mantz—. Lo detendremos. Lo meteremos entre rejas como a ti, pero te estamos ofreciendo una oportunidad que a lo mejor te resulta tentadora. Si nos das información que nos ayude a arrestarlo, a lo mejor podríamos aliviar un poco tu monotonía.

Su expresión se endureció levemente.

—¿Cómo? ¿Se encargará de que me sirvan helado todos los domingos y de que disfrute de una hora extra a la semana en el patio? No pueden hacer nada por mí, ni tampoco contra mí, agente Mantz. Pasaré el resto de mi vida en este lugar. Lo he aceptado. A caballo regalado no se le mira el diente, pero en este caso no acepto regalos.

—Ya hablará cuando lo cojamos. Igual que ha hablado el sacerdote al que has engañado —añadió Mantz—. No tardamos mucho en obligarlo a confesar que durante un año te ayudó a mantener correspondencia con el exterior.

—Con mi grupo de oración. —Perry entrelazó los dedos con un gesto devoto—. El reverendo Garley se compadeció de mi necesidad de consuelo espiritual. Y respetó la intimidad de mi alma, cosa que el sistema se niega a hacer.

—Todos los aquí presentes sabemos que careces de alma.

—Eckle te delatará —siguió Mantz— y ya lo has pensado. Cuando lo haga, tu estancia aquí será un poco más... diríamos que restringida, para usar tus propias palabras. Se te acusará de múltiples cargos por conspiración para cometer asesinatos. Los años que se le sumen a tu condena te importarán poco, pero nos encargaremos de que tu vida aquí sea un infierno.

Perry se limitó a seguir sonriendo de ese modo tan sereno y agradable.

—¿No lo es ya?

—Puede empeorar —le prometió Tawney—. Te juro que me encargaré de que empeore. ¿Para qué arriesgarte? ¿Por éste?—añadió, al tiempo que señalaba la foto—. Es un desastre. Impaciente. Descuidado. Tú nos llevaste la delantera durante años. A él le pisamos los talones y sólo lleva meses. No es digno de ti.

—Adulación. —Perry suspiró—. Soy muy susceptible a la adulación. Cómo conoce mis defectos, Don.

—Ató un pañuelo rojo al buzón de Fiona Bristow. —Mantz, que tenía los ojos clavados en los de Perry, atisbo la fugaz irritación en ellos. Un detalle que todavía ignoraba—. Ahora nunca la atrapará, nunca atará ese cabo suelto en tu honor.

—Un detalle... inmaduro por su parte.

—Ya sabes lo que le hizo a Annette Kellworth, la paliza que la dejó medio muerta antes de que la rematara. —Tawney meneó la cabeza asqueado y dejó que Perry interpretara correctamente su reacción porque sabía que en eso estaban de acuerdo—. Carece de tu estilo, George. De tu clase. Está perdiendo el control, está fanfarroneando. Tú nunca caíste tan bajo. Si lo arrestamos sin tu ayuda, pagarás un elevado precio por los errores de Eckle.

—Conoce bien mis defectos —repitió Perry al cabo de un momento—. Y mis virtudes. Soy un observador. Observé bien al señor Eckle. Me interesé por él porque aquí hay pocas cosas que despierten interés. Es posible que dichas observaciones les sean de ayuda. Podría tener mis teorías, mis especulaciones. Incluso podría recordar ciertos comentarios o conversaciones. Podría recordar algo útil, pero quiero algo a cambio.

—¿De qué sabor prefieres el helado?

Perry sonrió a Tawney.

—No, es algo un poco más dulce. Quiero hablar con Fiona. Cara a cara.

—Olvídalo —le soltó Mantz al instante.

—Ah, ni hablar. —Perry mantuvo los ojos clavados en los de Tawney—. ¿Quiere salvar vidas? ¿Quiere salvar la vida de la mujer que está acechando en este preciso instante? ¿O prefiere dejarla morir? ¿Morirán más, y sólo por no concederme una breve conversación? ¿Qué diría Fiona? La decisión es suya, ¿no?

—Deberíamos presionarlo aún más —insistió Mantz—. Darle donde le duele.

Reaccionó cuando dijiste que Eckle no era digno de él. Alimentó su ego.

—Sólo reafirmó la conclusión a la que él había llegado.

—Exacto, pues sigamos apretando esa tuerca. Déjame hacerlo. Lo interrogaré sola. La adulación y el miedo de una mujer a lo mejor lo convencen.

—Erin, apenas se dirige a ti. —Como era su turno para conducir, Tawney se sentó tras el volante—. En lo que a él respecta, ni siquiera formas parte de esto. No participaste en la investigación que culminó con su arresto, y este asunto va de todo aquello. Todo gira en torno a él. Eckle sólo es su instrumento, una canalización.

Mantz metió el cinturón de seguridad en el anclaje con todas sus fuerzas.

—No me gusta que tengamos que ceder a su chantaje.

—A mí tampoco.

—¿Fiona lo hará?

—Sí, aunque en parte me entristece estar tan seguro, sé que lo hará.

Mientras el FBI volaba hacia el este, Eckle esperaba en una cola a escasa distancia de su presa. Esa noche la mujer había trabajado hasta tarde. Una hora o así más de la cuenta, pero era agradable saber que se tomaba en serio su trabajo. Era agradable comprobar que, como siempre, se detenía en Starbucks para comprar su café de todas las noches.

Un largo de espresso con un chorrito de leche desnatada.

Esa noche tocaba clase de yoga y si se daba prisa, llegaría al exclusivo gimnasio en el que se ejercitaba a tiempo para usar la cinta andadora durante veinte minutos.

Gracias a la suscripción de prueba de un mes de duración, se había percatado de que no solía hacer más de veinte minutos, y a veces ni siquiera llegaba.

Nunca se acercaba a las mancuernas, ni miraba las demás máquinas. Lo que le gustaba era presumir de conjuntito ajustado.

Lo mismo que las putas que ejercían en una esquina.

Después del gimnasio recorría andando las tres manzanas de vuelta al trabajo, sacaba el coche del aparcamiento y conducía los ochocientos metros que la separaban de su casa.

En ese momento no se follaba a nadie.

Estaba centrada en su carrera. En sí misma. Nada ni nadie era tan importante como ella.

Era una zorra egoísta. Una puta callejera.

Sintió que la rabia se apoderaba de él. Era estupenda. Maravillosa. Ardiente y amarga.

Se imaginó golpeándola con los puños en la cara, en la barriga y en los pechos. Podía sentir el crujido de su pómulo al romperse, oler su sangre cuando le partiera el labio, ver la impresión y el dolor en sus ojos mientras se hinchaban y se cerraban.

—Le daré una lección —musitó—. Le daré una lección, sí, señor.

—Oye, tío, muévete.

Apretó los puños, que comenzaron a temblarle mientras se volvía para mirar al hombre que esperaba tras él en la cola. La rabia se acentuó y su orgullo se hinchó al ver que el tipo daba un instintivo paso hacia atrás.

Estás llamando la atención, se recordó. Todos te están mirando.

«Tienes que fundirte con el entorno, Frank. Sabes cómo hacerlo. Mientras no te vean, podrás hacer lo que quieras. Cualquier cosa.»

Escuchó la voz de Perry como si le estuviera hablando al oído. Se obligó a volverse y a bajar la mirada. Estaba harto de fundirse con el entorno. Estaba harto

de que no lo vieran. Pero... pero...

No podía pensar con tanto ruido. La gente hablaba de él. A sus espaldas. Como siempre. Ya lo pagarían. Todos.

Todavía no. Todavía no. Necesitaba tranquilizarse. Recordar los preparativos. Concentrarse en el objetivo.

Cuando levantó la vista, vio que su presa caminaba hacia la puerta con el vaso de café en la mano. Notó que le ardía la cara por la vergüenza. Había estado a punto de dejarla escapar, había estado a punto de perderla.

Abandonó la cola con la cabeza gacha. No podría ser esa noche. Disciplina, control, concentración. Necesitaba tranquilizarse, necesitaba relajarse, necesitaba contener toda la emoción hasta que llegara el momento oportuno.

Su presa sólo tendría otra noche más de libertad, un día más de vida. Y él disfrutaría del placer de saber que había caído en su trampa sin darse cuenta.

Fiona sopesó la idea de un muñeco de vudú. Seguro que podía encargarle uno que se pareciera a Kati Starr a alguno de los artistas de Sylvia. Y luego podía convertirlo en un alfiletero o estamparle la cabeza contra la mesa. A lo mejor parecía infantil, pero tenía la sospecha de que le resultaría muy terapéutico.

Simon no parecía estar preocupado por el último artículo firmado por la periodista. Posiblemente tuviera razón. Posiblemente. Pero la idea de que afirmara tener fuentes según las cuales el FBI estaba buscando una «persona sospechosa» en la investigación del Asesino del Pañuelo Rojo II no le gustaba ni un pelo.

No se accedía así como así a ese tipo de datos.

Alguien estaba filtrando información, y era una fuente tan fiable que la periodista la había publicado e incluso había regresado a Orcas.

Tan fiable que había vuelto a colocar su nombre en primera plana. Y esa vez unido al de Simon. El guapísimo artista que cambió el encanto urbano de Seattle por la tranquilidad de la isla de Orcas.

Incluso habían publicado una nota sobre él explicando su trabajo con la madera, su inclinación a hacer obras prácticas con un toque creativo, su búsqueda de la armonía.

Blablablá.

Le encantaría decirle cuatro cosas a Kati Starr, cosa que precisamente era lo que la periodista buscaba.

La publicidad continuada la ponía en un brete con sus clientes. No podía contestar sus preguntas, ni siquiera se le ocurriría hacerlo, y ellos no podían evitar preguntarle cosas.

Y por culpa de esas preguntas y de los locos que habían hecho aparición en su blog, había tenido que cerrar la sección de comentarios y editar todo lo que ya había publicado.

Desesperada por encontrar algo que la distrajera del asunto, se había concentrado en un nuevo proyecto. Y había ido en busca de Simon al taller. Lo que estuviera haciendo implicaba el uso del torno y de un pequeño cincel… y parecía requerir precisión y mucha concentración.

Se mantuvo alejada y con la boca cerrada hasta que lo vio alejarse del torno.

—¿Qué?

—¿Puedes hacer esto?

Simon se quitó las gafas protectoras y miró la foto.

—Es una jardinera para la ventana —dijo.

—Sé lo que es.

—En realidad, es la jardinera de la ventana de Meg. Le he pedido que le hiciera

una foto y que me la enviara por correo electrónico. Simon, necesito hacer algo.

—A mí me parece que quien va a hacerlo soy yo.

—Sí, al principio. Pero luego seré yo quien plante las flores. Si pudieras hacer cuatro... —Se percató del deje acaramelado de su voz y le molestó tanto que cambió el tono de inmediato—. Sé que a lo mejor no quieres jardineras en las ventanas, pero sabes muy bien que quedarán estupendas y que animarán mucho la fachada delantera. Incluso podrías decorarlas en Navidad con... o no —se corrigió al ver que él la estaba mirando en silencio—. Vale, entonces no digo nada sobre mi idea de sembrar unos cuantos macizos de flores en la fachada sur de la casa. Lo siento. Lo siento. Sólo hay que mirar por aquí para ver que ya estás bastante ocupado como para que venga yo con mis tonterías para mantenerme ocupada. ¿Qué es eso? —preguntó, señalando hacia la lona que cubría el armario botellero.

—Algo que a ti no te importa.

—Vale. Iré a limpiar algo y que sepas que tú tienes la culpa.

—Fiona... —Simon la vio detenerse al llegar a la puerta—. Vamos a dar un paseo.

—No, no pasa nada. Tú estás ocupado con tu trabajo y yo no, ése es el problema. Así que voy a ver si encuentro algo con lo que entretenerme.

—Pues me iré yo sólo mientras tú te vas a la casa a seguir enfurruñada.

Fiona soltó un largo suspiro antes de atravesar el taller para abrazarlo.

—Estaba pensando enfurruñarme un rato, sí, pero puedo posponerlo. —Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo—. Estoy nerviosa, eso es lo que me pasa. Estoy acostumbrada a salir y a entrar cuando me da la gana. A salir con los perros o a coger el coche para ir al pueblo. A ir casa de Sylvia o a la de Mai. Cuando prometí que no iría sola a ningún sitio, no me di cuenta de que acabaría por volverme loca. Por eso te estoy dando la tabarra, y te aseguro que esta actitud me molesta más a mí que a ti.

—Lo dudo mucho —replicó él, arrancándole una carcajada.

—Sigue trabajando. Voy a hacerles unas cuantas fotos a los chicos y a actualizar la web.

—Luego saldremos. A cenar o algún sitio.

—Me noto más cuerda por momentos. Nos veremos cuando acabes. —Volvió a la puerta y la abrió. Pero se detuvo—. Simon...

—¿Qué?

—Acaban de llegar los agentes Tawney y Mantz.

Intentó pensar en positivo mientras se acercaba a los recién llegados. Tawney saludó a los perros y *Tiburón* no tardó en ofrecerle la cuerda para jugar, mientras Mantz retrocedía unos pasos para ponerse a salvo.

—Fiona, Simon —los saludó Tawney mientras jugaba con *Tiburón* tirando de la cuerda, a pesar de ir trajeado—. Esperamos no molestar.

—No. De hecho me estaba quejando de que hoy tengo demasiado tiempo libre.

—¿Agobiada?

—Un poco. Mentira. Muchísimo.

—Recuerdo lo que pasaste la otra vez. Fi, estamos progresando. Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para cerrar este caso y que recuperes tu vida normal.

—Parece cansado.

—Bueno, ha sido un día muy largo. —Miró a Simon—. ¿Podemos entrar?

—Claro. —Simon echó a andar hacia la casa—. Supongo que han visto el último artículo del *U.S. Report* —dijo—. Fiona está muy molesta. Era lo que le faltaba, vamos. Alguien está filtrando información.

—Estamos en ello, se lo aseguro.

—La situación nos gusta tanto como a ustedes —les aseguró Mantz mientras pasaban al interior de la casa—. Si Eckle descubre que vamos tras él, puede esconderse.

—Eso responde la pregunta fundamental. Todavía no lo han encontrado. ¿Les apetece algo? —preguntó Fiona—. ¿Café, algo frío?

—No, vamos a sentarnos y te pondremos al día en la medida de lo posible. —Tawney se sentó y se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas sobre las rodillas—. Sabemos que estuvo en Portland el 15 de enero porque ese día vendió su coche a un establecimiento de compra-venta de vehículos usados. No hemos encontrado ningún otro vehículo registrado a su nombre, pero estamos investigando todas las compras que se produjeron en Portland y en los alrededores durante esa fecha.

—Puede habérselo comprado a un particular. Y no haberse molestado en cambiar la documentación. —Simon se encogió de hombros—. O puede haber conseguido documentación falsa. Joder, puede haber cogido un autobús a cualquier sitio y comprarle un coche a un particular que se haya anunciado en la prensa.

—Tiene razón, pero es el tipo de detalle que comprobamos y estamos en ello. Eckle necesita un medio de transporte. Necesita alojamiento. Necesita comprar gasolina y comida. Estamos buscando hasta debajo de las piedras y usando todos los recursos de los que disponemos. Incluyendo a Perry.

—Hemos hablado con él esta mañana —apostilló Mantz—. Sabemos que estaban en contacto gracias a una tercera persona que les servía de correo encubierto.

—¿Quién? —exigió saber Simon.

—El sacerdote que se tragó todas las gilipolleces de Perry. Lo ayudó sacando las cartas de la cárcel para enviarlas a distintos destinatarios y a diferentes direcciones —contestó Tawney—. Perry le aseguró que eran miembros de un grupo de oración al que pertenecía su hermana, y el sacerdote se lo tragó. También le llevaba las respuestas, siempre enviadas a su nombre pero con distintos remitentes.

—Menos mal que es una cárcel de máxima seguridad... —murmuró Simon,

—Perry consiguió mandar una carta unos días después de que se encontrara el cuerpo de Kellworth, pero ya han pasado más de tres semanas y no ha obtenido respuesta.

—¿Eckle se está distanciando? —Fiona miró a uno y otro agente—. ¿Esto es lo que creen?

—Eso es lo que parece. Eckle se ha salido del guión por completo —añadió Tawney—. Y Perry no está muy contento que digamos. Y tampoco lo está con el hecho de que lo hayamos identificado y vayamos tras él.

—¿Se lo han dicho? —terció Simon—. ¿Para que pueda confirmar por carta las puñeteras noticias del periódico con su amiguito?

—A menos que se comuniquen telepáticamente, no podrá acceder a Perry —le aseguró Mantz—. Hemos bloqueado todos sus contactos con el exterior. Está en régimen de aislamiento absoluto y se mantendrá así hasta que arrestemos a Eckle. El discípulo no está cumpliendo con sus expectativas y Perry está sufriendo el revés de perder ciertos privilegios que había obtenido mediante su buena conducta.

—¿Creen que va a decirles cómo encontrar a Eckle si es que lo sabe? —preguntó Fiona—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Quiere cortar el lazo, Fi. Está muy disgustado con los errores de su protegido y con el hecho de que haya decidido ir por libre. Perry sabe, porque se lo hemos dejado bien claro, que Eckle ya no podrá acercarse a ti por culpa de esos errores. —Tawney esperó un segundo—. Sigues siendo su único fallo y el motivo por el que está encerrado. Todavía piensa en ti.

—Esas no son muy buenas noticias que digamos.

—No tenemos mucho con lo que negociar. Perry sabe que su condena es de por vida. Que nunca saldrá. Al final el orgullo lo obligará a contarnos lo que necesitamos, porque sabe que de todas formas cogeremos a Eckle, con o sin su ayuda.

—Al final.

—Nos ha ofrecido información. Camuflándolo de observaciones, especulaciones y teorías, pero está dispuesto a delatar a Eckle si le ofrecemos el incentivo adecuado.

—¿Qué quiere? —Sin embargo, Fiona lo sabía. Su instinto se lo decía.

—Quiere hablar contigo. Cara a cara. Cualquier cosa que diga ya la he pensado yo —añadió Tawney al ver que Simon se ponía de pie de repente—. Yo mismo me lo he dicho todo.

—¿Sería capaz de hacerla pasar por eso, de pedirle que se siente con el hombre que intentó matarla a cambio de unas migajas de información?

—Depende de ella. Depende de ti —le dijo Tawney a Fiona—. No me gusta. No me gusta tener que pedirte que tomes esta decisión. No me gusta darle el gusto a ese tío.

—Pues no lo haga —mascculló Simon.

—Hay muchas razones para no hacerlo. Puede mentir. Puede salirse con la suya y después decir que no sabe nada, o darnos información que nos guíe en la dirección contraria. Pero no creo que lo haga.

—Detener a ese cabrón es su trabajo. No el de Fiona.

Mantz le lanzó una mirada agria.

—Señor Doyle, estamos haciendo nuestro trabajo.

—Desde mi punto de vista, le están pidiendo a Fiona que lo haga.

—Ella es la clave. Ella es lo que Perry quiere, lo que Perry desea desde hace ocho años. La razón por la que ha reclutado a Eckle. Y será la razón por la que lo traicione.

—Estoy aquí, por si se le ha olvidado a alguien —murmuró Fiona—. Si digo que no, Perry se negará a colaborar.

—Fiona...

—Espera un momento. —Levantó el brazo para coger a Simon de la mano y notó la ira en su piel con la misma claridad que la había notado en su voz—. Espera. No dirá nada. Se mantendrá en silencio durante semanas, quizá meses. Es capaz de hacerlo. Esperará hasta que haya otra víctima. Una más por lo menos, para que me sienta culpable por no haber sido capaz de enfrentarme a él.

—Eso es una gilipollez.

—Pero me sentiría culpable de verdad. —Le dio un buen apretón en la mano—. Usó a Greg para hacerme daño y es muy capaz de hacer esto. Le encantaría hacerlo. Y en el fondo espera que me niegue. Posiblemente desee que me niegue hasta que otra mujer muera. Le encantaría que las cosas pasaran así. Eso es lo que piensa usted también.

—Sí —convino Tawney—. Es capaz de esperar porque la espera le concederá tiempo para pensar. Nos considera inferiores. Lo arrestamos por casualidad y lo sabe, así que ha calculado que Eckle tendrá tiempo para matar a una o dos mujeres más.

—La casualidad fue el error que cometió al matar a Greg. No se habría sentido obligado a matarlo si yo no me hubiera escapado. Así que yo soy el comienzo de todo. Encárguese de organizar la entrevista. Quiero hacerlo lo antes posible.

—¡Fiona, joder!

—Necesitamos un momento para hablar.

—Estaremos en el porche —replicó Tawney.

—Necesito hacerlo —le dijo a Simon en cuanto estuvieron solos.

—¡Y una mierda!

—No sabes cómo me sentí después de que asesinara a Greg. Ni siquiera reconocerías a la mujer en la que me convertí durante aquellos meses. Su muerte me dejó destrozada. ¿Mis bajones de ahora? No son nada. No son nada comparados con la culpa, la pena, la depresión y la desesperación de entonces. —Lo cogió de las dos manos con la esperanza de que su necesidad se impusiera a la ira—. Me ayudaron a superar esa fase. Los psiquiatras, sí, pero en realidad fueron los amigos y la familia los que me sacaron del pozo. Y el agente Tawney. Podía llamarlo, de noche o de día, para hablar con él cuando no podía hacerlo con mi madre, con mi padre, con Syl ni con nadie. Porque él sabía lo que estaba pasando. No me lo pediría si no estuviera convencido de que es necesario. Eso por un lado. —Respiró hondo para calmarse—. Por otro, si no lo hago, si no lo intento y otra persona muere, creo que me quedaré muy tocada. Porque Perry habrá ganado al final. No ganó cuando me secuestró. No ganó cuando mató a Greg. Pero... ¡Simon, por Dios! La resistencia de una persona tiene un límite. Y por último, quiero mirarlo a los ojos. Quiero verlo en la cárcel y saber que está ahí porque yo lo encerré. Quiere utilizarme. Quiere manipularme. —Meneó la cabeza con un gesto tan feroz como la expresión furiosa que apareció en su cara—. ¡Que le den! Seré yo quien lo utilice a él. Ojalá les diga algo que los ayude a encontrar a Eckle. Ojalá. Pero aunque no lo haga, seré yo quien lo haya utilizado, y habré hecho lo que necesitaba hacer para poder seguir adelante, pase lo que pase. Yo seré la ganadora. Al final volveré a darle una buena hostia a ese hijo de puta, como la otra vez. Y cuando todo acabe, lo sabrá.

Simon se zafó de sus manos y se acercó a la ventana para clavar la vista en el exterior. Después volvió y la miró a los ojos.

—Te quiero.

Totalmente descolocada, Fiona se dejó caer en el brazo del sofá.

—Madre mía.

—Ahora mismo estoy muy cabreado contigo. Me parece que es la primera vez que me enfado tanto con alguien. Y te juro que tengo mucha experiencia en el tema.

—Vale. Estoy intentando asimilarlo, pero todo me da vueltas y no puedo concentrarme. ¿Estás cabreado porque me quieres?

—En parte, pero también por otras cosas. Estoy cabreado porque vas a hacer esto, porque siendo como eres, tienes que hacerlo. Estoy cabreado porque a menos que te ate a la cama, no podré impedírtelo.

—Te equivocas. Podrías impedírmelo. Eres la única persona que podría hacerlo.

—No me des pie —le advirtió Simon—. Estoy muy cabreado. Pero creo que eres la mujer más asombrosa que he conocido en la vida, y mi madre ha puesto el listón muy alto. Como te pongas a llorar —dijo al ver que se le llenaban los ojos de lágrimas—, te juro por Dios que...

—Estoy teniendo un día horroroso. Dame un respiro. —Se puso de pie—. Tú no dices las cosas si no las piensas de verdad.

—Desde luego. ¿Y?

—La sutileza, la diplomacia y... en fin, mejor dejar el tema. Simon... —Como necesitaba tocarlo, le pasó las manos por el torso—. Simon... Lo que acabas de decirme, todo lo que me has dicho, es justo lo que necesitaba oír para sentirme mejor, para recuperar las fuerzas, para reunir el valor de hacer lo que tengo que hacer.

—Genial —replicó él con cierta amargura—. Me alegro de haberte ayudado.

—¿Me lo dices otra vez?

—¿Qué parte?

—No seas idiota —contestó Fiona al tiempo que le daba unos golpecitos en el pecho con un puño.

—Te quiero.

—Me alegro, porque yo también te quiero. Así que estamos empatados, volvemos al equilibrio. Simon. —Le tomó la cara entre las manos y lo besó con dulzura y a la vez con intensidad—. Intenta no preocuparte. Tratará de confundirme. Es lo único que puede hacer. Pero no podrá porque voy armada con algo que él nunca conocerá, algo que nunca entenderá. Cuando haga lo que tengo que hacer y lo deje atrás, sé que volveré aquí. Sé que estarás aquí y que me quieres.

—¿Crees que me voy a tragar eso?

—No hace falta. Porque lo tengo clarísimo y porque es verdad. Vamos fuera para acabar con este asunto. Quiero hacerlo cuanto antes para poder seguir con la parte buena. —Salieron al porche y una vez fuera preguntó—: ¿Cuándo podré ir?

Tawney la miró un instante a la cara en silencio.

—Nos han dado vía libre para mañana por la mañana. La agente Mantz y yo nos alojaremos esta noche aquí en algún hotel y mañana volaremos a Seattle en el avión de las nueve y cuarto. Te acompañaremos en todo momento, Fi. A la ida y a la vuelta. Estaremos contigo durante el encuentro con Perry. Estaremos devuelta por la tarde —le dijo a Simon.

Ir, volver y punto, se dijo Fiona.

—Buscaré a alguien que imparta las clases de mañana. No hace falta que busquen un hotel. Pueden quedarse en mi casa. Está ahí, vacía —añadió antes de que Tawney pudiera negarse—. Y así se ahorrarán un poco de tiempo.

—Gracias.

—Voy a por las llaves.

Simon esperó hasta que Fiona estuvo dentro.

—Si vuelve tocada por culpa de ese tío, me las pagará.

Tawney asintió con la cabeza.

—Lo tendré presente.

Capítulo 27

Normalmente y aunque no tenía muchas oportunidades de viajar, a Fiona le gustaba volar. Le gustaba el ritual, ver a la gente, las sensaciones, la emoción de dejar un lugar y surcar el aire hacia otro.

Sin embargo, en esa ocasión el vuelo sólo era un trámite necesario, el modo de conseguir el objetivo, algo que tenía que dejar atrás.

Había meditado a fondo su atuendo, pero no acababa de entender por qué era tan importante su aspecto, su presentación.

Pensó en ponerse un traje, pero lo descartó por ser demasiado formal, demasiado estudiado. Pensó en ponerse unos vaqueros, ya que era lo que solía llevar y estaría más cómoda, pero decidió que era una ofrenda demasiado informal. Al final se decantó por unos pantalones negros, una camisa blanca y una chaqueta de un llamativo color azul.

Sencilla, seria y profesional.

Y en eso radicaba la importancia, comprendió cuando estaba sentada en el avión, entre Tawney y Mantz. Su atuendo, su aspecto físico, impondría el tono.

Perry creía que estaba al mando, se dijo. Aunque en ese momento estaba encerrado en una cárcel de máxima seguridad, intentaría hacerse con la posición de líder de la manada.

Tenía algo que ellos querían, algo que necesitaban, y eso le confería poder... un poder que ella pensaba reclamar. La ropa la ayudaría a recordar, como también le recordaría a Perry, que cuando terminara esa entrevista, sería ella quien se marcharía de ese lugar, quien regresaría a su casa, a la libertad.

Mientras que Perry regresaría a una celda.

No tenía nada con lo que negociar para cambiar ese hecho. Y esa realidad, se recordó, era lo que le otorgaba poder a ella. Lo que la hacía estar al mando.

—Quiero repasar parte del procedimiento contigo. —Tawney se volvió hacia ella—. Tendrás que pasar varios controles de seguridad y habrá que encargarse del papeleo.

Su forma de mirarla puso de manifiesto que el agente se estaba preguntando si se echaría atrás.

—Como siempre.

—Te acompañaremos a una sala de interrogatorios, es preferible a la sala de visitas común. Perry ya estará allí. Estará inmovilizado por los grilletes, Fi. No te quedarás a solas con él ni una décima de segundo. No podrá tocarte.

—No le tengo miedo. —Al menos eso era verdad—. Verlo no me da miedo. Me da miedo que no sirva de nada. Me da miedo que consiga lo que quiere, que se corra de gusto al verme y que no les diga lo que necesitan. Detesto darle la satisfacción de estar en la misma habitación que yo, de poder mirarme. Pero al mismo tiempo me satisface hacer lo mismo. Porque sé que yo volveré a casa... y él no.

—Bien. Que no se te olvide. Tenlo siempre presente. Y ten también presente que cuando quieras irte, sea cuando sea, le pondremos fin. Tú estás al mando, Fi. Totalmente al mando. —Tawney le dio unas palmaditas en la mano mientras atravesaban una zona de turbulencias—. Ha rehusado que su abogado esté presente, ha insistido en ello. Se cree al mando, se ve con el control.

—Sí, eso mismo estaba pensando yo. Que crea lo que quiera. Que me mire todo lo que le apetezca. —Su voz adquirió un matiz acerado y desafiante. Las turbulencias, pensó, estaban en el exterior—. No va a encontrarse con una persona acobardada ni servil. Esta tarde jugaré con mis perros. Esta noche comeré pizza y beberé vino, y dormiré con el hombre a quien quiero. Él volverá a su celda. Me importa una mierda lo que crea, siempre y cuando les diga lo que necesitan saber.

—No le proporcione nada que pueda usar en su contra —le aconsejó Mantz—. Nada de nombres, ni de hábitos ni de lugares. Y siempre que pueda, sea ecuánime. Intentará hacerla saltar, ya sea asustándola o enfadándola... lo que sea para provocar una reacción. Estaremos todo el tiempo en la sala con usted, y también habrá un guardia. Toda la sesión será grabada.

Fiona dejó que su confianza y esas instrucciones la calmaran. Nadie, ni siquiera Tawney, podía saber cómo se sentía. Nadie, se repitió, podía saber que en lo más hondo de sí misma, en un rincón oscuro y remoto, se alegraba de volver a verlo, de verlo inmovilizado como ella estuvo en aquella ocasión. Iba a verlo por ella misma, por Greg y por todas y cada una de las mujeres a quienes les había arrebatado la vida.

Perry ignoraba que le había proporcionado un motivo de celebración a esa parte de sí misma tan oscura y escondida.

¿Cómo lo iba a saber Perry si ella acababa de comprenderlo en ese preciso instante?

Se lo tomó como un viaje. El temprano trayecto en ferry, el avión y el trayecto en coche. Cada tramo le proporcionaba el consuelo de saberse más lejos de casa. De saber que Perry jamás conocería ni vería lo que ella conocía y veía todos los días.

La zona sudeste de Washington no sólo estaba a bastante distancia, sino que parecía otro mundo. Esos campos y esas colinas no se parecían a los de su isla, con sus pueblos llenos de turistas y sus caras conocidas, con sus sonidos y con el mar. Ésos no eran sus arroyos ni sus bosques ni sus parques naturales.

La sólida estructura de ladrillo gris y hormigón de la penitenciaría le pareció formidable e intimidante. El bloque cuadrado, bajo y sobrio del Módulo de Supervisión Intensiva donde estaba Perry le añadía un toque de austeridad y frialdad. Y esa oscura parte de sí misma deseó que su vida hubiera sido, y siguiera siendo, igual de austera, igual de fría.

Cada barra de hierro, cada lámina de acero, contribuía a su tranquilidad y avivaba su celebración interna. Perry creía que le había causado dolor y pena al organizar esa reunión, pensó, pero en realidad le había hecho un tremendo favor.

Cada vez que pensara en él a partir de ese momento, pensaría en los muros, en los barrotes, en los guardias y en las armas.

Pasó los controles de seguridad, el registro y el papeleo, y pensó que Perry nunca sabría que al obligarla a abrir esa puerta la estaba ayudando a cerrarla de una vez por todas. A cerrar incluso ese resquicio que nunca pudo bloquear.

Cuando entró en la sala donde la esperaba, estaba preparada.

Se alegró de haberse puesto la chaqueta de ese color atrevido, de haberse recogido el pelo en una complicada trenza y de haberse maquillado con especial cuidado. Porque sabía que Perry la estaba observando con atención cuando entró, sabía que se estaba fijando en esos detalles.

Habían pasado ocho años desde que la metió en el maletero de su coche. Siete años desde que se sentó en el banquillo de los testigos, mirándolo a la cara. Los dos sabían que la mujer que lo miraba a la cara en ese mismo momento no era la misma de entonces.

—Fiona, ha pasado mucho tiempo. Has florecido. Es evidente que tu nueva

vida te sienta bien.

—No puedo decir lo mismo de ti.

Perry le sonrió.

—He conseguido llevar una rutina tolerable. Confieso que hasta que te he visto entrar no estaba seguro de que aparecieras. ¿Qué tal el viaje?

Quiere llevar las riendas, estar al mando, concluyó ella. Necesita un pequeño correctivo.

—¿Me has hecho venir para hablar de tonterías?

—Rara vez tengo visitas. Mi hermana... seguro que la recuerdas del juicio. Y por supuesto, en los últimos días, nuestro agente especial preferido y su atractiva compañera. La conversación es un lujo.

—Si crees que he venido para darte el gusto, te equivocas. Pero... el viaje ha sido tranquilo. Hace un precioso día primaveral. Estoy deseando disfrutarlo cuando me vaya de aquí. Disfrutaré especialmente con la certeza de que cuando me vaya, tú volverás a... ¿Cómo lo llaman? Ah, sí, a una celda de aislamiento.

—Veo que has desarrollado mal talante. Qué pena. —La miró con expresión tristona, como un adulto que reprendiera a una niña—. Eras una joven tan dulce y sencilla...

—No me conocías entonces. Y no me conoces ahora.

—¿Ah, no? Tu retiro a esa isla... Por cierto, mi pésame por la muerte de tu padre. A veces pienso que la gente que decide vivir en islas cree que el mar que la rodea es una especie de foso. Una barrera contra el mundo exterior. Allí es donde vives con tus perros y das clases de adiestramiento. El adiestramiento es una profesión interesante, ¿no te parece? Es como moldear a otros a tu imagen y semejanza.

—Ésa es tu opinión. —Síguele la corriente, se dijo. Engatúsalo—. Yo lo veo como una forma de ayudar a otros a alcanzar todo su potencial, al menos en mi ámbito de interés y especialización.

—Alcanzar su potencial, sí. En eso estamos de acuerdo.

—¿Eso es lo que viste en Francis Eckle? ¿Su potencial?

—Vamos, vamos. —Se acomodó en la silla y rió por lo bajo—. Qué cambio de tema más chapucero, con lo bien que nos lo estábamos pasando.

—Creía que querías hablarme de él, ya que me lo has echado encima. Claro que ha metido la pata. Ha desvirtuado tu legado... George.

—Y ahora intentas halagarme e irritarme a la vez. ¿Te han preparado estos agentes? ¿Te han aconsejado qué decir y cómo hacerlo? ¿Eres una buena marioneta, Fiona?

—No he venido para halagarte ni para irritarte. —Mantuvo la voz firme y la expresión serena—. No me interesa en absoluto hacer ninguna de esas dos cosas. Y nadie me dice qué tengo que decir... ni qué hacer o cuándo hacerlo. A diferencia de lo que te sucede a ti. ¿Eres una buena marioneta en tu celda, George?

—¡Qué temperamento! —Perry soltó una carcajada, pero sus ojos no sólo brillaban por el buen humor.

Fiona sabía que le había tocado la fibra sensible, que había encendido la mecha.

—Siempre he admirado ese rasgo de tu carácter, Fiona. El típico, y tópico, temperamento de las pelirrojas. Pero creo recordar que no fuiste tan temperamental cuando tu amante y su fiel perro acabaron acribillados por las balas.

Eso le dolió, horrores, y se aferró al dolor.

—Necesitaste medicación y «terapia» —siguió Perry, entrecomillando la última palabra con los dedos—. Necesitaste que un agente hiciera de padre y de pantalla contra mí y contra la morbosa prensa. Pobrecita Fiona. Primero fuiste una heroína

por un golpe de suerte y después te convertiste en una criatura trágica y frágil.
—Pobrecito George —replicó ella con el mismo tono de voz y vio cómo relampagueaba la ira, por un instante, en sus ojos—. Primero fue un personaje temido por todos y ahora se ve obligado a reclutar a alguien inferior para terminar un trabajo que él fue incapaz de llevar a cabo. Voy a ser sincera: me da igual que le hables o no al FBI sobre Eckle, y una parte de mí espera que no digas nada. Porque intentará terminar lo que tú no pudiste hacer. Me quitaste algo mío y ahora yo voy a quitarte algo tuyo. Si no lo encuentran ellos antes, vendrá a por mí, y estoy preparada para recibirlo. —Se inclinó sobre la mesa y dejó que Perry lo viera. Dejó que captara su determinación y el secreto que guardaba en su interior—. Estoy preparada para recibirlo, George. No estaba preparada para ti y mira dónde estás ahora. Así que cuando venga a por mí, perderá... y tú también. De nuevo. Lo deseo con todas mis fuerzas. No eres el único que lo ve como un medio para conseguir un fin. Yo también.
—¿No has pensado que su intención es la de hacerte sentir tan segura? ¿Que te está manipulando para que te sientas poderosa y segura?
Fiona soltó una carcajada al escucharlo y se echó hacia atrás.
—¿Quién está siendo chapucero ahora? Eckle te ha salido rana. Un buen adiestrador tiene el don de juzgar el carácter y las aptitudes. No se trata sólo de enseñar y de instruir, sino de reconocer los límites y las patologías de los sujetos a quienes adiestras. No tuviste eso en cuenta. Sabes que no lo tuviste en cuenta. De lo contrario yo no estaría aquí.
—Estás aquí porque yo lo he exigido.
Ojalá su expresión fuera una mezcla de hastío y sorna, pensó, porque tenía el corazón en la garganta. Lo estaba machacando.
—No puedes exigirme nada. No me das miedo, como tampoco me da miedo el perro vicioso que has dejado suelto. Lo único que puedes hacer es intentar llegar a un acuerdo, nada más.
—No hay forma de saber a quién va a atacar un perro. No hay forma de saber a cuántos dejará heridos por el camino.
Fiona ladeó la cabeza y esbozó una media sonrisa.
—¿De verdad crees que eso me quita el sueño? Estoy en mi isla, ¿recuerdas? Tengo mi propio foso. Si la caga antes de ir a por mí, me fastidiará bastante. Puedes decírselo si quieres... Siempre y cuando siga haciéndote caso, claro. Aunque no creo que te lo haga. Creo que se te ha escapado el perro, George, y que va por libre. En cuanto a mí... —Se miró el reloj con toda deliberación—. No puedo dedicarte más tiempo. Ha sido un placer verte aquí, George —dijo mientras se ponía en pie—. Me has alegrado el día.
—La acompañaré fuera. —Mantz se puso en pie.
—Encontraré otro. Tarde o temprano, encontraré otro.
Fiona miró hacia atrás y vio que tenía los puños cerrados, encadenados como estaban, sobre la mesa.
—Siempre te llevo en mis pensamientos, Fiona.
Lo miró con una sonrisa.
—George, qué pena me das.
El guardia abrió la puerta cuando Mantz hizo un gesto con la cabeza. En cuanto se cerró tras ella, la agente meneó la cabeza y levantó una mano.
—Nos van a acompañar hasta una sala de control, donde podrá esperar.
Siguiendo el ejemplo de Mantz, Fiona mantuvo la compostura, permaneció en silencio y clavó la mirada al frente. El ruido de las pesadas puertas electrónicas al abrirse y cerrarse le provocó un escalofrío.
Entraron en una salita con equipo electrónico y pantallas. Mantz se olvidó de

ellas y del personal que controlaba los ordenadores, y le señaló un par de sillas al otro lado de la estancia. Después llenó un vaso de agua y se lo ofreció.

—Gracias.

—¿Está buscando trabajo?

Fiona levantó la vista.

—¿Cómo dice?

—Sería una buena agente. Confieso que no estaba muy convencida de los resultados de esta entrevista, que no tenía claro lo de traerla aquí. Creía que Perry le ganaría la partida. Creía que le retorcería las entrañas y la dejaría sin nada, y que nosotros nos iríamos con las manos vacías. Pero usted le ha ganado la partida. No le ha dado lo que él quería, ni mucho menos lo que esperaba.

—Lo he meditado a fondo. Qué decir y cómo decirlo. Cómo… ¡Dios, mire! —dijo al ver que le temblaban las manos.

—Si quiere, nos largamos de aquí ahora mismo. Hay una cafetería cerca. Tawney puede reunirse allí con nosotras.

—No, me quedaré. Quiero quedarme, y sé que usted quiere estar allí dentro.

—Estoy bien aquí. Perry no soportará enfrentarse a otra mujer después de esto. Tawney tendrá más suerte sonsacándole información sin mí. ¿Cómo ha sabido lo que tenía que decir y cómo decirlo?

—¿Quiere que le diga la verdad?

—Sí.

—Trabajo con perros e imparto clases individuales a perros y propietarios con problemas de comportamiento. Algunos muy graves y muy violentos. No puedes demostrar miedo. Ni siquiera puedes sentirlo, porque si lo haces, se notará. No puedes dejar que lleven la iniciativa, ni siquiera un segundo. No puedes perder los nervios, y hay que mantener siempre el poder. Ser el líder de la manada.

Mantz meditó sus palabras un momento.

—¿Me está diciendo que pensó en Perry como en un perro malo?

Fiona soltó un suspiro entrecortado.

—Más o menos. ¿Cree que ha funcionado?

—Creo que ha hecho su trabajo. Y que ahora nosotros haremos el nuestro.

Perry lo alargó todo lo que pudo, dando la información con cuentagotas, deteniéndose para pedir el almuerzo antes de dar otro poquito. Fiona luchó contra la creciente claustrofobia que le provocaba el estar en una habitación tan pequeña durante tanto tiempo, y deseó, en más de una ocasión, haber aceptado el ofrecimiento de Mantz de sacarla de la cárcel para esperar en otro sitio.

Iba a quedarse hasta el final, se recordó, de modo que esperó. Y siguió esperando mientras Mantz escuchaba por el auricular, y cuando Tawney entró para hablar con su compañera. Tenía que esperar a que acabara, pensó, y rechazó el ofrecimiento de comida, ya que existía la posibilidad de que acabara vomitándola.

La hora que Tawney había predicho para el regreso pasó antes de que dejaran la cárcel atrás. Fiona dejó la ventanilla bajada para poder respirar.

—¿Puedo usar ya el teléfono? Tengo que decirles a Simon y a Sylvia que voy a llegar más tarde.

—Claro. Ya he hablado con tu madrastra —le dijo Tawney—. A Simon le he dejado un mensaje de voz. No cogió el teléfono.

—Nunca lo escucha con el ruido de la maquinaria y la música. Pero Syl se lo habrá dicho. Va a dar mis clases esta tarde. Esperaré hasta que vayamos a embarcar.

—Erin me ha dicho que no has comido.

—Todavía tengo el estómago un poco revuelto. Necesito que me diga algo. Necesito que me diga si ha servido de algo.

—Te vas a llevar una decepción.

—Vaya.

—Te vas a llevar una decepción al no poder usar el teléfono ahora mismo, porque Erin está comprobando algunas de las cosas que Perry nos ha dado y coordinando varios equipos de agentes para que registren los apartados de correo que según Perry había acordado con Eckle a fin de seguir en contacto durante las próximas semanas. Nos ha dado lugares, los cotos de caza acordados y las dos identidades que Eckle está usando.

—Gracias a Dios.

—Quiere que pillemos a Eckle. En primer lugar porque ya no es servil, ya no es obediente. Y en segundo lugar (y creo que esto ha sido la puntilla) porque no quiere que vuelvas a ganar. No quiere arriesgarse a que te enfrentes a Eckle y ganes. Lo has convencido no sólo de que podrías hacerlo y de que lo conseguirías, sino de que ansiabas tener la oportunidad. ¡Joder! Si hasta me has convencido a mí.

—Mientras no tenga que demostrarlo...

Mantz regresó.

—Varios agentes se dirigen a las direcciones que nos ha dicho y un equipo va hacia el coto de caza que geográficamente debería ser el siguiente en la lista de Eckle. Hemos mandado a otro a la universidad de Kellworth, ya que ése debería ser su objetivo según la agenda marcada. Podría pasar por allí si decide volver al plan trazado por Perry.

—No me parece probable —dijo Tawney—, pero es mejor asegurarse.

—Hemos emitido una orden de busca para Eckle, incluyendo cualquiera de sus seudónimos. Y nos ha tocado el gordo, Tawney. Hemos dado con un Ford Taurus de 2005, con matrícula de California, a nombre de uno de esos seudónimos: John William Mitchell.

Tawney extendió el brazo y le dio unas palmaditas a Fiona en la mano.

—No vas a tener que demostrar nada.

A primera hora de la tarde. ¡Y un huevo!, pensó Simon. A ese paso tendrían suerte si llegaban a las seis. Escuchar su voz en el buzón de voz había ayudado bastante, pero no se relajaría hasta que volviera a verla con sus propios ojos.

Se había mantenido ocupado, y el hecho de que Sylvia diera las clases de Fiona le había ahorrado un viaje al pueblo, ya que ella se llevó la nueva remesa de objetos que acababa de terminar. Además, le había preparado el almuerzo. Era un trueque bastante bueno.

Colocó en su soporte la última de las jardineras para las ventanas con las que se había mantenido ocupado todo el día y salió al patio delantero, rodeado por la manada de perros que apenas se había separado de él durante la jornada, a fin de comprobar el resultado.

—No está mal —murmuró.

No había seguido el diseño que Fiona le había pedido prestado a Meg. ¿Qué sentido tenía hacer algo que se podía comprar en un puñetero catálogo? Además, el suyo era mejor. Le gustaba la combinación de la caoba con la teca, las formas ligeramente redondeadas y el valor añadido que ofrecía el grabado celta que le había hecho.

Necesitaba flores de colores fuertes, decidió. Y si Fiona intentaba colarle delicados colores pastel, iba a tener que cambiar de idea.

Colores fuertes y apasionados. No era negociable. ¿Qué sentido tenía plantar

flores si no se veían?

Cuando los perros se volvieron al unísono, él también lo hizo. ¡Gracias a Dios!, pensó al ver el coche por su camino de entrada.

Se obligó a no correr hacia el coche y sacarla en volandas por la ventanilla para comprobar cada centímetro de su cuerpo, para asegurarse de que estaba ilesa, indemne e igual que antes.

Esperó con impaciencia reprimida a duras penas, mientras ella charlaba en el interior con los agentes.

Ellos te han tenido todo el día, pensó. Despídete de una puñetera vez y vuelve a casa. Vuelve a casa.

Al cabo de un instante Fiona salió del coche y echó a andar en su dirección. Simon ni se percató de que el coche se alejaba.

Escuchó su carcajada cuando los perros salieron a recibirla, y vio cómo el color le inundaba las mejillas mientras los acariciaba y rascaba.

Ahora me toca a mí, pensó, y echó a andar hacia ellos.

—Atrás —les ordenó a los perros y luego se quedó de pie, mirándola—. Te has tomado tu tiempo.

—A mí se me ha hecho más largo. Necesito un abrazo. Un abrazo de oso. Rómpeme las costillas, ¿quieres, Simon?

La rodeó con los brazos y la pegó con fuerza contra él, aunque no le rompió los huesos. Después le dio un beso en la coronilla, un par de ellos en las sienes y otro en la boca.

—Mejor, sí, mejor. —Suspiró—. Muchísimo mejor. Hueles de maravilla. A serrín, a perros y a bosque. Hueles a casa. Me alegro muchísimo de estar en casa.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Ya te lo contaré todo. Pero antes quiero darme una ducha. Sé que son cosas mías, pero siento que... Sólo necesito una ducha. Luego podemos meter una pizza congelada en el horno, descorchar una botella y... ¡Has hecho jardineras para las ventanas!

—Tenía algo de tiempo libre porque no estabas para interrumpirme.

—Has hecho jardineras para las ventanas —murmuró ella—. Son tan... perfectas. Gracias.

—Son mis jardineras y mi casa.

—Claro. Gracias.

La abrazó de nuevo.

—Me ha ayudado a no volverme loco. Syl y yo nos hemos ayudado mutuamente a no volvernos locos. Deberías llamarla.

—Lo he hecho. Llamé a Syl, a mi madre y a Mai desde el ferry.

—Estupendo, entonces sólo estamos nosotros dos. Y ellos —añadió cuando los perros se sentaron a sus pies—. Vete a la ducha. Yo me encargo de la pizza. —Sin embargo, la cogió de la barbilla y le examinó la cara—. No te ha tocado.

—No como él esperaba, no.

—Entonces puedo esperar para que me cuentes el resto. Y tengo hambre.

Comieron en el exterior, en el porche trasero, con el sol colándose a través de los árboles y los pájaros trinando como locos. En el exterior, pensó Simon, en una declaración de intenciones. Porque ellos eran libres. Y Perry no. Fiona mantuvo la voz firme mientras se lo contaba todo, paso a paso.

—No sé de dónde me salió. Lo había ensayado todo en mi cabeza, cómo le entraría, qué tono usaría, los empujoncitos básicos... pero una parte apareció sin más, salió de mi boca antes de darme cuenta siquiera de que lo estaba pensando.

Por ejemplo lo de decirle que si Eckle mata a otras mujeres, no me afectará. Se me da fatal mentir. No me sale de forma natural, así que suelo meter la pata. Pero eso me salió sólo, con confianza y seguridad.

—Y se lo tragó.

—Eso parece. Les dio toda la información que querían: lugares, apartados de correos, pseudónimos. Han encontrado un coche matriculado con uno de esos nombres. Tienen agentes repartidos por todas partes para hacer lo que se supone que deben hacer.

—Y tú estás fuera.

—¡Dios, Simon, creo que sí! —Levantó las manos y se presionó los ojos con los dedos un momento—. De verdad creo que sí. Lo más raro es que todo ha sido diferente a como lo había imaginado. Me había preparado para otra cosa.

—¿En qué sentido?

—Estaba cabreado. Me refiero a Perry. Esperaba verlo ufano, orgulloso de sí mismo y de su habilidad para manejar el cotarro incluso desde la cárcel. Y en cierto modo lo estaba. Pero detrás de esa fachada también había furia y frustración. Y al verlo, al darme cuenta de eso, al ver dónde está, qué aspecto tiene, fue como... es… —Cerró un puño sobre la mesa y lo miró—. Firme. Lo siento como algo duro, fuerte y firme. —Levantó la vista y esos ojos azules volvían a estar serenos y cristalinos—. Lo siento como algo acabado. Lo que había entre él y yo, eso que seguía en las sombras y en la oscuridad, se ha acabado. Hemos terminado.

—Bien. —Simon había percibido la sinceridad con la que Fiona había hablado, y se dio cuenta de que hasta ese momento él también había cargado con esas sombras en su interior—. Entonces ha merecido la pena. Pero hasta que Eckle esté encerrado en ese mismo lugar, las cosas van a seguir como antes. Nada de riesgos, Fiona.

—Lo soportaré. Tengo jardineras en las ventanas y pizza. —Aflojó el puño y buscó su mano—. Y a ti. Así que... —Inspiró hondo—. Cuéntame algo. ¿Qué has estado haciendo además de las jardineras para las ventanas?

—Tengo un par de proyectos en marcha. Vamos a dar un paseo.

—¿A la playa o al bosque?

—Al bosque primero y luego a la playa. Tengo que encontrar otro tocón.

—¡Simon, has vendido el lavabo!

—Me lo voy a quedar, pero Syl le ha echado un vistazo y me ha dicho que tiene un cliente que querría uno.

—¿Te lo vas a quedar?

—El aseo de la planta baja necesita un lavabo.

—Quedará estupendo. —Miró a los perros y luego lo miró a él de nuevo. Sus chicos, pensó—. Vamos, chicos, vamos a ayudar a Simon a encontrar un tocón.

Eckle también sentía algo. Sentía la libertad.

Una nueva tarea, una nueva agenda. Una nueva presa.

Sabía que había cortado los lazos que lo mantenían unido a Perry, pero que en vez de caer inerte como un títere sin hilos, se mantenía en pie, fuerte y vivo. Experimentaba una percepción nueva de sí mismo, una percepción que jamás había experimentado, ni siquiera cuando Perry lo ayudó a encontrar en su interior al hombre que había escondido durante tantos años.

Estaba en deuda con Perry por eso, y tenía la intención de pagarle debidamente. Pero era la deuda de un discípulo con su maestro. Y un verdadero maestro, un maestro sabio, sabía que el discípulo debía alejarse, debía forjar su propio camino una vez que le habían enseñado a andar.

Había leído, con ávido interés y orgullo, el artículo del *U.S. Report.* Puntuó el estilo, el tono y el contenido, y acabó por darle a Kati Starr un notable en toda regla.

Tal como habría hecho en su vida anterior, editó, corrigió e hizo sugerencias con un bolígrafo rojo. Podía ayudarla a mejorar, no le cabía la menor duda. Y había pensado en ponerse en contacto con ella, en colaborar por decirlo de alguna manera, para darle a sus artículos mayor profundidad.

Nunca había imaginado que la fama pudiera ser tan adictiva, que su sabor fuera tan intenso una vez probado. Sin embargo, quería degustar más su nueva percepción antes de que se acabara todo. Quería darse un festín. Empacharse.

Quería saciarse con su legado.

Mientras estudiaba los hábitos y las costumbres de su discípula en potencia, mientras leía sus otros artículos e investigaba su historial personal y profesional, detectó en ella lo que había visto en muchos de sus estudiantes.

Sobre todo en las mujeres.

«Zorras. Todas las mujeres son unas zorras en el fondo de sus traicioneras almas.»

La inteligente y despierta Kati era, en su opinión, demasiado cabezota y demasiado impulsiva, y se lo tenía demasiado creído. Era una manipuladora incapaz de aceptar órdenes o críticas constructivas.

Sin embargo, eso no quería decir que no pudiera ser útil.

Cuanto más observaba y aprendía, más deseaba. Sería la siguiente y, de un modo muy real, la primera, aunque al mismo tiempo podría ser la última. La elección era suya, no tenía por qué calcar las necesidades de Perry.

Era mayor y no especialmente atlética. Más acostumbrada a pasarse horas sentada a una mesa, delante de un teclado y un teléfono, que a realizar tareas físicas.

«Iba a su elegante gimnasio para poder enseñar orgullosa su cuerpo.»

Sí, enseñaba orgullosa su cuerpo, pensó, pero no lo cuidaba, no lo disciplinaba. Si sobrevivía, acabaría fofa, gorda y lenta.

En realidad, le estaba haciendo un favor al ponerle fin a su vida mientras era joven, prieta y delgada.

Había estado muy ocupado durante su estancia en Seattle. Había cambiado la matrícula al menos dos veces y había pintado el coche. De modo que cuando regresara a Orcas, cualquier policía que estuviera vigilando la entrada o la salida del ferry no se percatara del regreso del coche. Aunque tampoco esperaba tanto de esos paletos ignorantes.

Aun así, Perry le había enseñado a ser muy precavido.

Sopesó cuál sería el mejor momento y el mejor lugar para secuestrarla. Después esperó a que la climatología de Seattle le proporcionara la última baza.

Kati abrió el paraguas para protegerse de la intensa lluvia y salió al oscuro exterior. Había estado trabajando hasta tarde para perfilar algunos detalles de su siguiente artículo. De momento no le importaba trabajar en un minúsculo escritorio de un pequeño edificio del lluvioso noroeste. Sería su trampolín.

Su serie de artículos estaba recibiendo la atención que ella quería, no sólo por parte de los lectores, sino también por parte de los peces gordos. Si era capaz de mantener la intriga, un poco más, estaba casi segura de que pronto podría guardar su portátil e ir en busca de un apartamento en Nueva York.

Fiona Bristow, George Perry y el Asesino del Pañuelo Rojo II habían impreso y sellado su billete de salida de Seattle con destino a la Gran Manzana. Y allí vendería su libro.

Necesitaba lograr que Fiona se resquebrajara un poquito, pensó mientras buscaba las llaves del coche en el bolso. Y tampoco le vendría mal que el asesino secuestrara a otra estudiante, que mantuviera vivo el interés… y su nombre en primera plana.

Por supuesto, tampoco estaría mal que los federales resolvieran el caso. Tenía sus fuentes, incluida la que le había dicho que el equipo formado por Tawney y Mantz había vuelto a interrogar a Perry ese mismo día, con la jugosa novedad de que Fiona había estado presente.

Un cara a cara con el hombre que la había secuestrado y que había matado a su amante. ¡Lo que habría dado por ser una mosca en esa habitación! Sin embargo, y a pesar de que no había tenido acceso, había conseguido lo bastante de su fuente como para un buen artículo —en primera plana—, que saldría en la edición del día siguiente.

Abrió el coche con el mando y las luces de los intermitentes le permitieron ver la rueda trasera pinchada.

—Mierda. ¡Mierda! —Se acercó a toda prisa para asegurarse. Mientras se giraba rebuscando el móvil en su bolso, el hombre salió de la oscuridad.

De la nada, apenas un borrón.

Escuchó que le decía:

—¡Hola, Kati! ¿Te apetece una exclusiva?

El dolor la abrumó. Una descarga eléctrica le recorrió todo el cuerpo mientras se convulsionaba. La oscuridad se convirtió en una luz cegadora mientras un grito se le atascaba en la garganta. En una conmocionada parte de su cerebro creyó que le había caído un rayo,

La luz cegadora fue engullida por la oscuridad.

Tardó menos de un minuto en atarla y encerrarla en el maletero. Metió su bolso, su portátil y su paraguas en la parte trasera, de momento, y apagó su móvil.

Rebosante de poder y orgullo, condujo hasta perderse en la lluviosa noche. Tenía mucho trabajo por delante antes de irse a dormir.

Capítulo 28

El móvil de Kati resultó una fuente de información inagotable.

Eckle copió los datos de sus contactos, analizó sus llamadas salientes y entrantes, su agenda y sus avisos. Le resultó fascinante que prácticamente todas sus llamadas y mensajes, las citas anotadas en su agenda —salvo la del dentista—, fueran de carácter profesional.

La verdad, cavilaba mientras borraba toda la información guardada en el teléfono, era que Kati y él tenían muchísimo en común: carecían de vínculos familiares, andaban escasos de amigos y ambos se encontraban absortos en sus fulgurantes carreras.

Ambos querían labrarse una reputación, dejar huella.

¿Ayudaría ese parecido a que su breve período de tiempo juntos fuera más importante?

Arrojó el teléfono a la papelera del área de descanso donde había aparcado y después de volver por la ruta que había seguido, salió de la autopista y se internó en la serpenteante carretera comarcal que lo llevaría hasta el motel que había elegido para esa etapa del trabajo.

Pagó en efectivo por una sola noche y aparcó bien lejos de las farolas. Aunque dudaba mucho que fuera necesario, usó el paraguas para ocultar su cara mientras salía del coche. La gente que frecuentaba ese tipo de moteles no solía ponerse a mirar por las ventanas de esas asquerosas habitaciones en un día lluvioso, pero era mejor prevenir que curar. Abrió el maletero.

Tenía los ojos abiertos de par en par, rebosantes de miedo y de dolor, con esa expresión vidriosa que tanto lo excitaba. Había intentado liberarse, pero a esas alturas él ya había aprendido un par de cosas, de modo que le había atado las manos y los pies a la espalda impidiéndole todo movimiento salvo el de reptar. Sin embargo, era mejor mantenerla en completo silencio y quietecita durante toda la noche.

—Hablaremos por la mañana —le dijo mientras se sacaba del bolsillo una jeringuilla a la que le quitó el capuchón protector. La agarró de un brazo y le subió la manga. Sus alaridos no fueron más que meros susurros engullidos por la lluvia—. Que duermas bien —le dijo al tiempo que le introducía la aguja bajo la piel.

Volvió a cubrir la aguja con el capuchón protector. Al igual que las demás, no viviría lo suficiente como para preocuparse por una posible infección debido al uso de la misma aguja. Observó cómo desenfocaba la mirada a medida que la droga surtía efecto.

Después de cerrar el maletero con llave, cogió su maleta y las pertenencias de Kati del asiento trasero, y atravesó el resquebrajado pavimento del aparcamiento en dirección a su habitación.

Olía a sexo rancio, a tabaco y a un limpiador barato incapaz de camuflar la mezcla. Había aprendido a pasar por alto ese tipo de molestias, y también había aprendido a hacer oídos sordos a los inevitables gemidos y golpes procedentes de las habitaciones contiguas.

Puso la televisión y fue cambiando de canal hasta dar con las noticias locales.

Se entretuvo un rato registrando la cartera de Kati. Llevaba casi doscientos dólares en efectivo. ¿Para pagar a sus informantes o para sobornos?, se preguntó.

El dinero era muy útil, otra ventaja de haber cambiado el tipo de objetivo. Las estudiantes no llevaban más de cinco o diez pavos encima, como mucho.

Encontró la contraseña del portátil escondida debajo del carnet de conducir. La sacó para usarla más tarde.

Separó en varios montones el contenido del bolso, diferenciando entre lo que podía usar y lo que acabaría en la basura, mientras masticaba unos cuantos M&M que encontró en un bolsillo interno. Después ojeó los cosméticos que llevaba en el neceser.

No llevaba fotos, la incansable y trabajadora Kati no tenía tiempo para eso. Pero sí llevaba un callejero de Seattle y otro de Orcas, pulcramente doblados.

En el de Orcas había marcado varias rutas desde el ferry. Reconoció la que llevaba a casa de Fiona, y se preguntó adónde llevarían las otras. Si tenía tiempo, lo comprobaría.

Le gustó el detalle de que llevara varios bolígrafos y lápices con la punta afilada, un taquito de Post-it y un botellín de agua.

Guardó las pastillas de menta, las toallitas húmedas y los pañuelos de papel, y sacó sus tarjetas de crédito y su carnet de conducir para romperlos y deshacerse de ellos a lo largo del camino.

Usó la calderilla que encontró en el monedero para comprar un Sprite y una bolsa de patatas de la máquina expendedora situada justo al lado de su puerta.

Una vez que lo hubo organizado todo y se sintió cómodo, abrió el portátil. Al igual que las llamadas y mensajes del móvil, todos sus correos electrónicos estaban relacionados con el trabajo, y muchos eran indescifrables. Pero, al igual que la había seguido a ella, también sería capaz de seguir las miguitas de pan y atar los cabos.

Aunque Perry, Fiona y él no eran el único tema de sus artículos, resultaba incuestionable que de momento estaba centrada en ellos. Había presionado a muchas fuentes, y seguía haciéndolo, para lograr cualquier tipo de información por pequeña que fuera.

Tenacidad, tu nombre es Kati Starr, pensó.

Lo había hecho bien, concluyó. Había escarbado, escarbado y escarbado hasta reunir una buena cantidad de detalles y de comentarios referentes al pasado de Perry, de Fiona, y también de todas las víctimas, ya fueran del pasado o del presente.

Tenía archivos llenos de información sobre la Unidad canina de Fiona, sobre los demás miembros que la conformaban, sobre sus clases de adiestramiento, sobre su madre, su madrastra, su padre ya fallecido y su amante muerto. Y sobre su nuevo amante.

Era minuciosa. Y la respetaba por ello. En ese momento comprendió que Kati había reunido información mucho más amplia y exhaustiva, no sólo referente al pasado de los implicados, de lo que requería una serie de artículos.

—Estás escribiendo un libro —musitó—. Estás escribiendo un libro, ¿verdad, Kati?

Conectó una de las dos memorias USB que había encontrado en el bolso. En vez de encontrar una novela o un libro sobre alguna investigación criminal, descubrió el archivo donde guardaba su próximo artículo.

Que se publicaría en la edición del día siguiente.

Lo leyó dos veces; tan ensimismado estaba que apenas reparó en los ruidos de la habitación de al lado cuando la pareja empezó a follar.

La traición, porque no le cabía duda de que Perry lo había traicionado, le dolió. Fue como si lo estrangularan sin piedad, de modo que se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro del lamentable cuartucho, abriendo y cerrando los puños.

Su maestro, su mentor, el padre del que había surgido, lo había traicionado, y

esa traición podía acelerar su final, no le cabía la menor duda.

Consideró la idea de huir, de cortar de raíz el plan que con tanta meticulosidad había trazado y de conducir en dirección este. Podía matar a la periodista durante el camino, bien lejos de Seattle, fuera de lo que la policía llamaría su «coto de caza».

Tendría que cambiar su aspecto físico y su identidad de nuevo. Tendría que cambiarlo todo. El coche, las matrículas y luego...

¿Qué?, se preguntó. ¿Volver a la ordinariez? ¿Volver a la nada? ¿Buscar otra máscara tras la que ocultarse? No, nunca podría regresar. Nunca volvería a ser esa patética concha vacía.

Ya más tranquilo, se detuvo con los ojos cerrados y aceptó la situación. Tal vez fuera lo correcto y lo inevitable que el padre destruyera al hijo. Tal vez así se cerrara el círculo y su itinerario alcanzara su justo, y amargo, final.

Tal como siempre había sabido que sucedería. Esa nueva vida, esa conciencia superior del ser, era transitoria. Pero siempre había pensado, había esperado, que tendría más tiempo. Porque con más tiempo, pensaba el profesor, el amante de los libros, lograría superar a Perry, en fama y en leyenda, estaba segurísimo.

No, no daría marcha atrás, no podía hacerlo. No se escondería en un agujero como una cucaracha. Continuaría según el plan trazado.

Moriría o viviría, decidió. Pero nunca, jamás, volvería a existir sin más.

Se sentó para volver a leer el artículo y en esa ocasión sintió la mano del destino. Ése era el motivo por el que había elegido a la periodista. Todo estaba sucediendo como debía suceder.

Un principio con el que se sentía en paz.

Ya había encontrado el libro cuando sus vecinos de habitación acabaron y volvieron a casa para reunirse, supuso, con los cónyuges a los que habían engañado. Leyó el borrador, escrito con lo que él llamaba la «técnica del parche»: escenas y capítulos mezclados sin orden ni concierto que más tarde se unirían y ordenarían en el siguiente borrador.

Miró la llave del apartamento de Kati con cierto pesar. Le encantaría poder correr el riesgo de registrar su apartamento. Porque allí encontraría mucho más. Carpetas, anotaciones, libros, números.

Empezó a leer de nuevo, haciendo ciertos cambios y añadiendo más detalles. Conservaría el ordenador y las memorias USB. Si sobrevivía a la siguiente fase de su plan, fusionaría el trabajo de la periodista con el suyo.

Por primera vez desde hacía meses sintió una oleada de emoción por otra cosa que no fuera el asesinato. Añadiría partes de su propio libro, el que había comenzado a escribir en primera persona, y las mezclaría con la tercera persona de Kati para incluir otro punto de vista. Su versión de la historia y la de Kati, yuxtapuestas.

Su evolución y las observaciones de la periodista.

Gracias a la ayuda de esa mujer, crearía su propia fama y sus propias hazañas. Su legado sería la muerte, aunque fuese la suya propia.

En la sala de conferencias donde trabajaba con el agente Tawney, Mantz hablaba por teléfono mientras tecleaba con la otra mano en su portátil.

—Ajá, lo tengo. Gracias. —Cortó la llamada y soltó el teléfono—. Tawney, acabo de enterarme de que el *U.S. Report* está anunciando ya el artículo firmado por Starr que se publica mañana. Tienen un avance en la página web. Deberías verlo.

Tawney se acercó y leyó por encima de su hombro.

Bajo la sección «Adelantos» se leía el titular:

CONFRONTACIÓN
Fiona Bristow en un cara a cara con Perry en la cárcel
Una exclusiva de Kati Starr

—Hijos de puta —murmuró Tawney, aunque la voz baja resultó más violenta que si lo hubiera gritado—. El sospechoso lo leerá y volverá a poner a Fiona en su punto de mira.

—La cuenta corriente de Starr va en aumento. Está invirtiendo en su futuro laboral. Por mucho que le haya costado conseguir esta información, al final saldrá ganando.

—Necesitamos identificar a la persona que está filtrando la información. Y necesitamos leer ese dichoso artículo. Voy a presionar al editor y al redactor jefe. Esa mujer está obstaculizando una investigación policial al publicar información delicada, una información que tal vez haya obtenido de forma ilegal.

—Como hagamos eso, la cosa se liará porque ambas partes recurrirán a sus abogados. Tengo una idea mejor. Ya me encargo yo. Tú presiona lo que haga falta. Intentaré que se produzca una... confrontación con la tal Starr esta.

—No va a revelar sus fuentes. —Tawney se acercó a la cafetera—. No soltará prenda.

—Ya. De todas formas iré a verla ahora mismo. Es tarde, fuera del horario laboral. Trataré de sonsacarle algo mientras ella intenta lo mismo por su parte. A lo mejor consigo algo. —Mantz le echó un vistazo a su reloj y se imaginó la escena—. En cualquier caso, la traeré esta noche. Obstrucción a la justicia, intromisión en una investigación federal, acoso a un testigo... Seguiré añadiendo hasta que empiece a protestar y suelte lo de la libertad de prensa y la libertad de expresión.

Tawney le dio un sorbo al café.

—Vale, y luego ¿qué?

—La hacemos sudar un poco. Pedirá un abogado y llamará a su jefe, pero a lo mejor conseguimos demorarla. Esa mujer quiere atención e información. Si insinuamos que podríamos tener más, a lo mejor intenta sonsacarnos. Y eso nos dará un poco más de tiempo.

—¿Para?

—Para que dé la impresión de que está largando. De que estamos presionándola tanto que está soltándolo todo.

Tawney apoyó una cadera en el escritorio mientras sopesaba la idea.

—Y así su fuente o fuentes de información empezarán a ponerse nerviosos.

—Merece la pena intentarlo. Posiblemente sea una pérdida de tiempo, pero no le vendrá mal quedarse una noche sin dormir y sentirse un poco presionada. Está buscando un atajo para conseguir lo que quiere, usando a Bristow a la menor oportunidad. Podemos trabajar con la prensa. Lo hacemos. Usamos a los periodistas y viceversa. Es la rutina. Pero a ésta no le interesa cooperar. Sólo le interesa que su nombre salga en primera plana.

—No te lo discuto. Me quedaré aquí, presionando a sus jefes. Tú ve a por ella. Llámame si lo consigues, para empezar a prepararlo todo. —Se frotó la nuca, tensa por la presión—. A lo mejor el asesino no ve el periódico. A lo mejor mañana sale a recoger el correo o localizamos su coche en uno de sus cotos de caza.

Mantz asintió con la cabeza mientras se ponía la chaqueta.

—Si se mantiene al día de las noticias, y sabemos perfectamente que lo hace, el artículo de Starr le dirá que vamos tras ciertas pistas, las justas para ponerlo sobre aviso. No creo que vaya en busca del correo. Tengo la impresión de que ha cortado los lazos con Perry, pero si no lo ha hecho todavía, lo hará en cuanto se entere de que Bristow ha ido a verlo. —Se detuvo al llegar a la puerta—. ¿Vas a

decirle lo que se avecina?

—Tú misma has dicho que es tarde. La dejaré dormir tranquila esta noche. Mañana habrá tiempo. Erin, presiona a Starr, tráela y entre los dos la haremos cantar.

—Con mucho gusto.

Mantz se alegró de estar fuera, de hacer algo que no implicara un teclado ni un teléfono. Le daba igual que estuviera lloviendo. De hecho, el clima de Seattle le parecía perfecto. Disfrutaba de la vista del monte Rainier durante un día despejado tanto como de la acogedora sensación de un día lluvioso.

Esa noche le resultaba una bonificación extra. Sacar a Starr de su oficina o del seco interior de su apartamento al chaparrón era como la guinda del pastel.

Ansiaba enfrentarse a la periodista no sólo en el ámbito profesional, sino también en el ámbito personal. Aunque no era de las que ponían en práctica la unión femenina y el «una para todas y todas para una», le parecía que Starr mostraba un estilo despiadado y no le importaba pasar por encima de otras mujeres, ya estuvieran vivas o muertas.

A ella le había costado lo suyo escalar posiciones en el FBI, pero se había cuidado mucho de no hacerlo de la manera fácil ni de pisotear a otros para conseguirlo.

Los que avanzaban de esa forma merecían bajar unos cuantos peldaños a patada limpia.

Condujo hasta las oficinas del periódico acompañada por el sonido de los limpiaparabrisas en la luna y el halo borroso de las farolas a través de la lluvia. Lo más probable era que Starr hubiese acabado la jornada laboral a esas horas, pero las oficinas estaban de camino a su apartamento, de modo que no le costaba trabajo comprobarlo.

Sopesó la mejor estrategia a seguir mientras conducía. Primero se mostraría amable y le dejaría entrever el cansancio y el estrés. Intentaría apelar a su condición de mujer trabajadora y esas cosas. Sin embargo, el instinto le dijo que esa aproximación fracasaría, que Starr lo vería como un punto débil.

No le importaba. Quizá de esa forma lograría el elemento sorpresa cuando la presionara, cuando cayera sobre ella y la acusara de obstrucción a la justicia y tal vez de presunto soborno a un agente federal.

Mejor esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Giró al llegar al aparcamiento y enarcó las cejas al ver el Toyota de color rojo cereza. Un vistazo a la matrícula le indicó que era el coche de la periodista.

¿Trabajando hasta tarde?, se preguntó. Estupendo.

Mientras aparcaba a su lado reparó en el neumático trasero pinchado.

—Mala suerte —murmuró, y sonrió al detener el coche.

Alargó un brazo para coger el paraguas al tiempo que sentía cierto hormigueo premonitorio. Se quedó donde estaba, observando el aparcamiento bajo la lluvia y el edificio de oficinas. Estaba oscuro salvo por las luces de seguridad en la planta baja. Para trabajar hasta tarde hacía falta tener la luz encendida.

Dejó el paraguas en el coche y se apartó la chaqueta del pecho por si necesitaba echar mano del arma.

En el exterior sólo se escuchaba el repiqueteo de la lluvia y el sonido del tráfico, que no era precisamente denso. El Toyota estaba aparcado de tal forma que quedaba alejado de la calzada, un tanto oculto a primera vista. Eso sumado a la lluvia... le dio mala espina de nuevo.

Rodeó el coche, inspeccionó el neumático pinchado y, siguiendo un impulso,

intentó abrir la puerta.

En cuanto la abrió, el mal presentimiento se transformó en una preocupación real.

Movida por dicha preocupación corrió hacia el edificio y llamó a las puertas de cristal. El guardia de seguridad apareció poco después en el vestíbulo y su lenguaje corporal puso de manifiesto que se trataba de un policía jubilado.

Mirada penetrante. Sesenta y pocos, calculó. Levantó su credencial para que el hombre la viera a través del cristal.

El guardia de seguridad le echó un vistazo al carnet y a ella, y después usó el intercomunicador.

—¿Algún problema?

—Soy la agente especial Erin Mantz. Estoy buscando a Kati Starr. Su coche está en el aparcamiento, con una rueda trasera pinchada. Lo ha dejado abierto. Necesito saber si está ahí dentro o, en caso contrario, la hora a la que se fue.

El guardia inspeccionó el aparcamiento antes de volver a mirarla a la cara.

—Un momento.

Mantz sacó el móvil. Tras identificarse con su nombre y su número de agente, pidió los números de teléfono de la casa de Starr, de su móvil y de la oficina.

Al llamar al móvil le saltó el buzón de voz. El guardia de seguridad volvió en ese momento.

—Fichó a las nueve y cuarenta. Aquí no hay nadie. Ya se han ido hasta los de la limpieza. —El vigilante titubeó un instante, pero sacó la llave para abrir la puerta—. He intentado llamarla a su casa y a su móvil —añadió mientras abría—. Pero salta el buzón de voz.

—¿Se fue sola?

—Según la grabación de seguridad del vestíbulo, salió sola.

—¿Hay cámaras en el aparcamiento?

—No. Sólo hasta la puerta, y la atravesó sola. Lo normal en ella —comentó—. No viaja en grupo ni se relaciona mucho con sus compañeros de trabajo. De haber tenido problemas con el coche, habría vuelto a entrar, y habría firmado el registro, para pedir ayuda por teléfono. Sería lo lógico. Nadie entró ni salió durante los veinte minutos posteriores a que ella se marchara.

Mantz asintió con la cabeza y marcó el número de su compañero.

—¿Tawney? Tenemos un problema.

Al cabo de una hora los agentes habían convencido al casero de Kati Starr para que abriera el apartamento, habían levantado a su editor y les habían tomado declaración al guardia de seguridad y al personal de limpieza.

El editor bloqueó sus intentos de acceder al ordenador del trabajo.

—No sin una orden judicial. Lo más probable es que esté siguiendo una pista o que esté en la cama con su novio.

—¿Tiene novio? —preguntó Mantz de mala manera.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Starr es muy celosa de su vida privada. Tiene una rueda pinchada, vale, ¿y qué? Seguro que llamó a un taxi.

—Ninguna compañía local realizó un servicio a esta dirección.

—¿Y sólo por eso pretende que me crea que ha pasado algo malo? ¿Para poder meterle mano a sus archivos? No sin una orden judicial.

Mantz sacó el teléfono y se volvió asqueada para contestar.

—¿Dónde? Seguid con eso. Vamos para allá. Tenemos localizado el móvil.

—Ya está, ¿lo ve? —El editor se encogió de hombros—. Con su novio o tomándose una copa por ahí. Se lo merece.

—Tomándose una copa... —repitió la agente Mantz entre dientes mientras observaba el aparcamiento de la zona de descanso bajo la lluvia y se ponía los guantes protectores—. Ha dejado el móvil encendido para que localizáramos la señal. Para que viniéramos a este sitio. —La impaciencia la consumía mientras la unidad de investigación científica se encargaba de la escena. Cogió el iPhone—. Tendremos que volcar la información y analizarla. —Miró a Tawney—. Tiene que ser Eckle. No es una coincidencia que alguien la secuestrara en el aparcamiento. Ha sido él. La ha secuestrado delante de nuestras narices. No encaja con el perfil de sus víctimas, pero encaja con él. Como un guante. No lo hemos visto venir.

—No, no lo hemos visto venir. —El agente Tawney le dio una bolsa de plástico para que guardara el teléfono—. Nos lleva un par de horas de ventaja, pero nos hemos adelantado según sus planes. Mucho. Nadie repararía en la desaparición de Kati Starr hasta mañana por la mañana, e incluso entonces... su editor podría mosquearse al ver que no aparecía, pero no se alarmaría hasta el punto de llamar a la policía. No hasta que pasaran horas, hasta que alguien se diera cuenta de que su coche seguía en el aparcamiento. Contaba con tener unas doce o incluso trece horas de ventaja. Sólo tiene dos. Quiero que los agentes salgan a la calle. Ya. Yo conduzco, tú hablas por teléfono. —Echó a andar hacia el coche—. Quiero policías comprobando todos los hoteles, moteles y edificios de apartamentos de alquiler. Céntrate primero en los lugares más apartados. Y baratos. Está acostumbrado a vivir de forma espartana. No necesita lujos. Quiere un sitio donde nadie observe más de la cuenta, donde a nadie le interesen los demás. —Puso en marcha el coche sin pérdida de tiempo—. Necesita provisiones. Comida —siguió mientras Mantz trasladaba las órdenes por teléfono—. Sitios de comida rápida, restaurantes de carretera. Estaciones de servicio. Sí, las estaciones de servicio son la mejor opción. Adquiere todo lo que necesita en una sola parada y sigue.

—Tiene el portátil de Kati Starr. Salió con él de la oficina, así que lo tendrá Eckle. A lo mejor lo usa. Podríamos seguirle la pista. De momento se cree a salvo, hasta mañana. Podríamos enviarle un correo electrónico a Kati. Creamos una cuenta de correo ficticia, un usuario falso. Y le decimos que tenemos una pista. Información sobre el Asesino del Pañuelo Rojo II. «¿Cuánto me pagarías por contártela?» —La agente Mantz miró a su compañero—. A lo mejor pica. Y si responde, podemos localizarlo.

—Regatear, mantenerlo interesado. Podría funcionar. Diles a los informáticos que se pongan a ello.

Eckle durmió sobre el cobertor, totalmente vestido. Su mente funcionaba a la velocidad del rayo. Muchas cosas que hacer. Mucho que analizar. Mucho que imaginar. Su vida nunca había estado tan repleta de cosas, tanto que sus sueños estaban llenos de color, olor, movimiento y sonido.

Soñó con lo que le haría a Kati. A la inteligente y brillante Kati. Ya tenía el sitio, esperándolo. El sitio perfecto. Con toda la intimidad que necesitaba. La ironía de la situación era tan dulce como el caramelo.

Y cuando acabara con ella, o tal vez antes, cogería a Fiona. Mientras buscaban a una, se llevaría el premio que Perry perdió.

A lo mejor la dejaba mirar mientras le hacía cosas a Kati. La obligaba a mirar mientras la hacía pasar de la vida a la muerte. Tendría muy poco tiempo para estar con Fiona, ¿no enriquecería eso la brevedad?

Así que soñó con dos mujeres amoratadas y ensangrentadas. Soñó con sus

miradas implorantes. Soñó con sus súplicas, con sus intentos de engatusarlo. Soñó con verlas hacer cualquier cosa que les ordenaba que hicieran, con decir lo que él les ordenaba que dijeran. Soñó con verlas atentas a él como nadie lo había estado nunca.

Él sería el centro de sus vidas. Hasta que las matara.

Soñó con una habitación aislada de la luz del sol, una habitación teñida de rojo, como si la viera a través de un fino pañuelo de seda roja. Soñó con gemidos sofocados, con chillidos y alaridos.

Y se despertó sobresaltado, respirando de forma superficial mientras sus ojos volaban por la habitación.

¿Había alguien en la puerta? Metió la mano debajo de la almohada en busca de su pistola, con la que se metería una bala en la cabeza si lo acorralaban.

Nunca iría a la cárcel.

Contuvo la respiración y aguzó el oído. Sólo la lluvia. Pero había escuchado algo más que la lluvia. Un clic, como si hubieran girado un pestillo o...

Soltó el aire despacio.

Un correo electrónico. Había dejado el ordenador encendido mientras se cargaba la batería.

Lo cogió y se lo llevó a la cama. Vio que había un correo sin abrir en la bandeja de entrada. El asunto rezaba: «Asesino del Pañuelo Rojo II». Al leerlo sintió un escalofrío por la emoción. Por precaución, comprobó si el remitente estaba en la lista de contactos de Kati. Era nuevo.

Siguió con la vista clavada en el asunto del correo, en el nombre del remitente, mientras la emoción subía y bajaba como la marea. Hasta que lo abrió.

Kati Starr:

He leído tus artículos sobre el Asesino del Pañuelo Rojo II. Creo que eres muy lista. Yo también lo soy. Tengo información que nos beneficiaría a los dos. Una información que creo que querrás para tu próximo artículo. Podría ir a la policía, pero ellos no pagan. Quiero 10.000 dólares, y que me cites como una fuente anónima. La chica ya está muerta, así que no puedo ayudarla. Pero puedo ayudarte a ti y también a mí. Si quieres saber lo que sé, dímelo antes de mañana a mediodía. Porque a esa hora le haré la misma oferta a otro periodista.

T. O. (Testigo Ocular)

—No. No. —Meneó la cabeza al tiempo que le asestaba unos golpecitos al monitor con un dedo—. Mientes. Eres un mentiroso. No has visto nada. Nadie me ve. Nadie.

Salvo ellas, se corrigió. Salvo las mujeres a las que mataba. Ellas lo veían.

Era una trampa. Una trampa. Se levantó de la cama para pasear de un lado a otro de la habitación mientras la emoción seguía recorriéndole la piel. La gente mentía. Todos eran unos tramposos.

Sólo él decía la verdad, al final les decía la verdad, ¿o no? Mientras apretaba el pañuelo en torno a sus cuellos, las miraba a los ojos y les decía la verdad. Les decía su nombre, quién las había matado y por qué.

La sencilla verdad.

«Me llamo Francis Eckle y ahora voy a matarte. Porque puedo. Porque me gusta.» Y así morían sabiendo la verdad, como si fuera un regalo. Pero ese testigo ocular... era un mentiroso. Denigraba su trabajo por dinero.

Nadie lo veía.

Pero recordó al hombre de la cola en el Starbucks. El chico de los granos que

lo miró con expresión aburrida en la estación de servicio. El hombre de pelo grasiento que olía a marihuana y que le dio la llave de la habitación del motel con una sonrisilla burlona.

A lo mejor.

Volvió a sentarse mientras releía el correo. Podía contestar exigiendo más información antes de discutir el pago. Eso era lo que haría Kati.

Se sirvió un dedo de whisky mientras sopesaba los pros y los contras.

Compuso una respuesta, quitó cosas, añadió otras, la reescribió varias veces con tanto esmero como si fuera una tesis. Y titubeó con el puntero del ratón sobre el botón de «Enviar».

Podía ser una trampa. A lo mejor el FBI estaba hurgando en el asunto, intentando pararle los pies a Kati. O a él. No acababa de verlo claro, así que se levantó y siguió paseando, bebiendo whisky, analizando el asunto a fondo.

Por si acaso, decidió. La seguridad es lo primero.

Se duchó, se cepilló los dientes, se afeitó el poco pelo que le había crecido en la cabeza y la barba. Guardó sus cosas en el petate.

Y salió de la habitación nada más enviar la respuesta. Compró una Coca-Cola en la máquina expendedora para darse un chute de cafeína, pero se dio cuenta de que no le hacía falta.

La idea de que lo hubieran visto, así como la remota posibilidad de que le estuvieran tendiendo una trampa, le daba energía. Lo excitaba.

En un lugar secreto de su corazón esperaba que lo hubieran visto. Porque eso lo revalorizaba todo. Al pasar le dio un golpecito al maletero.

—Vamos a dar un paseo, ¿eh, Kati?

—¡Por Dios, ha contestado! —Mantz corrió hacia el agente sentado frente al ordenador—. ¡Ha mordido el anzuelo! ¿Puedes localizar el sitio desde donde lo ha enviado?

—Necesito tiempo —contestó el agente, que comenzó a teclear con rapidez.

Mientras tanto, Tawney y ella leyeron la respuesta.

> T.O.:
>
> Me interesa mucho la información si es buena. Sin embargo, no puedo negociar ningún tipo de pago sin contar con algún dato más. Diez mil es mucho dinero, y el periódico exigirá una muestra de buena voluntad por tu parte. Aseguras ser un testigo ocular. ¿De qué? Tendrás que especificar algunos detalles, que dejo a tu elección, antes de que demos el siguiente paso.
>
> Podemos encontrarnos en un sitio público, también de tu elección, si no quieres hablar de esto por escrito ni por teléfono de momento.
>
> Ansiosa por tu respuesta,
>
> Kati Starr

—Es listo y sabe que ella no picaría el anzuelo sin contar con más información —comentó Tawney—. Pero la curiosidad lo obliga a hacerle caso.

—Y nos dice que no va de camino a ningún sitio —añadió Mantz—. Tiene que estar oculto en algún lugar con acceso a internet. Despierto, pero sin moverse. Ha tardado menos de una hora en contestar, y antes se lo habrá pensado. Tenía el ordenador al lado cuando lo enviamos.

—Lo pillé —dijo el agente que trabajaba en el correo, señalando el monitor.

Se pusieron en marcha sin pérdida de tiempo. Agentes, francotiradores y negociadores. Todos con órdenes de rodear el lugar, de ocupar sus posiciones en

silencio.

—El agente que ha despertado al portero de noche dice que se han registrado cuatro hombres —dijo Mantz mientras volaban por la carretera en la oscuridad—. Dos pagaron en efectivo. Ningún cliente alojado en las habitaciones desde ayer ni desde antes. No ha reconocido a Eckle por la foto, no ha visto los coches y no sabría decir si alguno ha entrado sólo en su habitación. En resumen, está colocadísimo y le importa una mierda.

—Quiero equipos en las habitaciones contiguas a las de esos cuatro clientes. A la espera. Hay que contar con la posibilidad de que la tenga con él.

Dejaron el coche en el aparcamiento del restaurante adyacente al motel, que estaba abierto toda la noche, y se pusieron los chalecos antibalas. Tawney reconoció el terreno mientras saludaba a uno de los agentes.

—Cage, ponme al día.

—Lo hemos reducido a dos habitaciones. Las otras dos están ocupadas por parejas, sin signos de que las chicas estén por la fuerza. En una están en pleno revolcón sin cortarse un pelo y en la otra están de bronca porque según ella, él no deja a la zorra de su mujer. Los chicos dicen que las paredes parecen de papel, que se escucha como si estuvieran con ellos.

—¿Y las otras dos?

—En una el tío está roncando de tal manera que en cualquier momento echará las paredes abajo. —Hizo una pausa y se llevó un dedo al auricular—. Una mujer acaba de decirle: «¡Harry, cierra la boca, coño!». Para mí que eso lo elimina. Número cuatrocientos catorce. Hace esquina, está en la parte trasera, orientada al este. El equipo dice que está todo en silencio. No se oye nada.

—Quiero las otras habitaciones vigiladas y el aparcamiento cubierto. No se nos va a escapar.

—Afirmativo.

—¿El portero de noche nos echará la bronca por tirar la puerta abajo?

—Está colocado hasta las cejas. Dice que hagamos lo que tengamos que hacer... Supongo que seguirá fumando y viendo alguna peli porno.

Tawney asintió con la cabeza mientras andaban.

—Quiero hacerlo rápido. Quiero luces en cuanto echemos la puerta abajo. Dejarlo ciego. Que los chicos caigan sobre él como una manada de lobos. ¿Y el coche?

—Ninguno coincide con la descripción ni con la matrícula que tenemos. Ni en el aparcamiento del motel ni en el del restaurante.

—Puede haber cambiado de coche —aventuró Mantz—. Kati podría estar en cualquiera de éstos. En cualquiera.

—La sacaremos en breve.

Tawney tuvo que retroceder mientras los equipos tomaban posiciones. Le encantaría ser él quien echara la puerta abajo. Pero era más importante que el proceso fuera rápido, limpio y seguro.

Y todo salió según sus órdenes. Empuñó el arma y corrió hacia la habitación en cuanto escuchó los gritos de los agentes que declaraban que todo estaba despejado. Se le cayó el alma a los pies. Eso no era lo que quería oír. Antes de llegar a la puerta sabía que Eckle se les había escapado de entre los dedos.

Capítulo 29

Fiona se embadurnó de crema la piel húmeda y canturreó una musiquilla que se le había quedado grabada en la ducha. No terminaba de recordar la letra, pero la melodía era alegre y encajaba con su buen humor.

Tenía la sensación de que había doblado en una esquina y cerrado la puerta. Le gustaba la filosofía de que al cerrar una puerta podía abrir otra, y quizá ya lo hubiera hecho.

Tal vez pecara de inocente, pero estaba convencida de que el FBI atraparía a Francis Xavier Eckle, y que lo haría pronto gracias a la nueva información. Una información que ella había ayudado a recabar.

Había vuelto a salir a patadas del maletero de aquel coche, se dijo.

Entró en el dormitorio mientras tarareaba. Enarcó las cejas, un poco sorprendida, al ver la cama vacía. Lo normal era encontrarse a Simon tumbado, tapándose la cara con la almohada y aferrándose a unos últimos minutos de sueño... hasta que ella bajaba y preparaba el café.

Le gustaba esa rutina, pensó mientras se vestía. Ese equilibrio que existía entre ellos. Le gustaba saber que los perros estaban fuera para su paseo matutino y que Simon bajaría a trompicones la escalera, con un sentido de la oportunidad increíble, tan pronto como el café estuviera listo. Y con el tiempo tan bueno que hacía, se lo beberían y desayunarían lo que fuera en el porche trasero.

Supuso que el canto de sirena del café había sido demasiado fuerte esa mañana como para que Simon esperase, o que ella se había demorado más de la cuenta en la ducha.

Se puso sus Converse verdes y dedicó un par de minutos a peinarse y a maquillarse con sus primeras clases en mente. Calculó que tendría un hueco por la tarde, lo suficiente para ir al vivero.

Si no podía ir sola, aún, Simon tendría que ajustarse a ese hueco y acompañarla. Quería plantar sus jardineras.

Bajó las escaleras corriendo mientras en su cabeza la canción se mezclaba con geranios, petunias y la sesión que había planeado para el adiestramiento en agilidad con obstáculos.

—¡Huelo café! —Su voz la precedió a la cocina—. Y tengo antojo de gofres. ¿Por qué no...? —Lo supo nada más verle la cara, y la sombra bloqueó el sol que brillaba en su mundo—. ¡Dios! ¡Joder! Dímelo deprisa.

—Ha secuestrado a esa periodista. Kati Starr.

—Pero...

—Te lo he dicho deprisa. —Le colocó la taza de café que se había servido en las manos—. Bébetela. Vamos a sentarnos mientras te cuento el resto.

Fiona se obligó a sentarse.

—¿Está muerta?

—No lo sé. Ellos tampoco lo saben. Tawney ha llamado mientras estabas en la ducha. Quería venir a decírtelo en persona, pero no puede escaquearse.

—Vale, no pasa nada. ¿Están seguros? —Meneó la cabeza antes de que Simon pudiera contestar—. Pregunta tonta. No habría llamado si no estuvieran seguros. Estoy intentando mantenerme callada, dejar que me lo cuentes, pero no puedo dejar de parlotear. No cumple el perfil. Está cinco años por encima de la

media de edad. No es universitaria, no tiene la complexión adecuada. Es... —Volvió a menear la cabeza una segunda vez—. No, me estoy equivocando. No cumple el perfil de Perry. Pero este tío ya ha demostrado que quiere dejar su propia huella, ¿verdad? Está harto de seguir las normas de Perry. El muchacho ha crecido y quiere lo que es suyo. Y ella, esa periodista, lo ha convertido en una estrella, ha hecho que sea importante. Le ha dado un nombre. Lo conoce, o eso cree él. Eso lo hace más íntimo y emocionante. Más suyo. —Inspiró hondo—. Lo siento.

—Tú eres la experta en comportamiento, no yo. Pero yo también lo creo. —Observó su cara con atención y consideró que estaba preparada para escuchar el resto—. La secuestró anoche, en el aparcamiento de su lugar de trabajo.

Contuvo a duras penas el impulso de interrumpirlo mientras Simon le contaba los detalles.

—Han estado a punto de atraparlo —murmuró ella—. Nunca estuvieron tan cerca con Perry, no tan pronto después de un secuestro. Sigue viva. Tiene que estar viva. ¿Crees que él lo sabe?

—De momento la teoría es que sólo estaba siendo precavido o que ya había planeado abandonar ese motel antes de esta mañana. Han mandado otro mensaje de correo electrónico diciendo que lo han visto enterrar a su última víctima mientras acampaban de forma ilegal en el parque natural. No ha respondido. Todavía.

—Sigue viva. Los perros están en la puerta, preguntándose por qué tardamos tanto. Vamos fuera. Me vendrá bien el aire fresco.

Se puso en pie y dejó la taza de café, intacta, donde estaba.

Al presentir su estado de ánimo, los perros gimieron, se frotaron contra sus pierna y le rozaron las manos con los hocicos.

—La detesto con todas mis fuerzas —le dijo Fiona—. Sigo sintiendo lo mismo, con la misma intensidad, aunque se me revuelve el estómago al pensar en lo que está pasando ahora mismo. Es un retorcido juego del tira y afloja.

—Es normal. Lo que está pasando no cambia lo que es.

—Ah, pero lo hará. —Se llevó un segundo las manos a los ojos antes de dejarlas caer—. Si sobrevive, lo hará. Jamás volverá a ser la misma. Le hará más daño que a las otras porque le ha cogido el gusto. Como un perro que muerde y que no recibe castigo. Si responde al correo electrónico, podrán rastrearlo de nuevo, aunque siga moviéndose. Harán eso que hacen los del FBI. Analizarán, triangularán y calcularán. De modo que tiene más probabilidades de salir con vida que las otras. Las va a necesitar.

—Tienen algo más. Han interrogado a todas las personas que había en el motel y han dado con un tipo que lo vio. Estaba esperando a la mujer con quien tenía una cita y miró por la ventana al escuchar el coche. Se fijó en el coche porque Eckle aparcó en el extremo más alejado del aparcamiento y estaba lloviendo a mares, así que le pareció raro.

—¿Vio a Eckle? ¿Le vio la cara?

—No llegó a verlo bien. Eckle llevaba el paraguas de forma que le tapaba la cara... y el tío este sólo le echó un vistazo. Pero está seguro de que el coche era oscuro, negro, azul marino o gris oscuro. No lo tiene claro por la lluvia.

—Ha cambiado de coche. O al menos de color. Ya tienen más detalles de los que él cree.

—El testigo va a trabajar con un dibujante del FBI. Incluso ha accedido a probar la hipnosis. Al parecer, le van esas cosas. También están trabajando con el recepcionista. Están casi seguros de que se ha afeitado.

—Vale, eso es una buena noticia. —Intentó no pensar en las miles de carreteras secundarias y autopistas que un hombre sin barba en un coche oscuro podría recorrer o en las hectáreas y hectáreas de parques naturales por las que

podría perderse.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero meterme en la cama, taparme la cabeza, encerrarme en mí misma y clamar al cielo. Pero voy a dar las clases que tengo por la mañana y luego, por la tarde, pienso arrastrarte al vivero y escoger las flores para las jardineras de las ventanas.

—¡Mierda! Pues si ese es el plan, recogeré un poco de madera y dejaré algunos diseños en el Hotel Ensenada.

—Me parece bien. Tengo que estar aquí a las cuatro.

—Pues estaremos de vuelta a las cuatro.

Se obligó a sonreírle.

—¿Por qué no alquilamos alguna película ya que estamos? Algo gracioso.

—¿Puede ser porno?

—No. Tienes que comprar las películas porno por internet para que te lleguen como cualquier envío regular, de modo que nadie sepa a ciencia cierta en la isla que ves porno. Así son las reglas.

—Me conformaré con desnudos y lenguaje soez.

—Trato hecho. —Le colocó una mano en la mejilla—. Tengo que prepararme.

Simon le cubrió la mano con la suya antes de que pudiera apartarse.

—Estamos juntos en esto porque no me dejaste tranquilo hasta que me enamoré de ti. Así que vamos a aguantar todo lo que nos echen. —La besó—. Con o sin porno.

—Si supiera bordar, te juro que lo ponía en un cuadro. —Le devolvió el beso—. Vamos, chicos, es hora de trabajar.

Eckle compró un ejemplar del periódico para leerlo con tranquilidad en el ferry. Le había administrado a Kati otra dosis esa mañana, antes de que se le pasara el efecto de la primera.

La necesitaba tranquila, calladita y relajada. Ése era uno de los errores que Perry había cometido y que él no había repetido... ni repetiría. Perry las quería semiconscientes mientras las mantenía atrapadas, y así fue como Fiona lo venció.

A Eckle le gustaba la idea de que Kati estuviera inconsciente e indefensa en el maletero del coche, apreciaba el terror que experimentaría cuando se despertase en un lugar totalmente distinto. Como por arte de magia.

Sin embargo y de momento, iba a disfrutar del trayecto en ese ferry repleto de turistas y veraneantes. Habría preferido pasar todo el viaje sentado en su coche, pero sabía que eso levantaría sospechas si alguien se daba cuenta. Además, deambular entre los pasajeros, mezclarse con ellos e incluso entablar conversación con algunos era una buena práctica, así como una mejor coartada.

Se detuvo un buen rato hablando con un par de senderistas que habían subido al ferry a pie. Mientras se preparaba para el momento de actuar en Orcas, había estudiado los senderos, los parques y las zonas de acampada, y había visitado varios puntos en otras visitas anteriores. De modo que podía hablar con conocimiento de causa. Y se ganó la gratitud de los excursionistas al invitarlos a un café.

Le restó importancia al gesto.

—Recuerdo lo que era tener vuestra edad y hacer un viaje. Tengo un hijo de vuestra edad. Llegará con su madre la semana que viene.

—¿Va a estar solo hasta que vengan?

Eckle sonrió. Apenas recordaba el nombre de ese chico. Los consideraba a ambos como meras herramientas para un fin.

—Exacto. Voy a estar solo con mis cervezas, en paz y tranquilidad.

—Un plan estupendo. Si decide salir a dar un paseo hoy, empezaremos por el lago Cascade.

—A lo mejor lo hago. Pero creo que me apetece más... —Conocía esa expresión. ¿Cómo era? Sintió que la nuca comenzaba a arderle mientras los chicos lo miraban con una expresión rara—. Me apetece más matar el gusanillo echando la caña —dijo mientras imaginaba que sujetaba las cabezas de ambos debajo del agua —. Se me acaba de ocurrir... Si vais al lago, puedo llevaros hasta Rosario. Así os ahorráis una buena caminata.

—¿En serio? Sería genial. —Los muchachos se miraron entre sí y asintieron con la cabeza.

—Gracias, Frank.

—De nada, hombre. Ya casi hemos llegado. ¿Por qué no nos vamos preparando y metéis vuestras cosas en el coche?

Era Frank Blinckenstaff, de Olympia. Un profesor de instituto casado con Sharon y padre de Marcus. Por supuesto, ninguno de los dos le había preguntado por Sharon o por Marcus, ya que eran demasiado egocéntricos como para acordarse de hacerlo. Él sólo era una herramienta para conseguir un fin... al igual que ellos.

—El maletero está lleno —les advirtió con una sonrisa deslumbrante que a uno de los chicos le provocó un escalofrío—. Pero hay sitio de sobra en la parte trasera.

Ambos titubearon pero después se encogieron de hombros. Al final acabó bajando del ferry y pasó ante la atenta mirada del oficial que comprobaba los coches con el aspecto, o eso creía, de un padre que iba de vacaciones en compañía de sus dos hijos.

Nadie lo había visto, se repitió. Y era perfecto.

Dejó a sus pasajeros y se olvidó de ellos. Eran como fantasmas, como los estudiantes que entraban y salían de su aula. Temporales, insustanciales, insignificantes.

Su pasajera más importante pronto comenzaría a despertarse, pensó, de modo que tendría que seguir el horario que se había marcado si quería darle, y también darse a sí mismo, un poco de tiempo antes de que recuperara la consciencia del todo.

Había llegado el momento del siguiente acto.

La emoción le provocaba mariposas en el estómago. Nadie lo vería. Sólo verían a Frank Blinckenstaff, de Olympia. Atravesó el concurrido pueblo y recorrió las serpenteantes carreteras hasta adentrarse en el parque natural. Tuvo que secarse las palmas de las manos en los vaqueros al pensar en Fiona. Tan cerca, tan cerca que casi podía tocarla.

Podría haberle dicho al atento oficial del ferry que le quedaban unos cuantos días de vida. Unos cuantos días en los que comer, dormir y enseñar. Unos cuantos días de angustia. Unos cuantos días antes de que él pagara su deuda con su mentor, antes de que los convirtiera a ambos, a Perry y a ella, en otros fantasmas que entraban y salían de su vida.

Y en cuanto lo hubiera hecho, lo conseguiría. Por fin sería él mismo.

Viviera o muriera, sería él mismo.

Circuló por las sinuosas carreteras, tomando despacio las curvas pronunciadas, y sonrió al ver que el bosque se cerraba. Como una cortina, pensó, una cortina verde que mantendría bien corrida mientras trabajaba.

Enfiló el estrecho camino de entrada y lo recorrió mientras la emoción crecía hasta que casi le temblaron las manos.

Vio el coche que había delante de la pintoresca cabaña rodeada por esa cortina verde. Tal como le había prometido, su casera lo estaba esperando.

Se percató de que las ventanas estaban abiertas. Aireando la casa para él. Había parterres de flores en el porche. Tendría que acordarse de regarlos por si acaso la mujer volvía para ver cómo estaba.

Mientras aparcaba junto al coche, la dueña salió a recibirlo. Tuvo que repetirse su nombre una y otra vez para que fuera una persona real.

—¡Señora Greene!

—Meg —lo corrigió ella, y bajó los escalones para estrecharle la mano—. Bienvenido. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Estupendo. No sabe cuánto me alegro de estar aquí. —Mantuvo la sonrisa en los labios mientras un perro se acercaba para saludarlo—. Hola, bonito, ¿qué tal?

—*Xena* y yo hemos arreglado la cabaña un poquito.

—Vaya, no tendría que haberse molestado. Sólo estaré yo durante estos días. Espere a que Sharon y Marcus lleguen. Va a ser un flechazo.

—Eso espero. Le hemos dejado los alimentos básicos. Y no diga que no tendríamos que habernos molestado, porque entra en el paquete. ¿Y si le ayudo con el equipaje y le enseño la casa de nuevo? ¡*Xena*! Aléjate de ahí.

—Seguro que ha olido mis aparejos de pesca —replicó Eckle mientras la perra olisqueaba alrededor del maletero del coche. Se le endureció la voz. Se imaginó que comenzaba a darle patadas al animal y que asfixiaba a su dueña—. Ya sacaré el equipaje después. Y no tiene por qué enseñarme de nuevo la casa, señora... Meg. Creo que antes de nada voy a dar un largo paseo para estirar las piernas.

—Si eso es lo que quiere... Le he dejado las llaves en la encimera de la cocina y tiene una lista con todos los números de teléfono en la puerta del frigorífico. El folleto que hay en la sala de estar contiene toda la información necesaria sobre la cabaña, la carta del restaurante, las tiendas y el parque natural. ¿Está seguro de que no quiere contratar el servicio de limpieza?

—Estaremos bien. —Iba a matarla si no se marchaba pronto. Sí, la mataría a ella y a su perra cotilla si no se iba en menos de un minuto. La verdad era que no le quedaría otra alternativa.

—En fin... si cambia de idea o necesita algo, sólo tiene que llamar. Disfrute de la cabaña y de la tranquilidad. Y buena suerte con su artículo.

—¿Cómo?

—Con su artículo. ¿No iba a escribir un artículo turístico?

—Sí, claro. Estaba pensando en otra cosa. —Soltó una carcajada forzada, lo más natural que fue capaz—. No me he tomado mi dosis de café esta mañana.

—Hay una lata de café en el frigorífico.

Treinta segundos, pensó. Vive o muere.

—Se lo agradezco.

—Lo dejaré para que pueda dar ese paseo. Vamos, *Xena*.

Esperó y, dado que empezaron a temblarle los dedos, se metió las manos en los bolsillos mientras la perra la seguía hasta su coche. Vio cómo el animal miraba el maletero, ansiosa por acercarse a olfatear.

«Voy a matarte a patadas y luego te despedazaré y te enterraré con la zorra de tu dueña.»

Esbozó una sonrisa tensa y se sacó una temblorosa mano del bolsillo para devolverle el gesto de despedida a Meg.

Y empezó a hacer ejercicios de respiración, exhalando el aire como una turbina mientras la veía alejarse por el camino y desaparecer entre los árboles.

«Mejor que las perras curiosas no se acerquen.»

Tardó un buen rato en acomodarse. Tuvo que cerrar con pestillo todas las

ventanas y correr todas las cortinas. En el acogedor dormitorio que su parlanchina casera le había enseñado durante su anterior visita y que había tildado como perfecto para su hijo imaginario, cubrió la cama con un plástico.

Deshizo el equipaje, guardando sus cosas con pulcritud en el armario y en la cómoda, y dejando lo necesario en la encimera del cuarto de baño mientras disfrutaba de la tranquilidad y del espacio. Se había acostumbrado a diminutas habitaciones en moteles, a camas destartaladas, así como a sonidos y olores espantosos.

Eso era un lujo.

Satisfecho con sus preparativos y su intimidad, salió al exterior. Se demoró unos minutos disfrutando del silencio, de la paz. Acto seguido, abrió el maletero.

—¡Estamos en casa, Kati! Voy a enseñarte tu dormitorio.

Kati se estremeció mientras recobraba la conciencia, dolorida, aturdida y con ganas de vomitar. Tenía la sensación de estar flotando en un río helado lleno de esquirlas de hielo que le rasgaban la piel. Veía puntitos rojos y negros, que no paraban de girar, haciendo que se mareara. A través de la bruma que le nublaba la cabeza, escuchó canturrear a alguien. Sintió un dolor abrasador y repentino en el brazo que le arrancó un jadeo sorprendido, pero no logró aspirar suficiente aire.

Mientras intentaba forcejear, mientras intentaba abrir los ojos, el canturreo cesó.

—Vaya, por fin estás despierta. Has dormido mientras te daba un baño. Créeme, te hacía falta. Te habías puesto perdida y apestabas. Con razón ese chucho no dejaba de olisquear.

Intentó fijar la vista en la cara que tenía sobre la suya, pero sus rasgos le parecían demasiado duros, demasiado deslumbrantes. Los ojos. La sonrisa. Intentó apartarse.

—No he podido presentarme antes. Soy Francis Eckle. Pero puedes llamarme el Asesino del Pañuelo Rojo II.

El miedo la inundó como una marea, y mientras meneaba la cabeza rechazando sus palabras, esa dura y deslumbrante sonrisa se ensanchó.

—¡Soy un fiel seguidor tuyo! Y voy a darte una entrevista en exclusiva. Es la historia de tu vida, Kati. Piénsalo. Lo sabrás todo, lo vivirás todo en primera persona. —Le dio unas palmaditas en la cara—. ¡El Pulitzer está a la vuelta de la esquina! Claro que te va a costar, pero ya hablaremos de eso. Te dejaré para que te acomodes. —Se inclinó sobre ella y le susurró al oído—: Voy a hacerte daño. Y voy a disfrutarlo. Piénsalo. —Se apartó y esbozó esa sonrisa deslumbrante de nuevo—. En fin, la emoción me ha despertado el apetito. Voy a bajar a comer. ¿Quieres algo? ¿No? —Se rió de su propio chiste mientras las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Kati—. Hasta dentro de un rato.

Sentaba bien hacer algo normal, algo divertido, pensaba Fiona. Y le sentó mucho mejor deambular por el vivero y detenerse a hablar con sus vecinos. En ese instante se dio cuenta de lo mucho que se había aislado esa última semana al no alejarse de la casa.

Comprendió que echaba de menos las salidas, los recados y los cotilleos bienintencionados de los que se enteraba cuando iba de compras.

Incluso le gustó el interludio que le dedicaron a la madera y a la maquinaria.

Simon se pasó todo el rato vetando sus elecciones sobre plantas o encogiéndose de hombros para darles el visto bueno. Hasta que se acercó a una dalia.

—Coge una. Todas tienen tallos, hojas y pétalos.

—Y eso lo dice un hombre que se ha pasado media vida decidiendo qué tiradores escoger.

—Los tiradores no se marchitarán con las primeras heladas.

—Lo que hace más importante todavía la elección de una dalia, ya que su vida es muy corta.

—Esta misma. —Simon cogió una al azar—. No puedo vivir sin ésta.

Soltó una carcajada, aunque cogió dos más.

—Perfecto. Ahora quiero una planta de aquellas azules. —Señaló unas lobelias—. Quedarán estu... ¡Meg, Chuck!, ¿qué tal?

Sus amigos se volvieron. Meg tenía las manos llenas de clavellinas.

—¡Hola! ¡Qué preciosidad! —Meg miró a Simon con una sonrisa—. Seguro que ya has hecho esas jardineras para las ventanas.

—Sí —confirmó él mientras Chuck y él intercambiaban una breve aunque sufrida mirada por encima de las cabezas de las mujeres.

—¿Vas a plantar otro parterre? —preguntó Fiona.

—No. Resulta que fui a abrir la cabaña para un nuevo inquilino y Chuck se quedó en casa, así que empezó a limpiar el cobertizo.

—Si lo intento cuando ella anda cerca, es imposible tirar nada.

—Nunca se sabe, ¿no? Iba a tirar una cuba vieja.

—Chatarra —masculló Chuck.

—No lo será en cuanto planté estas clavellinas y la ponga en el patio. Había pensado en hundir uno de los lados en la tierra, para que parezca que está tirada al descuido. Será un trocito de arte paisajístico en vez de un trozo de chatarra.

—Meg siempre está pensando en el modo de reutilizar las cosas.

Fiona soltó las flores en el carrito.

—Odio tirar las cosas.

—Supongo que al final acabamos ahorrando —comentó Chuck—. La cabaña la decoró básicamente con muebles de segunda mano y chismes de mercadillos que arregló.

—Así que tenéis un inquilino —dijo Fiona mientras escogía una lobelia.

—Sí, dos semanas. El marido ha venido solo para pasar la primera. La mujer y el hijo llegarán la semana que viene. —Meg cogió un par de macetas de lobelia, las colocó al lado de las clavellinas y tras decidir que le gustaba el efecto, las metió en el carrito—. El hijo tiene una competición de natación o algo así que no quiere perderse. El padre es un profesor de instituto y escribe artículos turísticos. Ojalá haga uno sobre Orcas y la cabaña. Nos vendría muy bien. Aunque es un poco rarito —añadió mientras miraban otras plantas—. Vino hace un par de meses y me pidió ver la cabaña. Quería un lugar tranquilo y apartado, donde pudiera escribir.

—No le veo nada raro.

—Pues tiene que gustarle mucho la soledad, porque esta mañana prácticamente me ha echado. No ha querido contratar el servicio de limpieza, así que lo siento mucho por su mujer. Pero ha pagado en efectivo, todo por adelantado, y con eso se compran muchas flores.

—¿Investigáis a vuestros inquilinos?

Meg parpadeó al escuchar la pregunta de Simon.

—Pues... En realidad, tampoco podemos hacer mucho. La mayoría de la gente alquila la cabaña para un par de semanas, incluso para un fin de semana en temporada baja. Aceptamos una fianza y rezamos para que no pase nada. De momento no hemos tenido problemas graves. ¿Estás pensando en comprar una cabaña para alquilarla?

—No. ¿Tenéis muchos inquilinos que paguen en efectivo?

—No muchos, pero a veces lo hacen. A algunas personas no les gusta tener

que darnos el número de su tarjeta de crédito.

—¿Qué aspecto tiene?

Meg miró a Fiona, que guardaba un silencio muy impropio de ella.

—Pues... Es... ¡Madre de Dios! ¿Crees que podría ser...? Dios, Simon, me estás asustando. En fin, es... Tendrá unos cuarenta y pocos. Tengo su permiso de conducir en la ficha porque pedimos una identificación, pero no recuerdo el cumpleaños. Va bien afeitado, incluso la cabeza, más lisa que una bola de billar. Es educado y bastante agradable. Me habló de su mujer y de lo mucho que le gustaría la cabaña a su hijo. Incluso me preguntó si el chico podría traer a un amigo durante unos días.

—Todos estamos un poco nerviosos. —Fiona le pasó una mano a Meg por el brazo.

—¿Quieres pasarte por la cabaña y echarle un vistazo? —preguntó Chuck.

—No podemos echarle un vistazo a todo el que haya alquilado una casa, que esté de acampada o que pase unos días en un hotel o en un hostal —señaló Fiona—. Están vigilando el ferry.

Tenía que bastar.

Fiona esperó hasta estar en la camioneta de regreso a casa para hablar.

—Se me olvida, o no lo tengo siempre presente, lo mucho que te preocupas. Y no le quites importancia —dijo cuando Simon se encogió de hombros para hacer precisamente eso—. Este asunto ha estado presente casi desde el principio de lo nuestro. Como una sombra en la habitación, todo el tiempo. Y estoy tan ocupada pensando en él o diciéndome que no piense en él, que se me olvida que a ti también te preocupa.

Simon no dijo nada durante más de un kilómetro.

—No te quería, ¿sabes?

—Simon, esas palabras me han llegado al alma.

—No te quería porque sabía de sobra que te meterías en mi puñetera vida, y que encontrarías la forma de que me gustase tu presencia. De que la necesitara. Y de que te necesitara a ti. Y eso es lo que ha pasado. Eso sí, cuando algo es mío, lo conservo y lo cuido.

Enarcó las cejas al escucharlo.

—¿Como un cachorro?

—Interprétalo como quieras.

—Voy a tener que pensarlo.

—La policía, los federales... todo eso está muy bien. Hacen lo que tienen que hacer. Pero nadie va a pasar por encima de mí para llegar hasta ti. Nadie.

En esa ocasión Fiona guardó silencio hasta que enfilaron el camino de entrada a su casa.

—Sabes muy bien que puedo cuidarme sola. No, espera... lo sabes. Y porque lo sabes, escucharte decirme eso, sabiendo que lo dices en serio, hace que me sienta más cuidada y protegida de lo que me he sentido en muchísimo tiempo. —Inspiró hondo—. Así que voy a plantar las jardineras y después voy a dar la clase de la tarde. Y voy a esperar de todo corazón que encuentren a Kati Starr, viva, y que pronto, muy pronto, nos libremos de esa sombra para que estemos los dos solos.

—Con una manada de perros.

Fiona sonrió.

—Sí.

Eckle salió del cuarto de baño, recién duchado, con unos calzoncillos limpios y una camiseta. En la cama, el gemido de Kati quedó amortiguado por la cinta

adhesiva mientras sus ojos, casi cerrados por completo debido a la hinchazón, seguían sus movimientos.

—Así está mejor. No sabía cómo me iba a resultar una violación porque el sexo nunca me ha parecido importante. Pero me ha gustado. Ha sido una experiencia totalmente nueva, y todas las experiencias nuevas son importantes para completar la imagen... Gracias. Con la violación se evita el estrés, ya que no hay que preocuparse por darle placer a la zorra que se abre de piernas para ti. —Acercó la silla del escritorio a la cama y se sentó—. Me gusta provocar dolor. Siempre lo he sabido, pero dado que no es aceptable según las «normas establecidas»... —añadió, entrecomillando con los dedos esas dos palabras—. Pues enterré el impulso. No era un hombre feliz, Kati. Vagaba sin rumbo, encerrado en una vida gris. Hasta Perry. Eso se lo debo a él. Le debo haberme dado a Fiona. Pero ¿esto? ¿Todo lo demás? Es mío por completo. Y ahora... —Le dio unos golpecitos a la minigrabadora que había sacado de su bolso y la dejó en la mesilla de noche—. Voy a ponerla en marcha y vamos a mantener una conversación. Vas a contarme todo lo que sabes, todo lo que tus fuentes te han soplado. Si gritas, aunque sea una sola vez, volveré a ponerte la cinta adhesiva y empezaré a romperte los dedos. No hay nadie que pueda escucharte, pero no vas a gritar, ¿verdad, Kati? —Mientras hacía la pregunta, se inclinó hacia ella y le torció un meñique, hasta que Kati se quedó blanca como el papel—. ¿Verdad, Kati?

Ella negó con la cabeza y arqueó la espalda como si así pudiera escapar del dolor.

—Bien. Esto te va a doler. —Le quitó la cinta adhesiva con un brutal tirón y asintió con la cabeza, satisfecho, cuando la vio contener el grito—. Muy bien. Dame las gracias.

Kati comenzó a respirar entrecortadamente, tanto que el pecho le temblaba, pero consiguió emitir un susurro audible. Y lamerse los labios.

—Por favor. Agua. Por favor.

—¿Esto? —Sostuvo la botella—. Seguro que estás sedienta. —Le dio un fuerte tirón del pelo, sujetándole la cabeza hacia atrás, y le echó el agua directamente en la boca, haciendo que ella se atragantara, escupiera y tosiera—. ¿Mejor? ¿Qué se dice?

Kati le dio las gracias.

▲

Capítulo 30

Tenían más de lo que esperaba, aunque no lo suficiente para pillarlo desprevenido. Tawney y su compañera habían estado en College Place, aunque Kati no podía confirmar si habían estado en la universidad o en su apartamento. De hecho, fue incapaz de confirmarle los lugares exactos en los que habían estado a pesar de partirle dos dedos. Su fuente no le había dado los datos, o no tenía ningún dato que darle.

Pero habían estado allí, de eso estaba seguro. Habían toqueteado sus cosas, fisgoneado en la vida diaria de la persona que era antes. Aunque tampoco importaba, decidió. Ya no eran sus cosas. Pertenecían a otra vida. A la vida gris.

Tal como pensaba, estaban vigilando el ferry. Y Fiona se había mudado a casa de su amante. Nunca estaba sola.

Había superado el primer contratiempo y ya tenía planeado cómo superar el segundo. La clave yacía inconsciente sobre el plástico.

Reflexionó sobre el correo electrónico. Era una trampa, tal como había sospechado. Estaba seguro. Habían pensado que podían engañarlo, superarlo en astucia, pero él era demasiado listo.

Sopesó brevemente la idea de volver a meter a la periodista en el maletero y regresar en el primer ferry de la mañana al continente, o tal vez buscar un sitio en otra de las islas. Pero eso implicaría dejar a Fiona, y una deuda era una deuda. Además, el estudiante superaría al maestro cuando matara a Fiona. Enmendar el error de Perry sería parte de su legado. De su fama y su leyenda.

La lástima era no poder dedicarle más tiempo a Kati, ya que no podía arriesgarse a pasar dos o tres días con ella como había esperado. Eso le dejaba poco tiempo para tratar la colaboración en su libro.

Así que tendría que encargarse de la mayor parte del mismo, obligado como estaba a poner en marcha la siguiente fase del plan antes de tiempo.

Observó a Kati y se encogió de hombros. La verdad era que no había mucho más que quisiera hacer con ella.

Decidió estudiar los mapas otra vez antes de irse a la cama. Después se prepararía un buen desayuno. Quería ponerse en marcha antes del amanecer.

Mientras salía del dormitorio decidió que había hecho bien en romperle los dedos de una mano en vez de los de un pie. Así no tendría que cargar con ella todo el camino.

Simon ni siquiera puso música y buscó trabajo para hacer en el porche del taller. Así podría ver en todo momento a Fiona y comprobar quién entraba o salía.

Otro favor más que le debía a Eckle, pensó. El hecho de no poder concentrarse en su trabajo, la imposibilidad de poner la música a todo volumen.

Ya había decidido que esperaría una semana más y que después, fuera cual fuese la agenda de Fiona, la sacaría de la isla una temporada. Y sería innegociable. Irían a ver a sus padres a Spokane para matar dos pájaros de un tiro, ya que de esa forma su madre dejaría de darle la lata para que le presentara a Fiona cada vez que hablaban por teléfono o que le enviaba un correo electrónico.

Ya había elegido el martillo con el que daría ese golpe. Sacrificaría las pelotas

de su perro. Fiona quería que *Tiburón* estuviera castrado, y no paraba de dejarle información al respecto repartida por toda la casa. Cedería. Y ella también se vería obligada a ceder. Lo siento, colega, pensó.

Y después se irían a Spokane, la manada al completo si ella así lo quería. Alquilaría una camioneta más grande si era necesario. Conducir llevaba más tiempo, y cuanto más tiempo pasara, mejor en su opinión.

Si Tawney y Mantz seguían sin pillar a Eckle cuando volvieran, ninguno de los dos merecía llevar la placa.

Levantó la vista al escuchar el ruido de un coche y soltó la brocha con la que estaba pintando los taburetes de cocina al ver que era la policía.

Ojalá llevaran buenas noticias.

—Davey. —Fiona salió de la casa—. Llegas en buen momento. Los últimos alumnos se fueron hace diez minutos. Los siguientes estarán aquí en veinte. —Se llevó los nudillos de una mano al esternón, allí donde el aire parecía quedársele atascado—. ¿Está viva?

—No la han encontrado todavía, Fi.

Fiona se sentó en los escalones del porche y abrazó a los perros cuando éstos la rodearon.

—Nos han enviado un retrato robot. Lo mejor que han conseguido con los dos testigos del motel. Te he traído una copia. —La sacó de la carpeta que llevaba y se la dio.

—No parece él, o como era antes, vamos. Menos los ojos. Los ojos sí.

—Los testigos no estaban seguros. Han hecho una combinación.

—Tiene la cara más... más gorda y sin la barba parece más joven. Pero... la gorra cubre demasiado, ¿verdad?

—El portero de noche no les sirvió de mucho, o eso nos han dicho. El otro hizo lo que pudo. Teniendo en cuenta que apenas vio a Eckle. Dejó huellas en la habitación. Me refiero a Eckle. Las han comparado con las que han encontrado en el apartamento. De momento no ha vuelto a picar con lo del correo electrónico. —Asintió al ver que Simon se acercaba a ellos—. No creen que vuelva a hacerlo, así que esta tarde le darán a la prensa su nombre y este retrato robot. Saldrá en todos los medios dentro de un par de horas. Seguro que alguien acaba por reconocerlo, Fi.

Simon guardó silencio mientras le quitaba el retrato robot a Fiona para echarle un buen vistazo.

—Vamos a pegarlos en el ferry y el puerto —siguió Davey—. El periódico de Starr ofrece una recompensa de medio millón si alguien aporta información sobre ella o sobre Eckle. Le estallará en la cara, Fi.

—Sí, pero espero que le estalle lo bastante pronto como para salvar a Starr.

La había obligado a caminar. Pese a las anfetaminas y al batido proteínico que la había obligado a tomar, habían tardado tres horas en llegar. Tropezó y se cayó muchas veces, pero eso lo alegró. Quería dejar un buen rastro. Allí donde no le quedó más remedio, la arrastró, y disfrutó mucho. Sabía a dónde iba y cómo acceder al lugar.

Al lugar perfecto. En su opinión, una idea brillante.

Cuando por fin se detuvieron, tenía la cara sucia, totalmente amoratada, cubierta de arañazos y cortes. La ropa que él había lavado y le había puesto estaba hecha jirones.

No lloró ni forcejeó mientras la ataba al árbol. Su cabeza cayó hacia delante y dejó las manos laxas en el regazo.

Tuvo que abofetearla varias veces para que recuperara el conocimiento.

—Voy a dejarte aquí un rato. Volveré, no te preocupes. Puedes morir de deshidratación o por alguna infección. —Se encogió de hombros para transmitirle la idea de que su situación era inevitable—. Espero que no, porque me apetece mucho matarte con mis propias manos. Después de que mate a Fiona. Una por Perry y otra por mí. ¡Por Dios, Kati, apestas! Mejor así, pero ¡uf! A lo que iba, cuando hayamos acabado, voy a escribir la historia en tu nombre, la enviaré con tu nombre y ganarás el Pulitzer. A título póstumo, pero creo que tienes muchas papeletas para conseguirlo. Hasta luego.

Se tomó una pastilla, él también necesitaba el subidón, y se puso en marcha corriendo a buen ritmo. Sin el peso muerto de la pobre Kati, calculaba que tardaría la mitad del tiempo que había necesitado para llegar con ella a rastras. Estaría en la cabaña antes del amanecer, o justo después de que amaneciera.

Tenía mucho trabajo que hacer antes de emprender el camino de regreso.

Simon observó a Fiona, que impartía su siguiente clase casi sin fuerzas. Y decidió que había llegado al límite. En cuanto acabó lo que tenía que hacer, esperó a que se fuera el último coche y a que ella entrara en casa.

La encontró en la cocina, pasándose una lata fría de Coca-Cola Light por la frente.

—Qué calor hace hoy. —Se apartó la lata de la frente y la abrió—. Da la sensación de que el cielo se ha venido abajo y el sol está justo encima de las copas de los árboles.

—Ve a darte una ducha para refrescarte. Tienes tiempo —añadió antes de que ella pudiera protestar—. Sylvia va a sustituirte en las dos clases que te quedan.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque tienes pinta de estar hecha polvo y seguramente te sientas peor todavía. Anoche no pegaste ojo, y lo sé porque yo era el tío que intentaba dormir a tu lado. Estás tensa y agotada. Así que dúchate y duerme un rato. Si quieres que te dé el bajón, adelante, mientras yo no te vea, me da igual. Dentro de un par de horas, pediré la cena.

—Para el carro. —Fiona soltó la lata muy despacio—. Son mis clases, es mi negocio y yo decido. Tú no tienes ni voz ni voto para decir cuándo estoy bien para impartir clases o cuándo necesito una puñetera siesta. No estás al mando.

—¿Crees que quiero estarlo? ¿Crees que me apetece estar pendiente de ti? Pues estás muy equivocada, porque es un coñazo.

—Nadie te ha pedido que estés pendiente de mí.

Simon la agarró de un brazo y la sacó de la cocina.

—Como no me sueltes, te doy.

—Sí, ya. —La metió de un empujón en el baño y la colocó delante del espejo —. Mírate. No podrías darle ni a un niño de tres años. Cabréate todo lo que quieras, porque más cabreado estoy yo. Y recuerda que soy más grande y más fuerte, y que tengo más mala leche que tú.

—Oye, pues te pido perdón por tener tan mal aspecto. Y gracias por tener en cuenta mis sentimientos y por decirme a la cara que estoy hecha una mierda.

—Tus sentimientos no son prioritarios.

—¡A buenas horas! ¿Sabes lo que te digo? Que te vayas a trabajar, que yo seguiré a lo mío. Y cuando acabe, me iré al desastre ese que tienes por habitación de invitados y dormiré allí para no molestarte por las noches.

Su tono de voz le indicó que su estado de ánimo era una mezcla de indignación furiosa y pataleta infantil. Que pataleara todo lo que quisiera, a él le daba igual.

—Como intentes impartir la siguiente clase, montaré un pollo y no te quedará ni

un sólo alumno. Te juro que lo hago.

—¿Quién coño te crees que eres? —Lo empujó con bastante más fuerza de la que se podía esperar a tenor de su mala cara—. Órdenes, amenazas y chantajes. ¿Quién coño te has creído que eres?

—Soy el hombre que te quiere, joder.

—No me vengas con ésas.

—Es lo único que puedo decirte. —Era un imbécil, comprendió. En vez de usar el sentido común, y la astucia, se había dejado llevar por la ira. Porque ése no era el mejor modo de lidiar con Fiona, y lo sabía muy bien—. No soporto verte así. —Tiró de ella para abrazarla—. Necesitas un descanso. Te lo pido por favor, descansa un rato.

—Antes no me lo has pedido por favor.

—Vale, pero ahora sí.

Fiona soltó un enorme suspiro.

—La verdad es que tengo muy mala cara.

—Pues sí.

—Pero eso no significa que no sea capaz de hacer mi trabajo o que tengas que pedir ayuda sin consultarlo conmigo.

—Vamos a hacer un trueque.

—¿Cómo dices? —Se apartó de él—. ¿Un trueque sobre qué?

—Tú te tomas un descanso y Mai le corta las pelotas a *Tiburón*. —Cuando se tenía un as en la manga, había que usarlo en cuanto se presentara la oportunidad.

—¡Eso es ridículo! ¡Es absurdo! Es... —apretó los puños y se los llevó a las sienes—, es injusto. Te estás aprovechando de mi sentido de la responsabilidad hacia tu mascota.

—Unas horas de descanso para ti, una vida sin catar a una hembra para él. Creo que tú sales ganando.

Fiona lo apartó de un empujón y salió del cuarto de baño. Sin embargo, se dio media vuelta para mirarlo ceñuda. Estaba apoyado en la jamba de la puerta.

—De todas formas ibas a hacerlo.

—Quizá sí. Quizá no. A veces pienso que por lo menos debería pasar un rato con un par de perritas tan dispuestas como él. Para que tenga buenos recuerdos y eso.

—Te estás aprovechando de mí. —Al ver que Simon se limitaba a encogerse de hombros y dejar que el silencio se alargara, cedió—. ¡Joder! ¿Vas a llamar hoy mismo a Mai para que te dé una cita?

Simon abrió la boca y creyó sentir cómo se le encogían las pelotas sólo de pensarlo.

—Yo no. Tú.

—Vale, pero nada de echarse atrás.

—¿Qué quieres, que te lo jure por Snoopy? Un trato es un trato. Ve a darte una ducha.

—Antes voy a llamar a Mai. Y a poner al día a Sylvia sobre los alumnos de las dos próximas clases.

—Me parece bien. ¿Sabes que hay salones de belleza para perritos y tiendas para comprarles ropita y gilipolleces de ésas?

Fiona resopló en un intento por relajarse.

—Hay gente a la que no le parece que sean gilipolleces.

—Vale, pues también debería haber burdeles para llevar a los perros en estos casos. Todos deberían echar por lo menos un casquete antes de convertirlos en eunucos.

—Plantéatelo. Hay tantos que piensan como tú que posiblemente ganarías una

fortuna. —Miró hacia la puerta cuando escuchó que los perros ladraban para avisarla—. Ya ha llegado Syl.

Simon se adelantó para comprobarlo.

—¿Tan preocupado estás? —le preguntó Fiona.

—Toda preocupación es poca. Viene con Meg.

—¡Vaya! —exclamó Fiona mientras salía al porche—. Hola. Primero, lo siento. Segundo, gracias.

—Primero, no sé por qué. Segundo, no se merecen. Es mi tarde libre y Meg y yo estábamos intercambiando plantas. Yo tengo un exceso de hemerocallis y a ella le sobran equináceas púrpuras.

—Por eso he venido con ella —añadió Meg con forzada alegría—. Ahora tienes dos suplentes.

—Simon tiene razón, cariño. Pareces cansada.

—Eso me han dicho —replicó ella al tiempo que le lanzaba una mirada asesina —, pero con mucho menos sutileza. Entrad. Os daré el esquema de las clases mientras nos tomamos un té frío.

—Me parece estupendo. —Sylvia subió los escalones del porche y se puso de puntillas para saludar a Simon con un beso en la mejilla—. Buen trabajo.

Y él miró a Fiona con una sonrisa ufana por encima de su hombro.

—No le des ánimos —protestó ella mientras entraba en la casa—. La primera clase es para principiantes, y estamos trabajando en las órdenes básicas. Será mejor que separéis a la sheltey mestiza del goldendoodle. Está convencido de que es el amor de su vida e intentará montarla en cuanto se le presente la oportunidad. También tenemos una border collie —siguió mientras entraban en la cocina— que se siente obligada por su juramento genético a pastorearnos a todos durante la clase.

—¿Algún mordisquitos? —le preguntó Sylvia mientras ella sacaba los vasos.

—No. Son cachorros de entre tres y seis meses, así que os vais a encontrar con poca atención y mucho juego, pero en general todos tienen buenos temperamentos. De hecho, hay uno que... Meg, ¿qué te pasa? —La aludida parecía pasmada—. ¿Qué ha pasado?

—Es él —contestó con un dedo pegado al retrato robot que descansaba en la encimera—. El inquilino de la cabaña. Este es Frank.

Fiona se percató de que el vaso que tenía en la mano comenzaba a escurrírsele y lo soltó antes de que se le cayera.

—¿Estás segura? Meg, ¿estás segura?

—Es él. El dibujo no es perfecto del todo, pero es él. Los ojos, la forma de la cara. Sé que es él. Es un retrato robot de la policía, ¿verdad? ¡Dios mío!

—¿Es el retrato robot del aspecto que tiene Eckle en la actualidad? —preguntó Sylvia con una voz serena que Fiona pareció escuchar desde el otro extremo de un largo túnel—. ¡Fi!

—Sí. Sí. Lo trajo Davey esta mañana. Tawney se lo mandó al sheriff.

—Meg, ve a buscar a Simon. Ahora mismo. Ahora mismo. Fi, llama al agente Tawney. Yo llamo al sheriff.

Sin embargo, antes de llamar al FBI, Fiona subió en busca de su pistola.

Cuando bajó, ya estaba tranquila y pasó por alto la expresión angustiada de Sylvia al verla con el arma en el cinturón.

—El sheriff viene de camino.

—Y el FBI. Coordinarán la búsqueda por el camino. Todo está controlado. —Fiona le puso una mano en el hombro a Meg, que seguía sentada en un taburete.

—He estado sola con él en la cabaña. Se la enseñé en primavera, charlé con

él. Y ayer... ¡Dios mío, tenía a esa pobre mujer en el maletero mientras yo estaba de cháchara! Por eso *Xena* no paraba de olisquearlo. Debería haberme dado cuenta...

—¿Por qué? ¿De qué? —la interrumpió Fiona—. Vamos a dar gracias porque estés bien, porque estés aquí y porque lo hayas reconocido gracias al retrato.

—Le estreché la mano —murmuró Meg, mirándose la suya—. Eso hace que me sienta... ¡Dios, tengo que llamar a Chuck!

—Ya lo he llamado yo —le dijo Sylvia, que se colocó tras ella y comenzó a masajearle los hombros—. Viene de camino.

—Es posible que le hayas salvado la vida a esa periodista —señaló Fiona—. Es posible que me la hayas salvado a mí. Piensa en eso. Simon —dijo mientras salía de la cocina en dirección al salón, y siguió en voz más baja—: Sé lo que quieres hacer. Lo veo. Quieres ir a la cabaña, sacarlo a rastras y molerlo a palos.

—Se me ha pasado por la cabeza, sí. No soy idiota —añadió antes de que ella pudiera hablar—. Y no voy a permitir que se me escape cometiendo un error. Soy un hombre paciente.

Fiona le cogió una mano y le dio un apretón.

—Él no. No es como Perry. Ha sido una estupidez venir a la isla y traerla hasta aquí, porque estoy segura de que la ha traído.

—Una estupidez, sí. Pero ¿y si se sale con la suya? Menudo notición si encontraran a la periodista muerta prácticamente en el patio de tu casa. Perry sólo quería matar. Este tío quiere ser famoso.

—No se saldrá con la suya. —Sin embargo, se frotó los brazos para entrar en calor mientras echaba un nuevo vistazo por la ventana—. No saldrá de la isla. Pero hace dos días que la secuestró. Quizá ya esté muerta.

—Si acaso tiene la remota posibilidad de sobrevivir, es gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí, usa la cabeza porque no eres tonta. La ha traído aquí porque quiere confundirte, quiere hacerte daño. Ha logrado entrar, sí, y a lo mejor eso te hace daño, pero no te ha confundido.

—Me gusta tenerte a mano.

—Es mi casa. Soy yo quien te tiene a mano.

Hasta ese momento no se creía capaz de reír, pero Simon logró que soltara una carcajada. Y mientras reía, le echó los brazos al cuello y lo estrechó con fuerza hasta que vio el coche patrulla del sheriff en el camino.

El sheriff McMahon no perdió tiempo y nada más verlos, les dijo:

—Hemos bloqueado el camino de acceso a la cabaña. Davey ha conseguido acercarse lo suficiente como para echar un vistazo con los prismáticos. El coche sigue allí, ha cerrado todas las ventanas y ha corrido las cortinas.

—Está dentro. Con ella.

—Eso parece —replicó con un gesto de asentimiento, dirigiéndose a Fiona—. Los federales vienen en helicóptero y he pedido refuerzos. Ben Tyson viene desde San Juan con dos agentes. Los federales no quieren que entremos, pero yo no estoy de acuerdo y pienso discutirlo. Simon, nos vendría muy bien usar tu casa de momento como base de operaciones.

—Es suya.

—Te lo agradezco. Necesito hablar con Meg y mantener el teléfono desocupado por si llaman Davey o Matt. Están vigilando la cabaña.

Fiona tuvo la impresión de que los minutos pasaban lentamente, como gotas de espeso caramelo.

«Ningún movimiento». Era lo único que informaban los agentes, una y otra vez. Cada vez que llamaban, imaginaba lo que estaba sucediendo en el interior de la cabaña, detrás de las cortinas.

—El problema es que no tenemos suficientes hombres y, joder, que Matt todavía está muy verde —comentó McMahon mientras se pasaba los dedos por la cabeza—. Podemos mantenerlo vigilado, pero los federales tienen razón cuando dicen que si entramos, puede escaparse. Sé que no os sentará bien, pero eso es lo que tenemos que hacer: seguir sentados. Por lo menos hasta que llegue Tyson.

—Tengo una escopeta —dijo Chuck, que abrazaba a Meg por los hombros—. En menos de diez minutos podríamos tener a diez hombres dispuestos a ayudarnos.

—Chuck, sólo me faltaría un montón de civiles armados dando vueltas y preocuparme por tener que decirle luego a alguna de sus esposas que se ha quedado viuda. Mató a las otras en el mismo sitio donde las enterró. Otro hecho que me acaban de recordar los federales. Tiene muchas probabilidades de seguir con vida, y vamos a sacarla de la cabaña de la misma forma. —En ese momento lo llamaron por teléfono y salió para atender la llamada en el porche.

—La tiene aquí arriba, ¿verdad? —preguntó Fiona mientras señalaba la planta alta en los planos de la cabaña que habían descargado de la página web en la que se anunciaba—. En uno de los dormitorios. Abajo no, por si alguien entra. En un sitio donde pueda encerrarla. Así que no sólo tendrán que entrar en la cabaña, además tendrán que subir las escaleras... en caso de que esté con ella. —Intentó verlo como una búsqueda y aplicó los mismos principios basándose en el patrón de comportamiento más probable—. El dormitorio principal tiene el balcón. No creo que esté ahí. Lo más seguro es que haya elegido uno de los más pequeños, porque tienen menos accesos. Aunque se podría acceder a ese balcón y desde ahí entrar en la cabaña y...

La llegada del sheriff la interrumpió.

—El helicóptero acaba de aterrizar. Vienen para acá. Tyson está en la isla y también viene de camino. Voy a recibirlos. Necesito que todos os quedéis aquí. Pero dentro de la casa. Me mantendré en contacto en la medida de lo posible.

Escondido detrás de la casa de Simon, entre los árboles que coronaban una loma, Eckle observaba al sheriff a través de los prismáticos. La tercera vez que lo vio pasear de un lado para otro con el móvil pegado a la oreja supo que lo habían pillado.

Y se preguntó cómo. El mensaje de correo electrónico que había escrito no se enviaría de forma automática hasta dentro de dos horas. A lo mejor se había enviado antes por un fallo informático.

Daba igual, se dijo. La función empezaría antes de lo previsto. Lo escuchó a lo lejos. El zumbido de un helicóptero.

La pandilla al completo había llegado. Las probabilidades de salir de la isla, de esconderse el tiempo suficiente como para escribir el artículo y acabar el libro se redujeron drásticamente.

Lo más probable era que muriese en la isla de Fiona.

Pero eso tampoco importaba. La que fuera una guapísima Kati no estaba muerta, pero lo estaría para cuando la encontraran. Y así se habría salido con la suya.

Y mientras la buscaban, él atraparía a Fiona y lograría lo que su maestro no hizo, lo que nunca podría hacer.

Entraron tal como se había imaginado. Con rapidez, en silencio, cubriendo cada puerta y cada ventana. Mientras una unidad registraba la planta baja, otra se encargaba de la planta alta.

Tawney entró en el dormitorio detrás del equipo.

No le hicieron falta los gritos de «¡Despejado!» para saber que Eckle se había largado y se había llevado a Starr.

—Está siguiendo su propio guión. Ha abandonado el de Perry y va por libre.

—El maletero está vacío. —Mantz llegó casi sin aliento—. La trajo en él. Está forrado con plástico y está manchado de sangre. ¡Por Dios! —exclamó en voz baja al ver el plástico que cubría la cama y lo que había en él.

—Nos ha dejado su olor.

Y se preguntó por qué.

Lo mismo que hizo Fiona cuando su Unidad de búsqueda llegó a la cabaña. Según la teoría principal, la idea de Eckle era la de volver, lavarse y limpiar el dormitorio después de haber matado y enterrado a Starr. Había dejado ropa limpia en la cabaña.

No rebatió la idea. Su Unidad tenía trabajo que hacer y debía concentrarse en encontrar a la periodista.

—Iremos por parejas —dijo—. Nadie va a ir solo. Meg y Chuck, seréis el equipo uno. James y Lori, el dos. Simon y yo, el tres. Dos personas y dos perros por equipo. —Respiró hondo—. Habrá agentes federales y policías por todos lados. Manteneos en contacto como siempre con Mai y con el agente Tawney. Coordinarán la base de operaciones. Tenemos unas tres horas antes de que anochezca. Hay muchas probabilidades de que estalle una tormenta justo antes del crepúsculo. Si no la encontramos antes, lo dejaremos hasta que amanezca. Os quiero a todos en la base antes de que anochezca. No vamos a arriesgarnos ni a arriesgar a los perros. —Miró a Tawney de reojo—. Ya habéis oído lo que ha dicho el agente Tawney. Francis Eckle es un asesino. Puede ir armado, y es muy peligroso. Si alguno preferís no participar en la búsqueda, no se tendrá en cuenta en absoluto, ni a título personal ni como miembro de la Unidad. Decídselo a Mai y ella se encargará de hacer los cambios oportunos.

Vio que Mai le hacía un gesto y se acercó a ella.

—No me gusta que vayas, Fi. Eres un objetivo. Está obsesionado contigo y como se le presente la oportunidad de...

—No se le presentará.

—¿No puedes convencerla para que sea ella quien coordine la base de operaciones esta vez? —le preguntó a Simon—. Yo me llevo a *Newman* y voy con *Peck* y contigo.

—Estaría malgastando saliva, lo mismo que tú y que Tawney. De todas formas, Fiona tiene razón. Ese tío no tendrá la menor oportunidad de acercarse a ella.

Mai soltó un taco antes de abrazar con fuerza a Fiona.

—Como te pase algo... lo que sea, te juro que te pateo el trasero.

—Me mantendré a salvo sólo por el miedo que me das. En marcha —gritó Fiona. Les hizo una señal a sus perros y caminó en dirección al sector que le correspondía.

—¿No se supone que primero deben captar el olor? —le preguntó Simon.

—Todavía no —le contestó en voz baja—. Necesito que me cubras las espaldas. Luego te lo explico. —En cuanto calculó que estaban a suficiente distancia, sacó de la mochila la bolsa con la prenda que olerían los perros—. Hay cuatro personas y cuatro perros con experiencia más que de sobra buscando a Starr. Además de un buen número de polis y de federales. La encontrarán. O no. —Lo miró a los ojos—. Nosotros no vamos a buscarla. Vamos a buscar a Eckle.

—Por mí, genial.

Fiona soltó el aire con fuerza.

—Vale. Muy bien. Vamos allá. —Abrió la bolsa—. Esto es suyo. Ha llevado este

calcetín y no lo ha lavado. Lo huelo hasta yo. —Les ofreció el calcetín a los perros para que lo olieran—. Éste es Eckle. Es Eckle. Vamos a buscar a Eckle. ¡Buscad a Eckle!

Y siguieron a los perros mientras estos olfateaban el aire con las cabezas levantadas y moviendo el hocico.

Capítulo 31

Mientras recorrían los primeros quinientos metros, Simon habría jurado que los perros se consultaban los unos a los otros. Movimientos de orejas, meneos de rabos y un dueto de hocicos olfateando. La temperatura descendió bajo las copas de los árboles y el suelo se reblandeció gracias a la alfombra de agujas de pino; sin embargo, la temperatura volvió a subir al salir de la arboleda, a una zona pedregosa donde crecían los matorrales.

—Si la ha traído hacia aquí, ¿por qué no ha seguido por la carretera y la ha dejado en el maletero del coche hasta encontrar el sitio adecuado? —se preguntó Simon—. Y si lo ha hecho, ¿por qué sigue el coche junto a la cabaña vacía?

—No la ha traído por aquí. Al menos no veo señales de que lo haya hecho. —Fiona recorrió el suelo, los arbustos y las ramas con la luz de la linterna—. Eckle ha dejado huellas porque no estaba siendo cuidadoso. Pero no veo nada que pueda ser de ella. No tiene sentido, pero sé muy bien que estamos siguiendo la ruta de Eckle. En solitario.

—A lo mejor vio a la policía o se olió el pastel de alguna manera y ha salido por patas. Eso explicaría por qué lo ha dejado todo atrás.

—Se asustó y huyó. —Asintió con la cabeza—. Sólo hemos participado en un par de búsquedas en las que la persona en cuestión no quería que la encontráramos. Una pareja de amantes adolescentes y un hombre que le había asestado una puñalada a su mujer durante una discusión mientras estaban de acampada. Los adolescentes tenían una especie de plan, por decirlo de alguna manera, y cubrieron sus huellas y se escondieron. El hombre echó a correr sin más, así que resultó fácil encontrarlo. Ojalá supiera qué ha hecho Eckle. De qué forma ha reaccionado. Tengo que hablar con Mai.

Simon la vio sacar la radio.

—¿Has decidido ya lo que vas a decirle?

—Seguimos en nuestro sector, así que voy a decirle la verdad. Pero no toda. —Miró la radio que tenía en la mano—. Debería contárselo todo. La parte racional de mi cabeza lo sabe. Sabe que debería contárselo al agente Tawney o al sheriff por lo menos. Podría pedirle a Meg que se lo contara al sheriff Tyson. Podríamos poner a dos agentes a rastrearlo.

—Podrías —convino él—. Y te pasarías un buen rato discutiendo con ellos cuando te ordenaran volver al campamento base. —Que no era una idea tan mala, se dijo para sus adentros—. ¿Alguno de ellos, Davey, McMahon o Tyson, podría participar en una búsqueda con un perro?

—Davey sí. Pero sólo es una posibilidad. La verdad es que tiene la misma experiencia y adiestramiento que tú. De modo que no es suficiente, necesitarían un adiestrador experto en el equipo. Yo sé interpretar las señales de mis perros, pero no puedo garantizar que alguno de ellos sepa hacerlo.

—Supongo que eso responde a la pregunta.

Fiona llamó a Mai e informó de su localización.

—He encontrado algunas huellas —le dijo— y los perros han encontrado el rastro.

—Tawney quiere saber si has encontrado sangre o algún indicio de forcejeo.

—No, nada de eso.

—James y Lori han encontrado sangre e indicios de que alguien se ha caído, posiblemente de que lo han arrastrado. Sus perros han señalado varios puntos en concreto. Estoy estrechando los sectores.

Fiona miró a Simon.

—Me gustaría seguir donde estamos de momento. No quiero confundir a los perros cuando han localizado un rastro tan seguro.

—Entendido, pero... Espera. Quédate a la espera.

—Le he dado a los perros el olor de Eckle y ellos han encontrado el rastro. Debe de ser más reciente que el que están siguiendo James y Lori. No puedo mentirle a Mai, no puedo mentirle a ninguno de ellos —le dijo a Simon—. La Unidad se basa en la confianza.

—Pues dile la verdad. Arguméntasela. De todas formas sé que vas a hacer lo que tienes que hacer.

Mientras asentía con la cabeza a ese último comentario de Simon, la radio la avisó.

—A todos los equipos, el agente Tawney acaba de informarnos de que Eckle ha programado el envío de un mensaje de correo electrónico desde el ordenador de Starr. La teoría es que quería que rastrearan el mensaje, que quería que las autoridades encontraran la cabaña. Fi, quiere que vuelvas ahora mismo. Creen que es una trampa para que salgas a campo abierto.

—Ya estoy en campo abierto —le recordó Fiona—. Y lo estamos rastreando. A Eckle, no a Starr.

—Fi...

—Los perros nos están avisando, Mai, y no pienso volver mientras el resto de mi unidad está aquí fuera. Seguiré en contacto, pero necesito un minuto para pensar en todo esto.

Devolvió la radio al cinturón y bajó el volumen.

—Tengo que llegar hasta el final.

—Yo también estoy aquí —señaló Simon—. Así que tenemos que llegar hasta el final, los dos. ¿Nuestro sector está junto al de James y Lori?

—Dame un momento. —Sacó el mapa—. Vale... vale... —murmuró mientras lo estudiaba—. Están al este de nuestra posición, aquí. Hay muchos puntos fuera de los senderos o en propiedades privadas. Pero si ellos tienen un rastro y han encontrado sangre, tuvo que cruzar esta carretera.

—De modo que tuvo que hacerlo de noche. Al amparo de la oscuridad y con la relativa seguridad de que nadie lo vería.

—Sí, pero nosotros estamos aquí. Muy al oeste. De hecho, fue en dirección oeste desde el principio, cosa que no haría si estuviera asustado. Más bien indica que quiere alejarse todo lo posible del lugar donde la ha dejado. Pero...

—Consideremos un nuevo elemento —sugirió Simon—. Si mandó el mensaje de correo electrónico para que la policía interviniera, para hacerte salir a campo abierto, ¿hacia dónde va? Cree que tú seguirás el rastro de Starr, no el suyo. Si te ha tendido una trampa, no está aquí.

—Según tú Starr es un cebo —murmuró—. La ha traído hasta aquí, a mi territorio. Incluso ha usado la cabaña de unos amigos, de unos compañeros. Dios, pues claro que es un cebo. —Se preguntó hasta qué punto empeoraba eso las cosas—. La obligó a andar, la arrastró y dejó un rastro de sangre porque quería conducirnos, a mí en especial, hacia el lugar donde la ha dejado. Lo que no sabe con certeza es si seré yo quien la encuentre.

—Necesita un lugar desde el que observar. Si la encuentras tú, te secuestra o te mata allí mismo. Si no, se desplaza hacia donde tú estás para cumplir su objetivo.

—Pero... No, ahora lo entiendo. No necesita secuestrarme, ni alargar el juego.

Sólo necesita matarme. Soy de Perry. Es el pago a su mentor. —Clavó la vista al frente y añadió con voz serena—: Tenemos que darles de beber a los perros.

Simon se agachó con ella para llenar el cuenco.

—Fiona, no hace falta ser un policía o un psicólogo para darse cuenta de que ese tío ha cruzado la línea. En cuanto cambió de dirección, en cuanto se alejó del plan inicial de Perry, del método, de los criterios o de como quieras llamarlo, y empezó a seguir su propio camino, cruzó esa línea.

—Sí.

—Starr tiene información. Ha publicado una parte y posiblemente estuviera tratando de confirmar el resto. A estas alturas debe de saber que hemos averiguado su nombre, su aspecto y todo lo que hay sobre él. Seguro que sabe que Perry lo ha traicionado.

—Sí—convino ella—. Y se lo habrá contado todo... Supongo que le habrá contado todo lo que él quería saber si le prometió que la dejaría vivir. Tal vez ni siquiera tuvo que preguntarle nada. Tenía su portátil y su móvil. Sabía que el FBI estaba estrechando el cerco.

—¿Adónde va a ir, Fiona? En cuanto pague la deuda que tiene con Perry, ¿adónde va a ir? ¿Cómo sale de la isla? ¿Roba un barco? ¿Un coche? ¿Cómo esquiva a todos los equipos de búsqueda para hacerlo? Muchos interrogantes. Y aunque lo consiguiera, ¿cómo esquiva a la policía para subirse al ferry o para zarpar de la isla?

—No lo consigue. —Recogió el cuenco vacío y lo guardó—. No está huyendo asustado. Tal vez al principio, cuando alquiló la cabaña en abril, creyó que podría llegar hasta mí, pagar su deuda y seguir con su vida, pero sabe que todo ha cambiado desde que secuestró a Starr. Desde que se enteró a través de su artículo que yo había ido a ver a Perry, y aun así la trajo a la isla. Esto acaba conmigo, de una manera o de otra. A lo mejor intenta matar a los perros, matarte a ti. A lo mejor intenta llevarse a tanta gente por delante como pueda. Pero termina conmigo.

—Tendrá su momento de gloria.

—Nunca lo ha tenido. —Sacó la bolsa que contenía el olor—. Pero ahora la ha saboreado. Starr se la dio, de modo que la ha incluido en todo esto. Es Eckle —les dijo a los perros, obligándose a hablar con entusiasmo mientras refrescaba el olor—. ¡Vamos a buscar a Eckle! ¡Buscadlo!

Cuando reemprendieron la marcha, Fiona subió el volumen de la radio y dio un respingo al escuchar los gritos para que respondiera.

—Déjamelo a mí. —Simon extendió la mano—. Tú concéntrate en los perros.

Tenía razón. Había más de una vida en peligro. Starr estaba viva o muerta... todo dependía del capricho de Eckle.

Su Unidad, sus amigos, también estaban sujetos a su capricho. Al igual que Greg lo había estado al de Perry.

Sin embargo, por fin entendía que para Eckle ella nunca había sido importante. Pese a las provocaciones y al miedo que le había inspirado. No era más que una deuda que tenía que saldar por exigencias de su retorcido sentido del honor antes de que la espantosa nueva vida que Perry le había dado llegara a su fin.

—Ahora está volviendo al este. —Marcó la última indicación de los perros—. Si sigue en esa dirección, llegará al sector de James. Tengo que...

—Ya lo hago yo. Se te ha escapado eso. —Simon cogió la cinta de marcar y señaló el lugar donde habían encontrado el envoltorio de un caramelo—. Te estás distrayendo. Ya vale.

Tenía razón de nuevo, pensó Fiona, y se detuvo un instante. Cerró los ojos y se dispuso a escuchar, a oler, a sentir.

Orcas era una isla pequeña. Cierto que había mucho terreno para cubrir, pero

era limitado. Si el objetivo de Eckle era hacerla caer en una trampa, tendría que ocultarse, pero también necesitaría un punto de observación.

—Su ruta tiene que cruzarse con la que siguió con Starr. En algún punto tiene que cruzarla, o seguirla en paralelo, pero desde esta dirección... —Aunque tenía el mapa en la cabeza, lo sacó de la mochila para estudiarlo de nuevo. No quería correr riesgos innecesarios—. Perry demostró su autoridad cuando mató a Greg. Fue otra clase de pago.

—Atraparon a Perry y lo encerraron. No creo que Eckle considere la cárcel como una opción. —Simon miró el mapa, los senderos y las rutas, por encima del hombro de Fiona—. Y Tawney opina lo mismo.

—Primero tiene un trabajo que hacer —murmuró ella—. Ha trazado un arco... una curva amplia que primero se abría hacia el oeste y ahora está pasando por el este, de modo que primero se alejaba de Starr y ahora se acerca. Sin embargo, no lo hace con la intención de volver con ella. Eso no tiene sentido. Va a un lugar lo bastante cerca como para observar. Tal vez lo bastante cerca como para escuchar a los perros o la radio. Y si sigue en esta dirección, empezará a encontrarse con casas. La primera será la granja de Gary y de Sue.

—No tengo tu sentido de la orientación, pero tu casa está antes de esa granja. ¿A qué distancia estamos?

—De mi... —Se quedó sin aliento—. Mi casa. Tú mismo lo dijiste. Mi propio patio. Ha secuestrado a todo el mundo, incluso a Starr, en su propio territorio, en su lugar de trabajo, en la universidad o en su vecindario. Nunca se ha desviado de sus costumbres. —Cogió a Simon de la mano, abrumada por la certeza de saber que habían dado en el clavo—. No sólo la isla, sino mi casa. Está vacía porque yo estoy aquí buscándolo. O a lo mejor sabe que estoy viviendo contigo. Sea como sea, se mantendrá oculto gracias al bosque.

—Y si consigue que entres... sería el lugar perfecto para dar su último golpe de efecto. ¿A qué distancia, Fiona?

—A unos setecientos metros. Tal vez menos. Depende de lo mucho que se haya alejado, del lugar que haya elegido como escondite. —Observó las sombras, unas manchas de verde y gris—. Se está levantando viento, de modo que el cono de olor se verá afectado. Si seguimos hacia el este, nos adentraremos en el sector de James y de Lori. Tenemos que obligar a los perros a quedarse entre los árboles, aunque el rastro salga a campo abierto. Tenemos que obligarlos a guardar silencio. Y en cuanto informemos al campamento base, tenemos que apagar la radio.

Simon pensó en pedirle que se quedara allí, pero Fiona jamás lo aceptaría. Pensó en proponerle que se quedaran los dos y que le diera a Tawney la localización más probable de Eckle. Aunque sabía muy bien cómo reaccionaría ante la sugerencia, lo intentó de todos modos.

—Vamos a quedarnos aquí. Llama al campamento base y dale a Tawney la información.

—¿Y si Eckle cambia de dirección? No podemos decirle a donde va hasta que estemos seguros. Sólo tenemos teorías.

—Lo sabía. Saca tu pistola. Vas a llevarla en la mano a partir de este momento. —Sacó la radio—. Mai, pon a Tawney al habla.

—Vuelven a señalar. —Fiona se alejó un poco para marcar el lugar.

—Quiere hablar contigo. —Simon le pasó la radio.

—Aquí Fi. Cambio.

—Fiona, escúchame bien. Quédate donde estás. Hemos triangulado tu ruta con la de los otros dos equipos de búsqueda. Creemos que está en tu propiedad o muy cerca. Un coche patrulla va de camino a tu casa y hemos mandado a varios agentes a tu posición para que se unan a tu unidad. ¿Entendido?

—Sí, lo entiendo, agente Tawney. ¿Alguno de sus hombres conoce esta zona o tiene perros que rastreen y señalen los lugares importantes? Estamos a punto de entrar en el sector del Equipo Uno. Veo una de sus cintas—. Me estoy acercando, pensó con el corazón en la garganta—. Él también ha pasado por aquí, se está acercando a la zona donde la ha dejado. James y Lori podrían... Eckle podría matarlos. Simon y yo nos acercamos desde lo que debería ser su flanco ciego. Envíe a la caballería, por el amor de Dios, pero nosotros seguiremos a los perros. Tengo que apagar la radio. No podemos arriesgarnos a que nos escuche. —La apagó y se la devolvió a Simon—. James no se detendrá. A lo mejor discute con Lori y la convence para que se quede atrás, pero él no se detendrá. No cuando cabe la posibilidad de encontrar a Starr con vida. Y yo no puedo esperar, Simon, no puedo arriesgarme a que otro ser querido muera porque alguien quiere vengarse de mí.

—¿Me ves llevarte la contraria?

Se percató de que ese deje irritado de su voz la tranquilizaba.

—Tenemos que llevar a los perros atados. En corto. Y en silencio. —Miró al cielo cuando escuchó un trueno—. Vamos a perder la luz que tenemos. Y está anocheciendo. El viento nos ayudará a camuflarnos. Y la lluvia todavía más. Pero ambas cosas afectarán al cono de olor. Pronto tendremos que guiarnos por el instinto.

—Te quiero detrás de mí. Eso es lo que me dicta el instinto —replicó él antes de que Fiona pudiera discutirle—. Necesito que lo respetes.

—Yo tengo la pistola —le recordó ella.

—Cierto. —Le dio un beso rápido—. Y confío en que la uses si es necesario.

Continuaron en silencio mientras la temperatura caía por culpa del viento. Su creciente silbido al colarse entre las ramas de los árboles ofrecía una magnífica cobertura y ocultaría, o eso esperaba ella, su llegada. Sin embargo, ellos tampoco podían escuchar nada. Y cada quejido y cada movimiento de las ramas le ponían el corazón en la garganta.

Se comunicaron con gestos, tanto para darles órdenes a los perros como para hablar entre ellos.

Llegaron al claro donde Simon encontró el tocón. Fiona vio el vástago que había plantado sin decírselo. Y su desbocado corazón se tranquilizó.

Le rozó la mano con las yemas de los dedos, una breve caricia para darle las gracias.

Encontró otra cinta y cuando los perros quisieron salir a campo abierto, les ordenó que se quedaran quietos.

Se le heló la sangre en las venas al escuchar la estática de la radio, pero aunque su vista voló al cinturón de Simon, se dio cuenta de que no era la suya.

La radio de James, pensó. Más cerca de lo que había calculado. No entendía las palabras, no todas, pero el tono emocionado era fácil de entender. Al igual que el alegre ladrido.

—La han encontrado —susurró.

Una sombra se separó del resto de sombras.

Se le formó un nudo en la garganta. Eckle había estado sentado detrás de un árbol, se percató, en el extremo opuesto del claro. Y en ese momento se servía del viento, de la creciente oscuridad y de esas primeras gotas de lluvia para ocultar sus movimientos.

Simon le tapó la boca con una mano y se inclinó para decirle al oído:

—Quédate aquí. Sujeta bien a los perros. Voy a rodearlo, a cortarle el paso. Quédate aquí —le repitió—. No pasará por encima de mí. La poli llegará enseguida.

Quería discutir, pero no podía correr el riesgo. Les ordenó a sus confundidos perros que se quedaran quietos con un gesto furioso de la mano que hizo que

agacharan las cabezas y la mirasen con expresiones dolidas.

El juego no había terminado. La recompensa estaba justo allí, deambulando entre las sombras. Su inesperada rabia hizo que los perros emitieran gemidos que ella silenció con una mirada furiosa y un gesto con el dedo índice. Satisfecha, se adelantó un poco para mirar. Y vio el arma que llevaba Eckle. Había ladeado la cabeza para aguzar el oído mientras se giraba despacio hacia el camino que había seguido Simon.

Su mente le dijo sin rodeos: «No». Y salió al claro.

Levantó la pistola y apuntó. Al ver que le temblaba la mano cuando Eckle se volvió para mirarla a los ojos, soltó un taco.

—Tira la pistola, Francis, o te juro por todas las vidas que Perry y tú habéis quitado que te dejo seco. —Tendría que vivir con eso, podría hacerlo. Tenía que hacerlo.

—Ya me dijo que no te subestimara.

Imitándola, Eckle levantó la pistola y apuntó. Sin embargo, a él no le temblaba la mano. Lo vio sonreír como si acabara de ver a un amigo en el sitio más inesperado.

—Sabes que cuando te mate, tu compañero vendrá corriendo hacia aquí. Después lo mataré a él. Y a su perro. Y al tuyo. ¿Dónde está tu perro, Fiona?

—Suelta la pistola. Sabes que la policía y el FBI vienen de camino. Están desplegados por toda la zona. No podrás huir.

—Pero por fin he vivido. Durante estos meses he vivido y he experimentado más que en toda mi vida anterior. En todos esos años tan grises. Espero que Tawney esté con el grupo que viene hacia aquí. Si tengo la oportunidad de acabar con él, será un regalo de despedida para Perry.

—Te ha traicionado.

—Pero primero me liberó. Ojalá tuviéramos más tiempo, Fiona. Te tiembla la mano.

—Eso no me impedirá disparar. —Inspiró hondo, preparada para matar.

Simon salió disparado de entre los árboles, agachado para interponerse entre Eckle y ella. Golpeó a Eckle en el costado derecho, y ella imaginó por un breve y desquiciado instante que parecía un tren de alta velocidad.

El arma se disparó y la bala se incrustó en la tierra mojada un segundo antes de que saliera volando de la mano de Eckle.

Se acercó corriendo para cogerla. Mientras apuntaba con las dos armas, escuchó los gritos de James y el ruido que hacía al abrirse paso entre los arbustos. Justo como Eckle había vaticinado, pensó ella. Cuando James apareció en el claro, le dio las pistolas.

—Toma.

—Fi, Dios. ¡Dios!

Fiona se limitó a agacharse junto a Simon, que estaba moliéndole la cara a Eckle, metódicamente y con saña, a puñetazos.

—Para. Ya vale. —Intentó adoptar el tono seco y firme que usaba con los perros que se comportaban mal y casi lo consiguió—. Simon, para. Está acabado.

Simon le lanzó una mirada furiosa.

—Te dije que te quedaras a cubierto. Te dije que no conseguiría pasar por encima de mí.

—Y no lo ha hecho. —Le cogió un puño cerrado, con los nudillos magullados y ensangrentados, y se lo llevó a la cara mientras los perros se pegaban a ella—. Mira, a ellos les dije que se quedaran allí, pero tampoco me han hecho caso. Nos protegemos los unos a los otros. Así funciona esto. —Miró de pasada a Eckle—. ¿Está viva? —le preguntó a James.

—Sí. Pero no sé si va a durar mucho. Está muy mal. Tengo que volver con Lori. Nos habéis asustado. —James observó en silencio la cara destrozada e inerte de Eckle—. Eres muy bueno con los puños, Simon. Toma. —Le devolvió las armas a Fiona—. Estoy oyendo a la policía, o a los federales. Da lo mismo. Tenemos que trasladar a la víctima al hospital. Que sepas que vamos a tener una charla muy seria durante el informe —añadió antes de perderse entre los arbustos.

—No estaba segura de que hubieras visto la pistola —le dijo a Simon—. No estaba segura. Y no podía correr el riesgo.

—Tienes suerte de que no te disparase sin más. Y si no llega a tener ganas de charlar, qué hubiera pasado, ¿eh?

—Le habría disparado. —Guardó su pistola en la funda y después se enganchó la de Eckle en el cinturón—. Una milésima de segundo más y... Me alegro de no haber tenido que hacerlo. Me alegro de que le hayas partido la maldita cara. —Soltó un hondo suspiro y se agachó—. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Sois unos perros maravillosos! Habéis encontrado a Eckle.

Cuando los agentes llegaron al claro, estaba abrazando a sus perros y tenía la cabeza apoyada en el pecho de Simon.

Tardaron varias horas más, aunque le parecieron días. Preguntas, informes, más preguntas y el informe de la unidad.

Mantz se acercó a ella para estrecharle la mano.

—Sigo diciendo que sería una agente estupenda.

—Es posible, pero me apetece mucho llevar una vida tranquila.

—Buena suerte. —Se agachó y acarició a *Newman*, que seguía sin separarse de Fiona—. Buen chico —dijo, y cuando Fiona enarcó una ceja, se echó a reír—. Supongo que me han hecho cambiar de idea con respecto a los perros. Nos vemos.

Tawney la abrazó.

—No espere a que haya más problemas para venir a verme —susurró Fiona—. Porque yo ya he terminado con los problemas, pero no con usted.

—Por tu culpa me han salido más canas —replicó el agente—. Iba a decirte que te cuidaras mucho, pero ya sé que lo haces. Tendremos que hacerte un seguimiento.

—Cuando quieran.

—Vete a casa. —Le dio un beso en la frente—. Duerme un poco.

Supuso que no tendría problemas para seguir el consejo, ya que casi se quedó dormida en el trayecto de vuelta a casa.

—Voy a darme una ducha, después pienso comerme lo que haya en el frigorífico y luego voy a dormir doce horas seguidas.

—Yo tengo que hacer un par de cosillas, pero después los dos nos comeremos lo que haya en el frigorífico.

Fiona hizo ademán de salir, pero se detuvo.

—¿Te importaría llamar para ver si hay algún cambio en el estado de Starr? Sé que lo tenía crudo, pero a lo mejor... Es horrible perder a alguien después de encontrarlo.

—Ahora llamo. Tú vete a la ducha.

Se demoró en la ducha, disfrutando del momento todo lo que pudo. Después volvió a recogerse el pelo mojado en una coleta, y se puso unos pantalones de algodón y una camiseta desgastada. Comodidad, pensó. Sólo quería comodidad.

Y el comienzo, ¡Dios lo quisiera!, de su vida tranquila.

Cogió la navaja suiza que había dejado en la cómoda y se la acercó a la cara.

—Te alegrarías por mí —murmuró. Tras soltar la navaja, se miró en el espejo.

Parecía un poco cansada, se dijo, pero no estaba tan mal.

Parecía... libre, pensó con una sonrisa.

Escuchó que alguien tocaba el claxon mientras bajaba las escaleras y frunció el ceño. Adoraba a sus amigos, pero ¡por el amor de Dios, quería comer y dormir! No quería hablar más.

Sin embargo, se encontró a Simon en la cocina, a solas con los perros.

—¿Quién ha venido?

—¿Qué? Ah, sí, era James. Necesitaba que me echara una mano con una cosilla. Toma. —Le metió un trocito de tostada con una fina loncha de queso en la boca.

—Qué bueno —consiguió decir con la boca llena—. Más.

Le dio otro trocito.

—Muy bien. Ahora ya puedes preparártelas tú. Toma. —Le puso una copa de vino en la mano.

—¿Has llamado al hospital?

—Se encuentra en estado crítico. Infección, deshidratación, conmoción... Tiene varios dedos rotos, al igual que la mandíbula. Y muchas más heridas. Tuvo tiempo de sobra para machacarla, y lo empleó a fondo. Pero las probabilidades están a su favor.

—Vale.

—Eckle también tiene sus problemillas. —Se miró las manos vendadas.

—Se los tiene bien merecidos. —Cogió esas manos vendadas, logrando que Simon se pusiera a refunfuñar cuando se las besó.

—Estaba escribiendo un libro.

—¿Cómo?

—Te has dado una ducha muy larga —dijo Simon—. Davey me ha contado las piezas que faltaban. Starr también estaba escribiendo un libro. Parece que Eckle lo corrigió un poco y añadió material propio.

—¡Dios! —Cerró los ojos y se llevó la copa de vino a la frente—. Tenías razón. Quería ser alguien.

—Sigue queriéndolo. Según Davey, ha renunciado a un abogado y no para de soltar detalles. Quiere hablar, quiere contarlo todo. Está muy orgulloso de sí mismo.

—Orgulloso. —Repitió la palabra y se permitió un escalofrío.

—Y está acabado. Enterrado. Como Perry.

—Sí. —Abrió los ojos y soltó la copa. Pensó en los muros de la prisión, en los barrotes, en las armas y en los guardias—. No consiguió su momento de gloria, no como él quería. Creo que deberíamos sentarnos fuera, observar a los perros, bebemos el vino y luego atiborrarnos de comida. Porque podemos.

—Todavía no. Tráete el vino. Quiero enseñarte una cosa.

—¿Más comida?

La cogió del brazo y la arrastró al salón, donde comprobó que en la mesa no había ni rastro de comida, para su consternación.

—Vale. Espero que no tengas ganas de montártelo en la mesa del comedor porque esta noche no me apetece nada. Pero mañana. .. —Guardó silencio al ver el armario botellero—. ¡Madre mía! —Rodeó la mesa a toda prisa—. ¡Madre mía, es precioso! La madera es como el chocolate con toques de nata. Y las puertas... Son de madera de canelo. Es... es... ¡Madre mía! —Abrió las puertas y se puso a dar saltos—. Es genial. Es absolutamente perfecto. Monísimo, alegre y precioso.

—Te pega.

Se dio la vuelta al escucharlo.

—¿Es mío? Ay, Dios, Simon...

Antes de que pudiera saltar sobre él, Simon levantó una mano.

—Depende. Estoy pensando en un trueque; te lo voy a dar, pero como se va a quedar aquí, significa que tú también te quedas.

Fiona abrió la boca y la volvió a cerrar. Cogió la copa de vino, que había dejado en la mesa, y bebió un sorbo.

—¿Sólo puedo quedarme el armario si vivo aquí, contigo?

—Como yo vivo aquí, sí, conmigo. Mi casa es más grande que la tuya. Tú tienes un bosque, pero yo tengo bosque y playa. Los perros tienen más espacio. Y yo necesito el taller.

—Mmm.

—Puedes seguir dando tus clases aquí o puedes darlas en tu casa. Mantén la casa para tu negocio. O véndela. O alquílala. Pero si quieres el armario, te quedas aquí.

—Un trueque interesante.

—Tú lo empezaste. —Se metió los pulgares en los bolsillos de los vaqueros—. Creo que ya hemos pasado por lo peor que una persona puede pasar. Y aquí seguimos. No me gusta perder el tiempo. Así que si quieres el armario, tienes que vivir aquí. Posiblemente deberíamos casarnos.

Fiona se atragantó con el vino, que logró tragarse a duras penas.

—¿Posiblemente deberíamos?

—No pienso hacerte una proposición cursi.

—¿Qué te parece algo intermedio?

—¿Quieres casarte o no?

Soltó una carcajada al escucharlo.

—Supongo que eso es un término medio. En fin, quiero el armario. Y te quiero a ti. Así que... sí, supongo que quiero casarme.

—Es un buen trato —dijo Simon mientras se acercaba a ella.

—Un trato buenísimo. —Le cogió la cara entre las manos—. Simon.

Simon le besó la palma derecha y luego hizo lo mismo con la izquierda.

—Te quiero.

—Lo sé. —Se coló entre sus brazos—. Saberlo es la mejor experiencia del mundo. Y cada vez que mire ese armario, cada vez que coloque una copa o saque una botella, lo sabré. Es un regalo increíble.

—Ha sido un trueque.

—Por supuesto. —Le dio un beso en los labios... que acabó prolongándose. Era libre, pensó, y la querían. Y estaba en casa—. Vamos a decírselo a los chicos —murmuró.

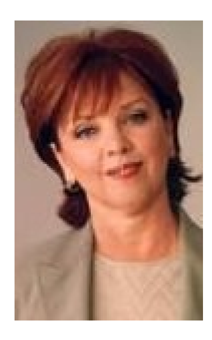
—Claro... seguro que querrán abrir una botella de champán y fumarse unos puros. —Aun así, la cogió de la mano para salir al porche—. Pero que sea rápido. Me muero de hambre.

Simon la hacía reír, y eso, se dijo Fiona, también era un trato buenísimo.



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

NORA ROBERTS



Seudónimo de Eleanor Wilder.
También escribe con el pseudónimo de J.D. Robb

Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirla… Así nació su primer libro: Fuego irlandés.

Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de Mistery Writers of America y del Crime League of America. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista Kirkus Reviews, «la novela romántica con intriga no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.

«La novela romántica con intriga no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo.» KIRKUS REVIEWS

«Leer una novela de Nora Roberts es como sentarse a tomar un café con una vieja amiga.» THE CLARION LEDGER

EMBOSCADA

La nueva novela de Nora Roberts narra la apasionante historia de una mujer traumatizada que busca el refugio de una isla donde espera olvidar todo lo que le ocurrió.

A ojos de los demás, Fiona Bristow lleva una vida idílica. Vive en una preciosa casa en una isla de la costa de Seattle, se dedica al adiestramiento de perros y también colabora con la policía en la búsqueda de personas desaparecidas. Tampoco le falta buena compañía: para esto tiene a sus tres perros labradores, cariñosos y fieles. Pero pocos conocen la pesadilla que vivió antes de llegar aquí.

Fiona fue la única que sobrevivió al ataque de un asesino en serie, un perturbado que acechaba y raptaba a mujeres jóvenes. A todas las estranguló y las enterró junto con un pañuelo rojo, a todas menos a ella. Además, cuando estaba a punto de ser capturado, el asesino mató a un policía, el novio de Fiona.

En la isla de Orcas, Fiona ha encontrado la paz y la tranquilidad que necesitaba para rehacer su vida. Sin embargo, todo esto cambia cuando Simon Doyle llama desesperado a su puerta: a pesar de que nunca le han gustado los perros, le han regalado uno que le está destrozando la casa.

A Fiona adiestrar al cachorro no le supone ningún problema, pero no ocurre lo mismo con su dueño. Simon tampoco quiere tener relaciones con ninguna mujer y menos con una como ella: demasiado alta y delgada, y además pelirroja.

Mientras ambos luchan contra sus sentimientos, un asesino acecha a la única mujer que consiguió escapar.



Género: Contemporáneo
Título original: *The Search*
Editorial original: Putnam, 07/2010
Traducido por: Ana Isabel Domínguez Palomo y
María del Mar Rodríguez Barrena,

Colección Narrativa Femenina
ISBN: 978-84-013-8400-4
978-84-672-4917-0